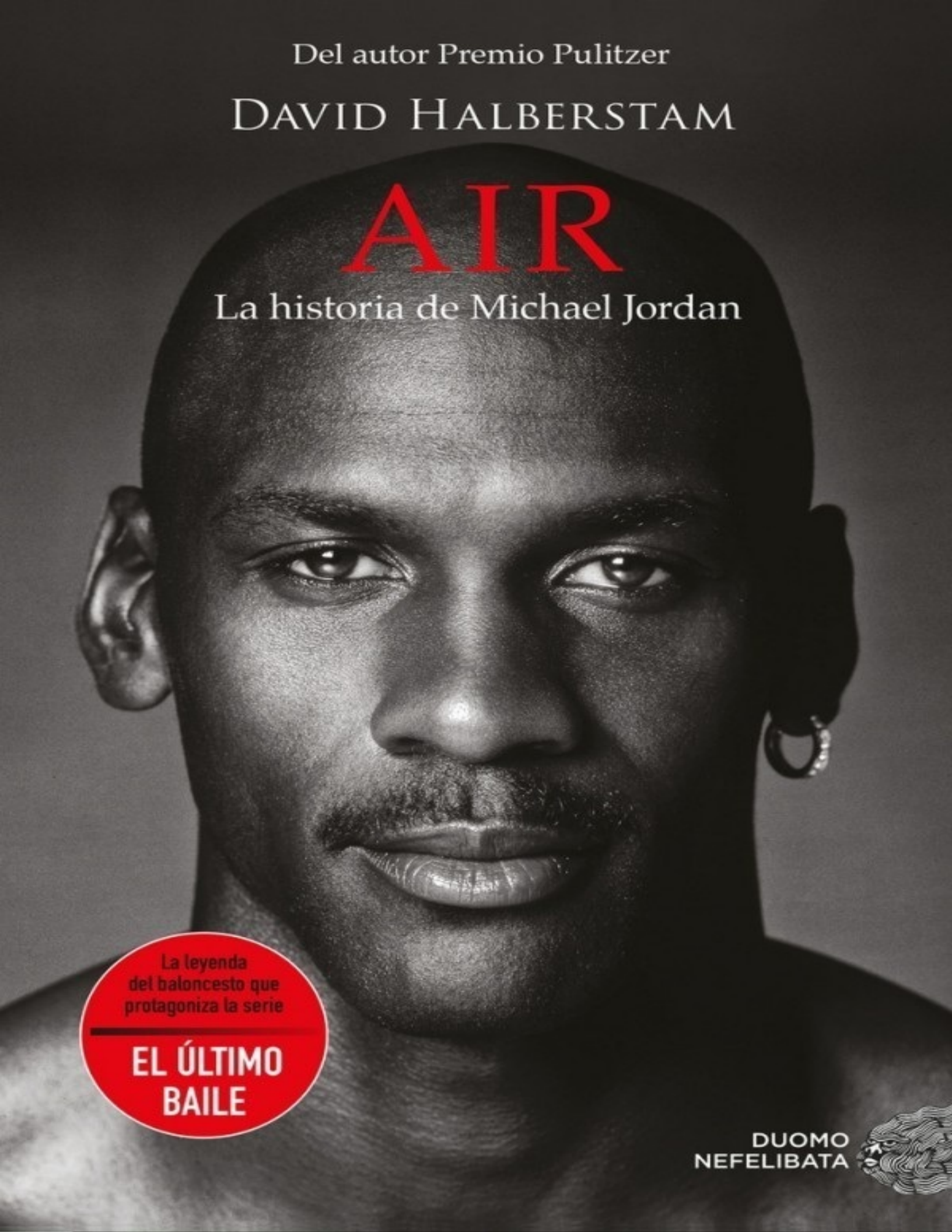
Del autor Premio Pulitzer

DAVID HALBERSTAM

AIR

La historia de Michael Jordan



La leyenda del baloncesto que protagoniza la serie

EL ÚLTIMO BAILE

DUOMO NEFELIBATA

DAVID HALBERSTAM

Air

La historia de Michael Jordan

Duomo ediciones
Barcelona, 2020

Título original: *Playing for Keeps. Michael Jordan and the World He Made*

© 1999, The Amateurs Limited.

Esta traducción ha sido publicada gracias al acuerdo con Random House,
un sello y división de Penguin Random House LLC.

© 2020, de la traducción: Antonio-Prometeo Moya,
Maria Luz García de la Hoz, Miguel Alpuente, Alfredo Múñoz García

© 2020, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: septiembre de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.o B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-18128-81-3
Código: FA

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright *, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Para Doug Stumpf

Índice

1. París, octubre de 1997
2. Wilmington; Laney High, 1979-1981
3. Chicago, noviembre de 1997
4. Los Ángeles, 1997; Williston, Dakota del Norte, 1962
5. Chapel Hill, 1980
6. Chapel Hill, 1981
7. Chapel Hill, 1982-1984
8. Chicago, 1984
9. Nueva York; Bristol, Connecticut, 1979-1984
10. Chapel Hill; Chicago; Portland, 1984
11. Los Ángeles; Chicago, 1984, 1985
12. Boston, abril de 1986
13. Nueva York; Portland, 1986
14. Chicago, 1986-1987
15. Albany; Chicago, 1984-1988
16. Chicago; Seattle, 1997
17. Hamburg y Conway, Arkansas; Chicago, 1982-1987
18. Detroit, década de 1980
19. Chicago, 1988-1990; Nueva York, 1967-1971
20. Chicago, 1990-1991
21. Chicago; Los Ángeles, 1991
22. Chicago, 1997-1998
23. Chicago; Portland, 1992
24. La Jolla; Montecarlo; Barcelona, 1992
25. Chicago; Phoenix, 1992-1993
26. Chicago, 1993
27. Birmingham; Chicago, 1994-1995
28. Chicago; Seattle; Salt Lake City, 1995-1997
29. Chicago, 1998
30. Chicago; Indianápolis, 1998
31. Chicago; Salt Lake City, junio de 1998

32. Chicago, junio de 1998

Epílogo
Conclusión
Agradecimientos
Nota del autor
Lista de entrevistas
Sobre el autor

1

París, octubre de 1997

En el otoño de 1997, Michael Jeffrey Jordan, que antes vivía en Wilmington, Carolina del Norte, y ahora en Chicago, Illinois, llegó a la capital de Francia con su equipo, los Chicago Bulls, para participar en un torneo de pretemporada, organizado por McDonald's, que era una de las principales empresas patrocinadoras de Jordan y, además, un patrocinador muy importante de la Asociación Nacional de Baloncesto. Aunque reunió a varios de los mejores equipos europeos, el torneo no fue, desde el punto de vista del nivel de juego, muy competitivo para un equipo estrella como los Bulls. Ya se sabía que no iba a serlo: formaba parte de un esfuerzo incesante y excepcionalmente eficaz de la NBA por exhibir el juego de sus equipos y a sus mejores jugadores en partes del mundo donde el baloncesto estaba adquiriendo popularidad, sobre todo entre los jóvenes. También se hizo en gran medida porque las empresas patrocinadoras estaban encantadas de abrir y consolidar mercados en puntos decisivos de todo el mundo. No es de extrañar que los jugadores americanos no se tomaran muy en serio la competición. (Tampoco los comentaristas deportivos se la tomaron muy en serio. Cuando unos años antes los Celtics participaron en ese mismo torneo, su cronista habitual, Johnny Most, un hombre que no siempre recordaba los nombres de los jugadores americanos, se rindió por completo y los aficionados de Boston tuvieron que conformarse con cosas como «y el bajito del bigote se la pasa al alto barbudo…»).

Los Bulls llegaron para jugar el campeonato «hamburguesero» del mundo como solían hacer por entonces, con el mismo aparato que los grandes grupos de rock cuando iban de gira. Eran los Beatles del baloncesto, había dicho un periodista años antes, y de hecho volaron en el 747 utilizado normalmente por los Rolling Stones para sus giras. Hubo un tiempo en que Michael Jordan había considerado Francia como una especie de refugio, un lugar al que podía ir de

vacaciones y escapar del peso de la fama, sentarse en la terraza de un café y saborear su condición de turista anónimo. Su participación en el Dream Team estadounidense que había conquistado el oro en los Juegos Olímpicos de Barcelona cinco años antes, y el consiguiente aumento de su fama internacional, habían acabado con aquello. Sus ingresos brutos se habían más que duplicado, pero había perdido el oasis parisino; ahora era tan reconocido y acosado allí como en cualquier otro sitio. Grandes multitudes lo esperaban a las puertas del hotel durante todo el día con la esperanza de echar un vistazo al hombre que los periodistas franceses calificaban como el mejor *basketteur* del mundo. En los partidos, los recogepelotas franceses parecían reacios a atender a su propio equipo y estar dispuestos a trabajar solo para los Bulls. Algunos jugadores franceses se dibujaron con tinta en las zapatillas el número de Michael, el 23, para conmemorar su roce con la grandeza. En Bercy, la cancha donde se disputaron los partidos, se vendían imitaciones de su camiseta por una cantidad equivalente a unos ochenta dólares.

«Jordan esperado como un rey», rezaban los titulares que anunciaron su llegada en el diario deportivo *L'Équipe* . Las entradas se estaban vendiendo desde hacía semanas y la prensa francesa parecía dispuesta a dar a Jordan el tratamiento de un jefe de Estado y a permitirle cualquier cosa. Cuando en una conferencia de prensa confundió el Louvre con el *luge* , un arriesgado deporte de invierno, nadie se burló de él, aunque era el típico error que podía cometer un americano y que los franceses habrían aprovechado con gran entusiasmo para poner en evidencia la barbarie del Nuevo Mundo. «Michael ha conquistado París», se podía leer en otro periódico, y un periodista añadió: «Los jóvenes parisinos que han tenido la suerte de entrar en el Bercy han debido de tener hermosos sueños, pues su héroe ha cumplido todas sus expectativas». Al advertir que Jordan llevaba su famosa boina, el periodista Thierry Marchand escribió con gran entusiasmo: «Deberíamos llamarlo Michel». *France-Soir* fue aún más lejos: «Michael Jordan está en París», decía. «Mejor que si fuera el papa. Es Dios en persona».

Los partidos no fueron precisamente buenos; la verdad es que resultaron más bien bochornosos. Los Bulls jugaron con lentitud, pero aun así vencieron al Olympiakos en la final. Los famosos compañeros de equipo de Jordan, Dennis Rodman y Scottie Pippen, no estuvieron allí, y Toni Kuko č, antaño el mejor jugador de toda Europa, consiguió cinco puntos. Jordan consiguió veintisiete, aunque no le gustó tener que jugar sin dos de sus compañeros de equipo más importantes. Más le hubiera valido quedarse en casa, ya que se le infectó un

dedo del pie.

Jordan era muy consciente de que el triunfo en París le pertenecía menos a él que a David Stern, consejero general de la liga. El torneo no fue solo un mero reflejo de la creciente internacionalización del baloncesto, que Stern había contribuido a potenciar, sino la celebración de la conexión de la NBA con McDonald's, una de las empresas americanas más importantes.

Stern, apoyado por casi todo el personal ejecutivo de la NBA y por multitud de directivos de McDonald's, estuvo en la gloria. Allí se había reunido casi todo el que era alguien en el mundo del baloncesto. Hubo una excepción notable en la ausencia de Jerry Reinsdorf, el propietario de los Bulls, que rara vez aparecía en eventos como aquel. Stern había presionado a Reinsdorf para que acudiera y saboreara aquellas *nachas* , una palabra yidis que significa orgullo y alegría, pero aquella clase de *nachas* no atraían al propietario de los Bulls, un hombre que prefería su intimidad al discutible oropel y adulación de los que incluso un propietario podía disfrutar en ocasiones como aquella. Además, hubo muchas especulaciones de última hora entre la gente de la NBA sobre si acudiría otro de los vip, Dick Ebersol, el presidente de los programas deportivos de la NBC. Por todo París corrió el insistente rumor de que, aunque el campeonato de McDonald's había coincidido con el inicio de la Serie Mundial, Ebersol, de cuyo corazón se decía que era más baloncentista que beisbolista, iba a acudir a París en lugar de sentarse en una tribuna para que sus cámaras lo captaran en la Serie.

Dada la relación simbiótica entre la televisión y los deportes más populares, era lógico que Stern y Ebersol fueran buenos amigos. Ebersol solía llamar «jefe» a Stern y este decía lo mismo de Ebersol. Stern era el más apasionado y sofisticado de los publicistas modernos, y la empresa de Ebersol era la que determinaba qué imágenes se mostraban a la nación. Stern comprendía algo que no todo el mundo de los deportes comprendía aún, que en la línea empresarial de ambos la imagen era más importante que la realidad. Controlaba muy de cerca la cobertura de la liga de su deporte, y a menudo se tomaba de manera muy personal cualquier desvío de los locutores y de sus cámaras que fuera en detrimento de la mejor imagen. De hecho, cuando ascendió por primera vez en la NBA, en una época en que la imagen de la liga era todavía muy negativa, se hizo famoso por llamar cada lunes a los ejecutivos de la cadena para quejarse de cualquier empeoramiento de la imagen que hubiera tenido lugar el domingo.

Tanto Ebersol como Stern tenían el mismo empeño en realzar el buen nombre y la imagen pública del baloncesto, sobre todo en lo referente a la conducta pública de sus mejores jugadores, y los dos hombres habían colaborado

estrechamente en una aventura que había contribuido a aumentar de forma espectacular la popularidad del deporte y, con el tiempo, también los índices de audiencia. Que incluso se hubiera llegado a plantear que Ebersol arrinconaría la Serie Mundial para promover partidos de exhibición de baloncesto contra oponentes débiles en un país extranjero para ganar una copa financiada por una compañía de hamburguesas revelaba hasta qué punto había cambiado la suerte de los dos deportes en los últimos años. La Serie Mundial de aquel año, entre Cleveland y Florida, que estaba a punto de empezar, no parecía especialmente atractiva para la mayoría de los hinchas; parecía que faltaba el espíritu tradicional de rivalidad, o al menos cierto grado de antagonismo geográfico. Enfrentaba a un equipo de Miami, que pocos hinchas conocían, con un equipo de Cleveland que tenía talento pero poca publicidad. Ninguno de los dos equipos, desde el punto de vista del público deportivo general, tenía aún una personalidad propia. No había rivalidad, ni histórica ni geográfica, entre los dos conjuntos. Al final Ebersol se había quedado en América para ver la Serie. Stern se había burlado de él por ello: «Dick, si quieres quedarte en Estados Unidos para ver la Serie Mundial con menos público de la historia, allá tú», le había dicho. (Stern se equivocaba: la Serie Mundial menos vista de la historia fue la de 1993, cuando por primera vez la final de la NBA consiguió más audiencia que la Serie Mundial).

Habían sido dos días muy felices para David Stern: el baloncesto estaba peleando por su imagen y su índice de audiencia, y Michael Jordan aportaba mucha fama a la NBA en una ciudad normalmente reacia a rendir homenaje a celebridades americanas. Entonces, la noche del último partido, un cuarentón alto y negro se acercó a la tribuna donde estaban sentados Stern y su mujer, Dianne. «Quiero darle las gracias por salvarme la vida», dijo Michael Ray Richardson a Stern. Richardson había sido en otros tiempos una gran estrella juvenil de la NBA, un magnífico fichaje de los Knicks, pero se había echado a perder por culpa del alcohol y de las drogas, y fue de los primeros jugadores expulsados de la liga por la política de «tres fallos y fuera». A la sazón jugaba en un equipo de Niza y vivía allí todo el año. «Si no hubiera sido por usted, habría seguido consumiendo. Gracias a lo que hizo, lo dejé. Ahora estoy limpio». Fue un momento conmovedor: en la cancha algunos de los mejores jugadores del mundo realizaban los últimos lanzamientos de calentamiento, y allí estaba un hombre que había alcanzado en otro tiempo aquel nivel y que ahora tenía cuarenta y dos años y un poco de barriga, que prácticamente se había destruido

con las drogas y que aún jugaba en una liga menor tras haber perdido seguramente casi todo su dinero, pero que se sentía agradecido por seguir vivo. David Stern era normalmente un hombre de réplica rápida, pero en aquella ocasión se quedó casi mudo. Rodeó a Richardson con el brazo y lo estrechó contra su cuerpo.

En aquel momento, con la temporada 1997-1998 a punto de empezar, Michael Jordan estaba en la cúspide de la fama. No solo era el mejor jugador de baloncesto del mundo, sino que había cierto debate sobre si era o no el mejor jugador de todos los tiempos. Una gran parte de la opinión experta creía que sí lo era. Y el asunto había rebasado la esfera del baloncesto: ¿era el mejor deportista de equipo de todos los tiempos? Se hicieron comparaciones con el legendario Babe Ruth, un beisbolista que se había situado muy por encima de sus mejores colegas. Por supuesto, las comparaciones las hacían sobre todo hombres que rondaban los treinta años, a pesar de que Ruth había muerto cuarenta y nueve años antes y había jugado su último partido en 1935.

Las comparaciones dentro del mundo del baloncesto eran igualmente difíciles de resolver. Por aquella época, los Bulls de Jordan habían ganado el campeonato las últimas cinco temporadas en que él había jugado la temporada completa, pero los Boston Celtics habían ganado once campeonatos en los trece años que habían tenido al gran Bill Russell, un pívot de más de dos metros, con una inteligencia excepcional e igual rapidez y potencia. Claro que eso había tenido lugar en una liga muy diferente, con muchos menos equipos, en la que el nivel atlético de muchos jugadores no alcanzaba el nivel de juego de años posteriores. Fue una liga en la que el hábil presidente de los Celtics, Red Auerbach, casi siempre esquilmaba a sus rivales y supo rodear a Russell de compañeros de equipo excepcionales. Por lo tanto, la cuestión Jordan-Russell quedó sin respuesta, aunque el cineasta Spike Lee, notable experto en baloncesto, puso sobre la mesa un argumento devastador: Jordan era el mejor de todos los tiempos porque era un jugador muy completo. No había nada que no pudiera hacer en la cancha: lanzar a canasta, pasar, coger rebotes, defender. En consecuencia, según Lee, cinco como Michael Jordan podrían derrotar a cinco como Bill Russell o a cinco como Wilt Chamberlain. Era una opinión fascinante, pues ponía sobre la mesa la idea del atleta total.

Tanto si era el mejor como si no, no había duda de que era el deportista más atractivo y carismático del mundo del deporte en los años noventa. Era el deportista al que la gente corriente de todo el mundo quería ver jugar, sobre todo en partidos importantes, porque siempre parecía capaz de estar a la altura.

Por entonces ya era rico. Se calculaba que la temporada anterior había ganado 78 millones de dólares entre sueldos y promociones, y la temporada entrante parecía prometer una cantidad parecida o superior. Iba camino de ser una empresa unipersonal y llamaba «mis socios» tanto a los propietarios del equipo en el que jugaba como a los presidentes de las compañías de zapatillas, hamburguesas y refrescos a las que representaba. Era posiblemente el americano más famoso del mundo, más famoso, en muchos lugares remotos del globo, que el presidente de Estados Unidos o que cualquier estrella del cine o del rock. Periodistas y diplomáticos americanos destinados a las zonas más rurales de Asia y África solían quedarse estupefactos cuando visitaban aldeas y veían niños con harapientas imitaciones de la camiseta de los Bulls que llevaba Michael Jordan.

Había muchos argumentos estadísticos sobre lo que había hecho Jordan por el baloncesto, sobre cómo su carisma personal había contribuido al sorprendente éxito y rentabilidad de este deporte. Naturalmente, gracias a los notables logros de Magic Johnson y Larry Bird, el deporte ya estaba en alza cuando la estrella de Jordan empezó a brillar, pero su llegada a los *playoffs* contribuyó en gran medida a aumentar la audiencia de los partidos, atrayendo al deporte a millones de personas que eran más seguidores de Michael Jordan que del baloncesto profesional. Los índices de audiencia televisiva aumentaron sistemáticamente en sus primeras apariciones en las finales, alcanzando un insólito 17,9 en su tercera aparición, contra Phoenix en 1993. Ese índice de audiencia equivalía a unos 27,2 millones de norteamericanos. Pero lo más interesante para Dick Ebersol era que ese porcentaje tan elevado se debía directamente a Jordan.

La televisión y la liga se dieron cuenta por las malas un año después, cuando Jordan se tomó una temporada sabática y los Bulls no llegaron a la final. Los índices de audiencia de casi todas las demás finales se mantuvieron más o menos igual, pero los de baloncesto cayeron bruscamente al 12,4, es decir, que las vieron solo unos 17,8 millones de americanos. Eso significaba que alrededor de la tercera parte del público había visto los partidos básicamente por Michael Jordan. Dos años después, cuando volvió al baloncesto y consiguió otros dos campeonatos para los Bulls, los índices de audiencia volvieron a subir a 16,7 en 1996 y a 16,8 en 1997, lo que equivalía a unos 25 millones de personas.

Cada vez se utilizaba más la expresión *«the best who ever laced up a pair of sneakers»* («el mejor que se ha calzado unas zapatillas») para describirlo. «Si Michael Jordan no es perfecto en su oficio», escribió Melissa Isaacson en el *Chicago Tribune* , «es la prueba más palpable que tenemos de que cualquier cosa

es posible». Una y otra vez lo calificaban como el jugador más valioso de la liga, y en las finales siempre parecía capaz de ganar el campeonato liderando a un grupo de buenos compañeros de equipo, aunque no siempre extraordinarios. Al final de cada serie, se recompensaba al mejor jugador con un coche nuevo, y lo regalaba el mismísimo David Stern. En los últimos años, Stern adoptó la costumbre de decir que era el aparcacoches de Jordan.

Cada vez se usaba más la palabra «genio» para definir a Jordan. Harry Edwards, un sociólogo negro de la Universidad de California, en Berkeley, y un hombre que no se impresionaba fácilmente por las hazañas de los deportistas contemporáneos, estaba al tanto de que los triunfos de los deportistas negros ejercían una influencia impresionante en muchos jóvenes negros y los inducía a abandonar profesiones de otros campos. Sin embargo, afirmaba que Jordan representaba el nivel más alto del triunfo humano y estaba a la altura de un Gandhi, un Einstein o un Miguel Ángel. Añadía que, si le encargaran exponer ante un alienígena «el mejor ejemplo del potencial, la creatividad, la perseverancia y el espíritu humanos, le describiría a Michael Jordan». Doug Collins, el tercer entrenador profesional de Jordan, dijo una vez que Jordan pertenecía a esa rarísima categoría de personas que están muy por encima de la norma, hombres como Einstein y Edison, que eran genios reconocibles. Collins no había usado nunca esa expresión, desde luego no a propósito de un jugador. B. J. Armstrong, un dotado compañero de equipo de Jordan, frustrado durante sus primeros años con los Bulls por no poder estar al nivel de Jordan ni de sus supuestas expectativas, y creyendo que el juego era mucho más fácil para Jordan que para cualquier otro, había ido a la biblioteca a consultar una serie de libros sobre genios para ver si podía aprender algo sobre cómo vérselas con Jordan o ser como él.

Y cuando Jordan, tras su tercer campeonato, decidió retirarse, fue a regañadientes a contárselo a su entrenador, Phil Jackson, para quien iba a ser, evidentemente, la peor noticia. Señaló la posibilidad de su retiro, pero añadió que, si Jackson lo convencía para que se quedara, no se iría. Se lo comentó con cautela, temiendo que el siempre hábil Jackson pudiera convencerlo para que siguiera. Pero Jackson respondió astutamente que no intentaría hacerle cambiar de opinión, que Michael tenía que escuchar y hacer caso a su propia voz interior. No obstante, le recordó que estaría negando un gran placer a millones de personas si dejaba de jugar, porque tenía un don muy especial. Su talento, dijo Jackson, no era simplemente el de un gran deportista, sino que trascendía el deporte y se elevaba a una forma de arte. Su don estaba a la altura del de un

Miguel Ángel, dijo Jackson, y por tanto, Jordan al menos tenía que entender que pertenecía no solo al artista, sino a todos los millones que estaban fascinados por su arte y que obtenían, en sus vidas generalmente definidas por lo mundano, un placer enorme con lo que hacía. «Michael», añadió, «el genio puro es rarísimo, y si has sido bendecido con él, tienes que pensarlo mucho antes de abandonarlo».

Jordan lo escuchaba atentamente. «Aprecio lo que dices», le respondió, «pero siento como si fuera algo que ya está hecho, que ha terminado». Finalmente hizo caso a su voz interior y se retiró, pero el hecho de que Jackson no se hubiera referido en aquel momento a sus propios intereses personales cimentó una relación ya de por sí estrecha, y en cierto modo ayudó a iniciar el proceso que un día aceleraría su regreso.

Lo que lo hacía especial era el efecto que producía, no tanto sobre los hinchas, sino sobre sus compañeros de equipo. «Es el hijo de Dios», dijo su compañero Wes Matthews en el primer año de Jordan, y hubo muchos jugadores con más talento que Matthews que estuvieron de acuerdo, aunque utilizaran palabras algo diferentes. Jayson Williams de los Nets lo llamó «Jesucristo con Nikes».

Jerry West, reconocido como uno de los cinco o seis mejores jugadores de todos los tiempos y que acabaría siendo entrenador de los Lakers, también se refería a él como a un genio, diciendo que era sorprendente lo completo que era, no solo como jugador de baloncesto sino como un hombre que, debido a su talento, estaba llamado a convertirse en la imagen pública de una liga antaño problemática. «Es como si un dios generoso hubiera rociado con más polvo dorado a Michael que al resto de los mortales», dijo.

Cuando Jordan ganó el segundo título para los Bulls, Larry Bird dijo que nunca había existido un deportista como Jordan. «En una escala del uno al diez, si las demás superestrellas tienen un ocho, él tiene un diez», adujo Bird.

«Michael Jordan», dijo el novelista Scott Turow, que vivía en Chicago, «juega al baloncesto mejor que los demás haciendo cualquier otra cosa».

Además de sus singulares dotes físicas, tenía una voluntad única de mejorar, una furia competitiva interior, una pasión imposible de igualar por ningún otro jugador de baloncesto. Esta realidad se hizo cada vez más evidente con el paso de los años. Al principio de su trayectoria, algunos observadores que alucinaban con el arte de su juego habían intentado explicar su trayectoria ascendente en el campeonato basándose en su talento; luego, cuando ya había recorrido mucho camino y ya no podía realizar muchos movimientos individuales que en otro tiempo lo diferenciaron del resto, saltaba a la vista que lo que de verdad lo distinguía era su indomable voluntad, su negativa a permitir que jugadores

rivales o el paso del tiempo mermaran su necesidad de ganar. «Quiere arrancarte el corazón», dijo una vez Doug Collins, «y ponértelo delante». «Es Hannibal Lecter», dijo Bob Ryan, el experto en baloncesto de *The Boston Globe* , refiriéndose al cruel antihéroe de *El silencio de los corderos* . Y su propio compañero de equipo Luc Longley, cuando un reportero de televisión le pidió que describiera a Jordan con una palabra, dijo lacónicamente: «Depredador».

Al principio de la nueva temporada, que mucha gente creía que sería la última, Michael Jordan había dominado de tal manera el juego y la mentalidad de los hinchas americanos que los periodistas deportivos de todas las categorías empezaban ya a escribir artículos sobre quién sería el próximo Michael Jordan. Uno de los primeros artículos, escrito por Mike Lupica para *Men's Journal* , había nominado como candidatos a Grant Hill de los Detroit Pistons, un joven talento tanto dentro como fuera de la cancha, aunque quizá no tan carismático como Jordan; a Kobe Bryant, la estrella adolescente de Los Angeles Lakers, quizá más fascinante que Hill pero con un juego por desgracia incompleto; y, por supuesto, a Shaquille O'Neal, el altísimo pívot de los Lakers, un joven con talento y potencia evidentes. Toda esta cháchara sobre el futuro Michael Jordan divertía mucho al Michael Jordan de siempre. «Aún sigo aquí», dijo a su amigo y entrenador Tim Grover. «No me voy a ninguna parte. Todavía».

Que hubiera existido un Michael Jordan parece, visto retrospectivamente, una especie de casualidad genética, y la idea de que otra persona pudiera llegar en un periodo tan corto a hacer lo que él hizo tanto dentro como fuera de la cancha, una quimera. Porque más allá del incomparable talento de sus facultades deportivas, tenía otras cualidades que también jugaron su papel. Tenía un atractivo deslumbrante, con una sonrisa que parecía despertar la simpatía de todos los que la veían, y fue inevitable que se diera cuenta de las ventajas que se derivaban de tener tanto éxito en el deporte, y también de ser tan atractivo: las ventajas derivadas de explotar ambas cosas, la fama y la belleza. Era alto, pero no demasiado (1,98 m), con un cuerpo que parecía mágicamente perfecto, con espaldas anchas, cintura estrecha, y solo con un 4 por ciento de grasa corporal. (El deportista profesional tiene una media cercana al 7 u 8 por ciento, y el varón americano medio está entre el 15 y el 20). Se preocupaba por la ropa y vestía extraordinariamente bien; posiblemente era el varón americano mejor vestido desde Cary Grant, aunque la gama de prendas que le quedaban bien era mucho más amplia. Las sudaderas, según un miembro del equipo que filmaba sus anuncios de Nike, le sentaban mejor que a muchas estrellas de cine la corbata

negra. «Haz que salga bien», decía antes de cada fotografía a Jim Riswold, el publicista de Portland que estaba a cargo de los anuncios de Nike. Riswold le dijo una vez: «Michael, tú saldrías bien aunque te filmara empujando a una anciana delante de un autobús o arrojando cachorros de perro a un caldero de agua hirviendo».

En el pasado, el ideal de belleza americano siempre había sido de raza blanca. Los hombres americanos se habían mirado ansiosamente en el espejo esperando ver a Cary Grant, a Gregory Peck o a Robert Redford. Jordan, con la cara y la cabeza afeitadas, había dado a América nada menos que una nueva definición de belleza para una nueva época.

Lo que América y el resto del mundo veían ahora era una especie de hombre del Nuevo Mundo, un joven cuyos modales eran como los de un príncipe. Desde luego, seguro que no tenía los modales de cuando nació (su abuelo paterno había sido recolector de tabaco en Carolina del Norte). Sus padres eran personas humildes que trabajaron con tesón, los primeros de sus respectivas familias en disfrutar de plenos derechos como ciudadanos americanos, y educaron a un joven que se comportaba con una notable gracia natural. Gracias al cariño con que había sido criado y a la interminable serie de triunfos que había conseguido a lo largo de los años, se encontraba a gusto en todas partes: tenía una seguridad interior que era sencillamente inquebrantable.

Su comportamiento hacia todo tipo de personas, incluso en la más breve de las reuniones, era normalmente encantador, sobre todo para alguien sometido a tantas presiones, y aquellos a quienes sonreía parecían engrandecerse por ello. Tenía encanto y era muy consciente de ello, y lo empleaba con habilidad y naturalidad, racionándolo en dosis adecuadas, reservándolo cuando servía a sus fines. Le resultaba fácil gustar y parecía que la gente rivalizara por caerle bien. El veterano cronista deportivo Mark Heisler escribió una vez en un artículo que Michael Jordan era el deportista a quien más había deseado gustar. Multitud de directores de revista deseaban publicar artículos sobre él porque, al igual que la princesa Diana de Inglaterra, su foto en la portada aumentaba considerablemente las ventas. Hombres ricos y poderosos competían por ser amigos suyos, por mencionar su nombre con fingida indiferencia y, por supuesto, por jugar al golf con él.

Debido a todo esto, se había convertido en un gran vendedor, además de ser un gran jugador de baloncesto. Vendió el baloncesto a millones de personas de distintos países que nunca habían visto un partido y a otros tantos millones que no habían visto a nadie jugar así hasta entonces. Vendía zapatillas Nike si querías

saltar muy arriba, Big Macs si tenías hambre, Coca-Cola al principio, y después Gatorade, si tenías sed, Wheaties si querías cereales genuinamente americanos y ropa interior Hanes si necesitabas calzoncillos. Vendía gafas de sol, colonia masculina y perritos calientes. Básicamente se vendía a sí mismo y lo hizo año tras año, mientras sumaba campeonatos, mientras una heroicidad en el último momento reemplazaba a la anterior, como si nada. Ya había una estatua que conmemoraba su trayectoria a las puertas del Chicago's United Center, donde jugaba, un edificio que detestaba pero que había sido construido en gran parte para alojar al creciente número de hinchas dispuestos a pagar grandes cantidades de dinero para verlo. La estatua lo representaba como el Hombre Que Salta (Michael elevándose para encestar), pero en comparación con el hombre al que homenajeaba, parecía ruda y pesada, un arte que, en lugar de imitar la vida, la devaluaba.

Cada año Jordan parecía añadir un nuevo capítulo a la leyenda que se estaba gestando. Estaba a punto de empezar una nueva temporada, pero es probable que el capítulo más notable hasta la fecha se hubiera escrito el mes de junio anterior, cuando despertó muy enfermo antes del quinto partido de la final de la NBA contra los Utah Jazz. Nunca se supo con seguridad si fue por la altitud o por una comida en mal estado. Más tarde se dijo que había despertado con 39 y medio de fiebre, pero no era cierto: tenía fiebre, pero no tanta, no pasaba de los 38 grados, pero había estado tan enfermo durante la noche que parecía imposible que pudiera jugar. A las ocho de la mañana, los guardaespaldas de Jordan llamaron a Chip Schaefer, el entrenador del equipo, para decirle que Jordan estaba con un pie en la tumba. Schaefer corrió a la habitación de Jordan y lo encontró encogido en posición fetal, envuelto en mantas y lastimosamente débil. No había dormido en absoluto. Tenía un fuerte dolor de cabeza y había estado vomitando toda la noche. El mejor jugador del mundo parecía un zombi frágil y débil. Era inconcebible que pudiera jugar ese día.

Schaefer le puso inmediatamente una sonda intravenosa para hidratarlo todo lo posible. También le dio medicación para que pudiera descansar esa mañana. Schaefer entendía mejor que la mayoría la furia que impulsaba a Michael Jordan, el espíritu invencible que le permitía jugar partidos en los que casi todos los profesionales de alto nivel eran traicionados por su propio cuerpo y, aunque a regañadientes, acababan cediendo. Durante la final de 1991 contra los Lakers, cuando Jordan se lesionó gravemente un dedo del pie al saltar en un momento crucial del partido, Schaefer ideó una zapatilla que protegiera el pie de Jordan en el partido siguiente. Jordan acabó rechazando la zapatilla porque dificultaba su

capacidad para arrancar, frenar y correr. «Prefiero el dolor», le había dicho a Schaefer.

En aquel momento, al verlo tan enfermo en el hotel de Salt Lake City, Schaefer tuvo la sensación de que Jordan se las arreglaría de alguna manera para jugar, de que de un modo u otro podría, como hacía a veces en situaciones parecidas, utilizar la indisposición como un instrumento motivador, un reto más que superar. Consiguió llegar al vestuario antes del partido, aún frágil y débil. Entre los periodistas corrió rápidamente la noticia de que tenía la gripe y 39 de fiebre, y muchos supusieron que no jugaría. Un miembro de los medios que no estaba tan seguro de aquel dictamen era James Worthy, de la cadena Fox. Había jugado con Michael Jordan en Carolina del Norte y lo había visto coronarse como el mejor jugador de la NBA, y sabía cómo funcionaba Michael. La fiebre no significaba nada, dijo Worthy a los otros reporteros de la Fox. Jugará, advirtió. Averiguará lo que puede hacer, medirá sus esfuerzos en otras áreas y jugará un gran partido.

En el vestuario, los compañeros de equipo de Jordan estaban atónitos ante lo que veían. La piel de Michael, normalmente oscura, era de un alarmante color ceniciento, recordaba Bill Wennington, y sus ojos, habitualmente vivos, parecían apagados. Cuando el partido estaba a punto de comenzar, el personal de la NBC emitió imágenes de un Jordan frágil y demacrado a su llegada al Delta Center, apenas capaz de caminar, pero también lo mostraron en el calentamiento. Fue uno de esos raros momentos de intimidad poco habituales en el deporte, un momento en que el poder de la televisión permitía al espectador ver al mismo tiempo lo enfermo que estaba Jordan y su voluntad de jugar a pesar de todo. Iba a ser una experiencia única: ¿cuándo se habían visto tan claramente la enfermedad y el agotamiento en el rostro de un deportista como él antes de un partido tan vital? Al principio parecía que los Jazz iban a machacar a los vulnerables Bulls. Al principio del segundo cuarto, Utah ganaba por 36 a 20. Pero los Bulls siguieron adelante porque Jordan consiguió jugar a un nivel excepcionalmente alto, consiguiendo veintiún puntos en la primera mitad. Al descanso, su equipo perdía solo por cuatro puntos, 53-49. Era difícil entender cómo podía jugar y más aún cómo podía ser el mejor jugador de la cancha. La espectacular historia del evento trascendió el mundo del baloncesto.

Al final del segundo cuarto, apenas pudo salir andando de la pista. Durante el descanso le dijo a Phil Jackson que no lo utilizara mucho en la segunda parte, solo en los momentos apurados. Pero salió y jugó casi toda la segunda parte. Jugó un tercer cuarto flojo, consiguiendo solo dos puntos, pero Utah aún no era

capaz de alejarse en el marcador. Al final del último cuarto, cuando la cámara lo enfocó mientras corría hacia campo propio después de encestar, Jordan, más que el mejor deportista del mundo, parecía el peor corredor en una maratón de pueblo, el que iba a llegar el último en un día brutalmente caluroso. Pero una cosa era lo que parecía y otra muy distinta lo que hacía en la cancha cuando se le necesitaba.

Quedaban cuarenta y seis segundos, Utah ganaba por un punto y a Jordan le hicieron una falta cuando iba a encestar. «Fíjense en el lenguaje corporal de Michael Jordan», dijo el locutor Marv Albert. «Verán que tiene dificultades hasta para tenerse en pie». Lanzó el primer tiro libre, igualando el marcador, y luego falló el segundo, pero se las arregló para recoger el balón perdido. Más tarde, cuando los Jazz inexplicablemente lo dejaron solo, consiguió una canasta de tres puntos cuando faltaban veinticinco segundos para el final, lo que permitió que Chicago se adelantara con 88-85 y acabara venciendo por 90-88. Al final había conseguido treinta y ocho puntos, quince en el último cuarto. Fue un partido inolvidable, una muestra sorprendente de determinación. Había dado una lección práctica sobre aquello que lo diferenciaba de los demás miembros de su profesión. Era el deportista con más talento de la liga, pero a diferencia de muchos otros deportistas muy dotados, tenía una cualidad adicional que se da poco entre los grandes artistas que trabajan sin esfuerzo aparente: también era de los que consiguen ir más allá de toda expectativa.

Aunque con un gran talento y una excepcional ambición, no siempre fue el más tolerante de los compañeros. Pero en los años que siguieron al regreso de su infructuosa temporada en el béisbol profesional, a menudo parecía un Michael Jordan distinto y, a veces, más sosegado. A sus compañeros de equipo les gustó más. Jugar con él era ahora infinitamente más fácil. Sí, seguía siendo inflexible con Luc Longley y Toni Kuko č, y podía ser mordaz con ellos en ocasiones. Se esperaba mucho de los dos jugadores y no siempre lo daban. Pero esa cualidad punitiva de su lengua, casi siempre innecesaria, se había suavizado. Obviamente, parte de la razón de ese cambio era que había subido ya muchas montañas, pues los tres campeonatos anteriores no solo habían confirmado su grandeza, sino que habían invalidado el detestable argumento que lo había perseguido durante tanto tiempo, a saber, que era un gran jugador individual, pero que no levantaba a su equipo, y por tanto no era un ganador. Otra razón del cambio era que había estado prácticamente dos años alejado de algo que amaba. Con más años y más maduro, estaba en un tramo de su trayectoria en que sabía que el tiempo corría

en su contra y que tenía que saborear las mieles del juego, y que parte de ese juego radicaba en la amistad con los compañeros de equipo y en la naturaleza exigente de una larga y agotadora temporada en la NBA y cómo reaccionaban colectivamente ante ella. Y otra razón, por supuesto, era el hecho de que, al fracasar en el béisbol, se había dado cuenta por primera vez de lo que suponía para un jugador enfrentarse a sus límites, porque él no había conocido límites antes, desde luego en cuanto a su rendimiento individual.

La victoria gripal frente a Utah había ayudado a consolidar el quinto liderazgo de los Bulls en la NBA, y con ello la amplia convicción de que era uno de los mejores equipos de todos los tiempos, por no decir el mejor. Pero no siempre era fácil situarlos en el panteón de la grandeza. Sí, habían ganado cinco copas, y sí, durante la temporada 1995-1996 habían ganado setenta y dos partidos, todo un récord. A ojos de algunos expertos del baloncesto, la cuestión del lugar exacto que ocupaban en la historia de este deporte seguía siendo objeto de debate. Por un lado porque una parte del equipo tenía sus limitaciones, y por otro porque nunca se habían enfrentado a otro gran equipo, como los Celtics y los Lakers, que se habían visto las caras en los años ochenta. Los Bulls habían ganado buenos partidos, pero ¿de veras habían ganado tantos buenos partidos? Algunos hinchas pensaban que eran como un Muhammad Ali sin un Joe Frazier.

Esta opinión pasaba por alto lo difíciles que habían sido los caminos que habían recorrido hasta llegar a los títulos. En las primeras fases de la lucha por el campeonato, vencieron a un durísimo Detroit, que sobre el papel no parecía tan bueno, pero que era un verdugo nato en la cancha. También pasaba por alto que, durante varios años, al inicio de los *playoffs* , se habían deshecho de un excelente Cleveland, que habría aspirado al campeonato si no hubiera tropezado con Michael Jordan. Los Bulls tenían la costumbre de derrotar a equipos que, hasta que se enfrentaban a ellos en la última ronda de los *playoffs* o en la misma final, parecían imponentes y a menudo parecían mejores que los Bulls… hasta que los Bulls los derrotaban y los dejaban en la cuneta. La clave de su continuo éxito era su notable habilidad defensiva. Muy buenos equipos compuestos por muy buenos jugadores, tras una serie de partidos contra los Bulls, acababan pareciendo normales y corrientes.

Un buen ejemplo lo tenemos en la victoria de los Bulls sobre Orlando Magic en la penúltima ronda de las eliminatorias de la Conferencia Este de 1996. Los Magic eran, al menos sobre el papel, un equipo joven y asombroso. Habían llegado a la final el año anterior. Tenían jugadores estrella en tres puestos clave (pívot, ala-pívot y base): Shaquille O’Neal, Horace Grant y Penny Hardaway.

Orlando estaba, como ningún otro equipo, en condiciones de convertirse en una dinastía. Pero aun así, los Bulls barrieron a los Magic en cuatro partidos y Orlando no volvió a ser el mismo. Poco después, O’Neal se fue al oeste, esperando establecer la siguiente dinastía en California en lugar de Florida.

2

Wilmington; Laney High, 1979-1981

Si Michael Jordan era un genio, no dio muchos indicios de serlo cuando era joven. Los Jordan de Wilmington, Carolina del Norte, eran gente acomodada, una familia negra de clase media. («En realidad, clase media alta», dijo Michael Wilbon, un notable columnista de *The Washington Post* que también era negro, «pero en los medios de comunicación hay cierta tendencia a rebajar un poco a las familias negras cuando se habla de clases sociales»). James Jordan y Deloris Peoples se conocieron tras un partido de baloncesto que se jugó en Wallace, Carolina del Norte, en 1956. Ella tenía quince años y él iba a marcharse con la Fuerza Aérea, pero le dijo que volvería algún día para casarse con ella. Ella también se fue de allí, al instituto Tuskegee de Alabama, pero volvió a casa pronto, llena de añoranza. Poco después de su regreso, se casaron.

James Jordan tenía gran habilidad para la mecánica; se decía que podía reparar casi cualquier cosa. Cuando dejó la Fuerza Aérea, aún muy joven, se mudó con su familia a Carolina del Norte y entró a trabajar en una fábrica de General Electric. Empezó como mecánico y con el tiempo se convirtió en supervisor de tres departamentos. Su esposa trabajaba de cajera en un banco local. Los Jordan contaban con tres sueldos: el trabajo de él, el de ella y la nada despreciable pensión de la Fuerza Aérea. En Carolina del Norte, después de las grandes luchas por los derechos civiles de los años sesenta, ya no había segregación racial, y los Jordan estaban ansiosos por formar parte de un sur renovado, moderno y posfeudal. Además, habían dado un gran salto adelante gracias sobre todo al ejército, una poderosa institución que permitía a la población afroamericana acceder a la clase media. Los padres trabajaban en empleos donde no había segregación racial y sus cinco hijos asistían a escuelas no segregacionistas. Ambos progenitores estaban decididos a que la raza no fuera ni una obsesión ni un obstáculo para sus hijos, y estos recibían constantemente la

orden de tratar a todo el mundo por igual. Les enseñaban que cuanto menos tuvieran en cuenta la raza como un factor determinante, menos la tendrían en cuenta los demás. Para ser tratados con justicia, tenían que tratar con justicia al resto del mundo. Se esperaba de ellos, y con el tiempo así sucedió, que tuvieran amigos en ambos lados de la línea divisoria de las razas. Cuando Michael era joven y alguien lo llamaba «moreno» o «negrata», se trataba más bien de una dolorosa excepción, que, como en otros tiempos, de una norma en Carolina del Norte. Sus padres supieron aprovechar bien aquel momento. Era una señal, decían, de que el otro era un ignorante, y Michael no iba a rebajarse al nivel de gente ignorante.

Los Jordan, hijos de padres que habían tenido una economía y unas oportunidades educativas de lo más marginales, y beneficiarios de un profundo cambio legal y social, estaban dispuestos a que sus hijos ascendieran a los estratos más altos y estudiaran una carrera universitaria si era posible. Al acabar Michael el tercer año de universidad, Dean Smith, su entrenador, dijo a sus padres que Michael había aprendido en Chapel Hill todo lo que podía aprenderse, y que le había llegado el momento de dar el salto al mundo profesional. Sin embargo, Deloris Jordan se opuso enérgicamente. Quería que su hijo continuara los estudios y se licenciara. «Señora Jordan», le dijo finalmente Smith, «no estoy sugiriendo que Michael deje la universidad. ¡Solo sugiero que renuncie a su condición de atleta aficionado!».

Era una familia muy disciplinada, con muchas normas, la primera de las cuales era que no había que desperdiciar el talento y que siempre había que trabajar duro. James Jordan, un militar con un estricto sentido del orden, animó a sus hijos a practicar deporte. Pero la auténtica fuerza motriz, según creían los amigos de la familia, era Deloris Jordan. Las expectativas de esta mujer a propósito de sus hijos no hacían más que aumentar, y les hacía saber de diferentes maneras que cuanto más se les daba, más se esperaba de ellos. No debían dejarse vencer por obstáculos accidentales ni por ansiedades momentáneas. En el fondo de su corazón, dijo ella más tarde, estaba su propia experiencia, pues se le había permitido volver de Tuskegee en su primer año, bañada en lágrimas, porque añoraba el hogar: «Mi madre habría podido subirme otra vez al tren. Quise corregir ese error con mis hijos», dijo en cierta ocasión. Una vez que Michael tuvo problemas en la escuela por faltar a clase, se lo llevó al banco donde trabajaba, lo dejó en el coche, aparcado frente a una ventana por la que podía verlo, y lo obligó a estudiar todo el día. De los cinco hijos, Michael era el más vago, según contaba él mismo, o al menos el más hábil para convencer a los

demás de que debían eximirlo de las faenas domésticas, utilizando astutamente su paga para compensar el favor, si era necesario. Más tarde, su padre bromeaba diciendo que había sido una suerte que Michael se hiciera deportista profesional, porque era demasiado vago para conservar los demás trabajos.

A diferencia de su padre, o de su hermano mayor Larry, Michael no tenía mano para trabajar con máquinas, lo cual le causaba cierta frustración, ya que tener habilidad para la mecánica se consideraba importante en la familia. A veces, James Jordan decía a Michael que «se metiera en casa con las mujeres». James Jordan, a quien su hijo admiraba mucho, siempre trabajaba con la lengua entre los dientes, una costumbre que había heredado de su padre. Años más tarde, Michael Jordan jugaría al baloncesto haciendo ese mismo gesto. Con el tiempo, miles de niños lanzarían a canasta con la lengua entre los dientes, y todo porque James Jordan había reparado su coche con la lengua entre los dientes.

La clave de la feroz competitividad de Michael Jordan, según creían sus amigos del instituto y de la universidad, estribaba en la rivalidad que tenía con su hermano mayor Larry, un deportista formidable por derecho propio, aunque con un cuerpo que no daba la talla. Larry tenía mucha fuerza, talento deportivo y ambición, pero era demasiado bajo para conseguir en el deporte lo que por su corazón, voluntad y talento habría merecido. «Era un atleta de los pies a la cabeza», dijo Doug Collins en cierta ocasión. «Recuerdo la primera vez que lo vi, era un joven más bien bajo, increíblemente musculoso, con un cuerpo impresionante, de 1,70 de estatura, una complexión más apropiada para el fútbol que para el baloncesto. El momento en que lo vi, supe de dónde procedía el ímpetu de Michael». O como dijo una vez Clifton (Pop) Herring, que los entrenó a ambos en el Instituto Laney de Wilmington, «Larry estaba tan motivado y era un deportista tan competitivo que, si hubiera medido 1,90 y no 1,72, estoy seguro de que Michael habría sido conocido como el hermano de Larry en vez de ser Larry el conocido como el hermano de Michael». Y el mismo Michael dijo una vez: «Cuando me ves jugar, ves jugar a Larry».

Durante mucho tiempo, incluso después de que Michael lo superase en estatura, Larry podía saltar tan alto como su hermano. En otra época, en una escuela que tuviera un programa deportivo más variado, dijo Ron Coley, un entrenador ayudante en el Instituto Laney, Larry habría sido un gimnasta; la gimnasia habría sido el deporte perfecto para él. (Con el tiempo, Larry Jordan jugaría con el equipo de Chicago en la Liga 6-4 [1] y en la liga profesional de baloncesto, pero al final se convenció de que el equipo solo quería explotar su conexión con Michael y se marchó).

Los hermanos menores a menudo determinan su lugar en el universo por la diferencia presuntamente insuperable y eterna que los separa de los hermanos mayores, que aparentemente siempre son mejores y con más talento. En este caso, Michael se comparaba con su hermano, que luchaba por labrarse un camino propio a pesar de su estatura. Como resultado, en el patio de los Jordan, había diariamente una especie de combate atlético: día tras día, los dos se machacaban en el pequeño cercado que James Jordan había construido. Larry tenía una fuerza increíble y durante años pudo dominar a su hermano. Pero cuando ya estaban en el instituto, Michael empezó a crecer hasta alcanzar una estatura muy superior a la del resto de la familia. Cuando esto ocurrió, Michael creía que su padre intentaba equilibrar las cosas felicitando a Larry más que a Michael.

Si alguna consecuencia hubo, fue que Michael trabajara con más ahínco si cabe en la cancha. Y algo más interesante: según pensaban los amigos de Michael de aquella época, lo que lo motivaba era la mezcla de rivalidad e intenso afecto fraternal que sentía por Larry. Era la materialización más cariñosa de una rivalidad fraternal eterna. «Es obvio que Michael y Larry compitieron salvajemente de niños, y Larry tenía una gran influencia en su vida», dijo David Hart, director de un equipo de Carolina del Norte y compañero de piso y de habitación de Michael en Chapel Hill. «Michael quería mucho a Larry y hablaba de él constantemente: lo reverenciaba de veras. No obstante, aunque Michael llegó mucho más arriba que Larry como deportista, nunca dejó que eso afectara al cariño que sentía por su hermano. Su conexión emocional y el respeto que sentía por su hermano eran muy fuertes. Cuando su hermano estaba cerca, se olvidaba de su creciente fama y de sus conquistas para actuar simplemente como un afectuoso y cariñoso hermano menor». Pero también podía burlarse de él. Años después, cuando Michael era una estrella de la NBA, jugaron en un partido improvisado. Michael miraba los pies de Larry. «Limítate a recordar qué nombre llevas en las zapatillas», dijo. Fue el triunfo definitivo del hermano menor.

Los primeros signos de la excelencia deportiva de Michael llegaron con el béisbol: lanzó varias bolas imparables con un equipo de la Wilmington Little League. Cuando tenía doce años, jugó de lanzador con el Wilmington en el campeonato regional oriental de la Little League. El ganador competiría en la Serie Mundial de la Little League. Aquel día lanzó dos bolas que el bateador no pudo alcanzar, pero su equipo perdió por 1-0. El baloncesto, un deporte que también le gustaba, parecía un sueño lejano, sobre todo porque solo medía 1,72 y era muy delgado. Durante un breve periodo, cuando estaba a punto de entrar en

el instituto, frustrado por culpa de su estatura, adoptó la costumbre de colgarse de una barra de ejercicios para estirarse. Creció eventualmente, pero no por hacer ejercicios de estiramiento.

Ya por entonces había indicios de que tenía mucho talento. Harvest Leroy Smith, compañero de clase y buen amigo suyo, que en aquella época jugaba al baloncesto con él casi todos los días, creía que era el mejor jugador de su equipo de noveno año: era pequeño, pero muy rápido. «Lo veías meter canastas en el aire y te preguntabas cómo lo había hecho, porque no era tan alto», decía Smith, «pero era el más rápido. La única incógnita era qué estatura iba a alcanzar… y hasta dónde llegaría su nivel de habilidad». Si su habilidad era un poco menor que la de los demás jugadores, los superaba con su competitividad. «Él y yo entrenábamos juntos todos los días y él siempre tenía que ganar. Si jugábamos a encestar y le ganabas, tenías que jugar otra vez hasta que ganaba él», decía Smith. «No te ibas a casa hasta que él ganaba».

El verano que siguió al fin del noveno curso, Jordan y Smith fueron al campus de baloncesto de Pop Herring. Herring, que era el entrenador del equipo principal de Laney, centro al que iban a ir en otoño, los animó a entrar en el equipo como alumnos de décimo curso; a Smith porque medía 1,98 y a Jordan porque era muy rápido. Ninguno de los dos había acabado de crecer y casi todos los jugadores de aquel equipo, dos y tres años mayores que ellos, parecían mucho más fuertes en ese momento, cuando un par de años de desarrollo físico puede suponer una gran diferencia. En la mente de Smith no cabía duda de cuál era el mejor jugador: era Michael, con diferencia. Pero el día que se hizo público el nombre de los seleccionados (era el gran día del año, porque todos sabían desde hacía semanas cuándo se publicaría la lista), Roy Smith y él estaban en el gimnasio de Laney. El nombre de Roy Smith estaba en la lista, el de Michael no.

Fue el peor día en la vida del joven Michael. La lista se había organizado por orden alfabético, así que buscó en las jotas, pero su apellido no estaba allí, y leyó una y otra vez la lista, esperando no haberlo visto o que se hubieran equivocado al ponerlo. Aquel día volvió a casa solo, se metió en su habitación y rompió a llorar. Smith entendía lo que estaba pasando, sabía que Michael no quería que nadie lo viera cuando se sentía dolido o cuando alguien lo había herido.

Años después, los entrenadores de Laney se dieron cuenta de que no habían sido prudentes al tomar aquella decisión, de que deberían haber amortiguado el golpe diciéndole a Michael que ya llegaría su momento, y habían empeorado las cosas eligiendo a su amigo. Roy Smith pensó que los entrenadores estaban locos: puede que fuera más alto, pero sabía que Michael era mejor que él. «Sabíamos

que Michael era bueno», diría tiempo después Fred Lynch, segundo entrenador de Laney, «pero queríamos que jugara más y pensamos que para él sería mejor el equipo juvenil». Aquel año fue el mejor jugador del equipo juvenil. Dominaba el juego con facilidad, y no por su estatura, sino por su rapidez. Había partidos en los que anotaba cuarenta puntos. De hecho, era tan bueno que los partidos juveniles se hicieron muy populares. Todo el equipo principal llegaba antes para verlo jugar.

Leroy Smith se dio cuenta de que, aunque Jordan había sido muy competitivo antes de que lo excluyeran, después se volvió más competitivo aún, como si estuviera dispuesto a que eso no volviera a ocurrirle. Sus entrenadores también se dieron cuenta. «La primera vez que lo vi, no tenía ni idea de quién era Michael Jordan. Yo era entrenador ayudante en el equipo principal de Laney», dijo Ron Coley. «Fuimos a Goldsboro, que era nuestro gran rival, y entré en el gimnasio cuando el partido de los juveniles estaba terminando. En la cancha había nueve jugadores que se limitaban a corretear, pero había un muchacho que jugaba dándolo todo. Por su forma de jugar, pensé que su equipo iba perdiendo por un punto y que faltaban dos minutos para el final. Miré el marcador y vi que su equipo perdía por veinte puntos y solo quedaba un minuto de partido. Se trataba de Michael, y pronto supe que siempre era así».

Entre el momento de su exclusión y el día que empezó el baloncesto en el undécimo curso, Jordan creció unos diez centímetros. La rapidez siempre había estado allí, pero ahora era más fuerte y sabía hacer mates. Smith advirtió que sus manos eran mucho más grandes. De repente, el Instituto Laney empezaba a tener un equipo de baloncesto muy bueno, y su estrella creciente era Michael Jordan. Estaba tan motivado como siempre, era el jugador del equipo que trabajaba con más empeño en los entrenamientos. Si creía que sus compañeros no trabajaban lo suficiente, él mismo se lo decía, y a veces instaba a los entrenadores a obligarlos. La verdad es que los entrenadores creían que no era totalmente consciente de su importancia cuando estuvo en Laney, y lo animaban a lanzar más veces, en parte porque podía facilitar las cosas a sus compañeros de equipo. Pero cuanto más lo incitaban, más parecía resistirse. Al final, los entrenadores fueron a hablar con James Jordan con la intención de ganarlo para su causa. «No lo sé», dijo Jordan padre, «yo tengo como norma mantenerme alejado de los asuntos de los entrenadores, no quiero intervenir, no quiero ser uno de esos padres de la Little League. No parece apropiado para un padre. Pero supongo que, si ustedes me lo piden, puedo hacerlo». En el undécimo año de Michael, Laney ganó 13-10 y en el duodécimo año 19-4, y solo una derrota esporádica en

un torneo regional impidió que el equipo llegara a las finales del estado.

3

Chicago, noviembre de 1997

En el otoño de 1997, cuando los Bulls regresaron de París para empezar la carrera por el sexto título, había problemas en el paraíso, si es que Chicago se podía considerar tal cosa. Pocas veces una franquicia con tantas personas inteligentes estuvo tan plagada de malos presentimientos. La duda de si el equipo iba a ser capaz de salir adelante planeó sobre todos durante los *playoffs* de aquel año. La división entre la directiva, por un lado, y los jugadores y el entrenador, por el otro, se había vuelto cada vez más cruda con los años.

Durante un tiempo, después de ganar el quinto campeonato, no parecía probable que Jerry Reinsdorf fuera a contratar de nuevo a Phil Jackson. En parte debido a la subida general de los salarios de los entrenadores. Los entrenadores universitarios que nunca habían ganado nada en la NBA eran reclutados para recuperar franquicias inactivas por 4 millones de dólares al año o más. El sueldo que pedía Jackson era muy elevado. Acababa de terminar un contrato de un año por el que le habían pagado 2,7 millones de dólares, lo que lo convirtió, según se creía, en el entrenador mejor pagado que no era al mismo tiempo el presidente del club. En general, era un buen sueldo, sobre todo para alguien que solo una década antes había pasado por ser una de las principales figuras de la contracultura estadounidense en la NBA. Había otros entrenadores por allí, de gran talento, que habrían estado encantados de trabajar por un par de millones al año, hombres ansiosos de entrenar a Jordan y a Pippen (o a Rodman). Entonces, desde el punto de vista de la dirección ¿por qué quedar atrapados en una guerra de ofertas con alguien que al fin y al cabo solo era un entrenador y, por lo tanto, uno de los miembros del equipo más fáciles de reemplazar? Pero había una buena razón, que afectó profundamente al precio de salida de Jackson: Michael Jordan había jurado que solo jugaría con Phil Jackson. De lo contrario, no volvería al equipo. Era una especie de chantaje que se convirtió en presión del

público para contratar a Jackson y así reunir de nuevo al equipo para que ganara o perdiera su título en la cancha.

Esta situación puso parcialmente al descubierto el aspecto más duro y mezquino del deporte en el momento en que sus costes alcanzaban unos niveles astronómicos a finales de los años noventa: la lucha por un salario justo (o injusto) y las encubiertas y no tan encubiertas luchas por la publicidad personal que siempre acompañaban a la victoria en la época dorada de la televisión. En cierto modo, lo que estaba ocurriendo en Chicago era un acto más de la clásica confrontación económica que derivaba de la cuestión de cuál era el verdadero valor del talento en dólares en una sociedad del entretenimiento que cotizaba el gran talento. ¿Se habían extendido las realidades del mercado tradicional a un mundo de fantasía como este? Se encontraban frente a frente uno de los propietarios más inteligentes y duros del deporte, un hombre con fama de ser un negociador singularmente astuto, y los entrenadores y jugadores del mejor equipo, fortalecido por un campeonato casi sin precedentes, y con un jugador que era el más popular de América. Se estaba librando una lucha fascinante, a veces enconada, entre el mundo de ensueño de los deportes y el frío mundo de los negocios.

Por una serie de razones, las tensiones dentro de los Bulls eran mucho peores de lo normal, incluso en aquel altísimo nivel del deporte profesional, donde los conflictos generados por la soberbia y las frustraciones salariales, así como por el tiempo de juego, eran constantes. Una de las razones del descontento era la particular naturaleza de los propietarios de los Chicago. El socio presidente, Jerry Reinsdorf, había ganado sus millones con una inmobiliaria, un terreno famoso por sus duras y rigurosas negociaciones, que eran parte del placer del juego y un fin en sí mismo para aquellos con habilidad para jugarlo. En cuanto al baloncesto, sus jugadores eran los que mejor jugaban y sus entrenadores los que más sabían, mientras que el terreno de las negociaciones (duras, despiadadas, a menudo brutales, pues a la persona que se tenía enfrente se la trataba momentáneamente como a un enemigo) era el auténtico juego del propietario. El proceso de negociación no se volvía más fácil por el hecho de que Reinsdorf, en los primeros y a menudo pírricos asaltos de la negociación, estuviera representado por Jerry Krause, cuyo tacto para tratar con las personas no era una de sus mejores cualidades, ya que tendía a personalizar todos los conflictos. Cuando el agente y el propietario llegaban a los últimos y espectaculares asaltos, solía haber mucho resentimiento.

Reinsdorf era considerado un maestro de las negociaciones. Otra cuestión era

que entendiera realmente o no que el éxito de los Bulls (los varios campeonatos y el interés sin precedentes del público) cambiaba la naturaleza de las negociaciones, llevándolas del terreno más privado al más públicon.

Reinsdorf era un hombre muy inteligente y muy duro, un hombre de gran éxito con pocas ilusiones sobre la naturaleza de su actividad. Su valor global había aumentado asombrosamente durante los últimos veinte años, en gran parte debido a su éxito con los Bulls. Todo se reducía a una ecuación muy simple: cuanto mejor jugaba Michael Jordan, más rico e influyente se volvía Jerry Reinsdorf. De joven había sido abogado fiscalista en Chicago. Primero había trabajado en la agencia tributaria local y luego, como muchos otros que empezaron así, había aprendido los intríngulis de los impuestos para convertirse en asesor fiscal de profesionales de Chicago, enseñándoles a comprenderlos. En aquellos años, según diría más tarde, aprendió «que si te esfuerzas para que te quieran y te respeten, acabas por no ser nadie». Con el tiempo fundó su propia empresa, Balcor, que con la burbuja inmobiliaria de finales de los años ochenta gestionaba inversiones en bienes raíces. La operación Balcor le salió bien y en 1982 vendió la compañía a American Express por 53 millones de dólares. Accedió a quedarse durante cinco años como director ejecutivo. Lo dejó en 1987. Las leyes inmobiliarias del país cambiaron rápida y profundamente, y todo el tema Balcor no tardó en oler mal. Con el tiempo, American Express canceló una deuda de Balcor de 200 millones de dólares por la cuarta parte. Nadie en American Express tuvo desde entonces una buena opinión de Reinsdorf. Era un hombre hecho a sí mismo, que había amasado su fortuna solo. A pesar de sus limitados medios económicos, se había hecho con el control de dos equipos de Chicago, los Bulls y los White Sox de béisbol, en un entorno más bien hostil y en una ciudad más bien extraña, mientras que otros (más amables, con mejores antecedentes y mejores credenciales) se habían mantenido al margen burlándose de él. Si tenía alguna debilidad, decían algunos, era que estaba demasiado acostumbrado a ganar, demasiado acostumbrado a salirse con la suya, demasiado acostumbrado a encontrar la debilidad de sus rivales. Lo había hecho tan bien, a pesar de empezar con tan poco, que parecía creer que era más listo y duro que nadie, o si no, al menos más listo que aquellos que eran más duros y, algo más importante aún, más duro que los más listos.

En el trato con sus equipos, tenía al menos una ventaja significativa sobre otros propietarios de clubes: guardaba cierta distancia emocional tanto con el equipo como con los jugadores, especialmente con estos. Durante años se había llevado razonablemente bien con Michael Jordan. Sus reuniones de trabajo y sus

ocasionales contactos sociales habían sido en general suficientemente agradables y se habían caracterizado por el respeto mutuo. Jordan, que respetaba mucho el éxito económico como un fin en sí mismo, parecía admirar a un hombre que había amasado tanto dinero él solo. Pero Reinsdorf no parecía necesitar ser amigo de Jordan, y no fue una sorpresa que no hiciera el viaje a París para saborear las mieles del triunfo de los Bulls. No necesitaba ni codiciaba esos estímulos de la vanidad personal.

Reinsdorf entendió desde el principio que cuanto más necesitara la vanidad del estímulo de las relaciones personales con los jugadores, más influencia les cedería a ellos y a sus agentes en la mesa de negociaciones. Por el contrario, muchos propietarios de entonces parecían querer ser colegas de instituto o de universidad que se habían convertido en hinchas apasionados y abnegados y que ahora se enorgullecían de contar con la amistad de aquellos deportistas supremos y de poder llevar a sus amigos al vestuario para que estrecharan la mano de los jugadores estrella. Para muchos propietarios, asquerosamente ricos pero a menudo sorprendentemente anónimos en sus principales actividades, la vanidad de ser propietarios de un equipo era más importante que la cuestión económica.

Este no era el caso de Reinsdorf. Él era ante todo y en primer lugar un empresario. Aunque solía hablar de su infancia en Brooklyn y de su amor por los jugadores de los Dodgers de los años cincuenta, y enseñaba a los que visitaban su oficina un asiento del Ebbets Field, como propietario era capaz de entender la propiedad de un club con un rigor muy darwiniano. Sabía distanciarse de un modo singular, casi clínico.

Según comentaría el mismo Reinsdorf, cuando dieciocho años antes compró los White Sox, estaba más o menos entre la edad de los jugadores y la de sus padres. Ahora, casi al final del siglo XX, era más viejo que sus padres y tenía incluso menos deseos que antes de confraternizar con ellos. A veces estaba en los comités que entrevistaban a posibles propietarios de equipos de béisbol o de baloncesto y le sorprendía oírles decir de un modo u otro que querían serlo porque no obtenían suficiente respeto o aceptación en sus comunidades locales, en particular teniendo en cuenta su riqueza. Esa clase de atención, pensaba, era lo peor de ser propietario de un equipo: era una indeseada y constante invasión de la intimidad.

Para las personas que no llevaban las negociaciones en la sangre, los modales de Reinsdorf durante las transacciones podían parecer, en los momentos críticos, los de un matón. Reinsdorf era muy consciente de la categoría especial de Jordan, así como del hecho de que Jordan lo estaba haciendo rico y poderoso.

Conocía los peligros inherentes a cualquier discusión pública con el icono deportivo más destacado de América. Quien se metía con Jordan, dentro o fuera de la pista, siempre salía perdiendo. Pero sus negociaciones con el jugador (que sin embargo se alargaban y eran agotadoras) eran una excepción notable. Pocos jugadores con los que trataba tenían la influencia excepcional de Jordan a la hora de firmar un contrato. Su reputación de inflexible lo persiguió en los dos deportes. Había un buen número de personas del mundo del béisbol que, a causa de la decisiva e inamovible postura de Reinsdorf durante la huelga de 1995, lo despreciaban totalmente. Creían que había estafado a los propietarios de la débil y pequeña franquicia, convenciéndolos de que prolongaran un enfrentamiento laboral en apoyo a restricciones salariales para luego, cuando terminó la huelga, traicionarlos contratando al hosco Albert Belle por una suma fabulosa.

Reinsdorf incluso litigó contra la NBA en los tribunales por el derecho a transmitir cierto número de partidos de los Bulls. Nadie buscaba un conflicto con él a la ligera. Para Todd Musburger, un agente del espectáculo que representaba a Phil Jackson y que peleó con él durante años mientras negociaba contratos, Reinsdorf representaba la cara más sombría del capitalismo americano. Se había acostumbrado a tratar con gente que estaba en una posición más débil que él y, en consecuencia, imponía sus condiciones.

Pero lo que estaba claro era que algunas de esas cualidades que tan útiles le eran en el muy privado y semisecreto mundo de las grandes propiedades inmuebles no le daban tan buenos resultados en los acuerdos, de carácter cada vez más público, a los que tenía que llegar con brillantes, creativos y hábiles pero vulnerables jóvenes deportistas, siempre temerosos de lesionarse y cuya trayectoria profesional era, al menos para ellos, horriblemente breve. Pues Reinsdorf tendía a buscar los puntos débiles de sus adversarios y casi siempre los encontraba, explotándolos hábilmente, quizás, a la larga, demasiado en su propio beneficio y en el de su franquicia. Si había algo que temían los jugadores era lesionarse y que se acabara su trayectoria profesional. Por lo tanto, el único punto flaco que tenían era el contrato a largo plazo, que para ellos era muy seductor, aunque con el tiempo solía ser menos costoso para el equipo que una posible serie de contratos cortos. Debido a esto, los dos bandos, cuando negociaban, no estaban en igualdad de condiciones: los empresarios tenían una trayectoria profesional larga y siempre dinero disponible, mientras que los jugadores tenían una trayectoria profesional corta y a menudo llegaban a la mesa de negociaciones con muy pocos ahorros. Reinsdorf era muy consciente de ello. También era consciente de que a los agentes, un factor poderoso en la nueva

ecuación, también les gustaban los contratos a largo plazo porque significaban dinero garantizado.

Por ejemplo, Reinsdorf entendió en seguida que la única debilidad de Jordan en las negociaciones era el deseo de proteger su imagen empresarial y su inigualable valor comercial para las compañías cuyos productos promovía. Por lo tanto, Jordan era cauteloso y no se presentaba como el típico deportista consentido. También sabía que la vulnerabilidad de Scottie Pippen no procedía de su infancia pobre, sino del hecho de que su padre había sufrido un derrame siendo muy joven y había pasado gran parte de su breve vida en una silla de ruedas. Por lo tanto, Pippen quería desesperadamente la seguridad a largo plazo que le ofrecía un contrato largo. Sin embargo, en casi todas las negociaciones, las victorias a corto plazo de Reinsdorf tendían a crear problemas a fin de cuentas, ya que trataba con talento, con hombres de habilidad inusual y temperamento artístico que en comparación tenían trayectorias profesionales cortas y que casi siempre terminaban mal.

Con el paso de los años, debido a las constantes discusiones por los contratos, la imagen pública de la dirección de los Chicago Bulls había acabado por los suelos, aunque esto no parecía molestar mucho a Reinsdorf, que se creía medianamente inmune a los ataques de la opinión pública. Parecía enorgullecerse de su reputación de implacable. Sin embargo, esa fuerza inquebrantable como negociador que tan bien le había funcionado en su primera profesión lo hacía parecer a veces inusualmente difícil e insensible en la segunda. Que su principal ayudante, Jerry Krause, fueran cuales fuesen sus otras habilidades, tuviera un talento único para ofender a muchas de las personas con las que trataba, no hacía más que agravar el problema.

Unos cuantos agentes habían llegado a pensar que tratar con la dirección de los Chicago era mucho más difícil que con cualquier otra franquicia de baloncesto. Las negociaciones tendían a seguir un patrón largo y difícil: el agente empezaba con Krause, quien dejaba caer una cifra relativamente baja y de entrada inamovible. Luego empezaba un proceso largo y debilitador. A menudo Krause parecía sentirse ofendido en estas reuniones por la habilidad del jugador. Al final, con el agente y Krause agotados, sangrando por las heridas que se habían infligido mutuamente, y con un empate en perspectiva, entraba Reinsdorf y el trato se cerraba rápidamente. Reinsdorf, por supuesto, salía ileso del asunto.

El único agente que esquivó este patrón fue David Falk, el agente de Michael Jordan, que entendió la dinámica y que solía tratar directamente con Reinsdorf. «No voy a desgastarme con todos esos trámites», dijo a un amigo de Chicago.

«No voy a perder todo ese tiempo tratando con un segundón que recibe en los primeros asaltos todos los proyectiles destinados al propietario». Por supuesto, el hecho de que Falk representara a Jordan le otorgaba una dispensa especial para dirigirse directamente a Reinsdorf desde el comienzo.

Con todo, la culpa de las tensiones en los Bulls no era monopolio de los propietarios del equipo. El otro factor que causaba aquel descontento inusualmente elevado era la naturaleza particularmente volátil de los salarios de los jugadores. Algunas leyes laborales antiguas y draconianas, que habían dado todo el poder a los propietarios, se habían derogado bruscamente de un día para otro, produciendo cambios económicos rápidos e históricos en los últimos años. Como si de la noche a la mañana el poder hubiera pasado de los propietarios a los jugadores y a sus agentes. De repente, las épocas de la NBA duraban solo cuatro o cinco años. Un sueldo que había parecido de ensueño para un jugador en una época podía convertirse perfectamente en una miseria cuando se comparaba con el de otros jugadores, más jóvenes y con menos experiencia, de la generación siguiente, quizá solo dos o tres años más tarde y mucho antes de que terminara el contrato. Este peligroso y explosivo fenómeno también era un motivo de vergüenza para el agente del jugador: ningún agente quería oír a su jugador quejarse de que un jugador inferior y con peores estadísticas hubiera conseguido un contrato mejor en otro equipo. El mundo de los deportes se había vuelto tan inestable que la trayectoria profesional de un jugador podía ahora abarcar dos o tres épocas económicas y un contrato, solo dos. De esta forma, Michael Jordan entró en la liga con un sueldo de 6,3 millones por siete años, en aquel momento el tercer sueldo más alto que se pagaba a un novato. Ahora, sin embargo, esa cantidad era lo que ganaba por jugar aproximadamente la quinta parte de una temporada.

Los contratos de Jordan, en el fondo, ponían de manifiesto la explosiva naturaleza de las finanzas deportivas y de los contratos firmados incluso con las mejores condiciones. El primero, muy atractivo desde luego para un novato que era solo el tercero de la lista, había sido firmado antes de que Reinsdorf se hiciera con los Bulls, y era considerado bueno en aquel momento para un jugador joven que todavía no había sido puesto a prueba, ya que lo situaba muy por encima de grandes estrellas con talento y más experiencia. Tres años después, basándonos en la singular habilidad de Jordan y su capacidad única de atraer hinchas tanto en Chicago como en los partidos fuera de casa (y en los televisores domésticos), y dada la naturaleza ascendente de la escala salarial de la NBA, quedaba obviamente anticuado.

Aquel primer contrato era técnicamente por cinco años, garantizados, con opción a prorrogarlo dos años más por 1,1 y 1,3 millones. En algún momento del cuarto año, Reinsdorf y Falk acordaron revisarlo. A la mesa de negociaciones se sentaron dos de los más duros negociadores del mundo del baloncesto. Si muchos agentes creían que tratar con Reinsdorf (por no hablar de Krause) era más difícil que tratar con cualquier otro propietario, había propietarios que creían que tratar con Falk era una pesadilla por derecho propio, y había varios entrenadores de la NBA que a veces descartaban posibles fichajes solo porque los jugadores estaban representados por Falk. «Negociar con David», dijo una vez Reinsdorf, «jamás se hace sin dolor». Pero por extraño que parezca, los dos hombres se llevaban bastante bien. Cada uno, consciente del poder del otro y de lo mucho que había en juego, había negociado hábilmente. De hecho, había personas en la NBA que pensaban que en ciertas negociaciones habrían podido intercambiarse los papeles, con Falk haciendo de propietario y Reinsdorf de agente, y no se habría notado ninguna diferencia en la transcripción de sus conversaciones.

Falk creía que había sido él quien había sugerido la posibilidad de un nuevo contrato. Reinsdorf preguntó si Jordan seguiría jugando con las condiciones del anterior, y encima jugando al máximo nivel, si él no accedía a revisar el contrato. Naturalmente, respondió Jordan. Lo había firmado y había dado su palabra, y lo cumpliría y siempre jugaría al máximo nivel. De modo que procedieron a redactar el nuevo contrato. Básicamente la negociación era entre Reinsdorf y Falk, aunque Jerry Krause estuvo presente en todas las reuniones y, en opinión de Falk, no aportó nada interesante, ya que parecía dispuesto a referirse a Michael como a un jugador bueno o muy bueno, pero no como a uno de los dos o tres mejores del mundo. Además parecía, consciente o inconscientemente, menospreciar el papel desempeñado por Michael en la conversión de los Bulls en un gran éxito financiero. Durante casi un año, a lo largo de unas catorce largas y agotadoras sesiones, redactaron un nuevo contrato que abarcaba ocho años, de 1988 a 1996. El nuevo contrato estipulaba una media de unos 3 millones de dólares al año, unos 24 millones en total. A Falk le gustaba alardear de que, gracias a él, Jordan había pasado de ganar alrededor de un millón al año a ganar aproximadamente tres millones. Si se juzgaba solo como una prórroga de cinco años del contrato anterior, se acercaba a los 5 millones al año, una cifra muy alta para aquella época. En aquel momento se consideró el sueldo más alto que había cobrado un jugador de la NBA.

Cuando Reinsdorf firmó el nuevo acuerdo de ocho años con Jordan, contó a

los amigos que estaba asustado… ¿Habría pagado demasiado por un periodo demasiado largo? ¿Y si Michael, que se había perdido gran parte del décimo año por una fractura en un pie, sufría otra lesión que acababa con su trayectoria deportiva? ¿Qué pensarían los otros propietarios de clubes? Recordaba haber dicho a Jordan entonces que, si él fuera un jugador, habría tenido serias reservas para firmar por tantos años. Pero Jordan parecía querer el contrato y dio a Reinsdorf su palabra de que nunca se volvería atrás y trataría de renegociarlo, una promesa que mantuvo. No obstante, el contrato era largo en un negocio en expansión, y cuando el contrato finalizó a finales de la temporada de 1996, Michael Jordan recibía un sueldo comparativamente bajo, una de las mayores gangas del deporte profesional. Reinsdorf lo reconoció hasta cierto punto: Jordan y él habían ido a cenar cuando aquel empezó como jugador de béisbol, y Reinsdorf le había dicho: «Incluso yo tengo que admitir que hice un buen negocio», y sugirió pagarle al completo por el año que estuvo en el béisbol. (Aquel mismo día, más tarde, Jordan llamó a David Falk y le dijo: «Acabo de ganar 4 millones de dólares»). En opinión de Reinsdorf, era algo que debía a Jordan. Cuando la aventura del béisbol llegó a su fin en marzo de 1995, Falk llamó a Reinsdorf para decirle que Jordan quería volver con los Bulls y le preguntó si pagaría por la temporada completa, aunque ya casi había terminado. Reinsdorf respondió que sí, que por supuesto que sí.

Pero a finales de la temporada de 1996, Reinsdorf tuvo que renegociar con Jordan en un periodo que no se parecía en nada a la época en la que habían firmado sus dos contratos anteriores. Durante un tiempo, se habían acumulado una serie de factores que ahora afectaban profundamente a las negociaciones: la aparición de agencias libres, prácticamente sin restricciones, para jugadores veteranos; la aparición de un tope salarial para cada equipo; la llamada «cláusula Larry Bird», que permitía a un equipo superar las restricciones del tope salarial para conservar a su jugador estrella; y, finalmente, un acuerdo con la Players' Association [2] a principios de los años noventa que prohibía a un jugador renegociar un contrato ya firmado. Cuando se instituyó la cláusula Bird, los sueldos de un puñado de jugadores estrella subieron astronómicamente. Lo que en una época era un sueldo muy alto, de repente parecía muy bajo. En el verano de 1997, Kevin Garnett, un dotado y joven jugador que no había ido a la universidad y que había entrado en la liga a los diecinueve años, rechazó una oferta de los Minnesota Timberwolves para estar con ellos siete años por 103 millones de dólares. Finalmente, firmó por 126 millones y por siete años, con todas las garantías.

Si Kevin Garnett valía tanto o no (aún no había jugado contra equipos de primer nivel cuando firmó), su agente y él sabían que estaba en juego la propia legitimidad de la siempre vulnerable franquicia de Minnesota. Si Garnett, quizás el jugador más dotado de la breve historia del equipo, se iba al cabo de dos o tres años, la franquicia no tendría credibilidad. Las ventas de pases de temporada disminuirían. Incluso era probable que la franquicia tuviera que mudarse a una ciudad de la franja sur del país en busca de un rico y nuevo propietario esperando su momento de gloria. El director ejecutivo de los Timberwolves que había firmado el acuerdo con Garnett era Kevin McHale, hijo de un minero de los yacimientos de hierro de Minnesota. Cuando jugaba en la Universidad de Minnesota a finales de los años setenta, McHale creía que, cuando se licenciara, se dedicaría a entrenar y a enseñar, y que ganaría quizá unos 15 000 dólares al año. No obstante, alcanzó categoría suficiente para jugar en la NBA, y como tercer jugador seleccionado en el *draft* de 1980, firmó su primer contrato con Boston por tres años y un total de 600 000 dólares. Ahora, en una época financiera que parecía a años luz de cuando había iniciado su andadura en la liga, McHale se sentía muy a disgusto con el acuerdo que había firmado con Garnett, aunque este le caía muy bien como persona. Detestaba la subida meteórica de sueldos de los últimos años y de repente allí estaba, obligado por las circunstancias a determinar los siguientes niveles de un mercado siempre en ascenso. Él mismo, comentó, se había convertido en lo que siempre había condenado. Durante un tiempo, horrorizado por lo que estaba haciendo, pensó en dejar su puesto en los Timberwolves para trabajar de locutor, y habló seriamente con Dick Ebersol, de la NBC. Al final se quedó en Minneapolis. Pero el sueldo de Garnett, de unos 18 millones de dólares por temporada, se convirtió en punto de referencia, y aquel año todos los presidentes que habían iniciado negociaciones con sus jugadores estrella acuñaron una nueva expresión: hablaban de si sus jóvenes jugadores valían algo «en dinero de Kevin Garnett». Aunque el listón base había sido fijado por uno de los equipos más débiles del campeonato, desesperado por conservar su legitimidad y a sus hinchas, ello repercutió inmediatamente en la estructura salarial de toda la liga. Otros jugadores con más experiencia en equipos ganadores, representados por agentes deseosos de no quedar mal en comparación con el agente de Garnett, utilizaron su contrato como punto de partida de la negociación.

El fichaje de Garnett, como muchos otros contratos monumentales de la NBA, también afectó negativamente a los Bulls. Durante la mayor parte del campeonato, la presidencia de los Bulls, gracias a sus astutas negociaciones y a

una serie de contratos a largo plazo, había conseguido una de las mayores gangas del momento. Durante la temporada de 1996, el cuarto campeonato que ganaron los Bulls, Jordan había cobrado unos 4 millones de dólares al año; Pippen había quedado amarrado por un contrato a largo plazo, que por entonces le rentaba unos 3 millones; Rodman se había incorporado en la temporada 1995-1996 por unos dos millones y medio. Toni Kuko č ganaba alrededor de 4 millones. Phil Jackson estaba a punto de finiquitar un contrato de tres años que le proporcionaba 800 000 dólares al año, lo que lo convertía en una ganga espectacular. En todos los sentidos, era el peor pagado de la vieja guardia del baloncesto.

Pero casi todos los acuerdos finalizaban en el verano de 1996. Eso significaba que el precio del equipo de la temporada 1996-1997 iba a ser mucho más elevado, sobre todo el de Jordan, que era un agente libre cuyos gigantescos ingresos procedían hasta aquel momento de compañías como Nike, McDonald's y Gatorade, no de los Bulls. En consecuencia, las negociaciones iban a ser más complicadas esta vez. Llegado el momento, Reinsdorf se reunió con Jordan, Falk y Curtis Polk, un socio de Falk, para cenar en el Ritz-Carlton de Chicago. Jordan era conocido por deleitarse cargando a la cuenta de su agente botellas de vino muy caras, a menudo de unos 500 dólares la unidad (quienes los conocían bien llamaban a esta maniobra «Jordan desfalca a Falk»), y esa noche no fue una excepción, según recordaría Reinsdorf. Durante la cena, no se hicieron ofertas y todos estuvieron tanteando el terreno, conscientes de que se jugaban mucho y temerosos de establecer límites que más tarde fueran difíciles de cruzar o que enfadaran a Jordan y lo llevaran a otra ciudad donde ganaría más dinero. Fue, en términos generales, una velada agradable, una ocasión para crear un clima de buena voluntad común, pensando en los difíciles días que estaban por llegar. Hablaron de los muchos años que Michael había jugado en Chicago, de lo bien que se habían tratado los unos a los otros en el pasado y de los pocos problemas que habían tenido. Fue la típica velada con el propietario de la que los demás jugadores de los Bulls no sabían nada.

Mientras se preparaban para las negociaciones, las partes interesadas afilaban sus armas disuasorias, aunque por aquel entonces las de Jordan eran considerablemente más eficaces que las de Reinsdorf. Jordan sabía muy bien que él era el chollo más rentable del deporte, que Reinsdorf y sus socios se habían hecho muy ricos gracias a su talento, y que el valor de los Bulls había pasado, gracias a él, de 15 a más de 250 millones de dólares. Jordan tenía en aquel momento una influencia enorme. Podía fácilmente dejar Chicago para irse a

Nueva York, el centro de los medios de comunicación internacionales, una ciudad en la que le encantaba jugar y un escenario que no disgustaba a sus patrocinadores empresariales. Si se iba, era muy probable que se llevara el campeonato consigo. Y había otros agentes libres con talento que estarían más que encantados de jugar con él y sus amigos Patrick Ewing y Charles Oakley en Nueva York. La amenaza que suponía la posibilidad de que Jordan se fuera a la odiada y pretenciosa capital de la Costa Este, llevándose el título con él, no era moco de pavo, y ciertamente no contribuiría a aumentar la ya escasa popularidad de Reinsdorf o Krause en Chicago. Además, tampoco beneficiaría a las futuras ventas de entradas para los Bulls o los White Sox. Sin embargo, Jordan también recelaba de un movimiento en aquella dirección. Los Bulls eran su equipo; comprendía el valor histórico de jugar para un solo equipo y de llevar un único logotipo. Los jugadores que más admiraba, como Larry Bird y Magic Johnson, habían jugado para un solo equipo, y sabía que cuantos más campeonatos ganaran los Chicago Bulls liderados por Michael Jordan, más posibilidades tendría de tener un espacio propio en los libros de récords. Johnson había ganado cinco campeonatos con los Lakers, Bird tres con los Celtics, y Jordan, que se tomaba muy en serio la lealtad al equipo, no iba a desperdiciar la oportunidad de estar a su altura.

Volvieron a reunirse unas semanas después. En un momento dado, Jordan sugirió que Reinsdorf pusiera una oferta sobre la mesa, y si estaba en la franja de lo aceptable, diría que sí, y si no lo estaba, diría que no. Falk añadió entonces que, si la oferta era más o menos razonable, llegarían a un acuerdo. Pero si no, se irían inmediatamente a otro club, y si ese club hacía una oferta jugosa, no volverían a Chicago a la espera de otra oferta. Este tipo de argumentación se había convertido en un procedimiento habitual entre los agentes de la era moderna: el propietario solo tenía una oportunidad, y si la perdía, el jugador se iba. Reinsdorf era consciente de que era como tener una pistola apuntándote a la cabeza, pero esperaba que, debido a la cláusula Larry Bird, nadie ofreciera más a Jordan. Sin embargo, lo importante era no perder mucho tiempo regateando y no jugar a la baja con Jordan.

Reinsdorf comenzó sugiriendo un contrato de dos años por 45 millones de dólares, 20 millones un año y 25 al siguiente. Falk y Jordan contraatacaron pidiendo 55 millones por los dos años. Reinsdorf respondió que aquello le daba miedo. ¿Y si Jordan se lesionaba? El volumen del contrato lo ponía nervioso: equivalía al sueldo de un equipo completo prácticamente en la misma época. Al final, acordaron 30 millones por un solo año. La decisión de hacerlo por un año

reflejaba las dudas de Reinsdorf sobre durante cuánto tiempo quería desembolsar tanto dinero, con campeonato o sin él. (Al final resultó que los 55 millones sugeridos por Falk eran una ganga; Reinsdorf finalmente pagó 63 millones por los dos años).

Cuando Chicago derrotó a Utah en 1997 y conquistó su quinto título, el mismo Jordan pidió en la televisión nacional, durante la celebración de la victoria, que la directiva reuniera a todo el equipo para dar a todos los jugadores la oportunidad de defender el título en la cancha. La petición de Jordan reflejaba la creciente convicción que tenían los jugadores de que el propietario quería deshacer el equipo. Se dijo que aquello irritó a Reinsdorf, que pensaba que Jordan estaba obligándolo a definirse en público en aquel momento, lo que por supuesto era cierto. A Reinsdorf no le gustó que el deportista más popular del mundo aprovechara la celebración pública de la victoria, delante de millones de personas de todo el mundo, para comenzar una nueva ronda de negociaciones. Fue un golpe certero. Jordan se había dirigido a una fuerza poderosa, la fuerza de la opinión pública, para dar continuidad a una era dorada del baloncesto en una ciudad sedienta de victorias.

Había una razón para que Jordan golpeara en ese momento: los entrenadores y jugadores eran conscientes de que los propietarios tal vez no querían seguir adelante. Durante la final de 1997, Reinsdorf había llevado a Phil Jackson a comer a Park City, Utah, donde estaba el equipo. Durante la comida, le sugirió que, si las inminentes negociaciones se ponían muy difíciles, los Bulls estarían dispuestos a pagarle una buena suma (un par de millones de dólares) para que no volviera, entre otras cosas porque perdería la oportunidad de entrenar otros equipos, pero solo si se iba sin hacer ruido. Era la primera señal de que los propietarios estaban cerrando las escotillas y preparándose para el duro verano que se avecinaba. Así que durante las semanas y meses que siguieron a la victoria final sobre Utah, hubo serias dudas planeando en el aire de si el equipo regresaría intacto y de si Phil Jackson volvería a entrenar. Localmente, las negociaciones de Jackson con los Bulls dominaban los medios de comunicación y se cubrían más exhaustivamente que otros asuntos como las escuelas públicas o los presupuestos municipales. Jackson no solo era un entrenador, era un personaje fundamental, pues Jordan, sabiendo que Krause quería fichar a otro entrenador, ya había lanzado el guante de que Phil Jackson era el único entrenador con el que jugaría.

Poco antes de que terminara la temporada de 1997, Jordan había bromeado con algunos reporteros, diciendo que, si él fuera el dueño, se pagaría a sí mismo 50

millones de dólares al año (un aumento de unos 20 millones), a Jackson 50 millones, a Pippen 75 millones (un aumento de 72). Entonces se dio cuenta de que se había olvidado de Rodman. «Dennis gana 25 millones. Seguro que merece más, pero mi presupuesto es muy limitado», dijo Jordan.

Claramente ganar el quinto campeonato no rebajó las tensiones en la franquicia de Chicago. El año anterior habían empeorado de forma significativa las relaciones entre Jackson y Krause (o entre Jackson y Reinsdorf, lo cual siempre era problemático), y Jackson tenía sentimientos encontrados en relación con el propietario y, por si fuera poco, también a propósito de la relación Pippen-Krause, y por consiguiente sobre la franquicia.

Si Jordan regresaba, y la presión pública en Chicago y durante toda la liga prácticamente lo exigía, quería que el equipo volviera esencialmente intacto, y eso significaba que primero había que solventar la situación de otras piezas clave. Una de ellas era Scottie Pippen, el jugador que permitió a Jordan ser Jordan en esta fase de su trayectoria, un jugador cuyo juego cuadraba a la perfección con el de Michael.

Pippen, a diferencia de Jackson, Jordan y Rodman, aún estaba bajo contrato con los Bulls. Cuando terminó la temporada 1997, era quizá el mejor chollo individual de la NBA y se sentía muy descontento al respecto. Los Chicago podían traspasarlo y conseguir a cambio otros jugadores, pero si lo traspasaban, tanto Jordan como Jackson podían hacer las maletas. El equipo quedaría destrozado y la culpa sería sobre todo de Reinsdorf y Krause. Pero si el propietario esperaba un año, tanto Jackson como Jordan podían irse también, y Pippen, cuyo descontento con la directiva de Chicago no era ningún secreto, podría seguramente optar por una agencia libre, y entonces ellos no conseguirían nada a cambio. Así que la decisión sobre Pippen era muy difícil. Se trataba de elegir entre el corto plazo, con la oportunidad de ganar un sexto título y así complacer a los hinchas, que era la opción más popular con diferencia, y dar el paso draconiano de traspasarlo, ganándose la enemistad de Jackson y Jordan y desarticulando un equipo antes de que terminara su lucha por el campeonato.

El disgusto de Pippen con Krause y la franquicia era palpable. Era sin duda el segundo mejor jugador de la liga, pero, con tres millones al año, era el 122 mejor pagado. En parte era por su culpa, y Pippen se dio cuenta de que había optado por la seguridad y había firmado un contrato a largo plazo en una época en que los jugadores podían, si su valor aumentaba, renegociar sus contratos. Pero las leyes habían cambiado en el ínterin y estaba prohibido renegociar, y Pippen había quedado atrapado entre las cláusulas de su acuerdo. Pero incluso en

circunstancias como estas, había propietarios que con cierta sutileza daban a entender a los jugadores a los que admiraban, y que lo habían hecho bien, que llegaría el momento en que recibirían un sueldo de justicia. La directiva de los Bulls no había dado a entender nada de esto. Al contrario, Krause y Reinsdorf parecían resistirse especialmente a dar crédito en público al papel especial que Pippen había desempeñado en los años que habían ganado el campeonato: aunque los Bulls nunca lo habían ganado sin Michael Jordan, tampoco lo habían hecho sin Scottie Pippen.

En cualquier caso, daban a entender que su interés por él tenía sus límites y que creían que su cuerpo empezaba a estropearse. En opinión del agente de Pippen, lo único que venían a decir era que otra franquicia se hiciera cargo de su aumento de salario. Pippen había estado peligrosamente cerca de ser canjeado por Shawn Kemp, de Seattle, un año antes, y en junio de 1997 era obvio que Chicago seguía interesado en traspasar a Pippen. Se decía que Krause deseaba empezar a construir el nuevo equipo post-Jordan. Reinsdorf, que habría recibido duras críticas por ello, era más cauteloso. Pero cuando se hizo público el *draft* en la primavera de 1997, Pippen estuvo a punto de ser traspasado otra vez. En esta ocasión, el acuerdo previsto lo habría enviado a Boston. Era uno complicado. Luc Longley, el gran pívot, también era parte del acuerdo, y en un momento dado llegó a hablarse de Denver, que entregaría a cambio a su primera opción del *draft* , un jugador llamado Keith Van Horn, a quien codiciaban muchos directivos, incluido Krause. Pero Nueva Jersey pujó y se quedó con Van Horn. De este modo, el acuerdo se desvaneció.

Reinsdorf diría después que la decisión de no traspasar a Pippen y de ir a buscar el sexto campeonato había sido suya. Decía que lo hizo con sentimientos encontrados: había visto demasiados equipos envejecer de un día para otro y luego dar bandazos por culpa de decisiones erróneas. Tal como lo recordaba Reinsdorf, él había preguntado a Krause si los jugadores jóvenes que iban a contratar podían llegar a ser muy buenos, si serían piezas importantes en futuros campeonatos, y Krause no se había mostrado muy seguro. Por eso, dijo Reinsdorf, decidió ir a por el sexto campeonato. Dijo que los sentimientos de Pippen no le afectaban. Los traspasos eran parte del negocio; los jugadores, incluso los grandes jugadores, eran traspasados constantemente. Jordan no, porque Jordan era el Babe Ruth del baloncesto. Scottie Pippen no lo era. Aquel era un mundo duro y frío, uno donde todo estaba en venta. Había sido sincero al permitir que Kyle Rote Jr., uno de los agentes de Pippen, supiera lo que estaba haciendo en todo momento. Lo que probablemente ocurrió fue que se mezclaron

varias cosas: el fracaso del traspaso ideal de Pippen y la certeza de que Jordan y Jackson lo querían de vuelta, cosa que también querían los hinchas, naturalmente. Si el equipo se desmontaba ahora, advirtió un relaciones públicas externo al que se consultó, la reacción pública inutilizaría las dos franquicias deportivas durante una generación. Por supuesto, eso no significaba que los Bulls no fueran a traspasar a Pippen, aunque no lo incluyeron en el *draft* . Así comenzó el largo y arduo proceso de reunir al resto del equipo.

La declaración de Jordan contribuyó en gran medida a aumentar su influencia aquel verano. Normalmente los entrenadores, incluso los entrenadores ganadores, eran prescindibles, los primeros en irse si corrían malos tiempos, los más fáciles de contratar en tiempos que se presumían buenos. Pero la lealtad de Jordan hacia su entrenador había cambiado toda la ecuación. «Qué suerte para Phil», dijo entonces un antiguo entrenador de los Bulls, solo ligeramente envidioso, «tiene una gran representación: un magnífico agente en Todd Musburger y el mejor agente de la historia del deporte en Michael Jordan. Una combinación difícil de superar».

En años recientes, las negociaciones por Jackson entre Todd Musburger (hermano de Brent, el locutor de la ABC) y la franquicia de Chicago se habían vuelto cada vez más tensas. Una de las razones era el extraordinario cambio en los precios de los entrenadores, un valor de mercado volátil que era difícil de aceptar por el propietario de un equipo ganador porque inicialmente había sido fijado por equipos que eran un desastre total. Una marea en ascenso había puesto a flote a todos los barcos de la NBA. Como había tantas nóminas infladas y como muchos jugadores que percibían sueldos fabulosos parecían inmunes a toda clase de motivación, el precio de los entrenadores prestigiosos y capaces de motivarlos (Chuck Daly, que había sido un mago en Detroit, Pat Riley, que tan bien lo había hecho en Los Ángeles y en Nueva York, además de los niños prodigio de las universidades) había aumentado considerablemente. Aunque los entrenadores aún no ganaban tanto como Kevin Garnett, ya percibían lo que hasta hacía poco ganaba Michael Jordan.

Todo esto era bastante nuevo y la idea de pagar el sueldo de un jugador estrella a un entrenador era impensable para la directiva de Chicago. En 1992, cuando Jackson, camino de su segundo campeonato, firmó por 800 000 dólares al año durante tres años, Musburger lo hizo muy por debajo del valor de mercado de Jackson, quizá la mitad de lo que otros entrenadores con habilidad parecida estaban ganando; estaba seguro de que Jackson se merecía mucho más. Pero Jackson, según creía Musburger, no era el cliente ideal para guerras como

aquella. No era lo bastante materialista y no parecía importarle mucho el dinero. Quería un precio justo por su talento, pero se sentía incómodo con la creciente hostilidad que las negociaciones estaban despertando. Llegados a aquel punto, Jackson creía que la franquicia de Chicago había sido muy generosa con él y 800 000 dólares al año le parecían mucho dinero. En un momento dado, durante unas negociaciones cada vez más desagradables, Krause dijo a Musburger: «Ningún entrenador de los Bulls ganará nunca un millón de dólares. Toma nota».

Pero Krause estaba equivocado. Animados por el cuarto campeonato y la expectación y las presiones crecientes para seguir ganando en Chicago, los Bulls pagaron 2,7 millones a Jackson por la temporada 1996-1997. Musburger había sugerido un contrato a largo plazo, pero la otra parte no estaba interesada, una señal clara de que por entonces la directiva vislumbraba una vida comercial limitada para el equipo y su entrenador y ya estaba planeando un nuevo orden con un entrenador más dócil a los deseos de la directiva. Un año después, cuando se planteó la cuestión del sueldo de Jackson para 1997-1998, las negociaciones se volvieron muchísimo más enconadas. Negociar con Krause y Reinsdorf, según Musburger, se asemejaba a lo que debía ser tratar con Corea del Norte: les gustaba reunirse en sitios oscuros, edificios propiedad de Reinsdorf, y querían hacerlo en secreto, aunque todos los hinchas de Chicago sabían que volver a contratar al entrenador era una prioridad y un elemento determinante en la posibilidad de mantener a Jordan y a otros jugadores clave.

Por aquel entonces, el resentimiento que había entre Krause y Jackson estaba afectando a los niveles más altos de la franquicia. Desde que Jordan había vuelto del béisbol, Krause no había mantenido en secreto su deseo de deshacer el equipo de Jordan. Lo había dejado muy claro en diferentes declaraciones, y todas parecían decir o implicar lo mismo, que su concepto de equipo ideal era un equipo ganador en Chicago sin Michael Jordan en él, un equipo en el que la mayor parte del crédito se otorgara a la franquicia, es decir, a Jerry Krause. En aquel momento, parecía metido en un intenso romance profesional con el entrenador de Iowa State, Tim Floyd, y Jackson supo por unos amigos que Krause había estado enviando a Floyd cintas de vídeo de los partidos de los Bulls. Varias personas cercanas a los Bulls pensaban que Krause rabiaba en privado porque Jackson, el hombre al que había rescatado de la oscuridad para entrenar, un hombre que técnicamente estaba por debajo de él en la jerarquía, era ahora infinitamente más conocido y popular en Chicago que él. Cuando Jackson era presentado en la celebración del campeonato, los hinchas se rompían las manos aplaudiendo, y cuando se mencionaba el nombre de Krause, los abucheos

eran igual de ruidosos.

Lo que más sorprendió a Musburger durante las largas y difíciles negociaciones con Krause fue su opinión siempre negativa sobre el lugar que Jackson debía ocupar en este particular universo: era muy diferente de la opinión que tenía la mayoría de la gente del baloncesto. Otros eran capaces de ver lo bien que lo había hecho en años muy duros, trabajando durante horas interminables preparando los partidos, sobre todo en los *playoffs* , entrenando con gran habilidad y manteniendo unidas a las complicadas y a menudo conflictivas vanidades personales que tanto podían formar como deshacer un gran equipo de la NBA. Pero cuando Krause hablaba de Jackson, según Musburger, hablaba de lo que Reinsdorf y Krause habían hecho por él, sacándolo de las calles cuando estaba desempleado y dándole este chollo de trabajo, y que por lo tanto debería estarles agradecido y saber cuál era su sitio. Lo interesante de Krause cuando hablaba en estos términos, pensaba Musburger, era que sus palabras eran totalmente inconsecuentes, ya que era incapaz de ver un asunto complicado desde un punto de vista que no fuera el suyo.

Los que trataban tanto con Reinsdorf como con Krause creían que había una diferencia considerable en su actitud ante las negociaciones. Con Reinsdorf casi siempre estaba presente el dinero y poquísimas veces la vanidad personal. Con Krause era muy diferente. El resentimiento de Krause contra Jackson parecía basarse en quién recibía el mérito por aquellos gloriosos años de campeonatos ganados. La vida era injusta: los entrenadores eran visibles, siempre estaban en pantalla; los directivos, no. Jackson, por su personalidad, se llevaba muy bien con una amplia variedad de personas, tanto de los medios de comunicación como con el resto; Krause, por su parte, tendía a ofender a una variedad igualmente amplia de personas, sobre todo de los medios de comunicación, personas a las que él despreciaba en general y cuya misión en la vida (descubrir y contar todo lo que pudieran sobre los manejos internos de los Chicago Bulls) le parecía la labor de agentes enemigos. En privado decía que los periodistas serios eran «putas».

El mantra de Krause, que irritaba mucho a los jugadores, sobre todo a Michael Jordan, era la importancia de la franquicia en la consecución de los campeonatos. El libro de prensa de los Bulls de 1997-1998 decía, en palabras aprobadas por Krause, que Krause era el arquitecto de los cinco títulos y el responsable de la adquisición de todos los jugadores menos Jordan. Un verano, el locutor Billy Packer llamó a Krause para pedirle el teléfono de la casa de Jackson, y le explicó que estaba escribiendo un libro sobre entrenadores

excepcionales que habían llevado a sus equipos a niveles estratosféricos. Packer quería saber si había algo en común entre el estilo de los entrenadores y su forma de pensar. «¿Por qué quieres hablar con él?», preguntó Krause. «Yo soy el que formó el equipo, lo único que hizo él fue entrenarlo». Tras colgar el teléfono, Packer pensó que había sido una conversación reveladora… y triste. «Sabía que de vez en cuando decía cosas así, que eran las franquicias y no los jugadores quienes ganaban los campeonatos, pero no me había dado cuenta de que lo pensaba de verdad», diría Packer tiempo después.

Las negociaciones con Jackson para la temporada 1997-1998 adquirían cada vez mayor tirantez. La causa común hacía tiempo que se había perdido. Estaba claro que Reinsdorf detestaba tratar con un entrenador a través de su agente. Cuando terminó la temporada, el propietario juró que nunca más contrataría un entrenador con agente porque los entrenadores formaban parte de la administración y no deberían tener agentes. Musburger, por el contrario, creía que Reinsdorf no estaba acostumbrado a que lo cuestionaran en las negociaciones. Incluso agentes poderosos evitaban enfadarlo por miedo a que fuera duro con sus futuros jugadores. Pero Musburger había representado a gente de la televisión y no temía convertir a Reinsdorf en su enemigo permanente, si no había más remedio.

Las raíces del conflicto eran relativamente profundas. Un año antes, durante unas negociaciones que también habían sido difíciles, hubo un terrible enfrentamiento entre Reinsdorf y Musburger. En un punto muerto particularmente espinoso, Reinsdorf, cuya especialidad inicial era el derecho tributario, sugirió apartar dinero de tal manera que permitiera a Jackson invertir sin tener que pagar impuestos antes. De esa forma, podía asignar el dinero a fondos y acumular intereses sin tener que pagar impuestos durante varios años. Era algo, dijo, que había hecho en otros acuerdos profesionales, incluidos algunos con sus jugadores de béisbol. En aquel momento, Musburger dejó entrever que Reinsdorf quería ahora ser también el corredor de bolsa de Jackson, y Reinsdorf se puso furioso. «Maldito bastardo, vas a joder esto igual que jodiste el contrato de tu hermano con la CBS. Hablé sobre ti con Neal Pilson, el director de la sección deportiva de la CBS, y me dijo que no tenía problemas con Brent, pero que no soportaba tratar contigo». Fue una referencia ofensiva especialmente dirigida a Musburger: había presionado fuerte para conseguir un jugoso contrato nuevo para su hermano en la CBS, pero en cierto momento la CBS se retiró y dejó marchar a Brent. Finalmente terminó siendo locutor de la ABC. «Cometí un error al decirlo», confesaría más tarde Reinsdorf. «Era verdad lo que dije, pero

decirlo delante de su cliente fue mear fuera del tiesto». De todos modos, fue un momento terrible. Musburger estaba convencido de que por fin había visto al auténtico Jerry Reinsdorf y creía que, después del rifirrafe, Reinsdorf ya no iba a poder tratar con él.

En cierto momento del verano de 1997, la negociación parecía haber llegar a un punto muerto. Reinsdorf hizo una oferta de 4 millones. Musburger había pedido 7,5 millones, una cifra cercana a lo que Rik Pitino estaba ganando en Boston. Larry Bird, un entrenador sin experiencia, había firmado por 5 millones en Indiana, la misma cifra que Chuck Daly estaba ganando en Orlando. En Miami, Pat Riley, el verdugo de Jackson, tenía el mejor contrato de todos. Ganaba 3 millones de dólares más una participación en el capital del equipo. Jackson, según Musburger, no estaba muy preparado para unas negociaciones tan reñidas; cuanto más duras eran las palabras que se intercambiaban, menos le atraía el combate. Pero al menos, siempre según el agente, quería una cifra razonable. Cuando se trataba con Phil, pensaba Musburger, se trataba siempre de dignidad.

Finalmente, Reinsdorf dijo que ya no se reuniría más con Musburger y voló en un avión privado a Montana para reunirse con Jackson. Para solucionarlo todo, aseguró. Al llegar dio a Jackson un papel con una oferta. Cinco millones por un año, uno más que en la oferta anterior. Al enterarse de que el propietario iba camino de Montana, Musburger tomó otro avión para estar con su cliente, aunque no estuvo presente en la negociación. «Es todo lo que he conseguido», dijo Reinsdorf a Jackson, refiriéndose a los cinco millones. Llegados a aquel punto, Musburger, animado por Jackson para que concluyera la negociación, subió a seis millones. Pero volvieron a quedarse en un punto muerto. Reinsdorf voló a Arizona. (Parte de las abismales diferencias que había entre los dos hombres podrían medirse por el hecho de que cuando Jackson sugirió al propietario que se quedara un tiempo para contemplar la belleza del paisaje, Reinsdorf respondió que no hacía falta, que ya lo había visto al sobrevolarlo).

Cuando volvieron a hablar, Musburger dijo que 6 millones era la cifra final. «No entiendes que cuando digo una cosa, es esa cosa y punto», respondió Reinsdorf.

«Bueno, puede que lo que tengamos aquí sea una fuerza irresistible que choca contra un objeto inamovible, y no haya solución», dijo entonces Musburger a Reinsdorf. Pero unas nueve horas después, Reinsdorf llamó para decir que podía pagar los seis millones. Las piezas empezaban a encajar en su sitio. Pippen no había sido traspasado y Jackson había sido contratado, pero con una cláusula que

lo liberaba si los Bulls no volvían a contratar a Jordan.

La conferencia de prensa que se celebró para anunciar la renovación del contrato de Jackson no fue la ocasión festiva que se ve normalmente cuando un equipo ficha de nuevo a un entrenador ganador e inmensamente popular. Jerry Krause anunció el hecho con una voz que, según los reporteros locales, fue más bien mustia, subrayando que solo era por un año, tanto si los Bulls ganaban el sexto título como si no. Aquello disparó al final otra pelotera entre el entrenador y su jefe, y Jackson dijo que era como si Krause estuviera animando al contrario y no a su propio equipo. En aquel momento Krause explotó y dijo: «Aunque este año ganemos ochenta y dos a cero, te irás a la puta calle».

Ahora que Jackson estaba contratado, el camino estaba despejado para que Reinsdorf fuera a la caza de Jordan. En primer lugar, había cierta tensión residual que tratar. Reinsdorf supo que Jordan estaba enfadado con él. ¿Sería cierto? Jordan dijo que sí. Reinsdorf preguntó por qué y Jordan mencionó que cuando habían firmado el contrato anterior, el de los 30 millones, Reinsdorf al parecer había dicho que viviría para lamentarlo. Reinsdorf dijo que no recordaba haberlo dicho, pero que, si fue así, le pedía disculpas. Con esto creyó que el tema estaba zanjado. Pero no lo estaba. Por aquella época, Jordan se reunió con Henry Louis Gates, el distinguido escritor e historiador de Harvard, y sacó a colación la frase. Después de haber estado mal pagado todos aquellos años y de haber sacado adelante a los Bulls en su peor época para hacerles ganar cinco campeonatos, una frase como la que había dicho Reinsdorf era como un puñetazo en el estómago. Las palabras de Jordan aparecieron finalmente impresas en *The New Yorker* . Un año después, en el texto de un libro de fotos sobre su vida, Jordan volvió a publicar la frase. Claramente, aún le dolía y probablemente reflejaba parte de una división cultural: lo que Reinsdorf creía haber dicho en tono sarcástico y autoparódico había sido entendido como una falta de respeto por un orgulloso y gran atleta.

Empezaron a hablar del siguiente contrato. Reinsdorf comenzó ofreciendo 25 millones, diciendo que el contrato anterior de 30 millones era una compensación por los años en que se le había pagado mal. Pronto volvió a subir a los 30 millones, pero Jordan dijo que creía merecer un aumento. Después de todo, habían ganado el campeonato, y de nuevo había sido el jugador más valioso de las finales. Un aumento, dijo, sería la recompensa por hacer tan bien su trabajo. Jordan y Falk sugirieron un aumento del 20 por ciento, hasta 36 millones. Reinsdorf se resistió y finalmente Jordan sugirió una solución media que se cifraba en un aumento del 10 por ciento, quedando el sueldo en 33 millones, algo

inaudito. Reinsdorf accedió inmediatamente, diciendo que era justo, pero se quedó atónito cuando Falk propuso un contrato de dos años por 36 y 40 millones, respectivamente. «David, ¿no ha aceptado ya tu cliente por un año y por 33 millones?», preguntó Reinsdorf. «¿Verdad, Michael?». Jordan dijo que sí, de modo que se firmó el acuerdo, pero estaba claro que la tensión que parecía afectar a toda la franquicia había llegado incluso a su mejor jugador.

Así que el coste de ser el mejor equipo de baloncesto y el de mayor relieve había empezado a alcanzar por fin un auténtico valor de mercado. Jordan estaba contratado por 33 millones de dólares, Jackson por 6 millones, Rodman, con varios incentivos, rondaba los 10 millones. Solo eso ya eran 49 millones. Ron Harper había firmado por 5 millones y Kuko č por 4. Pippen por 3 millones. Su muy esperada paga compensatoria tendría que llegar seguramente de otra parte. Quitando el banquillo, el coste del primer entrenador y de la alineación inicial más plausible había situado las nóminas por encima de los 60 millones de dólares.

Como los demás habían firmado nuevos contratos lucrativos, la cólera de Scottie Pippen aumentó. El hecho de que casi lo traspasaran mientras que sus compañeros de equipo y su entrenador conseguían atractivas compensaciones lo hizo enfurecer. No se trataba tanto de dinero como de respeto, según su agente principal, Jimmy Sexton. La temporada estaba a punto de comenzar y el resentimiento de Pippen aumentaba. Las partes habían llegado a un punto muerto tras una larga y desdichada historia. En el verano de 1997, esa historia era tan densa y se habían dicho, exigido y contraofertado tantas cosas que buscar la verdad era como pelar capas de una cebolla gigante en la oscuridad. El caso era aún más complicado de lo esperado, porque Jimmy Sexton también había representado a Horace Grant, que en otro tiempo fue el motor de los Bulls. Al final de la temporada de 1994, Grant optó por una agencia libre y fichó por Orlando. La marcha de Grant había dejado tras de sí mucho resentimiento: Reinsdorf creía que había llegado un acuerdo verbal para que se quedara y que Sexton lo había convencido para que se fuera. Lo peor de todo, en opinión de Reinsdorf, era que los Bulls no habían conseguido nada a cambio. No quería que eso volviera a ocurrir en el caso de Pippen.

Pippen creía que había dos niveles cuando se trabajaba en Chicago: Jordan estaba en un nivel y todos los demás en otro. Pippen sabía lo complaciente que había sido la directiva al tratar con Jordan (Reinsdorf lo trataba como a un igual) y aunque percibía claramente la habilidad de Jordan, y todo lo que Jordan podía hacer y él no, pensaba que merecía también una categoría especial, que no era un

simple artículo de lujo. No era solo un miembro del Dream Team sino una estrella por sí mismo, y uno de los cincuenta mejores jugadores de la NBA de todos los tiempos. Esa condición especial, creía él, siempre se le había negado en Chicago.

Durante la final de 1997, Pippen sintió muchas molestias en el pie, pero se las arregló para jugar. Y cuando terminó la temporada, no se preocupó por operarse y el verano pasó. Casi todos los jugadores evitaban normalmente las citas con los cirujanos, por muy benigna que fuera la operación. Pero en este caso, Pippen no confiaba ni en los Bulls ni en sus médicos. Al acercarse el inicio de la temporada siguiente, Pippen, sintiéndose impotente y especialmente ofendido, eligió el único camino que tenía para desquitarse: no hizo nada con su pie. Era su manera de fastidiar a Krause y a Reinsdorf, y una señal de lo profunda que era su cólera. Estaba dispuesto a arriesgar tanto su salud como las posibilidades de sus compañeros de equipo.

El resentimiento y la profunda y casi patológica desconfianza engendraron más resentimiento y más desconfianza. Aquel verano, Pippen jugó en un par de partidos benéficos patrocinados por otros jugadores de la liga, aunque ni se había operado el pie ni los médicos de los Bulls se lo habían examinado. La situación se tradujo en una serie de faxes iracundos en los que Krause le decía que desistiera. Estos mensajes pusieron aún más furioso a Pippen, pues parecía que los Bulls le estaban diciendo que era propiedad suya, que en realidad eran sus dueños. Se quejó amargamente a Jimmy Sexton, diciéndole que los faxes de Krause eran racistas, aunque, como muchas otras cosas que hacía Krause, es probable que solo fueran chapuzas de un ejecutivo torpe que no tenía ninguna confianza en un gran jugador que era, a su vez, muy sensible.

Krause era muy torpe en casi todas sus negociaciones, con una vulnerabilidad emocional tan manifiesta que tenía problemas para mantener una posición de poder y la elegancia que se requería en una atmósfera tan cargada. Krause era inteligente, tenía buen ojo y era increíblemente trabajador, y había vencido toda clase de dificultades para llegar a ser un ejecutivo de primer rango en la NBA. Pero no parecía capaz de conquistar ese territorio de tranquilidad personal que era tan decisivo para todo ejecutivo que tuviera un papel de mando, sobre todo un papel cuyo principal cometido era tratar con otros seres humanos especialmente imprevisibles. Su autoestima parecía estar tan presente en todas sus negociaciones como el valor del individuo con el que trataba. Las declaraciones cruzadas, que eran parte del habitual toma y daca de las negociaciones deportivas millonarias, y que un hombre más frío y seguro de sí

mismo podía ignorar, duraban infinitamente más en el caso de Krause. Era inteligente, decente e inmensamente vulnerable. El trabajo que desempeñaba correspondía al de un hombre capaz de vérselas con los problemas de otras personas. Lejos de ello, Krause parecía crear los problemas él mismo. Todo lo que requería cierto grado de frialdad y distancia en los acuerdos decisivos, con Krause se volvía algo muy personal. Su problema, como una vez le dijo Reinsdorf, era que se enamoraba de las personas y se llevaba una decepción al darse cuenta de que lo que los unía era una relación económica y no el amor. El hecho de que hubiera una cualidad explosiva en gran parte de lo que hacía no parecía molestar en absoluto a Reinsdorf. En cualquier caso, y teniendo en cuenta su talante inconformista, el propietario tenía motivos para no sentirse tan descontento de que Krause lo dejara todo patas arriba: eso significaba que agentes, jugadores y los medios de comunicación estaban casi siempre agotados cuando Reinsdorf llegaba al campo de batalla.

Por culpa de su pie, el furioso Pippen no estaba preparado cuando comenzó la temporada y podía perderse más de la mitad, según los médicos del equipo. Por su parte, allí estaba ya poniéndose en forma Dennis Rodman, el ala-pívot/chico malo que se había convertido en una especie de icono cultural (u hombre de confianza) de la sociedad americana del momento, porque se teñía el pelo de diferente color según la ocasión, y tenía el cuerpo lleno de tatuajes y de *piercings* decorativos. Contra qué protestaba Rodman (pelo sin teñir, cuerpos sin *piercings* ni tatuajes) no siempre era fácil de discernir. Se quejaba a menudo y en voz alta de la injusticia de la NBA, donde ese año, si satisfacía todas las previsiones de un contrato cargado de incentivos, podía ganar cerca de 10 millones de dólares, además de sus ganancias publicitarias. Rodman había entrado en los Bulls dos años antes, en el segundo ciclo de lucha por el campeonato, y su actuación había sido decisiva.

Phil Jackson creía que iba a ser una temporada inusualmente difícil. Había visto a Pippen de mal humor en ocasiones anteriores, pero esta vez su furia excedía toda medida y se había convertido en una especie de odio ciego que amenazaba con inducirlo a hacer cosas que iban en contra de sus propios intereses. El nivel de distanciamiento entre los jugadores y la presidencia era casi inaudito en los anales del baloncesto moderno, sobre todo en un equipo campeón. Jerry Buss y Jerry West, de Los Angeles Lakers, hacían que sus jugadores se sintieran parte de una familia, y West estaba muy al corriente de los cambios que las leyes laborales del baloncesto y los acuerdos colectivos generaban en muchos aspectos económicos del deporte, y en no menor medida

en el elemento humano de las relaciones entre la directiva y los jugadores. Boston, bajo el mando del hosco Red Auerbach, seguía siendo una familia a mediados de los años ochenta, aunque era una familia de una generación muy diferente, mucho más dada al amor seco que al amor indulgente de finales del siglo veinte. En Detroit, la combinación de Bill Davidson, Jack McCloskey y Chuck Daly había ayudado a crear una franquicia fuerte y cohesionada, con relaciones jugador-directiva generalmente admirables allá en los años ochenta.

El distanciamiento entre el equipo y la directiva tuvo un efecto potencialmente positivo en Jackson, un hombre tan flexible como sutil. Con el tiempo fue capaz de utilizar como fuerza unificadora el aislamiento de los jugadores en relación con la directiva, su convicción de que la directiva era esencialmente hostil a sus objetivos y no quería que el equipo ganara el sexto campeonato. Cuando terminó la temporada, Reinsdorf creía que Jackson había rayado en la deslealtad porque había aprovechado las tensiones existentes para poner a los jugadores en contra de la directiva. Pero es imposible saber si fue deslealtad o una astuta estrategia para sacar partido de una mala situación.

Jackson estaba seguro de que la temporada 1997-1998, ganaran o perdieran, iba a ser la última para su equipo, el «último baile», como decía él. En aquel «último baile» iban a darse cita, al menos en la superficie, un equipo viejo y otro muy flojo. En un deporte en que se suponía que los jugadores alcanzaban su máximo valor a los veintisiete o veintiocho años, Jordan iba a cumplir los treinta y cinco en la temporada siguiente, Rodman treinta y siete y Pippen treinta y tres. (Cuando los Bulls ganaron su primer título, Jordan tenía veintiocho, Pippen y Horace Grant, veintiséis). Ron Harper cumpliría los treinta y cuatro en enero y obviamente estaba llegando al final de su trayectoria: tenía artritis en las dos rodillas y sus compañeros lo llamaban Pata de Palo. Toni Kuko č, en el que tanto había invertido Krause, tanto emocional como económicamente, aún tenía que demostrar que era una estrella de élite que podía aguantar la exigencia que requería el campeonato. En el banquillo había más inteligencia que talento.

Además, los mismos jugadores eran conscientes de lo difícil que era ganar un tercer título consecutivo, incluso en las mejores circunstancias. El segundo año había sido mucho más difícil que el primero, porque con el aumento de las expectativas, crecía la presión a su alrededor. John Paxson, un jugador clave del equipo que había ganado el primer ciclo de tres títulos, y que ahora era locutor, les advirtió de que el tercero iba a ser infinitamente más difícil que el segundo, pues costaba muchísimo mantener el nivel adecuado de motivación y concentración.

A pesar de todo, Jackson creía que los Bulls tenían una buena oportunidad para ganar otro título. Los jugadores más viejos, Jordan, Pippen, Rodman y Harper, eran deportistas increíbles, se mantenían en plena forma y jugaban como si fueran jóvenes. Es más, los cuatro eran jugadores muy inteligentes. Jackson sabía que su equipo tenía ciertas ventajas: su inteligencia, su experiencia y, por encima de todo, su tenacidad, que era muy importante en los *playoffs* . Los Bulls sabían cómo y cuándo centrarse, y cómo ejecutar en la cancha las instrucciones de los entrenadores previas al partido, una ventaja que los diferenciaba de muchos otros equipos, incluso de algunos que tenían jugadores aparentemente con más talento. Se trataba de valores considerables. Y además, por supuesto, había un gran valor adicional, algo que ni siquiera era cuantificable: el «factor Michael», la grandeza de un jugador de indomable fuerza de voluntad que constantemente elevaba su juego y el de sus compañeros a alturas inverosímiles en partidos dificilísimos, sobre todo en los *playoffs* . Jackson creía que sus jugadores eran ideales para lo que él consideraba como la verdadera temporada, las eliminatorias. De hecho, se habrían saltado con ganas la liga regular de ochenta y dos partidos para ir directamente a los *playoffs* .

Poco antes de empezar, Jackson habló con Jordan y Pippen sobre la inminente temporada. Los dos jugadores quisieron saber si pensaba que iba a ser la última batalla, y Jackson dijo que sí, que pensaba que habían tenido la suerte de mantenerse juntos tanto tiempo. Tenían que dar por sentado que en junio se acabaría todo. Jordan compartía su opinión sobre la temporada. «Vamos a tener que controlar el ritmo, ¿no?», dijo Jordan. Jackson estuvo de acuerdo, pero se preguntaba cómo sería capaz Jordan de hacer eso, sobre todo si faltaba Pippen. Jordan creía estar en buena forma y también en el sitio en el que quería estar en aquel momento. Ningún deportista profesional cuidaba más su físico que Michael Jordan, y por eso seguía estando en la cumbre años después de que su cuerpo y sus facultades debieran haber empezado a decaer. Como los Bulls habían estado a un nivel extraordinario durante tanto tiempo, cada año la temporada se prolongaba hasta mediados de junio. Y cada año Jordan sentía la necesidad de controlarse más conscientemente.

Con la ausencia de Pippen, y con un banquillo que parecía el más débil de su historia, aquel año Jordan tendría sobre sus hombros una carga mayor que nunca, de modo que el jugador y su entrenador personal, Tim Grover, procuraron alcanzar su pico de rendimiento con más lentitud que en el pasado. Aquel verano comenzaron los ejercicios mucho más tarde de lo habitual, y aunque Jordan estaba en buena forma cuando llegó al campus, Jackson, para la segunda

temporada, realizaba sesiones de entrenamiento una vez al día, en lugar de las dos diarias habituales, para proteger a Michael y a los otros deportistas de más edad.

No podemos infravalorar la importancia de Jackson para su equipo. Hacía años que no recibía el reconocimiento de sus colegas entrenadores ni de los medios de comunicación, porque se suponía que era fácil entrenar a grandes jugadores como Jordan y Pippen. No había sido nombrado entrenador del año ni una sola vez ni cuando había ganado tres campeonatos. Que era fácil ganar con aquellos jugadores era verdad y mentira a la vez: aunque eran grandes jugadores y fáciles de entrenar, costaba mucho integrar a una superestrella de la talla de Jordan en un juego de equipo. El eterno problema era que había que sacar el máximo partido de él sin reprimir su tendencia a hacerse el amo de la cancha, impidiendo al mismo tiempo que eclipsara el instinto, la capacidad y el amor propio de sus compañeros de equipo. Jackson tenía que aprovechar al máximo el gran talento de Jordan sin permitir que absorbiera todo el oxígeno de sus compañeros tanto dentro como fuera de la cancha. Los grandes jugadores tienen mucha vanidad. Las victorias, en la NBA y en todas partes, difícilmente la aplacaban. Cuanto más ganaba un equipo, más tendía a salir a la superficie la vanidad que hasta entonces se había reprimido por el bien del equipo.

Jackson realizaba aquella delicada alquimia con gran habilidad, y lo hizo durante un tiempo inusualmente largo, casi un decenio, lo cual era sorprendente, dadas las presiones y la fuerza de la vanidad en la NBA, donde los jugadores grandes y enérgicos se cansaban rápidamente de los entrenadores grandes y enérgicos, y viceversa. En la NBA moderna, llena de estrellas, era muy difícil mantener el éxito durante mucho tiempo, y más difícil aún mantener buenas relaciones jugador-entrenador de forma sostenida. Pat Riley, el más impulsivo de todos, un individuo que claramente estaba consiguiendo en los banquillos el nivel que no había alcanzado como jugador, había sido un entrenador brillante para los Lakers, pero permaneció en el puesto más de lo necesario. En opinión de sus jugadores, siempre quería que se entregaran un poco más de lo que correspondía, y al final de su temporada en Los Angeles, los jugadores prácticamente se rebelaron contra él. Que fuera Michael Jordan quien quisiera mantener a Jackson como entrenador para la sexta lucha por el campeonato era el mayor honor que podía conseguir un entrenador en la NBA moderna, mucho más importante que ser nombrado entrenador del año.

Jackson estuvo años en Chicago y acabó ganándose la confianza de la mayoría de sus jugadores. Era amable con ellos, los trataba individualmente y sabía cómo

impedir que se aburrieran. Por encima de todo, los trataba con respeto. Después de los años que llevaba de entrenador, casi todos entendían lo hábilmente que había integrado a Jordan en el sistema, algo que no habría sido tan evidente siete u ocho años antes, al comienzo del difícil, incómodo y doloroso proceso. Había conquistado y conservado el respeto de Jordan sin parecer un peón suyo, cosa que le habría hecho perder el respeto de los otros once jugadores. Lo que no era una cuestión menor. Su mayor triunfo fue seguramente convertir a Jordan en un creyente del triángulo ofensivo, y de este modo en un compañero de equipo que estaba más dispuesto a pasar el balón.

Ya avanzado el ciclo del segundo campeonato, Steve Kerr, a quien pidieron que describiera la cultura de los Bulls, dijo que era un equipo inusual y que gran parte de su cultura y carácter se debía al entrenador. Para otros jugadores, más limitados, era difícil jugar con Michael Jordan, comentó Kerr. Para hombres orgullosos como los deportistas profesionales, tampoco era fácil tratar con las hordas mediáticas todos los días, sabiendo, incluso mientras estaban respondiendo a sus preguntas, que ellos no interesaban en absoluto, que de lo único que realmente querían saber era de Jordan o, a veces, de Pippen, Rodman y Jackson. En un equipo con tales superestrellas, era fácil que otras personalidades quedaran eclipsadas. Jackson, según Kerr, tenía una gran habilidad para conseguir que todos los jugadores se comprometieran y supiesen que tenían un papel. El papel de los reservas era muy difícil, ya que todos sabían que sin Jordan el equipo zozobraría. Del mismo modo, no obstante, los jugadores también sabían que, si no cumplían con su cometido y no estaban siempre preparados, fracasaría igualmente.

4

Los Ángeles, 1997; Williston, Dakota del Norte, 1962

Los Bulls no tardaron en experimentar dificultades al inicio de la temporada 1997-1998. Todo lo que Jackson temía que fuera mal al principio fue mal. Sus números eran de 6-5 cuando llegaron a Los Ángeles para jugar con los Clippers, un equipo que siempre tenía problemas. Si las cosas iban mal para los Bulls, iban mucho peor para los Clippers, que estaban 1-10 con el antiguo entrenador de Phil Jackson en la universidad, Bill Fitch. Los Clippers eran seguramente la peor franquicia de la liga. Jugaban en una cancha realmente cutre, el viejo estadio Los Angeles Sports Arena, y, en los partidos contra equipos menores, solo atraían a unos dos o tres mil hinchas. Las localidades se agotaban solo cuando venían los Bulls o los Lakers, y entonces los hinchas solían animar a los Clippers solo en la recta final de los partidos, y solo si realmente presentaban batalla. Los Clippers parecían estar malditos: por muy mal que terminasen y por muy alto que pujaran en sus incorporaciones, nunca parecían mejorar, y cuando conseguían fichar a jóvenes jugadores de talento, esos jugadores se iban en cuanto podían.

Pero aquella noche los Clippers parecían destinados a ganar. Los Bulls jugaron fatal y su aura de invencibilidad brilló por su ausencia. Era su quinto partido fuera de casa y aún no habían ganado ninguno. Al principio del segundo cuarto, Los Angeles ganaban por 36-18. Jordan había empezado mal, encestando solo tres de sus primeros catorce lanzamientos. Pero los Bulls reaccionaron poco a poco y empezaron a machacar a los Clippers. Hacia el final de la función, Jordan había encestado dieciocho de treinta y seis, lo que significaba que había acertado quince de sus últimos veintidós lanzamientos. Jordan se había encargado de levantar al equipo y el marcador estaba empatado a 92 al final del tiempo reglamentario. Jordan había anotado los últimos siete puntos de Chicago. Los

Clippers ganaban 102-98 cuando faltaban treinta y nueve segundos para terminar la primera prórroga, pero Jordan metió una canasta de dos puntos y el marcador se puso en 102-100. A quince segundos de la conclusión, le hicieron falta, pero falló el primer tiro libre. Jackson le gritó que fallara el segundo adrede; lo hizo y consiguió hacerse con el rebote. Cuando quedaban ocho segundos, encestó y consiguió el empate.

En la segunda prórroga, Jordan anotó nueve puntos para Chicago, lo que significaba que había anotado veintidós de los últimos veintiséis de su equipo. Los Angeles no anotó un solo tiro. Aunque Jordan daba muestras de estar agotado, con tres tiros libres fallados al final, anotó los últimos trece puntos del partido. Se había negado a permitir que los sensibles y peleones Bulls perdieran un partido en una noche en que parecían incapaces de satisfacer las expectativas del público. Jugó cincuenta y dos minutos y anotó cuarenta y nueve puntos. Un partido sin importancia se convirtió en un encuentro importante; la probable derrota se convirtió en victoria. Eran avatares que ocurrían diez o doce veces durante la temporada, el triunfo de la voluntad sobre el agotamiento del cuerpo. Pocos de los hinchas que lo presenciaron lo entendieron: había que estar con el equipo día tras día y ver todos los partidos, sobre todo los que no parecían importantes, para entender que él lo hacía todas las noches. Esa fuerza de voluntad especial tenía una gran importancia para la proporción de partidos ganados/perdidos, y significaba que al final de la temporada los Bulls tenían ventaja de pista en una serie crucial, la final de la Conferencia Este.

El enfrentamiento entre los Bulls y los Clippers fue también el encuentro de los dos entrenadores, y viejos amigos, Phil Jackson y Bill Fitch. Por aquel entonces eran un repertorio de contrastes. Jackson buscaba su sexto título tras nueve años de primer entrenador y tenía el mayor porcentaje de triunfos de la historia del baloncesto. Fitch, que treinta y cinco años antes había reclutado a Jackson en el instituto de Williston para que jugara en la Universidad de Dakota del Norte (y que ya en aquella época era un acérrimo adicto al trabajo), entrenaba al que sin duda era el peor equipo de la liga y trabajaba para la franquicia más inestable. Fitch había comenzado la temporada con la dudosa distinción de haber perdido más partidos que ningún otro entrenador en la historia de la NBA; con aquel había perdido un total de 1 052 partidos. Fitch había tenido un profundo efecto en la trayectoria profesional de Jackson, y cuando Joe Jackson, el hermano mayor de Phil, hablaba de la trayectoria de su hermano, rápidamente señalaba su suerte por haber tenido un entrenador tan joven y de tanto talento cuando era un inexperto e impresionable universitario,

un entrenador que pudo darle y que, de hecho, le dio mucho.

Tras el partido con los Clippers, Jackson saboreó su primera victoria a domicilio y evitó la humillación de sufrir una derrota frente a aquel equipo, aunque fuera por un margen mínimo. Pensaba con afecto en Fitch («Sigue consumido por el juego, esta noche no dormirá. Se quedará despierto casi toda la noche viendo grabaciones»). A Fitch lo habían llamado Capitán Vídeo cuando entrenaba a los Celtics de Boston, por su manía de sentarse solo en su despacho y ver grabaciones de los partidos. Los dos hombres se conocían desde que Jackson estaba en el tercer año de instituto, en 1962. Ahora Fitch ganaba 2 millones de dólares al año y Jackson, su antiguo protegido, ganaba 6 millones. Era algo bueno para los dos, aunque dado el grado de dificultad en el entrenamiento de sus respectivos equipos, deberían haberse intercambiado los sueldos.

Un partido de la NBA en Los Ángeles en noviembre de 1997, aunque fuera frente a los Clippers, quedaba muy lejos de la primavera de 1962, cuando Fitch conoció y reclutó a Jackson en el Instituto Williston. Jackson estaba entonces en el tercer año de instituto y ya era un deportista escolar destacado: jugador de fútbol, de baloncesto, lanzador de béisbol y miembro del equipo de atletismo, con una estatura de 1,95 y unos 72 kilos. Jackson estaba creciendo a un ritmo acelerado: un año antes medía 1,85 y pesaba 63 kilos, lo que le valió el inevitable apodo de Huesos. Fitch acababa de empezar como entrenador de baloncesto en Dakota del Norte. El trabajo se lo habían ofrecido a otro entrenador, que lo había aceptado, pero su mujer le dijo que, si iba a Grand Forks, iría solo, porque hacía demasiado frío allí. Así que Fitch consiguió el trabajo por incomparecencia. Trabajó con ahínco para formar el equipo y creó, casi de un día para otro, un programa de baloncesto en una universidad conocida por el fútbol y el hockey. Fitch había entrenado tanto en baloncesto como en béisbol en Creighton y había buscado talentos para los Atlanta Braves, momento en que se fijó en un joven llamado Phil Jackson. De Jackson, del que había oído hablar, pero al que no conocía, se decía que era un chico larguirucho y flaco, de dos metros de estatura. «Que no se escape», ponía en las notas que tomó sobre sus exploraciones regionales.

Fitch, desesperado por iniciar su programa, fue en coche hasta Williston en un frío día de abril para ver como Jackson participaba en una prueba de atletismo. «Estaba lanzando el disco», recordaba Fitch, «era un día con mucho viento y él parecía flaco como un lápiz. Las notas del cazador de talentos de béisbol no

mentían en eso. No había habido en la historia un atleta tan flaco y al mismo tiempo tan fuerte para lanzar el disco. Creo que habrían tenido que atarlo para impedir que saliera volando. Me enamoré de él a primera vista. Es todo lo que buscas cuando estás reclutando, un muchacho muy bueno y respetuoso, todo "Sí señor, no señor", un magnífico estudiante, un chico con ganas de destacar. Lo veías desde el principio. Sus padres eran ambos predicadores. Le dije que lo quería desde ya para mi programa». Animado por el entrenador de su instituto, Jackson hizo para Fitch lo que él llamaba «el número del coche». Se sentaba en el asiento trasero de un coche, de cualquier coche, y abría las dos puertas laterales a la vez.

Unos meses más tarde, Fitch cruzó el estado para ser el orador del banquete anual deportivo del Instituto Williston. Su principal motivación era fichar a Jackson para Dakota del Norte. «Lo más peligroso que he hecho en mi vida», recordaba. «Desde entonces me han operado a corazón abierto, pero lo más cerca que estuve de la muerte fue en aquel viaje. Había una fuerte tormenta de nieve, más de medio metro, la peor nevasca en años. Nadie más circulaba por allí. Por toda la carretera se veían coches enterrados en la nieve. Una de las cosas que hacías en aquellos tiempos cuando estabas en Dakota del Norte y emprendías un viaje largo en invierno era llenar la guantera de velas, por si te quedabas atrapado. Las encendías y, si tenías suerte, te localizaban. Aquel día había coches con velas por toda la carretera, y tenía la sensación de que yo era la única persona que circulaba. Tres días después, seguían encontrando cuerpos congelados en los coches varados en la carretera». Fitch consiguió llegar al banquete, donde se ganó la simpatía de los hinchas locales cuando llamó a Phil Jackson al estrado, sacó unas esposas y dijo «Eres mío», mientras se las ponía.

A Jackson le gustó mucho Fitch. Era joven, entonces contaba con treinta y dos años, y optimista. Su calidez y entusiasmo contrastaban vivamente con la aparente frialdad del otro entrenador que también iba tras él, Johnny Kundla, de la Universidad de Minnesota. Quizá porque el programa de Kundla era mucho más potente, ya que estaba acostumbrado a conseguir a los chicos regionales que quería, parecía distante y circunspecto. Convocó a Jackson y a otros cuatro futuros estudiantes de primer año a una reunión en la Universidad de Minneapolis y les dijo que eran los cinco estudiantes que quería para el equipo del año siguiente (en aquellos días no se elegía para los equipos universitarios a estudiantes de primer año). Era como si no hubiera que tomar ninguna decisión: él los quería, así que tenían que ir. «Empezaréis a estudiar el próximo año», dijo Kundla. «Tenemos un buen programa. Os gustará y os gustará la universidad, y

si tenéis alguna pregunta, llamadme». Y tras decir esto, salió de la sala. «Así fichaba Johnny Kundla», dijo Jackson más de treinta años después, con no poco retintín. Se decidió por Dakota del Norte.

Le encantaba jugar allí. Cuando era joven, había mostrado mayor potencial como lanzador de béisbol y varios equipos profesionales se habían interesado por él, pero sin saber por qué, se veía empujado al baloncesto. Paul Pederson, dos años mayor que Jackson, ya era una estrella del equipo, además de un excelente estudiante, y Fitch deliberadamente los puso en la misma habitación para que Pederson orientara a Jackson en los primeros años de universidad. Pederson creía que Fitch sentía un afecto especial por Jackson desde siempre y era muy cuidadoso con él. Mordaz y sarcástico con la mayoría de sus jugadores, era muy amable con Jackson, consciente de la angustia que padecía por estar engordando, y soportaba una gran tensión emocional debido al contraste que había entre el rigor con que el que lo habían educado, en un hogar fundamentalista, y la relajada y a veces pecaminosa vida estudiantil.

Jackson era un buen deportista y trabajador, con un talento inusual y algunos puntos débiles. Alto, un poco torpe, pero muy rápido corriendo, tenía aquellos largos brazos y aquel buen gancho de izquierda que le vinieron muy bien mientras estuvo en la universidad. Lo único que Fitch trataba de mejorarle era la defensa, sobre todo la presión. Tanto porque quería aumentar la agilidad de Jackson en la universidad como porque lo estaba preparando para un posible salto al deporte profesional, Fitch ejercitaba constantemente a Jackson en algo que llamaban «instrucción de hockey». Se trataba de ejercicios de tres-contra-tres y la misión de Jackson consistía en dirigir la presión defensiva. Fitch siempre lo enfrentaba a su jugador más pequeño y rápido, el base del equipo. Era una prueba de destreza que a Jackson le vendría muy bien.

Sus equipos de Dakota del Norte funcionaron bien mientras estuvo allí. Los dos primeros años terminaron en el tercer y cuarto puesto respectivamente en la liga de la II División de la NCAA. Las dos veces perdieron ante un equipo de la Southern Illinois capitaneado por un joven jugador llamado Walt Frazier, al que Jackson se encargaba de marcar, aunque no lo consiguió del todo. («Era mucho más rápido que yo», recordaría Jackson. «Me hizo morder el polvo las dos veces»). Por una serie de razones étnicas, Dakota del Norte no se consideraba terreno fértil para el baloncesto, y la opinión general de casi todos los cazatalentos del baloncesto era que solo producía chicos blancos lentos, pesados y obedientes. Sin embargo, dos hombres se fijaron en él. Uno fue Jerry Krause, a la sazón cazatalentos de los antiguos Baltimore Bullets (que con el tiempo

fueron los Washington Bullets y más tarde los Washington Wizards). Krause fue a ver a Jackson en el invierno de 1966-1967, su último año, le gustó y quiso ficharlo para los Bullets.

Krause, que iba a desempeñar un gran papel en la vida de Jackson, había oído hablar de un jugador de Dakota del Norte, un joven algo desgarbado que tenía unos brazos inusualmente largos, y fue allí en coche, en medio de la tradicional ventisca que parecía una parte inexcusable de la peligrosa misión de cualquier cazatalentos, para ver jugar a Jackson frente a Loyola. «Jerry, ¿has visto alguna vez unos brazos más largos?», le había preguntado Bill Fitch, y luego le dijo a Jackson que hiciera el número del coche, la misma proeza que había hecho delante de Fitch cuatro años antes. Aquella noche, recordaría Krause, Jackson encestó dieciocho tiros libres seguidos. Krause esperaba ficharlo en la tercera ronda, pero los New York Knicks también lo querían.

Red Holzman fue quien descubrió a Jackson para los Knicks y le gustaba mucho. Lo que más le impresionó fue que Jackson dirigía la presión del equipo, que era sorprendentemente ágil a pesar de que en realidad no parecía reunir tales condiciones. «¿Cómo lo conseguiste? ¿Cómo has conseguido que se mueva tan bien?», preguntó Holzman a Fitch después de verlo presionar. Fitch le habló del ejercicio de tres-contra-tres. Los Knicks lo ficharon en la segunda vuelta. Baltimore lo ficharía más tarde.

Fue extraño, pensaba Jackson a veces, estar en el centro de toda aquella histeria contemporánea del baloncesto, entrenar al deportista más famoso del mundo, volar cada día en lujosos aviones y necesitar de guardaespaldas para escapar de la multitud después de los partidos, y ganar como entrenador unos 60 000 dólares por partido, incluidos los *playoffs* . Esa cifra era casi el doble de lo que había percibido con el primer contrato de los Knicks, que fue por dos años enteros. Su trayectoria profesional, que cumplió treinta años en 1997, abarcaba buena parte de la NBA moderna. La televisión era tan reciente en las Grandes Llanuras cuando era niño que había visto muy pocos partidos de la NBA y ninguno antes de ir a la universidad; hasta el punto de que los únicos acontecimientos deportivos que había podido ver en su infancia (no en su casa, desde luego) habían sido partidos de la Serie Mundial de béisbol. En la universidad pudo ver unos cuantos partidos de la NBA. Sin embargo, nunca había visto jugar a los New York Knicks.

Otro equipo de la American Basketball Association (ABA), los Minnesota Pipers, pujó por él y le ofreció un contrato de dos años por 25 000 dólares. Los

Knicks igualaron la oferta, llegando a los 26 000 dólares por dos años (12 500 y 13 500, respectivamente), más un bonus de 5 000 dólares al firmar. En aquel tiempo, parecía una gran cantidad de dinero y Jackson firmó alegremente. Estaba seguro de su futuro: jugaría durante unos años, estudiaría en verano, se licenciaría en Psicología y luego buscaría un lugar en el que desarrollar su especialidad. Estaba seguro de que tenía la vida solucionada. Voló a Nueva York a principios de mayo de 1967. Fue una experiencia que le abrió los ojos. Red Holzman, que aún no era entrenador, sino el encargado del personal, lo recibió en el aeropuerto. Fueron en coche a Manhattan y, cuando pasaban bajo un puente de Queens, un niño dejó caer una piedra sobre el parabrisas de Holzman con tal exactitud y precisión que el cristal se hizo añicos. Holzman, totalmente furioso, maldijo entre dientes. Finalmente controló su ira, se volvió a Jackson y dijo: «Bueno, esto es parte de lo que tendrás que soportar si vas a vivir en Nueva York».

Jackson se reunió brevemente con Eddie Donovan, el presidente, que nunca lo había visto jugar. Donovan le preguntó qué sabía sobre el juego profesional, y Jackson respondió que había visto un puñado de partidos de *playoffs* cuando estaba en la universidad. La conversación no dio mucho más de sí. Nunca había visto nada parecido a Nueva York. Eran los años de la Guerra del Vietnam y aquel día había una manifestación. Esperaba que, como Nueva York era una ciudad liberal, la manifestación fuese contra la guerra, pero aquel día de primavera la manifestación era de trabajadores de la construcción y a favor de la guerra, y acabó de un modo muy desagradable. Aquello sorprendió a Jackson y lo asustó un poco. Se fue solo a pasear por la ciudad y se detuvo en una pequeña cafetería donde dos camareras se peleaban por una propina. Continuó su errático paseo y en otras partes de la ciudad vio a gente subida en cajas que criticaba la guerra. Era, pensó, un lugar fascinante en el que jugar. Su búsqueda había comenzado por fin.

«Phil siempre me asombra», diría Bill Fitch años después. «Cuando lo conocí, lo último que pensé es que fuera a convertirse en jugador profesional. Tampoco pensé que fuera a hacerse predicador, pensé que quería alejarse de aquello. Cuando llegó a la universidad, supuse que algún día sería profesor allí. Luego mejoró y pocos años después estaba jugando para los Knicks, de modo que sí que acabó siendo jugador profesional y uno muy bueno. Recuerdo cuando lo visité en Nueva York por aquella época. Creo que pasamos todo el tiempo juntos en Greenwich Village, y él llevaba el pelo por los hombros, no a lo hippie, sino a lo superhippie. Así que cuando aquella noche lo dejé, lo último que pensé es que

fuera a ser entrenador».

5

Chapel Hill, 1980

En el verano de 1980, Michael Jordan tuvo la oportunidad de ir al campus de baloncesto Dean Smith, todo un acontecimiento en Carolina del Norte, porque se creía que solo invitaban a los grandes jugadores. Su amigo Leroy Smith fue con él y los pusieron en la misma habitación con dos jugadores blancos, Buzz Peterson y su compañero de equipo Randy Shepherd, de la parte occidental del estado. Buzz ya era una figura conocida en los deportes escolares de la zona, un candidato a Míster Baloncesto de Carolina del Norte, un honor que se concedía al jugador de instituto más sobresaliente del año. Eso lo convertía en uno de los jugadores de primer orden en la pista, junto con Lynwood Robinson, que había sido el base del equipo escolar en el campeonato del estado y del que ya se hablaba como el siguiente Phil Ford, un jugador que no solo había sido una gran estrella en Carolina, sino uno de los más hábiles y temidos bases de la NBA antes de que las lesiones acabaran con su carrera.

Años después, como Smith y los otros entrenadores habían sido muy hábiles disimulando lo impresionados que estaban cuando lo vieron por primera vez, parte del mito de Michael Jordan relataría que había sido una especie de fichaje de última hora de Carolina, alguien con el que habían tropezado por casualidad en el campus y a quien habían decidido ofrecerle su última beca. Esa versión lo reducía a una suerte de flor tardía, con los entrenadores de Carolina tan sorprendidos por su continuo crecimiento como los equipos rivales.

Eso no era totalmente cierto. Michael Jordan era una flor tardía, pero no tanto. Desde el primer día que apareció por allí, en el verano de 1980, los entrenadores de Carolina del Norte sabían que tenía un inmenso talento. Al término de aquella semana, aunque los entrenadores tenían muchas ganas de conseguir a Peterson y Robinson, el fichaje número uno para ellos era Michael Jordan de Wilmington Laney. Se habían fijado por primera vez en él aquel año cuando Michael Brown,

director deportivo de la red escolar del condado de New Hanover (Wilmington), llamó a Roy Williams, un joven ayudante de la oficina de Dean Smith, para decirle que tenía un jugador que era posiblemente el mejor deportista joven que Brown había visto en su vida. La llamada llegó al principio del tercer año de Jordan en el centro, justo después de su primer gran estirón. Al principio se encargó a Williams que lo fichara, pero en el último minuto se cambió de hombre y el trabajo recayó en Bill Guthridge, el primer ayudante de Smith. Cuando Williams, cuyo interés se había despertado a causa de la llamada de Brown, preguntó a Guthridge qué opinaba de Jordan, Guthridge le respondió que era difícil de explicar. Lo único que había hecho aquella noche había sido lanzar tiros en suspensión, dijo Guthridge. «Pero tiene una marcha más», añadió, queriendo decir que, como mínimo, tenía un grado de habilidad adicional que le permitiría eventualmente correr y saltar mejor que la mayoría de los muchachos. Lo que Bill Guthridge dijo a Dean Smith se traducía en que Mike Jordan era probablemente lo bastante bueno para competir en la Conferencia de la Costa Atlántica (ACC), deportivamente muy bien dotado y con habilidades sin desarrollar. Fue la única vez que lo valoraron en el tercer año de instituto.

Una de las misiones de Williams era procurar que al campus Smith fueran los mejores jugadores del estado, y además de alinear a Buzz Peterson y a Lynwood Robinson, había llamado al entrenador del instituto de Jordan, Pop Herring, y había acordado con él que irían Jordan y Leroy Smith. Unos cuatrocientos jugadores de instituto aparecieron esa semana, jugadores de todos los tamaños, edades y capacidades. Unos cuantos eran los que interesaban al equipo de Carolina del Norte, pero casi todos eran chicos de talento limitado que esperaban formar parte de sus equipos en el instituto con el espaldarazo del campus. Aquel primer día hacía un calor abrasador. Roy Williams estaba a cargo de todos los muchachos y procuró que todos jugaran un rato en Carmichael Gym, que era donde los Tar Heels (los de Carolina) jugaban sus partidos locales. Así, cuando se fueran a casa, todos podrían contar a sus amigos que habían pisado el famoso gimnasio. Por ello, Williams tenía que meterlos y sacarlos del Carmichael muy deprisa. Lo organizó lo mejor que pudo, chicos mayores jugando con chicos mayores, pequeños con pequeños. Lo hizo en grupos de treinta, lo que significaba que podían jugar tres partidos completos si no se retrasaban.

Además, estuvo atento a lo que hacía aquel joven jugador de Wilmington, Mike Jordan, y al cabo de un rato se presentó a aquel muchacho más bien flaco. Cuando el grupo de Jordan terminó, Williams lo apartó de los demás y sugirió que se quedara para otra ronda. Más tarde, Jordan dejó el gimnasio con los

demás, pero se las arregló para colarse de nuevo para una tercera ronda. Aquello impresionó a Williams, al que le encantaba cualquier indicio de que alguien era una «rata de gimnasio», pero aún le impresionó más lo que vio en Jordan, un talento deportivo por pulir que lo diferenciaba de cualquier otro chico y lo convertía en el típico jugador joven que los entrenadores siempre sueñan con encontrar. Cuando terminaron las rondas, William fue a la oficina de Eddie Fogler, otro ayudante de Smith y un buen amigo suyo, y le dijo: «Creo que acabo de ver al mejor jugador escolar de 1,93 que he visto nunca».

«Quién es?», preguntó Fogler.

«Mike Jordan, el chico de Wilmington», respondió Williams. Williams, que más tarde sería uno de los entrenadores de más éxito de Kansas, se había quedado atónito al ver la capacidad deportiva del joven: su rapidez, su habilidad para saltar, su ímpetu defensivo. Los jugadores a los que Jordan marcaba no podían ni respirar. Además, Jordan parecía tener lo que los entrenadores llamaban «olfato para el balón», a falta de una expresión mejor. Sin que se supiera cómo, y pasara lo que pasase (un balón perdido en un rebote, un balón en disputa en el propio campo), Jordan se hacía con él antes que nadie. Así fue el primer avistamiento estelar de Michael Jordan.

Buzz Peterson, Randy Shepherd, Michael Jordan y Roy Smith conectaron fácilmente a través del baloncesto. Puede que los dos primeros fueran muchachos blancos de clase media de Asheville, de la parte estatal de los Apalaches, y los dos últimos, dos muchachos negros de la ciudad costera de Wilmington, pero por encima de cualquier otra cosa eran cuatro ratas de gimnasio apasionadas. Resultó que Shepherd y Jordan estaban en el mismo grupo y jugaban entre sí todos los días, mientras que Peterson y Smith estaban en otro grupo. Eso significaba que cada día Shepherd le contaba a su amigo lo que había pasado, y todos los días el informe era sobre Jordan. Parecía que iba en ascenso día tras día. «Oye, ese Mike, de la habitación al lado, es un deportista muy bueno, da unos saltos de miedo», contaba Shepherd el primer día. Al día siguiente: «Es un grandísimo deportista». Y al otro: «Buzz, no creerías lo que es jugar con él, le tiras un *alley-oop* (un pase por encima de la canasta para que el compañero de equipo machaque) y es visto y no visto. No le gusta mucho jugar en exterior, pero en la cancha es un matador, porque es muy rápido y salta muy arriba». El cuarto día le dijo: «Buzz, ni tú ni yo hemos visto nunca a nadie como él. Creo que este chico puede jugar en la NBA». Jordan era flaco y nervudo, pensaba Shepherd, pero ya podías distinguir el inicio de sus jugadas, de esos

momentos en que cogía el balón, corría bajo lel aro, se daba la vuelta y marcaba. No muchos chicos de instituto podían hacer eso.

A mediados de semana, Randy Shepherd, que se consideraba a sí mismo un jugador de segundo orden (un jugador con habilidad natural limitada que trabajaba con diligencia para dar el máximo en cada aspecto de su juego y que proporcionaba a su cuerpo todas las oportunidades posibles), soñaba con un futuro de alto nivel en el baloncesto. Había llegado al campus pensando que no estaba a su alcance una beca para ir a Chapel Hill, que su amigo Buzz tenía prácticamente asegurada; que tendría que matricularse en una universidad más pequeña y de menos prestigio. Pero ahora, como aquel Michael Jordan hacía que pareciese muy bueno, empezaba a pensar en Carolina. Al final de la semana, algunos entrenadores de Carolina comentaban que Shepherd podía ir a Carolina como jugador de relleno. No fue y prefirió jugar en Carolina del Norte-Asheville, pero siempre sospechó que Michael Jordan había elevado su condición de candidato.

Shepherd pensaba que era absolutamente fascinante. Cuatro chicos de Carolina, dos negros y dos blancos, con una excelente relación y juntos todo el tiempo. Aunque Buzz y él ya eran buenos amigos en el instituto, cuando jugaban en el patio trasero de Buzz todas las noches y se habían colado en el gimnasio del instituto cuando estaba cerrado, también notaba la separación que empezaba a tener lugar debido al baloncesto, tanto entre él y Buzz como entre Roy y Mike. Randy Shepherd tenía una aguda intuición de lo que estaba ocurriendo a su alrededor y no era ajeno al hecho de que Roy Williams y los otros entrenadores de Carolina no apartaban los ojos de Buzz Peterson y Mike Jordan. Nunca se dijo en voz alta, pero estaba claro que, aunque Randy y Roy irían a jugar a algún equipo de una universidad menor, no iban a hacerlo al nivel de sus amigos. Buzz y Mike iban a tener un fichaje fuerte. Terminarían en un equipo importante (Carolina, Duke o Kentucky), probablemente destacarían allí y ambos jugarían profesionalmente.

Los cuatro lo reconocían extraoficialmente, pues entre Jordan y Peterson se estableció una nueva amistad, basada en su mejor nivel de juego. «Roy y yo estábamos un par de puntos más abajo y lo entendíamos», diría Shepherd años después. «Michael y Buzz estaban empezando a sobresalir y estaba claro que el futuro era suyo. Entendieron que su destino sería similar y eso los acercó». La diferencia no iba a ser la misma que la que hay entre dos amigos de instituto cuando uno va a la universidad mientras el otro se queda en la ciudad de provincias, sin más perspectiva que ganarse la vida como obrero, pero había

ciertas similitudes.

A Buzz Peterson le fascinaba el entusiasmo de su nuevo amigo. Jordan parecía tener una alegría innata. Su placer parecía proceder de jugar al baloncesto y le generaba una seguridad de lo más natural. Ya empezaba a hablar de grandes partidos, pero lo hacía con tal ingenuidad que no transmitía arrogancia, sino más bien una cierta dulzura. Años después, cuando Peterson maduró y pasó a ser entrenador de un equipo universitario, entendió mejor el proceso por el que Jordan estaba pasando, aquella explosión de talento y seguridad emocional. Lo que Michael amaba más en el mundo era el baloncesto, y tras pelear todos aquellos años contra las limitaciones de su talla, ahora que de repente había llegado a medir 1,93, empezaba a darse cuenta de lo bueno que iba a ser. Se esforzaba por vencer sus limitaciones descubriendo que, en aquel momento en particular, y gracias a aquella capacidad innata, no había límites para él. «Sabía que iba a mejorar y por primera vez tenía una idea de lo que el futuro podía depararle; y estaba enamorado de esa idea», dijo Buzz.

El campus Dean Smith estaba muy controlado. Se hacía hincapié en lo básico, así que no había muchas oportunidades para que Jordan mostrara su talento deportivo. Quizá había mates ocasionales con un *alley-oop* , pero no se incitaba a los jugadores a correr hasta la canasta y machacar. Buzz Peterson aún no había visto jugar a Jordan el cuarto día, porque estaba en otra división, pero un día que volvía de un entrenamiento, vio que estaban jugando un partido improvisado en una cancha exterior. Estaban allí algunos jugadores nuevos de Carolina, como Mike O’Koren, Al Wood y Dudley Bradley, y habían llamado a Jordan y a otros del campus para jugar con ellos. El partido era muy intenso, con mucho esfuerzo físico. En el transcurso de una jugada, O’Koren corrió hacia la canasta y dio a Roy Smith un golpe en el pecho tan fuerte que Smith pensó que el tórax se le iba a quedar al revés. Pero en la pista exterior había una libertad que no se permitía en los partidos del campus, más controlados, y Michael Jordan parecía estar disfrutando. Todo lo que Shepherd le había contado, pensó Peterson, era cierto, y quizá se había quedado corto. Lo que más le llamó la atención al ver a su nuevo amigo era lo fácil que parecía resultarle todo; no solo hacía espectaculares movimientos atléticos, sino que además parecía hacerlos sin esfuerzo. Verlo jugar, pensó Peterson, no solo era ver a alguien que tenía un potencial para la grandeza, sino percatarse, por primera vez, de los límites de su propio estilo de juego, darse cuenta de lo que nunca podría hacer por mucho que trabajara.

Los mejores jugadores de tercer año de instituto no solo estaban empezando a recibir cartas de universidades interesadas en ficharlos, sino a ser seleccionados

por varios campus estelares donde los mejores entrenadores universitarios hacían pruebas a los mejores jugadores de instituto. Buzz Peterson ya había sido invitado al B/C All-Star Basketball Camp (llamado así por su propietario, Bill Cronauer), de Milledgeville, Georgia. Jordan, con una sola temporada como jugador de un primer equipo, había atraído menos atención en aquel momento de su trayectoria y no había sido invitado a ningún campus. Un jugador que quisiera ir al campus de Cronauer por lo visto tenía que haber recibido cartas de tres entrenadores universitarios manifestando su interés, y Jordan no las tenía. Interrogó a Peterson muy a fondo sobre este particular y Buzz, años después, pensó que se debió a su instinto competitivo. En efecto, se estaba preguntando: ¿por qué tú sí y yo no? Su conclusión era que por las venas de Michael corría siempre la savia competitiva. (Años después, cuando Jordan estaba a punto de firmar un contrato con Nike y se reunió por primera vez con Sonny Vaccaro, el principal cazador de talentos baloncestistas de Nike, lo primero que hizo fue pinchar a Vaccaro, que había dirigido el Dapper Dan, un campus para estudiantes de instituto de todo el país, por no invitarlo a ir).

Desde el momento en que Roy Williams, entonces el miembro más joven del personal de entrenamiento, se puso a elogiar a Jordan, los demás entrenadores de baloncesto de Carolina prestaron atención y todos vieron lo mismo que había visto él. Estuvo claro desde entonces que en el campus había tres jugadores a los que quería Carolina: Buzz Peterson, Lynwood Robinson y Michael Jordan, y al que más querían era a Jordan. Dean Smith, temeroso de crear falsas expectativas en jugadores por los que no estaba muy interesado, precavido a la hora de expresar emociones, alejado hasta cierto punto de todos menos del pequeño puñado de jugadores que sí quería, comió dos veces con él. «Al final de la semana, habíamos decidido que, si solo nos permitían hacer un fichaje», recordaría Roy Williams, «ese jugador sería Michael Jordan. Nos esforzamos por ocultarlo porque todavía no era muy conocido y queríamos que siguiera siendo así, pero también estaba claro que era el mejor jugador y sabíamos que iba a crecer más y que iba a mejorar: aunque, naturalmente, no sabíamos hasta qué extremo».

Pocos se dieron cuenta de que ya se empezaba a hablar de Jordan, no solo en el mundo universitario, sino también en el baloncesto profesional, gracias a la tupida red baloncestista de exalumnos de Carolina. Doug Moe, que entonces era segundo entrenador de los Denver Nuggets, volvió de visita aquel verano, cosa habitual entre los exalumnos de Carolina. Un día llamó a su amigo Donnie Walsh, que al igual que él era miembro del club privado de Carolina y su jefe en

Denver.

«¿Cómo está Worthy?», preguntó Walsh inmediatamente, porque James Worthy, que acababa de terminar su primer año, ya era conocido como una futura superestrella, un jugador de notable rapidez y agilidad.

«Olvida a Worthy», dijo Moe. «Hay otro aquí que va a ser un jugador grandísimo».

«¿Y quién es?», preguntó Walsh.

«Un chico llamado Jordan. Mike Jordan».

«¿Tan bueno es?».

«Donnie, no hablo de bueno. Hablo de grande. Hablo de Jerry West y Oscar Robertson», dijo Moe, lo cual impresionó a Walsh, porque Moe era un juez duro, un entrenador que no elogiaba a cualquiera. El rumor empezaba a correr, al menos dentro del mundo cerrado de Carolina.

Fue en aquel momento cuando Roy Williams arregló las cosas para que Jordan fuese aquel mismo verano al Howard Garfinkel's Five Star Camp, cerca de Pittsburgh, un campus que no solo atraía a los mejores jugadores, sino que estaba menos despersonalizado y era menos mercantil que otras instituciones parecidas. El entrenamiento, según Williams, era allí sencillamente soberbio y sus responsables eran algunos de los mejores entrenadores de instituto y de universidad. Williams llamó a Garfinkel para hablarle de Jordan y preguntarle si había sitio en el campus para él. Más aún, sugirió que pusieran a Jordan con los mejores jugadores, en el Five-Star.

Williams creía que estaba haciendo lo más acertado: estaba seguro de que Jordan terminaría en algún otro campus (un jugador tan bueno no iba a mantenerse en secreto por mucho tiempo) y quiso ayudar a un entrenador local consiguiendo que su mejor jugador fuese a un campus muy bueno y tuviera la mejor formación. Esperaba que un día esa buena obra diera el fruto que merecía. Además, Williams habló de Jordan con Tom Konchalski, un compañero de Garfinkel. Más tarde, tanto Konchalski como Garfinkel tendrían la impresión de que los entrenadores de Carolina habían visto a Jordan y les había gustado, pero no estaban seguros de lo bueno que era debido a la limitada competencia del campus Smith, y por eso querían que fuera al Five-Star, para verlo jugar frente a los mejores. Garfinkel estaba complacido de hacer aquel favor.

Dean Smith no estaba tan seguro de toda aquella operación, y además estaba irritado con Williams por tomar la delantera y colocarlo en un campus. «¿Por qué lo has hecho?», inquirió, y Williams se preguntaría más tarde si no había ido demasiado lejos. Estaba claro que Smith no veía ninguna ventaja en dejar que

otros entrenadores vieran lucirse a aquel joven. En el Five-Star, los nombres de los mejores jugadores se ponían en una lista y los entrenadores (unos de universidad y otros de instituto) los seleccionaban para formar equipos que luego competían entre sí toda la semana. Brendan Malone, a la sazón segundo entrenador de Syracuse y más tarde segundo entrenador de los Detroit Pistons y los New York Knicks, y brevemente primer entrenador de los Toronto Raptors, tenía que formar un equipo, pero su esposa había tenido un pequeño accidente con un ciclomotor, así que pidió a Konchalski que lo sustituyera. Le dio a Konchalski instrucciones muy específicas: quería que eligiera a Greg Dreiling como pívot y a Aubrey Sherrod, un promocionadísimo escolta de Wichita, como número dos o escolta. Malone, en varias ocasiones, había elegido jugadores que luego no sobresalieron, así que para él era una cuestión muy delicada. Volvió veinticuatro horas después de haberse hecho la selección y preguntó a Konchalski si había elegido a Sherrod. No, dijo Konchalski, he elegido a un chico de Carolina del Norte llamado Mike Jordan. Malone se puso furioso. «¿Quién coño es Mike Jordan?», preguntó. «Brendan», respondió Konchalski, «creo que no te decepcionará. En realidad, creo que quedarás muy contento».

Ni que decir tiene que Michael Jordan estaba emocionadísimo por encontrarse en el Five-Star. Voló a Pittsburgh con Leroy Smith y ambos estaban jubilosos y al mismo tiempo aterrorizados. Una cosa era ir al campus de Dean Smith en Chapel Hill, donde había pocos jugadores estudiantiles brillantes y donde el entrenador de su instituto tenía ya algunos contactos; y otra muy distinta ir a un centro donde iban a estar los mejores jugadores de Estados Unidos, jugadores de los que ya se hablaba en las revistas de baloncesto. Se enteraron de que en el campus había diecisiete de los mejores jugadores estudiantiles de todo el país. De algunos se decía que habían recibido cincuenta, sesenta, incluso cien cartas de universidades interesadas y que las tenían amontonadas en cajas de zapatos. Hasta el momento, tanto Jordan como Smith habían recibido muy pocas cartas, quizá de Carolina del Norte-Wilmington, de la East Carolina, de la Appalachian State en Boone y poco más. Era el momento de la verdad, el momento de subir de categoría, de ser llamados por uno de los mejores centros y vivir sus sueños, o el momento de caer y de no conseguir ni siquiera una beca universitaria. El padre de Leroy Smith era soldador de la Marina y su madre costurera. Si lo hacía bien, los libraría de una fuerte presión económica, ya que no tendrían que pagarle los gastos de la carrera universitaria. Además, pensaban que estaban representando a Wilmington y era importante causar una buena impresión y no parecer unos paletos de pueblo que estaban fuera de lugar.

El campus Five-Star era una vuelta a épocas pasadas del baloncesto. No tenía nada de moderno. El centro de Garfinkel era un lugar adonde llegaban llenos de esperanza no solo los jugadores jóvenes, pensando que si jugaban bien irían antes y mejor pertrechados a la universidad, y quizá a los equipos profesionales, sino también muchos entrenadores igualmente jóvenes que tenían esperanzas parecidas, en su caso de ser segundos entrenadores de universidad, luego titulares, y después, un día, quizá, entrenadores de equipos profesionales. En cierto modo, Garfinkel era como un vendedor de información y pronósticos en el mundo de las carreras de caballos, solo que en lugar de trabajar con caballos él trabajaba con varones adolescentes que jugaban al baloncesto. Su gran talento y contribución al deporte consistía en que era capaz de distinguir el valor de un jugador joven cuando todavía no había sido descubierto y anunciarlo al mundo, para que la gente dijera más tarde que había sido descubierto en el Five-Star. El mismo Garfinkel hablaba como un personaje de Damon Runyon, y su verdadera oficina, como dictaba la costumbre, era una mesa al fondo del restaurante Carnegie Delicatessen de Nueva York.

Tiempo después, Garfinkel señalaría aquella semana como el momento en que nació una estrella. Recordaba el momento en que iban a comenzar la selección. Todo el mundo esperaba que Konchalski seleccionara a Aubrey Sherrod, pero eligió a Michael Jordan. Decidido a ver cómo era aquel muchacho de Carolina del Norte, Garfinkel arregló su agenda para poder ver el primer partido de Jordan. Le bastaba verlo, diría más tarde, con tres posesiones de balón. «En realidad», añadió, «me bastó con una». Jordan estaba defendiendo y le había arrebatado la pelota al jugador atacante y había recorrido toda la cancha. No hizo un mate, porque no estaban permitidos en el Five-Star. Así que Jordan corrió hacia delante, con un arranque explosivo y más veloz de lo que Garfinkel había visto nunca, y cuando llegó cerca de la canasta, disminuyó ligeramente la velocidad y coló el balón con un suave movimiento circular del dedo.

Aquel era un campus de aprendizaje y había cierto recelo con los mates, el temor de que algún chico pudiera lesionarse al intentar un mate y, más importante aún, la sensación de que, si a los chicos se les permitía hacer mates, eso sería lo único que harían. Creerían que hacer mates era su billete para pasar al siguiente nivel. Pero incluso sin mates, el juego del Five-Star era significativamente más abierto que el del campus de Dean Smith, y ofrecía a Jordan muchas más oportunidades de exhibir su capacidad física.

Garfinkel vio más posesiones y se quedó sorprendido: Michael Jordan era el jugador joven más explosivo que había visto en su vida. Era más rápido que

ningún otro, tenía más habilidad para saltar y, además, sorprendentemente, jugaba con un grado excepcional de aplomo y control. Esa era la parte increíble. Casi todos los muchachos con aquellas dotes atléticas, pensaba Garfinkel, solían jugar descontrolados, como si creyeran que el talento atlético era un fin en sí mismo. Pero aquel joven tenía un grado de elegancia en el juego que desmentía sus años y el nivel de entrenamiento que había recibido hasta entonces.

Mientras Jordan aún estaba jugando, Garfinkel fue al teléfono y llamó a su amigo Dave Krider, que también estaba en el asunto de las promociones. Krider seleccionaba a estudiantes de instituto de todo el país para *Street and Smith* , una especie de biblia para las universidades que buscaban jugadores de calidad. Gracias al material de que disponía tenía reputación de ser capaz de ver la grandeza antes que nadie, y ahora se estaba moviendo a la máxima velocidad para vender información sobre un jugador a otro vendedor de información. Mientras hacía la llamada, Garfinkel seguía viendo el partido. Jordan estaba jugando con otros nueve jugadores de talento, que en general habían recibido más entrenamiento que él y varios de los cuales ya eran potenciales jugadores universitarios de primer orden, y estaba totalmente absorto en el juego. En el breve tiempo que Garfinkel miró el partido, Jordan bloqueó tres lanzamientos y robó dos balones. «Dave, estoy viendo algo extraordinario. Tengo un gran jugador joven. Se llama Mike Jordan. Es alucinante. ¿Lo tienes en la lista?». Treinta segundos más tarde, Krider volvió al teléfono y dijo que nunca había oído hablar de él. «Bueno, es uno de los diez mejores jugadores del país. Tienes que conseguirlo para uno de tus dos o tres equipos universitarios. Si no lo haces, todo el mundo se burlará de ti».

Krider llamó más tarde para decir que sus listas estaban cerradas y que era demasiado tarde para cambiarlas, pero que hablaría con el director de la revista. (De hecho, Krider estaba furioso por lo que había pasado: más tarde pensó que el hombre de Carolina del Norte que había hecho el descubrimiento, y que tenía contactos importantes en la Universidad de Carolina del Norte, había dejado deliberadamente a Jordan fuera de la lista de los veinte mejores jugadores del estado porque quería impedir que lo localizaran otras universidades). Unas horas después, Krider devolvió la llamada a Garfinkel y le dijo que era demasiado tarde para hacer cambios. «Dile a tu jefe que, aunque cueste 100 dólares hacer el cambio, merece la pena, porque el chico va a ser una gran estrella, y se reirán de vosotros si no lo incluís», dijo Garfinkel. Pero era demasiado tarde. Aquel mismo día, Garfinkel le diría a Jordan que había intentado meterlo en las listas de Krider.

Garfinkel había admitido a Jordan por dos semanas. La primera fue casi un milagro. Fue el mejor jugador de la liga y el mejor jugador de todos los partidos estrella. Empezaba a hacerse un nombre. Brendan Malone se enamoró de él, no solo por su talento, sino porque se adaptaba muy bien a los entrenamientos. Lo mejor era llevarlo a Syracuse, pensaba Malone, pero mientras veía a Jordan ir todas las mañanas a recibir instrucciones en los distintos puntos, se dio cuenta de que dondequiera que iba, lo acompañaba una sombra. Una sombra muy larga proyectada por Roy Williams o algún otro entrenador de Carolina. Alguien de Carolina estaba siempre allí.

Buzz Peterson también fue al campus Five-Star, aunque llegó una semana después que Jordan. Cuando llegó, de lo único que se hablaba era de Jordan. De nuevo pudieron pasar mucho tiempo juntos. Ahora estaban en la élite de las estrellas de instituto y a punto de pasar al último año. Peterson ya había jugado en el campus B/C, donde lo había hecho excepcionalmente bien y había aumentado su reputación jugando mejor que Aubrey Sherrod. Había sido uno de esos días en que había permanecido en una zona y casi todo lo que lanzaba entraba. Años después recordaría lo que había anotado aquel crítico día: doce de quince. Tras el partido, Eddie Fogler se acercó a él y le dijo que Carolina del Norte lo quería. «Hay mucha más gente que irá detrás de ti», dijo Fogler, «pero queremos que sepas que nosotros te queremos mucho. Queremos que sepas que creemos que es el lugar adecuado para ti». El futuro de Peterson parecía asegurado.

Jordan y él se hicieron más íntimos durante la semana que pasaron juntos en el Five-Star. Jugaron el uno contra el otro en el campeonato de uno contra uno y Jordan ganó en un partido muy reñido. Se cayeron bien, y esa semana Jordan sugirió que fueran a Carolina del Norte y compartieran habitación. «Podemos ganar un campeonato nacional si estamos juntos», dijo Jordan, y Peterson, con la inocencia y entusiasmo de la juventud, accedió inmediatamente. Irían juntos a Carolina, compartirían habitación y ganarían el campeonato juntos. Intercambiaron los teléfonos y decidieron mantenerse en contacto ese año.

La criba de la selección fue difícil para ambos, pero Carolina tenía las de ganar. Cuando era más joven, Michael Jordan se había interesado por la Universidad Estatal de Carolina del Norte porque David Thompson, un joven jugador increíble que había jugado por encima de la media, había ido allí. Además, había estado en el campus de Dean Smith y el mismo Smith había manifestado su interés personal, de modo que Carolina fue su primera elección. (Años después, tras conocer a mucha gente importante y poderosa, incluido el

presidente Bush, a Michael Jordan le preguntaron si se había puesto nervioso al conocer al presidente. No, respondió, la única vez que se había puesto nervioso al conocer a alguien fue cuando le presentaron a Dean Smith). Por supuesto, había otras posibilidades. Virginia estaba interesada y no solo tenía a Ralph Sampson, un pívot que pasaba balones y ayudaba a ganar campeonatos, sino que sus jugadores llevaban zapatillas Adidas, que Jordan prefería a las Converse, la marca de Carolina. Carolina del Sur también le tiró los tejos, y en cierto momento lo llevarían a conocer al gobernador, una señal del interés del estado por su educación. Y hubo un breve momento en que Dean Smith estuvo un poco preocupado por Duke, porque, según parece, Deloris Jordan creía que Gene Banks de Duke era un jugador extraordinario. Sin embargo, gracias a la excepcional influencia de Dean Smith y del programa de Carolina entre las autoridades estatales, a la postre resultaba muy difícil robarle un gran jugador de instituto a Carolina del Norte. Pocos jugadores estatales deseados por Dean Smith le eran arrebatados a Carolina. En un momento dado, Brendan Malone llamó para preguntar si le gustaría visitar Syracuse.

«Entrenador, de veras que me gustaría jugar para usted», respondió Jordan. «Pero ya he tomado la decisión de ir a otro lado».

«Creo que sé adónde vas», dijo Malone. «Buena suerte de todas formas, Michael».

Jordan fue a Carolina y Leroy Smith a Charlotte, Carolina del Norte, donde lo hizo bien, convirtiéndose en el segundo mejor reboteador de la universidad, detrás de Cedric Maxwell.

Carolina era la institución estatal por antonomasia. Jordan ya había visitado Chapel Hill como parte de un programa cívico del instituto para estudiantes negros. Un buen amigo del instituto, Adolph Shivers, también había ido allí, y su hermana, Roslyn, tenía también intención de ir. Además, a la familia de Jordan le gustaba Dean Smith, y ambos progenitores de Jordan querían mucho a Roy Williams, que fue el primero en conectar con Michael y se mantenía en contacto con ellos. En aquella época, Williams era el último mono de la Universidad de Carolina, un estudiante de posgrado que ayudaba en el departamento. Hacía todos los trabajos rutinarios y monótonos, y percibía un sueldo infame (2 700 dólares el primer año y 5 000 cuando llegó Michael Jordan). Si Michael Jordan, en los años siguientes, siguió siendo leal al programa de Carolina fue, entre otras cosas, gracias a los sacrificios que hombres como Williams habían hecho cuando él estaba allí, trabajando duramente como auxiliares por un sueldo de risa. Sus sacrificios, en su opinión, habían hecho que él y sus amigos más íntimos fueran

mejores y él valoraba ese regalo y pensaba que debía entregar algo a cambio.

El padre de Michael compartía esa sensación de estar en deuda. James Jordan disfrutaba mucho de la compañía de Roy Williams, y su mujer diría al entrenador tiempo después: «Ray [como ella lo llamaba en privado] simpatiza mucho contigo, porque cree que ganas tu dinero con mucho esfuerzo y eso siempre le atrae. Así es como ve su propia vida». Durante el último año de Michael en el instituto, Williams dijo a Jordan padre que le gustaba partir leña, porque hacía ejercicio y conseguía combustible, y necesitaba tener una estufa de leña en su casa porque quería ahorrar con la calefacción. James Jordan le preguntó por las medidas de su chimenea y añadió que seguramente podía ocuparse del problema de la estufa. Unas semanas después, Jordan apareció con una estufa que había hecho él mismo. Le proporcionó un gran placer construirla, porque le encantaba trabajar con las manos y le gustaba hacer estufas para los amigos. Era la decimotercera que construía, dijo. Roy Williams quiso pagarle por la estufa y Jordan se enfadó. «Entrenador», dijo, «me he cansado mucho construyéndola, transportándola hasta aquí y metiéndola en la casa. Si tengo que volver con ella a Wilmington, me enfadaré mucho». Aunque la NCAA tenía unas normas algo draconianas en contra de que los jugadores aceptaran regalos de los entrenadores, no tenía ninguna sobre que los entrenadores aceptaran estufas de leña de los padres de los jugadores, por lo que la estufa se quedó y fue un elemento más de unión entre Michael Jordan y Chapel Hill. Cuando Williams se mudó a una casa mejor al ascender en la jerarquía de entrenadores de Carolina, James Jordan volvió a construirle otra estufa. Williams, con el tiempo, se fue a trabajar a Kansas y puso la casa en venta, y el comprador preguntó qué clase de estufa era aquella. «¿Es una Fisher?», preguntó, refiriéndose a una conocida marca de estufas. «No», respondió Williams, «es una Jordan».

A mediados del último año de instituto de Michael Jordan, estalló una breve crisis. Kentucky, una potencia del baloncesto desde hacía mucho, hizo una oferta a Buzz Peterson. Peterson se enamoró temporalmente del baloncesto de Lexington. Saltaba a la vista que el baloncesto era el rey allí, ya que el programa de fútbol era bastante más débil que en Carolina, y le fascinó el Wildcat Lounge, donde residían los jugadores de baloncesto. Al parecer, Kentucky trataba a sus jugadores como dioses, y a su mirada de adolescente le pareció maravillosa la oportunidad de causar sensación en el campus tan rápidamente. Durante un momento titubeó y mucho, y un domingo dijo a los de Kentucky que iría. Al día siguiente sonó el teléfono y era el entrenador de su instituto, Rodney Johnson, que se había enterado por Randy Shepherd de su cambio de planes. ¿Es cierto lo

de Kentucky? Preguntó. Sí, respondió Peterson. Fue entonces cuando Carolina aumentó la presión.

Los tentáculos del programa de Carolina no eran moco de pavo. Rodney Johnson era leal a Carolina y Roy Williams y él eran viejos y buenos amigos. Habían jugado entre y contra ellos siendo jóvenes y Johnson trabajaba regularmente en el campus de Dean Smith. No iba a permitir que su mejor jugador fuera al programa de un poderoso rival. El lunes por la mañana, Johnson pasó dos horas y media con Buzz, convenciéndolo para que cambiara de opinión subrayando sutil y no tan sutilmente las ventajas de Chapel Hill. Esa noche lo llamó nada menos que Michael Jordan, y Peterson estaba seguro de que era la gente de Carolina quien le había dicho que lo hiciera. «He oído que estás pensando en Kentucky», dijo Jordan. Buzz dijo que sí, que era cierto, que le encantaba el programa de Lexington y que pensaba que podría ir allí. «Creía que íbamos a ir juntos a la universidad y compartir cuarto y ganar el campeonato nacional juntos», dijo Jordan, y Peterson notó la decepción (es más, el dolor) en su voz.

Al día siguiente, el propio Dean Smith se presentó en casa de Peterson. Fue el golpe de gracia. Dado su prestigio en el estado, fue algo impresionante, mucho más que si se hubiese presentado un gobernador o un senador. Si Dean Smith había atravesado todo el estado en coche para ficharlo y decir que lo quería, ¿quién era él para no ir a Carolina? Al final de la semana volvió a Carolina. El último año en el instituto había sido un éxito para Buzz Peterson: era Míster Baloncesto en Carolina del Norte y había ganado el premio que daba la compañía Hertz por ser el mejor deportista del estado. Cuando por fin anunció a qué universidad iría, fue un acontecimiento de nivel estatal, y la casa de Peterson se llenó de reporteros de prensa y televisión. El padre de Peterson, Robert, estaba furioso por toda aquella conmoción y opinaba que era demasiado, demasiada fama demasiado pronto para alguien demasiado joven, y estaba seguro de que acabaría por crear demasiada presión y demasiadas expectativas. Pensaba que iban a robarle a su hijo parte de su infancia, y aquel día gritaba a los periodistas que se fueran y dejaran en paz al muchacho, que le dejaran ser un muchacho.

Aquel otoño, Michael Jordan apareció en Chapel Hill durante la semana de los grandes fichajes. Se suponía que todos los implicados tenían que hacer gala de sus mejores modales, tanto los estudiantes de instituto que querían causar una buena impresión en Carolina como los estudiantes de la universidad cuyo trabajo era vender a Dean Smith y a su programa. Todas las puertas de todos los cuartos estaban abiertas para que los fichajes pudieran ver cómo vivían los jugadores.

James Worthy, a la sazón estudiante de segundo año de instituto y ya designado como próximo mejor deportista universitario, estaba en su cuarto cuando oyó una voz en el pasillo. La voz anunciaba a su dueño y era más que jactanciosa. La voz decía cosas como «Este será mi pasillo» y «Voy a ser una estrella aquí». Worthy se preguntó a qué joven descarado pertenecía aquella voz de gallito, se asomó al pasillo y vio a un chico delgado, casi esquelético. Worthy pensó: «Si traemos aquí a este sujeto, vamos a tener que enseñarle modales y algo de modestia. Aunque pueda respaldar sus palabras, por aquí no hablamos de ese modo, pues la modestia es una parte fundamental del programa de Carolina». Fue la primera vez que vio a Michael Jordan.

Habría avistamientos más importantes de Michael Jordan antes de que empezara su trayectoria universitaria en Chapel Hill. Buzz Peterson y él siguieron siendo amigos aquel verano y jugaron juntos en un par de partidos con jugadores *all-star* : el Capital Classic de Washington, donde Michael jugó frente a Patrick Ewing, que por aquel entonces se creía que iba a ser el mejor jugador de instituto del país, y luego el McDonald’s All-American Game de Wichita. En aquella época, la familia de Peterson y la de Jordan afianzaron su amistad. En el partido del McDonald’s, los dos jóvenes empezaron jugando en la misma zona defensiva y Peterson, que aquel día anotó diez puntos, se daba cuenta de que Jordan estaba a punto de despegar, que estaba un peldaño más arriba. Adrian Branch, un jugador muy buscado que ya estaba designado para Maryland, también estaba en el equipo y jugó muy bien, pero Michael estuvo brillante, anotando treinta puntos, trece canastas de diecinueve lanzamientos (diecisiete años después, su puntuación total sigue siendo la más alta), y cogiendo dos rebotes. Branch consiguió veinticuatro puntos y ocho rebotes. Tras el partido, los jueces que designaban quién era el mejor jugador (John Wooden, Sonny Hill y Morgan Wooten) eligieron a Branch, una decisión que, de entrada, podía parecer ligeramente parcial, ya que Wooten era el entrenador del instituto de Branch. Sin embargo, Wooten se había negado a votar por esa misma razón. Branch ganó, según explicarían más tarde los otros dos jueces, porque había encestado en momentos más cruciales del partido.

La decisión sorprendió a cierto sector del público y a algunos jugadores, porque Jordan había parecido el jugador más dominante. Después de anunciarse la decisión, Buzz Peterson miró detrás del banquillo y vio que su madre y Deloris Jordan se levantaban de los asientos para dirigirse directamente hacia los jueces. Ambas parecían muy enfadadas y pensó que se avecinaba una buena pelea y que Morgan Wooten estaba en serio peligro físico. Mientras las veía

acercarse, advirtió que Bill Guthridge, el ayudante de Carolina, intentó detenerlas, cosa que al final consiguió. Peterson pensó que había descubierto de dónde procedía parte del impulso y de la competitividad de Michael.

Acabado el partido, Billy Packer, que lo había transmitido para la CBS, salía de la cancha con Bob Geoghan, uno de los patrocinadores del encuentro, cuando Deloris Jordan, todavía furiosa, se le acercó y cuestionó la decisión del veredicto. «Yo no me preocuparía mucho, señora Jordan», dijo Packer. «Solo es un partido de grandes figuras y habrá muchos más en el futuro de Michael: creo que a su hijo le espera un gran porvenir».

Si la decisión de nombrar mejor jugador a Branch fue un error, sería Lefty Driesell, el entrenador de Maryland, quien acabaría pagándolo. Unos tres años después, cuando Jordan estaba terminando el tercer curso, Carolina jugó contra Maryland en el complejo deportivo Cole Field House de Maryland. Al final de un partido ya sentenciado, Jordan, gracias a un brillante pase de Sam Perkins, corrió a la canasta y machacó haciendo uno de los mates más apoteósicos de su trayectoria. Fue, según Roy Williams, como si todo él ascendiera por encima del aro. El mate llegó a tener nombre, el mate de la mecedora o del «duérmete, niño», y apareció en muchos vídeos de los mejores momentos de Jordan. «Lo más feroz que he visto hacer a un jugador universitario», recordaría Michael Wilbon, a la sazón un joven cronista deportivo de *The Washington Post* que cubría los partidos de la ACC, [3] y que no conocía la intrahistoria de Jordan con Branch. «Fue un acto realmente colérico, una especie de superagresión». Un jugador que vio el partido aquella noche creyó entender la raíz y la causa de aquello. Buzz Peterson sabía que a Jordan siempre le gustaba vengarse de todo aquel que le hiciera un desaire, y aquello, estaba seguro, era su venganza contra Branch, que había cometido el error, aunque fuera involuntario, de ser nombrado el mejor jugador del partido del McDonald’s.

Aquel verano hubo un avistamiento aún más importante. Tanto Peterson como Jordan fueron elegidos para un equipo que iba a jugar en el National Sports Festival. Era un programa preolímpico que se iba a celebrar en Syracuse, Nueva York, y que contaba con cuarenta y ocho jugadores jóvenes. Los equipos eran elegidos por regiones: Este contra Oeste, Norte contra Sur. Tim Knight, el hijo de Bob Knight, el entrenador de Indiana, estaba allí de supervisor. Solo tenía dieciocho años, pero durante su infancia había pasado mucho tiempo en el gimnasio de su padre. Tenía un buen ojo para el talento y cuando llegó a casa le dijo a su padre que había visto a un joven que iba a ser el mejor jugador universitario del país. «¿Quién es?», preguntó su padre. «Un chico llamado

Michael Jordan que ya ha firmado con Carolina del Norte», dijo.

Así que unos días después, Bobby Knight, como suelen hacer los entrenadores, que siempre lo comprueban todo, llamó a Dean Smith, en apariencia para hablar de otros asuntos, pero luego mencionó casualmente que había oído que Smith tenía un gran jugador joven en el equipo. Años después, Knight recordaría que Smith hizo una especie de amago, posiblemente una referencia a Buzz Peterson, que había sido el jugador más publicitado, pero Knight replicó rápidamente. No, un joven llamado Michael Jordan. Advirtió que Smith adoptaba un tono cauteloso al otro extremo de la línea, inquiriendo por qué le preguntaba por Jordan. «Porque mi hijo Tim lo vio en Syracuse y dice que va a ser el mejor jugador de todo el país», respondió Knight.

«Bueno, eso espero», dijo Smith, que seguía esforzándose para evitar alborotos y que los medios se fijaran demasiado en Jordan. «Sabes que no ha sido de los más buscados. Es de por aquí, de Wilmington, solo un fichaje regional».

«Pues Tim cree que tienes a un tipo grande», dijo Knight.

Unos años después, Smith y Bob Knight estaban en un comité que seleccionaba jugadores para el equipo olímpico, tratando de decidir sobre dos jóvenes que ninguno de los dos parecía conocer mucho. Tim Knight, que entonces estudiaba en Stanford, los había visto jugar a los dos, por lo que Bobby Knight consultó las notas de Tim, que decían que ambos jugadores eran muy limitados.

«Bueno», dijo Dean Smith, «no sé si conoces a Tim Knight, pero si él dice que no saben jugar, es que no saben jugar».

6

Chapel Hill, 1981

En 1981, cuando Michael Jordan llegó al campus por primera vez, Dean Smith estaba en la cúspide de su poder y reputación, y su programa era considerado el mejor programa de baloncesto del país, aunque aún tenía que ganar su primer campeonato nacional. Bob Ryan, decano de los cronistas de la NBA, comentó una vez que no era Smith el que había fichado a sus jugadores, sino que estos lo habían elegido a él. Ryan quería decir que el programa de Smith era tan variado y su dinámica tan potente que, a diferencia de otros entrenadores, podía permitirse el lujo de elegir, de hacerse con los jugadores que quería y hacer que encajaran bien en el programa, en vez de buscar jugadores de talento que tal vez no se adaptaban al programa y a sus rigurosas exigencias. Aunque era un comentario halagador y contenía una gran parte de verdad, a Dean Smith le molestó.

Los entrenadores y jugadores visitantes que habían recibido el nada desdeñable honor de poder acceder a los entrenamientos de Carolina siempre se quedaban pasmados ante una serie de cosas. La primera era la tranquilidad reinante, que habría sido un silencio sepulcral de no ser por los botes de la pelota, o el ocasional grito de «¡Novato!» cuando un balón salía de la cancha, o los rápidos toques de silbato que indicaban el final de un ejercicio y el comienzo de otro, o el resoplido de un jugador al llegar a la meta durante una de las interminables carreras que Smith obligaba a hacer a los jugadores para mantenerlos en plena forma. Otra era lo brillante y cuidadosamente organizado que estaba todo, con una agenda diaria que subrayaba cómo había que usar cada minuto del entrenamiento. A Rick Carlisle, que había jugado contra Carolina en sus años de Virginia, se le permitió entrar tiempo después, cuando trabajaba de segundo entrenador en la liga profesional, y opinaba que ver entrenar a los Tar Heels (los de Carolina) era una revelación. No solo era un ejercicio planificado

al segundo, sino que siempre había un supervisor en el campo levantando los dedos para indicar cuántos minutos transcurrían en cada ejercicio. No es de extrañar que los Tar Heels le hubiesen parecido siempre tan calmados y serenos cuando había jugado frente a ellos, por mucho frenesí que hubiera en el gimnasio, según Carlisle. La respuesta estaba en aquel gimnasio, donde practicaban repetidamente cada situación potencial del partido. Por ejemplo, cómo tenían que jugar cuando perdían por seis puntos y faltaban cuatro minutos para el final. Nada debía sorprenderlos y nada, pensaba Carlisle muy compungido, los sorprendía.

Nadie podía llegar tarde a los ejercicios, porque no se podía retrasar el programa. La tardanza perjudicaba al equipo y no se permitía que nada dañara o redujera su velocidad. Cuando estaban de viaje, se tenía que hacer todo bien: los jugadores tenían que ir bien vestidos y no podían llegar tarde; todos los jugadores tenían que sincronizar los relojes con la GST, Hora Oficial de Guthridge, en honor al principal ayudante de Smith, Bill Guthridge, que casi siempre viajaba con ellos. Durante el primer año de Jordan, el autobús del equipo estaba saliendo de Carmichael, de camino al campeonato de la ACC, en el minuto señalado, cuando llegó un coche al aparcamiento. En el coche iba James Worthy, la estrella del equipo, y como el semáforo estaba en rojo, no pudo cruzar la calle para alcanzar el autobús. El autobús había salido en el momento exacto que indicaba el programa y Worthy tuvo que seguirlo con el coche, sabiendo que recibiría una reprimenda disciplinaria. En otra ocasión, tres jugadores llegaron tres minutos tarde a una comida previa al partido porque habían ido a cortarse el pelo y el barbero era muy lento. En consecuencia, no entraron al partido hasta que se habían cumplido tres minutos de la primera mitad.

A Dean Smith le gustaba encargarse de todo y odiaba las sorpresas. Así pues, en Carolina estaba todo muy controlado. Su método era muy jerárquico y en teoría todo el mundo tenía que esperar su turno. El entrenador, por ejemplo, tomaba las decisiones cruciales sobre qué tenía que hacer el equipo (dónde se alojaría en el trayecto y en qué restaurante comerían los jugadores) después de consultarlo con los veteranos. Los novatos estaban en lo más bajo de la jerarquía, por debajo incluso de los auxiliares del equipo. En el entrenamiento, cuando una pelota perdida se salía de la cancha, alguien gritaba «¡Novato!» y un jugador de primer curso, no un auxiliar, iba corriendo tras ella. Si el entrenador daba una pausa para beber agua, se hacía por orden: si la pausa era de tres minutos, los veteranos eran los primeros en beber, treinta segundos después

bebían los de tercer año, y un minuto después los de segundo, y finalmente, cuando quedaba un minuto, el entrenador decía, como si lo hubiera olvidado, ah sí, los novatos.

Todo giraba alrededor de la idea de equipo y contra los individualismos y las vanidades personales. En el centro de todo había un sistema muy disciplinado. Observadores cercanos a Dean Smith pensaban que, con los años, estaba dispuesto a perder ciertos partidos que habría podido ganar si hubiera abierto el juego completamente y hubiera dado a sus jugadores mayor libertad, porque a largo plazo creía que se llegaba más lejos trabajando en equipo y sacrificando la individualidad en aras del equipo. También creía que la clase de disciplina y entrega que exigía haría mejor servicio a sus jugadores en el futuro. La expresión de ciertas emociones estaba muy mal vista. Si un jugador cometía una falta técnica durante un partido, en el siguiente entrenamiento lo obligaban a quedarse cómodamente sentado fuera del campo, tomando Coca-Cola, mientras sus compañeros tenían que correr más de lo normal para expiar su pecado. Con los años, pocos jugadores de Carolina cometían falta técnica. Todo, en el programa de Carolina, tenía un objetivo múltiple: respeto al equipo, respeto a la autoridad, respeto al juego y respeto a los oponentes. Los jugadores de Smith nunca hacían nada que vejara a un rival. En una ocasión en que Carolina jugaba contra un débil equipo de Georgia Tech y ganaba por diecisiete puntos, Jimmy Black y James Worthy combinaron una jugada en la que Black le pasó el balón a Worthy por detrás de la espalda y Worthy hizo un mate. Smith se puso furioso y sacó inmediatamente de la cancha a los dos jugadores. «Eso no se hace», dijo realmente furioso. «¡No se pone a la gente en evidencia! ¿Os gustaría que fuerais perdiendo por diecisiete puntos y alguien os hiciera eso?».

De aquí surgió una ética, un sistema y, finalmente, una comunidad que, si no era única, era ciertamente especial en el deporte de élite americano de la época. A finales de los años setenta, Carolina había reemplazado a la UCLA como mejor equipo de baloncesto universitario del país. Alcindor/Jabbar, Walton y sus impresionantes compañeros (algunos fichados más fácilmente después de contratar al pívot) y, en su día, el mismo John Wooden, se fueron del equipo, eligieron a novatos y la cohesión de la UCLA desapareció. Llegaron muchos entrenadores con la esperanza de restaurar la antigua gloria de la UCLA, pero se fueron más rápido de lo esperado. En los años ochenta, el pasado que atormentaba a la UCLA fue utilizado hábilmente para fortalecer el equipo de Carolina.

Dean Smith era el hombre perfecto para poner en práctica un programa de gran calidad en una universidad prestigiosa en la época en que entrenó. Fue una época en que la autoridad del entrenador aún no había sido erosionada por la creciente presión del mundo exterior, una presión que permitía que jugadores jóvenes de gran talento entraran en la universidad con demasiada influencia, se quedaran allí brevemente, por lo general con sus propias condiciones, y se fueran demasiado pronto a las ligas profesionales, acostumbrándose de manera creciente a ver su primer contrato profesional de tres años como un sucedáneo de sus años universitarios. Desde luego, cuando Smith se retiró, esa presión estaba afectando también a Carolina, y los jugadores de primer orden de sus últimos años, jóvenes como Rasheed Wallace y Jerry Stackhouse, se quedaban aún menos tiempo y entraban en el baloncesto profesional menos preparados que sus predecesores, jugadores como Worthy, Jordan y Sam Perkins. Dean Smith era tranquilo y más bien introvertido, en abierto contraste con el sociable Frank McGuire, que lo había precedido y que tenía el talento particular y el encanto de los mejores políticos americano-irlandeses de su generación. Smith era muy consciente de los límites naturales inherentes a su carisma personal. Otros entrenadores eran exaltados, él no. Parecía estar siempre en el mismo plano emocional y si algo criticaban sus colegas en privado, era su falta de emociones antes de los partidos, pues afrontaba con la misma frialdad un partido de principios de temporada con Davidson y un partido de semifinales. Probablemente era una de las cosas que gustaba a sus jugadores: su coherencia y el hecho de que nunca se dejaba llevar por sus emociones.

Los primeros años de Smith en Carolina habían sido difíciles. Al principio era un extraño en el lugar, un foráneo de Kansas, un hombre sin raíces locales en una región donde eso importaba mucho, un hombre modesto que se sentía incómodo con el compañerismo rudo y desenvuelto que era la norma en el mundo del deporte. También, a su manera, era muy ambicioso y exigente, un hombre que no dejaba nada al azar, y tenía un fuerte sentido del bien y del mal que iba mucho más allá del baloncesto. Su mundo del baloncesto, en el caso de pudiera calificarse de este modo, era una prolongación de sus ideas religiosas.

Al principio tuvo problemas para fichar por las infracciones que había cometido McGuire antes de su llegada. Sus primeros equipos no tuvieron mucho éxito y Billy Cunningham, uno de sus primeros grandes jugadores (un hombre que en cierta ocasión había bajado corriendo del autobús del equipo para quitar una caricatura de Smith que habían colgado en el campus), siempre se preguntó si Smith tendría éxito veinticinco años después, en una época posterior. La duda

no se refería a su talento como entrenador, pensaba Cunningham, sino a si, debido a la creciente presión para ganar y ganar inmediatamente, Smith tendría la oportunidad de imponer un método y crear la clase de dinámica triunfal que, con el paso del tiempo, tan buenos resultados le daría en la universidad. Si había un factor de cohesión en Carolina, era que una vez que estabas allí, no había estrellas desde el punto de vista del entrenador. El duodécimo hombre del banquillo era tratado tan bien como el mejor jugador del equipo, y cuando los jugadores del banquillo se licenciaban, Dean Smith se esforzaba por buscarles empleo con el mismo empeño que cuando luchaba por el jugador de más talento del equipo, y los trataba igual de bien fuera de la cancha.

Cunningham, uno de los mejores jugadores universitarios de Carolina, elegido en la primera ronda del *draft* , creía que Smith había sido más duro con él que con otros jugadores de menos talento (lo bombardeaba con sarcasmos si Cunningham lanzaba demasiadas veces o demasiado pronto, o no bloqueaba bien). La moraleja era clara: no había favoritos y el talento excepcional no daba derecho a ningún favoritismo del entrenador. Smith creía que quienes más recibían eran de los que más se esperaba. Los demás jugadores veían la justicia inherente a aquel método, la falta de favoritismo con los más dotados. Sabían que la lealtad del entrenador hacia ellos no tenía nada que ver con las canastas que metían en los partidos, y casi todos lo aceptaban, tanto los buenos como los menos buenos, sabiendo en el fondo que para ellos era mejor ser tratados con exigencia que con complacencia.

Conforme aumentaban los buenos resultados del método Smith y, le gustara o no, su fama en la universidad se ponía por las nubes, sus amigos creían que se sentía incómodo con aquella popularidad, como si fuera reprobable que un entrenador fuera más famoso y poderoso que un profesor talentoso o el rector de una universidad importante. (Cuando la Universidad de Carolina del Norte construyó un nuevo estadio de baloncesto, no le gustó que le pusieran su nombre. Se le llamó el Dean E. Smith Center, Dean Dome en la jerga local. Accedió solo porque creía que la universidad lo necesitaba, y la gente que había tras la iniciativa le aseguró que el proyecto fracasaría si no usaban su nombre). Smith también era muy consciente de la utilidad de su posición. A su manera, se convirtió en un buen reclutador, porque era fiel a sí mismo. No podía ser como Lefty Driesell, que era considerado un reclutador brillante. Driesell tenía un estilo más vivo y no había nada discreto en él ni en su retórica; era un publicista alegre, a la vieja usanza. Por el contrario, Smith era involuntariamente frío y discreto, el respetado sacerdote local que, por casualidad, abraza la idea de ganar

en baloncesto con la misma dedicación que la de llevar una buena vida, virtuosa y religiosa. (Las creencias religiosas de Smith eran una parte importante de su vida: aunque fumó durante mucho tiempo, parecía que le daba vergüenza, y solía esconderse para hacerlo, como un adolescente que quisiera engañar a sus padres; y le gustaba tomar una copa de vez en cuando, pero también lo hacía medio a escondidas). Debido a la naturaleza formal de su personalidad, a menudo se encontraba mejor con los padres que con los hijos. Con los padres, su falta de carisma era a menudo una virtud. Tenía mucha habilidad para convencerlos de que sabía lo que era bueno para sus hijos a largo plazo y de que sus valores eran un apéndice de los de ellos.

Su gran fuerza no radicaba a la postre en sus palabras, sino en su vida. Su método era su propia verdad, y cuanto más lejos corría, más poderosa se volvía año tras año su fuerza magnética. Lo que había hecho, la clase de vida que llevarían sus jugadores y el respeto que le tenían reflejaban, mucho más que ninguna otra cosa, quién era en última instancia. Esto tenía sus propios beneficios. Le permitía hacer ofertas en una clave más baja y suave que muchos competidores. Dean Smith era especialmente bueno con la gente temerosa de Dios a la vieja usanza, como los Worthy y los Jordan, que habían educado a sus hijos con un estricto sistema de valores, que apreciaban el trabajo duro, que no se fiaban de un reclutador que prometiera una ruta fácil hacia el éxito.

Dean Smith nunca prometía nada. Otros programas prometían dinero, ofrecían coches y sobre todo prometían tiempo de juego, afirmando que un jugador estaría en la alineación inicial como estudiante de primer año. A veces los veteranos de los institutos llegaban fichados a un campus y veían que figuraban ya en una foto con el uniforme del centro y entre los cinco del equipo inicial. La oferta de Smith consistía en lo contrario: no te prometeremos minutos, pero creemos que puedes jugar aquí, creemos que podemos convertirte en un jugador mejor, sabemos que recibirás una educación maravillosa y creemos que te gustará la gente de nuestro programa, sobre todo los otros jugadores. La premisa era que cuanto mejor fueran los chicos, más probable era que Carolina los eligiera. A su vez, los chicos no elegidos serían los que causarían problemas a largo plazo. Ese discurso funcionaba muy bien en la mayoría de los hogares. A Mitch Kupchak le había advertido el entrenador de su instituto que tuviera cuidado con los entrenadores universitarios que hacían promesas: «Si te prometen algo, intenta imaginar qué estarán prometiendo a otros como tú». Así que cuando Kupchak fue a una universidad para realizar una entrevista, estuvo esperando fuera del despacho del entrenador con otros dos jóvenes altos. Fue el

último en ser llamado y el entrenador le prometió que podía ser el pívot titular en su primer año. Cuando volvió a casa, Kupchak se preguntaba qué les habría prometido aquel entrenador a los otros dos muchachos.

Cuando la popularidad del baloncesto aumentó en los años sesenta, setenta y ochenta, y los directores de los métodos que triunfaban pasaron a obtener mayores recompensas, Smith siguió siendo notablemente fiel a sí mismo. Muchísimos entrenadores más jóvenes, considerados grandes reclutadores, vendían antes y, más que colocar sus programas, se colocaban ellos. Dean Smith nunca cometió ese error. Lo que él ofrecía era el programa y la universidad, un gran programa de baloncesto en una gran universidad americana, donde un joven, aunque no tuviera luego una trayectoria como profesional, podía salir bien preparado para enfrentarse a un futuro laboral y tendría una variedad de opciones para elegir. Utilizaba a jóvenes con talento ya matriculados en Carolina como medios adicionales para sus reclutamientos. Eran la prueba de la excelencia de su método y eran reclutadores excepcionalmente efectivos, sus nombres eran ya bien conocidos por los jugadores de instituto que ahora esperaban seguir sus pasos. «Somos un club muy especial, somos amigos los unos de los otros», parecían decir. «Ven, únete a nosotros y forma parte de algo único. Te gustará y a nosotros nos gustarás tú».

La tradición era importante. En Chapel Hill, el pasado no solo vivía y estaba consagrado, sino que era utilizado hábilmente para abrir la puerta del futuro. El sentido del pasado, todos aquellos grandes equipos y aquellos grandes jugadores que habían sido estrellas en Chapel Hill y que habían alcanzado fama profesional eran una parte importante de la mística del lugar, estaban santificados y muy presentes. No eran una parte abstracta del reclutamiento; eran una parte crítica. En Carolina, los mejores reclutadores eran los jugadores que ya estaban en el programa y los que se habían licenciado recientemente y ya eran profesionales. Cuando había algo excelente a la vista, siempre estaban preparados para coger el teléfono y utilizar la autoridad que acompañaba a su éxito para decir cuánto les había gustado jugar en Carolina. Así pues, un tembloroso estudiante de penúltimo o último año de instituto acababa de hablar por teléfono una noche y al día siguiente contaba a sus amigos que James Worthy o Michael Jordan le había llamado para hablar bien de Carolina. Sin embargo, más aún que la labor de los exalumnos, lo más efectivo era la amistad y el entusiasmo de los jugadores actuales y la camaradería forjada por el programa. Y por supuesto, los jugadores actuales salpicaban su conversación con referencias a los partidos informales que tenían lugar en el verano, cuando los grandes exalumnos (Phil

Ford, Walter Davis, Mitch Kupchak, Mike O'Koren y, con el tiempo, James Worthy, Sam Perkins y Michael Jordan) volvían para jugar con ellos cada día. Era algo embriagador.

Más aún: aquello contrastaba radicalmente con el procedimiento de muchas otras universidades, donde la oferta principal procedía totalmente de los entrenadores y sus ayudantes, y donde las autoridades parecían más que recelosas de que los jugadores del momento se relacionaran con los fichajes cuando no había nadie más alrededor. Pues en muchas universidades, donde se simplificaban las cosas y donde el camino ético era mucho más resbaladizo, los programas eran más escépticos y pragmáticos. En esos programas, los entrenadores no daban la espalda del todo por miedo a que los jugadores del momento hablaran con los últimos fichados sobre promesas que se hacían durante el idilio del reclutamiento y se rompían cuando el jugador llegaba al campus. En algunas universidades en que los entrenadores dirigían programas de gran éxito, en fútbol o baloncesto, se generaban potentes sentimientos de lealtad entre los exalumnos y el cuerpo estudiantil. En Carolina, los sentimientos más intensos procedían de los mismos jugadores.

Ninguna universidad aprovechaba su conexión con el pasado con tanta habilidad como Carolina. Mitch Kupchak había terminado su año de novato con los Washington Bullets, y un verano volvió a Chapel Hill y le presentaron a un joven desgarbado que solo tenía quince años. «Mitch, ven aquí, me gustaría que conocieras a James Worthy», le dijo Roy Williams aquel día. «Esperamos que James sea una gran estrella aquí». Y Kupchak también recordaba que, unos años más tarde, voló de Los Ángeles a Nueva Orleans para ver el campeonato entre Carolina y Georgetown. Era el primer año de Michael Jordan. Kupchak se encontraba en el vestíbulo cuando Bill Guthridge llegó con un joven delgado y dijo: «Michael, me gustaría que conocieras a uno de nuestros grandes exjugadores, Mitch Kupchak».

Como en Chapel Hill había muchas normas y el programa exigía sacrificio y paciencia, era importante que los chicos creyeran en él. Casi todos lo hicieron con el tiempo. Era muy raro que hubiera un chico desilusionado que quisiera trasladarse. Los jugadores lo aceptaban porque la finalidad era obvia: las reglas existían para hacerte mejor jugador y mejor persona, no para hacer más famoso o más rico a Dean Smith, ni para conseguirle un puesto de entrenador en la NBA. Gran parte del programa funcionaba gracias a la presión del conjunto, porque los estudiantes de los últimos cursos y las estrellas existentes lo habían refrendado y esperaban su turno. ¿Quién era un novato, por muy genial que fuese, para decir

que las reglas no iban con él cuando los mejores jugadores del equipo eran portavoces del sistema?

Era como si hubiera una universidad dentro de la universidad, con sus propias asignaturas especiales, asignaturas que trataban más de la vida que del baloncesto. Detrás había una serie de valores pasados de moda, casi calvinistas, que cada vez corrían más peligro de desaparecer a causa del ascendente materialismo de los deportes americanos, arrastrados por la creciente fuerza depredadora de la nueva cultura del entretenimiento, en la que se suponía que el dinero podía comprarlo todo, en primer lugar, la lealtad. La ética, en Carolina, parecía de otros tiempos: cuanto más te sacrificabas por un objetivo, cuanto más alto era el precio que pagabas personalmente, más importancia tendría un día para ti. Lo que llegaba con demasiada facilidad, nunca se valoraría. Había otro corolario, y era sencillamente que el equipo era más importante que el individuo, por muy exaltado y habilidoso que fuera y muy promocionado que estuviera. Lo que hacías en la cancha, lo hacías con y por tus compañeros de equipo. Cuanto más pensabas en ellos y menos en ti, mejor.

Cuando estaban a punto de dejar Carolina, los jugadores sentían el fuerte vínculo que los unía a aquel individuo distante, a menudo brusco, que a veces les había parecido inalcanzable, pero que había desempeñado un papel muy importante en su vida y en la de sus mejores amigos. Cuando estaban a punto de partir, el halo que lo envolvía se esfumaba y lo veían como a un amigo, no como a una figura autoritaria. Lo esencial en sus sentimientos era su creencia elemental de que los había cuidado más como hombres que como jugadores de baloncesto y de que había trabajado denodadamente para prepararlos para la vida y para la NBA. «Era», diría años más tarde James Worthy, «como si hubiera una larga lista de cosas que Dean Smith podía enseñarte y el baloncesto estuviera al final de esa lista, y como si prepararte para la vida fuera mucho más importante que ninguna otra cosa. Nos enseñó a ser pacientes, a esperar nuestro turno, a ser educados con los demás, a respetar a los compañeros de equipo y a respetar el deporte».

Por supuesto, lo que fortalecía las relaciones con los jugadores era que Smith parecía prestarles más atención cuando se licenciaban, guiando, si era posible, su trayectoria, esforzándose más con los jugadores de talento limitado que con los que gracias al suyo no tendrían problemas tras la licenciatura. En el seno del mundo profesional, los directivos tendían a ser muy cautelosos con los jugadores a los que Dean Smith había apretado con más fuerza. A menudo era algo inconsciente, pero se creía que era su forma de compensar a los jugadores de

menos talento por los años que habían sido leales al programa. A veces parecía como si su compromiso real con ellos empezara solo cuando terminaba su condición de aficionados.

Inmediatamente después de que los jugadores americanos comenzaran a jugar en Europa, unos ejecutivos italianos habían acudido a verlo para hablar de la posibilidad de fichar a Billy Cunningham, un jugador que estaba a punto de ser una gran estrella de la NBA. Smith les recomendó en su lugar a otro jugador. «El hombre que ustedes quieren es Doug Moe», dijo. «Es perfecto para ustedes». Doug Moe fichó por ellos y jugó en Italia durante dos felices años. Cuando volvió a Estados Unidos pareció ir a la deriva, vendía seguros y aún no había terminado la universidad. Dean Smith lo animó a volver a las aulas, pero Moe no le hizo caso. Un día, Moe recibió una llamada telefónica de Smith. «Tienes una entrevista en la universidad de Elon College a las dos en punto de hoy. Ponte chaqueta y corbata». Allí trabajó como segundo entrenador y con el tiempo se licenció.

Los chicos de Dean Smith tenían que ir a clase y su asistencia se vigilaba muy de cerca. También tenían que asistir a la iglesia, a menos que llevaran una nota de sus padres diciendo que en casa no iban a la iglesia. Eran lecciones que no tenían nada que ver con el baloncesto. Lecciones sobre cómo hablar a los medios de comunicación, cómo mirar a los reporteros a los ojos al hablar con ellos y cómo saber lo que querías decir antes de abrir la boca. Se les enseñaba a tratar con las personas que querían hablar con ellos, a vestirse correctamente para ir a un restaurante y a pedir la comida al camarero, y a levantarse cuando una mujer se acercaba a su mesa.

Las lealtades que creaba este método (hacia la universidad, hacia Smith y sobre todo entre ellos) seguramente no tenían equivalente en el deporte contemporáneo universitario. Dean Smith sería siempre para ellos el Entrenador por excelencia. Hombres adultos de 30 y 40 años seguían consultándole cuando tenían que tomar alguna decisión crucial en su trayectoria. Cuando determinados equipos de baloncesto profesional que luchaban por alcanzar un puesto importante en los *playoffs* iban a disputar partidos decisivos, veías a antiguos jugadores de Carolina, ahora en equipos rivales, hablando del Entrenador. Un año, George Karl, promoción del 73 en Carolina y entrenador de los Seattle SuperSonics, habló con Mitch Kupchak, promoción del 76 en Carolina y subdirector de los Lakers, ambos acérrimos rivales en la Conferencia Oeste, sobre si, de camino al *All-Star* que iba a disputarse en Nueva York, pasaban o no por Chapel Hill para ver al Entrenador y el partido Carolina-Duke. Pasaron.

Cuando en la familia de Scott Williams, un antiguo jugador de Carolina, se produjo una terrible tragedia, fue una tragedia también de Carolina. Su padre mató a su madre y luego se suicidó. En el entierro de la madre de Williams, en Los Ángeles, un ejecutivo de la NBA se dio cuenta de que además de Dean Smith, también estaban Mitch Kupchak y James Worthy, jugadores que habían estado en Chapel Hill mucho antes que Williams. «No sabía que lo conocíais», dijo a Kupchak.

«Era uno de los nuestros», respondió Kupchak.

Donnie Walsh, de la mafia de Carolina y presidente en 1998 de los Indiana Pacers, creía que había cierta contradicción profesional si eras un hombre de Carolina y tratabas de imponer tu propio programa. El peligro, advirtió Walsh, era que Dean Smith era una figura tan poderosa en tu vida que te acostumbrabas a escucharlo y a tomar su palabra como si fuera el evangelio, pero ya no podías hacerlo si tenías a tus propios jugadores, porque sus intereses y los tuyos no tenían por qué ser compatibles. La principal preocupación de Smith era hacer progresar a sus discípulos; la tuya, mejorar tu programa. Las dos cosas no eran necesariamente la misma. Larry Brown, otro miembro del grupo de Carolina, aún lo escuchaba demasiado, según se decía, y eligió a algunos de los chicos de Smith, cosa que a este le gustó al principio, pero luego los excluyeron, y Smith se puso furioso, porque excluir a uno de sus chicos era como excluirlo a él.

«Lo de Dean Smith en Carolina del Norte es como una secta», dijo Chuck Daly, antiguo entrenador de la Universidad de Pennsylvania, de los Detroit Pistons y del Dream Team de Barcelona 92. Daly era uno de los pocos forasteros a los que se permitía asistir a la reunión de golfistas de Carolina que todos los veranos se celebraba en Pinehurst bajo la supervisión de Smith. «Casi todas las sectas son malas, pero esta es extrañamente buena. Aunque no deja de ser una secta». O como añadió el antiguo entrenador de la NBA Kevin Loughery, un hombre que había pasado mucho tiempo entrenando equipos de nivel inferior, y que también había obtenido autorización para asistir a las reuniones de Pinehurst: «Yo nunca he hecho campaña por Carolina. Siempre he hecho campaña por los que tenían menos posibilidades. Sé demasiado bien lo que es tener el equipo con menos talento de todos. Pero después de conocer a Dean Smith, decidí que, ya que no podía hacer campaña por él porque sus equipos estaban llenos de talentos, al menos no haría campaña contra él. Porque estoy impresionado por la lealtad, el respeto que le tienen muchos hombres realmente grandes, y tengo la sensación de que lo que sienten por él es auténtico y sincero».

No todos los que estaban fuera del programa, sobre todo los que competían con Dean Smith, lo admiraban tanto. Algunos se quedaban desconcertados ante lo que podía parecer una piedad superficial en un hombre cuyo instinto competitivo era tan feroz. A otros les molestaba que diera la impresión de que siempre estaba moralmente por encima y de que lo que hacía era más puro y menos materialista que lo que hacían ellos. Que entrenar baloncesto era más noble que ser abogado o agente; que entrenar baloncesto universitario era más puro que entrenar baloncesto profesional; y, finalmente, que entrenar en Carolina era más puro que entrenar en cualquier otro sitio. Algunos pensaban que él no era tan puro como su imagen y a otros les molestaba que tratara de manipular a la prensa, adoptando constantemente, a pesar de la importancia de sus equipos, el papel de perdedor. Dean Smith era el único hombre de la historia que había ganado setecientos partidos y el que menos posibilidades había tenido en todos y cada uno de ellos, decía Lefty Driesell. Mike Krzyzewski, el entrenador de Duke, que dirigía un programa rival de similar fuerza e integridad, y que batalló contra él durante años por la victoria y por los mismos chicos de primer orden y gran calidad, dijo una vez que, si en algún momento llegaba a ser presidente de Estados Unidos, pondría a Dean Smith de director de la CIA, «porque es el tipo más zorro que conozco».

Dean Smith tenía otra característica muy importante que la mayoría de los hinchas blancos no captaban: era, como Michael Wilbon ha escrito, un gran héroe y un gran dios más en la América negra que en la América blanca. Los americanos negros eran muy conscientes de su historia en Carolina y de que Smith había estado muy por delante de la cuestión racial.

Según Wilbon, parte de la América negra tuvo algo parecido a un dilema en marzo de 1982, cuando Georgetown, entrenado por John Thompson, que es negro, se enfrentó a Carolina en el campeonato de la NCAA. Thompson, como dijo Wilbon, era considerado «uno de los nuestros» por los negros, pero Dean Smith también contaba con muchas simpatías, como si fuera una especie de compañero de viaje. Había hecho interracial su programa mucho antes que otras universidades del sur, nunca bajo coacción sino con buen talante, con habilidad e incluso con ternura. También había ayudado a integrar en la comunidad un conocido restaurante del centro de Chapel Hill al principio de su trayectoria, una época en que su propio trabajo a menudo parecía estar en la cuerda floja y en que la integración no estaba precisamente de moda.

Ya en 1961, Smith había intentado fichar a Lou Hudson, un gran jugador que no había conseguido reunir los requisitos académicos de Carolina, había ido a

Minnesota y luego tuvo una trayectoria magnífica como profesional. Smith siguió intentándolo y finalmente rompió la barrera consiguiendo fichar a Charlie Scott en 1966. Durante los años que pasó allí, Smith trató a Scott con gran sensibilidad; era una región que todavía no estaba totalmente preparada para el terremoto que suponía ver a un jugador de baloncesto negro en Carolina. Smith convirtió a Scott en miembro de la familia de Carolina desde el principio, llevándolo a la iglesia en su primera visita, una iglesia blanca, no negra, como Scott había creído. Cuando un hincha de la Universidad de Carolina del Sur lanzó crueles insultos raciales contra Scott, dos ayudantes de Carolina tuvieron que impedir que Smith subiera a la tribuna. A diferencia de muchos entrenadores de aquella época, que convertían sus programas en interraciales, pero no tenían la integración en el corazón, Smith recorrió la totalidad del camino. Años después, Scott pondría el nombre de su entrenador a su segundo hijo. El efecto en los jugadores negros que llegaron después fue considerable. «Mi padre», diría una vez James Worthy, «admiraba mucho a Dean Smith, incluso antes de que pusiera los pies en casa. Mi padre nunca pasó de octavo curso, pero leía la prensa y veía a Walter Cronkite en televisión, y era un hombre que sabía cosas, y sabía lo que Dean Smith había hecho en Chapel Hill, y cómo había tratado a Charlie Scott, no solo dejándolo jugar, sino estando allí por él, y esa era la clase de hombre con quien mi padre quería que jugara. Aquel fue un buen trato, más importante para él que el dinero que otras universidades ofrecían».

La trayectoria ideal de un jugador de Carolina muy solicitado consistía en permanecer sentado durante casi todo el primer año, encontrando consuelo y recompensa en la posibilidad de entrenar con un selecto equipo todos los días y de cultivar amistad con los compañeros. Puede que hiciera alguna aparición relámpago, más en pos del efecto psicológico que por otra cosa. En el segundo año, para demostrar que había merecido la pena su fichaje, podría jugar entre siete y ocho minutos por partido. En el tercer año estaría en el turno rotatorio y podría jugar veinticinco minutos por partido. En el último año sería prácticamente el señor del reino y tomaría decisiones junto al entrenador.

En Chapel Hill, el sistema, el concepto de equipo, eclipsaba totalmente el talento individual. Eso estaba por encima de todo. En el mundo profesional se creía que el sistema de Carolina suprimía el individualismo, pero James Worthy, un deportista brillante y un fruto clásico del sistema de Carolina, lo expresaba de otro modo. El sistema no estaba diseñado tanto para reducir la condición deportiva y el individualismo como para reducir los riesgos. Había que compartir

siempre el balón. El objetivo era propiciar buenos lanzamientos para todos. Eso significaba que un deportista soberbio, que en cualquier otra universidad habría hecho veinticinco lanzamientos en un partido, hiciera solo doce o quince en Carolina. En su último año en Carolina, camino de ser el mejor jugador universitario por unanimidad y primero en la lista de jugadores disponibles en la NBA, Worthy tenía una media de 14,5 puntos por partido. Michael Jordan, que cosecharía durante siete temporadas seguidas como profesional una media de 30 puntos o más por partido, tenía una media de 17,5 puntos por partido en su última temporada en Carolina.

A veces, a los cazatalentos profesionales les era muy difícil saber realmente lo buenos que eran los jugadores de Carolina porque el programa hacía que algunos jugadores parecieran mejores de lo que eran (se convertían en los beneficiarios del sistema, su fuerza se magnificaba y sus defectos quedaban ocultos o al menos parcialmente ocultos) y al mismo tiempo reprimía a menudo el talento de grandes estrellas individuales que habrían podido tener una media de diez o quince puntos por partido en otro sistema. A finales de los años ochenta, cuando los sueldos de los jugadores profesionales de baloncesto subieron aún más, jugadores con talento cada vez más jóvenes empezaron a saltarse los años de universidad, quedándose solo un par años antes de dejarla y firmar contratos lucrativos. En consecuencia, al elegir universidad procuraban elegir programas que pusieran de manifiesto su talento individual. Escuchaban los cantos de sirena de entrenadores que les prometían que serían el jugador principal desde el primer día y que la estrategia ofensiva se organizaría a su alrededor.

Eso significaba que el sistema de valores que Dean Smith había orquestado tan cuidadosamente durante más de dos decenios en Carolina estaba en peligro de convertirse en un anacronismo en el otoño de 1981, cuando Michael Jordan apareció en Chapel Hill. Allí estaba un joven de notable talento que gracias a su superlativa capacidad atlética podía haber cuestionado los valores existentes. Por mucho que Smith y su personal intentaran ocultar la habilidad de Jordan, el talento era el talento. Aunque Jordan trabajaba muy a gusto con el método Smith, en la ACC se veía constantemente lo brillante que era aquel joven, momentos fugaces en un partido normal en los que se veía un arranque de velocidad en el ataque y un excepcional avance hacia la canasta, o una sorprendente jugada defensiva. A mediados de su primer año, aunque entonces no se veían en televisión tantos partidos como años después, los aficionados de la ACC comentaban entre bastidores que había un joven brillante en Carolina, un chico del que se decía que iba a ser el siguiente Julius Erving.

En consecuencia, lo que hizo Dean Smith con Michael Jordan fue realmente brillante. Lo impulsó lentamente (aunque mucho más deprisa de lo que probablemente quería y podía haber hecho en otra época, pero era una nueva era), pero nunca cambió su programa o sus normas por él. Hizo que Jordan se abriera camino al estrellato a través del programa. Michael Jordan tendría que jugar con las reglas de Carolina; tendría que ganárselo todo a pulso. Tendría que sobresalir en todos y cada uno de los duros y peliagudos ejercicios de entrenamiento. De este modo, se convirtió en un jugador mucho más refinado y completo y, quizás lo más importante, en un jugador que, a pesar de su maravilloso talento natural, respetaba la autoridad y se comportaba de forma insólitamente dócil y cercana con sus entrenadores cuando se hizo profesional.

Ya antes de que empezara la temporada, se percibía su talento en bruto y su notable engreimiento. Poco después de matricularse en la universidad, ya decía a jugadores de cursos superiores en partidos improvisados que iba a machacarlos a mates, y eran jugadores como James Worthy, Sam Perkins, Jimmy Black y Matt Doherty, miembros de un equipo que había ido a las semifinales de la NCAA el año anterior. Al principio, sus fanfarronadas causaban cierta irritación, aunque poco a poco fue disminuyendo, primero porque las fanfarronadas caían en gracia, eran más divertidas y bulliciosas que arrogantes y mezquinas, más propias de un chico lleno de vida que de un presuntuoso desagradable. En segundo lugar, porque casi siempre podía respaldar sus palabras con su juego. Sus jactancias, pensaba Buzz Peterson, eran parte de su juego. Las usaba como herramienta para motivarse, porque si hablaba mucho, tenía que dar mucho. Y ya daba mucho en los primeros entrenamientos de la pretemporada.

Quería estar en el equipo inicial aquel primer año. Por la sed y el entusiasmo que sentía por el baloncesto, por ser cada vez más consciente de lo bueno que era, el futuro ya estaba allí. Pero tenía que superar a dos personas: Jimmy Braddock, un jugador veterano que empezaba el tercer año y en cuyo haber tenía su experiencia, y Buzz Peterson, su compañero de habitación y mejor amigo, que también esperaba estar allí. La competencia entre los dos compañeros de habitación fue especialmente fascinante. Peterson no era como muchos otros jugadores estudiantiles blancos, que eran maravillosos lanzadores, pero alcanzaban su máximo potencial a los dieciocho años. De hecho, era un deportista muy completo, y sus entrenadores del instituto de Asheville creían, en los años anteriores a que se dedicara exclusivamente al baloncesto, que incluso podía llegar a ser *quarterback* en la NFL. [4] Tenía velocidad, sabía moverse, era rápido y sacaba de banda con gran potencia.

El jugador de la NBA con el que finalmente lo compararían sus colegas era Rex Chapman, de Kentucky, un escolta rápido y de gran talento, casi incansable. Más aún, el puesto de escolta estaba vacante cuando él y Jordan llegaron, y esa fue una de las razones por las que Peterson se decidió al final por Chapel Hill y no por Kentucky. Vencer a Peterson suponía un gran reto para Michael. Peterson tenía una velocidad asombrosa: en las carreras de cuarenta metros lisos que disputaron el primer día Peterson llegó segundo, detrás de James Worthy, pero por delante de Jordan, que sufrió una gran desilusión.

Al principio, la competición parecía bastante igualada. Si Jordan tenía más capacidad atlética, Peterson tenía más experiencia como jugador en general. Había recibido mejor entrenamiento en el instituto y tenía un mejor sentido general del juego, era mejor lanzador y probablemente tenía mejores facultades defensivas. Pero Peterson sabía que, como Jordan era un deportista muy superior, solo era cuestión de tiempo que se pusiera por encima. Michael no solo saltaba mejor y era más rápido (a pesar de las carreras mencionadas), sino que tenía esos brazos tan largos y esas manos gigantes que lo convertían en un enemigo mortal cuando corría hacia la canasta. Además, gracias a su gran rapidez era también un defensor muy resistente. Otra cosa que Peterson advertía era el ansia de su compañero de habitación: estaba desesperado por sobresalir y parecía asimilar hasta el último átomo de entrenamiento.

Pero había algo que Buzz Peterson no sabía de Michael Jordan al principio, algo que pocos conocían y muchos aprenderían a fuerza de golpes, y era su furia competitiva, su deseo de ser el mejor, su capacidad casi única de motivarse y de servirse de humillaciones, reales, imaginarias o inventadas, para impulsarse hacia delante. Esa capacidad especial acabaría por ser bien conocida, y los jugadores y entrenadores de la NBA aprendieron a reprimir lo que decían sobre Michael Jordan, no fuera a ser que acabaran pagando caras las palabras más inocentes. Pero esto fue al principio de su trayectoria, cuando nadie más conocía la capacidad de Jordan para impulsarse él solo a un nivel más alto. En este caso en particular, utilizó el hecho de que Peterson había sido más aclamado como jugador de instituto, había ganado más trofeos, incluidos el de Míster Baloncesto de Carolina del Norte y el Hertz Award, y que había recibido antes más ofertas. Para empeorar las cosas, en el campo de deportes de Wilmington algunos se habían burlado de Jordan cuando le concedieron la beca en Carolina del Norte, augurando que nunca jugaría allí, que estaría sentado detrás de Peterson porque Peterson era una estrella mucho más brillante: «Michael, te sentarás detrás de Buzz Peterson, es el jugador del año y tú solo eres bueno para el instituto Laney.

¡Tío, no te levantarás del banquillo!». Muchos deportistas oían palabras como aquellas y les entraban por un oído y les salían por el otro, pero Jordan había aprendido pronto a sacarles provecho, como lo había sacado de la exclusión sufrida en el segundo año de instituto. Se convirtieron en un arma que podía usar para superar sus propios límites.

Al final, Jordan fue alineado en el primer año. No solo había ganado a Peterson, su compañero de habitación, cuando este se lesionó, sino que, cosa igual de importante, estaba ganando una reñida competición con Jimmy Braddock, un jugador veterano. Los entrenadores creían que Braddock era más completo en el aspecto ofensivo, por lo que fue la capacidad defensiva de Jordan lo que lo catapultó hacia delante.

Dean Smith no quería que los novatos estuvieran en el equipo inicial. A esos novatos se les permitían muchos minutos y oportunidades de ganar fama precipitadamente (así como oportunidades de cometer costosos errores en partidos importantes), lo que iba en contra del principal objetivo de su cuidadosamente construida jerarquía. Smith tenía por norma que los novatos no hablaran con los medios de comunicación antes de su primer partido de la conferencia. Desconfiaba mucho de que pudieran afectar al equipo. Los reporteros alimentaban la vanidad de los jugadores y tendían a enfatizar más los logros individuales que los del equipo. No le gustaba en concreto que la prensa se centrara en los novatos, que todavía no habían sido formados por la cultura del programa, con todas sus pequeñas disciplinas. Pero en Carolina había que ganárselo todo y la verdad era que cuando la temporada estaba a punto de empezar, Michael Jordan se había ganado un puesto en el equipo. Solo tres novatos habían estado en la primera alineación en la historia de Carolina: Phil Ford, con el que tenían que medirse todos los bases potenciales; James Worthy, que empezó a asistir al campus Smith cuando era novato en el instituto y del que Smith había dicho una vez, utilizando la expresión que los profesionales aplicaban a las estrellas universitarias, que tenía la esperanza de que pudiera salir del instituto por necesidades especiales en su décimo curso, porque tenía muchas ganas de tenerlo; y Mike O’Koren.

Pero si bien se había ganado el derecho a figurar en la alineación inicial, no se había ganado el derecho a ser un engreído. Más bien al contrario. Como era tan chulo y siempre decía a los compañeros de equipo que iba a dejarlos en ridículo, había sido elegido (tanto como muestra de afecto como para ponerlo en su lugar) para que cumpliera una de las misiones más pesadas que podía encargarse a un novato: transportar el proyector cinematográfico que siempre llevaban en sus

viajes a otros centros. El proyector, en aquellos días anteriores al vídeo, era pesado y grande, y era imposible que una persona, aunque fuera tan fuerte y ágil como Michael Jordan, pudiera atravesar un aeropuerto y poner buena cara mientras lo transportaba. También lo convirtió en el objetivo de considerables burlas inocentes.

Algunos creían, en todo caso, que Dean Smith era un poco más duro con Jordan en los entrenamientos diarios que con otros jugadores jóvenes, como si aceptara sus grandes posibilidades y sus ilimitadas ambiciones y quisiera que fuese consecuente con ellas, poniéndole el listón más alto que a los demás. Roy Williams también obligaba a Jordan a que trabajara más en los entrenamientos. «Estoy trabajando tanto como los demás», respondía Jordan.

«Pero, Michael, me dijiste que querías ser el mejor», le recordó Williams en cierta ocasión. «Y si quieres ser el mejor, tendrás que trabajar más que los demás». Según Williams, hubo una larga pausa mientras Jordan meditaba lo que le había dicho.

«Entrenador, lo entiendo», dijo por fin. «Ya lo verá. Usted observe».

Poseía ciertas cualidades que no podían adiestrarse, que eran sencillamente dotes fisiológicas. Por ejemplo, la velocidad, que era fundamental en Chapel Hill. Se suponía que todos tenían que correr y todos tenían que estar en buena forma. Jordan, obviamente, tenía una velocidad inusual, aunque hubiera llegado el tercero en las carreras del primer día. A partir de entonces, los jugadores corrían en grupos diferentes según el tamaño y la posición. El grupo C era para los pívots, que se suponía que eran más lentos; el grupo B, para los escoltas y los aleros, jugadores de tamaño medio que podían ser rápidos pero no mucho; y el grupo A era para los bases, los jugadores más rápidos del equipo, y ocasionalmente para los superbólidos ligeramente más altos como el gran Walter Davis. Técnicamente, Michael Jordan tendría que haber estado en el grupo B, pero desde el principio Dean Smith lo puso con el grupo A para presionarlo más.

Los otros jugadores aprendieron a aceptarlo. Michael hablaba mucho, pero también jugaba mucho. Era, en palabras de Worthy, como un mosquito inofensivo que siempre estaba zumbando alrededor, fanfarroneando sobre lo que iba a hacer. Lo espantabas, según Worthy, y al rato volvía zumbando y fanfarroneando más aún. Infernalmente tenaz, opinaba Worthy. En los entrenamientos diarios, había siempre un momento en que se podía ver un destello de su sorprendente talento.

Un día que jugaba frente al equipo oficial de la universidad en uno de sus primeros entrenamientos, sorprendió a todos con uno de sus movimientos, y no

solo porque lo hiciera ante dos tipos más grandes, ambos futuros seleccionados para disputar el All-American, Worthy y Sam Perkins. Fue un movimiento que James Worthy recordaría durante mucho tiempo, una señal de lo que iba a pasar en los dos decenios siguientes. Jordan se acercaba a la zona de tiros libres y Perkins fue a detenerlo. Jordan se pasó el balón a la mano izquierda para esquivar a Perkins, lo cual dio a Worthy, que estaba detrás de Perkins, una ocasión excelente para intentarlo. Pero mientras Worthy se dirigía hacia Jordan y Jordan seguía junto a Perkins, Michael hizo una torsión para entorpecer la maniobra de Worthy y lanzó desde un ángulo imposible, utilizando el cuerpo como escudo para proteger el balón, terminando la jugada básicamente de espaldas a la canasta. El esférico, por supuesto, entró.

El entrenamiento no se detuvo, porque los ejercicios no paraban nunca en Chapel Hill, pero hubo un momento de estupor y más tarde todo el mundo hablaba de la jugada. Worthy nunca había visto nada parecido. Ni él ni nadie: el control del cuerpo, la capacidad para medir las distancias. Pero lo que más recordaba era que había sido instinto puro, que Jordan había sido capaz de tomar una decisión y hacer que su cuerpo obedeciera a su mente en los microsegundos posteriores al instante en que había despegado del suelo. Fue una combinación inaudita de talento atlético, instinto baloncestístico puro e inteligencia deportiva instantánea. Años después, Worthy lo recordaba como el primer indicio real de lo que estaba por venir. Michael tenía dieciocho años entonces.

Carolina era el lugar ideal para él. Estaba jugando con compañeros de equipo experimentados, hábiles y exigentes en un programa disciplinado donde todo había sido cuidadosamente pensado mucho tiempo antes. No tenía que ser responsable de un equipo y podía aprender sin estar en el centro del programa. Pocos jóvenes superdotados que aún no habían terminado de crecer (porque aquel año aún estaba creciendo) trabajaban en un programa con entrenadores tan buenos como Dean Smith, Bill Guthridge, Eddie Fogler y Roy Williams. Eso significaba que podía llegar a la mayoría de edad a su propio ritmo.

Jordan se había ganado el derecho a figurar en el equipo inicial, pero no sin ciertas restricciones. Aquel año, *Sports Illustrated* , sabiendo que el equipo de Carolina estaba a tope (por unanimidad, el indudable número uno del país en la pretemporada), pidió a Dean Smith que le permitiera sacar al equipo inicial en la primera plana de su número dedicado a la pretemporada del baloncesto universitario. Smith aceptó, un poco a regañadientes y con una condición: que pusieran a cuatro de los titulares, pero no al quinto, el joven novato de Wilmington. La redacción de *SI* le rogó y suplicó, porque ya habían oído hablar

mucho de Jordan, pero Smith fue categórico. Los otros jugadores estaban preparados, él también lo estaba, pero su novato no.

«Michael», explicó más tarde al novato, «no has hecho nada para merecer la portada de una revista. Todavía no. Pero los otros sí. Por eso creo que no debes aparecer en la foto». Así pues, *SI* sacó en portada a Sam Perkins, James Worthy, Matt Doherty y Jimmy Black, como si estuvieran preparados para jugar en una nueva clase de baloncesto de la NCAA en equipos de cuatro contra cuatro. Más tarde, cuando el equipo ganó el campeonato, un dibujante se basó en aquella portada para hacer un cartel, solo que añadió la figura de Michael Jordan. Dean Smith había manejado la situación de forma brillante, según Roy Williams. En lugar de simplemente negar a un jugador de gran talento un honor fugaz, había lanzado un desafío a un joven al que lo que más le gustaba en el mundo eran los desafíos. (Aquel año Billy Packer y Al McGuire fueron a la televisión nacional a elegir sus candidatos para el inminente campeonato nacional. McGuire eligió Wichita. Packer eligió Carolina. «He oído decir que Carolina tiene un novato en el equipo oficial», dijo McGuire, el antiguo entrenador de Marquette, «y sé que no se puede ganar un campeonato nacional con un novato»).

Parecía haber algo clandestino en las primeras apariciones de Jordan, no muy diferentes de las primeras apariciones del joven Julius Erving cuando estaba empezando en la antigua ABA. Como se emitían por televisión pocos partidos de la ABA, la temprana leyenda del Dr. J se forjó sobre todo con la transmisión boca a boca de una jugada espectacular descrita de modo sensacional por una persona que no la había visto, pero que la había oído de un amigo en el que confiaba cuando se la estaba contando a otro fanático del baloncesto. Cuando Michael llegó a Carolina, la cadena ESPN estaba aún en su segundo año y se emitían pocos partidos por televisión. Eso, sumado a la discreta naturaleza de la estrategia ofensiva de Carolina, significaba que la élite del baloncesto tenía pocas ocasiones de ver a Michael Jordan haciendo una gran jugada. En su mayor parte, eran anécdotas que contaban los hinchas, los cazatalentos, los ayudantes de entrenador, los periodistas incondicionales del baloncesto y gente que siempre deseaba localizar superestrellas en ciernes. Aquella temporada, Michael Wilbon ya había oído mucho sobre aquel chico superdotado de Chapel Hill. La mayor parte procedía del boca a boca, de personas que aseguraban haber visto una jugada. Por lo general resultaba que se la habían oído contar a algún conocido del que se fiaban. Algunas de estas jugadas tenían lugar en los partidos, pero muchas otras sucedían en los entrenamientos. A veces la jugada tenía lugar en un partido amistoso improvisado en alguna parte de la región: aquel joven

fenómeno llamado Michael Jordan que jugaba en Carolina aparecía de repente como salido de la nada, decían, bajaba del coche en un campo de deportes de Raleigh, se ataba las zapatillas y se dedicaba a sorprender a todo el mundo durante una hora antes de volver corriendo al coche y desaparecer tan misteriosamente como había aparecido. Las noticias tenían para ellos una cualidad entre legendaria y fantasmal. Uno decía: solo mide uno ochenta y cinco, pero salta más arriba que hombres que miden doce centímetros más, decía uno. No, no, decía otro, mide más de dos metros y maneja el balón como Magic Johnson, mucho mejor que hombres más bajos. Algunas anécdotas tenían la seductora cualidad de ser al mismo tiempo ciertas y exageradas. En un mate se había quedado suspendido en el aire más tiempo que Julius Erving en toda su trayectoria, o había llegado a la canasta, había saltado y en el último momento se había pasado el balón a la mano izquierda. Se decía que algunos cazatalentos profesionales que aseguraban haber accedido a los ensayos y entrenamientos de Dean Smith habían dicho que Jordan a veces hacía jugadas que ni siquiera Perkins y Worthy podían igualar. Entonces era todavía un novato, casi nadie en el mundo del baloncesto lo había visto jugar, y sin embargo Wilbon recordaba que hubo un feroz debate sobre si Dean Smith lo estaba reteniendo.

La verdad era que los entrenadores por lo general estaban satisfechos de sus progresos. No solo trabajaba con tesón, sino que aprendía deprisa y tenía una excepcional capacidad de concentración. En el instituto le habían enseñado a defender de un modo concreto la puerta atrás con puer, pero en Carolina se hacía de otro modo. A Dean Smith le bastó una sola sesión de entrenamiento para enseñarle el estilo de Carolina. Fue, reflexionaría más tarde el entrenador, una temprana señal de la fuerza de voluntad de Jordan, de su deseo de mejorar, de llegar a un nivel más alto. Su año de novato no siempre fue un camino de rosas. No era tan buen lanzador y los rivales veteranos que querían detener a Worthy y a Perkins a menudo jugaban a defender la zona y le permitían hacer lanzamientos. En uno de los primeros partidos de la temporada, frente a Kentucky, no cesó de lanzar y fallar. El gran Phil Ford, antiguo Tar Heel, y su compañero de equipo Otis Birdsong estaban viendo aquel partido en televisión. «¿Qué ve el Entrenador Smith en ese tal Jordan?», preguntó Birdsong a Ford.

El camino hacia las semifinales fue difícil en la temporada 1981-1982. Había personas que creían que Virginia, con el altísimo Ralph Sampson, sería el mejor equipo del país. Las dos universidades se repartieron los partidos de la temporada regular. Luego, en la liga de la ACC, en la época en que no se cronometraba el tiempo de posesión de balón en el baloncesto universitario,

Carolina ganó un aburrido partido en el que Sampson se limitaba a dar vueltas alrededor de la canasta y Carolina, cuando faltaban seis minutos, utilizó la táctica de perder tiempo en ataque y no quiso hacer más lanzamientos. El marcador era de 44-43 a favor de Carolina cuando empezó a perder tiempo y, cinco minutos y medio más tarde, cuando Virginia decidió romper aquel ritmo, seguían estando 44-43. En el partido de semifinales de la NCAA, Carolina derrotó por 68-63 a Houston, un equipo que tenía en su alineación a dos futuras estrellas de la NBA, Akeem (más tarde Hakeem) Olajuwon y Clyde Drexler.

Aquella victoria proporcionó el desenlace perfecto para la final, Carolina contra Georgetown, una de esos encuentros de ensueño en el que dos de los mejores equipos del país, muy diferentes en estilo y temperamento, se enfrentarían por el campeonato. Algunos hinchas blancos, incómodos porque creían que John Thompson y sus equipos irradiaban un nacionalismo deportivo negro de nuevo cuño, querían ver el partido como un enfrentamiento entre buenos y malos, entre blancos y negros, y no había duda de quién iba a vestir de blanco. En realidad, Smith y Thompson eran buenos amigos, ambos dirigían programas muy rigurosos y ambos insistían en que sus chicos asistieran a clase y se licenciaran, aunque Thompson solía tratar con chicos de zonas deprimidas que ya habían hecho un largo viaje solo para entrar en la universidad, y a quienes les esperaba un viaje aún más largo que a muchos de los que se matriculaban en Chapel Hill.

En aquellos tiempos, dado que Patrick Ewing había tenido una buena pero algo limitada trayectoria profesional (en parte por sus propias limitaciones, sus imperfectas manos y una significativa incapacidad para eludir los marcajes dobles, en parte porque había jugado para demasiados entrenadores y durante demasiado tiempo con demasiados compañeros mediocres), cuesta recordarlo como la fuerza dominante que era como joven jugador de Georgetown. De novato era grande, musculoso y veloz. Recorría la cancha mucho más deprisa que muchos pívots jóvenes, y parecía ser el prototipo de una nueva clase de pívot, ya que combinaba un tamaño inusual con un talento deportivo equivalente. Parecía no tocar el suelo, intimidando a sus rivales en todos los aspectos. Resultaba más que imponente para jugadores más jóvenes y menos musculosos que todavía no habían terminado de crecer. No obstante, Carolina era difícil de intimidar. Si el equipo de Georgetown era físicamente más poderoso, diría James Worthy años después, el de Carolina confiaba en que tenía un equipo mejor, más consolidado, y estaba muy bien preparado para el partido. Porque si Georgetown parecía proyectar una sorprendente potencia física, sobre

todo con su pívot, Patrick Ewing, Carolina del Norte no se quedaba atrás. Tenía la misma capacidad física, aunque de una clase diferente; una combinación de potencia, velocidad y elegancia ejemplificada en el juego de James Worthy.

Fue uno de esos partidos que, de forma inusual, resultaron tan buenos como se esperaba. La defensa de Georgetown fue sencillamente sobrecogedora: cinco jugadores físicamente bien dotados que aguantaron el balón durante cuarenta minutos. Solo un equipo tan bien entrenado y preparado como Carolina del Norte, un equipo excelente en el que todos parecían saber exactamente cuál era su papel, podía haber resistido el ataque de la incansable tenaza de Georgetown. Casi todos los equipos se habrían desmoronado mucho antes. Ewing había intimidado al principio, quizá demasiado, por aquello de que «quien mucho abarca, poco aprieta». Parecía querer entorpecer todo lo que empezaban los jugadores de Carolina, y de hecho le pitaron falta por hacer tapones ilegales en cinco de los nueve primeros lanzamientos. «Si sé algo de Ewing», dijo Brent Musburger, que retransmitía el partido para la CBS, después del tercer tapón ilegal de la primera mitad, «es que no es tímido». En un momento dado, Georgetown ganaba 12-8 y las cuatro canastas de los Tar Heel fueron tiros libres por las faltas cometidas por Ewing. (Unos meses después, cuando Ewing y Jordan fueron elegidos para el equipo de mejores jugadores universitarios de *Playboy* y estaban juntos en Chicago, Jordan preguntó a Ewing por qué había cometido tantos tapones tan pronto. Ewing respondió: «El entrenador me dijo que no dejara colar nada»).

Aquel partido fue una muestra del mejor baloncesto universitario. Worthy estaba en racha (terminó encestando trece de los diecisiete lanzamientos que hizo, con un total de veintiocho puntos). Era fuerte, sorprendentemente rápido, tanto con el balón como sin él, y podía lanzar con rapidez sin detenerse. Todo aquel que tenía cierto sentido del juego podía mirarlo y saber que su trayectoria profesional iba a ser aún mejor que la universitaria. Jordan era harina de otro costal. Era joven y aún no tenía gran habilidad con el balón. Solo un cazatalentos veterano con imaginación adivinaría lo que podía llegar a ser. Pero había dos indicios claros.

El primero era su capacidad para coger rebotes. Era el reboteador principal del partido, con nueve, pero se trataba de algo más que de un número, era la naturaleza de dichos rebotes (muchos parecían estar fuera de su alcance) y el hecho de que alguien de su tamaño tuviera la velocidad y la capacidad de saltar y atrapar tantos balones. Lo segundo que algunos cazatalentos captaron fue el ataque que hizo contra Ewing, el jugador más imponente del baloncesto

universitario. Cuando quedaban tres minutos y Carolina ganaba 59-58 y estaba implementando su táctica de perder tiempo reteniendo el balón, dejando que pasaran los segundos. De repente, Jordan vio un pequeñísimo hueco y corrió con el balón hacia la canasta, doblándose todo lo que podía para esquivar a la defensa. Mientras Michael se acercaba a la canasta, Ewing, con una rapidez excepcional, saltó para bloquearlo. Jordan, que ya estaba en el aire y al parecer a merced de la imponente fuerza de Ewing, se pasó el balón a la mano izquierda y lanzó por encima de la mano estirada de Ewing. El balón salió disparado tan suavemente y tan arriba que por un momento pareció que pasaría por encima del tablero. «El balón subió cuatro metros», dijo Billy Packer, uno de los locutores. Roy Williams, en el banquillo, estaba seguro de que Jordan la había lanzado demasiado alto y pasaría por encima del tablero. Pero el balón dio en la parte superior del cristal, rebotó suavemente y entró en la red. Fue la jugada de un campeón.

Aquella canasta puso el partido 61-58, pero Georgetown contraatacó. Dos canastas después, los Hoyas ganaban por 62-61 y Carolina tenía la pelota. Cuando quedaban treinta y dos segundos, Carolina pidió tiempo muerto. Smith conocía bien a John Thompson y sabía que era un gran admirador de James Worthy. Thompson no querría que Worthy le ganara. La otra opción era Perkins, pero también estarían esperándolo. Durante los últimos segundos de los grandes partidos, entrenadores como Thompson hacían que sus oponentes los derrotaran con sus jugadores menos importantes, no con sus jugadores de primera. Eso significaba que el jugador menos marcado sería probablemente el hábil novato Michael Jordan, y Smith ordenó que le pasaran la pelota a él. «Métela, Michael», dijo Smith. Cuando sus compañeros de equipo le pasaron el balón, no lo marcaba nadie, como había sospechado Smith. Quedaban diecisiete segundos en el reloj y Jordan estaba a casi seis metros de la canasta. Fue un lanzamiento que habría hecho las delicias de cualquier entrenador que dibujara un diagrama para un jugador de talento durante los últimos segundos de un gran partido. La metió, tal como se le había pedido; cuando el encargado de marcarlo llegó junto a él aún estaba en el aire lanzando la pelota. Georgetown perdió el balón después de sacar y Dean Smith consiguió su primer título nacional. También fue el primer gran hito en la leyenda de Michael Jordan. Un buen número de profesionales del baloncesto, muchos de los cuales prestaban poca atención al juego universitario, vieron aquel partido y se fijaron en el novato que lanzaba a pesar de la gran presión a la que estaba sometido (y el experimentado y conservador entrenador que había tenido suficiente fe en el novato para darle el lanzamiento). Lenny

Wilkens, que en el futuro se enfrentaría como entrenador a Michael Jordan en muchos partidos de altura, recordaba haber visto el partido en televisión y más tarde supo que alguien llamado Michael Jordan había aparecido por primera vez en la pantalla de su radar. «Vaya, vaya», pensó Wilkens, «ese chico va a ser alguien muy especial». El chico de Carolina, pensó Wilkens, había dado un paso al frente como pocos novatos lo habrían podido hacer.

Después del partido, en medio de la celebración, Billy Packer volvió a coincidir con Deloris Jordan. No la veía desde el año anterior, en el partido del McDonald's All-American, cuando le había dicho que no se preocupara porque hubieran elegido como mejor jugador a Adrian Branch. «Vea, señora Jordan», dijo, «la selección del mejor jugador en el McDonald's ya no parece tan mala, ¿verdad?».

7

Chapel Hill, 1982-1984

Según sus amigos y entrenadores, Michael cambió después de aquello. Siempre había sido algo fanfarrón, pero antes de su segunda temporada mostraba una nueva confianza, una suerte de arrogancia silenciosa. Era como si hubiera empezado a darse cuenta de que todas las cosas que había estado diciendo sobre su talento y potencial eran verdad. Su sueño y su vida se estaban convirtiendo en la misma cosa. Según Buzz Peterson, que estuvo con él todos los días durante aquel periodo, era como si por primera vez Michael Jordan hubiese entendido que, además de bueno, también era grande.

Que había pasado a otro nivel fue obvio para todos en septiembre, en ese periodo de cuatro semanas en que todos (los jugadores del año anterior, los novatos que llegarían y los exalumnos que ahora estaban en la NBA) jugaban entre sí todos los días el Carmichael, esperando que los entrenamientos empezaran oficialmente. James Worthy estaba allí, preparándose para su primera pretemporada con los Lakers, y también estaban Sam Perkins, Mike O'Koren, Al Wood y Walter Davis. Durante los primeros días, Jordan parecía ser uno más entre una serie de buenos jugadores en la cancha y, de repente, al cabo de una semana, despegó. A pesar de jugar frente a experimentados profesionales de la NBA, pareció dar un salto notable en cuanto a confianza en sí mismo y se convirtió en el jugador dominante de la cancha, anotando cuando le apetecía.

Su confianza igualaba ahora su talento físico. Nadie podía detenerlo. Para Matt Doherty, uno de sus compañeros de equipo, aquellos partidos amistosos de pretemporada fueron el primer indicio real de lo bueno que iba a ser Jordan. Allí estaba, a punto de empezar su segundo año de carrera, jugando contra jugadores de la NBA y demostrando que era tan bueno como ellos. Significaba que su talento no tenía techo, o al menos no un techo visible en aquel momento. Otro compañero de equipo, Steve Hale, vio lo mismo. Hale se dio cuenta de otra cosa

sobre Jordan. Incluso en partidos informales, se había vuelto insólitamente decidido. En partidos como aquellos, en los que no había entrenadores cerca, los jugadores tendían a recurrir a lo que hacían mejor, a reforzar sus puntos fuertes y a evitar aspectos del juego en los que eran débiles. Pero Jordan, según Hale, trabajaba constantemente la parte más débil de su juego, tratando de mejorarla. Era, para este, una muestra más de su deseo de ser el mejor.

Volvió a la universidad más grande, fuerte y veloz. Para agradable sorpresa de los entrenadores, seguía creciendo. El 15 de octubre de 1982, el primer día de entrenamiento de su segundo año, el momento de la temporada en que los entrenadores recababan lo que a Dean Smith le gustaba llamar datos objetivos, advirtieron los cambios. Roy Williams lo había medido de novato y tenía una estatura de metro noventa y tres, y ahora, un año después, medía uno noventa y ocho. Es más, su cuerpo se estaba redondeando y era más fuerte y veloz. El año anterior, había hecho la carrera de los 40 metros lisos en 4,55, una buena marca. Los entrenadores que cronometraban el presente año compararon sus relojes: Williams decía 4,39; a un entrenador le salía un poco más, a otros un poco menos. Decidieron dejar la marca en 4,39, conscientes de que podía ser aún más rápido. Era la clase de velocidad que solo los mejores deportistas del mundo (corredores olímpicos y *cornerbacks* de la NFL) podían igualar. Allí había un joven que podía hacer de todo en una cancha de baloncesto, con un genuino instinto previsor sobre el desarrollo del juego y que además tenía una rapidez extraordinaria. Los dos axiomas de todos los entrenadores de baloncesto eran que no se puede enseñar la velocidad ni la estatura; eran dones del cielo. Y allí tenían a un jugador que tenía tanto velocidad como estatura, además de talento y pasión, y que era fácil de entrenar, que parecía, como dijo una vez James Worthy, una esponja que absorbía todo lo que tenía alrededor.

Dean Smith acogió con satisfacción el aumento de estatura y el aumento aún mayor en seguridad. Jordan se estaba convirtiendo en un jugador dominante en los entrenamientos. También se dio cuenta de que casi siempre ganaba en los múltiples ejercicios uno contra uno, y cuando llegaban los partidos de cinco contra cinco, el equipo de Jordan siempre se las arreglaba para ganar.

Dean Smith y los otros entrenadores también lo trataban con gran habilidad. Acabado el primer año, Smith lo llevó aparte y le enseñó una grabación que mostraba que Jordan era un poco flojo en defensa. Luego Smith le preguntó: «Michael, ¿te das cuenta de lo bueno que podrías ser defendiendo?». Añadió que, si trabajaba la defensa, podría ser un jugador completo, tanto en la liga universitaria como en la profesional, y Smith le recordó uno de los axiomas más

elementales del entrenamiento: al final, era la defensa la que ganaba los partidos. Hay ciertas noches en que tu capacidad ofensiva te abandona, pero como la defensa era producto del trabajo intensivo, siempre estaría allí. Los compañeros de equipo de Jordan se dieron cuenta de que esa idea empezaba a echar raíces en su segundo año, ya que cada vez era más obvio que ciertas noches estaba más interesado por la defensa que por el ataque, y se concentraba en el marcaje. Otra cosa que Smith hacía en los entrenamientos, según algunos, era poner las cosas difíciles a Jordan, de modo que tuviera que enfrentarse al desafío de espolear a sus compañeros más débiles contra sus colegas de más talento.

La mejora que se produjo en un solo año, en que el novato flaco e inseguro se convirtió en un jugador más potente y confiado, fue evidente. Billy Cunningham, uno de los primeros grandes jugadores de Dean Smith, y en 1982 entrenador de los Philadelphia 76ers, se dejó caer por su *alma mater* y vio un entrenamiento. Luego se acercó a Smith y dijo a propósito de Jordan: «Entrenador, va a ser el mejor jugador que ha jugado nunca en Carolina».

Smith, deseoso de proteger a Jordan de esa clase de especulaciones y de las consiguientes expectativas que tan dañinas podían resultar para un jugador tan joven, y temeroso igualmente de que se dañara la base igualitaria de su método (todo el mundo es igual y nadie es más igual que otros, ni siquiera el mejor jugador del país), casi gritó a Cunningham: «¡No! ¡Aquí tenemos muchos grandes jugadores! ¡Michael solo es uno más!». Pero Cunningham creía que lo que había dicho era cierto, que Jordan era mejor que los demás. Allí estaba, con apenas veinte años de edad y haciendo cosas que no podían enseñarse, y que solo un puñado de jugadores profesionales podía hacer.

Lo interesante del empeño que ponía Jordan en su costumbre de entrenar, según Steve Hale, era que resultaba insólito en un jugador con tanto talento innato. Hale era consciente de sus propias limitaciones físicas y atléticas, y entendió desde el principio que solo sería capaz de jugar en Carolina si se impulsaba a sí mismo al nivel más alto y se convertía en algo parecido a un kamikaze, buscando constantemente balones perdidos y dejándose la piel en cada partido. Pero Jordan, que había alcanzado obviamente el máximo nivel en cuanto a capacidad física, estaba allí todos los días, entrenando como si él también tuviera sus limitaciones. Era una combinación potente.

El creciente nivel de talento y fama no menguó la jactancia de Jordan. Decía más tonterías que nunca, pero de una forma casi infantil. Uno de los ejercicios que prefería Dean Smith era el arranque, un ejercicio de uno contra uno en que el jugador que atacaba recibía el balón a unos cinco metros de la canasta y el

defensa tenía que detenerlo. A casi todos los jugadores de Carolina les encantaba esa parte del entrenamiento, viendo la aparición de uno de los mejores jugadores en el uno-contra-uno de la historia del deporte, el joven que se perfilaba como descendiente directo del gran Julius Erving. Allí estaba, en el gimnasio, perfeccionando su arte. Los que tenían que jugar contra Jordan no estaban tan encantados con aquel ejercicio. ¿Cómo lo detenías?, se preguntaba su amigo Buzz Peterson. Tenía aquellos brazos tan largos y aquellas manos tan grandes (podía sujetar la pelota con una mano mejor que muchos jugadores con dos), y una primera zancada inigualable, explosiva. A ninguno de los defensas que le asignaron (Steve Hale, Buzz Peterson o Jimmy Braddock) le gustaba enfrentarse a él en este ejercicio, sobre todo porque después iba a la pizarra del vestuario y escribía sus nombres y, en números romanos, cuántas veces había hecho mate ante cada uno durante el ejercicio: I, II, III o IV.

Otra cosa de la que se dieron cuenta sus compañeros de equipo era que lo impulsaba un deseo (o necesidad) de ganar sin igual. Seguía vivo el fantasma de la derrota de los tiempos en que jugaba con su hermano Larry en el patio de su casa. Todos los buenos deportistas tienen esa furia y ninguno entraba en la lista de Carolina a menos que hubiera sido con diferencia el chico más trabajador de su barrio, su instituto y finalmente en la conferencia de su instituto, pero Jordan era sin duda el más motivado de todos. Sencillamente no soportaba perder, ni grandes partidos, ni pequeños, ni en los entrenamientos, ni en el Monopoly con sus amigos (si veía que iba a perder al final, era capaz de dar un manotazo al tablero y enviar a la porra los hoteles y las casas de sus rivales). En los juegos de cartas y en el billar se notaba tanto su obsesión por ganar que a menudo cambiaba las reglas para asegurarse la victoria. Si fallaba una tacada en el billar, no valía, porque alguien había hablado cuando estaba a punto de darle a la bola. Cierta vez que Carolina jugaba contra Virginia en Charlottesville, sus compañeros de equipo y él entraron en una sala de juegos y Jordan los retó a jugar una partida de billar. Matt Doherty aceptó, jugaron, y ante la sorpresa de Jordan, ganó Doherty. Jordan soltó el taco, observó cuidadosamente la mesa y sentenció: «Esta mesa no tiene el tamaño reglamentario», y se fue.

Sencillamente detestaba perder en cualquier juego, y esa sería una característica suya durante el resto de su vida. Todas las competiciones tenían para él algo de lucha a vida o muerte. Si perdía en un juego de cartas, quería seguir jugando hasta que ganara. En su segundo año, los Tar Heels fueron a Atlanta a jugar un partido contra Georgia Tech. Roy Williams era el encargado de inspeccionar las camas. Sabía que los jugadores estaban en la sala de juegos

del hotel. Allí estaba Jordan, jugando al billar contra todos y pasando un rato fantástico, tratando con prepotencia a todos los derrotados. Williams estaba encantado con el ambiente, viendo que sus jugadores congeniaban tan bien, y se unió a las risas, y entonces Michael lo desafió: «Ríase, ríase, entrenador… pero también a usted puedo enseñarle lo que vale un peine. Ande, coja un taco».

Jugaron tres partidas y Williams, un jugador de billar muy bueno, ganó las tres. Al final, cuando todo acabó, Jordan no le dirigía la palabra. No le dio las gracias ni las buenas noches cuando el grupo se separó, ni tampoco le habló cuando se repartieron las camas ni a la mañana siguiente en el desayuno. Una hora después, cuando Jordan subió al autobús del equipo para ir a los entrenamientos, Williams estaba a un lado del pasillo y Eddie Fogler, el otro ayudante de entrenador, al otro. Williams no había hablado con nadie de la partida de billar de la noche anterior. Michael subió al autobús y pasó entre los dos entrenadores sin hacer gala de su habitual efusividad. Fogler, advirtiendo su frialdad e incluso su ligera irritación, dijo: «Eh, Michael, ¿qué pasa? ¿Es que el entrenador Williams te ganó al billar anoche?».

Jordan, totalmente furioso, se volvió a Williams y exclamó: «¡Se lo ha contado usted a todo el mundo!».

«Michael», dijo Fogler, «Roy no ha contado nada a nadie. He deducido lo que pasó al verte. La derrota está en tu cara».

Luego vino el golf. Aquel fue el año en que aprendió a jugar al golf y su competitividad se plasmó en este deporte. Un día de primavera jugó una partida con tres amigos suyos: él y David Hart, jefe de equipo y su compañero de cuarto aquella temporada, jugaron contra Peterson y Doherty. Fue un partido reñido, con muchos faroles y fantasmadas. Cuando llegaran al hoyo final, los ganadores se lo quedarían todo, y los perdedores tendrían que pagar las Coca-Colas y aguantar las burlas de los otros. Los cuatro se dirigieron al hoyo, que estaba en una elevación. Tres lanzaron la pelota al *green* , pero el tiro de Michael fue más allá del hoyo. Ahora todo dependía de que volviera al *green* , pero era un principiante y necesitaba un milagro para darle a la pelota con defecto y elevarla para que rodara por la hierba. Pero mira por dónde, le dio a la bola y la dejó a punto de caramelo. Cuando volvieron a su habitación, Hart lo felicitó por el tiro y le preguntó cómo diablos había conseguido aquel golpe. Michael miró alrededor para asegurarse de que no había nadie más por allí. «No le di con el palo», dijo, «la eché con la mano».

Para jugar el segundo año, Smith había cambiado a Jordan al puesto de alero, con Buzz Peterson de escolta. James Worthy se había hecho profesional tras su

penúltimo año, pero seguía siendo un buen equipo, aunque era mucho más joven y no se había puesto a prueba. Con todo, del brillante florecimiento de Jordan no cabía ninguna duda.

En aquel segundo año hubo numerosos ejemplos de su excepcional capacidad defensiva, su instinto para el juego y la velocidad con la que podía superar a jugadores rivales muy dotados. Uno de esos ejemplos se dio en un partido contra Virginia. Debido a la presencia de Ralph Sampson, los Cavaliers eran un equipo potente por aquel entonces, y en esta ocasión estaban clasificados en la primera posición del país. Carolina ganó su primer partido en Charlottesville y el 10 de febrero jugaron en Carmichael. Fue un partido memorable por varias razones. Poco antes de la media parte, Buzz Peterson se lesionó la rodilla. Por desgracia, fue una lesión de la que nunca llegó a recuperarse por completo. Con Peterson fuera, la amenaza exterior de Carolina quedó muy mermada y Virginia, con la ventaja de su dominante pívot, se hizo con el control del partido, llegando a ganar por dieciséis puntos en un momento dado.

Pero entonces, lentamente, Carolina empezó a reducir la distancia. Con 4 minutos y 12 segundos en el reloj, Virginia aún ganaba por diez puntos, 63-53. La defensa de Carolina cerró filas y los Cavaliers ya no anotaron durante el resto del partido. Los Tar Heels siguieron reduciendo las distancias. Virginia ganaba 63-60 con un minuto veinte cuando Sampson falló un tiro libre. Luego Jimmy Braddock, de Carolina, falló un lanzamiento de tres puntos, pero Jordan cogió el rebote y anotó, poniendo el marcador 63-62 cuando faltaba un minuto y siete segundos para el final. Rick Carlisle, un dotado base de los Cavaliers, recogió el saque de Virginia. Vio llegar a dos jugadores defensivos de Carolina. Uno era Michael Jordan, pero Carlisle confiaba en poder dividir al dúo porque ya lo había hecho antes. Mientras la barrera se estrechaba, empezó a botar la pelota, como había hecho a menudo en entrenamientos y en partidos, seguro de que encontraría una brecha, seguro de que iba a tener la cancha despejada ante él. Entonces ocurrió algo terrible. La pelota no volvió a él cuando rebotó, y al girarse en redondo, vio una de las peores cosas que había visto en su vida: Michael Jordan, con el balón que había perdido, corría hacia la canasta y hacía un mate con una sola mano, subiendo tan alto y torciendo el brazo con tanta violencia que durante un breve instante Carlisle pensó que iba a fallar. Fue una sensación que tuvo también Dean Smith, que después del partido preguntó: «Michael, ¿por qué no te limitaste a encestar? Podías haber fallado el mate». Jordan lo miró con una ligera sonrisa y respondió: «Entrenador, mi idea no era fallar».

Virginia tenía la posesión cuando faltaban cincuenta y un segundos. Los Cavaliers avanzaron por la cancha. Carlisle lanzó en el último segundo y falló. Ralph Sampson, con sus dos metros veintitrés, fue a recoger el rebote con las dos manos y, sin que se supiera cómo, Michael Jordan alargó una mano y le arrebató el balón. Carolina se hizo con la victoria. Fue una jugada para quitarse el sombrero, robarle el balón al gran Ralph. Fue la decimoctava victoria seguida de los Tar Heels, que, sin embargo, sin Peterson sería un equipo diferente el resto de la temporada.

La lesión de Peterson y las de otros jugadores importantes (el pívot Brad Daugherty había jugado hasta prácticamente el final de la temporada con una fractura en el pie) limitaban al equipo, y los Tar Heels fueron derrotados en la final regional del Este por un equipo de Georgia poco conocido que ganó por 82-77. La última derrota fue muy amarga para un equipo que creía que era mejor de lo que había jugado. Los equipos de Carolina, después de todo, esperaban derrotar a los otros equipos en grandes partidos. No pensaban dejarse ganar por jugadores peores con programas peores. Fue un inesperado y amargo final para una temporada frustrante.

Aquel partido se jugó en Syracuse un domingo. Después, casi todos los entrenadores se fueron de viaje para hacer fichajes. Roy Williams había recibido instrucciones de Dean Smith en el sentido de que aquella noche volviera a Chapel Hill con los jugadores. El mensaje de Smith fue muy sencillo: no tenían que relajarse en los estudios, porque solo quedaban cinco semanas del curso académico, y quería que todos lo hicieran bien. El domingo por la noche, mientras volvían en avión a Chapel Hill, Williams transmitió el mensaje a los jugadores. El lunes por la tarde Jordan fue a ver a Williams.

«Entrenador», dijo Michael, casi en tono de disculpa, «creo que necesito descansar. Creo que estoy cansado. Durante dos años he estado jugando al baloncesto sin parar, incluso en verano, y la verdad es que no he tenido tiempo libre en mucho tiempo. Creo que necesito un respiro».

Williams dijo que le parecía bien y animó a Jordan a tomarse un tiempo libre, no fuera a ser que se cansara del baloncesto. Aquel día, más tarde, Williams salió a correr, aún molesto por la derrota de Georgia y con la necesidad de desahogar la frustración, y cuando volvió encontró a Michael con el chándal de los entrenamientos y un balón al lado.

«Creía que te ibas a tomar un descanso», dijo Williams.

«No puedo permitírmelo, entrenador», respondió Jordan. «No ganamos y tengo que trabajar mi juego. Tengo que mejorar». Williams pensó que era la

prueba más firme de que nada iba a impedirle ser un campeón. Allí estaba, un jugador que acababa de completar una brillante temporada, en la que había cumplido lo prometido en su primer año y había ganado toda clase de honores, incluido el premio de la conferencia estudiantil y el universitario; y que no tardaría en ser el Jugador Nacional del Año de *Sporting News* . Sería un campeón, pensaba Williams, porque no solo lo impulsaba su talento y su inteligencia, sino también su corazón.

Hubo otras muestras de su fortaleza interior, su negativa a amilanarse fuera cual fuese la talla y la fuerza del rival. Hubo un partido contra Maryland en el que Ben Coleman, un jugador de Maryland con un físico imponente, iba corriendo por la cancha al lado de Matt Doherty, y Coleman propinó a Doherty una rápida bofetada en la cara. Michael Jordan esperó su momento. Más tarde, Jordan tenía el balón y Carolina iba por delante jugando a las cuatro esquinas. Coleman estaba cerca de la canasta. Jordan saltó hacia la canasta y machacó por encima de Coleman, le puso el dedo en la cara y dijo, con toda la frialdad imaginable: «¡No vuelvas a abofetear a uno de nuestros jugadores nunca más!». Fue un momento tan violento, tan de conquistador frente a conquistado, aunque Coleman era más voluminoso y más fuerte, que Roy Williams pensó en Muhammad Ali de pie, encima del caído Sonny Liston.

Maryland falló el siguiente tiro y Carolina recorrió la cancha con el balón. Jordan estaba en la banda, conservando el balón, sin ninguna presión defensiva. Adrian Branch, de Maryland, gritó a Herman Veal, uno de sus compañeros de equipo, que le atacara. «¿Quieres su culo?», replicó Veal a Branch. «¡Atácale tú!».

En el banquillo de Carolina, Dean Smith, que se enorgullecía de no decir nunca palabras malsonantes, se volvió a Roy Williams y le preguntó excitado: «¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?».

«Ha dicho», respondió Williams, «exactamente lo que crees que ha dicho».

El tercer año de Jordan en Carolina fue rico en ciertos aspectos, aunque terminó con un amargo desengaño. Buzz Peterson volvía a ser su compañero de habitación (habían sido compañeros de pasillo en el segundo año porque los entrenadores habían querido que Jordan compartiera habitación con Brad Daugherty). Buzz Peterson nunca se recuperaría del todo de la lesión de la rodilla y estaba atravesando una época difícil. Sus minutos estaban disminuyendo y perdía tiempo de juego ante otros jugadores como Steve Hale, que jugaba con una intensidad que rayaba en la violencia. (Años después,

cuando a Michael Jordan le preguntaron quién lo defendía bien en la NBA, a menudo comentaba que Steve Hale, allá en Chapel Hill, había sido tan duro con él en los entrenamientos como cualquiera en el baloncesto profesional). Peterson pensaba que jugaba al mismo nivel de siempre, pero Jordan no opinaba lo mismo. Creía que su buen amigo había caído en una especie de bloqueo mental a raíz de la lesión. Jordan, que solo aceptaba la competitividad más intensa, pensaba que su compañero de habitación se había vuelto indeciso. «Has perdido algo», decía a Peterson, «tengo la sensación de que, si te diera un puñetazo en el pecho, me saldría la mano por el otro lado». En aquella época, Peterson creía que Jordan estaba equivocado, pero más tarde, al mirar atrás, llegó a la conclusión de que jugaba con indecisión, con un miedo casi inconsciente a lesionarse otra vez. Michael, debido a su fuerte personalidad y a su instinto para distinguir la debilidad de otros jugadores, había sido el primero en percibirlo.

Fue un año doloroso para Peterson. Delante de él moría el sueño de quién podría haber sido y dónde estaría su techo, y durante una breve temporada se alejó del juego y se quedó solo en su casa, cosa que antes no ocurría. Cuando volvió, descubrió que la persona que más deseaba su regreso era Jordan. El homenaje personal que le dedicó Michael (una especie de gesto especial de bienvenida) fue poner en perfecto orden la ropa de Peterson: colgó todos sus pantalones en perchas y dobló con cuidado todos sus jerséis y sus otras prendas. Fue su manera de decir que se preocupaba por alguien que estaba pasando un mal trago.

En el tercer año de Jordan, que sería el último que pasaría en Chapel Hill, jugó con Sam Perkins, Brad Daugherty y Kenny Smith, que fue el quinto jugador de Carolina que formó parte de la alineación inicial siendo novato. En la alineación inicial había cuatro jugadores que habían sido seleccionados para la primera ronda de la NBA, tres de ellos (Jordan, Perkins y Daugherty) entre los cinco primeros. Antes de la temporada, los jugadores eran conscientes, a causa del esplendoroso momento de Brad Daugherty, sin duda el pívot de mayor talento que jugó en Carolina en la época de Dean Smith, de lo buenos que podían ser. No solo se hablaba de ganar el campeonato de la NCAA, sino de ser conocidos como uno de los cinco o seis mejores equipos universitarios de todos los tiempos. «Teníamos la sensación», diría Steve Hale años después, «de que si jugábamos diez veces contra cualquier otro equipo del país, ganaríamos nueve». En un momento dado, este equipo de Carolina ganó veintiún partidos seguidos, pero de pronto perdieron ante un equipo de Indiana bastante mediocre en las semifinales de la Conferencia Este de la liga de la NCAA.

En los círculos baloncestísticos, se pensaba que aquella noche Bobby Knight había superado como entrenador a Dean Smith. Encargó a Dan Dakich, un jugador de modesto talento, que vigilara a Jordan, y las órdenes de Knight a Dakich fueron sencillas: «Tienes que impedir que cruce la cancha y haga canastas fáciles, y tienes que impedirle que coja rebotes. No se lo pongas fácil. Salta delante de él si es necesario». Según contaron después Knight y Dakich, en el momento en que Knight le dijo a Dakich que tenía que marcar a Jordan, Dakich fue a los lavabos y vomitó. (Unos meses después, cuando Knight tuvo a Jordan en el equipo olímpico de 1984, se burlaba de él amenazándolo con poner a Dakich en la lista como especialista en defensa, para contener a Jordan). Pero la estrategia funcionó. Indiana jugó con una habilidad y una disciplina excepcionales, ejecutando sus ataques con singular precisión. Hicieron a Jordan dos faltas seguidas, lo que limitó su juego, e Indiana consiguió ganar.

Fue una derrota que escoció a los jugadores. Años después, Steve Hale, ya licenciado en Medicina, aún encontraba doloroso que le recordaran el partido, y no era algo de lo que le gustara hablar. Nunca, comentó, había sido capaz de volver a verlo. Pero recordaba que al día siguiente había visto a Michael Jordan en el gimnasio, solo, trabajando en su juego, resuelto a mejorar.

Dean Smith fue el que pensó que ya era hora de que Jordan se hiciera profesional. Uno de los grandes puntos fuertes de Smith, según creían sus jugadores, era que siempre hacía lo mejor para ellos, y lo mejor para Michael Jordan era proseguir su trayectoria. Había vuelto a ser jugador universitario del año y había ganado el Naismith Award, y de nuevo era el mejor de la liga estudiantil. Pero la verdad era que las maniobras defensivas se centraban en él, al igual que los marcajes en zona y los mixtos, y Smith tenía la sensación de que el último año de Jordan iba a ser aún más difícil. Ya no se le podía entrenar más a nivel universitario. Ahora le tocaba ajustarse a un juego diferente, más rápido, y a desafíos individuales mayores. Si se quedaba en la liga universitaria, corría el riesgo de sufrir una lesión que pudiera afectar seriamente su cotización profesional, que probablemente sería muy alta.

Como es lógico, Smith se había puesto a indagar dónde estaría Jordan en el *draft* , y la respuesta fue una posición muy alta. Billy Cunningham, entrenador de los Philadelphia 76ers y «carolino» hasta la médula, lo quería con ganas. Los 76ers eran los quintos en elegir, y conforme se acercaba el momento, Cunningham trataba desesperadamente de subir su oferta, dispuesto, según creían otros directivos, a canjear al muy dotado Andrew Toney por un jugador superior. «Pero nunca sabíamos cuánto subir», diría Cunningham años después,

«porque Rod [Thorn, el director ejecutivo de Chicago] sabía exactamente el valor de Michael». Pronto quedó claro que Jordan sería elegido como mucho en tercer lugar, el turno de Chicago. El sueldo inicial sería de al menos 700 000 dólares al año, quizá más, y sería por al menos tres o cuatro años.

Dean Smith decidió explicar a la familia Jordan lo que él creía que era el movimiento justo. Hubo dos personas que cuestionaron su sabiduría. Una era Deloris Jordan, que ante todo quería que Michael terminara la universidad con su promoción y que siempre había tenido un sueño especial, un sueño que justificaría los sacrificios de su marido y de ella: que Michael y su hermana Roslyn se licenciaran en Chapel Hill el mismo día. Poco a poco se hizo a la idea de que tendría que licenciarse un par de años después. La otra persona que temía ser profesional era el propio Michael. Le encantaba Carolina (el programa, los entrenadores, los amigos) y por lo que a él respectaba, dada la derrota frente a Indiana, aún tenía que resolver ciertos asuntos y ganar otro campeonato nacional.

La decisión era suya, aunque en realidad había sido tomada por su entrenador. Una noche antes de que Michael Jordan aceptara y diera su conferencia de prensa, salió a cenar con Buzz Peterson, dudoso aún de cuál era el camino que le convenía. Jordan fue a la conferencia de prensa a la mañana siguiente temprano y Peterson se quedó en la cama. Cuando Jordan volvió, Peterson le preguntó qué iba a hacer.

«No querrás saberlo», respondió.

«Pensaba que ibas a quedarte», dijo Peterson, dolorido por perder a un amigo y viendo que parte de su sueño se rompía. «Pensaba que iríamos juntos, y compartiríamos habitación y nos licenciaríamos juntos». Pero Jordan negó con la cabeza y Peterson entendió que la decisión no era realmente suya, que Jordan, como siempre, había obedecido a los que tenían más autoridad, en este caso a Dean Smith, que había tomado la decisión por él.

El mayor elogio que puede hacerse de Dean Smith y la habilidad con que trató a un joven jugador de tanto talento no es solo que ayudara a que Jordan se convirtiera en un atleta tan inusualmente completo y disciplinado, con una significativa capacidad defensiva, sino que Jordan dejó a regañadientes Chapel Hill para convertirse en profesional y siguió estando apasionadamente entregado a su antigua universidad y su antiguo entrenador. Ya siendo profesional, no solo llevaba los calzoncillos de Carolina bajo el uniforme oficial, sino que llamaba con regularidad a Smith y pensaba en él, según creían muchos de sus amigos, como en una especie de segundo padre. En pocas ocasiones había funcionado un

programa universitario con tanta efectividad con un joven jugador de tanto talento.

La ascendencia de Dean Smith sobre Jordan y el respeto que este sentía por aquel eran muy grandes y siguieron aumentando con los años. Jordan había salido de Carolina no solo con una gran disciplina, que complementaba su habilidad natural, sino algo más, un sentido del bien y del mal y de cómo se suponía que había que comportarse, tanto en una cancha de baloncesto como fuera de ella. Siguió consultando muchas decisiones importantes con su antiguo entrenador y, ciertamente, Dean Smith siguió siendo una presencia viva para él. Varios años después de que Jordan se fuera de Carolina, volvió para un partido de exhibición de pretemporada. Él y su amigo Fred Whitfield fueron en coche a Carmichael (que pronto sería reemplazado por el Dean Smith Center) y llegaron algo tarde. El aparcamiento estaba hasta los topes y tuvieron que aparcar lejos de la entrada. Whitfield vio un hueco cerca de la puerta para minusválidos y sugirió que Jordan, que ya iba con prisas, dejara el coche allí. «Oh, no, no puedo hacer eso», respondió. «Si el Entrenador Smith se entera de que he aparcado en una zona para minusválidos hará que me sienta fatal… No sabría dónde meterme».

8

Chicago, 1984

En 1984, los Chicago Bulls eran una franquicia débil que peleaba en una ciudad donde el baloncesto era considerado un deporte de segunda clase que en invierno ocupaba un deslucido segundo puesto en comparación con los amados Black Hawks de hockey. Chicago era ante todo y sobre todo una ciudad de fútbol americano, donde la suerte de los Bears parecía reflejar la imagen de la ciudad. Los Bears eran un equipo físicamente duro que practicaba un deporte físicamente duro en una ciudad físicamente dura, la ciudad de las espaldas anchas, como la llamó Carl Sandburg. En verano, la parte norte de la ciudad pertenecía a los Cubs y la parte sur a los White Sox. En 1984, el baloncesto profesional era un deporte marginal. En una ciudad tan fanática del deporte como Chicago, esto decía más de los propietarios de los Bulls que de la ciudad.

Antes de que aparecieran Jerry Reinsdorf y su grupo, el miembro más destacado del grupo propietario era Arthur Wirtz, un importante y en cierto modo temido personaje del mundo inmobiliario de Chicago. Wirtz era totalmente distinto de los nuevos y tratables propietarios de clubes modernos de los años noventa. Era un personaje formidable en la férrea e inamovible estructura de poder del Chicago de aquella época, un poderoso magnate de la antigua escuela en un momento en que Chicago aún tenía unos cuantos magnates que sabían cómo ejercer el poder. Era un hombre enorme, de más de uno noventa de estatura y casi ciento cincuenta kilos, muy parecido, según uno de sus socios, a Sydney Greenstreet (el gordo malo de *Casablanca* y *El halcón maltés*), y solía construir grandes, aunque en cierto modo lúgubres edificios que parecían proyecciones arquitectónicas de su anatomía. Era un especulador y un chanchullero a la antigua y sentía muy poco interés por los deportes, sobre todo por el baloncesto. Pero era el propietario del polideportivo Chicago Stadium, y lo que le gustaba eran los arrendatarios, y un equipo de la NBA era bueno para

cuarenta y una citas al año, incluso sin los *playoffs* .

No era hombre de perendengues ni de promociones ni de *marketing* , ingredientes fundamentales en el emergente mundo de fantasía del deporte moderno. Cuando Brian McIntyre, más tarde jefe de relaciones de la NBA con los medios, trabajó para los Bulls a finales de los años setenta, descubrió para su horror que solo había una persona trabajando en la venta de localidades. Por increíble que parezca, no había ningún miembro del personal administrativo de los Bulls que se dedicara exclusivamente a vender abonos de temporada, la savia de las franquicias deportivas profesionales. Solo se habían vendido unos dos mil abonos de temporada en 1984, cuando Michael Jordan fue fichado. El chiste de aquellos días, según McIntyre, era que habían forzado la puerta de la oficina principal a media noche, pero no para robar, sino para devolver un gran número de abonos de temporada.

McIntyre sugirió que los Bulls emplearan a estudiantes universitarios a tiempo parcial para vender abonos de temporada y que les pagaran con una comisión del diez por ciento. Pero Wirtz no quiso saber nada de su sugerencia: no creía que fueran a vender tantas entradas y, además, algo igual de importante, si las vendían, detestaba la idea de regalar el diez por ciento. Cuando llegó McIntyre, según contaría él mismo, el contrato con la radio local era de unos veinte partidos, a 5 000 dólares cada uno. Con el tiempo subió el precio, aunque era una emisora con una señal débil, de modo que la mayor parte de la ciudad no podía escuchar los partidos. Lo que mejor recordaba McIntyre era un incidente ocurrido un año en que los Bulls jugaron los *playoffs.* Llegaba tarde a trabajar, así que conducía demasiado deprisa, por lo que fue detenido por un policía. McIntyre trató de convencerlo de que le quitara la multa explicándole quién era y ofreciéndole entradas para los *playoffs* . «Detesto el baloncesto», dijo el policía. «¿No tiene entradas para el hockey?». El policía, según McIntyre, podría haber hablado en nombre de toda la ciudad de Chicago.

En la temporada anterior, Reggie Theus, el jugador estrella del equipo, se había peleado con los entrenadores y durante un tiempo, antes del comienzo de la temporada, había estado erre que erre. Kevin Loughery, el entrenador, enfadado por esta actitud y porque Theus parecía creer que toda posesión de balón en ataque debía culminar con un lanzamiento suyo, lo había dejado en el banquillo. Aquello irritó a Theus y a los hinchas de Chicago, para los que él era el único jugador brillante del equipo. De vez en cuando, Theus agitaba una toalla por encima de la cabeza para incitar a la multitud a que se pusiera de su parte, y cuentan que una vez, durante un partido, pidió pizza en el banquillo.

En la época anterior a Jordan, a los Chicago Bulls les había ido mal incluso cuando se jugaban a cara o cruz el derecho a fichar al mejor jugador universitario del país. Cinco años antes, por culpa de su juego catastrófico y por haber quedado colistas, los Bulls se habían jugado a suertes con Los Angeles a un joven de East Lansing, Michigan, llamado Magic Johnson, un jugador alegre y de gran talento, que era muy conocido en la región porque había jugado en la liga Big Ten. La posibilidad de fichar a Magic Johnson había creado una gran expectación a nivel local y la directiva de los Bulls había intentado explotarla haciendo que los hinchas fueran los encargados de pedir cara o cruz a la hora de lanzar la moneda.

Fue un error, según Johnny Kerr, primer entrenador del equipo y desde 1975 su locutor radiofónico. Kerr había sido brevemente entrenador de los Phoenix Suns y había vivido una situación parecida con ocasión de la entrada de Lew Alcindor en la liga. A los hinchas de Phoenix también se les solicitó que pidieran cara o cruz, la directiva de los Suns les hizo caso, perdió y Milwaukee ganó el derecho de fichar a Alcindor. Los Suns, por si fuera poco, habían conseguido a Neal Walk, lo cual fue como caer por un precipicio. «Escucha a la afición», advirtió Kerr después de aquello, «y terminarás sentado en las gradas».

A pesar de todo, cuando el fichaje de Magic Johnson aún estaba por decidir, Rod Thorn pidió cara, como pedía la afición. Y salió cruz. En lugar de fichar a Johnson, los Bulls ficharon a David Greenwood, un jugador decente pero en última instancia muy mediocre; ni siquiera habían fichado a Sidney Moncrief, que se fue a Milwaukee, donde sería uno de los mejores jugadores de la liga, tanto en defensa como en ataque, durante diez años. Antes de aquello, Jonathan Kovler, socio y directivo de los Bulls, dijo por decir que aquello era jugarse a cara o cruz 25 millones de dólares. «En realidad estaba equivocado», comentaría años después. «Fue jugarse a cara o cruz 200 millones».

La verdad es que todos los últimos fichajes de Chicago habían sido funestos. Unas veces, el problema era que apostaban fuerte en un año de talento limitado, y otras que cuando apostaban fuerte, simplemente elegían fatal. En 1980 apostaron relativamente fuerte, fichando a Ronnie Lester, cuya trayectoria se fue a pique por una rodilla lesionada, y más tarde, en el mismo *draft* , los 76ers consiguieron a Andrew Toney, jugador de gran talento. En 1981, los Bulls ficharon a Orlando Woolridge, que no llegó en buena forma y cuyas estadísticas siempre eran mejores que su juego en general. Larry Nance y Tom Chambers fueron fichados después de él. En 1982 ficharon a Quintin Dailey, que tuvo que lidiar con un serio problema de drogas. Ricky Pierce y Paul Pressey fueron

fichajes posteriores. Cuando Mark Pfeil, el entrenador del equipo, presionó a Dailey por sus hábitos fuera de la cancha, amenazándolo con ponerlo de patitas en la calle si no ponía orden en su vida, Dailey respondió: «¿En la calle? Ya he estado en la calle. Sobrevivo en la calle. Puedo ganar más dinero en la calle que en el baloncesto. No me puede amenazar usted con eso». Más tarde, en 1983, siendo los quintos en elegir en un año flojo, Chicago fichó a Sidney Green, un pívot de capacidad modesta. La renovación de personal era constante, y debido a eso, también lo era la renovación de primeros entrenadores. En un breve período, entre 1978-79 y la llegada de Doug Collins para la temporada 1986-1987, fueron primeros entrenadores Scotty Robertson, Jerry Sloan, Rod Thorn (brevemente cuando despidieron a Sloan), Paul Westhead, Kevin Loughery, Stan Albeck y por último Collins.

En la temporada 1983-1984, ganaron solo veintisiete partidos y perdieron cincuenta y cinco, lo que les supuso estar en la tercera ronda para fichar jugadores del *draft* de 1984, por detrás de Houston y Portland. En aquellos días, todos los equipos de la NBA querían pívots. Eso fue antes de que Michael Jordan y jugadores de su talla cambiaran la política general de fichajes. Era evidente que el mejor pívot disponible era Akeem Olajuwon, de la Universidad de Houston. Prácticamente todos los que necesitaban fichar codiciaban a Olajuwon. Era alto, era atlético, tenía muy buena ética de trabajo y era relativamente nuevo en el juego, así que había razones para creer que mejoraría con los años, como en efecto ocurrió. Después pensaría mucha gente del baloncesto que el fichaje ideal era Michael Jordan. Pero era un escolta, no un pívot, ni un ala-pívot, ni un base. ¿Acaso podía un simple escolta dar la vuelta a una franquicia? La mitología de la NBA en aquel entonces rezaba que los escoltas no podían levantar un equipo mediocre. Se creía que un gran escolta era la última pieza que completaba un equipo campeón, no la pieza central.

El pívot número dos era al parecer Sam Bowie, que había jugado en Kentucky. Bowie era inteligente y alto, pero tenía un lado preocupante. Había sufrido una grave lesión en la pierna cuando era jugador universitario (y se lesionaría más veces en la NBA), y de forma más preocupante, se dudaba de si realmente disfrutaba del juego y si tenía la pasión requerida para elevarse a sí mismo y a su equipo al mayor nivel. Los Bulls recelaban de él. Acababan de fichar a Ronnie Lester, que había llegado como producto médicamente defectuoso. Pero Portland, que era el segundo en elegir, quería claramente al pívot. Algunas personas creían que era porque uno de los momentos trascendentales de los Trail Blazers había sido cuando organizaron un equipo de campeonato alrededor de un

pívot de mucho talento, Bill Walton (aunque era evidente que Bowie no era Walton). Otros creían que era porque ya tenían un jugador del tamaño y clase de Jordan con Clyde Drexler, que había soportado una difícil temporada de novato en el disciplinadísimo juego ofensivo del entrenador Jack Ramsay. Para delicia de los cazatalentos de Chicago, Portland fichó al pívot. No todos lo consideraron una buena operación. Bobby Knight, que se había enfrentado a Jordan como entrenador en la universidad y lo había entrenado en los primeros días de preparación para las Olimpiadas de 1984, se había enamorado de él y había presionado a su buen amigo Stu Inman, el encargado de los jugadores de Portland, para que fichara a Jordan en su lugar.

«Pero necesitamos un pívot», había dicho Inman.

«Pues fíchalo y ponlo de pívot», respondió Knight.

El socio operativo de los Bulls en aquella época era Kovler, un joven rico, heredero de la fortuna del whisky Jim Beam y algo así como un adicto al baloncesto. Era el testaferro de una entidad propietaria inusualmente inflexible, junto a muchos otros socios. De vez en cuando, se ofrecía una operación excelente a Chicago que se les escapaba antes de que Kovler pudiera reunir a sus socios y cerrar el trato. El principal cazatalentos, que trabajaba a las órdenes directas de Thorn, era un joven llamado Mike Thibault. Thibault era una clásica criatura de la NBA, un hombre nacido, o condenado, a vivir alrededor del baloncesto toda su vida, como ayudante de entrenador o cazatalentos, que conocía el juego y lo amaba, que nunca ganaba mucho dinero, que no paraba de abordar aviones pequeños para ir a ciudades pequeñas a ver partidos poco importantes entre equipos mediocres. Pero era víctima de la obsesión de los cazatalentos de baloncesto, buscar el gran jugador desconocido o encontrar a varios jugadores normales que, juntos, gracias a la especial sinergia del deporte, construyeran algo más grande que sus capacidades individuales.

La tercera ronda del *draft* era como buscar oro. A causa del crecimiento de la afición, cada vez había más equipos en la liga, lo que significaba que las oportunidades de encontrar algo bueno eran cada vez más escasas. Los errores, debido a los sueldos crecientes, se pagaban cada vez más caros. Thibault había ido a ver jugar a Michael Jordan quizá una docena de veces aquel año, y Rod Thorn también lo había visto varias veces. Thibault y Thorn decidieron que, aunque era difícil saberlo con seguridad, debido a la particular naturaleza del programa de Carolina, Michael Jordan tenía muchas probabilidades de ser un gran jugador profesional. A lo mejor uno de los grandes. Obviamente, el tipo era una rareza: un jugador de baloncesto completo.

Hasta que empezó a fijarse en Jordan, Thibault creía que Magic Johnson era el jugador universitario más competitivo que había visto en su vida. Ahora, al concentrarse en aquel joven, empezaba a creer que había una llama en Jordan que excedía la de Johnson. Thibault vio como Jordan se hacía el amo absoluto de más de un partido, y el rumor que Thibault no dejaba de oír entre los segundos entrenadores de Carolina era que Jordan era aún más espectacular en los entrenamientos. Thibault decidió enseguida que quería a Jordan, y solo esperaba que Portland se quedara con Sam Bowie.

Rod Thorn estaba de acuerdo. Thorn recelaba de la condición física de Bowie, sobre todo tras el desastre con Lester, y de su amor al juego, y estaba fascinado con Jordan. Aunque no había visto tantos partidos como Thibault, se había hecho más o menos amigo de Dean Smith y le habían permitido sentarse en el cine de Chapel Hill para ver cintas de partidos de la ACC. Fue una cortesía especial y le ayudó a buscar talentos, no solo entre los jugadores de Carolina, sino también entre sus rivales. Había varias cosas de Jordan que gustaban a Thorn. Estaba claro que mejoraba año tras año, añadiendo cosas a su juego, sobre todo su defensa, pero por encima de todo estaba su condición atlética, los rápidos destellos en un partido en los que aparecía de la nada a toda velocidad para hacer una jugada que ningún otro jugador universitario habría podido hacer. Sentado allí solo, Thorn veía una de las jugadas de Jordan y tenía que detener la proyección, incrédulo, y rebobinar para verla una y otra vez, totalmente atónito. Algunas de las jugadas de Jordan en ataque, su instinto en defensa, sencillamente no podían enseñarse. Thorn llegó a la conclusión de que estaba viendo a un jugador diferente a todo lo que había visto antes. Según avanzaba la temporada y hablaba con su gente de Chicago, su voz era cada vez más segura. Iban a fichar un gran jugador, dijo.

Dean Smith lo ponía por las nubes, claro que Smith tendía a poner por las nubes a todos sus jugadores. Pero el hecho de que Billy Cunningham codiciara a Jordan confirmó a Thorn y a Thibault que habían dado con algo. Todavía estaban algo inseguros de Kovler. Thibault temía que Kovler siguiera pensando en fichar a un pívot y le dijo a Thorn que su misión, el día de la puja, si Kovler dudaba a propósito de Jordan, era contenerlo y hacer el fichaje ellos mismos. Sin embargo, Kovler estaba con ellos, y el 19 de junio de 1984 los Chicago Bulls ficharon a Michael Jordan de Carolina del Norte como tercer mejor seleccionado del país.

Aquel año había otro jugador que a Thibault le gustaba mucho, un pequeño muchacho blanco llamado John Stockton que jugaba en Gonzaga, una pequeña universidad de Spokane. Thibault creía que Stockton era muy duro, con manos

muy grandes y una gran visión de la cancha. Durante un tiempo, Chicago intentó intercambiar jugadores y seleccionados en el *draft* para poder hacerse con Stockton, pero Frank Layden de Utah había visto lo mismo que Thibault, y los Jazz se hicieron con él en la primera ronda de selección. Pero a Thibault siempre le atrajo la posibilidad de que Jordan y Stockton jugaran en el mismo equipo desde el primer día.

El día de la puja, Ron Coley, que había trabajado durante un tiempo como ayudante voluntario en el Instituto Laney de Wilmington, llamó a James Jordan: «Que aparten a Oscar Robertson y a Jerry West», dijo Coley al padre de Michael, evocando los nombres de los dos mejores defensas de su época, «porque el mayor defensa de la historia del baloncesto acaba de ser fichado».

9

Nueva York; Bristol, Connecticut, 1979-1984

El baloncesto profesional estaba en medio de un plácido renacimiento el año que Michael Jordan fue fichado, gracias sobre todo a la aparición de la rivalidad Magic Johnson-Larry Bird y Lakers-Celtics. Cinco años antes, cuando aún era un novato, la liga estuvo en un nivel muy bajo, comercialmente hablando. Madison Avenue la despreciaba y también la televisión. El último partido de las finales de 1980 (en principio el encuentro ideal para una cadena televisiva, ya que enfrentaba a unos Lakers en ascenso dirigidos por el joven Johnson contra los Philadelphia 76ers conducidos por el carismático Julius Erving) pudo verlo la mayor parte de la nación a última hora de la noche, en una transmisión en diferido de la CBS.

En cambio, el deporte universitario estaba en buena forma. La nación parecía preferir una Final Four hábilmente promocionada. En efecto, uno de los impulsos favorables que recibió la NBA en los años ochenta procedía del hecho de que la rivalidad Bird-Johnson hundía sus raíces en el campeonato de 1979 de la NCAA. Había sido un excelente momento para el baloncesto universitario, el enfrentamiento casi perfecto de dos grandes equipos: un Michigan State puntero durante mucho tiempo contra el desconocido y pequeño Indiana State, y una estrella negra, Johnson, contra una estrella blanca, Bird.

Cuando los dos hombres entraron en la NBA, el baloncesto profesional no tenía buena prensa. En la particular esquizofrenia de la sociedad americana, se consideraba que el deporte profesional estaba corrompido. Se tenía por demasiado «negro» y se creía, sin saber por qué, que casi todos los jugadores eran drogadictos y solo querían jugar con seriedad los dos últimos minutos de partido. Además, se creía que los jugadores cobraban demasiado, aunque en

aquella época el sueldo anual total de muchos equipos rondaba el millón de dólares.

En el invierno de 1982, a pesar de la aparición de Bird y Johnson en la liga profesional, la CBS transmitía pocos partidos, y había que pelear incluso por conseguir que dieran los siete partidos de la final en la franja de máxima audiencia. La NBA acogía con el mayor entusiasmo este desinterés de la televisión (menos es más, decían), como si transmitir demasiados partidos significara regalar un producto muy preciado. No obstante, fue el invierno de su infelicidad. Cuando los propietarios de clubes se reunieron en el *All-Star* de aquella temporada, se habló de liquidar dos o tres franquicias, las más débiles de la liga, y de combinar tal vez las dos franquicias de la zona de las Rocosas, Utah y Denver. Los propietarios de Cleveland tenían tanto miedo (un hombre llamado Ted Stepien parecía compulsivamente interesado por canjear figuras valiosísimas por jugadores buenos aunque no excepcionales que estuvieran al final de su trayectoria) que, para atraer a un nuevo propietario local sólido, un hombre llamado Gordon Gund, la liga dio al equipo dos grandes figuras de bonificación para reparar parte del daño. También se habló de dividir la temporada en dos secciones para aumentar el interés de los seguidores, y para contrarrestar la queja de que los jugadores no jugaban con empeño durante cuarenta y ocho minutos, también de conceder un punto en la clasificación a un equipo cada vez que ganase un cuarto.

Aquel año, el *All-Star* se celebraba en Nueva Jersey, sede de una de las franquicias con más problemas endémicos, los Nets. Los Nets estaban posiblemente condenados a la extinción, localizados, por así decirlo, en una extraña especie de vacío de la periferia de la ciudad, con un propietario que parecía aún más transitorio que la lista de jugadores del equipo. En vísperas de su paso de la ABA a la NBA, los Nets se vieron obligados a vender los derechos sobre Julius Erving, un jugador con tanto magnetismo que fue una de las principales razones por las que se había consumado en primer lugar su paso a la NBA. Se vendieron tan pocas localidades para el *All-Star* (había unas cinco mil sin vender cuando ya faltaban pocos días para el encuentro) que los empleados de la NBA se encargaron de regalar a los amigos todas las localidades que pudieran para evitar que las cámaras de televisión barrieran el campo y mostraran miles de asientos vacíos en el partido que en teoría iba a ser uno de los más brillantes de la temporada.

Por aquella época, ya había muchas fuerzas mayores en juego que cambiarían no solo la viabilidad de la liga como entidad profesional, sino también la

percepción que tenían de ella los empresarios de América y la gente que pujaba en Madison Avenue. Una de esas fuerzas era el liderazgo de la liga: David Stern, un joven que sentía un amor ferviente por el baloncesto y sus jugadores, y que tenía un sentido especialmente agudo para las relaciones públicas contemporáneas, todavía no era comisario de la NBA, pero ya se estaba convirtiendo en una fuerza dominante dentro de la liga.

El comisario de entonces, Larry O'Brien, parecía sorprendentemente pasivo en su trabajo (aparte de estar presente en ceremonias televisadas en los partidos en que se disputaba un título). O'Brien era un hábil político procedente de los niveles más altos de la administración Kennedy, un anticuado funcionario de los que contaban votos manualmente, que trabajaba bien con otros políticos profesionales cuando aún existía gente así. Era íntimo de John Kennedy y, como muchos otros que habían estado cerca del presidente, una parte suya murió el 22 de noviembre de 1963. Es probable que fuera cierto que, debido al auge de la televisión y a la aparición de la moderna política mediática (es decir, el uso de anuncios en televisión y el aumento de las encuestas y los sondeos), su importancia como cuentavotos y como contacto político ya hubiera llegado a la cima. Durante un tiempo trabajó en el gobierno de Lyndon Johnson, convirtiéndose en Director General de Correos, pero Johnson nunca llegó a confiar plenamente en él por su amistad con Kennedy, y muchos de sus amigos más viejos, auténticos leales a Kennedy, pensaron que se había pasado al enemigo.

O'Brien fue nombrado comisario de la NBA en abril de 1975, y asumió el cargo con una misión fundamental: fusionarse con la organización rival, la ABA, cosa que hizo con considerable rapidez y habilidad. Desde entonces no pareció tener mucha pasión por el baloncesto ni, detalle igual de importante, por sus grandes jugadores. Hubo una excepción, sin embargo, cuando fue al Boston Garden. Los Celtics tuvieron algunos equipos buenos en su época, y a él le seguía gustando volver al Garden, donde casi todo el público parecía conocerlo y lo trataba como a un héroe que regresaba. En aquellos felices momentos, se fundían sus dos mundos, el baloncesto y la política, y volvía a sentirse joven y optimista. Aparte de eso, parecía un comisario extrañamente desconectado, un hombre más que decepcionado por el rumbo que había tomado su vida, como si de alguna manera la brillante promesa que todos aquellos jóvenes habían sentido a principios de 1961 nunca se hubiera cumplido. Normalmente hacía lo que su personal le empujaba a hacer, a finales de los años setenta y principios de los ochenta, pero lo hacía sin pasión y sin un interés real.

Ante todo y por encima de todo, David Stern estaba dispuesto a cambiar la imagen de la liga. Stern creía que la estabilidad financiera y psicológica de la liga dependía de sus conexiones con el mundo empresarial. Veía y envidiaba la conexión estrecha, casi simbiótica, entre la Liga Nacional de Fútbol y el tejido empresarial americano que tan hábilmente había orquestado Pete Rozelle. Quería desesperadamente algunos de los mismos espaldarazos empresariales para dar a su zarandeada liga la legitimidad necesaria. Quería que las mejores compañías de América fueran sus patrocinadoras, nada menos; quería compañías como Coca-Cola y McDonald's, compañías que simbolizaban a la nación de la posguerra. Si las embarcaba en su aventura, también lo haría el resto. Así que se dedicó inmediatamente a atraer a esas compañías.

Pero cuando visitó los despachos de las grandes firmas publicitarias de la nación, guardianas de las compañías de sonoro nombre cuyo patrocinio ansiaba, se encontró con un muro de piedra, aunque muchas de aquellas compañías patrocinaban con entusiasmo el baloncesto universitario. Una agencia de Madison Avenue que representaba una compañía de coches fue particularmente brusca: el publicista dijo que el presidente de la compañía automovilística le había ordenado patrocinar el baloncesto universitario porque el profesional era demasiado «negro». Hubo respuesta: sí, conocemos sus sondeos, pero el presidente de la compañía, mi jefe, cree que son ustedes demasiado «negros». Cuando Stern quiso mostrarles los estudios demográficos que había hecho la liga, estudios que indicaban que la audiencia de la liga profesional no era muy diferente de la de la liga universitaria y que afortunadamente los espectadores eran jóvenes, el otro lo miró sin interés. Stern se dio cuenta de que las apariencias lo eran todo, y la idea general que se habían hecho las principales compañías americanas era que el juego estaba corrompido, un reflejo no solo de lo que pasaba en los deportes, sino también de algo que casi todos los americanos preferían ignorar: la América negra.

Cuando Stern alcanzó el poder en la organización, uno de sus primeros fichajes fue Rick Welts, un joven brillante que había trabajado con los SuperSonics de Seattle y lo había hecho muy bien en una situación parecida. Las órdenes a Welts fueron muy claras y tajantes: tenía que ser una especie de avanzadilla de Stern, trabajar en Madison Avenue, promoviendo la liga ante potenciales clientes empresariales. Pero no tuvo más éxito que Stern, y por la misma razón. El juego se había vuelto más «negro», y había problemas para conseguir que los árbitros de las tendencias comerciales de la nación aceptaran un deporte en el que un número tan desproporcionado de grandes jugadores eran

de una raza minoritaria. «Nos catalogaban», diría más tarde Welts, «como un deporte situado entre la lucha libre en lodo y las carreras de tractores».

Lo más frustrante para Welts y Stern era que el deporte universitario (sobre todo las famosas semifinales) se vendía muy bien a las empresas. El deporte universitario era casi igual de negro, pero la imagen era importante y el deporte universitario era percibido, quizá inconscientemente, como dirigido por una jerarquía blanca, con una intensa supervisión blanca, un mundo en el que no importaba quiénes fueran los soldados rasos mientras los generales fuesen blancos. (Esa era al menos una de las razones de que a mucha gente del mundo de los deportes no les gustara John Thompson y su equipo de Georgetown, la sensación de que la jerarquía blanca no controlaba a aquel equipo en particular. No era solo que el propio Thompson fuera negro, sino que, a pesar de la insistencia de Thompson de que todos sus jugadores fueran a clase y se licenciaran, el equipo proyectaba una especie de incipiente conciencia negra).

Como resultado, el deporte universitario seguía percibiéndose como una prolongación de la corriente dominante en América, al contrario que el baloncesto profesional, ya que nadie podía controlar a aquellos deportistas que ahora tenían contratos de duración garantizada. Estaba claro que, con los cambios en las leyes laborales del deporte, los jugadores empezaban a ser más poderosos que sus entrenadores. A menudo se tenía la sensación de que los jugadores eran perezosos, un sorprendente error si se tenía en cuenta la ferocidad con que competían durante una temporada muy exigente. Peor aún: a causa de la cuestión racial, cualquier historia sobre consumo de drogas de un jugador parecía definir el deporte, aunque personas informadas sobre la NBA y Wall Street, lugares muy presionados donde casi todo el mundo seguramente cobraba demasiado, creyeran que los jóvenes consumían allí más o menos la misma cantidad de cocaína. Pero saberlo consolaba poco. Welts había llegado a Nueva York ansioso por cumplir su misión, pero después de varios meses, sentado solo de noche en su hotel, estaba seguro de que estaba fracasando. Terminó un día con ganas de llorar, pero diciéndose a sí mismo que era demasiado viejo.

Fue David Stern quien salvó la misión de Welts. De alguna manera, al margen de lo largas y duras que eran sus jornadas, Stern se las arregló para ponerse en contacto con Welts todas las noches, para hacerle saber que se preocupaba. Al menos de ese modo Welts creía que Stern era el jefe ideal: era joven, entusiasta, increíblemente brillante y no solo le gustaba el deporte, sino que creía en él, al igual que el mismo Welts.

Stern, a semejanza de Welts, estaba convencido de que el meollo de la

oposición era la raza. Creía que, si la NBA podía exhibir cierta disciplina y limitar lo peor, o al menos lo más evidente, de los excesos del día, la gente podría ver los aspectos realmente atractivos del deporte: la incomparable capacidad atlética de los jugadores y la pasión con que competían.

Sin embargo, en aquella época se libraba una batalla. El patrocinador cervecero de la NBA de aquel entonces quería reducir costes, limitando el deporte a lo que se denominaba un mercado especializado, un término educado para referirse a una parte segmentada (y segregada) de la población, en este caso la población negra. En lugar de invertirlo todo en anuncios de televisión, reducir costes significaba promocionar más o menos encubiertamente el sello NBA en bares y tiendas de barrios mayoritariamente negros, y hacer campañas allí como si la población negra fuera un mercado separado y de segunda clase. Con el tiempo, trabajando con un ejecutivo llamado Tom Shropshire, Stern firmó un nuevo contrato con la cerveza Miller.

Si la imagen era más influyente que la realidad, Stern se dedicó, con otros miembros de la liga y con ayuda de la Asociación de Jugadores, a cambiar dicha imagen. A principios de los años ochenta, bajo el liderazgo de Stern, se alcanzaron dos acuerdos históricos con el sindicato de jugadores: uno para hacer pruebas de detección de drogas y el otro sobre el techo salarial de los equipos. Ambos fueron muy importantes para cambiar la imagen que tenían de la competición no solo los ciudadanos de a pie, sino también el mundo empresarial americano. Entonces corrió la noticia de que la NBA estaba poniendo su casa en orden, que los jugadores mostraban una madurez inusual, sobre todo los jóvenes ricos: puede que no estuvieran tan consentidos, a fin de cuentas. Nada emocionaba tanto a los líderes empresariales americanos como la idea de que sus empleados tuvieran la misma visión de futuro que ellos, y allí había una prueba viviente de que los miembros del sindicato (bueno, en realidad los miembros ricos del sindicato) habían aceptado una visión de la gestión administrativa que primaba la salud empresarial. Estaban siendo responsables.

En relación con las pruebas para la detección de drogas, la liga admitía que, en efecto, había un problema y que iba a corregirlo, conjuntamente con los propios jugadores. Si un jugador se presentaba voluntariamente, conservaría su sueldo y recibiría tratamiento. Si volvía a presentarse por segunda vez, se le daría tratamiento, pero no sueldo. La tercera vez, el jugador sería despedido de por vida. Este acuerdo parecía abordar el problema y al mismo tiempo proteger los derechos civiles de los jugadores. El sindicato de jugadores, según Stern, había sido un colaborador muy eficaz. Estaba especialmente agradecido a Bob Lanier,

antiguo pívot de Detroit, que detestaba el estereotipo dominante de que, si eras alto, negro, bien vestido y jugador de baloncesto o exjugador de baloncesto, eras adicto a las drogas.

Con el techo salarial, los propietarios y los jugadores pasaron a ser socios, percibiendo los jugadores el 53 por ciento de los ingresos. Era una época en que los sueldos estaban aumentando en todos los deportes a una velocidad meteórica, y una ventaja que tenían los jugadores de baloncesto era que para los hinchas serios era evidente que jugaban con mucha intensidad. Era un juego de habilidad, pero también corrían de un lado a otro de la cancha, lo que quería decir que además era un deporte de fuerza y resistencia. Por el contrario, el béisbol no era un juego de resistencia, y los jugadores de béisbol en general estaban a punto de volverse significativamente menos populares que los de baloncesto. Las cámaras de televisión se fijaban demasiado a menudo en un nuevo beisbolista multimillonario que no parecía esforzarse mucho por correr.

Dentro de la NBA, se atribuía mucho mérito a Stern por haber conseguido esos dos acuerdos y gracias a ello consolidó su candidatura interna para suceder a Larry O'Brien, cuyo contrato de siete años iba a expirar en 1984. Años después, Kevin Loughery, antiguo jugador y entrenador, dijo que cinco personas salvaron la NBA cuando estaba en su punto más bajo: «Julius Erving, Magic Johnson, Larry Bird, Michael Jordan y, por supuesto, David Stern». Stern era demasiado astuto para aceptar méritos por un papel tan grande; su capacidad para infravalorarse era una de sus muchas fortalezas. Era muy hábil para hacer que la gente no pensara que era un marimandón (sobre todo cuando *marimandaba*) o que se estaba llevando el mérito de cosas que en realidad no había conseguido… O, en este caso, de cosas que sí había conseguido.

Stern fue el primero en señalar que en la sociedad en general había muchas fuerzas que también operaban en su favor: Larry Bird y Magic Johnson habían llegado poco antes de que fuera nombrado comisario, y Michael Jordan llegó en la misma temporada en que lo nombraron. Además, era lo bastante inteligente para centrarse en la importancia de otras fuerzas, sobre todo en la aparición de la televisión por cable. Johnson y Bird habían llegado en el otoño de 1979, que fue cuando empezó a emitir su señal una cadena aparentemente insignificante, llamada ESPN, que daba deportes las veinticuatro horas. Parte de la sabiduría innata de David Stern decía que si hacías lo justo y no te dabas demasiado bombo por lo que hacías, la gente, a la larga, no solo te concedería el mérito que te correspondía, sino quizá más. Además, si la otra parte creía que era equitativo, como mínimo, cualquier acuerdo alcanzado durante unas negociaciones difíciles,

era más probable que quisiera volver a negociar contigo.

Era algo que había aprendido de niño. Era hijo del dueño de una charcutería de Manhattan, en el barrio de Chelsea, y aunque había tenido una vida relativamente privilegiada, pues estudió en Rutgers y en la facultad de Derecho de Columbia, sus raíces eran muy sencillas, ya que mientras fue estudiante trabajó en la tienda de su padre. La tienda, situada en la Octava Avenida, entre las calles Veintidós y Veintitrés, no estaba lejos de Madison Square Garden. Y tenía clientela, a pesar de la dura competencia de los grandes supermercados que había en los alrededores, porque estaba abierta más horas: de nueve de la mañana a una de la madrugada, seis días a la semana, y de nueve a dos los domingos. Cerraba dos días al año, en las grandes festividades judías. Era la clásica historia americana: una generación trabajaba con ahínco y se sacrificaba para que la generación siguiente tuviera acceso a una mejor educación y, por tanto, a una mayor libertad para elegir.

No había mejor manera de prepararse para un trabajo que exigía una buena dosis de habilidad con el público, pensaba David Stern, que trabajar detrás del mostrador de una charcutería. Dick Ebersol, amigo de Stern, director de la sección deportiva de la NBC, creía que no había conocido a nadie con un círculo tan amplio de amigos como David Stern, y que nadie estaba tan cómodo como él hablando con personas muy diferentes, desde Michael Eisner hasta Tiger Woods, pasando por el personal de seguridad. Ebersol estaba seguro de que el origen de esa capacidad y de su innata desenvoltura estaban en la charcutería de Stern.

La clave del éxito de la charcutería de Stern era una inflexible ética laboral mezclada con cierta dosis de modestia y mucho respeto, una cualidad poco frecuente en la parte directiva. William Stern, el padre, había crecido en un orfanato y sentía la obligación de proteger a su propia familia de una vida tan desdichada. Era un trabajador incansable y nunca se mostraba autoritario. A los clientes les habría costado saber que el propietario del establecimiento era él. Conocía la importancia de la cortesía elemental, de dar a los clientes, además de las cosas que pagaban, la impresión de que eran respetables e importantes. Trataba bien a todos los que entraban, y su hijo pronto aprendió a hacer lo mismo, y aprendió también que muy a menudo, en establecimientos parecidos, los propietarios y los empleados tendían a tratar a los clientes basándose en una rápida interpretación de su indumentaria y de lo que al parecer revelaba sobre la condición socioeconómica de una persona.

La charcutería de Stern no juzgaba a la gente por su indumentaria y eso fue una lección muy útil para él cuando empezó a subir desde el estrato más bajo de

la sociedad americana hasta un lugar donde casi todos eran significativamente más privilegiados, y donde todos los días trataba con titanes del comercio y de la industria. David Stern nunca fue más consciente de eso que cuando fue a la facultad de Derecho de Columbia y se preparaba para el que parecía el estrato más alto de la sociedad americana, mientras trabajaba después de clase en el que claramente era el más bajo. Según fue aprendiendo, unos tenderos eran simpáticos, otros no lo eran pero fingían serlo, de acuerdo con la importancia que concedían a los clientes, y otros, sencillamente, no eran simpáticos con nadie. Que su padre fuera bueno, amable y espiritualmente generoso con todos los que entraban en su tienda era, estaba seguro, la clave del inusual éxito de su negocio.

David Stern era especialmente sensible a los desaires que los dependientes (y otros) hacían a ligera a los clientes. Poco después de dejar la facultad de Derecho, él y su mujer, Dianne, ambos vestidos informalmente, fueron a comprar un coche nuevo. El vendedor los trató desde el principio con abierta rudeza, esquivando preguntas directas sobre el precio real del coche, como si las personas vestidas como ellos no pudieran tener dinero suficiente para comprar un coche tan elegante. Cada vez más irritado con el veterano vendedor, Stern exigió hablar con otro empleado y apareció un joven que acababa de ascender. «Estás a punto de hacer la venta más fácil de tu vida», dijo al joven, y compró el coche en cuestión de minutos.

Stern, ya de pequeño, era un fanático de los deportes, seguidor de los Giants, aunque a veces un vendedor de cerveza le daba una entrada gratis para un partido de los Yankees y también iba a verlos. La mayor incógnita de su infancia, pensaba a veces, era quién era el mejor *centerfielder* de Nueva York: Willie Mays, Mickey Mantle o Duke Snider. En invierno se hizo seguidor de los Knicks, y a menudo podía entrar en un partido con el carné escolar por cincuenta céntimos y dar propina a un acomodador para que, una vez dentro, le diera un asiento mejor. Le encantaba el baloncesto y le encantaban los Knicks, algo que exigía mucha moral. Por desgracia, los Knicks no tenían buenos equipos en aquel tiempo, y un seguidor devoto estaba condenado a una especie de decepción crónica. «Todos los años se me rompía el corazón», dijo una vez. «Mi jugador favorito era Harry Gallatin, Harry la Mula, porque trabajaba como un animal y jugaba contra [Bill] Russel y los Celtics todos los años, y Russell siempre lo machacaba».

En realidad, Gallatin solo coincidió dos años con Russell, que era ocho centímetros más alto y físicamente estaba a años luz de él, pero Russell

seguramente lo habría machacado aunque hubieran competido muchos más años. Tras ser nombrado comisario, Stern a veces se encontraba con Bill Russell y siempre le decía al antiguo Celtic que Gallatin había sido mejor jugador que él. Russell le replicaba con una carcajada profunda y alegre, como diciendo que era una lástima que no hubiera podido jugar contra Harry la Mula todos los partidos de todas las temporadas. En 1990, Stern estaba en Springfield, Massachusetts, cuando admitieron a Gallatin en el Basketball Hall of Fame, y echó a correr para presentarse ante su héroe. «Es muy emocionante para mí conocerlo… Es usted mi héroe», le dijo.

Gallatin lo miró con cara de incredulidad absoluta. «Vamos, hombre», dijo Gallatin, «seguro que ni siquiera sabe quién soy».

«Pues claro que sé quién es… Es Harry la Mula y era mi héroe cuando yo era niño, lo que significa que será mi héroe siempre», respondió Stern.

Tras licenciarse en la facultad de Derecho en 1966, Stern entró a trabajar en Proskauer, Rose, Goetz y Mendelsohn, uno de los bufetes judíos más importantes de Nueva York, en una época en que los bufetes estaban totalmente separados étnicamente. Enseguida supo que la firma iba a defender a la NBA en el pleito contra Connie Hawkins, un pleito a favor de un jugador universitario de talento que había visto su trayectoria en la NBA truncada en una época anterior y menos tolerante porque un abogado local había dicho al comisario que Hawkins estaba corrompido por asociarse con apostadores que amañaban partidos. Fue un caso en que la liga estaba claramente equivocada y nadie sabía eso mejor que Stern. También sabía que a veces los abogados empresariales aceptaban casos en los que no tenían razón. Lo que necesitaba era un acuerdo, porque años antes había habido un fallo injusto por culpa del fiscal del distrito.

Lo que más le gustó de este caso fue tomar las declaraciones, lo que lo puso en contacto hora tras hora con los fundadores de la liga: Eddie Gottlieb, Red Auerbach, Maurice Podoloff y Fred Schaus. Era como hacer una historia oral del deporte. Más tarde, al encargarse de las declaraciones en el caso de Oscar Robertson, cuando el sindicato de jugadores cuestionó el derecho de los equipos a controlar la libertad de elección y movimiento de los jugadores, entrevistó a jugadores como Robertson, Lenny Wilkens, Bill Bradley y Dave DeBuschere. Quedó muy impresionado por la inteligencia, la decencia y la bondad de todos. Grandes estrellas del deporte que habrían podido ser arrogantes parecían tener un sentido común, una modestia y una fortaleza interior inagotables. Si aprendió una lección entonces, fue que la liga era sus jugadores, nada más y nada menos, y que los mejores jugadores, blancos y negros, eran hombres poco comunes. Por

lo general se habían hecho a sí mismos, y algunos eran los primeros que tenían éxito en la historia de sus familias. Eran hombres que a menudo habían prosperado trabajando muy duramente para alcanzar su elevada posición. Con el tiempo, cuando Stern fue nombrado comisario, esa sencilla percepción le vino bien. Como la mayoría de los comisarios del deporte profesional son elegidos por los propietarios de clubes, a efectos prácticos eran poco más que el representante del propietario, pero Stern era diferente. Llegó con tal amor por el deporte que, aunque defendiera bien a los propietarios y los representara admirablemente, había una gran parte de su alma que siempre estaba entregada al deporte, lo cual significaba que estaba entregado a los jugadores.

Stern creía que era uno de los hombres más afortunados del mundo: le pagaban por hacer algo que habría hecho gratis. Siempre estaba ocupado. El sindicato no dejaba de meterse en pleitos y los deportes profesionales, debido a la naturaleza arcaica de su legislación laboral, eran el objetivo perfecto de gran parte de los litigios. Desde 1966, cuando había entrado en el bufete Proskauer, hasta 1978, año en que fue nombrado consejero de la liga, pasó casi todo el tiempo trabajando en la NBA.

Ya de consejero de la NBA, no tardó en ser conocido como *consigliere* de O'Brien. La liga bregaba con sus problemas de imagen, pero las cosas estaban cambiando. En cierto modo, lo que estaba cambiando era el enfoque de la atención, pensaba Stern. La televisión estaba proyectando sobre el deporte una luz más brillante durante más tiempo, y estaba poniendo de manifiesto su belleza ante un público creciente.

Si hubo un momento en que la antigua y tradicional NBA pareció ceder el paso a la nueva y más moderna NBA que estaba a punto de surgir, impulsando y homenajeando a sus jugadores estrella, fue el *All-Star* disputado en Denver a finales de enero de 1984. Hasta entonces, el fin de semana del *All-Star* había sido un evento más bien marginal: constaba de un partido programado y de un tradicional y aburrido banquete que se celebraba la noche anterior. Por el contrario, el béisbol parecía capaz de homenajear mucho más a sus viejas glorias. Stern siempre había querido que la liga estuviera más en contacto con el pasado, y ahora él y algunos jóvenes que lo rodeaban buscaron una celebración del *All-Star* más amplia. Al final se les ocurrió una idea doble: además del partido habitual del domingo, el sábado jugarían un partido de veteranos y resucitarían el viejo concurso de mates de la ABA, todavía en el recuerdo de todos por la famosa filmación en que un joven Julius Erving saltaba desde la línea de tiros libres y hacía una canasta que le supuso la victoria en el reñido

certamen de 1976. Los más jóvenes animaron a Stern, y a él le encantó la idea. O'Brien, sin embargo, no quería tomar parte en aquello. Stern insistió y finalmente O'Brien aceptó. «Muy bien», dijo, con una notable falta de entusiasmo, «mientras no me avergüence y no nos cueste un centavo». Así que buscaron y encontraron patrocinadores, American Airlines para llevar a los jugadores, Schick para financiar una parte y aquella nueva cadena de televisión llamada ESPN para grabarlo y transmitirlo una semana después.

Hasta entonces, la NBA solo había necesitado unas 250 habitaciones de hotel el fin de semana del *All-Star* , pero ahora, de la noche a la mañana, el número se multiplicó por dos. Los Denver Nuggets vendieron entradas de los eventos del sábado por dos dólares la localidad e hicieron una brillante labor promocionándolos El estadio estaba atestado. Aquel fin de semana, por primera vez, dio la sensación de que el pasado y el presente de la NBA se fundían, de que Larry Bird y Magic Johnson se mezclaban con Oscar Robertson, Elgin Baylor, Jerry West y todos los grandes jugadores del pasado. Julius Erving, a punto de cumplir los treinta y cuatro años, accedió generosamente a formar parte del concurso de mates, enfrentándose al joven Larry Nance. En el mate final, como casi todos sabían que iba a ocurrir, Erving se fue al extremo de la cancha y echó a correr. Cuando llegó a la línea de tiros libres, dio un salto (algunos perfeccionistas pensaron que debería haber ido un poco más allá) y todo el público se levantó como si fuera una sola persona. Fue un gran éxito. Nadie quedó en evidencia, David Stern no tardó en reemplazar a Larry O'Brien y un año después un joven llamado Michael Jordan entraría en la liga, preparado para ganar el concurso de mates, si así lo decidía.

Que solo unos años después la NBA fuera un deporte de moda, sobre todo entre los jóvenes, a los que Madison Avenue codiciaría, fue un fenómeno sorprendente. Y algo más notable aún fue que aquel fenómeno no tenía lugar solo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. Así pues, los patrocinadores veían este deporte, más que el béisbol o el fútbol, como una puerta abierta a un mercado internacional de jóvenes. El propio Stern se guardó de atribuirse demasiado mérito por el cambio. Las fuerzas reales, se apresuró a decir, estaban totalmente fuera de su control, impulsadas más que nada por el progreso tecnológico, sobre todo por la aparición de la televisión por cable. De repente, había programas de varias horas de duración dedicados únicamente a las noticias que se producían diariamente en los deportes de la nación. «Sin saberlo», dijo, «estábamos entrando en una nueva edad de oro de los deportes, sobre todo del baloncesto, gracias al *boom* de la televisión, sobre todo de la televisión por

cable». Aquello, señaló, catapultó de un modo excepcional todos los partidos que se transmitían, no solo a nivel nacional, sino también regionalmente, y catapultó del mismo modo las posibilidades comerciales.

No obstante, aquella edad de oro no comenzó precisamente de manera dorada. La ESPN empezó a emitir el 7 de septiembre de 1979, una fecha que casi coincidió con la llegada de Larry Bird y Magic Johnson a la NBA. La televisión por cable, impulsada por los grandes avances tecnológicos derivados del programa espacial, estaba iniciando sus peripecias en aquel momento. La cadena ESPN no parecía una apuesta segura, ni mucho menos. Comenzó basando su campaña en ofertas y los 1,4 millones de suscriptores potenciales tenían la opción de contratar el servicio. Había sido ideada por un hombre llamado Bill Rasmussen, del que no se puede decir que fuera un puntal en el mundo del deporte americano. Entonces tenía cuarenta y seis años, y su trabajo más reciente había sido como responsable de prensa de los New England Whalers, de la vieja Asociación Mundial de Hockey, un trabajo del que había sido despedido sin ceremonias porque el equipo no había llegado a los *playoffs* por primera vez en varios años. «Hicieron lo que hacen los equipos en situaciones como aquella: despedir a alguien que no sabía patinar, como el encargado de relaciones públicas», comentaría más tarde.

Aunque su idea acabó lanzando a las nubes el mundo deportivo de América y la internacionalización de los deportes, la visión original de Rasmussen no había sido ni nacional ni mundial. En principio, él había previsto algo parecido a una cadena local o regional para promover a los deportistas universitarios de Connecticut, sobre todo los partidos de baloncesto de la Universidad de Connecticut, así como los partidos de Yale, Wesleyan, Fairfield y otras universidades. No tenía ni idea de qué tecnología necesitaría para hacerlo, pero estaba seguro de que había un público para aquello.

Una vez Rasmussen había fundado una informal cadena regional de emisoras de radio para transmitir partidos de fútbol americano de la Universidad de Massachusetts, así que tenía algunas conexiones en el mundo del deporte universitario y cierta idea de lo que se necesitaría: una especie de unidad móvil que visitara varios campus. John Toner, el director deportivo de UConn, y él hablaron de la idea y Toner lo animó. Más tarde, en junio de 1978, Rasmussen se reunió con unos amigos para ver sus reacciones. Uno dijo que había una tecnología nueva llamada recepción por satélite que estaba abriéndose camino en el mundo de la televisión por cable y que podría ser la clave para poder emitir de forma muy barata. Aquella tarde, Rasmussen llamó a las oficinas de RCA. Habló

con un hombre llamado Al Parinello, que vendía espacios para canales de un satélite de comunicaciones. La demanda de espacios de satélites era tan escasa que Parinello le preguntó dónde estaban sus oficinas y dijo que iría allí al día siguiente.

Parinello explicó lo que podía hacer el satélite y llegó equipado con su catálogo de precios. Para el uso normal del cable (cinco horas al día) tendrían que pagar 1 250 dólares diarios, dijo. Había otra oferta, comentó, pero nadie la había aceptado hasta la fecha. ¿Cuál era?, preguntó Rasmussen. Pues veinticuatro horas de servicio al día por 34 167 dólares al mes. Scott, el hijo mayor de Rasmussen, de veintidós años, estaba presente en la reunión, calculó rápidamente y se dio cuenta de que el servicio completo costaría solo 1 139 dólares al día. La decisión estaba cantada: querían las veinticuatro horas.

La siguiente cuestión era qué emitir por el canal durante todo el día. Scott Rasmussen sugirió partidos de fútbol americano de la liga universitaria. Bill Rasmussen sabía, por su experiencia en la Universidad de Massachusetts, que la NCAA permitía repetir la emisión de partidos. Aunque las grandes cadenas tenían en exclusiva los mejores partidos de fútbol americano de la liga universitaria, solo se emitía un pequeño puñado de partidos de la NCAA. ¿Y qué había de todos los partidos universitarios que nunca se emitían? ¿Podían emitirlos ellos en directo o en diferido? ¿Y qué había de volver a emitir partidos antiguos? ¿Y todos los demás deportes interuniversitarios que no se televisaban nunca? ¿Se transmitía el hockey por televisión? ¿La lucha libre universitaria? ¿Los campeonatos femeninos? ¿Los campeonatos de baloncesto de la Conferencia regional que preparaban el terreno de las finales de la NCAA y que los aficionados encontraban cautivadores? Gracias a su amistad con Toner, Rasmussen habló con gente del comité de televisión de la NCAA y los encontró interesados y dispuestos: televisar más partidos, y sobre todo televisar partidos de deportes minoritarios, era algo que creían que sería bueno para todos los implicados, sobre todo para los muchachos que jugaban en deportes minoritarios y que nadie más conocía.

Los Rasmussen alquilaron una oficina vacía en Plainville, Connecticut. Construyeron las mesas, le gustaba recordar a Rasmussen, con puertas viejas y patas que eran troncos de árbol. A principios de septiembre de 1978, Parinello llamó a Rasmussen y lo urgió, si todavía estaba interesado, a presentar la solicitud cuanto antes a la FCC (Comisión Federal de Comunicaciones), que revisaba todas las solicitudes de los canales. Rasmussen lo hizo. Pocos días después, *The Wall Street Journal* llevaba en primera página una noticia

detallando lo que la tecnología de satélite podía significar para la programación por cable. De repente, la compañía RCA se vio asediada por solicitudes de espacios de todas las grandes cadenas de televisión. Pero la FCC funcionaba sobre la base de que el primero que llega es el primero en ser atendido y Rasmussen estaba por delante de los grandes. Había dado con algo que era literalmente de un valor incalculable. Cuando a finales de septiembre se concedieron los canales, la Entertainment Sports Programming Network (llamada a veces E.S.P. Network) de Plainville era la única compañía desconocida que tenía un canal.

A las dos horas de anunciarse, recordaba Rasmussen, sonó el teléfono de su despacho. Era una compañía de inversiones de Nueva York que representaba a una compañía de medios de comunicación que quería el espacio transpondedor de Rasmussen. «Señor Rasmussen», dijo una voz, «trabajo para una importante agencia bursátil de Wall Street y tenemos un cliente muy poderoso interesado en ese espacio, y podemos hacerle muy rico al final del día». Para lo único que sirvió esa llamada, recordaba Rasmussen, fue para enseñarle que tenían algo valioso entre manos. Más tarde pensó que podía haber cambiado su chollo por al menos 5 millones de dólares. Mientras tanto, todos los miembros de la familia Rasmussen se pusieron a reunir dinero para poder empezar. Las tarjetas de crédito de Rasmussen se estiraron hasta el límite. Una compañía de inversiones de Pennsylvania, advirtiendo que aquello podía ser valioso, les dio 250 000 dólares y prometió buscar más dinero. No tardó en aparecer Getty Oil con 10 millones de dólares, lo cual representó más del 85 por ciento del dinero de la compañía. Eso fue lo que realmente necesitaban para empezar y significaba que el negocio ya estaba en marcha.

Años más tarde, forzado a irse de la compañía que había surgido de su idea inicial, pero un hombre muy rico a pesar de todo, Rasmussen pensaba que lo que había pasado era característico del mundo de los emprendedores americanos. Le hacía gracia que, a él, un profano sin capital ni acceso al capital, y sin experiencia en televisión, se le hubiera ocurrido una idea de tal originalidad e importancia cuando a ninguno de los grandes ejecutivos de todas las grandes compañías de comunicación (muchos de los cuales tenían como único cometido tratar con los deportes) se les había ocurrido nada parecido.

En febrero de 1979, Rasmussen hizo un trato con la NCAA por un importante paquete de deportes, incluido el fútbol americano. Luego, Anheuser-Busch firmó un preacuerdo de publicidad por 1,4 millones de dólares, el mayor volumen de publicidad cedido hasta entonces a una compañía de cable. Se creó un logotipo.

Tenía que llamarse ESPN-TV, pero de la impresora salió ESPN y lo dejaron así. La compañía instaló las oficinas centrales en Bristol, Connecticut, en gran parte porque era barato. No todo el mundo los recibió bien. Un exalcalde de Bristol que se presentaba en las siguientes elecciones miró las dos enormes antenas parabólicas de la compañía y predijo que matarían centenares de pájaros y que todos los que vivieran cerca recibirían radiaciones. La ESPN empezó a emitir en septiembre de 1979.

De este modo, una revolución tecnológica orquestó el inicio de un profundo cambio cultural. Sin que nadie se diera mucha cuenta, había llegado el futuro de los deportes. La atención que América ponía en sus deportistas, potenciada con la llegada de la radio a principios de siglo (un avance tecnológico que catapultó la popularidad del béisbol) y que había vuelto a aumentar a finales de los años cincuenta con la llegada de la televisión (que fomentó el fútbol americano profesional, sacándolo de la condición de liga menor y elevándolo a una categoría auténticamente importante), estaba a punto de dar otro salto gigantesco, un salto que esta vez abarcaría todos los deportes, pero sobre todo el baloncesto. Aquel mismo año, Michael Jordan creció mucho en poco tiempo, entró en el equipo oficial del Instituto Laney y se convirtió en su jugador estrella, y Michael Brown llamó a Roy Williams para decirle que tenía un jugador estudiantil de gran talento en el que Carolina debería fijarse.

La ESPN no creció sin dificultades. Un año después de su lanzamiento, la gente de Getty llegó a la conclusión de que Rasmussen no estaba en condiciones de dirigir su propia compañía y lo desplazaron. Durante unos años, aquella compañía novata pareció simbolizar un beneficio potencial más que un beneficio real. Muy pronto, antes de que se reconociera su auténtico potencial comercial, se desangraba a ojos vistas, llegando a perder el primer año, según se decía, 30 millones de dólares y 40 millones en 1982. Los ejecutivos de Getty no acababan de darse cuenta de lo que pasaba. En un momento dado, quisieron abandonar, pero pensaron que la cadena todavía no tenía un valor suficiente y que debían seguir empuñando el timón un poco más. Pero entonces la cadena se afianzó poco a poco, más que nada por la pasión de los televidentes, esos grandes adictos al deporte americano, que estaban enganchados antes incluso de que la cadena ganara dinero. Desesperada por repuntar, la ESPN decidió pedir a las compañías de cable locales una tarifa de cinco céntimos por subscriptor. A las compañías de cable no les hizo mucha gracia la idea, pero presionados por sus abonados, los hinchas, accedieron. A partir de 1983 los subscriptores tuvieron que pagar, aunque indirectamente.

Las cosas se estaban animando. Texaco compró Getty y puso la ESPN a la venta. En abril de 1984 la compró ABC, no tanto porque la quisiera como para que no se la quedara Ted Turner, artífice de la CNN y una potencia creciente en la televisión por cable. El precio de ESPN había subido exponencialmente y a ABC le costó 237 millones de dólares. Los Rasmussen aún tenían el 12,5 por ciento de la compañía, lo que significa que ganaron unos 30 millones de dólares con la transacción. La llegada de ABC lo cambió todo: llevó a la ESPN gente de gran dinamismo y sabiduría televisiva. En 1984 la ESPN se consolidó: ya llegaba a 34 millones de hogares y se había convertido en una parte de la vida de los hinchas de todo el país. En todo caso, los hinchas iban en cierto modo por delante de los que tomaban las decisiones en la televisión. Sabían lo que querían, prácticamente un acontecimiento deportivo por noche, y aquella extraña y pequeña cadena, con su programación unas veces irregular y otras brillante, podía suministrarlo.

El año que la ESPN llegó realmente a la mayoría de edad, 1984, fue también el año en que David Stern fue nombrado comisario de la NBA y el año en que Michael Jordan dejó la Universidad de Carolina del Norte para jugar con los Chicago Bulls. Dos años antes, la ESPN había emitido su primer partido de la NBA como parte de un contrato de dos años. Más importante aún era que la cadena había estado emitiendo partidos universitarios desde el principio, en 1979, convirtiendo a los jugadores en mayores estrellas cuando llegaban a la NBA ya conocidos por los aficionados que los veían en casa. El baloncesto cada vez llegaba más lejos, primero en Estados Unidos y pronto en todo el mundo. El juego atravesó las fronteras nacionales con más facilidad que sus dos rivales domésticos, el fútbol americano y el béisbol, en parte porque sus normas eran muy claras. En el nuevo mundo comercial y tecnológico interrelacionado vía satélite, Estados Unidos era el equipo local. Era el país más rico del mundo, sus posibilidades de emitir programas eran mucho mayores que las de otros países debido a la amplia red de comunicaciones ya existente. Tenía un idioma aceptado a nivel internacional y estaba en la vanguardia de la cultura popular, una fuerza que atraía a jóvenes de todo el mundo, siempre ansiosos por romper el dogma y las restricciones de la generación anterior. Todo esto redundó en beneficio de David Stern y la NBA.

Para bien o para mal, América, en los años ochenta, no solo exportó sus productos mecánicos o sus coches, sino también su cultura: la comida rápida, la Coca-Cola y las hamburguesas; su forma de vestir más relajada e informal; su música popular, sus películas y sus series de televisión. Y sus deportes. El nuevo

deporte que estaba conquistando el mundo, que estaba ganando mayor popularidad aún entre los jóvenes, no era el fútbol (*soccer*), aunque este seguía siendo hegemónico en muchas partes del mundo, sino el baloncesto. El *soccer* se consideraba demasiado lento en Estados Unidos y un deporte en el que defensores de menor talento podían neutralizar sin problemas la capacidad de los atacantes de más talento, un error que la NBA se cuidó muy mucho de evitar. Puede que los tradicionalistas de otros países lamentaran el nuevo imperialismo cultural americano, y que vieran esta americanización (o democratización) de su cultura como una especie de nueva barbarie, pero su atractivo para los jóvenes (y con el tiempo no tan jóvenes) era innegable. Es más, la explosión de tecnología moderna estaba cambiando el ritmo de la vida en todo el mundo desarrollado, aumentando de velocidad constantemente. El baloncesto era un deporte de velocidad: la acción era rápida, las canastas frecuentes y el marcador cambiaba muy deprisa.

Si Estados Unidos era el equipo local en la nueva cultura internacional, entonces era inevitable que antes o después un deportista estadounidense se convirtiera en un personaje comercial de referencia, el vendedor perfecto de una inmensa variedad de productos exportados por compañías de esa superpotencia rica cultural y comercialmente. Ese personaje tendría que ser un deportista de talla en un deporte que ya se siguiera en todo el mundo, pero que también fuera popular en América. Pelé, el gran futbolista brasileño, habría podido ser un candidato; su encanto y talento eran evidentes, y tenía una sonrisa deslumbrante que brillaba por encima de las antiguas e históricamente rígidas barreras nacionales. Pero sus años buenos llegaron antes de la internacionalización de la economía y el *soccer* no tenía mucho atractivo en Estados Unidos. Muhammad Ali también habría podido ser otro candidato, pues era hermoso y encantador y divertido, pero sus años grandes también habían llegado pronto, en los sesenta y los setenta. Además, practicaba un deporte que tenía una brutalidad innata y era un anatema para los dioses de Madison Avenue, porque había cometido dos errores garrafales de acuerdo con sus principios: adoptar un nombre musulmán y oponerse a una guerra imposible de ganar en Asia. Madison Avenue nunca llamó a la puerta de Ali, aunque en los últimos tiempos de su trayectoria consiguió un anuncio del matacucarachas D-Con.

Visto retrospectivamente, era inevitable que el jugador catapultado como representante comercial insignia del nuevo imperio cultural-deportivo-comercial fuera americano y jugador de baloncesto. Los otros deportes dominantes en América quedaron eliminados por la naturaleza de su calzado. No había batallas

comerciales internacionales que librar por las botas de fútbol o los zapatos de béisbol como las que se libraron en los años ochenta por el derecho a ser el rey mundial de la zapatilla. Nike, Converse y Adidas estaban en guerra y la NBA fue la beneficiaria. Luego llegaron las compañías de hamburguesas y de refrescos. Los jugadores de la NBA, como pronto demostrarían los anuncios de Nike, eran muy comerciales y atractivos, sobre todo para clientes jóvenes que no estaban tan preocupados por el concepto de raza como sus mayores, los que hasta entonces habían tomado las decisiones en Madison Avenue.

Además, el baloncesto se benefició de toda clase de mejoras tecnológicas, no solo de los satélites. La tecnología también había mejorado en los dos extremos de la visión de un partido: las cámaras desplazadas al campo eran mejores y los aparatos de televisión eran más grandes y de calidad superior. Como la imagen era más nítida, los jugadores de baloncesto proyectaban una sensación mayor de familiaridad física y emocional. Y una superestrella de baloncesto, un jugador realmente excepcional con solo cuatro hombres más en la cancha, jugando tanto en defensa como en ataque, podía dominar el juego y disparar la imaginación del público como nunca podría un jugador de béisbol, entre nueve jugadores o más, o un jugador de fútbol con otros veintiuno como él. De repente, con el talento de los mejores publicistas de imagen a su servicio, el encanto de Michael Jordan, Charles Barkley y Magic Johnson se hizo patente.

Mientras que Nike y otras compañías presentaban a jugadores individuales como Michael Jordan como estrellas, y mientras la liga y la televisión se confabulaban para promoverlas, aparecía en el campeonato un nuevo e importante camino que apenas se entendió entonces. Formaba parte de un nuevo fenómeno, más amplio, que tenía lugar en el deporte y en la sociedad en general, pero más manifiesta y obviamente en el baloncesto. El baloncesto y la gente que lo dirigía tomaron una decisión crucial: seguirían este nuevo camino o su liga perecería como deporte mayoritario. Promocionaron a los jugadores individuales más que a los equipos. Algo que habría sido un anatema para los propietarios de clubes, los entrenadores y muchos deportistas en el pasado, el culto a la personalidad, se estaba convirtiendo, aunque inconscientemente, en algo obligatorio, mientras el deporte buscaba ampliar su base de seguidores. Sus defensores, propietarios y patrocinadores ya no se veían compitiendo con equipos rivales, ni siquiera con deportes rivales. Ahora competían en un estadio mucho más grande y feroz (con estrellas de rock, con el cine y toda clase de entretenimientos modernos) para conseguir una parte del dinero que recaudaba la industria del ocio. Los estadios tenían que ser nuevos y modernos, y disponer de

tribunas de lujo, y tenían que abastecer de entretenimiento constante: gimnastas y bailarinas en la cancha, y música de rock a todo volumen. Había que poner pantallas de Jumbotrón a cierta altura para que los seguidores pudieran ver la acción y, a veces, quizá con mayor placer, verse a sí mismos. Lo que más ofendía era el silencio o el tiempo muerto en el estadio.

Los puristas a los que les gustaba el juego como un fin en sí mismo y les preocupaba la cultura del estrellato en este deporte estaban escandalizados. Los directivos de los Bulls, como gran parte de la vieja guardia de la liga, no estaban muy seguros al principio de que les gustara este nuevo camino. Cuando se emitió el primer anuncio comercial de zapatillas Nike con Michael Jordan, el director general de los Bulls, Rod Thorn, estaba muy inquieto. «¿Qué queréis hacer con mi jugador?», preguntó Thorn a David Falk tras ver el anuncio. «¿Convertirlo en un tenista?».

«Pues la verdad», le respondió Falk, «eso es exactamente lo que quiero hacer».

La naturaleza del público empezó a cambiar. Si antes había hinchas incondicionales, a menudo poco acomodados, ahora había aficionados más ricos, capaces de pagar tribunas de lujo, cuyo interés en el equipo era más aleatorio y cuya dedicación tenía menos arraigo. Que Michael Jordan estuviera insólitamente bien preparado para desempeñar el papel que le habían asignado como nueva superestrella del entretenimiento multiuso y siguiera siendo absolutamente puro como jugador de baloncesto lo convirtió prácticamente en la excepción. Otros equipos, que habían fichado a otros jóvenes con talento, no iban a tener siempre tanta suerte.

De modo que cuando Michael Jordan llegó a la liga, estaban produciéndose ya, en la tecnología y en la economía internacional, muchos cambios que afectarían a su futuro y de los que se convertiría en el principal beneficiario. El propio David Stern comentaría más tarde que apenas se había dado cuenta de la aparición de Jordan por lo ocupado que estaba con los asuntos legales y comerciales que dominaban la agenda diaria de un comisario. De hecho, lo que más recordaba del *draft* de aquel año fue que hubo que multar a Portland por manipular a Akeem Olajuwon. No obstante, la llegada de Jordan al principio de la trayectoria de Stern sería uno de los grandes factores determinantes del singular éxito del comisario. Si Stern había buscado el éxito, y además una nueva clase de respetabilidad para su liga, la llegada de Michael Jordan fue la respuesta a sus plegarias.

Nada reveló tanto los cambios aportados por la cobertura del cable, y la creciente prosperidad de la liga, como el acuerdo que la NBC ofreció a la NBA

en 1989 por los derechos televisivos. La CBS había tenido los derechos los diecisiete años previos y en 1989 estaba haciendo un trabajo muy respetable. Cuando aún quedaba un año para que finalizara el contrato, los derechos salieron a subasta. La CBS quería un contrato de cuatro años por 188 millones de dólares o 47 millones por año, y tenía el derecho de igualar la oferta de cualquier competidor. Dick Ebersol, de la NBC, tenía unas ganas locas de quedarse él con el deporte. Estaba seguro de que estaba en alza. Aunque Bird y Magic estaban llegando al final de su trayectoria, los Pistons eran un buen partido, y estaba claro que no solo Michael Jordan estaba llegando a la cúspide de su poderío, sino que también su equipo estaba mejorando. Hizo una puja de 600 millones por cuatro años. David Stern, siempre alerta a la aparición de nuevos apoyos y de clientes más jóvenes, también pidió un programa matutino para niños como parte del paquete; la NBC estaba dispuesto a hacerlo, la CBS no. (El programa se llamaría finalmente *NBA Inside Stuff*). La CBS pensaba que NBC había pagado demasiado, sobre todo con Larry Bird y Magic Johnson ya en la puerta de salida, y pasó. Parece que Neil Pilson, el director de los espacios deportivos de la CBS, dijo a su personal que todo estaba bien, porque Utah y Cleveland seguramente llegarían a las finales.

Pilson se equivocó, lo mismo que la CBS. El primer año que la NBC cubrió las finales fue 1991, que fue el primer año que llegaron los Bulls, y el aumento de audiencia fue impresionante. Y seguiría aumentando. El primer partido de finales que enfrentó a Bird y Johnson había tenido lugar en 1984 y atrajo un índice de audiencia de 7,6. Tres años después, en el último encuentro, había subido a casi 16. En comparación, el último partido de las finales de 1998 alcanzó un índice de audiencia inaudito en el baloncesto solo unos años antes: 22,3.

Más que nada, el nuevo contrato con la NBC simbolizaba que David Stern había conseguido cumplir una parte fundamental de su objetivo inicial de respetabilidad. Para él, era una gran victoria. Aquel día Ebersol preguntó a Stern qué iba a hacer para celebrarlo. «Me voy a casa a cenar con Dianne», dijo.

«Pero ¿quién se lo dirá a los propietarios?», preguntó Ebersol, sabiendo que, con una victoria como aquella, era un placer especial para el comisario llamar a los distintos propietarios (sus jefes) para decírselo, y así llevarse el mérito. Bueno, dijo, que los llamen Russ Granik y Garry Bettman, los dos subcomisarios. En cierto modo, esa era la parte más impresionante de todo el proceso de negociación, pensó más tarde Ebersol: un jefe tan seguro de lo que hacía que dejaba que sus segundos de a bordo llamaran a los propietarios para celebrar la victoria.

10

Chapel Hill; Chicago; Portland, 1984

Cuando uno de sus jugadores estaba a punto de convertirse en profesional, Dean Smith tendía a supervisar y a orquestar toda la operación, admitiendo solo a los agentes aprobados por él para asegurarse de que ninguno de sus chicos era engañado por mercachifles de paso. En aquella época, dos hombres que trabajaban juntos, Donald Dell y Frank Craighill, estaban en una posición ventajosa en Carolina. Dell había sido estrella del tenis y había entrado en el negocio de las agencias representando a otras estrellas de ese deporte. Por su parte, Craighill era un economista que había ido a Chapel Hill y había tenido una beca Morehead, algo que complacía a Dean Smith. A Smith parecían gustarle tanto Dell como Craighill y pronto formaron parte del programa de Carolina del Norte. En aquel entonces, el principal interés y amor de Dell era el tenis, y el baloncesto estaba en la periferia de sus afectos. La agencia Dell-Craighill había tratado bien a los jugadores de Smith, consiguiendo un contrato muy bueno para Tom LaGarde, un pívot alto aunque algo torpe que ya tenía una rodilla lesionada y que había sido seleccionado noveno del país en 1977. Del contrato se decía que era mejor que el que consiguió Walter Davis, que fue el quinto seleccionado aquella misma temporada. A Smith le gustó aquello, la capacidad de hacerlo bien con un jugador de no mucho talento. Desde entonces, la pareja empezó a representar a otros jugadores de Carolina del Norte, incluidos Phil Ford, Dudley Bradley y James Worthy.

Cuando Dean Smith tomó la decisión de que Michael Jordan saliera al mercado al acabar su penúltimo año, David Falk era más bien el socio menor de Dell. Hubo algo de casualidad en el proceso por el que Dell y Falk llegaron a representar a Jordan. Aquel año, la agencia Dell-Craighill se dividió, mientras que Dell y Falk siguieron juntos, Craighill y otro miembro de la empresa, Lee Fentress, abrieron un despacho rival. La división planteó a Dean Smith un

dilema. Estaba relacionado con ambos grupos y por tanto inseguro de con cuál debían ir sus chicos.

Cuando uno de sus jugadores estaba a punto de irse antes de lo previsto, como Jordan ahora, a Smith le gustaba reconocer el terreno, asegurarse de que el valor económico del jugador merecía que renunciara a su año de elegibilidad. En este caso, había dejado que Dell y Fall hicieran el reconocimiento por él, así que ya tenían un pie en el umbral. Smith acabó dejando que se llevaran a Jordan, mientras que Sam Perkins se fue con Craighill y Fentress.

Lo normal en aquellos días era que Dell hiciera el contrato inicial y luego Falk, subordinado de Dell pero mucho más experto en baloncesto, iría detrás, haciendo acuerdos posteriores con el jugador, incluidos los contratos de las zapatillas, y luego consideraría el dinero periférico. Cuando Jordan salió de Carolina en 1984, los exalumnos que ya eran profesionales estaban empezando a hablar mucho más de David Falk que de Donald Dell, porque Falk era el que manejaba a los representantes con los que trataban, el hombre que estaba a su lado y se ocupaba de todos los acuerdos comerciales, que, con el ascenso de los jugadores de la NBA a un nivel de fama superior, ya no eran tan residuales. Como comentó Falk más tarde, «Dean Smith me consideraba aún el inferior y a Dell el superior, pero sus jugadores empezaban a verme como el superior, la persona con la que realmente trataban».

Desde el momento en que se fue con la agencia de Dell, dado el crecimiento del dinero periférico, Michael Jordan se fue básicamente con David Falk, y lo eligió, como le gustaría decir más tarde, porque Falk llevaba el mismo corte de pelo que el padre de Jordan, o sea, que era prácticamente calvo. Pocos se beneficiaron más que Falk de los cambios que estaban teniendo lugar en el baloncesto y en el deporte americano. En un breve período (una década) dejó de ser un brillante joven que se abría paso en el nivel más bajo del deporte, que parecía cautivado por el prestigio y la sofisticación de Dell, que intentaba vestirse como él y hablar como él, para convertirse en un importante millonario cuya influencia parecía rivalizar con la del mismo comisario y ser mayor que la de muchos propietarios de clubes. Dos cosas contribuyeron a ese ascenso: primera, el profundo cambio de la legislación laboral, que permitió que el poder pasara casi totalmente de los propietarios a los jugadores y por tanto a sus agentes; segunda, el brillante trabajo que hizo Falk representando a Michael Jordan. Empezaba una nueva era y él estaba presente en sus inicios. En una época de agentes libres y sueldos ilimitados, su equipo de deportistas llegó a incluir no solo a Michael Jordan, sino también a unos veinte de los mejores

jugadores de la liga (entre ellos, Patrick Ewing, Allen Iverson, Juwan Howard, Alonzo Mourning, Dikembe Mutombo, Keith Van Horn y Antoine Walker), muchos de los cuales firmaron con la esperanza de que hiciera por ellos lo que había hecho por Jordan: convertirlos en un icono cultural que traspasara los límites del baloncesto o, en su defecto, conseguirles al menos contratos de 20 millones al año, que en 1998 era una cifra en litigio.

David Falk no siempre hacía uso de su nuevo poder con discreción. No era reacio a dejar que aquellos que él pensaba que estaban por debajo supieran el sitio que ocupaban en la jerarquía en la que ambos operaban. La misión de los buenos agentes no era ser simpáticos, la misión de los agentes era cuidar bien de sus clientes, y si hacía falta, crearse enemigos en el proceso. En general se pensaba que nadie lo hacía mejor que David Falk con la mayoría de sus clientes, y por tanto no era sorprendente que fuera el que tenía más enemigos. En el mundo del baloncesto profesional surgía siempre la pregunta de si era buena idea o no ser un jugador inferior en la lista de Falk. ¿Descargaría un propietario de club en un jugador mediocre de Falk la ira que no podía descargar en un jugador de primera línea? ¿O conseguiría un jugador mediocre de Falk sacar algo de los propietarios que, siendo generosos, esperaban ganarse el favor de Falk para el momento en que tuvieran que negociar por una superestrella?

A Michael Jordan no le molestaba en absoluto que su agente fuera despreciado frecuentemente en privado por la mayoría de los personajes más poderosos del baloncesto. Estaba más que satisfecho de haber conquistado una popularidad sin límites y no tenía ninguna prisa porque su agente hiciera buenas migas con las esferas del poder. Como cierta vez dijo Jordan de Falk, mencionando en la misma frase a uno de los jugadores más temidos de la liga, «se parece mucho a Rick Mahorn: no le gusta a nadie que no esté en su equipo». Si quieres que un perro vigile tu casa, dijo una vez John Thompson (amigo y cliente de Falk), no te compras un cachorro.

El ascenso de David Falk a un puesto de poder en el mundo del deporte no estaba previsto. Era un chico de clase media de Long Island que no tenía nada destacable en sus primeros años, salvo pasión por el deporte y el deseo de ser abogado. Su padre tenía dos carnicerías. Estudió en la Universidad de Syracuse, señal de que no había conseguido acceder al mundo elitista de las universidades más prestigiosas, y no podía decirse que estuviera entre los elegidos de su generación cuando fue a la facultad de Derecho. En otras palabras, no estaba precisamente entre los seleccionados en la primera ronda de fichajes. «Era», como él mismo diría, «un marginado en el escalafón de las jóvenes estrellas del

Derecho y tuve que admitir que nadie llegaría corriendo a buscarme».

Fue admitido en la facultad de Derecho de la Universidad George Washington, de Washington D. C., y mientras estuvo allí trató de relacionarse con el mundo de los deportes, trabajando de aprendiz en el despacho de un agente deportivo. Intentó ponerse en contacto con Bob Woolf de Boston y con Larry Fleisher de Nueva York, pero eran operadores en solitario que no tenían personal a su cargo. Entonces alguien le sugirió el nombre de Donald Dell. Falk llamó varias veces a Dell y no consiguió localizarlo, hasta que un día, furioso por la inaccesibilidad de Dell, no dejó de llamar hasta que Dell se puso al telefóno, algo que hizo, según contó Falk, al decimoséptimo intento. Concertaron una reunión y, según Falk, Dell lo tuvo esperando tres horas, pero al final trabajó de aprendiz para él. Por el día trabajaba con Dell e iba a clase unas veces por la noche y otras en verano. Lo pusieron de machaca con Arthur Ashe y trabajó con una minuciosidad insólita, comprobando constantemente, como pocos agentes hacían, las cifras de los informes económicos que recibía su superior, convirtiéndose así en un personaje imprescindible para Ashe, un hombre al que admiraba mucho.

Incluso en aquellos primeros años se preocupaba mucho y con mucha lealtad por sus clientes. Un año representó a un joven jugador de baloncesto llamado Rod Griffith, que había sido fichado por Denver. Aquel otoño, las limitaciones de Griffith como jugador se habían hecho obvias para la directiva de los Nuggets, y estaba en la cuerda floja, a punto de que prescindieran de él. Falk llamaba todos los días a Donnie Walsh, el director general de Denver, para defender a su hombre, y la cosa es que el día que los Nuggets pensaban prescindir de Griffith, Falk (¿lo habrían avisado los espíritus?), se preguntó Walsh) apareció en el campus de Denver. «Se me ocurrió que, como no había vuelos comerciales desde Washington hasta la Academia de la Fuerza Aérea, donde estábamos entrenando, probablemente se las había ingeniado para llegar allí a bordo del Air Force One», dijo Walsh, «pero fue impresionante ver su abnegación y su lealtad, y le funcionó al menos durante un tiempo, porque aquel día no prescindimos de Griffith».

Falk parecía siempre en acción. Era como si tuviera una mente hiperactiva: pensaba rápido, veía las cosas rápido y se sentía impelido a hablar rápido. Las palabras y pensamientos parecían brotarle como explosiones, como si tuviera prisa por escuchar lo que había dicho antes que nadie, más quizá por miedo a que si no hablaba lo bastante rápido, otro pudiera expresar el mismo pensamiento y quedarse con el mérito de la idea. Conforme aumentaba su poder,

dejaba menos dudas de que su tiempo era muy valioso, desde luego mucho más valioso que el de sus interlocutores, y posiblemente más valioso que el de cualquier otro, salvo quizá el de Michael Jordan. Negociar con Falk, pensaba un director general de la NBA, era como pelear con un pulpo inteligente, por la cantidad de movimientos que efectuaba y por su elasticidad. «Amenazaba, prometía, gritaba… Si no hacías lo que él quería, se acabó, habías terminado con él, tu equipo ya no ganaría más partidos y serías despedido por tu falta de previsión. En cambio, si hacías lo que él quería, puede que fueras el primero de la fila para ser el siguiente Michael Jordan».

Sus jugadores siempre estaban en el lado justo de cualquier conflicto y era inevitable que hubiera muchos conflictos relacionados con David Falk. Los demás estaban en el lado injusto. Los suyos eran siempre los buenos. Una referencia de Sam Smith a un libro sobre Jordan, que en su mayor parte estaba basado en entrevistas con Horace Grant, podía dar lugar a una larga y vehemente serie de ataques verbales contra Grant, casi todos por su presunta falta de inteligencia. Quien se pusiera delante de él en una demanda judicial corría el peligro de ser aplastado, sugirió una vez al periodista Rick Telander.

Caía muy mal a muchos propietarios y directores generales, pero lo ocultaban lo mejor que podían y se esforzaban al máximo en complacerlo, para que su nuevo pívot superestrella, descontento con un contrato que le rentaba solo 18 millones de dólares al año y por el que se acababa de construir un estadio de 3 000 millones de dólares (bautizado, cómo no, con el nombre de una compañía aérea), no optara por cambiar de aires e irse a un estadio más nuevo bautizado con el nombre de una compañía aérea rival.

¿Dónde, se preguntaban a veces los directores generales, estaban los límites del poder de Falk y cuál era el carácter de sus caprichos? Cuando un jugador estrella parecía descontento por algo, ¿era la estrella la descontenta o era Falk? ¿Deseaba Falk un bronceado invernal y prefería visitar Miami en enero y febrero en vez de ir a Minneapolis o a Vancouver? ¿Robaría a su jugador estrella y lo traspasaría a otro equipo de otra ciudad en la que Falk tenía un jugador estrella más viejo y que necesitaba desesperadamente otro talento que lo apoyara? Había una especie de constante en David Falk, y era que, cuando iba de estadio en estadio para visitar y estrechar la mano de sus muchos jugadores, siempre tenía las mejores localidades.

Michael Jordan y David Falk ayudaron a hacerse el uno al otro y ambos aprovecharon en grandísima medida dicha colaboración. Es cierto que Michael Jordan era el personaje que al final realizaba las hazañas, salía a la cancha y

hacía el mate final una y otra vez, pero también es cierto que David Falk contribuyó a revolucionar el proceso de representar a un jugador de baloncesto, entrando en el deporte de equipo y creando la idea del jugador individual como superestrella comercial, una gesta iconográfica que se consideró impresionante en la época. Antes de que Falk consiguiera el primer gran acuerdo para Michael Jordan, el dinero de las zapatillas llenaba más los bolsillos de los jugadores de tenis: Arthur Ashe, Jimmy Connors o John McEnroe podían ganar millones, mientras que los jugadores de baloncesto solo se llevaban una fracción pequeñísima. El acuerdo con Jordan lo cambió todo: un jugador de baloncesto, miembro de un equipo, también podía ser una estrella.

Falk creyó desde el principio que Michael Jordan era especial, que sería capaz de trascender los estrechos límites de su deporte, que tenía un carisma que la gente normal y corriente entendería y al que respondería, cualidades que lo situaban en una élite especial de deportistas como Pelé, Muhammad Ali y Arthur Ashe, cuya fama y celebridad eran mayores fuera de Estados Unidos que dentro.

Lo que David Falk consiguió con Michael Jordan cambió la naturaleza de la representación en los deportes. Cierto que la época era la indicada, que muchas cosas cambiaron de rumbo al mismo tiempo, sobre todo la tecnología en el mundo de las comunicaciones. También es cierto que tenía al deportista perfecto para la época, un virtuoso de un deporte cuyo arte único era evidente incluso para neófitos y que era un joven sorprendentemente atractivo y elegante. Dean Smith, que representaba la otra parte del mundo de Michael Jordan, no estaba muy contento con la bonanza comercial sin límites que el éxito de Jordan había traído (o al menos con la idea de que un agente fuera más poderoso que un entrenador), y se decía que había comentado que su hija podía haber representado a Jordan tan bien como Falk. Así, pues, aunque Falk, se mida por el rasero que se mida, hizo por Jordan lo que ningún otro agente en la historia por otro deportista, David Falk nunca consiguió otro jugador de Carolina después de Jordan.

Para ser justos con Falk, es innegable que vio el futuro antes que ningún otro. Después de todo, ¿por qué lo que pasó con Jordan no había ocurrido poco antes con Magic Johnson? Johnson había llegado en 1979 con un campeonato en la NCAA bajo el brazo, y lideró a los Lakers hasta conseguir un campeonato de la NBA en su primer año, jugando con brillantez en el partido final contra Philadelphia. Los Ángeles era desde luego una ciudad más mediática que Chicago, una ciudad desde la que se podía promocionar un icono de los deportes capaz de ir más allá de la cultura tradicional y de las fronteras sociales. Al igual

que Jordan, Johnson tenía una sonrisa maravillosa y encantadora. Incluso es posible que el joven Magic Johnson tuviera una personalidad aún más vivaz que el joven Michael Jordan. A diferencia de Jordan, incluso tenía un apodo fabuloso, Magic. Entre otras cosas, se debió al momento: Johnson había llegado en vísperas de la explosión de la más reciente y más pródiga cultura de los deportes, y Jordan llegó después de que los pioneros abrieran el camino. Estaba claro que Jordan cosechó lo que Johnson y Bird habían sembrado. Pero también era cierto que Johnson estaba, a diferencia de Jordan, pobremente representado por gente que solo lo veía como un jugador de baloncesto. En parte debido al dinero que Jordan estaba ganando, Johnson cambió al final de representante.

Cuando Jordan llegó en 1984, el dinero de las zapatillas estaba empezando a aumentar exponencialmente. En aquella época, las grandes compañías eran Converse y Adidas. Nike era relativamente pequeña, a duras penas una competidora importante en el mundo del calzado de baloncesto, aunque sus posibilidades en general cada vez eran mayores. A principios de los años ochenta, se creía que el único que tenía un contrato de seis dígitos (por 100 000 dólares) con las zapatillas era Kareem Abdul-Jabbar. Se decía que los de Bird y Johnson rondaban los 70 000. Apenas unos años antes, en 1977, Nike había contratado a Marques Johnson, el tercer jugador seleccionado en el *draft* , por solo 6 000 dólares. Un año después, Phil Ford consiguió un contrato de 12 000. En 1981, cuando Mark Aguirre fue el primer seleccionado de todo el *draft* , consiguió un contrato de 65 000. Un año después, James Worthy, representado por Dell (y Falk), había sido el número uno de la nación, y había firmado un contrato de ocho años con New Balance, por 1,2 millones de dólares (aproximadamente 150 000 al año). Eso, según Falk, representó el gran avance.

Cuando llegó Jordan, le gustaba decir más tarde a Falk, el reino de las promociones comerciales de jugadores de baloncesto era como el mundo antes de Colón, cuando mucha gente seguía imaginando que la Tierra era plana. El béisbol seguía siendo el deporte más profundamente arraigado en América y el fútbol americano el más emocionante. Las promociones que conseguían los deportistas de equipo solían ser muy limitadas, salvo raras excepciones como Joe Namath, y las promociones que conseguían los deportistas negros eran aún más marginales. El joven Willie Mays había sido un jugador carismático del deporte más celebrado de la nación, su vivacidad imposible de fingir, imitar o esconder, pero la idea dominante en Madison Avenue era, por supuesto, que el país no estaba preparado para que un hombre negro publicitara productos en una nación predominantemente blanca. Mays fue una estrella en los años cincuenta, cuando

se creía que el país no estaba preparado; treinta años después, Madison Avenue parecía creer que el país seguía sin estar preparado.

Falk, sin embargo, creía que había llegado el momento de cruzar la frontera del color en los anuncios deportivos. El país había cambiado, la demografía era diferente. Más aún, como había estado relacionado con el tenis, Falk entendía que el puro talento deportivo solo era parte del paquete, que algunos jugadores tenían cualidades personales que los convertían en agentes comerciales inusualmente atractivos. Creía que Michael Jordan era diferente de otros deportistas de equipo, que había un atractivo, un encanto, cierta gracia en él. Jordan hablaba muy bien, causaba una excelente impresión en una amplia variedad de personas y tenía una sonrisa decididamente seductora.

Falk decidió desde el principio que cuando se reuniera con las compañías de zapatillas, les lanzaría lo que él llamaba el reto Kennedy: ¿Qué podéis hacer por nosotros? ¿Qué harían ellos en términos comerciales? ¿Qué presupuesto tendrían los anuncios en televisión? ¿Le darían a Jordan una gama propia de zapatillas? ¿Una gama propia de ropa? Falk sabía que estaba entrando en territorio virgen. Magic Johnson, que ya había demostrado ser un campeón, un ganador extrovertido (¿qué podía ser mejor?), no había recibido nada parecido, ni tampoco Julius Erwing. Falk entendió que lo tenía todo en contra. No solo estaba allí el eterno prejuicio sobre lo que podían hacer los negros como vendedores, sino el hecho de que Jordan ni siquiera había sido el primer seleccionado en el *draft* y Chicago, a diferencia de Los Ángeles o Nueva York, no era considerado un gran centro de comunicaciones. Además, Jordan no era pívot y en aquellos días los pívots eran los que conseguían el dinero.

La gente de Converse estaba horrorizada por la audacia y la arrogancia de Falk al exigir tanto por alguien no detectado por su sismógrafo. Joe Dean, uno de sus representantes, dijo que tenían sesenta y tres personas que medían dos metros trabajando para la compañía, refiriéndose a que la compañía se había especializado en contratar exjugadores de baloncesto, y el baloncesto formaba parte de la cultura de la compañía. Dijo que lo hacían como había que hacerlo. Que lo tratarían como a Magic Johnson, Larry Bird y Dr. J. Ni siquiera sabían lo que estaban diciendo, pensó Falk. Lo que querían decir realmente era que las verdaderas estrellas eran ellos, que tenían a los mejores jugadores, que no necesitaban ser creativos, que no necesitaban pensar y, finalmente, que no necesitaban a nadie. Falk no era el único negociador que estaba molesto por aquella respuesta. El padre de Michael, James, también tomó parte en las negociaciones y, al verlo, Falk llegó rápidamente a la conclusión de que Jordan

padre era un hombre de negocios muy sagaz. En un momento dado de las negociaciones con Converse, James Jordan levantó la cabeza y dijo: «¿No tienen ustedes ninguna idea nueva ni creativa?».

Por casualidad, las necesidades de Nike coincidían con las de Falk. En aquel entonces, Nike estaba emergiendo de un flojo periodo de ventas. Había sido una compañía oportunista que había aprovechado la primera oleada del *footing* de los años setenta y había prosperado de la noche a la mañana, pero después la compañía pareció estrellarse contra un muro. Nike era un jugador muy pequeño en el mundo del baloncesto. Los mejores profesionales llevaban Converse: Bird, Johnson, Isiah Thomas. «Si hubieras ido a un patio de recreo a preguntar a los niños qué zapatillas querían, habrían dicho: Converse», comentaría años después Peter Moore, un ejecutivo de Nike.

La estrategia de Nike en el pasado había sido fichar un gran número de buenos jugadores, pero no extraordinarios, por una cantidad de dinero relativamente pequeña: el contrato medio era de unos 8 000 dólares por jugador, pero aquello no suponía ninguna competencia para Converse y Adidas. Si se hubiera organizado un partido contra las estrellas de Converse, habría sufrido una derrota aplastante, como Angola al enfrentarse al Dream Team casi una década después. Pero aquella política estaba a punto de cambiar, impulsada por presiones presupuestarias, entre otras fuerzas. Phil Knight de Nike quería recortar el presupuesto de baloncesto en general: demasiado dinero gastado en demasiados jugadores, sin mucho beneficio comercial.

El ejecutivo de Nike encargado de idear una nueva política fue Rob Strasser, el responsable de Nike que negociaba con talento. Strasser no era un empresario cauteloso. Más bien, era un hombre guiado por el impulso y por la fe en su propio instinto, y su instinto, cuando tenía una idea, le decía que se lanzara al ataque. Hazlo y punto, como habría podido decir alguien. La nueva política era que Nike centrara sus energías en un jugador, convirtiéndolo en deportista insignia de Nike, canalizando todos los recursos publicitarios de Nike en él y transformándolo, si la política funcionaba, en algo más que un jugador de baloncesto. Como todos los grandes jugadores que habían salido al mercado antes ya estaban fichados, necesitarían un novato. El *draft* estaba al caer y la cuestión era cuál.

Si los equipos de baloncesto profesional tenían sus cazatalentos, las compañías de zapatillas también. El cazatalentos de Nike era un personaje omnipresente llamado Sonny Vaccaro, que sabía mucho sobre el mundo del baloncesto en la Costa Este y estaba bien conectado con algunas universidades. Era buen amigo

de John Thompson de Georgetown, de Bill Foster de Duke y de Jim Valvano de North Carolina State. Organizar el partido de Dapper Dan, uno de los primeros partidos con jugadores de instituto de todo el país, lo puso en una posición envidiable con entrenadores de instituto que querían promocionar a sus muchachos y con entrenadores de universidad que querían ficharlos. Vaccaro entraba y salía de pistas de deporte, de institutos y universidades, era un hábil comunicador y vendedor de información en un mundo donde el motor comercial de todos era buscar una conexión mejor que la que ya tenían. Lo más natural del mundo para Sonny Vaccaro era aventurarse en una cancha de mala muerte esperando encontrar otro diamante en bruto.

Sonny Vaccaro no conocía personalmente a Michael Jordan, pero había estado observándolo de cerca desde su primer año y enseguida había llegado a la conclusión de que Jordan era especial. Nada le había impresionado más que el decidido baloncesto de Jordan en el partido de 1982 para obtener el título de la NCAA. Había sido algo grande, era un chico dispuesto a hacer el lanzamiento definitivo bajo una presión suprema y encestando como si nada.

Vaccaro no tenía dudas sobre qué jugador fichar. Era Michael Jordan. En una reunión estratégica celebrada a principios del invierno de 1984, apostó por Jordan con todas sus fuerzas. Era posible que Akeem Olajuwon hubiera quedado un poco más arriba en el *draft* , pero era nigeriano, nuevo en el juego y aún estaba aprendiendo inglés. El otro jugador con cierto carisma era un joven regordete de Auburn llamado Charles Barkley. En cierto momento de la reunión, preguntaron a Vaccaro, ya que era una decisión empresarial crítica, si estaba dispuesto a apostar todo su porvenir en Nike eligiendo a Jordan. Totalmente, respondió. Y si tuviera la oportunidad de contratar a diez tipos por 50 000 dólares por cabeza o uno solo por 500 000, ¿seguiría eligiendo un único jugador? Totalmente, dijo, si el jugador era Michael Jordan. Después de aquello, el personal de Nike se decidió por Jordan.

Sin embargo, Nike supuso un problema para Michael Jordan porque a este no le gustaban las zapatillas Nike. Había calzado Converse en los partidos de Carolina porque era el calzado relacionado con Dean Smith, pero las zapatillas y la compañía que prefería eran Adidas. Por desgracia, la gente de Adidas no parecía corresponder a sus sentimientos. Pero Falk y Nike tenían intereses similares, y aquel verano, durante las Olimpiadas, Rob Strasser y Peter Moore fueron a Washington a reunirse con Falk. Falk estaba lleno de ideas, pensaba Moore, no todas muy ingeniosas. Falk sugirió que Nike podía hacer un anuncio mostrando a Jordan haciendo un mate y el mate podía trazar la curva del

logotipo de Nike. O un anuncio con Jordan jugando al billar y haciendo una jugada en que la bola lanzada trazara la figura del logotipo. Falk quería que Jordan tuviera su propia gama de zapatillas y la empresa accedió, ya que el interés era común. La idea que propuso Falk y que gustó a ambas partes fue el nombre de la gama, Air Jordan. Moore hizo un dibujo sencillo, el centro del cual era una insignia con alas levantando una pelota de baloncesto. Moore era un diseñador de considerable talento: con el tiempo lanzaría el logotipo del *Jump Man*, el Saltador, con Michael saltando en el aire y a punto de encestar. Al final de la reunión, todos parecían contentos por el camino que habían tomado.

Sin embargo, aunque se veía claramente que Nike no solo estaba muy interesada por Jordan, sino que además le daría casi todo lo que quisiera, la falta de interés de Jordan por Nike era un problema. A Falk y a los padres de Jordan les costó mucho incluso subirlo en el avión de Portland. Como muchos otros jugadores que salían al mercado en aquella época, pensaba que un contrato por unas zapatillas era un contrato por unas zapatillas: eliges la zapatilla que más te gusta, pillas algo de dinero por promocionarla y luego consigues un montón de zapatillas gratis que puedes regalar a los amigos. Que un contrato por unas zapatillas formara parte de algo más amplio, la venta de sí mismo como jugador, y que pudiera ganar más dinero con la promoción comercial que jugando al baloncesto, era algo que él no acababa de comprender todavía, porque nadie lo comprendía realmente todavía, ni siquiera el personal de Nike o Falk. Finalmente, Deloris Jordan le dijo a su hijo que su padre y ella iban a ir en aquel avión a Portland, y que más le valía que fuera con ellos.

Nike preparó una presentación especial para él. Aunque, de acuerdo con la normalidad que iba a instaurarse pronto en las operaciones comerciales, fue relativamente modesta, en la época estuvo por encima de lo normal. La gente de Nike había montado una película de vídeo con los mejores clips de sus días universitarios y sus partidos olímpicos, y lo tenían preparado para enseñárselo. En el momento clave, sin embargo, cuando Strasser pulsó el botón *play* del magnetoscopio, el aparato no funcionó. Al final se puso en marcha, y el vídeo, acompañado de «Jump», la canción de las Pointer Sisters, se exhibió para la familia Jordan. Peter Moore también había bosquejado modelos de zapatillas de colores, no solo blancas. Además, había preparado dibujos de chándales y de todo tipo de complementos deportivos. En un dibujo, las zapatillas eran rojas y negras. «No puedo ponerme esas», dijo Jordan. «Son los colores del diablo».

«Michael», dijo Strasser, «a menos que consigas que los Chicago Bulls se pongan el azul de Carolina, tus colores van a ser esos».

Según Peter Moore, fue como reclutar a un gran jugador de instituto para una universidad. Después de la primera reunión, fueron todos juntos al gigantesco almacén de Nike, que parecía la tienda de juguetes más grande del mundo, pero con artículos deportivos: entra y sírvete tú mismo, coge todo lo que puedas y mételo en el carrito. Sonny Vaccaro sugirió dar a Jordan algo tangible. En aquel momento, Rob Strasser dijo que sabía que a Jordan le encantaban los coches y que iban a regalarle uno. Le enseñaron un Porsche de juguete. Era una broma, pero Phil Knight no se había enterado y se puso lívido cuando Strasser abrió la boca, convencido de que iban a tirar el dinero con un jugador novato con el que ni siquiera habían firmado el contrato. «Michael», añadió rápidamente Strasser, «con todo el dinero que vas a ganar, podrás comprarte todos los coches que quieras».

James y Deloris Jordan empezaban a estar del lado de Nike, pensó Peter Moore. Era obvio que estaban impresionados por el entusiasmo de Strasser, por el hecho de que la compañía considerase a Michael tan especial y por la cantidad de energía que habían invertido en la presentación. De los sentimientos de Michael no había nada que decir. Estaba sentado allí con Falk y sus padres durante la reunión, sin mostrar ninguna emoción, con cara de póker. Falk, que entonces no conocía muy bien a su cliente, estaba sorprendido. Había allí una compañía haciéndole todos los agasajos humanos y económicos que podía y aquel joven parecía totalmente indiferente a su poder seductor. Cuando terminó aquella decisiva reunión, Jordan se volvió a Falk y dijo: «Hagamos el acuerdo».

«Pero ni siquiera has esbozado una sonrisa ni has mostrado el menor entusiasmo», le dijo Falk.

«Ponía cara de hombre de negocios», respondió Jordan, y al oírlo Falk tuvo la sensación de que estaba tratando con algo más que un joven deportista de talento, que había dimensiones de aquel joven que aún tenía que conocer.

Esa noche fueron todos juntos a cenar. La familia Jordan subió a la limusina y allí, en el magnetoscopio del coche, pusieron otra vez el vídeo de los mejores momentos universitarios de Michael al son de la música. El personal de Nike había elegido un popular restaurante del centro de la ciudad, y cuando los de Nike y la familia Jordan bajaron al comedor de la planta inferior, se cruzaron con muchas personas que reconocieron a Michael Jordan. Moore se dio cuenta inmediatamente de que estaba siendo testigo de algo diferente. Jordan bajó la escalera, alto y atractivo, con una elegancia innata, como si fuera un joven príncipe americano, inmensamente a gusto consigo mismo, y los clientes se volvían para mirarlo.

Al igual que ellos, Michael se dio cuenta de que lo reconocían y les sonrió de la manera más natural imaginable. Estaba claro que el poder de su sonrisa era formidable. La clientela estaba compuesta por ciudadanos de clase media-alta de Portland, todos blancos. La escena fue toda una revelación para Peter Moore, porque el voltaje de la sonrisa del joven era excepcional. Cuando Jordan sonreía, la raza desaparecía. Michael ya no era un hombre negro, era alguien con quien querías estar, alguien a quien querías como amigo. La sonrisa era realmente carismática, reflexionaría Moore en años posteriores: pertenecía a un hombre totalmente cómodo consigo mismo y por lo tanto con todos los demás. Parecía predecir que solo iban a ocurrir cosas buenas. Es más, tenía fuerza, una fuerza que llevaba a la gente normal y corriente a olvidar sus prejuicios habituales. Si Michael Jordan, el de la brillante sonrisa, no estaba preocupado por la idea de raza, ¿por qué ibas a estarlo tú?

Aquella noche, más tarde, cuando el personal de Nike se despidió de la familia Jordan en la limusina con la canción de las Pointer Sisters, Rob Strasser se volvió hacia Peter Moore y le preguntó si creía que podían conseguir a Jordan. «Creo que sí», respondió Moore. «Todos parecían muy a gusto con nosotros». Luego, añadió: «Si lo conseguimos, creo que obtendremos algo especial: tiene una personalidad que no hemos visto nunca en un deportista». Si es bueno como jugador de baloncesto, pensó Moore, tenemos algo grande.

Por supuesto, lo consiguieron. Pero les costó. Falk pedía ciertas garantías publicitarias. Cuando se cerró el acuerdo, representó un gran paso adelante en el nuevo mundo de los deportes de entretenimiento, pues garantizaba a Jordan cerca de 1 millón de dólares al año durante cinco años. Poco sabía la gente de Nike (o la directiva de los Bull) que habían conseguido una de las mayores gangas de la época.

Cuando volvió a Chapel Hill, Jordan le dijo a Buzz Peterson que Nike iba a ponerle su nombre a unas zapatillas. Todo esto le está afectando, pensó Peterson, todos esos premios y trofeos, el Naismith y todos los otros premios. No, insistió Jordan, de veras van a ponerle mi nombre a unas zapatillas. «Michael», respondió Peterson, «no le han puesto el nombre de Larry Bird ni el de Magic Johnson, que son estrellas de la NBA. Ni siquiera has sido el primer jugador seleccionado en el *draft* ». Más tarde, cuando salió la gama Air Jordan, el jugador comentó a algunos amigos que, si tenían algo de dinero, no sería mala idea comprar acciones de Nike porque creía que iban a despegar en breve. Bueno, pensó Peterson, el Entrenador lo ha tenido a raya mucho tiempo, pero ahora se le ha subido a la cabeza.

11

Los Ángeles; Chicago, 1984, 1985

Así que fue a Chicago como hombre de Nike. Pero antes estaban los partidos olímpicos. Estaba claro que estaba preparado para ser profesional. Los partidos olímpicos y los ensayos preolímpicos contra jugadores de la NBA fueron una ocasión única para mostrar lo bueno que iba a ser.

Aquel verano, en Los Ángeles, Jordan había sido el mejor jugador de un equipo olímpico americano lleno de estrellas. Al principio, el entrenador Bobby Knight no las tenías todas consigo: tenía un talento inmenso, le dijo Knight a Billy Packer en los entrenamientos para las Olimpiadas, pero no era muy buen lanzador, sobre todo si jugaba de escolta. Pero Knight pronto se convertiría en uno de los mayores defensores de Jordan. El entrenador, uno de los más exigentes del deporte, estaba impresionado por la intensidad de su presencia defensiva, por su maleabilidad y su competitividad; en términos generales, era un líder natural.

Knight lo llevó aparte al principio y le dijo que podía apretarle para motivar a otros jugadores menos entusiastas y Michael dijo que le parecía bien. Pronto se convirtió en el portavoz del equipo. El día del último partido, cuando iban a competir con España por la medalla de oro, Knight preparó para animarlos el mayor discurso que había preparado nunca, para que los cuarenta minutos siguientes fueran los cuarenta minutos más importantes de su vida y para que recordaran aquel día hasta mucho después de que los demás partidos de su trayectoria hubiesen caído en el olvido. Cuando llegó aquel día a su despacho, Knight encontró en su silla un papel amarillo en el que habían escrito este sencillo mensaje: «Entrenador, no se preocupe. Hemos aguantado demasiada mecha para perder ahora». Firmaba «El Equipo». Obviamente, fue obra de Michael Jordan, pensó Knight, porque nadie más habría tenido el valor de hacerlo. Así que Knight mantuvo la boca cerrada y les dijo simplemente:

«Salgamos y ganemos».

En el descanso, cuando Estados Unidos ganaba solo por veintisiete puntos, Knight decidió meterse con Jordan un poco, para que no hubiera decepciones en la segunda mitad. «Maldita sea, Michael», gritó. «¿Cuándo vas a empezar a hacer bloqueos? ¡Lo único que haces es coger rebotes y encestar!».

Jordan lo miró sonriendo de oreja a oreja. «Entrenador», dijo, «¿no he leído en alguna parte que según usted yo era el jugador más rápido que había entrenado nunca?».

«Sí», dijo Knight. «¿Y eso qué tiene que ver?».

«Entrenador, he hecho bloqueos tan rápidos que ni los ha visto», respondió.

Más tarde, los reporteros, esperando trazar un contraste entre el imprevisible Knight y un Dean Smith aparentemente más controlado, preguntaron a Jordan cómo era jugar para los dos hombres. El jugador respondió que eran muy parecidos, pero que Smith utilizaba el ataque cuatro esquinas y Knight palabras de cuatro letras.

Resultaba obvio que era el mejor jugador del equipo americano. Cuando los americanos machacaron a España, los periodistas preguntaron a uno de los jugadores españoles, Fernando Martín, acerca de Jordan. «¿Michael Jordan?», respondió. «No para de saltar. Es muy rápido. Muy veloz. Y muy bueno. Y no para de saltar».

Los Juegos Olímpicos influyeron mucho en su contrato con los Bulls. Cuando jugó su primer partido profesional, Michael Jordan ya era un joven riquísimo. Donald Dell se ocupó del acuerdo principal. Chicago estaba acorralado (ahí estaba aquel joven de talento que había sido el mejor jugador del equipo olímpico y Chicago era una pequeña franquicia con su credibilidad en entredicho). Firmó por siete años por un total de 6,3 millones de dólares y, según se dijo, fue el tercer novato al que se le hacía un contrato tan largo en la historia de la liga, después de Olajuwon y Ralph Sampson, ambos pívots. «Hubo un poco de toma y daca», dijo Jonathan Kovler a la sazón. «Nosotros dábamos y ellos tomaban». Además, estaba el contrato de Nike por un millón de dólares. Iba a estar bien pagado y el propietario de Chicago estaba satisfecho. «Aquí llega el señor Jordan», decían los primeros anuncios de promoción del hombre que la directiva esperaba que fuera la nueva estrella deportiva de la ciudad.

Jordan lo hizo muy bien en su primera conferencia de prensa en Chicago. David Falk escribió algunas cosas para que las dijera, pero resultó que no necesitaba ayuda; tenía un talento natural para tratar con la prensa. Alguien le preguntó por sus compañeros de equipo en Chicago, y él respondió que no creía

que los Bulls fueran invencibles. Falk no se molestó en ayudarlo con la prensa.

Se hizo con el equipo desde el primer día. Rod Thorn y Kevin Loughery creían que habían elegido bien desde el principio, y todo lo que vieron aquel verano durante los Juegos Olímpicos confirmó su opinión. No se trataba solo de capacidad deportiva, sino también de concentración: al contrario que muchos jugadores de talento con una capacidad deportiva excepcional, Jordan, bien entrenado y muy inteligente, podía utilizar y utilizaba su talento con gran determinación. Todos los días utilizaba su velocidad superior, su capacidad para saltar y su fuerza para preparar sus lanzamientos. La capacidad para preparar lanzamientos era una de las dotes que diferenciaba a los jugadores profesionales de los universitarios. Los defensores profesionales eran tan duros que muchos jugadores con buen ojo para lanzar que habían parecido invencibles en la universidad se venían abajo rápidamente. Les faltaba fuerza física o rapidez para preparar lanzamientos de aquel nivel, y dependían de sus compañeros de equipo para librarse de los bloqueos. Desde el principio fue evidente que Jordan estaba excepcionalmente cualificado para preparar un lanzamiento, quizá mejor que ningún otro jugador de la liga.

Jordan dominó los entrenamientos totalmente desde el primer día. Nadie podía detenerlo en los ejercicios de uno contra uno. Los demás jugadores no tardaron en quedarse para verlo. En un momento dado, en un ejercicio de cinco contra cinco, Jordan recogió un balón que rebotó en el tablero, recorrió toda la cancha hasta la línea de tiros libres y saltó para hacer un sonoro mate. «No creo que tengamos que hacer más ejercicios de cinco contra cinco», dijo Loughery a uno de sus ayudantes. Más tarde diría a Rod Thorn: «Creo que nos ha tocado la lotería».

Pocos se dieron cuenta de lo fuerte que era, porque parecía muy delgado. Bobby Knight se había fijado en ello y habló a todos sus conocidos sobre la fuerza secreta de Jordan, que era la fuente de toda su capacidad. «No ves su fuerza porque no tiene un aspecto potente, no tiene pinta de animal, pero está ahí y cuando te encara y estás defendiendo y parece que te roza la rodilla con la mano… es como si te apretaran con tenazas», dijo Knight. Y no se había sometido aún a ningún programa de *fitness* de alto nivel.

La otra cosa que vio Loughery y de la que se enamoró desde el principio fue el tamaño de las manos de Jordan. Eran palas de hornero. Loughery había sido un excelente lanzador en su época, pero no tenía unas manos muy grandes. De hecho, a menudo se las había cubierto con pegamento, para tener un mejor control de la pelota. Todos los grandes jugadores con los que había tratado

Loughery, salvo Moses Malone, tenían las manos grandes. Julius Erving tenía manos grandes. Larry Bird tenía manos grandes. Magic Johnson tenía manos grandes. Michael Jordan tenía manos grandes. No había derecho, pensaba Loughery, era como si los tipos así jugaran con una pelota de frontón, no de baloncesto, y controlaran la pelota mucho mejor. Hacía que el juego les resultara mucho más fácil; podían saltar en el aire y seguir haciendo cosas con la pelota que a los jugadores de manos normales les resultaban imposibles.

Desde el principio, Jordan fue mucho mejor de lo que todos habían esperado. Todos pensaban que era bueno, pero ninguno creyó que sería tan bueno y tan rápido como para ser inmediatamente una superestrella. Entró en la liga con un tiro en suspensión que era, de acuerdo con los parámetros de la NBA, un notable. Según Loughery, mejor de lo que nadie había esperado y probablemente mejor de lo que habían sugerido los cazatalentos. La mecánica era muy buena, pero la trayectoria un poco floja. En todo caso, no parecía un tiro tan bueno como fue en realidad porque todos los demás aspectos de su juego merecían un sobresaliente, pensaba Loughery. Pero estaba ansioso por mejorar, y Loughery y él trabajaron su tiro en suspensión todos los días, unas veces durante una hora antes de los entrenamientos, otras veces durante una hora más después, insistiendo siempre en la técnica y en la trayectoria. Incluso aquí era competitivo: se desafiaban a los lanzamientos por turnos y en las primeras rondas siempre ganaba Loughery, pero Jordan lo obligaba a seguir lanzando hasta que Loughery se cansaba y entonces ganaba Jordan. A Jordan no le gustaba dejar ningún juego hasta que ganaba.

Era el primer jugador que llegaba a los entrenamientos y el último que se iba, el más resistente que habían visto en la NBA. El único problema era la medida en que superaba a todos los demás. Cierta vez que Rod Thorn se pasó por la instalación donde practicaban los Bulls, el Angel Guardian, para hablar con Loughery, comprobó que todo el mundo se había ido ya a su casa. ¿Por qué terminaron los entrenamientos tan pronto?, preguntó al día siguiente. «Tuve que dejarlos salir pronto», dijo Loughery, «Michael los estaba dejando sin aliento».

En aquellos días de entrenamiento, jugaban partidos de cinco contra cinco hasta que un equipo había encestado diez veces, y el equipo perdedor tenía que dar varias vueltas corriendo, diez para ser exactos. A Jordan no le gustaba dar aquellas vueltas, así que era muy tenaz en los partidos. Una vez que su equipo ganaba por 8-0, Loughery lo cambió al equipo más débil. Michael se puso furioso y por primera vez empezó a discutir con Loughery. La vida ya era bastante injusta por tener que jugar en aquel lúgubre gimnasio después de haber

conocido el lujo de Carolina, pero que lo pusieran en el otro equipo después de haberle sacado tanta ventaja le parecía algo muy cruel. Loughery no cambió de opinión. «Misma puntuación, Michael: tu equipo está perdiendo». Jordan jugó con rabia, por supuesto, que era lo que Loughery quería, y su nuevo equipo remontó y ganó por 10-8. Al terminar, fulminó a Loughery con la mirada y le dijo: «Ahí le dejo a sus perdedores», y se fue dando zancadas al vestuario. (Unos años después, con Loughery entrenando en Washington, los Bullets estaban jugando en Chicago y llevaban ocho puntos de ventaja en el último cuarto. Entonces Jordan hizo una de sus jugadas patentadas. Cuando hizo la canasta que puso a los Bulls por delante, corrió por la cancha y al pasar al lado de Loughery le dijo: «Igual que en el Angel Guardian, ¿verdad, entrenador?»).

Iba a ser un gran jugador, pensaba Loughery, no a causa de su talento y de su capacidad física, sino porque amaba el deporte. Ese amor no se podía enseñar o fingir, y era algo que siempre había tenido. Estaba contento en los entrenamientos, contento en los partidos, como si ardiera en deseos de que llegaran. No muchos jugadores tenían esa clase de pasión. Muchísimos jugadores modernos, creía Loughery, amaban el dinero más que el juego. Pero el amor de Jordan por lo que hacía era auténtico, y era una enorme ventaja.

Debido a eso, y porque tenía un metabolismo único (un metabolismo que le permitía jugar cincuenta y cuatro hoyos de golf la víspera de un partido crucial de los *playoffs* y no estar cansado), nunca parecía agotarse. Su nivel de energía era único. Era típico de jugadores recién salidos de la universidad, acostumbrados a jugar unos veinticuatro partidos por temporada, que se cansaran durante su primera temporada de novatos, con los agotadores ochenta y dos partidos de la temporada de la NBA y haciendo viajes continuos. Mark Pfeil, el entrenador del equipo, advirtió a Jordan del factor fatiga, que tenía que controlarse, porque había muchos partidos y los viajes eran duros. A Jordan le pareció divertida la preocupación de Pfeil. «¿Estás cansado? ¿Quieres jugar menos minutos?», preguntó Pfiel.

Jordan se limitó a sonreír y dijo: «Obsérveme».

Jordan dejó su impronta en la liga casi desde el principio de la temporada. En su segundo partido, que se jugó en Milwaukee, Mike Dunleavy vio a Jordan saltar cerca de la línea de tiros libres para intentar una canasta, un largo movimiento que solo Julius Erving había sido capaz de realizar. Dunleavy dio un codazo a Kevin Grevey, que estaba sentado a su lado, y dijo: «Ahí está su primera metedura de pata». Pero entonces Dunleavy vio que Jordan volaba hacia la canasta y se dio cuenta de que había sido la primera metedura de pata suya, no

de Jordan.

También hubo claras indicaciones tempranas de su dureza y de su voluntad inquebrantable. Los Bulls jugaron muy pronto contra Washington, que entonces tenía a Jeff Ruland y Rick Mahorn, dos jugadores en muy buena forma física, conocidos como McFilthy y McNasty. [5] Ruland, a raíz de un ataque, dio un fuerte golpe a Jordan y este cayó al suelo de un modo aparatoso. Jordan se levantó, lanzó los tiros libres y cargó otra vez contra Ruland con toda la velocidad que pudo reunir. En otro partido contra Milwaukee, un equipo muy bueno en aquella época, entrenado por Don Nelson, se enfrentó a Sidney Moncrief, uno de los dos o tres mejores jugadores defensivos de la liga. Moncrief fue incapaz de pararlo y de pronto pareció que Nelson modificaba toda su táctica defensiva para que todo el mundo vigilara a Jordan. No sirvió de nada: ganó Chicago. Fue, según el reportero Ron Rapoport, como si un hombre corriera contra un piquete de cinco defensores, ninguno de los cuales pudiera pararlo. Los novatos no hacen cosas así.

Ya desde el principio empezaron a concentrarse multitudes, tanto en Chicago como cuando jugaba fuera de casa. El público del Chicago Stadium casi se duplicó: si antes acudían 6 365 espectadores, en los primeros meses de su primera temporada llegaron a 12 763. Las ventas de abonos de temporada, por los suelos antes de formar parte de la plantilla (los Bulls solo habían vendido 2 047 el año anterior a su incorporación), se multiplicaron por cinco en sus primeros tres años, hasta 11 000. Cuando los partidos de los Bulls se televisaban a nivel local, los índices de audiencia revelaban que sintonizaban para verlo 30 000 hogares más.

Sin embargo, aún no había empezado la Michaelmanía, la verdadera locura. El público aumentaba dondequiera que fuese, pero todavía no había locura. Tim Hallam, entonces jefe de prensa de los Bulls, recordaba ocasionales destellos del culto a la figura de Jordan en un partido de pretemporada que se celebró en Gary, Indiana, en el que anotó unos cuarenta puntos. Hallan recordaba que después del partido hubo un pequeño desfile de niños siguiendo a Jordan por los pasillos del gimnasio. Aquel otoño, *Sporting News* le pidió que posara con bata de cirujano para una portada con estos titulares: EL SIGUIENTE DR. J. Jordan accedió, aunque Hallam aseguraría que no le gustó, porque opinaba que la portada era engañosa. El balón que le dieron no era el balón que Jordan promocionaba y Hallam se dio cuenta de que ponía la mano para tapar la marca del balón (no pensaba anunciar el producto de otra compañía). Incluso entonces ya era muy respetuoso con las empresas que lo patrocinaban.

En aquellos primeros años, sabía tratar a los reporteros especializados, siempre estaba disponible y siempre era cordial. Por un lado, se debía a la educación que había recibido, y por el otro a que comprendía que era una parte importante de su trabajo, parte de su confianza natural y parte su astucia innata. Se daba cuenta de que podía aprender mucho de la liga y de otros equipos (por ejemplo, se enteraba de qué jugadores tenían problemas con sus compañeros de equipo y sus entrenadores), charlando con los reporteros. Absorbía la información y a cambio contaba algún chisme propio, aprendiendo, como aprenden los buenos políticos, que para obtener información tienes que dar información. Parecía tener un sexto sentido para saber qué jóvenes reporteros tenían posibilidades, cuáles serían pronto famosos y tendrían sus propias columnas (Mike Lupica, Michael Wilbon, David Remnick, Jan Hubbard) y con quiénes merecía la pena pasar un tiempo extra. Incluso entonces ya era un astuto juez de la calidad.

Aunque la fascinación que producía en los medios todavía era, en comparación con lo que estaba por llegar, relativamente pequeña, era inmensa para un jugador de los Bulls en aquella época, y Hallam pronto se vio abrumado por las solicitudes de entrevistas. Hallam anotaba debidamente cada petición en un pequeño papel rosa y se lo daba a Jordan, que respondía a cada llamada puntualmente hasta que llegó la mitad de la temporada, cuando se dio cuenta de que era el único jugador del equipo que lo hacía, que todos los demás se desentendían de aquel asunto. La gran norma tácita de la NBA era que, si un reportero quería hablar con un jugador, tenía que pillarlo en el vestuario. Con el tiempo, Jordan y Hallam hicieron un trato: cuando Hallam tuviera una entrevista que le pareciera importante, Jordan la haría, pero también podía pedir un filete y cargárselo a Hallam (aunque Jordan ya comía unos cuantos al día).

En aquellos primeros días, aún podían pasar por los aeropuertos con relativa tranquilidad. De vez en cuando, si lo veían, había una breve conmoción y, cuando ocurría, se portaba con mucha generosidad. Una vez que los Bulls desayunaron en el aeropuerto de Dallas a las siete de la mañana, Jordan estaba en la cola con su bandeja, al igual que todos los demás; entonces se acercó un admirador y le pidió un autógrafo. Jordan respondió muy educadamente que estaría encantado, pero que antes quería terminar el desayuno. El hombre explotó: «Todos los malditos deportistas sois iguales… Estáis muy mal criados». Con el tiempo, el furor popular por Michael no hizo más que aumentar y la directiva de los Bulls decidió coger vuelos más tempranos para reducir todo lo posible el acoso de las multitudes; aprendieron a esconderlo del mejor modo posible al subir y bajar de los aviones, a veces ocultándolo en las salas de espera

hasta el último minuto. A principios de los noventa, ya hacían vuelos chárter.

El primer año le supuso una dura adaptación por muchas razones. No es que hubiera cuatro veces más partidos (le encantaba el baloncesto y parecía tener una energía inagotable). Pero le costó entrar en un proyecto débil después de haber estado en otro muy fuerte. En Chapel Hill todo había sido de primera clase. El proyecto estaba cuidadosamente pensado y brillantemente organizado. Había en el personal de entrenamiento (con ayudantes que eran reconocidos como mejores que muchos primeros entrenadores) una preparación casi única. Había muchos jugadores muy buenos (para que a nadie se le subiera el orgullo a la cabeza y pensara que estaba por encima del proyecto) y todos estaban totalmente entregados. Los jugadores siempre ponían el alma en el juego, tanto en los entrenamientos como en los partidos. Las instalaciones eran de primer orden, mejores que las de casi todos los demás equipos a los que se enfrentaban. Y, sobre todo, sabían siempre lo que hacían y con qué objetivo.

Estaba lejos de ser así en Chicago. Kevin Loughery era un buen entrenador, pero su personal no se parecía en nada al de Carolina. Las instalaciones eran horribles. Peor aún, los jugadores estaban decepcionados. No solo tenían un talento limitado, no solo algunos tenían problemas de drogas que limitaban su rendimiento, sino que, además, no había una pasión clara por ganar, ninguna determinación. Durante el primer año de Jordan, una vez que los Bulls jugaban fuera de casa, le hablaron de una fiesta que se celebraba en la habitación de un jugador. Se dejó caer por allí y encontró a varios compañeros consumiendo drogas (unos fumando marihuana, otros esnifando cocaína) y se fue inmediatamente. No podía ser más distinto de Carolina.

Todo lo relativo a la franquicia parecía estar desgastado. Paul Westhead, que había llegado del lujoso hábitat de los Lakers para estar una breve temporada como entrenador, se quedó atónito al ver lo precarios que eran los recursos de los Bulls en cuanto a la búsqueda de talentos, videograbación e instalaciones de entrenamiento. Angel Guardian, un orfanato reconvertido, era un lugar frío y húmedo, con suelos de cemento, ventanas repintadas (que daban una sensación de oscuridad constante) y un olor desagradable incesante. El paso de aquel centro de entrenamiento a la millonaria y preciosa instalación que los Bulls tuvieron luego en Deerfield es un ejemplo del efecto Jordan: Angel Guardian era el pasado de la NBA; el Berto Center, con su sistema de seguridad para mantener a distancia a los admiradores y periodistas (había una agradable sala de prensa con una ventana de plexiglás que daba a la cancha, pero pulsando un botón, bajaba una cortina que ocultaba la vista), era el futuro.

Aquel año hubo dos opiniones especialmente proféticas sobre Jordan. La primera fue de Larry Bird, cuando los poderosos Celtics jugaron en Chicago. Al acabar el partido, Bird destacó el juego de Jordan. Lo más fascinante, pensó Dan Shaughnessy, cronista de los Celtics por entonces, era que no se trató del típico caso en que los periodistas convencen a la gran estrella para que hable de lo que piensa sobre el recién llegado. Bird lo hizo voluntariamente, con calma, con naturalidad, pero sobre todo con admiración. Nunca, dijo, había visto a un jugador que le diera la vuelta al juego del equipo como hacía Jordan. «En esta etapa de su trayectoria está haciendo más de lo que yo hice nunca. Yo no pude hacer lo que hace él a pesar de ser un novato. Qué coño, esta noche hizo una jugada: él tenía el balón en la mano derecha, lo botó en el suelo, lo recogió. Le di un manotazo, le hice falta y aun así encestó. Todo mientras estaba en el aire». El Chicago Stadium, predijo Bird, no tardaría en estar abarrotado todas las noches para verlo.

La otra opinión procedía de otro jugador sin parangón de la NBA, Jerry West, tan brillante como jugador que el logotipo de la NBA se hizo basándose en su perfil, y que ahora era director general de los Lakers y el considerado como mejor juez de talentos de la liga. West, que había visto a Jordan a principios de año, se volvió hacia Josh Rosenfeld y dijo: «Es el único jugador que he visto que me recuerda a mí».

No fue una mala temporada. Jordan era el novato del año y, aunque jugaba con compañeros de equipo débiles, los Bulls mejoraron su palmarés, ganando diez partidos más que el año anterior. Era joven, guapo y rico, y vivía en Chicago, en un pequeño apartamento en el que él mismo se ocupaba de casi todos los quehaceres de la casa. Nike había encargado a un joven llamado Howard White, antiguo jugador de voleibol en Maryland y buen amigo de Moses Malone, que actuara como su representante ante Jordan, que lo ayudara a ir por el mundo de depredadores que rodeaba a la NBA, un mundo lleno de gente con ganas de explotar la fama de los jugadores. Fue un movimiento astuto por parte de Nike del que surgió una bonita y sincera amistad. White, con más años y más experiencia, ayudó a Jordan a transitar por la potencialmente difícil primera temporada y gracias a él evitó muchas de las trampas que acechan a los novatos. Jordan parecía llevar su fama muy bien. David Stern recordaba que cuando Jordan fue nombrado novato del año, sin duda el Schick Razor Rookie of the Year, la NBA tuvo que gastar casi todo su limitado presupuesto publicitario para alquilar un avión particular que lo llevara y trajera entre Chapel Hill, adonde había vuelto para licenciarse, hasta San Francisco, donde estaban reunidos los

propietarios.

Las Air Jordan fueron un éxito inmediato y fulminante, consiguiendo un volumen de ventas de 130 millones de dólares. Había cierto resentimiento en la liga por este éxito comercial tan repentino, la sensación de que todavía no se lo había ganado, de que su equipo no había ganado nada. Parte de ese resentimiento salió a la luz en el *All-Star* porque Jordan apareció con los colores de Nike. En aquel partido, algunos jugadores veteranos, encabezados por Isiah Thomas y Magic Johnson, conspiraron para excluirlo. Todos estos jugadores parecían estar conectados con el doctor Charles Tucker, que era representante deportivo. Tras el partido, el doctor Tucker cometió el error de jactarse de lo que habían hecho delante de algunos periodistas. Hubo desmentidos poco contundentes por parte de Thomas y Johnson sobre lo que había pasado. (Johnson, al menos, estaba en el equipo contrario, así que su papel fue menor). Dos días después del *All-Star* , los Bulls jugaron contra los Pistons de Thomas y Jordan anotó cuarenta y nueve puntos. Durante un tiempo, el incidente empañó las relaciones de Jordan y Johnson, pero con los años Johnson hizo lo posible para que cicatrizaran las heridas. No ocurrió lo mismo en las relaciones de Jordan con Thomas.

Conforme avanzaba la temporada, Jordan, para sorpresa de Mark Pfeil y otros, se volvía más fuerte. Sorprendió incluso a sus compañeros de equipo. Cuando llegó por primera vez y empezó a dominar en los entrenamientos, comentó su compañero de equipo Sidney Green, todos decían que a mitad de temporada bajaría el ritmo. «Pero a mitad de temporada seguía con la marcha de siempre», comentó Green, «así que nos dijimos: “Cuando pasen tres cuartos de temporada le fallarán las piernas”, pero pasaron tres cuartos de temporada y seguía resistiendo, quizás más que antes». Green se detuvo y, a continuación, hizo un comentario que se repetiría a menudo: «Michael Jordan es la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad, así que Dios nos ampare».

12

Boston, abril de 1986

Al principio parecía un partido menor de los *playoffs* , los humildes Chicago Bulls contra los poderosos Boston Celtics. Pero fue, según dijo Dick Stockton, que lo transmitió para la CBS, la fiesta de presentación en sociedad de Michael Jordan, su auténtico debut como jugador profesional de baloncesto ante una nación todavía insuficientemente preparada. Visto retrospectivamente, lo que hizo la tarde del 20 de abril de 1986 era predecible, dado su instinto para lo espectacular. Y como se predijo, Jordan lo hizo: el día anterior jugó al golf en un campo de Boston con Danny Ainge, escolta de los Celtics, y dos cronistas deportivos. Cuando terminó el partido, Jordan se volvió hacia Ainge y le dijo: «Mañana tendréis sorpresa».

«No habrá ninguna sorpresa», replicó Ainge. «Te marcará D. J.». Se refería a Dennis Johnson, el gran base del equipo.

«Pues dile a D. J. que es posible que mañana se lleve una sorpresa», advirtió Jordan. «Dile que duerma bien esta noche».

Era el escenario perfecto: un partido de *playoffs* en el sagrado Boston Garden frente al mejor equipo de la liga, transmitido por la televisión nacional. Era la segunda temporada de Jordan en la liga y ansiaba jugar en aquel nivel. Se había perdido casi todos los partidos del año por una fractura del pie en el tercer encuentro de la temporada.

Aquel año, el equipo de los Celtics era considerado por muchos aficionados al baloncesto, incluido un buen número de jugadores de los Celtics, el mejor de la época de Larry Bird. Solo había perdido uno de los cuarenta y cinco partidos jugados en casa. Doce años después, Kevin McHale, una de las grandes estrellas y más tarde el jefe de operaciones de los Minnesota Timberwolves, reflexionaba sobre aquel año: «Si un dios misericordioso me dijera: “Vale, McHale, has sido un buen ciudadano, así que puedes volver atrás y jugar otra temporada de

baloncesto porque te gusta mucho jugar", el año que elegiría sería el 85-86».

Así que era el desafío ideal, jugar contra los Celtics en la televisión nacional un domingo por la tarde y, mejor todavía, jugar frente a Dennis Johnson. Los Celtics habían fichado a D. J. porque era alto y con talento, y necesitaban desesperadamente a alguien que pudiera contener a Andrew Toney, el gran escolta de Philadelphia, cuyos éxitos anteriores a D. J. contra los Celtics le habían ganado el apodo de Estrangulador de Boston. D. J. era sin duda el mejor base defensivo de la liga.

Si el requisito para ser una dinastía deportiva era el dominio total de la liga, entonces los Celtics de la era Larry Bird no constituían una dinastía auténtica, porque tenían que compartir ciclo dinástico con los Lakers de Magic Johnson. Juntos sí formaban una dinastía: durante un período de nueve años, Los Angeles ganaron cinco títulos y Boston tres, con los Sixers de Julius Erving como los únicos foráneos que llegaron a la cima. Con ocasión del primer campeonato de los Celtics de la era Bird, Red Auerbach, siempre generoso y encantador cuando ganaba, levantó el trofeo y dijo: «¿Qué ha sido de esa dinastía Laker de la que tanto he oído hablar?».

En 1985-86, los Celtics tenían un gran equipo. Para algunos puristas, sobre todo para los puristas que les gustaban los pívots, era sencillamente el mejor equipo de la era moderna, con una línea de ataque formada por Bird, McHale y Robert Parish (que en total sumaban veintiséis apariciones en partidos *All-Star*) y una defensa con Johnson y Ainge. A Bird, Parish y McHale los llamaban Los Tres Altos. Y aquel año añadieron una pieza más y casi perfecta, el legendario Bill Walton, que en su mejor momento había sido uno de los dos o tres hombres más altos del deporte. Aunque en 1985 su habilidad se había reducido significativamente por culpa de serias lesiones en los pies, seguía siendo, en minutos limitados, un jugador casi mágico por su habilidad para robar la pelota en defensa y lanzarla a la línea de ataque.

Aquella temporada, en el ocaso de su trayectoria tras una serie de intervenciones quirúrgicas en los pies, utilizó su propio dinero para comprar su salida de un atractivo contrato con Los Angeles Clippers. Eso le permitió salir de una especie de purgatorio del baloncesto y entrar en lo que para él era el paraíso, aunque por muchísimo menos dinero. (Rescindir el contrato con los Clippers le costó 800 000 dólares). Primero intentó entrar en los Lakers, llamando a Jerry West, un viejo amigo, pero West le dijo: «Bill, te conozco y me encanta cómo juegas, pero he visto tus radiografías [de los pies] y no puedo aceptar». Walton cogió entonces el teléfono y llamó a Red Auerbach, el artífice de todos aquellos

campeonatos de los Celtics. «Soy Bill Walton, de Los Angeles Clippers», dijo. «Me gustaría jugar en tu equipo. Creo que puedo serte útil». Larry Bird estaba en el despacho de Auerbach cuando llamó Walton y Bird dijo inmediatamente a Auerbach que accediera, sin hacerle preguntas sobre los pies… Si Walton creía que podía jugar, era suficiente para Bird.

Como lo precedía su reputación de superestrella que podía necesitar una atención especial del club, los Celtics decidieron bajar a Walton del cielo. En su primer día, se dirigió al mozo de los vestuarios y le pidió que le llevara un café. Al día siguiente había un cartel escrito a mano que decía: «Ve a buscar tú el puto café, Bill». En el equipo no se permitía a nadie creer que era mejor que los demás, aunque, por supuesto, todos sabían que era el equipo de Larry Bird. Cuando, un día que estaban entrenando, Walton hizo un comentario crítico sobre Rick Carlisle, Bird dijo: «Oye, Rick, dile que cierre la puta boca; solo llevas aquí un año, pero seguro que has jugado más partidos que él en toda su trayectoria».

Emocionado por haber salido de la Siberia del baloncesto, emocionado a aquellas alturas de su trayectoria por estar en un equipo cuyos jugadores irradiaban pasión por el juego, y emocionado también por ser un jugador normal que no tenía que llevar un equipo a cuestas, Walton dijo que aquel año fue uno de los más felices de su vida. Incluso le gustaba el hecho de haber reemplazado a Danny Ainge como principal víctima de los chistes de sus compañeros. En aquel equipo eso significaba algo. Eran buenos, y como eran buenos, también eran gallitos. Se hacían entre sí las típicas bromas de los ganadores. En un partido celebrado en Los Ángeles, durante el calentamiento previo al partido, McHale y Carlisle estaban ejercitándose solos. Carlisle, que tenía un aspecto muy infantil, llevaba un sencillo y anticuado pantalón de chándal gris, sin el logotipo de los Celtics. Estaban lanzando a canasta en extremos opuestos de la cancha. McHale fue a buscar a un guardia de seguridad. «¿Quién es ese tipo?», preguntó, señalando a Carlisle. «¿Es un nuevo jugador de los Lakers?». El guardia de seguridad dijo que creía que Carlisle era de los Celtics. «No lo había visto en mi vida», dijo McHale. «Mire, al entrenador [K.C.] Jones no le va a gustar esto… Podría ser un espía de los Lakers». Así que los guardias de seguridad fueron a echar de allí a Carlisle. El joven jugador no dejaba de gritar: «Estoy con él», señalando a McHale, pero McHale no dejó de negar con la cabeza.

Antes se había celebrado un partido en Portland en el que Bird llegó a la conclusión de que el baloncesto era demasiado fácil, así que aquella noche solo lanzaría con la mano izquierda. Encestó los cuatro tiros primeros y McHale gritó a Jerome Kersey, el jugador que marcaba a Bird: «Eh, Jerome, espera a que

empiece a lanzar con la mano derecha». Algunas noches, inmediatamente antes de lanzar el balón al aire, McHale iría al otro extremo de la cancha y le diría a un jugador rival que D. J. o Ainge habían dicho antes del partido que iban a patearle el culo esa noche. McHale se había ganado el derecho a hacerlo, porque en el primer partido de la NBA en el que jugó, contra los Washington Bullets, Bird, que había llegado una temporada antes, se había acercado a Elvin Hayes, la gran estrella de Washington, y le había dicho: «Elvin, solo quiero que sepas que nuestro novato, McHale, dice que esta noche se va a zampar tu comida».

La seguridad que tenían en sí mismos creció gracias a la presencia de un auténtico gran jugador, Larry Bird. El equipo era conducido por la sola fuerza de su voluntad. Su grandeza y su tenacidad lo diferenciaban, eran contagiosas. Sus compañeros de equipo no osaban contradecirlo. Lo último que querían era que Bird pensara que eran unos jugadores mediocres, porque a sus ojos, él era el mejor que habían visto nunca, y por tanto tenía el derecho a juzgar lo que ocurría en su pequeño y denso universo cerrado.

A nadie del equipo se le permitía defraudarlo. Ni tampoco a los árbitros. Aquel año, en un partido contra los Hawks en Atlanta, jugaron mal la primera mitad, perdían por veintidós puntos. Peor aún, los Hawks iban diciendo cada vez más tonterías según aumentaba la diferencia, sobre todo jugadores a quienes los Celtics no consideraban inmortales. K. C. Jones estaba tan asqueado de su equipo que no dijo una sola palabra durante el descanso. Cuando empezó la segunda parte, Bird, con una insólita mala cara, se acercó a los árbitros y dijo: «No vamos a abandonar, no abandonen ustedes tampoco», una clara advertencia de que pretendía jugar en serio. Luego, siguió corriendo y anotó diecisiete puntos en el tercer cuarto. Al final de ese cuarto, los Celtics perdían solo por ocho puntos y ganaron el partido en la prórroga. Los compañeros de equipo de Bird se emocionaron al ver su tenacidad y acabaron por esperar que fuera así todas las noches.

Aparecía todos los días, no solo en los partidos sino también en los entrenamientos. Una vez, el Equipo Verde (segundo equipo) alcanzó en un mal día al Equipo Blanco (el inicial) y consiguió una gran ventaja. Todo el mundo decía barbaridades e incluso K. C. Jones, decepcionado del inicial, lanzó alguna pulla. Aquello dio alas a Bird y de repente empezó a encestar de tres, acertándolo todo. Lanzaba cada tiro deliberadamente desde una distancia creciente, al principio desde 6 metros, luego desde 6,5, luego desde 7,5, desde 8 y finalmente desde casi diez metros. Los encestó todos. El entrenamiento perdía fuelle, el marcador se igualaba y, con tiempo para una sola jugada más, Bird se

hizo con el balón en un extremo de la cancha. Cuando estaba cerca del centro, todo el Equipo Verde corrió hacia él, dejando a Parish, McHale, Ainge y D. J. totalmente solos. Bird lanzó la pelota a unos centímetros de la línea de medio campo y encestó. Con aquella canasta ganó el Equipo Blanco y Bird se puso a dar brincos por la cancha con los brazos levantados para celebrar la victoria.

Dominaba más con su ejemplo que hablando, aunque era capaz de pinchar con palabras a sus compañeros de equipo si pensaba que estaban dando menos de lo debido. Sus compañeros sabían que nadie jugaba ni entrenaba con mayor esfuerzo. Cuando llegó a la NBA, todos sabían que era un gran lanzador y muy hábil dando asistencias (tenía unas manos enormes y gran visión periférica), pero el hecho de que un jugador con un cuerpo tan limitado según los parámetros de la NBA fuera también un buen reboteador sorprendió a todos. Era muy bueno cogiendo rebotes porque lo trabajaba, y estaba excepcionalmente capacitado para distinguir el menor hueco entre los jugadores apiñados bajo la canasta y de alguna manera meter su imperfecto y defectuoso cuerpo entre aquella masa para estar en la posición que quería. Si la pelota caía cerca de él, era suya: tenía unas manos enormes y maravillosamente suaves con unas grandes y gruesas muñecas. Si había una clave en el juego de Bird, que poca gente veía, pensaba Jimmy Rodgers, ayudante de Boston durante varios años, eran esas muñecas. En muchos sentidos, era un lanzador de muñeca, un pequeño giro de la muñeca y canasta.

Otra cosa que tenía, al igual que Magic Johnson y Michael Jordan, era una gran capacidad para saber dónde estaban todos los jugadores en la cancha en todo momento. Bill Fitch, el primer entrenador profesional de Bird, había animado a sus jóvenes jugadores a hacer fotos, como él lo llamaba, a utilizar los ojos como cámaras. Bird era el mejor fotógrafo de la liga, pensaba Rodgers. Una rápida mirada en cada jugada y sabía dónde estaban los otros nueve jugadores y los árbitros. Eso significaba que sus pases a ciegas no eran tan a ciegas, porque sabía dónde estaban los otros jugadores, adónde se dirigían y cuánto tardarían en llegar allí. Su capacidad para predecir el juego tenía en cuenta el modo de pensar de otros jugadores que entraban en las jugadas, incluidos sus propios compañeros de equipo.

Una vez, al principio de la temporada, Parish no estaba y le tocaba jugar a Walton. Walton llegó pronto y estaba prácticamente solo en la cancha, haciendo ejercicios de estiramiento cuando apareció Bird, que siempre llegaba temprano. «Sé lo que estás pensando», le dijo Bird. «Estás pensando que esta noche vas a conseguir los lanzamientos de Robert y que vas a anotar veinte puntos. Pues

olvídalo. Esos lanzamientos de más son míos. Tu trabajo consiste en ocuparte de los rebotes en el lado flojo». Lo más sorprendente, diría Walton más tarde, era que Bird tenía razón, era exactamente lo que había estado pensando.

Forzaba a sus compañeros de equipo a ser más duros. Jugaba con dolor, es más, con mucho dolor, y esperaba que ellos hicieran lo mismo. Hubo una temporada en que Cedric Maxwell volvió tras firmar un gran contrato (cuatro años, se dijo, por 800 000 dólares al año), pero, según pensaban algunos de sus compañeros de equipo, no respondía con mucho entusiasmo al griterío del respetable. Un día después del entrenamiento, Maxwell estaba sentado en el vestuario, diciendo que ahora que tenía el gran contrato de su vida, fingiría una lesión en la rodilla y así tendría una jubilación parcial. Bird, molesto al oír aquello, dijo sin el menor atisbo de humor: «¿Quieres una lesión en la rodilla? ¿No quieres jugar? Enséñame la rodilla y me ocuparé de eso enseguida». Fue una advertencia muy clara de que el contrato no debía influir para nada en la energía que había que invertir en los entrenamientos y en los partidos. Todos tenían que jugar al máximo. Eran afortunados por estar allí, afortunados por estar haciendo algo que les gustaba y ganando mucho dinero. Y las lesiones que acababan con una trayectoria no eran bromas, sino algo que había que temer más que la peste.

Como Bird irradiaba resiliencia, odio a perder y voluntad de jugar al nivel más alto posible, sus compañeros fueron adoptando gradualmente la misma actitud, como si absorbieran sus cualidades por ósmosis. «Yo lo vi de cerca», comentó una vez Danny Ainge. «Ninguno de nosotros quería decepcionarlo. Todos queríamos merecerlo. Lo más grande de Larry era el efecto que causaba en sus compañeros. Todos los componentes del equipo se levantaban con él, no solo por las expectativas que tenía en relación con ellos, que eran muy altas, sino por las expectativas que tenía en relación consigo mismo, que aún eran más altas». McHale había sido conocido en la universidad como un jugador de talento, aunque no especialmente duro, y de Parish se decía que era blando cuando entró en la liga, pero ninguno de los dos era blando cuando jugaban con Bird. Este no lo habría permitido. En el vestuario, antes de un gran partido, Bird, que no solía hablar mucho, decía algo como: «Esta noche voy a añadir otro capítulo a mi libro; va a ser otra gran victoria de los Celtics», y sus compañeros lo creían, creían que iba a estar a la altura y que los arrastraría consigo.

Aunque su nombre y el de McHale aparecían siempre juntos en las descripciones de aquella singular línea de ataque, había entre ellos cierta tensión latente y tácita a causa de sus personalidades tan dispares. McHale, en muchos

aspectos, trabajaba duro y se comprometía, pero no era tan abnegado como Bird. Este creía que si McHale, con sus brazos larguísimos y sus geniales movimientos a los lados de la canasta, fuera un poco más serio, nadie podría detenerlo, y podría anotar cincuenta puntos (cincuenta puntos fáciles) por noche, todas las noches.

Por eso, había noches en que Bird pensaba que McHale no estaba trabajando lo bastante para liberarse de la marca y no le pasaba ningún balón, aunque estuviera libre según los parámetros habituales. En cambio, McHale, el más gregario de los hombres, una persona que con su amor por la conversación podía haber sido un gran político o el barman más simpático del mundo, un hombre que llegaba al trabajo cada día no solo para jugar al baloncesto de alto nivel, sino para disfrutar del placer social de estar con sus compañeros de equipo, parecía pensar que Bird era demasiado unidimensional, que no tenía otra vida que el baloncesto. Había algo de verdad en eso. Años después, Bill Walton diría de Bird que solo había habido tres momentos en su vida en que había sido realmente feliz, y fueron cuando los Celtics ganaron tres campeonatos de la NBA. Era posible que tanto Bird como McHale tuvieran razón. Las personas que analizaron a Bird advirtieron que cuando hablaba del mejor jugador con el que había jugado nunca, nombraba a Dennis Johnson y no a McHale, y estaban seguras de que era su forma de decir que creía que Kevin McHale nunca llegó a alcanzar una verdadera grandeza.

Había cierta pureza en Bird. Su vida era el baloncesto, ni más ni menos. En una época de nuevos estadios cuya construcción costaba cerca de mil millones de dólares y que tenían tribunas de lujo, llamaba «gimnasio» al lugar en el que jugaba su equipo. Su sistema de valores era sencillo y sin adornos. Ni conocía ni estaba interesado en otro universo. Medía a los demás según se comportaban en la cancha: ¿eran buenos jugadores, ganadores centrados en el equipo, o eran principiantes sedientos de estadísticas? No le gustaban la creciente publicidad ni el ruido generados a raíz de su llegada a la liga y de su rivalidad con Magic Johnson. Otros, como Magic, estaban encantados con la nueva fama y la celebridad propiciada por el cambio de cultura; a Bird no le gustaba y pensaba que era algo que podía distraerlo de la auténtica esencia de su vida, que era jugar a un baloncesto ganador centrado en el equipo. No necesitaba estar en la cima y le preocupaba mucho la pendiente de bajada.

El resto de la cultura popular, que era un potente atractivo para sus colegas (ya que ellos también eran estrellas de la cultura popular y cada vez había más exogamia, jugadores de baloncesto que salían con estrellas del rock y del cine, y

eran llamados a programas de entrevistas idiotas), a él no le interesaba en absoluto. Una vez que los Celtics estaban jugando en Dallas y tenían una noche libre, estaba sentado con unos amigos en el vestíbulo de un hotel lleno de jóvenes. De repente, a eso de las siete de la tarde, como obedeciendo a una señal, todos los jóvenes salieron del vestíbulo para dirigirse a otra parte. Aquello lo dejó confuso, ya que los Celtics no jugaban hasta la noche siguiente. ¿Adónde iban?, preguntó a su amigo Shaughnessy, redactor del *Globe* . Iban a un concierto de Bruce Springsteen que se celebraba allí cerca, respondió Shaughnessy. «¿Quién es Bruce Springsteen?», preguntó Bird, y Shaughnessy, pensando en los paralelismos que había entre las dos estrellas, en sus raíces obreras y su falta de pretensiones, y sus constituciones parecidas, respondió: «Larry, es como tú en el rock and roll». Aquello intrigó a Bird lo suficiente para ir al concierto, y aunque no le gustaba especialmente aquella música, le gustó lo mucho que trabajaba Springsteen y el hecho de que sudara mucho. Aquello lo entendió.

Sabiendo que su capacidad física era limitada y que no podía descuidar el cuerpo, Bird regresaba todos los veranos a su casa en Indiana y trabajaba con diligencia para estar en plena forma con un régimen estricto y mejorar su juego ensayando lanzamientos. Un año era una maniobra que empezaba con un amago de lanzamiento, haciendo una torsión con la pelota cerca del suelo saltando hacia la canasta. Otro año era un tiro destinado a destacar a un jugador que no volvería a ser joven: un amago de avance con un rápido paso atrás al lanzar la pelota. Y otro año trataba de mejorar la mano izquierda. Había llegado a la liga con un buen zurdazo, pero conforme avanzaba su trayectoria, creía que necesitaba esa opción adicional y la perfeccionaba. En los primeros días de la pretemporada de los Celtics, a los demás jugadores les gustaba ver qué había añadido Bird a su juego durante el verano.

Bird esperaba que sus compañeros de equipo se preocuparan tanto como él y tuvieran la misma lealtad. En la temporada 1986-1987, tuvo una de sus grandes noches, enfrentado a un Julius Erving en declive, que estaba en su último año. Fustigó al antiguo gran campeón diciendo un montón de estupideces y recalcando al Dr. J los puntos de ambos: 42-6. Erving se revolvió de repente y hubo una rápida y violenta tangana que sorprendió a todos, porque se suponía que aquellos dos grandes jugadores estaban por encima de esas cosas y eran conocidos por su mutuo respeto. Al día siguiente, Bird llegó ligeramente apagado y vio una grabación de la pelea. Julius había ido tras él y le había asestado varios puñetazos rápidos. Lo que la grabación revelaba lo dejó

consternado: vio a Moses Malone y a Charles Barkley acercarse para echar una mano a Erving y sujetar a Bird; vio que Robert Parish estaba allí y no hizo nada. No hizo absolutamente nada para ayudar a su compañero de equipo. Bird volvió a mirar la grabación para estar seguro: sí, Parish había estado allí y había dejado que le dieran una paliza a un compañero. Bird estaba furioso y dejó a toda velocidad el entrenamiento. Sus amigos más cercanos creían que la mayoría de sus compañeros siquiera se habían enterado de lo sucedido, de qué era lo que lo había puesto tan furioso, pero él le dijo a un compañero del equipo con incredulidad: «¿Viste lo que hizo Robert durante la pelea? ¿Lo viste?».

En la temporada 1985-1986, Boston era un equipo sin puntos débiles. Isiah Thomas, que estudió a los Celtics, tratando de aprender su secreto especial para que sus Pistons pudieran parecerse a ellos, recordaba una frase pronunciada al parecer por K. C. Jones aquella temporada y que parecía resumir su especial arrogancia. Los Celtics estaban a punto de salir de viaje para jugar cuatro partidos fuera de casa y alguien preguntó a Jones cuántas victorias quería. «Me conformaría con cuatro», respondió.

Para el joven Michael Jordan, nuevo en la liga y desesperado por jugar en la máxima categoría, los Celtics eran el modelo de la excelencia. Eran los North Carolina de la liga profesional: tenían tradición, lealtad, resiliencia, propósito y una gran solidez.

Mientras que los Celtics habían arrasado en la liga aquel año, Jordan había pasado la temporada más desgraciada de su vida. Los Bulls habían ganado a Cleveland en la prórroga, en el primer partido de la temporada, y Jordan había recibido un mal golpe de Bill Laimbeer en el segundo partido, aunque se levantó para conducir a su equipo hacia la segunda victoria. Tres noches después, sin embargo, en un partido frente a Golden State, sufrió una fractura en el pie izquierdo. Fue la primera lesión grave de su trayectoria. Había dado un salto para atrapar la pelota y había caído en mala postura, haciéndose daño en el pie. Aunque las primeras radiografías no mostraron nada, tenía problemas para frenar y arrancar, y no había podido jugar los dos últimos partidos.

Por fin, al volver a Chicago, localizaron la fractura, en el hueso escafoides del tarso. Incluso con una tomografía axial (TAC) era difícil detectar el ángulo concreto de la fractura. Nadie sabía lo grave que podía ser la lesión o con qué rapidez se curaría. Al principio se habló de seis a ocho semanas, pero ese optimismo se desvaneció enseguida. De repente, Michael Jordan se veía obligado a quedarse sentado toda la temporada hasta que se recuperase. La inmovilidad fue frustrante, pues jugar era su principal fuente de alegría, y le

daba un sentido de identidad; Michael Jordan era uno de los pocos jugadores de baloncesto que tenía una cláusula de amor-al-juego en el contrato que le permitía pasarse por cualquier campo de deportes de América, calzarse unas zapatillas y jugar un partido informal, cosa que hacía a menudo. Esa cláusula podría despertar el miedo en el corazón de cualquier directiva sensata, preocupada por las lesiones, temerosa de perder a su jugador más capacitado en un partido improvisado donde cualquier jugador agresivo podía machacar a su superestrella. Pero era algo en lo que él insistía, y reflejaba el placer puro e infantil que sentía jugando.

La lesión fue devastadora. Era su segunda temporada y de repente se encontraba separado de lo que más quería en el mundo, y estaba viviendo en un pequeño apartamento en una ciudad que le resultaba ajena. Un invierno en Chicago sin baloncesto resultó ser muy duro. Pidió permiso para hacer la rehabilitación en Chapel Hill. Allí tenía un apartamento y muchos amigos, incluido todo el personal de entrenamiento de North Carolina. Le concedieron el permiso y mató el tiempo al típico estilo de Michael Jordan. Limitada su capacidad de correr y saltar por un tiempo, practicó lanzamientos durante varias horas al día. Finalmente, sin que lo supieran en Chicago, empezó a jugar partidos normales, de cinco contra cinco. A pesar de todo, fue una época difícil para él; hasta entonces no había comprendido lo mucho que amaba el deporte.

Monitorizar el proceso de curación con TAC era algo nuevo todavía y el pie de Michael sirvió como una especie de ensayo y objeto de estudio. Sin embargo, como el escáner era un instrumento de invención reciente, los médicos todavía no sabían calcular bien lo que estaban haciendo, porque apenas había precedentes. A veces, según el médico del equipo, el doctor John Hefferon, era como ver crecer la hierba. La lentitud del proceso llegó a poner furioso a Jordan, que estaba desesperado por volver a jugar. Cuando la fractura empezó a curarse y el dolor a desaparecer, cada vez estaba más convencido de que ya podía jugar. Se presentaba en la consulta de Hefferon, convencido de que esa visita sería la última, de que por fin le quitarían la escayola. En febrero y marzo, más inquieto que nunca, llegó a la consulta de Hefferon con una zapatilla para el pie lesionado, esperando salir de allí sin la escayola. Una y otra vez le decía a Hefferon que estaba preparado para jugar, y Hefferon le decía que no estaba seguro, así que Jordan terminaba poniendo una firma en la zapatilla y regalándosela a la enfermera de Hefferon. Un día, Hefferon le dijo que iban a escayolarle el pie otra vez y Jordan se negó. Hefferon necesitó de todo su poder de persuasión para hacerle cambiar de idea. El argumento que Jordan usaba en

este y otros momentos críticos era muy sencillo: nadie conoce mi cuerpo mejor que yo y sé que estoy listo para jugar. Hefferon, más que ningún otro de cuantos participaban en la decisión, se tomaba muy en serio lo que decía Michael Jordan. Había aprendido, en los dos breves años que llevaba trabajando con él, que no solo estaba inusualmente capacitado como deportista y que tenía una gran inteligencia como hombre, sino que era muy diestro en describir cualquier síntoma de dolor o enfermedad. Era, pensaba Hefferon, inusualmente consciente de su cuerpo y sabía escucharlo.

Hefferon, temeroso de tomar una decisión como aquella él solo, consultó a otros traumatólogos, pero ninguno estaba totalmente seguro de cuál era el estado de Jordan. Claramente, estaban en un mundo sin garantías, tratando con el joven más vehemente y desesperado por reanudar su vida. El riesgo físico de precipitarse en darle de alta era obvio. Pero según crecía la tensión, a Hefferon le quedaba claro que el riesgo físico que todos temían podía compararse con otro riesgo, el del creciente alejamiento del equipo y de la franquicia de su jugador más capaz, alegre y carismático. Cuando Hefferon habló con Jerry Krause, el director general del equipo, Krause quería saber qué riesgo había de que volviera a lesionarse. Hefferon dijo que no estaba seguro, pero que un diez por ciento. No obstante, añadió Hefferon, estaban tratando con un jugador muy ardiente al que le habían quitado su principal fuente de placer, y que estaba desesperado por jugar, y que, si no escuchaban a Jordan, habría problemas en el ínterin. Si no dejaban jugar a Jordan, nunca los perdonaría. Por eso, concluyó Hefferon, el riesgo físico del 10 por ciento no parecía muy elevado.

Hubo un tira y afloja entre el jugador, los médicos y la directiva. En un momento dado, Krause cometió el primero de dos errores nefastos que cometería en su trato con Jordan, errores que produjeron una falla geológica, al principio más bien secundaria, pero luego mucho más importante. En una conversación con Jordan, rechazó una de las súplicas para jugar y dijo que tomarían la decisión Jerry Reinsdorf y él porque Jordan era de su propiedad. Era una estupidez colosal decir algo así de cualquier jugador, sobre todo si era negro, y fue una afirmación que Michael Jordan nunca olvidó ni perdonó. Fue el principio de la brecha que se abrió entre el jugador estrella y el director de la franquicia y que con los años se volvería cada vez más enconada sin llegar nunca a cerrarse.

El segundo error fue más sutil. Jordan acabó por creer (y casi todos los seguidores del equipo pensaron que seguramente estaba en lo cierto) que la directiva de los Bulls tenía otra razón para tenerlo apartado. Los Bulls habían

ganado sus tres primeros partidos con él. Sin él, habían perdido ocho de los nueve siguientes, y cuando por fin le permitieron jugar, con grandes limitaciones de tiempo, alcanzaron un resultado récord de 24-43. Krause y Reinsdorf, según creían Jordan y otros, estaban contentos de tenerlo apartado no solo para proteger su pie, sino también para asegurarse un lugar en la lotería en que los siete equipos de la NBA con los peores resultados de la temporada tenían la oportunidad de elegir a los mejores jugadores universitarios disponibles ese año. Con la lotería, los Bulls tendrían la oportunidad, aunque débil, de fichar a Brad Daugherty o a Len Bias, los dos mejores jugadores que salían al mercado ese año. Para un jugador tan competitivo como Michael Jordan, la idea era sencillamente un pecado; significaba que las personas para las que trabajaba no estaban tan interesadas en ganar como él, que aceptaban la idea de la derrota, algo que él no hacía, y que estaban dispuestas a tirar a la basura la temporada presente y cualquier oportunidad que se presentara en los *playoffs* para mejorar su plantilla con vistas al futuro. Incluso en un mal equipo con jugadores marginales como los primeros Bulls, lo más notable de Michael Jordan fue que nunca aceptó la idea de la derrota. Creía que mientras él jugara, los Bulls podían llegar a los *playoffs* , y que si llegaban, podía llevarlos a la victoria.

Con el tiempo, mientras se volvía cada vez más polémica la decisión de cuándo podría volver a jugar, se celebró una teleconferencia en la que participaron todos los peces gordos de los Bulls: Reinsdorf, Krause, Lester Crown (un rico empresario de Chicago que era el principal accionista del equipo), Stan Albeck (el entrenador que había reemplazado a Kevin Loughery), Hefferon, dos médicos más y el mismo Jordan. Jordan volvió a defenderse por sí mismo; nadie, dijo con énfasis, conoce mi cuerpo como yo. Os digo que estoy al cien por cien. Pero nadie lo aceptó. Se alcanzó una solución de compromiso: Jordan podría jugar, pero solo seis minutos cada medio partido. Para asegurarse de que Albeck conocía sus límites, recibió una carta de Reinsdorf al respecto. Eso significaba que Albeck quedaba atrapado entre Jordan, que quería más minutos, y Reinsdorf y Krause, que querían una estricta observancia del límite de tiempo. En un partido, Albeck le dejó jugar cinco segundos de más, y esos cinco segundos, según las normas de la NBA, contaban como un minuto entero. Al día siguiente, Krause llamó a Albeck y le dijo que el propietario estaba enfadado porque Jordan había jugado siete minutos. No tardó en ordenarse a Tim Hallam que se sentara a la mesa del marcador con un cronómetro para asegurarse de que Jordan no pasaba los límites. Jordan se impacientaba con los límites, por supuesto. Quería los *playoffs* y la oportunidad de jugar contra los

Celtics.

Los Bulls seguían estando detrás de Cleveland en la carrera por el último puesto de *playoffs* , pero con el regreso de Jordan empezaron a acercarse a los Cavaliers. Habían ido a Indiana para jugar su partido setenta y siete. Pero Indiana rápidamente cogió la delantera y los Bulls iban perdiendo por quince al descanso. Albeck puso a Jordan en la segunda mitad. «Limítate a igualarnos», le dijo, y Jordan hizo exactamente eso: en menos de cuatro minutos, el marcador señalaba un empate. El partido siguió ajustado, pero cuando quedaban veintiocho segundos, Chicago perdía por un punto. Sin embargo, el tiempo de Jordan había terminado. Albeck tuvo que apartarlo del partido y a Jordan le dio un ataque. Empezó a gritarle a Albeck: «¡No puede hacer esto! ¡Tenemos que llegar a los *playoffs* !». Pero Albeck lo reemplazó por Kyle Macy. Cuando el partido llegaba al final, John Paxson, el base de Chicago, lanzó un tiro lejano, en realidad una plegaria a los ojos de Albeck, que fue escuchada y los Bulls ganaron.

Después del partido, los periodistas de Chicago lanzaron reproches a Albeck. «¿Cómo puede hacerle a Michael una cosa así?», preguntaron, aunque también él se lo preguntaba. Al día siguiente, un periodista llamó a Reinsdorf para preguntarle qué pasaba, y Reinsdorf dijo que Albeck era un mal matemático. Entonces Albeck supo que iba a ser despedido al final de la temporada. Pero incluso con Jordan jugando unos minutos limitados, se hizo con los últimos partidos. Los Bulls ganaron cinco de los últimos seis y Jordan tuvo una media de 29,6 puntos. El equipo no entró en la lotería y pudo jugar los *playoffs* contra los Celtics.

En el primer partido que se jugó en Boston Garden, Jordan se portó bien. Los Celtics no se habían dignado a ponerle dos hombres para marcarlo y anotó cuarenta y nueve puntos. Fue una buena actuación de un jugador de talento, pero no extraordinaria; los Bulls atacaban pensando en él, le pasaban el balón y se desplegaban para dejarle espacio libre. Boston venció con facilidad, 123-104. Pero el partido del domingo fue especial. Fue un partido brillante, el día que captó la atención del mundo del baloncesto. En cierto modo, gran parte del aumento de su fama se debió a aquel partido. Nadie estaba realmente preparado para lo que ocurrió. Lo grande del deporte, pensaba Dick Stockton, locutor de la CBS, era que cada vez que ibas a un estadio de béisbol o a un polideportivo como el Boston Garden, no sabías cuándo ibas a presenciar algo fuera de lo común, quizá un pedazo de historia. Stockton había visto de niño el tremendo lanzamiento de Vic Wertz y la famosa parada de Willie Mays en la Serie

Mundial de 1954. Ya de adulto había transmitido el famoso partido de 1975 de la Serie Mundial, en el que Carlton Fisk hizo una espectacular carrera en la duodécima entrada (*inning*), que dio a los Red Sox una victoria de 7-6 contra los Cincinnati Reds en un partido considerado uno de los mejores de todos los tiempos de la Serie Mundial. Ahora, mientras transmitía este partido de baloncesto, tuvo la sensación de que estaba siendo testigo de un momento histórico una vez más.

Los Celtics estaban tan por encima que trataban a los Bulls como si fueran un equipo en vías de desarrollo y no les prestaban mucha atención. Su altanería, según Stockton, se reflejaba también en los hinchas de Boston. Estaba claro que aquel partido no les interesaba tanto como les habría interesado un partido contra los 76ers, a la sazón los principales rivales de los Celtics en la Conferencia Este. Durante un rato, el público estuvo más silencioso que de costumbre mientras Jordan ejecutaba sus proezas, esperando a que se le acabara la cuerda y los Celtics volvieran a tener el control del partido. Pero poco a poco, mientras transcurrían los minutos y Jordan parecía contener a todo el equipo de los Celtics, Stockton advirtió un cambio en el público, un creciente murmullo de incredulidad, aprensión y finalmente incluso de admiración. Era como si el público ya no estuviera seguro de su papel: ¿debía vitorear aquella magistral actuación o manifestar su creciente angustia por la incapacidad de sus queridos Celtics para despachar a los presuntuosos Bulls?

El Michael Jordan que jugó aquel día parece, cuando se ve en vídeo, el hermano menor del Michael Jordan que jugó en los años noventa. Era más delgado, mucho menos musculoso. Pesaba alrededor de 85 kilos, unos trece menos que los 98 que, siendo ya mucho más fuerte, pesaría siete años después. Aún le quedaba algo de pelo; la cabeza afeitada, que se convirtió en su marca y, con el tiempo en la marca de una generación de jóvenes negros de la NBA, aún estaba por llegar. Aún llevaba pantalón corto, no el largo que llevaría más tarde y que también formaría parte de la moda en la NBA.

Lo que destacó en aquel partido fue su ritmo, su capacidad para ver toda la cancha y saber al milisegundo de cuánto tiempo disponía en cada posesión para tomar una decisión: hacer una asistencia o lanzar a canasta. Pocos jugadores la tenían. Stan Albeck le preguntó una vez qué pensaba cuando los equipos que estaban a la defensiva le enviaban un marcaje doble doble. El pragmatismo de la respuesta dejó atónito al entrenador: «Creo que tengo entre medio segundo y un segundo entero para tomar una decisión: botar el balón y avanzar, romper el marcaje doble o lanzar a canasta antes de que se acerque el segundo defensor. Si

rompo la barrera, entonces puedo ir directamente a canasta. Pero ¿quiere saber qué sucede a continuación?». Sí, dijo Albeck. «Que hay un gigante esperando para impedirme el paso, pero aun así haré un mate por encima de él».

Bill Walton y Dennis Johnson, ambos grandes defensores, cometieron varias faltas ese día, y Parish y Ainge terminaron el partido con cinco faltas cada uno; Walton hizo cuatro faltas a Jordan, Johnson tres, y Ainge, Parish y McHale le hicieron una cada uno. Hombres que figuraban entre los mejores defensores de la liga le hicieron un total de diez faltas. Una y otra vez, Jordan había sido capaz de esquivarlos para acercarse a la canasta, y su agilidad había obligado a Walton a arremeter contra él en el último segundo. Para Walton había sido una actuación emocionante, aunque dolorosa. Normalmente, si eras un pívot en posición defensiva, podías evaluar a los jugadores que te atacaban, conocer sus movimientos y adivinar por dónde venían y sus límites. Pero allí estaba aquel joven que parecía desafiar los límites normales, que llegaba corriendo, tras eludir a la línea defensiva exterior formada por un escolta y un base muy altos, y que (cuando parecía que ya no podía correr o flotar, que ya estaba sin fuerzas para hacer la jugada, y te preparabas para bloquearlo) se las arreglaba para seguir corriendo y pasaba flotando por tu lado como si tuviera una marcha extra. Creías que tenías calculada su trayectoria y entonces él la prolongaba. O pensabas que tenías su plan de ataque cartografiado y entonces, una vez en el aire, cambiaba el balón de mano. Fue una exhibición deslumbrante.

Los Celtics sabían que Jordan era bueno, pero nunca lo consideraron, ni a él ni a su equipo, como una amenaza. Pero aquel día Jordan se hizo con el partido. Lo que sorprendió a Bob Ryan, de *The Boston Globe,* fue que Jordan organizara paso a paso el ataque regular de Chicago. No es que estuvieran desplegándose para dejarle sitio y tratando de seguir su juego. Era sencillamente que en la ejecución del ataque de los Bulls no podían detenerlo, no podían marcarlo, porque era demasiado rápido. Conforme avanzaba el partido, los jugadores de los Celtics empezaron a apreciarlo. Casi todos eran conscientes de lo que estaban viendo. Fue, según Chris Ford, ayudante de entrenador de los Celtics, un puro placer verlo aquella tarde. Estaba viendo a un jugador que alcanzaba un nivel tal en los *playoffs* como no se había visto antes, y frente al mejor equipo de la liga.

En la mitad del tercer cuarto, cuando Dennis Johnson ya había cometido varias faltas, Danny Ainge lo reemplazó. Johnson era algo más alto, y Ainge era más rápido; pero ninguno iba a poder detener a Jordan ese día. Ainge pensó que al menos obligaría a Jordan a ponerse a la defensiva. (Ainge llegó a anotar veinticuatro puntos). Según Ainge, fue un día maravilloso para el baloncesto:

«El peligro era que era tan bueno que sentías la tentación de dejar de jugar para contemplarlo. No era solo lo que hacía, sino cómo lo hacía. Sabíamos al principio del partido que era muy bueno, pero ninguno de nosotros sabía aún que iba a ser el mejor jugador que jamás había calzado unas zapatillas; estábamos a punto de saberlo y esa tarde fue una buena lección inaugural».

Al final de la primera prórroga, Jordan falló un salto sencillo que le habría permitido ganar el partido. Los Celtics ganaron en la segunda prórroga, 135-131. Al final, estaba simplemente agotado. El partido duró 58 minutos y Jordan jugó 53, los últimos 39 sin un minuto de descanso. «Pensé», diría K. C. Jones más tarde, «que había jugado 78 minutos. Desde luego, eso es lo que pareció».

Michael Jordan anotó sesenta y tres puntos, un récord en los *playoffs* . No todo el mundo se dio cuenta de lo notable que fue el partido. Kevin McHale se estaba duchando después del encuentro cuando le llevaron la hoja de las estadísticas, y dijo algo así como que Jordan había hecho un gran partido; entonces bajó los ojos y vio «63 puntos» y se quedó atónito. Jordan no estaba muy contento. Después del partido, dijo a los reporteros: «Devolvería todos los puntos si hubiéramos ganado el partido. Deseaba ganar con todas mis fuerzas». Años después, cuando la gente hablaba del partido, esperando despertarle cierta nostalgia, cambiaba de conversación inmediatamente. «No es uno de mis partidos favoritos», diría, y añadiría rápidamente: «porque perdimos. Eso nunca cambiará».

Nadie quedó más impresionado que Larry Bird. «Era Dios disfrazado de Michael Jordan», dijo a los cronistas deportivos después del encuentro.

A los cronistas les encantó la frase de Bird sobre Dios, una frase inmortal para una actuación inmortal, y también les encantó el partido, un David luchando contra varios Goliat, y les gustó el hecho de que se hubiera jugado al principio de la tarde, porque así tenían tiempo de sobra para preparar los reportajes e inmortalizar lo que había ocurrido aquel día. «Pintó su obra maestra en la Capilla Sixtina del baloncesto y no necesitó un andamio para subir al techo», escribió Ray Sons en el *Chicago Sun-Times* . «Michael puede volar».

Había encestado veintidós de cuarenta y un lanzamientos desde el terreno de juego y diecinueve de veintiún tiros libres. Hizo trece canastas con tiro en suspensión y siete en carrera, otra fue un mate y otra se dio por válida porque hubo un tapón ilegal.

Bird, con su buen ojo y su instinto para distinguir a un gran talento, había sido el primero en verlo y ahora los demás también lo veían: era el prototipo de un nuevo superjugador. Había habido grandes encestadores con tiro en suspensión,

como Julius Erving y David Thompson, pero su juego era incompleto: Erving tenía una gran capacidad física, y nadie corría hasta la canasta de forma tan espectacular y aparatosa como él, y David Thompson era un gran encestador con tiro en suspensión, pero no se consideraba que ninguno de los dos encestara con brillantez. Y ahora aparecía aquel joven que no parecía tener ninguna debilidad aparente: sabía hacer tiros en suspensión, sabía botar la pelota y correr, sabía lanzar y sabía hacer asistencias.

Chris Ford, que como entrenador dirigió a Bird y se enfrentó a Jordan, llegó a pensar al final que, a pesar de las enormes diferencias en su juego, su estilo y su cuerpo, los parecidos entre ellos eran mayores que las diferencias. Allí estaba el ansia de excelencia, la singular necesidad de ser campeones, el efecto que tenían en sus compañeros de equipo, la sensación que irradiaban de ser hombres invencibles. Tenían otra cosa en común, pensaba Ford, que los diferenciaba de jóvenes de gran talento que entraban ahora en la liga y acababan en franquicias débiles por casualidades y contingencias del *draft* , y no podían esperar a que concluyeran los tres años de su primer contrato para poder ir a un equipo mejor. Ambos compartían el mismo sentido de la obligación. «Si eras fichado por un equipo colista, parte de tu responsabilidad por haber firmado el contrato era darle la vuelta a las cosas y convertir a tu equipo en ganador, de hecho, hacerlo campeón. Era una obligación y la sentían profundamente. Se trataba no solo de ser un jugador, sino, en un sentido más amplio, de ser un ciudadano, y ambos compartían ese sentimiento. Larry creía que le debía a Boston una copa y Michael pensaba que le debía una copa a Chicago. Era parte de su trabajo, parte de su contrato», dijo Ford. «Me temo que pocos piensan así últimamente».

Tras aquella victoria tan duramente ganada, los Celtics cambiaron su estrategia para el tercer partido. Al día siguiente, en el entrenamiento, alguien comentó que en los Bulls estarían Dave Corzine, Jawann Oldham, Sidney Grenn, Kyle Macy y Gene Banks, ninguno de los cuales representaba una amenaza significativa para los Celtics. La estrategia iba a cambiar: dos hombres marcarían a Jordan desde el principio para mantener el balón alejado de él. Funcionó. Fueron a Chicago para jugar el tercer y (si era necesario) el cuarto partido dos días después. Kevin McHale subió al avión sin maleta, solo con un par de zapatillas extra y un neceser con los útiles de afeitar. Alguien le preguntó dónde estaba su maleta. «No la necesito», dijo, «solo vamos a estar allí una noche». Tenía razón. Con el nuevo modelo defensivo «Parad a Michael», a Jordan le costó mucho hacerse con el balón y Boston ganó fácilmente, 122-104.

Mucho tiempo después, aquellos partidos seguían recordándose. Durante la

final de la conferencia de 1998, contra los Indiana Pacers, un periodista preguntó por el partido a Larry Bird, entonces entrenador de los Pacers. Bird, deseoso de dinamitar la idea de que Jordan era invencible, dijo: «Lo único que recuerdo es que ganamos». Casi al mismo tiempo, Bill Walton, entonces locutor de la NBC, entraba en el vestuario de los Bulls para entrevistar a Michael Jordan y le recordaron que Jordan, doce años antes, había conseguido que lo expulsaran por acumular faltas personales.

13

Nueva York; Portland, 1986

No mucho después de aquel partido, dos fanáticos del baloncesto se pusieron en contacto para crear una serie de anuncios que aumentaron en gran medida la fama de Michael Jordan y ayudaron a llevarla más allá del deporte. Jim Riswold era un joven e irreverente creativo de una agencia publicitaria muy pequeña de Portland, Oregon, que se llamaba Wieden and Kennedy; y Shelton Jackson (Spike) Lee era un combativo cineasta de Brooklyn que se encontraba en el inicio de su carrera.

Riswold era de Seattle y había estudiado en la Universidad de Washington. Sin saber del todo quién y qué quería ser, estuvo en la universidad siete años, en el transcurso de los cuales se licenció en Filosofía, en Historia y en Comunicaciones. Como le encantaba el baloncesto, trabajó a tiempo parcial para los Seattle SuperSonics, promocionándolos y haciendo anuncios locales. Aquello lo condujo al mundo de la publicidad, y como en las páginas locales de ofertas de empleo no parecía haber anuncios de compañías que necesitaran filósofos en su plantilla, decidió que la publicidad iba a ser el campo en el que su talento, fuera cual fuese, acabaría por florecer. En 1984, el año que Michael Jordan entró en la liga, Riswold salió de Seattle y fue a trabajar para Wieden and Kennedy.

Portland era básicamente la sede de Nike. En aquella época, sin embargo, Nike confiaba casi toda su publicidad a Chiat/Day, una de las casas más potentes de Nueva York, bien conocida por el talento de su personal. Aunque Wieden and Kennedy tenía una parte de la cuenta de Nike al principio, era relativamente pequeña y de carácter más bien corriente. Entonces era conocida como la otra agencia de Nike, una designación no muy deseable. Sin embargo, más o menos cuando Riswold entró en la agencia, Wieden and Kennedy había conseguido el contrato para hacer un anuncio de un modelo escúter de Honda. Con Riswold tras la cámara, hicieron algo muy original, un anuncio poco convencional y con

imagen granulada en el que aparecía Lou Reed en una Honda, con su canción de fondo «Walk on the wild side». Era difícil decir si había sido filmado por el profesional más capacitado o por el aficionado más adelantado, pero era moderno y extrañamente persuasivo, en parte porque el mensaje del escúter solo salía en el último minuto.

Hubo más anuncios de Honda, todos igualmente interesantes. Esta serie de anuncios resultó ser una excelente tarjeta de visita de la pequeña compañía, muy alejada del centro neurálgico de la escena neoyorquina, y ayudó a Wieden and Kennedy a conseguir el contrato de Nike para los anuncios de Michael Jordan. Cuando Jim Riswold supo que su compañía iba a hacer anuncios con Michael Jordan, estaba tan seguro de que era el hombre indicado para la misión que fue a ver a sus superiores y literalmente se lo suplicó.

Los anteriores anuncios de Jordan con Chiat/Day habían sido muy convencionales. Mostraban su brillantez como deportista, además de la belleza de su cuerpo. Quién era (qué clase de hombre, si era alguien a quien querías ver jugar y luego cenar con él o solo alguien a quien querías ver jugar, y finalmente si escondía algún gran misterio) estaba todavía por explorar. Pero Riswold tenía otras ideas. En cierta ocasión había leído que Bill Russell creía que Michael Jordan era una buena persona y que había felicitado a los señores Jordan por haber educado no solo a un gran jugador de baloncesto, sino también a un buen hijo. Aquello interesó a Riswold, porque como cualquier otro que hubiera conocido a Russell, sabía que este no halagaba fácilmente a los jugadores contemporáneos, ni siquiera a los exjugadores de los Celtics. De hecho, su etapa como director general de los SuperSonics no había terminado bien para mucha gente, sobre todo porque muchos jugadores jóvenes del equipo, al principio entusiasmados con la idea de jugar para el gran Bill Russell, no tardaron en sentir únicamente su desdén y su abierto desprecio.

Pero que Jordan fuera un ser humano tan ejemplar que se había ganado los elogios del altivo Russell suponía un emocionante desafío para un publicitario: cómo poner al descubierto aquella cualidad especial en un *spot* que duraba treinta segundos en total. Hasta entonces solo se había visto lo buen deportista que era, que había conseguido que millones de adolescentes americanos que querían saltar mucho más se compraran sus zapatillas, pero había un techo en esa clase de mensaje. Si el personal de Nike podía mostrar que también era un ser humano agradable, si podía revelar el encanto innato que advertía tanta gente, incluido el mismo Riswold, nada más conocer a Jordan, entonces tendría un protagonista al que dar a conocer mediante un argumento. Por entonces, corría el

año 1986, Riswold y Bill Davenport, el productor ejecutivo, estaban en Los Ángeles filmando otro anuncio y fueron al cine. La película que vieron, *¿Te acuerdas de anoche?* , era poco memorable, pero pasaron un tráiler de otra película que interesó mucho a Riswold. Era de una película titulada *Nola Darling* . Mostraba al director y supuesto protagonista de la película, un negro joven y delgado, llamado Spike Lee, anunciando su película y vendiendo calcetines deportivos blancos, dos por cinco dólares, y diciendo que, si la gente no iba a ver su película, tendría que vender calcetines en la calle durante el resto de su vida. Calcetines deportivos blancos, dos por cinco dólares, decía cuando terminaba el tráiler.

Riswold había crecido con la revista *Mad* y con los Monty Python, además de con Jack Sikma y Gus Williams, y el tráiler lo atrapó de inmediato. Así que fue a ver la primera película de Spike Lee, que se había hecho con un presupuesto muy bajo, unos 175 000 dólares. Era, según Riswold, divertida y dulcemente ingenua. Años después, Spike Lee diría que a Riswold y Davenport les había gustado la película por su aire informal e improvisado, sin brillantez, porque no se podía permitir la brillantez en aquel tiempo; era lo que acabó llamando involuntariamente *pauvre* . Para ahorrar dinero, Lee no solo era el protagonista, sino que grabó la película en su propio apartamento.

La gran sorpresa de la película, según Riswold, fue que exhibía una especie de culto a Jordan, mejor dicho, culto a las Air Jordan. El principal personaje de la película, Mars Blackmon, era un mensajero de Nueva York y estaba enamorado profundamente de Nola Darling. Lo único que amaba más que a Nola Darling eran sus zapatillas Air Jordan, y cuando llegaba el momento de hacer el amor con Nola, se negaba a quitárselas. Fue una fuente de inspiración para Riswold: una película con un anuncio dentro. («Lo único que me dio Nike para hacer la película», dijo Lee con cierta irritación años más tarde, «fue el cartel de Michael que hay en el apartamento de Mars. Tuve que comprar dos pares de Air Jordan de mi propio bolsillo… con cargo al presupuesto»).

Spike Lee, director de talento y a la última por naturaleza, no se podía considerar un chico de clase baja. Era de la tercera generación de estudiantes de Morehouse College, es decir, que pertenecía a la élite negra. Lee tenía un profundo sentido de la riqueza de la cultura negra y también talento, y era muy consciente de lo mucho que la sociedad dominante blanca lo había reprimido o ignorado. Su padre era músico de jazz, un purista que se negaba a utilizar instrumentos eléctricos, y su madre enseñaba Inglés e Historia Negra en Saint Ann, una excepcional escuela privada de Brooklyn. Lee había sido toda su vida

hincha de los Knicks, y una de las grandes crisis de su infancia fue cuando su padre dio un recital de jazz a la misma hora que los New York Knicks jugaban en Madison Square Garden contra Los Angeles Lakers en la final de la NBA. Fue al Garden, por supuesto.

El personaje Mars Blackmon de Lee era, como el mismo Lee, un devoto seguidor de los Knicks y un hombre al que le costaba mucho elegir entre su amor por el deporte y su amor por una mujer. En la vida real de Spike, por ejemplo, en la primavera de 1985, su relación con su novia se estaba desmoronando y ella quería hablar seriamente de su futuro. Pero él estaba demasiado emocionado para escucharla, ya que los Knicks acababan de fichar a Patrick Ewing. La relación con su novia terminó rápidamente, pero la relación con los Knicks se intensificó muchísimo (Lee fue corriendo al Garden al día siguiente del fichaje para comprar abonos de temporada, abonos que apenas podía permitirse). Empezó con los abonos más baratos, los de gallinero, aunque con el tiempo, cuando gracias a su papel de escudero de Michael Jordan aumentaron su fama y su influencia (los Knicks, una década después, utilizaron un videoclip de Lee para atraer a Allan Houston de Detroit), sus asientos fueron mejorando. Finalmente, tendría las mejores plazas del estadio, mejores incluso que las de otro director de cine fanático del baloncesto, Woody Allen. Para Lee, el juego era ni más ni menos que una forma de arte, y veía a Michael Jordan menos como a un deportista que como a un artista en un panteón de genios negros cuya habilidad trascendía no solo las circunstancias de su nacimiento, sino también la categoría que se les había asignado en la vida: hombres como Duke Ellington, Miles Davis, John Coltrane y Louis Armstrong.

Cuando Lee escribió *Nola Darling* , le costó evitar la tentación de que el héroe de su *alter ego* fuera un Knick, y durante un tiempo su favorito de los Knicks fue Bernard King. Pero al final supo que Michael Jordan era único, la siguiente gran superestrella, así que tomó la decisión definitiva.

De los tres jóvenes negros que persiguen a la algo promiscua Nola Darling en la película, Mars parece al principio el menos atractivo: un poco bobo, un poco hipersensible, difícilmente el caballero al que escoger. El favorito de la chica, Jamie Overstreet, es de piel clara y guapo, aunque un poco blando, pero también es (y en Lee el baloncesto siempre es una metáfora de algo más grande) forofo de Larry Bird. Lee hace que Mars diga en un momento dado: «Bird es el capullo más feo de la liga». En cierto modo, Mars es el personaje más agradable de la película, o al menos el más simpático; habla con un lenguaje callejero apasionado, vivo, emotivo.

A Riswold le encantó la película y pensó que el superinteligente Lee podía ser la persona que buscaba, el idólatra de Jordan que podía ayudarlo a resolver el problema de cómo filmar anuncios que mostraran las notables cualidades de Michael Jordan sin convertirlo en lo que no era, un actor.

Riswold llamó a Lee al día siguiente. Encontró a su futuro director un poco cauteloso al principio, receloso de que fuera una broma de algún compañero de clase de la escuela de cine. («Spike aún cogía el teléfono en aquella época», comentó Riswold riendo). A Riswold le gustó Lee inmediatamente. Le dijo que esperaba que pudieran ponerlo en el anuncio, en el papel de Mars Blackmon, y que de hecho esperaba que Lee también pudiera dirigirlo. Para Lee, que acaba de salir de la escuela de cine, fue la llamada que tanto tiempo había esperado. Lleno de ingenuidad, tras haber ganado un premio en la escuela de cine por dirigir la película más excepcional de su curso, titulada *Joe's Bed-Stuy Barbershop: We cut heads* , había esperado toda clase de llamadas telefónicas de gente como Steven Spielberg y George Lucas. Nunca recibió esas llamadas, por supuesto. «¿Trabajaré con Michael Jordan?», recuerda recuerda Riswold que le preguntó. Sí, por supuesto que sí. Lee era entonces muy receptivo a la idea de dirigir un anuncio, un campo que había estado cerrado mucho tiempo a los directores negros. Además, ganaría 50 000 dólares por su trabajo. Tras enrolar a Lee, Riswold y Davenport hablaron con Jordan, que dio su aprobación.

Años después, Riswold consideraba que haber estado en una agencia pequeña y poco convencional de Oregon, tan lejos de la capital del mundo de la publicidad, había sido una gran ventaja para todos. Hubo menos obstáculos en el camino: menos inhibiciones, menos normas, mucha menos tradición. No habría nadie diciéndole a Riswold qué no podía hacer y por qué no (básicamente porque no se había hecho hasta entonces una cosa así). No había nadie para decirle que no se le ocurriera utilizar el dinero de Nike y la reputación de Wieden and Kennedy para dar una oportunidad a un joven cineasta negro cuyo nombre no conocía nadie. Y la raza no era un factor en Portland. Portland era una ciudad del noroeste sin el clásico barrio negro, según la costumbre del noreste, y parecía mucho menos preocupada por la raza que otros lugares. Casi todos los jugadores negros que jugaban en los Trail Blazers se quedaban después de terminar la trayectoria profesional porque era un lugar muy cómodo para vivir y tener familia. Además, la primera vez que la familia Kennedy perdió unas primarias fue en 1968, en Oregon, cuando Gene McCarthy derrotó a Robert Kennedy y el personal de Kennedy se quejó amargamente después de que no había allí un barrio negro, lo que probablemente habría ayudado a crear la

habitual coalición Kennedy.

Los anuncios funcionaron por varias razones, según Riswold. La primera fue que tanto Lee como él eran hinchas fanáticos, y pusieron en su trabajo las mismas maravillas que habría puesto cualquier fanático. La raza, según él, no se tuvo en cuenta. No pensaba en Jordan como en un negro. Siempre le había encantado el juego, y el juego era negro, y estaba convencido, como muchos jóvenes de su generación, de que si los demás pudieran ver lo que veía él en el juego (arte y belleza) les gustaría tanto o más que otros deportes más populares de la época. Y por supuesto, cuanto más lo disfrutaran, menos verían la raza como un factor. Y allí estaba aquel joven que no solo era un gran jugador, sino sencillamente hermoso.

Michael Jordan puso a prueba a Spike Lee, como tenía por costumbre. En su primera reunión, Jordan, ya famoso, miró detenidamente a Lee y se limitó a decir: «Spike Lee», pero lo dijo como un reto, como si, según recordaría Lee, estuviera diciendo: «Enséñame lo que sabes hacer». Pero se llevaron bien. La valentía de los anuncios de Nike, pensaría más tarde Lee, consistió en que Nike le dejó dirigirlos, además de actuar con Jordan. No hacía falta valentía para retratar a Jordan como un héroe: ya era una estrella y era hermoso. Podías hacer con él cosas que no podrías hacer nunca con Larry Bird. Pero aquí salía al lado de un tipo canijo, con pinta de intelectual feo, que era negro y un poco neurótico. Pocos americanos estaban preparados para aceptar a Spike Lee como pareja de un icono.

Sin embargo, funcionó desde el principio. Jordan estuvo un poco rígido e inseguro en las primeras tomas (se volvió más seguro con los años), pero estaba preparado para hacer estupendamente de personaje serio en un dúo cómico. En los primeros anuncios, Mars hablaba como un hombre cualquiera. En el primero que filmaron, Lee estaba de pie sobre los hombros de Jordan, abrazado al aro y con una gigantesca cadena de oro al cuello, con la palabra «MARS». A mitad del anuncio, Jordan, con la sonrisa más serena que pueda imaginarse, dejaba a Lee colgado y hacía un mate, metiendo el balón entre los brazos del otro.

Desde el principio, Jordan impresionó a todos por su encanto e inteligencia innatos, y por su seguridad en sí mismo. Sabía quién era y le gustaba ser quién era. No había nada amenazador en él. Era una persona con criterio (tenías que ganarte su respeto y sabía perfectamente cómo lo utilizaban), pero como persona tenía una serenidad y una elegancia innatas. Aquello se expresaba en lo que decía, pero aún era más evidente en su sonrisa, en sus gestos faciales, en cosas como enarcar las cejas en el momento justo. Era hermoso, era agradable, tenía

una sonrisa luminosa y podía ser perfectamente el mejor jugador de baloncesto del mundo.

Los anuncios eran el complemento perfecto de su otra personalidad, Jordan el depredador total, el guerrero que salía tres o cuatro noches por semana y destruía equipos enemigos. Los equipos rivales tenían frente a sí al asesino, y los admiradores que veían los anuncios de Nike tenían al Jordan más encantador, un individuo con humor e inteligencia que parecía gustar a todo el mundo. «Le cogimos el tranquillo y no porque fuéramos brillantes, sino porque intuimos qué era lo que funcionaba y porque lo mostrábamos al mundo como un ser humano», diría Riswold años después. «El resto salió por sí solo».

«Lo que han hecho Phil [Knight] y Nike», dijo Jordan años después de empezada la campaña, «es convertirme en un sueño».

Los anuncios de Nike eran tan buenos que se alimentaban de sí mismos, y además incitaron a otras compañías, como McDonald's, Coca-Cola, Hanes y, con el tiempo, Gatorade, a hacer anuncios similares. Esto a su vez potenció la dinámica y permitió a David Falk dirigirse a otras compañías y decirles que gran parte de su publicidad nacional ya estaba hecha. O como Falk dijo en cierta ocasión: «Air Jordan preparó el camino de los demás acuerdos. Nike gastó más de cinco millones de dólares en publicidad, así que ahora podemos ir a un diseñador como Guy Laroche y decirle: "No tienes que gastar tanto porque Nike, McDonald's y Coca-Cola lo ponen constantemente en la televisión por ti"». Era lo que se llamaba efecto contagio. Phil Knight lo detestaba, pero eso carecía de importancia.

Así que había nacido un icono americano. En la cultura del entretenimiento moderno, en una sociedad obsesionada por la fama, las hazañas realizadas en el celuloide parecían a menudo sustitutos de la realidad, y un público cada vez más despreocupado vivía su realidad, de manera creciente, a través de una pantalla de televisión. Hombres cuyo heroísmo era completamente artificial y que se limitaban a actuar en platós de Hollywood eran percibidos cada vez más como héroes, y sus hazañas, aunque sintéticas, tenían una repercusión que perduraba y daba forma a su realidad. Ya había sucedido en el pasado: un Congreso agradecido, aunque un poco iluso, había concedido a John Wayne una medalla de héroe americano, aunque de joven se había librado de ir a la Segunda Guerra Mundial para poder continuar su trabajo cinematográfico. Años después, un joven llamado Sylvester Stallone, que no se había dignado luchar en Vietnam y había pasado parte de aquellos años dando clases en una escuela de señoritas en Suiza, había hecho carrera interpretando a un resentido y desengañado

superhéroe de la guerra de Vietnam. Pero ahora, dado el creciente poder de la cultura popular, la frontera entre lo real y lo irreal era más borrosa que nunca.

Esta situación convertía a Michael Jordan en un icono cultural único. Porque allí estaba, en la cancha, noche tras noche, con su supremacía deportiva al desnudo, ganando una y otra vez grandes partidos en el último minuto, levantándose una y otra vez por encima del nivel de los mejores jugadores del mundo. Eso le daba un potente atractivo ante los americanos amantes del deporte, incluso ante aquellos cuyo interés por el baloncesto había sido hasta entonces relativamente pequeño, pero que, ahora, se sentían crecientemente atraídos a él debido a los rumores que circulaban sobre el ascenso de esta superestrella. Y luego estaba su otro papel, que, gracias a la creatividad (y a la frecuencia con que se veían los anuncios de Nike) le daba nada menos que el poder de una estrella de cine. Los anuncios eran breves, pero había tantos y estaban hechos con tanto talento y encanto que parecían una historia por entregas. El efecto final que se buscaba era crear un personaje con el poder, la fuerza y el carisma de una gran estrella de cine. Sin embargo, a diferencia de tantísimos personajes de la fábrica de sueños hollywoodense cuyas hazañas, proyectadas en cines y hogares, eran hermosas pero artificiales, las de este otro héroe eran reales. Jordan, consciente del desafío, era muy cuidadoso con su conducta fuera de la cancha, entre otras razones para no causar ningún daño a la imagen que estaba cristalizando y que lo compensaba económicamente.

Esto hizo que rebasara gradualmente las fronteras del deporte y, gracias a su gran habilidad, a su aspecto y su encanto, arraigara en la psique del público americano más que ninguna otra estrella deportiva de la historia. El éxito se apoyaba en el éxito. Era una dinámica que se retroalimentaba: aquellos que no estaban interesados o a quienes no les gustaba el baloncesto se sentían intrigados por los anuncios y la belleza del hombre que los protagonizaba, y empezaban a ver algún que otro partido en el que jugara. Y cuando lo veían, el personaje casi siempre hacía algo excepcional, con el resultado de que en algunos casos también ellos se enganchaban. Era cada vez mejor en la cancha y más famoso fuera de ella. En un mundo en que tantas estrellas y héroes eran inauténticos, él era notablemente auténtico.

14

Chicago, 1986-1987

Stan Albeck duró un año. En ese año Michael Jordan se perdió sesenta y cuatro partidos de la temporada regular. Pero Jerry Krause no estaba satisfecho con Albeck, y por lo tanto era irrelevante que la oportunidad que había tenido fuera buena o mala: su trabajo había terminado definitivamente la noche que Jordan se lesionó el pie en Oakland. Su sucesor fue Doug Collins. Collins tenía treinta y cinco años entonces, uno de los hombres más jóvenes en ser primer entrenador en la NBA. Era apasionado, extremadamente impetuoso y muy brillante. Nadie entendía el desarrollo de un partido mejor que Collins. A veces, a sus jugadores les parecía que era casi demasiado inteligente. «Si se pudieran pedir treinta tiempos muertos en un partido», dijo en cierta ocasión su ayudante Johnny Bach, que lo admiraba mucho, «los ganaría todos».

Collins había sido un gran jugador universitario en Illinois State. Medía uno noventa y ocho, era delgado y muy rápido, el inusual escolta blanco que parecía tener la velocidad de los jugadores negros que lo rodeaban. En sus mejores años como profesional, tenía una media de veinte puntos por partido, pero su trayectoria terminó prematuramente por culpta de las lesiones antes de cumplir los treinta años. Estaba emocionado con el nuevo trabajo y la perspectiva de entrenar al mejor jugador joven de la liga, y pensaba que Jordan y él tenían algo en común. Estaba seguro de entender las presiones del juego moderno mejor que muchos entrenadores de más edad, algunos de los cuales nunca habían jugado. Además, conocía muy bien qué era sufrir una fractura del pie. En la primera reunión que tuvo con Michael Jordan, en junio de 1986, habló con su estrella sobre su lesión y sobre el problema del riego sanguíneo en esa zona en particular. Era, dijo, una lesión difícil de tratar y de la que era difícil recuperarse. Así que sugirió a Jordan que se lo tomara con calma ese verano, que no forzara los ejercicios ni el pie. Collins añadió que él había tenido la misma lesión, dando

a entender que tenían un vínculo común y que Collins no quería que a Jordan le pasara lo mismo que a él.

Jordan miró a Collins con mucha frialdad y, con una voz distante y que no animaba a la familiaridad, dijo: «Eso le ocurrió a su pie, pero este es mío».

No fue un primer encuentro ideal y más tarde Collins se daría cuenta de que Jordan había malinterpretado su interés. No lo había visto como un amable deseo de facilitar la reincorporación de un joven jugador que había sufrido una lesión tan devastadora, sino como un intento más de la directiva de manipularlo.

Aquel verano se iba a celebrar un partido benéfico en Las Vegas, exalumnos de la UNLV contra exalumnos de Carolina, y Collins no quería que Jordan jugara. Sugirió que Jordan se dejara ver en la cancha, pero sin jugar, y que culpara de ello a Collins. «Seré el villano por ti», dijo. Jordan, como era de esperar, fue, jugó y dominó el partido, convirtiéndose en el máximo anotador. Tras el partido, los dos hombres salieron a cenar.

«Sé que no se alegra de que haya jugado», dijo Jordan, «pero quiero que sepa algo. Acabo de pasar el peor año de mi vida por una lesión, y hay demasiadas personas que no me conocen, ni a mí ni a mi cuerpo, que me dicen lo que tengo que hacer. Todas me dicen qué es bueno para mí, pero la verdad es que en realidad están pensando en lo que es bueno para ellos. No quiero volver a pasar nunca más por eso».

Collins respondió que podía entenderlo. «Yo no entro ni salgo en ese asunto. Solo soy alguien a quien le gusta jugar y que se quedó a mitad de camino por culpa de la misma lesión, y no quiero que lo que me ocurrió a mí te pase a ti».

Desde entonces empezaron a conectar. Aquel mismo verano Jordan visitó a Collins en su casa de Arizona. Fue una visita a la vez profesional y social, encaminada sobre todo a que los dos hombres se conocieran mejor. Sería un breve descanso: jugarían al golf por la mañana y Jordan volvería a Chicago el mismo día. Collins jugaba regularmente con dos amigos que eran muy buenos golfistas. Él formó equipo con un amigo y Jordan con el otro. Ganó el equipo de Collins. Jordan, siempre competitivo, no soportó haber estado un solo día y haber perdido, así que decidió quedarse otro día para jugar la revancha. Su compañero y él ganaron el segundo día y volvió contento a Chicago.

Los Bulls iniciaron el año jugando contra los Knicks en Nueva York. Los Knicks tenían un equipo fuerte, según Collins, con Patrick Ewing, Bill Cartwright y Gerald Wilkins, entre otros. Chicago tenía poca cosa: Michael Jordan y una cantidad insólita de pívots de repuesto, según parecía a veces. Pero Michael Jordan estaba absolutamente mentalizado aquella noche, alegre de

volver a jugar de nuevo y emocionado por estar en el Madison Square Garden. Su energía era palpable y Collins pensó que corría peligro de intentar hacer demasiado. Había anotado dieciséis puntos en la media parte y Collins notaba su ansia, su necesidad de hacerse con el partido. «Michael», le dijo Collins a mitad de partido, «tómatelo con calma, no tienes que hacerlo todo. Espera y deja que el juego venga a ti».

Collins estaba tenso y sudaba mucho, y en la segunda mitad tenía la camisa totalmente empapada. También masticaba chicle y, como era supersticioso, no lo escupía. Lo había reducido a polvo y tenía algunos pegotes en la cara. Cuando quedaban unos dos minutos, durante un tiempo muerto, Jordan se acercó a Colllins con un vaso de agua. «Eh, entrenador», dijo, «beba un poco de agua y límpiese la cara». Luego, sonrió. «No voy a dejar que pierda su primer partido». No lo hizo. Los Bulls ganaron por 108-103. Michael Jordan anotó cincuenta puntos, incluidos los once últimos de los Bulls, y veintiuno de los primeros treinta y uno. Aquella noche surcó los aires. A veces, dijo después a los periodistas, llegaba tan alto en los mates que sus muñecas golpeaban el aro, pero aquella noche estaba tan inspirado que casi lo tocaba con los codos. «Casi me cargo el aro», dijo. Cuando terminó el partido, le dijo a su padre que la inmensa y ruidosa multitud del Madison Square Garden lo había emocionado. «¿Así que jugabas entre el público y no en la cancha?», le preguntó James Jordan. «Siempre juego entre el público», respondió su hijo.

15

Albany; Chicago, 1984-1988

Como el ascenso de Michael Jordan en el mundo del baloncesto no careció al principio de un contexto generacional (los aficionados jóvenes se sintieron atraídos por él mucho antes, entusiasmados por la belleza y la originalidad de sus movimientos, mientras que los aficionados con más años se preguntaban si era un jugador capaz de levantar un equipo), no fue de extrañar que la primera persona que se fijó en la capacidad de Jordan, en el hogar de Phil y June Jackson, fuera su hijo Ben, que tenía cinco años cumplidos cuando Michael jugó su último partido universitario, en 1984. Ben había empezado a fijarse en Jordan cuando aún jugaba en la ACC, y animó a su padre a que le prestara más atención, sobre todo cuando Jordan se convirtió en la estrella del equipo olímpico de 1984. «Papi, tienes que fijarte en él», no dejaba de decirle. Con el tiempo, en el hogar de los Jackson apareció, como en muchos otros hogares americanos, una foto del jovencísimo Ben Jackson con la camiseta de los Chicago Bulls, con el número veintitrés, sacando la lengua al estilo de Jordan.

Phil Jackson, entonces entrenador en la liga menor Continental Basketball Association (CBA), sí se fijó en Michael Jordan, y en el año de novato de Jordan, Jackson fue desde Albany, donde estaba entrenando a los Patroons, a Glenn Falls, Nueva York, para ver un partido de exhibición de los Bulls. Se sentó en la galería, que quedaba por encima de la cancha, un punto poco ventajoso para examinar a un jugador de baloncesto. No pudo decir mucho de su primera visita, solo que Jordan parecía querer correr siempre que cogía la pelota. Tras el partido, Jackson fue al vestuario y habló con Kevin Loughery, para quien había jugado en otra época. Loughery le dijo que Jordan era de pura cepa y que iba a ser una grandísima estrella. Pero el mundo de Michael Jordan, que entonces iniciaba una brillante trayectoria y estaba a punto de ser nombrado novato del año y de ser bombardeado por atractivas promociones comerciales, y

el mundo de Phil Jackson, que entonces luchaba en la CBA por un salario más justo, no podían ser más diferentes. Jackson también entrenaba en el verano en la Liga de Puerto Rico, porque así aumentaba sus ingresos y porque los entrenadores puristas que conocía, como Red Holzman, le habían dicho que era la prueba definitiva para saber si te gustaba o no entrenar, y probablemente lo era.

Estaba ganando unos 35 000 dólares al año en la CBA, más unos 12 000 por el trabajo veraniego. Luchaba por volver a la NBA y estaba descubriendo que era algo así como un marginado en el mundo conservador del baloncesto profesional. Cuando acudía a determinados eventos, por ejemplo a un campus para jugadores universitarios de talento fuera del radar, ninguno de los hombres del baloncesto parecía interesado por hablar con él.

A Jackson había empezado a fallarle el cuerpo a finales de los años setenta tras una triunfal, aunque no brillante, carrera como ala-pívot suplente de los New York Knicks en dos campeonatos. Fue un jugador inmensamente popular en Nueva York, dando a los hinchas de la ciudad la sensación de que era un espíritu afín, supermoderno e irreverente. Vivía en Manhattan, iba andando hasta el Garden desde su apartamento del West Side y recorría la ciudad en bicicleta. Recién llegado de la rural Dakota del Norte, no solo fue un gran estudioso del juego sino también un cazatalentos urbano, muy accesible en un lugar que conocía y amaba el baloncesto y que se había enamorado del equipo Knick. A diferencia de la mayoría de los deportistas profesionales, no se había aislado de la ciudad que lo rodeaba, sino que parecía crecer con la rica pero tensa calidad de vida de Nueva York. «Era diferente de la mayoría de los deportistas profesionales», dijo el periodista Charley Rosen, su amigo de toda la vida. «Creía que lo que tú hacías y pensabas era tan importante como lo que él hacía y pensaba. Sentía tanta curiosidad por ti como tú por él. No levantó un muro a su alrededor».

Que llegara a tener una vida profesional como jugador fue un tributo a su inteligencia, su dedicación personal y su capacidad para adaptarse a las necesidades de su entrenador y de sus compañeros de equipo. La habilidad en ataque que tan bien le había servido en Dakota del Norte era casi inútil entre los profesionales. En la universidad, había sido un hombre alto con un buen gancho, pero en la liga profesional ya no se le consideraba alto, y el gancho le servía de poco frente a defensores altos y atléticos que podían bloquearlo con facilidad. Lo que lo salvó fue su pasión por el juego, sus largos brazos y su voluntad de mejorar en la defensa. Jugaba un juego muy físico y los equipos rivales pronto

aprendieron a respetar los impredecibles y siempre peligrosos arcos de sus codos. «Tenía que jugar contra él cada día en los entrenamientos y era criminal», dijo su compañero de equipo Bill Bradley. «Te golpeaba una y otra vez, todo el tiempo (no era sucio, solo muy físico), y tenía unos brazos muy largos. Era como ser marcado por una araña gigante. Tras enfrentarme a él en los entrenamientos, jugar en los partidos contra otros defensores era un gran alivio».

Era una pieza perfecta para aquel equipo, que era algo así como un equipo de expertos y un gran lugar para aprender. A veces daba la impresión de que Nueva York tenía un gran entrenador en el banquillo, Red Holzman, y otros cinco entrenadores en la cancha. Los jugadores, incluso para la media de la época, eran sorprendentemente bajos (el equipo inicial constaba realmente de cuatro bases y un alero), pero todos sabían lanzar, todos sabían hacer pases y todos hacían una defensa inteligente, orientada al equipo. La pelota se movía rápidamente de jugador a jugador, todos trabajaban para crear desigualdades y espacios abiertos.

Cuando los pívots más capacitados de aquel equipo (Willis Reed, Dave DeBusschere y Jerry Lucas, todos mejores lanzadores que él) comenzaron a jubilarse, Jackson no tuvo más remedio que tomar parte en la alineación inicial. Entonces la auténtica debilidad de su juego (su inseguridad para los tiros en suspensión y cierta vulnerabilidad cuando botaba el balón) quedó al descubierto y aquello precipitó el final de su trayectoria. Era un jugador que daba a un buen equipo unos intensos e inteligentes dieciocho o veinte minutos, el tiempo necesario para que los jugadores importantes pudieran descansar. Su presencia en la pista garantizaba que no aflojarían en defensa y el juego no se desmoronaría. Pero si un equipo necesitaba treinta y cinco minutos y muchas jugadas en ataque, él no era el hombre apropiado. Ningún equipo que se enfrentó a los Knicks en los últimos momentos de la trayectoria de Jackson se devanaba los sesos en sus sesiones estratégicas anteriores al partido para decidir cómo detener sus saltos en suspensión.

En 1984 vivía en una especie de exilio, entrenando en la CBA, luchando contra la fama de que él era diferente, un espíritu libre. La gente que lo conocía bien sabía lo inteligente que era, pero la gente que dominaba el mundo del baloncesto estaba más preocupada por su fama de *hippie* , de jugador que durante su juventud neoyorquina se había rebelado más o menos públicamente contra el fundamentalismo del medio oeste, dejándose crecer el pelo, llevando barba y convirtiéndose en uno de los embajadores del baloncesto profesional en la naciente contracultura. Él y un compañero negro, Eddie Mast, se dejaron barba en honor de los tiempos cambiantes, y a Red Holzman no le molestó en

absoluto. Los llamaba los hermanos Smith, por referencia a los barbudos que salían en las cajas de pastillas para la tos. Jackson era, según diría Holzman años después, un joven totalmente fascinante, «siempre tratando de compaginar su rebelión con su religión».

Jackson se manifestó contra la guerra de Vietnam y en general parecía más preocupado por la política de lo que se suponía normal en los jugadores de baloncesto. En aquella época, estaba bien considerado que los deportistas hablaran de sus ideas políticas, siempre que esas ideas fueran las convencionales. A finales de los años sesenta y principios de los setenta, Jackson estaba embarcado en un fascinante viaje de descubrimiento personal, político, filosófico y sexual. Si sus quejas resultaron al final más personales que políticas, la mayoría de los ejecutivos del baloncesto ni se enteraron.

No ayudó el hecho de que escribiera un libro con Charley Rosen, titulado *Maverick* , que fue publicado con una foto de Jackson barbudo en la portada. Peor que la portada era lo que había dentro, pues había un par de párrafos menores que detallaban, entre otras cosas, su experimentación con drogas, por ejemplo con productos psicodélicos como el LSD. Eso era lo que las autoridades del baloncesto recordarían de él a la hora de los contratos, no su inteligencia ni su evidente amor por el juego.

Así pues, en el otoño de 1984, Jackson estaba entrenando en su segunda temporada completa en la CBA y comenzando a preguntarse si alguna vez se le presentaría la oportunidad de ser ayudante en la NBA. No es que no le gustara entrenar en la CBA y en Puerto Rico. Si te gustaba el baloncesto, te gustaba entrenar en ambos sitios, porque todo estaba por pulir. Los jugadores iban y venían en la CBA, casi todos con la esperanza de que un día su número saliera premiado y los llamaran de la NBA. Si tus jugadores tenían algo bueno, según Jackson, te los quitaban cuando ibas a entrar en los *playoffs* , y así es como debía ser.

Sin embargo, había algo pragmático y poco convencional cuando se entrenaba en la CBA. Cada equipo ganaba un punto por cada cuarto que ganaba en cada partido y tres puntos por ganar el partido. El entrenador de los Patroons era recompensado con un bonus de 25 dólares por cada punto. Eso significaba que, si los Patroons ganaban el partido y ganaban todos los cuartos, Jackson obtendría una compensación de 175 dólares. No era de extrañar entonces que los hinchas de los partidos que se jugaban en casa oyeran a veces el solitario chillido de June Jackson celebrando con más entusiasmo que nadie las canastas que hacían los Patroons inmediatamente antes de que sonara el timbre que indicaba el final de

un cuarto. «¡Bien! ¡Ya tenemos para la tienda de comestibles!», gritaba.

En la CBA se pagaban las deudas. El nivel de juego era inestable. Las relaciones entre jugadores y entrenadores eran a menudo tensas: una vez, un jugador de la CBA, furioso porque le dejaban jugar poco tiempo, metió la cabeza de su entrenador en el inodoro. Hubo veces en que ciertos equipos cerraron por no poder pagar las nóminas. A un entrenador le pagaron con cubiertos de plata. Una vez, los Patroons quisieron tener a un pívot de los Wildcatters de Casper, Wyoming, que se llamaba Brad Wright, medía más de dos metros diez y había estado en la UCLA. Casper se negó en redondo al traspaso. En aquel entonces, los propietarios de Casper tenían un truco promocional: metían un coche nuevo en la cancha, abrían la capota y animaban a los hinchas a hacer aviones de papel con los folletos y colarlos por el techo. Si un avión entraba en el coche, el hincha que lo había lanzado ganaba el coche. Por desgracia, el equipo no era propietario del coche. Dada la distancia que había entre el coche y los asientos y lo poco que volaban los aviones de papel, parecía una promoción totalmente segura. Pero un seguidor hizo un avión de papel espléndido y lo coló directamente en el coche. Como necesitaban dinero para pagar el coche que acababan de perder, los Wildcatters traspasaron a Wright a Albany.

No era un mundo de vuelos chárter ni siquiera de muchos viajes comerciales para los entrenadores. A pesar de las grandes distancias que había entre los estadios, los Patroons se desplazaban a menudo en una gigantesca furgoneta que conducía Phil Jackson. Los días de partido, él y su ayudante, Charley Rosen, entrenaban a sus jugadores con sesiones agotadoras en casa, los subían en la furgoneta y ponían la calefacción para que se quedaran dormidos. Luego Jackson y Rosen ponían la música a todo volumen. Jackson conducía muy deprisa y con mucha destreza mientras hacía el crucigrama del *New York Times* , apoyado en el volante. La furgoneta iba atestada con nueve jugadores, todos muy voluminosos, y dos entrenadores. Eran viajes brutales en condiciones climáticas duras, con el tiempo justo para llegar a los partidos por los pelos, Jackson conduciendo y jugando a juegos de palabras con Rosen, mientras los jugadores dormían. Una vez, camino de un partido contra Toronto, los detuvo un policía en la frontera canadiense. Señaló la parte trasera de la furgoneta. «¿Cuál es la finalidad de su viaje?» Jackson, agotado, respondió: «Meter clandestinamente en Canadá esclavos fugitivos».

Si la economía de algunos equipos de la CBA era un poco dudosa, no era nada comparada con la Liga de Puerto Rico. Allí, cada entrenador recibía un coche nuevo cuando llegaba y lo primero que un entrenador que había estado allí antes

le decía al colega recién llegado era que, al margen de lo que pasara (pues era muy probable que te despidieran al cabo de unos pocos partidos), no tenías que devolver las llaves hasta que te hubieran pagado todo, porque mientras tuvieras las llaves, los propietarios del club tenían que pagarte. Cuando Jackson llegó, los amigos le dijeron que no se preocupara si lo despedían, porque pronto lo contrataría otro equipo. Con el tiempo, fue despedido por el equipo que lo había llevado allí y fue contratado inmediatamente por su archirrival, que era de una población que estaba solo a unos nueve kilómetros de distancia.

La Liga de Puerto Rico era aún más salvaje que la CBA, dado el gran abismo cultural que había entre entrenador y jugadores y la barrera del idioma, que también había que tener en cuenta. Algún jugador, de los pocos que eran de Nueva York y hablaban inglés, se ofrecía voluntario para traducir las instrucciones de Jackson a sus compañeros de equipo, y parece que a estos voluntarios les gustaba decir exactamente lo contrario de lo que decía Jackson. Se trataba, en última instancia, de la necesidad de entrenar a un nivel elemental, de ceñirse a lo básico y de comunicarse con los jugadores a pesar del inmenso abismo de experiencias diferentes que se abría entre ellos. Significaba que tenías que entender como fuera quiénes eran y qué querían, una habilidad que a Jackson le vendría muy bien más adelante en su trayectoria. También estaba pagado razonablemente bien, 1 500 dólares a la semana durante ocho semanas, si es que el cheque llegaba.

Tanto en la CBA como en Puerto Rico, Jackson trataba con el baloncesto profesional sin lujos y sin espacio para la autocompasión. Jackson era bueno en eso. Era inteligente y tenía memoria fotográfica, de modo que, aunque fueran demasiado pobres para filmar los partidos, él recordaba cada jugada. Era muy bondadoso con los jugadores. Los trataba con respeto y como a individuos, sin establecer condiciones que no fueran a cumplir, como horas de acostarse y toques de queda. Advertía la idiosincrasia de cada jugador y procuraba, dentro de los límites permitidos a un entrenador, adaptarse a ella. Había algo más que lo ayudaba como entrenador, pensaba Charley Rosen, tanto aquí como más tarde en la NBA, y que era lo mismo que en aquella época jugaba en su contra: era diferente. No pensaba ni hablaba como otros entrenadores, y para los jugadores era difícil entenderle. No se presentaba ante ellos con sus normas y su necesidad de autoridad. Lejos de ello, se mostraba abierto, escuchaba, los trataba con dignidad y no recurría a su autoridad todo el tiempo, como hacían tantísimos entrenadores deseosos de hacerse un nombre. Intentaba entender sus objetivos y trataba de crear una meta común a todos. También era muy inteligente, iba un

paso por delante de ellos casi siempre y ellos sabían que no podían engañarle. El hecho de que no fuera predecible era una virtud, pensaba Rosen. Mantenía el interés de los jugadores.

Otra cosa que jugaba a favor de Jackson, pensaba Rosen, era que a pesar de su sensibilidad y su predisposición a entender a los jugadores, era muy duro y había una férrea integridad que respaldaba todo lo que decía. Podía ser un entrenador diestro y sensible, un hombre cuya experiencia personal lo hacía extremadamente tolerante con las debilidades y vulnerabilidades de los demás, y eso le daba una buena perspectiva para ver a sus jugadores como seres humanos y no como estereotipos, pero también era un entrenador exigente, inflexible con ciertas cosas. Podría ser un espíritu inquieto que quería mezclar la idea oriental de una vida más sencilla y pura con una cultura cada vez más materialista, pero también era un competidor feroz.

Como a menudo faltaba algún jugador, solía entrenar con el equipo. Como había sido un defensor eficaz, exigía un juego físicamente duro, y él seguía jugando de ese modo. Algunos jugadores tenían quince o veinte años menos que él, y eran más rápidos de lo que él había sido en su vida, pero nunca cedía terreno. Un jugador llamado Dave Magley, de Kansas, hizo algunos lanzamientos jugando contra él en el entrenamiento y encestó más de los que al entrenador le habría gustado. Charley Rosen recordaba que Jackson apoyaba deliberadamente la rodilla en el muslo de Magley, como para recordarle el precio que había que pagar por jugar contra un profesional.

Aunque puede que aquel fuera uno de los peldaños más bajos del universo del baloncesto, Jackson creía apasionadamente que los entrenamientos eran sagrados y no se permitía entrar a ningún extraño. Había aprendido de Red Holzman que ahí era donde se permitía a los jugadores cometer errores y donde un entrenador podía criticarlos sin miedo a que sus palabras salieran del círculo familiar. Aquello también valía para los corrillos durante los partidos. Estos también eran sagrados. Un equipo rival contrató para un partido al famoso Pollo de San Diego, el mimo mascota de más talento del momento, como señuelo promocional. Durante un tiempo muerto, el Pollo se colocó en medio de un corrillo de los Patroons, como si fuera un jugador. Jackson se acercó a él sonriendo de oreja a oreja y aquel cultivador del zen le dijo: «Pollo, sal cagando leches de nuestro corrillo o te doy una patada en el culo».

En aquellos años, se preguntaba a veces si alguna vez lo llamaría la NBA. Otros de su generación, jugadores que no habían pagado sus deudas en la jungla de la CBA, recibían llamadas y él seguía esperando a que lo llamaran. Solía

presentarse en lugares donde se reunían varios profesionales del baloncesto, como el Chicago Combine, que era uno de los grandes lugares de prueba para talentos universitarios todavía sin descubrir, en apariencia para ver si había algún talento que pudiera quedarse en los Patroons, pero sobre todo para ver si se percataban de su presencia los capitostes de la NBA. Pero nada ocurría y nadie parecía querer mirarlo a los ojos. Su mejor oportunidad, pensó finalmente Jackson, era recurrir a un hombre desconocido, un iconoclasta en cierto modo, un hombre llamado Jerry Krause que era el nuevo director general de los Chicago Bulls. Krause también era un extraño en el mundo del baloncesto de primera línea, incluso menos «uno de los nuestros» que Jackson. Jackson, al fin y al cabo, medía dos metros y tres centímetros, había jugado al baloncesto, mientras que Krause nunca, ni siquiera en la universidad, y era regordete y bajo, quizá algo más de metro sesenta y cinco, y siempre estuvo gordo. Hacía intentos periódicos por bajar de peso: una vez Jerry Reinsdorf le ofreció una recompensa si conseguía perder una cantidad concreta de kilos en unas semanas, una apuesta que perdió rápidamente. Se decía que, aunque podía hacer cosas notables como cazatalentos del baloncesto cuando estaba de viaje, lo que no podía hacer era pasar de largo ante un Dunkin' Donuts. La prueba de su pasión por los dulces lo acompañaba a menudo en forma de pequeñas manchas en su ropa. Los jugadores lo apodaban Crumbs, «Migajas». No había duda de que no era «uno de los nuestros», los profesionales del baloncesto que habían jugado en un nivel u otro conocían su lenguaje y se sentían a gusto entre ellos, la clase de hombres que eran populares entre los hombres y que entraban y salían de los vestuarios con una confianza especial.

Buscar jugadores universitarios no era un trabajo fácil, y en los años sesenta y setenta, antes de la llegada de la ESPN y el cable, momento en que muchos partidos estuvieron disponibles en cinta, significaba hacer interminables viajes en pequeños aviones y coches de alquiler para ir a diminutos gimnasios de universidades de las que solo habían oído hablar otros cazatalentos a juzgar un diamante en bruto. Los hombres que lo hacían se sentían más solos que la una y una forma de solucionarlo era viajar juntos. Parece que los cinco o seis mejores cazatalentos iban juntos a ciertas universidades a ver ciertos partidos: Scotty Stirling, Jerry Colangelo, Stu Inman, Jerry West, Bob Ferry. La parte buena era que no estaban tan solos y se hacían compañía entre sí; la parte mala era que solían ver las mismas cosas y confirmarse sus opiniones. Si un buen jugador tenía una mala noche, tendían a criticarlo conjuntamente, lo que solía manchar la reputación del jugador de un modo algo desmedido.

Pocos cazatalentos eran amables con Krause. Nunca consiguió entrar en su club. Siempre parecía estirar demasiado la cuerda. No vestía bien y su higiene personal, según se creía en general, dejaba mucho que desear. A Bob Ferry, de dos metros y tres centímetros, que había jugado diez años en la liga y había chocado a menudo con Krause cuando ambos trabajaban con los Baltimore Bullets, le encantaba pinchar a Krause cuando iban a los partidos. Había cierta mala uva en sus pullas, que se referían muchas veces al desaseo de Krause y a sus coches, que se creía que estaban llenos de envases de las franquicias de comida rápida que llenaban las calles principales de la América pueblerina. Las pullas de Ferry eran casi crueles; eran, según otro cazatalentos, las típicas burlas que los estudiantes hacían a los eternos excluidos.

Krause nunca respondía a las burlas. Su respuesta era trabajar más duro que nadie. Era un cazatalentos, eso era todo. No tenía otra vida. Sabía que tenía buen ojo; el resto de su cuerpo importaba poco, y además, no podía hacer nada al respecto. Con los años hizo de la necesidad virtud. Ferozmente dispuesto y trabajador incansable, excluido hasta cierto punto de la compañía de sus colegas, creó su propia red de personal y era incansable escrutando las grietas y rendijas más pequeñas del mundo del baloncesto para encontrar un talento. Primero fueron las pequeñas universidades negras del sur, antes de que, en los años sesenta y setenta, los jugadores negros de talento empezaran a ir a los mejores centros de baloncesto del país. Cuando aquella rica veta empezó a agotarse, fue a Europa, donde todavía quedaba alguna ganga ocasional y donde aún se podía sacar jugo a los rumores sobre estrellas potenciales de la NBA, como el pívot ruso (Arvidas Sabonis) que hacía asistencias como Walton y el escolta yugoslavo (Drazen Petrovic) que recordaba a Pete Maravich.

Al principio, hablaba de vez en cuando con alguno de los pocos cazatalentos a los que les caía bien y le confiaba lo que pensaba hacer cuando tuviera un equipo propio, porque estaba seguro de que tendría uno algún día. Los otros cazatalentos miraban a aquel tipo bajo y gordo, mal vestido y desaseado, y, conscientes de lo importantes que eran el aspecto y los modales en cualquier trabajo de cara al público, cabeceaban en privado y pensaban: Jerry, eres bueno en lo que haces, y nadie trabaja más que tú, pero eso no pasará, ni ahora ni nunca.

Cuando encontraba alguien que le parecía valioso, no hacía llamadas y hablaba durante cinco o diez minutos, sino que llamaba y hablaba durante horas, y escribía copiosas notas, comprobando en los años siguientes lo acertados que habían sido los pronósticos de sus fuentes. Como trabajaba solo, sin acercarse a

nadie, se volvió muy reservado, casi paranoico, y se escondía de otros cazatalentos que pudieran ir al mismo evento que él. Cuando por casualidad aparecía otro cazatalentos, Krause trataba de hacerse invisible, o al menos fingía que no miraba al jugador que obviamente habían ido a ver los dos. Cuando los Bulls eran campeones y rastreaban en el *draft* a conciencia en la primera ronda, y alguien le preguntaba por uno de los dos o tres mejores jugadores que acababan de salir al mercado, se hacía la esfinge y decía lo menos posible. Incluso Jerry Reinsdorf a veces se burlaba de él por eso: «Vamos, Jerry, no tienes que ser tan reservado, de todas formas, no vamos a quedarnos con él, porque vamos a fichar al número veintisiete».

En la pared de su despacho había una cita de procedencia desconocida: «Escúchalo todo, míralo todo, no digas nada». La primera vez que la vio el segundo entrenador de los Bulls, Johnny Bach, se quedó atónito. Bach era un amante de la historia, un estudiante serio de la Segunda Guerra Mundial y reconoció la frase inmediatamente, porque era la consigna del almirante Wilhelm Canaris, el jefe de la Abwehr, el contraespionaje alemán. «Jerry», dijo, «es una consigna extraña para que la tenga en la pared un judío de Skokie». Bach se fue convencido de que su jefe no tenía ni pajolera idea del origen de aquellas palabras.

Los periodistas y otros cazatalentos lo llamaban el Sabueso, y año tras año se volvía más y más reservado: inscribía a jugadores en hoteles con nombre falso y los llevaba al centro de entrenamientos de los Bulls a entrenar a media noche, cuando no había nadie por allí y ningún reportero aparecería en escena. Una vez llevó a Will Perdue, que por entonces estaba en su último año en Vanderbilt, para hacer unos ejercicios, lo cual no representó ninguna gran sorpresa, ya que todo el mundo daba por sentado que los Bulls estaban interesados por un pívot alto y trabajador. Billy McKinney, uno de los ayudantes de Krause, fue al aeropuerto de noche para recoger a Perdue y llamó puntualmente por el teléfono del coche: «Agente Azul llamando a agente Naranja. Paquete recogido y en proceso de ser entregado». El ejercicio se hizo ya entrada la noche y Perdue fue inscrito en un hotel con nombre falso, lo cual creó un problema al día siguiente, cuando llegó un coche a recogerlo y el conductor recorrió el vestíbulo voceando el alias de Perdue, que el jugador había olvidado por completo.

Jerry Krause había querido que los Baltimore Bullets ficharan a Phil Jackson allá en 1967, y aún pensaba en Jackson como en uno de sus descubrimientos. Krause no era el tipo de hombre que dejara escapar a alguien en quien había invertido, y se había mantenido en contacto con Jackson a lo largo de los años,

respetaba su inteligencia y creía que algún día sería un buen entrenador. Cuando Jackson fue a la CBA, nadie se mantuvo en contacto con él, salvo Jerry Krause. Krause llamó una vez y le pidió un análisis de los jugadores de la CBA, y Jackson aprovechó la oportunidad para hacerlo: una rara ocasión de mostrar su inteligencia. Se sentó ante el ordenador y escribió un detallado informe sobre todos los jugadores importantes de la liga. Krause quedó impresionado: Jackson era tan bueno como había sospechado. No tardarían en sostener interminables conversaciones, pues Krause, que siempre buscaba información y amaba cualquier minucia sobre baloncesto por extravagante que fuera, llamaba a Jackson regularmente y le sonsacaba datos de aquel aspecto casi secreto del baloncesto profesional. Las llamadas de Krause no tardaron en ser el principal contacto de Phil Jackson con la NBA. Por su parte, Krause estaba impresionadísimo con los informes de Jackson, su conocimiento del deporte y la sutileza con que hablaba sobre las diferentes formas de motivar a distintos jugadores. Phil Jackson era muy inteligente, pensaba Krause. De hecho, si había un problema con él, era que tal vez fuese demasiado inteligente para ser un ayudante de ciertos primeros entrenadores, que pudiera crear cierta inquietud en hombres que pensaran que era más inteligente que ellos.

Krause ya había trabajado con los Bulls como encargado de personal a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Dick Motta era el entrenador y su relación había sido horrible: eran dos hombres muy emocionales que parecían sacar lo peor del otro. Motta detestaba a Krause y Krause aborrecía a Motta. Pat Williams, el director general, atrapado en el horrible fuego cruzado que había diariamente entre ellos, pensaba que su trabajo requería la habilidad diplomática de un ministro de Asuntos Exteriores. Lo que precipitó la crisis fue sobre todo el *draft* de 1970. Aquel año Krause se había enamorado de un jugador de New Mexico State llamado Jimmy Collins. Motta, por casualidad, vio uno de los partidos de liga de la NCAA y quedó impresionado por un pequeño base llamado Nate Archibald, de la Universidad de Texas-El Paso, cuyo talento había estado reprimido en el pasado por culpa del ritmo lento de su equipo. Aquella noche, Motta llamó a Pat Williams y le dijo que tenían que conseguir a Archibald. «Será un grandísimo jugador de la NBA», dijo. Krause estaba igual de entusiasmado por Collins. Hubo un tira y afloja y se tomó una decisión: ficharían a Collins en la primera ronda y a Archibald en la segunda, el número veintisiete en total.

«¿Y qué pasa si Archibald ya no está cuando nos llegue la segunda ronda?», preguntó Williams a Motta.

«Jugaremos contra él todos los años», respondió este último. Cincinnati lo

fichó el segundo de la segunda ronda y ahí quedó todo. Collins fue un fiasco, jugó un total de 612 minutos en dos temporadas antes de irse, mientras que Archibald jugó durante trece años y fue seis veces seleccionado para el *All-Star* . A partir de entonces, la relación entre Motta y Krause fue tóxica a más no poder y Motta no tardó en dar un ultimátum a la directiva: o se va él o me voy yo. Se fue Krause, esta vez a trabajar para Phoenix.

Krause volvió a Chicago como director general después del primer año de Michael Jordan, gracias a Reinsdorf, que había reunido un grupo que compró el equipo. Cuando Krause nombró a Stan Albeck primer entrenador, sugirió que Albeck podía contratar a Jackson de ayudante. Tras recibir una llamada en Puerto Rico para hacer una entrevista, Jackson apareció en Chicago con barba, un sombrero de paja con una larga pluma y una chillona camisa deportiva. La verdad es que nunca había hecho nada por conseguir aquel puesto. Krause no quería al primer elegido de Albeck, un hombre llamado John Killilea, y Albeck no quería a Jackson, y cambiaron uno por otro, peones eliminados del tablero en una larga partida de ajedrez.

Tres años después, Phil Jackson seguía entrenando en la CBA y decidió que tenía que salir de allí, que no podía dedicar toda una vida a aquello. June y él tenían cuatro hijos propios, y él además tenía una hija de un matrimonio anterior. Estaban costeando sus años en la CBA con el dinero que había ganado como jugador. Si la NBA seguía cerrada para él, tendría que buscar otra clase de trabajo. Estaba la posibilidad de dedicarse a la enseñanza (quizá de Filosofía o de Religión) o de matricularse en la facultad de Derecho. Hizo un test de orientación laboral que mostró que tenía aptitudes para ambas áreas. Y además el test revelaba que también tenía aptitudes para ser guía de montaña y amo de casa. Estaba valorando qué hacer cuando Jerry Krause volvió a llamarlo. Años después, cuando las cosas se calentaron entre los dos hombres, Krause diría que había sacado a Jackson del paro, lo cual era verdadero y falso a la vez, porque aunque Jackson había rellenado los papeles para cobrar el subsidio de desempleo, nunca había recibido ningún cheque. De todos modos, un hombre con las dotes de Phil Jackson no iba a estar en el paro mucho tiempo.

Era el otoño de la temporada 1987-1988 y había quedado un puesto libre en la plantilla de Doug Collins cuando uno de los ayudantes, Gene Littles, se fue a los Charlotte Hornets para ser encargado de personal. Krause le dijo a Jackson que solicitara el puesto. Los únicos aspirantes eran Butch Beard, otro antiguo jugador de los Knicks, y él. «Esta vez quiero que te cortes el pelo, te pongas traje y vengas recién afeitado», le dijo Krause. Krause tenía otra sugerencia para

Jackson: que llevara sus dos anillos de campeonato de los Knicks. Jackson estaba incómodo con la idea, porque iba contra sus instintos más modestos, pero Krause insistió y dijo que estaría bien que los jugadores más jóvenes del equipo vieran los anillos. Doug Colllins no parecía sentir un interés especial por ninguno de los dos y Krause le dio el trabajo a Jackson en cuanto pudo. Que Jackson fuera un tipo marginal y desdeñado en aquel momento por las vacas sagradas del baloncesto jugó probablemente a su favor; implicaba que Krause parecía creer, aunque fuera inconscientemente, que Jackson debía ser leal al hombre que le conseguía su primera oportunidad auténtica en la NBA. A Krause siempre le gustaba pensar con antelación y tener un entrenador entre bastidores o cerca.

Con aquello, la puerta de la NBA quedó abierta. Como el trabajo llegó justo al principio de la temporada, June Jackson y los niños se quedaron en su casa de Woodstock, donde ella acababa de abrir un hospicio, y él se alojó en un hotel de Chicago. No podría haber dado con una situación mejor. Doug Collins era un entrenador brillante y muy motivado, y tenía dos auxiliares mayores, hombres que ya habían cumplido los sesenta años y que le fueron de gran ayuda cuando Jackson se adaptó a la NBA: Tex Winter, prácticamente el decano del mundo del baloncesto, que había empezado su carrera de entrenador cuarenta años antes, y Johnny Bach, uno de los hombres más inteligentes y respetados de la profesión.

Jackson llegó en el momento en que los Bulls alcanzaban la mayoría de edad. El año anterior, Krause había conseguido los mejores fichajes de su trayectoria, los que apuntalaron su reputación. Había elegido para los Bulls los dos jugadores que darían a Michael Jordan la ayuda que necesitaba: Scottie Pippen y Horace Grant, jugadores que formaron el núcleo del primer ciclo ganador. Como el juego de Pippen era poco refinado (mirándolo, cualquier experto podía ver las grandísimas posibilidades físicas de aquella constitución única y su gran talento natural, pero también lo limitada que había sido su formación), la obligación de Jackson aquel año fue trabajar con él. Trabajó para pulir el juego de Pippen, tratando de enseñarle a mejorar sus lanzamientos y a utilizar su impresionante capacidad atlética. Aquello contribuyó a crear un vínculo y confianza entre los dos hombres, algo que iba a venirles muy bien en los años siguientes.

Phil Jackson no empezó tan bien con Michael Jordan. Ya al principio había estado hablando con los otros entrenadores y había salido el tema de la grandeza de Jordan. Jackson citó a Red Holzman diciendo que los grandes jugadores de baloncesto eran los que conseguían mejorar a sus compañeros. Doug Collins sugirió inmediatamente que Jackson se lo dijera a Jordan. Jackson,

preguntándose si no le estarían tendiendo una trampa, accedió al fin. Fue a ver a Jordan y repitió lo que había dicho, aunque con un ligero tono de disculpa y haciendo hincapié en que había sido idea de Collins que se lo dijera. Jordan escuchó sin hacer comentarios, con cara inexpresiva, aunque no le gustó. Más tarde, mencionó la conversación a sus compañeros de equipo y añadió que era mucho más fácil pasarlo por alto cuando se lo decías a Earl Monroe, Walt Frazier y Bill Bradley.

Era una frase que Michael Jordan había oído demasiado a menudo y que volvería a oír una y otra vez con más retintín aún: puede que fuera el mejor jugador individual, el mejor jugador de uno-contra-uno, pero ¿pasaría con éxito la dura prueba de la grandeza del baloncesto, elevar a sus compañeros de equipo? Por aquella época Bill Bradley, viejo amigo de Jackson y a la sazón miembro del Senado de la nación, recibió una visita de su antiguo colega Oscar Robertson, considerado uno de los mejores bases de su tiempo. «Ese Michael Jordan es realmente grande», dijo Bradley, y Robertson discrepó. «No, no lo es», dijo, «al menos a mí no me lo parece». Bradley se quedó desconcertado y preguntó a Robertson qué quería decir. «Un jugador realmente grande juega fatal con un equipo bueno», respondió, «y Michael todavía no ha llegado a eso».

Entre la élite del baloncesto, Jordan aún no era percibido como el igual de Larry Bird y Magic Johnson, que llevaban a sus equipos a las finales todos los años. No se mencionaba que los compañeros de equipo de Bird fueran McHale, Parish, Johnson y Ainge, ni que los de Johnson eran Abdul-Jabbar, Worthy y Michal Thompson (los tres, como el mismo Magic, jugadores que habían sido elegidos los primeros del país en el *draft*) además de Michael Cooper y Byron Scott, ni que los de Jordan fueran Granville Waiters, Quintin Dailey, Dave Corzine, Brad Selles y Orlando Woolridge. Michael Jordan era muy consciente de aquella frase; rabiaba por ponerse por encima y tener compañeros de equipo que pudieran ir con él al siguiente nivel. Reservaba su ira para los dioses del baloncesto que le permitían seguir a flote con tan poco apoyo, pero hasta entonces no había hablado con su agente para que lo sacara de Chicago y así tener mejores compañeros. Consideraba que su misión era levantar al equipo. Pero no ayudó a su relación con Krause que el proceso de mejorar el equipo pareciera ir, según él, muy despacio.

Jerry Krause creía que el equipo del que se había hecho cargo en 1985 era un desastre. Algunos de los jugadores eran buenos chicos, pero no tenían talento, y otros no solo no tenían talento, sino que también les faltaba carácter. Nada menos que cinco jugadores de aquel equipo tuvieron que someterse a algún

programa de desintoxicación. El prototipo parecía ser Orlando Woolridge. Estaba capacitado, era de constitución potente, con un cuerpo que parecía esculpido en piedra, pero, en opinión de sus compañeros, no hacía un juego físico. A veces Jordan se enfadaba con Woolridge en el entrenamiento: «Si tuviera tu cuerpo, la gente vendría volando», le decía. Krause estaba impaciente por quitarse personal de encima, y lo hizo rápidamente y con sangre fría, seleccionando jugadores aquí y allá, y posponiendo decisiones que le permitirían fichar jugadores de calidad en el futuro.

Poco a poco crearía un nuevo equipo. Sería algo nuevo en el baloncesto, un equipo creado alrededor de un escolta, lo que significaba que los demás jugadores tendrían que aprender a ser generosos. Por encima de todo, necesitaba reforzar el frente y un policía que protegiera a Jordan en partidos en los que los rivales intentaran darle golpes bajos. Tendrían que pagar un precio por ir tras él.

La primera pieza real llegó en la primavera de 1985, cuando Krause vio a un chico jugando para Virginia Union que tenía un cuerpo grande y potente y parecía deseoso de recuperar cada balón perdido. El nombre de aquel joven era Charles Oakley, y Krause creía que tenía todos los requisitos para ser un reboteador excepcional: buen cuerpo, buena disposición, y como don adicional, buenas manos. Krause llamó a Clarence (Big House) Gaines, el legendario entrenador de North Carolina Central, uno de sus recursos favoritos. Los equipos de Gaines jugaban contra Oakley regularmente, y Gaines creía que Charles Oakley era su hombre: un chico alto, fuerte, ambicioso, con una maravillosa ética de trabajo, fácil de entrenar, hecho para mejorar.

Lo malo de Oakley, por lo que respectaba a Krause, era que mientras los universitarios de último año iban de torneo en torneo en el Chicago Combine, sus acciones no dejaban de subir. Aquel año Chicago fue el undécimo en elegir. Cleveland era noveno y Phoenix, un equipo con reputación de cazar buenos talentos, era décimo. Jerry Colangelo de Phoenix juró que iba a fichar a Ed Pinckney, pero Krause estaba nervioso por Cleveland. Al final hizo un trato con los Cavaliers: les envió a Ennis Whatley y a un seleccionado en segunda ronda. Cleveland eligió a Charles Oakley para Chicago, Chicago eligió a Keith Lee para Cleveland y luego intercambiaron los elegidos. En Chicago, la hinchada reunida el día del *draft* abucheó la elección de Lee, y abucheó también el canje por Oakley. Pero la primera pieza ya se había colocado.

Oakley resultó ser todo lo que Krause esperaba y más. Mejor aún, a Michael Jordan, que había empezado a mirar a la directiva con ojos escépticos, por no decir hostiles, le encantó Oakley, que acabó siendo no solo el polizonte personal

de Jordan, su protector en la pista, sino su mejor amigo en el equipo.

Krause no había terminado de hacer fichajes. Quería algunos lanzadores de raza para que jugaran con Jordan y frenaran los marcajes dobles que le salieran al encuentro. Fichó a Kyle Macy de Phoenix, un lanzador puro excepcional con capacidad física limitada, pues aunque jugó treinta minutos por partido aquel primer año, los límites de lo que podía hacer, sobre todo en defensa, saltaban a la vista. Pero Krause también hizo un movimiento compensatorio, eligiendo a un joven jugador llamado John Paxson, de San Antonio. Mucho antes de que Krause fichara a Macy, había estado cortejando a Paxson, el hermano más joven y bajo de un *all-star* llamado Jim Paxson. Tenía otras ofertas, una de Atlanta y otra muy buena de Phoenix. Cuando Macy se unió a los Bulls, Paxson supuso que Chicago se echaría atrás. Ante su sorpresa, Krause mejoró su oferta: tres años garantizados. Fue un regalo caído del cielo para un jugador que luchaba desesperadamente por estar en la liga, un jugador que tenía una media de unos 4,5 puntos por partido en sus dos primeras temporadas.

Estaba el incentivo adicional de jugar junto a Michael Jordan, sabiendo que gracias a él ibas a conseguir más tiros abiertos de lo habitual. Krause le dijo a Paxson que esperaba crear algo nuevo en Chicago, un equipo construido alrededor de un escolta, y eso era intrigante. Todos los miembros del equipo tendrían que lanzar bien y el balón debía moverse con rapidez. A Paxson le gustó la idea y pensó que su talento se adecuaba bien a aquella clase de juego. Macy era posiblemente el mejor lanzador, aunque si era lo bastante fuerte para abrirse paso solo y llegar a la canasta seguía siendo dudoso. Aunque Macy jugó más minutos aquella temporada y tuvo más puntos de media, era obvio que Paxson era allí el mejor jugador y atleta y, algo más importante, que a Jordan le gustaba más.

Lo más importante en relación con Jordan era ganarse su respeto, y mejor aún su absoluta confianza, y Paxson lo había hecho cuando aún estaban en la universidad. Ambos habían estado en un equipo universitario *all-star* que había viajado por Europa. En un partido jugado en un diminuto gimnasio de Yugoslavia, Paxson había encestado (y ganado) con un tiro largo lanzado sobre la bocina. Jordan parecía recordar aquel tiro y nunca fue tan exigente con Paxson como con el resto de sus compañeros de equipo. Al año siguiente, Macy se había ido y Paxson se abrió camino en los turnos de rotación como el compañero perfecto para Jordan: alguien que sabía exactamente qué tenía que hacer y qué no, y que siempre estaba en las jugadas. «Siempre estaba conectado con Michael», diría Chuck Daly en cierta ocasión, «como si este lo tuviera atado con

una cuerda de cuatro metros, listo para machacar cada vez que recibía el balón».

Jordan no estuvo tan satisfecho con el *draft* del año siguiente. No fue un *draft* sustancioso, y los Bulls, que eran los novenos en elegir, ficharon a Brad Sellers, de Ohio State. Era alto y delgado, dos metros trece y menos de 100 kilos, y tenía un juego pulido, no potente. Al parecer, podía lanzar desde la banda, pero no era un hombre sólido, que era lo que necesitaban los Bulls. Sellers era en gran parte una elección de Krause, y los entrenadores tenían sus reservas con él. El jugador que Doug Collins, algunos ayudantes de entrenador y Michael Jordan querían por encima de todo era un excelente base de Duke que se llamaba Johnny Dawkins. Dawkins había jugado bien en la ACC y había sido el artífice de una victoria especialmente difícil de Duke frente a North Carolina cuando Jordan todavía estaba en Chapel Hill. Durante un tiempo pareció que los Bulls ficharían a Dawkins. La noche anterior al *draft* Collins incluso le había dicho al entrenador de Duke, Mike Krzyzewski, que Chicago iba a fichar a Dawkins, representado por David Falk. Pero Krause no estaba enamorado de Dawkins: era demasiado delgado, según él, y parecía el típico jugador al que le faltaba cuerpo para soportar el castigo constante de la NBA. Pero Dawkins resultó ser mucho mejor jugador que Brad Sellers, y jugó durante ocho años seguidos.

Era la típica decisión que Jordan no olvidaba fácilmente. Tanto Falk como él creían que era la señal reveladora de una debilidad significativa de Krause. Ambos creían que la vanidad de Krause se interponía en los fichajes, que no iba al mejor jugador, porque si este funcionaba no conseguiría el mérito que quería. Por lo tanto, se veía impulsado a arriesgarse para hacer fichajes enigmáticos, porque si salían bien, ganaría el mérito que tan desesperadamente creía necesitar. Gran parte del resentimiento y la desconfianza de Jordan hacia Krause tenía sus raíces en la elección Dawkins-Sellers, y le hizo dudar aún más de la situación en que se encontraba.

Krause cometió otro error al elegir a Sellers. No solo fichó a Sellers, sino que también lo promovió exageradamente ante los entrenadores y jugadores, hablando con demasiado entusiasmo sobre lo buen jugador profesional que iba a ser. Michael Jordan nunca dejó que Jerry Krause olvidara una sola palabra de aquellas exageraciones. Llegó a la conclusión, ya al principio, de que Sellers era un jugador blando cuando los Bulls necesitaban desesperadamente fuerza. Sellers no jugaba como un pívot, jugaba como un alero con un cuerpo de dos metros trece, y Jordan fue especialmente brutal con él en los entrenamientos.

Fue una advertencia de lo que estaba por venir. Krause no dejaba de aprender lo difícil que era conseguir a los jugadores indicados para coexistir con Michael

Jordan. Cuando Jordan se metía con un compañero de equipo, podía quedarse quieto, retando al jugador a hacerlo mejor de un modo que pocos jugadores, y menos los de aquel equipo, podían resistir. Cuando sus entrenadores se preguntaban a veces en voz alta si estaba siendo demasiado duro con sus jugadores, él contestaba con corrección que, si no podían soportar la presión en los entrenamientos, ¿cómo iban a hacerlo en los *playoffs* ? Cuando Johnny Bach le llamó una vez la atención porque estaba destruyendo a uno de sus compañeros durante el entrenamiento de pretemporada, respondió fríamente: «Tengo que prepararme, Johnny».

La verdad era que en los Bulls había ya una división que con el tiempo tendría graves consecuencias. Michael Jordan había empezado a acosar a Jerry Krause y a tratarlo de un modo degradante. No era el rasgo más atractivo de Jordan, desde luego, y eso lo creían incluso los que se pusieron de parte de Jordan en la batalla y que detestaban a Krause. Había cierta crueldad y en gran medida no era necesaria. El origen del conflicto era complicado. En parte era la forma en que Krause había tratado la lesión del pie de Jordan, aunque Jordan podría haber culpado a Jerry Reinsdorf por aquel asunto.

En parte se debía también al intenso malestar que generaba una persona que parecía tener tantísima necesidad de obtener méritos por muchas cosas, algunas de las cuales había hecho y otras no. Fuera lo que fuese, la conducta de Krause contrastaba vivamente con la consciente modestia que era la marca de fábrica del programa de Carolina, empezando por Dean Smith, que nunca quiso llevarse el mérito de nada.

Como su camino a la cima había sido tan largo y duro, y como había sido un extraño en el mundo del deporte profesional durante tanto tiempo, Jerry Krause tendía a atribuirse más mérito del que le correspondía. Las historias que contaba ahora, al menos eso se creía, casi siempre tendían a inflar su papel en las cosas. Le encantaba contar a la gente cómo había descubierto y buscado al gran Earl Monroe cuando estaba en Winston-Salem. Aunque de hecho Winston-Salem era la típica universidad negra pequeña que los cazatalentos habían pasado por alto en el pasado, la grandeza de Earl Monroe no era precisamente un secreto. Cuando los Bullets lo ficharon, era el segundo jugador elegido en el país. Tanto Gene Shue, primer entrenador de Baltimore, como Bob Ferry, su ayudante, habían jugado un gran papel en su selección. «Jerry no tuvo nada que ver con la selección de Earl Monroe», diría Gene Shue años después. «Jerry era nuestro cazatalentos, un tipo que sacudía los arbustos por nosotros y trabajaba muchísimo. Nadie trabajaba más que Jerry. Pero Earl Monroe no era un secreto,

todo el mundo lo conocía y había jugado en muchos partidos que vi y yo pensaba que era espectacular, uno de los jugadores más interesantes que había visto en mi vida. Las únicas dudas sobre él procedían de algunas personas de la NBA que creían que era demasiado fantasma y se preguntaban si encajaría en la NBA debido a eso. Pero a mí me encantaba esa parte del juego. Hay que recordar que Baltimore era una ciudad difícil de penetrar. Así que lo que desanimaba a algunas personas yo lo veía como una ventaja añadida: yo buscaba emoción para una franquicia que estaba casi muerta. Jerry no tenía capacidad de decisión». Años después, Kevin Loughery, el entrenador de los Bulls cuando el equipo Reinsdorf-Krause empuñó el timón, y que había jugado con Earl Monroe durante cuatro años, dijo que en el momento en que se enteró del cambio de propietarios, supo que él estaba fuera. «Había estado en Baltimore cuando Krause estuvo allí, sabía que había sido un recadero glorificado en aquel entonces y sabía que las historias que contaba ahora, sobre cómo fichó a Earl Monroe, eran muy exageradas, y que la última persona que querría tener alrededor sería un testigo de su pasado».

Cuando oía a Krause contar anécdotas de Monroe, Michael Jordan le gritaba desde el otro extremo del autobús: Claro, Jerry, y si no hubiera sido por tu brillante instinto localizador, ¿verdad que Monroe habría bajado al número tres del país? Jordan también decía a la gente que, en unos años, cuando las cosas se olvidaran un poco y no tuviera testigos presenciales a su alrededor, Krause se adjudicaría el mérito de haberlo fichado también a él. Lo que molestaba a algunos de los entrenadores era el hecho de que, al principio, Krause parecía disfrutar con aquellos intercambios, o que entendía mal las pullas de Jordan, como si estas, a la postre, lo convirtieran en «uno de los nuestros». Parte del problema Jordan/Krause hundía sus raíces en algo tan antiguo como el patio del colegio, donde unos chicos son populares y otros parecen haber nacido para ser víctimas. Jordan, con su talento y sus virtudes, el mejor en cualquier cosa que quisiera hacer, era la personalidad alfa, y veía en Krause (bajo, feo y desesperado por ser «uno de los nuestros», pero al que le faltaban todas las cualidades requeridas) la personalidad omega, la persona condenada a ser el excluido de cualquier grupo.

Era una dinámica extraña y desafortunada y a los dos les hacía daño. Krause tendía con demasiada frecuencia a estar cerca de los jugadores y eso solo provocaba más pullas por parte de Jordan. Tex Winter, el extraño personaje de la franquicia de los Bulls que se llevaba bien tanto con Krause como con Jordan y que no se ponía de parte de ninguno en la escalada de tensión entre ellos,

pensaba que Jordan mostraba su cara menos agradable y más cruel. Pero también pensaba que Krause trataba de acercarse demasiado a Jordan para convertirse en su amigo. Doug Collins se dio cuenta de lo que estaba pasando y trató de advertir a los dos hombres. Su situación con Krause todavía estaba relativamente tranquila, por eso le dijo que su misión no era intentar ser amigo de Jordan, sino ganarse su respeto, y probablemente, cuanto menos se relacionara con él, mejor.

16

Chicago; Seattle, 1997

En las primeras semanas de la temporada 1997-1998, siguió empeorando la tensión en el equipo, en especial entre Michael Jordan y Scottie Pippen, por un lado, y Jerry Krause por el otro. Ya no se trataba de disensiones sin importancia, sino que se había convertido en un enfrentamiento absoluto, en gran medida mezquino y pueril. A algunos les parecía que Jordan se enfrentaba a Krause por defender a Pippen, que estaba furioso y amargado, pero no se le daba bien el combate verbal ni tampoco manejar su rabia. Phil Jackson se vio atrapado en medio de la batalla. La situación podía perjudicar a todos los implicados y, entre otras cosas, resultaba muy embarazosa para gran parte del banquillo, a cuyos integrantes, que tenían mucha menos capacidad de presión a la hora de firmar contratos, no les gustaba presenciar peleas entre la superestrella y el jefe del equipo. Por lo que a ellos se refería, aquella guerra la perderían todos. Parte del problema era el hecho de que Krause pasaba más tiempo cerca de sus jugadores que otros directores generales: en los vestuarios, en el autobús, en el avión… En el día a día, la mayoría de los directores generales ponían distancia con su equipo. Jackson intentó apartar a Jordan de las pejigueras y los enfrentamientos sin apenas resultado; y, tal como había hecho Doug Collins anteriormente, también había sugerido a menudo a Krause que pusiera un poco de distancia con sus jugadores, ya que su presencia era problemática. A Jackson le parecía que Krause tenía poca conciencia de sus propios límites. Por su parte, Krause pensaba que, como jefe de las operaciones deportivas, tenía derecho a ir adonde quisiera y no tenía ninguna necesidad de andarse con tiquismiquis. Si viajaba con el equipo durante las primeras cinco o seis semanas de la temporada, argumentaba él, estaría en condiciones de captar por dónde respiraban sus jugadores y cuáles eran sus necesidades. Pero a los jugadores les parecía que siempre estaba traspasando lo que ellos consideraban su territorio: el autobús y

el avión eran, al igual que los vestuarios, su hábitat propio, más por tradición que por ley; eran espacios en los que podían relajarse y bromear, espacios en los que imperaban sus normas y no las de la dirección.

Aquella temporada, a causa de las tensiones por el contrato de Pippen, se respiraba un especial resentimiento hacia Krause. Pippen, que viajaba con el equipo pese a tener un pie lesionado, estaba enfadado no solo por su salario sino por todo lo que había tenido que aguantar en el pasado; los Bulls casi lo habían traspasado en dos ocasiones, y le parecía que Krause no había sido franco con él. Le daba la impresión de que aquello, como mínimo, era una muestra de que los Bulls no apreciaban su contribución a los cinco campeonatos de la misma manera que apreciaban la de Michael Jordan. Cuando, a principios de la temporada, el equipo llegó a Los Ángeles desde Phoenix, la gente de Phoenix le dejó claro al agente de Pippen que Scottie era el jugador al que más ansiaban para el futuro. El contraste entre ese entusiasmo y el aparente desdén de los Bulls añadió más leña al fuego.

Tras el partido en Los Ángeles contra los Clippers, Bill Walton, que retransmitía los partidos de los Clippers, salió del vestuario de los Bulls percibiendo la tensión y la intensa amargura de Pippen. Era raro, pensaba, ver a un gran jugador de un equipo de primer nivel tan furioso contra la dirección y vociferando que le gustaría ser traspasado a otro equipo. Esa noche, Pippen también agarró a Kent McDill, uno de los reporteros locales de Chicago, y le dijo que no volvería a jugar con los Bulls. Nunca más. Es difícil saber hasta qué punto hablaba en serio, y al principio McDill no llevó a imprenta lo que Pippen le había dicho. Pero al día siguiente, cuando Pippen apremió a McDill para que lo escribiera, este hizo pública la historia. Al hacerlo, cada bando dispuso de aún más motivos para el resentimiento y las tensiones empeoraron.

Tras la victoria contra los Clippers, los Bulls se dirigieron al norte, a Sacramento. En el avión hubo algunas palabras feas entre Jordan, Pippen y Krause. Al día siguiente, hubo más tensión en los vestuarios de Sacramento, en gran parte, otra vez, por el supuesto papel de Krause en la elección de Earl Monroe en el *draft* . Entonces, tras una victoria contra los Sacramento Kings, los jugadores se subieron al avión rumbo a Seattle. En el avión Pippen estuvo bebiendo cerveza. Cuando aterrizaron, disponían de dos autobuses, uno para los jugadores y otro para el personal. Krause montó con los jugadores, cosa que algunos miembros del equipo técnico juzgaron como un error garrafal. El autobús, mucho más que el avión, era un recinto explosivo, porque cuando los jugadores y el personal estaban en el avión, cada uno iba a la suya y, aparte del

habitual juego de cartas entre Jordan, Pippen y Ron Harper, no se relacionaban mucho entre ellos. Algunos jugadores comían, otros dormían, otros leían, y otros se desconectaban de los demás con su música y sus auriculares. El avión ofrecía más posibilidades de soledad que de comunicación. En contraste, el autobús era un lugar mucho más peligroso; los jugadores y entrenadores estaban mucho más apretados, había menos distracciones. Se mantenía una conversación en común constante, sobre mujeres y contrincantes, marcada por la irritabilidad de los atletas de primer nivel. En el autobús escaló la tensión y subió el tono de las palabras. En el pasado, Jackson había discutido con Reinsdorf en general sobre el hecho de que Krause viajara con el equipo, sugiriendo que era evidente que no era bienvenido, y que era una fuente de tensión y fricción constantes. La respuesta de Reinsdorf era que Jackson podía poner coto a la trifulca si de verdad lo quería. Jackson, preocupado por la naturaleza cada vez más enconada de las disensiones en los últimos dos años, sobre todo por parte de Jordan, se lo había comentado a este varias veces. Michael había dicho que sí, que no era algo de lo que se sintiera orgulloso, pero que había ocasiones en que no podía contenerse. En otras palabras, el problema iba a continuar.

Jackson le sugirió a Krause que no montara en el autobús del equipo, y que en caso necesario empleara una limusina. Pero Krause se negó. La presencia de Krause en el autobús desde el aeropuerto de Seattle al hotel provocó a los jugadores. Las trifulcas volvieron a empezar, comenzando por Jordan a propósito de la improbable habilidad de Krause como pescador. Pippen no tardó en sumarse.

A Jordan se le daban bien las disputas verbales; nadie en la liga conseguía prender la chispa de los demás como él. Parecía que sabía hasta qué punto podía tocar las narices a Krause y luego, cuando detectaba señales de peligro, retirarse. Jordan podía tener sus propias emociones y cabreos, pero era un maestro controlándolos. Era mentalmente maduro y muy fuerte, y tenía una frialdad profesional que le permitía despertar sus propias emociones cuando quería para servirse de su propia rabia. Y, sobre todo, no había nadie en la liga a quien se le diera mejor cabrearse artificialmente cuando lo necesitaba.

Pippen era distinto. Sus emociones eran siempre más crudas y más superficiales, y tenía menos control sobre ellas. Cuando se veía metido en una situación como aquella, especialmente si había bebido algo, no se le daba ni mucho menos tan bien como a Jordan saber cuándo debía parar. Cuando Jordan empezó la trifulca en el autobús, Pippen tomó el relevo atacando a Krause: «¿Cuándo vas a dejar de llevarte los méritos de mi carrera y de haberme

elegido?». Y después pidió de mal humor y en voz alta que los Bulls renegociaran un contrato nuevo, o lo traspasaran a otro equipo. Nada de eso lo dijo jovialmente, y su tono se endureció y se volvió más desagradable durante el trayecto. Era la voz de la rabia y el alcohol. Al final, Jackson levantó una botella de cerveza, como diciéndole que había bebido demasiado y que se callara ya. (Un síntoma de lo dividida que estaba la franquicia fue que Joe Kleine, el pívot suplente, pensara que Jackson estaba brindando por Pippen). «No te preocupes», le dijo Krause a Jackson. «Puedo aguantarlo».

Esa no era la cuestión, pensaba Jackson. El problema era mucho más serio. Era una escena muy fea: Michael podía hacer de las suyas sin traspasar la línea del todo, pero cuando lo hacía Scottie, cuando Scottie iba a por Krause, él sí que la cruzaba.

Al día siguiente, los periodistas siguieron contando más y más cosas del deseo de Pippen de que lo traspasaran a otro equipo, y su promesa de que no volvería a jugar con los Bulls. Era al comienzo de la temporada, los Bulls ocupaban la parte baja de la tabla, uno de sus jugadores importantes estaba lesionado, y había la posibilidad de que lo perdieran permanentemente. Era un momento crítico. Los otros jugadores estaban muy alterados, y antes del entrenamiento de ese día, Jackson mantuvo una breve charla con el equipo. Pippen se disculpó ante sus compañeros por causarles problemas con su petición de ser traspasado a otro equipo, pero también se mantuvo muy firme en su postura. Les dijo que nunca volvería a ponerse la camiseta de los Bulls. Os aprecio a todos, dijo, pero creo que esto se ha acabado. Pippen, se temía Jackson, al decir cosas que no tendrían vuelta atrás, estaba entrando en un punto de no retorno en el que no solo iba a hacer daño al equipo sino también a sí mismo. La dirección no le iba a permitir a él lo que le permitía a Michael Jordan.

Pippen, que carecía de la dureza interna de Jordan, era infinitamente más vulnerable a las complejidades sociales que a menudo le asaltaban cuando alcanzaba un nuevo logro atlético y adquiría mayor notoriedad pública. Su ascenso desde donde había empezado hasta donde se encontraba en aquel momento había sido mucho más largo que el de Jordan, y sus mecanismos protectores en su vida personal eran mucho más débiles. Por eso, su control emocional en la cancha era siempre cuestionable. En un estadio anterior de su carrera, su inestabilidad emocional había sido un problema también en la cancha, y a los contrincantes astutos les había resultado relativamente fácil distraerlo de su juego. Sin embargo, durante su larga y cada vez más brillante trayectoria profesional, su comportamiento en la cancha se había fortalecido

considerablemente; por aquel entonces, era una de las estrellas de la liga, con cinco anillos en su haber, y era difícil ponerlo nervioso durante un partido. Con todo, su comportamiento fuera de la cancha era harina de otro costal. Su falta de control emocional, en un universo tan ferozmente competitivo como la NBA de entonces, donde todo el mundo se jugaba cada vez más, podía usarse fácilmente contra él, pensaba Jackson. En los días siguientes, Jackson habló con Pippen varias veces e intentó apaciguarlo.

Las diversas declaraciones de Pippen a la prensa en los últimos días incluían, entre otras cosas, insinuaciones de que él estaba lo bastante bien para jugar si quería, pero que no lo hacía a causa de su contrato. Los entrenadores estaban seguros de que eso no era verdad. Lo habían visto en una sesión de entrenamiento, y sabían que no era capaz de parar y volver a arrancar. Pero incluso la insinuación de que estaba haciéndose el enfermo era algo bastante peligroso, pensaba Jackson. En esencia, Jackson le dijo a Pippen que su ansiada libertad estaba cerca, que tenía que esperar, que tenía un contrato para aquel año, y que si las cosas empeoraban aún más entre él y la dirección, sería él el que se llevaría la peor parte, porque quedaría una mancha permanente en su reputación en la liga, especialmente entre las franquicias de calidad. La única manera de recobrar la libertad era volver a jugar aquel año, hacerlo a alto nivel, y volver a ser un agente libre en verano de 1998.

Jackson se quedó muy sorprendido con la reacción hostil de Pippen. Pippen, que normalmente lo escuchaba y aceptaba sus juicios, esta vez parecía inaccesible. Estaba claro que, a los ojos de Pippen, ni Jackson ni Jordan tenían derecho a decirle lo que tenía que hacer, porque habían recibido maravillosos salarios que no había recibido él. Si lo habían protegido delante de las altas instancias, pensaba que había sido para evitar que lo traspasaran, y no para usar su capacidad de negociación para ayudarle a conseguir un contrato mejor. Así que Pippen no hizo ningún caso de los consejos de Jackson y, al menos de momento, dio la impresión de estar tan resentido contra ellos como contra la dirección.

Irritados por el comportamiento de Pippen, tanto Jordan como Jackson intentaron otra vía, hablando críticamente con los periodistas sobre las recientes declaraciones de Pippen. Ellos habían vuelto a jugar aquella temporada, dijeron los dos, sobre todo para ganar otro campeonato más, y una de las razones por las que lo habían hecho era Pippen. Él era la única estrella importante del equipo de 1997 con contrato, y había pedido tanto a Jackson como a Jordan que siguieran jugando allí. Jackson recordó las palabras de Pippen: «No me dejéis aquí solo».

Ahora ellos estaban allí, y era Pippen el que parecía que quería escabullirse de ellos. Jackson se había quedado sorprendido con el incidente, y pensó que a lo largo de los años se le había hecho mucho más daño a Pippen de lo que parecía.

Esa tarde los Bulls jugaron bien contra los SuperSonics (uno de los dos o tres equipos que esperaban encontrar en las finales), pero perdieron en la prórroga cuando en el último segundo Toni Kuko č falló un lanzamiento. Cuando el avión salía de Seattle, el equipo se hallaba seguramente en el punto más bajo de la temporada. Iban 8-6, les estaba costando, y todavía tenían que vencer a un equipo de primera fila. Jordan estaba jugando muy bien, pero jugaba demasiados minutos, y su porcentaje de lanzamientos estaba bajando, una clara señal de cansancio; con demasiada frecuencia, Jordan intentaba cargar con el peso del equipo en un momento demasiado temprano de la temporada. Rodman finalmente estaba cogiendo forma y empezaba a jugar bien, pero Kuko č, de quien tanto se esperaba y a quien tanto se necesitaba, jugaba de manera no solo errática sino también floja. La clave era Pippen. Para triunfar aquella temporada, los Bulls tenían que mantener todas sus opciones de clasificación mientras Pippen no jugaba. Puede que con suerte se mantuvieran unos cuantos partidos por encima de .500. Después, a su regreso, descansado y en buena forma, harían un asalto de órdago que los llevaría directos hasta la final de los *playoffs* . Ahora Pippen no solo amenazaba con quedarse fuera del equipo toda la temporada, sino que establecía un escenario en el que invitaba a que la furiosa dirección lo castigara traspasándolo a un equipo de nivel inferior. Cuando salían de Seattle, Jackson no estaba seguro de que consiguieran que Pippen volviera, ni de si, en caso de que lo consiguieran, de en qué estado mental se lo encontrarían. Se temía una repetición del infame partido de los *playoffs* de 1994.

Si hubo un acontecimiento decisivo durante el ejercicio de Jackson como entrenador de los Bulls, fue el que tuvo lugar en una temporada en que los Bulls no ganaron el campeonato, y no estuvo relacionado con nada que hiciera Jackson, sino con algo que no hizo. Fue durante las finales de la Conferencia Este de 1994 contra los Knicks, en la primera temporada en que Michael Jordan estaba ausente, jugando al béisbol. Cuando quedaban 1,8 segundos del tercer partido y el marcador señalaba empate a 102, Jackson pidió tiempo muerto y trazó un plan que daba el lanzamiento final a Toni Kuko č. Scottie Pippen, que había llevado el peso del equipo en ausencia de Jordan, y en aquel momento era un candidato legítimo a MVP de la liga, se enfureció con la decisión y se negó a entrar. (Un motivo de que Pippen se enfadara tanto en aquel momento fue que, durante la anterior posesión, los entrenadores habían pedido un aclarado para

aislar a Pippen en el lado derecho, pero Kuko č, como había pasado demasiado a menudo en aquella temporada, no había aclarado, pese a que Pippen había intentado apartarlo con un gesto de la mano. En la confusión, los Bulls agotaron los veinticuatro segundos). Fue un momento de estupefacción, un gran jugador negándose a volver al juego en aquel clímax. Nadie recordaba nada parecido. Había habido ocasiones en que jugadores menores, a los que se sacaba pronto de un partido, se negaban a volver cuando el entrenador se lo pedía. Pero nada como aquello: una superestrella negándose a volver en un momento decisivo de la serie. Al principio, Jackson, desconcertado, se volvió a sus ayudantes y les dijo: «No quiere volver a entrar. ¿Qué le voy a hacer?».

«Que le den por culo», respondió Jimmy Cleamons, uno de sus ayudantes. «Jugaremos sin él».

La mayoría de los entrenadores, en un momento como aquel, habrían perdido los papeles y habrían ido tras Pippen con una finalidad clara. Pero Jackson, tras intercambiar algunas palabras acaloradas con Pippen en el mismo momento de su negativa, sencillamente reculó. Que al final Kuko č hubiera lanzado y los Bulls ganaran el partido parecía algo minúsculo ante la trascendencia de la decisión de Pippen. En esencia, lo que Jackson hizo fue dejar que los jugadores manejaran la situación, algo que había aprendido de Red Holzman, su entrenador en Nueva York. Los jugadores eran siempre los que mejor sabían lo que había que hacer: eran al mismo tiempo juez y parte. Había que dejarlos hablar y decidir qué era lo correcto, si es que había una opción correcta. En cuanto a Jackson, comprendió de inmediato que aquello era algo con lo que Scottie Pippen tendría que lidiar durante mucho tiempo, y que le resultaría bastante difícil. La solución consistía entonces no tanto en el castigo como en la contención, y en intentar poner en contexto lo que sucedía, para juzgar el acto no solo en sí mismo sino junto con las otras cosas que Pippen había hecho por el equipo a lo largo de los años. En aquella atmósfera explosiva, Jackson pensó no solo en sí mismo, sino en el futuro del equipo entero e, igualmente importante, en el del jugador, quien tanto le había dado en el pasado. Era consciente de toda la hoja de balance, y no permitiría que un solo acto, por muy infantil que fuera, borrara todas las contribuciones positivas.

Sin embargo, estaba anonadado. Después del juego fue a los vestuarios, donde estaba Bill Cartwright, el pívot veterano, tal vez el jugador más respetado del equipo, sollozando y repitiendo como para sí. «No me puedo creer que hiciera eso… No me lo puedo creer… Nunca había visto nada parecido…». Afortunadamente, Jackson tenía que quitarse las lentillas, algo que le llevaba

cinco minutos. Solo después de hacerlo entró para encontrarse con Pippen y el resto de los jugadores. Pronunció con cuidado sus palabras: Lo que Pippen acababa de hacer, dijo, era algo terrible, superaba cualquier cosa que hubieran visto nunca. Pippen, dijo, no podría borrar aquello, tendría que apechugar con ello no solo ante el público, sino sobre todo ante sus compañeros de equipo, a quienes había fallado de una manera tan grave. Entonces Jackson le dijo que iba a salir a hablar con los medios, y que no iba a mentir sobre lo sucedido. Por lo demás, les pidió rezar el padrenuestro, pues le gustaba recordarles que había una deidad superior. Entonces, mientras los jugadores arreglaban las cosas sin él, Jackson salió a hablar con la prensa. Bill Cartwright, que seguía muy alterado, era el que más había hablado.

Cuando Jackson regresó, los jugadores ya habían empezado a arreglar las cosas entre ellos. Cartwright habló muy emotivamente y con eficacia. Le dijo a Pippen: «Después de todo lo que hemos pasado, después de todos los sacrificios que hemos hecho para ganar sin Michael, ¿cómo has podido hacer tal cosa?». Se dijo lo que había que decir, y no por parte de ninguna autoridad, sino de un compañero de Pippen, un igual. Lo que quedaba por saber era si él aprendería la lección y recuperaría el prestigio que tenía entre ellos antes de que ocurriera aquello. Pero en aquel momento, el hecho de que no le echara ninguna bronca a Pippen fue seguramente el acto más importante de toda su carrera como entrenador. Y, aunque después de aquello hubo mucha gente en la franquicia que quería traspasar a Pippen, seguramente Jackson acababa de ayudar a salvar el núcleo del equipo para el siguiente ciclo de campeonatos. Era típico de Jackson pensar que lo importante era cómo fueran las cosas a la larga.

Aquella primera noche, Tim Hallam, jefe de prensa de los Bulls, habló con Jackson. Hallam era muy consciente de que aquel era un momento crucial para el futuro del equipo. Encontró a Jackson sorprendentemente relajado. «Es que no va a ser un problema», dijo Jackson. Más tarde, Hallam pensaría que aquel momento, aún más que los campeonatos ganados, definía a Jackson como entrenador.

Al día siguiente, un anonadado Michael Jordan, que por aquel entonces jugaba en los Birmingham Barons (en la Doble A), llamó a Jackson con muchas ganas de enterarse de los entresijos de la historia. «No me puedo creer que hiciera algo así», dijo Jordan. «¿Cómo es posible?». Jackson respondió que no había explicación posible, pero que era lo que había. «¿Qué ha hecho Scottie después?», preguntó Jordan.

«Bueno, se ha disculpado, pero no está realmente arrepentido», dijo Jackson.

Jordan, que se había formado en un entorno en el que siempre había que obedecer al entrenador, en el que daba igual lo que uno pensara en el momento, no podía concebir aquel acto de herejía. «La gente no olvidará nunca lo que ha hecho», dijo Jordan.

«No estoy seguro, Michael», respondió Jackson. «La gente perdona muchísimas cosas basándose en las verdaderas intenciones de la persona, y Scottie ha superado en el pasado muchísimas cosas».

Volviendo al otoño de 1997, cuando Pippen amenazaba de nuevo con la autodestrucción, Jackson decidió que era el momento de recular un poco, de explicarle a Pippen las consecuencias de sus acciones, y aún más importante, de enfriar las cosas y dejar que fueran los compañeros de equipo de Pippen quienes tendieran un puente. Tanto los compañeros como el público habían perdonado el arrebato de Pippen en 1994, pero si ahora él se negaba a cumplir su contrato y a volver a jugar con el equipo, cometiendo lo que en la práctica era un sabotaje, no habría perdón.

Jackson quería apartar a Pippen de Krause, así que le insistió a Pippen que no viajara con el equipo durante algún tiempo. Además, Ron Harper, que era el más próximo a Pippen en el equipo, adquirió un nuevo papel, el del compañero que le hace saber a su amigo que lo necesitan, que cuentan con él y que creen en él. Lo que en aquel momento necesitaban, pensaba Jackson, eran menos comentarios en los periódicos y más tiempo para que Pippen confrontara la realidad de su situación. Era el momento de recordarle a Pippen lo mucho que le gustaba jugar al baloncesto con los Chicago Bulls.

El ánimo del equipo empezó a cambiar. Hasta entonces habían estado relativamente relajados, casi alegres, a pesar de las tensiones con la dirección. Estaban de acuerdo en que aquella era la última vez, y que tenían que disfrutarlo. Aquel equipo era muy diferente, en un sentido crucial, del equipo que había ganado los tres primeros títulos. Era mucho más joven, y para muchos de los jugadores que salían del banquillo, como B. J. Armstrong, Stacey King y Will Perdue, era su primera vez en un equipo de la NBA. Pocos sabían lo que era sufrir en un equipo perdedor a lo largo de una temporada larga y deprimente, dándose cuenta de que, como mucho, podían ganar treinta y cinco o cuarenta partidos. Aquel equipo era muy distinto. Bill Wennington, Joe Kleine, Jud Buechler, Randy Brown, Ron Harper y Steve Kerr habían jugado todos en otros equipos y habían comprendido y aceptado las limitaciones de su posición en la liga y la suerte que tenían de estar en un equipo que tenía posibilidades de ganar el campeonato. Para algunos de ellos era su tercer o cuarto equipo, y sabían

cuándo estaban en una buena situación. En líneas generales, su equilibrio emocional era muy bueno, y aceptaban de buen talante que Jackson tan pronto los necesitara como los dejara de necesitar. Eso lo convertía en un equipo fácil de entrenar. Normalmente el humor del equipo era benigno y resplandeciente, ya que los jugadores ordinarios intentaban mantenerse lo más alejados posible de las batallas entre Krause, Pippen y Jordan.

Pero en aquel momento, el equipo se hallaba a duras penas por encima de los .500 y la confianza de que todo cambiaría con la vuelta de Pippen había desaparecido. Tal vez volviera, tal vez no. Cuando iban 8-7, Jackson convocó una nueva reunión del equipo. Les dijo que ya habían perdido más partidos que en toda la primera mitad de la temporada anterior, cuando al final habían quedado 69-13. Y lo que era peor, estaban perdiendo ante equipos a los que deberían haber derrotado, y estaban fallando en algo que era esencial para los equipos que aspiraban al campeonato: estaban fracasando a la hora de vencer en los partidos reñidos. Una característica de los campeones (una característica de los Bulls durante gran parte de aquella década) era que dominaban a otros equipos en los últimos minutos, cuando el resultado estaba en la cuerda floja. Ahora, sin saber cómo, estaban perdiendo aquella característica. Otros equipos, sintiendo su debilidad, los atacaban y se salían con la suya.

Después de aquella reunión, las cosas empezaron a cambiar, sobre todo gracias a Michael Jordan. Entró en modo superguerrero. Entonces cada partido fue distinto: iba a aquellos partidos como si jugara contra equipos de nivel *playoffs* en pleno campeonato regular. Subió el nivel de su juego defensivo. Hizo que sus compañeros se crecieran. Ninguno siguió su ejemplo tan bien como Dennis Rodman, que también mejoró su juego de manera espectacular. Jordan era consciente de ello y halagaba a Rodman ante los medios después de los partidos. «Dennis es nuestro jugador más valioso esta temporada», dijo a los periodistas. «No estaríamos consiguiendo nada de esto sin Dennis. Nunca había visto a ningún compañero jugando tan duro».

Rodman parecía prosperar y crecer en ausencia de Pippen y bajo los elogios de Jordan, como si ahora fuera el número dos en vez del número tres del equipo, y fueran Michael y Dennis juntos contra el mundo. Durante los siguientes dieciocho partidos, su media de rebotes subió de trece a diecisiete por partido, un pequeño indicador de lo fuerte que estaba jugando. Una vez más, los Bulls volvían a ser un equipo duro. No había nada artístico en aquellos partidos. Los ganaban en el foso hombres más pequeños que cogían más rebotes que otros más grandes, hombres con una defensa superior, y con jugadores que salían del

banquillo y hacían justo lo que tenían que hacer. Si bien no se parecían a los dominadores y confiados Bulls de los últimos dos años, al menos volvían a ganar. Sus números globales aún no eran buenos, pero estaban jugando duro y lideraban la liga en aspecto importante: dejaban a sus contrincantes en puntuaciones más bajas que ningún otro equipo de la liga.

17

Hamburg y Conway, Arkansas; Chicago, 1982-1987

El *draft* de la NBA de 1987 puso los cimientos para los primeros campeonatos de los Bulls. Los Bulls eligieron tanto a Scottie Pippen como a Horace Grant. El primero dejó por fin de ser la eterna estrella para convertirse en uno de los mejores jugadores de todos los tiempos de la NBA. El segundo fue reconocido como uno de los dos o tres mejores aleros altos de la liga. Los dos eran atléticos y los dos habían tenido un desarrollo tardío. De los dos, Grant fue el éxito más inesperado en los torneos que precedieron al *draft* de la NBA, mientras que Pippen atraía ya la atención con su extraordinario cuerpo y sus brazos increíblemente largos, y su cotización empezaba a subir muy deprisa. Central Arkansas, una universidad predominantemente blanca, no era exactamente una potencia del baloncesto, ni un lugar de peregrinaje anual para los cazatalentos del baloncesto. En un día de búsqueda refinada, uno de esos en que los cazatalentos parecen capaces de identificar en plena pubertad qué jovencitos americanos terminarán siendo atletas profesionales diez años después, Scottie Pippen demostró que incluso en la nueva industrialización del deporte americano quedaba lugar para la sorpresa. Había sido un jugador decente en el instituto de Hamburg, una pequeña ciudad de Arkansas, aunque no el mejor jugador del equipo. No era muy alto, aproximadamente un metro ochenta y cinco, y era muy delgado. Su entrenador en el instituto, Donald Wayne, pensaba que tenía buena visión de la pista, pero pies lentos (algo que sorprendería mucho a los contrincantes de la NBA cuando lo oyeran), sobre todo porque sus pies habían crecido pronto, mientras que el cuerpo lo había hecho con retraso en relación con los pies. En el instituto, había dado tan pocos indicios de la capacidad atlética que llegaría a adquirir que ninguno de los colegios universitarios de los

alrededores, todos ellos de segunda y tercera división, había mostrado interés en reclutarlo, pese a los esfuerzos de su entrenador. Algunos ayudantes de entrenador fueron a verlo, pero ninguno se quedó impresionado.

Finalmente, más como un favor a un buen chico que como ofrecimiento a un gran atleta futuro, Donald Wayne llamó a su antiguo entrenador en la universidad, Don Dyer, que por entonces entrenaba en la Central Arkansas de Conway. Wayne pidió a Dyer que le diera una oportunidad a Pippen. Pensaba que Pippen era buena persona, aunque no un gran jugador de baloncesto, y creía fervientemente que todo chico bueno con una buena ética de trabajo debería, en la medida de lo posible, tener la posibilidad de ir a la universidad, una posibilidad real de superar la generalizada pobreza rural de la región. ¿Le haría Dyer ese favor a él? ¿Le ofrecería una beca a aquel chaval? No podía garantizar nada: era bastante probable que Pippen no llegara a ser un deportista de nivel universitario. Lo que Wayne quería, por encima de todo, era abrir otra puerta en la vida de Scottie Pippen. Pensaba que para un joven no había nada tan enriquecedor como ir a la universidad: cuando a alguien se le daba esa posibilidad, después esa persona podía sacarle todo el partido que quisiera. Dyer apreciaba a Wayne y decidió hacerle ese favor. No lo hizo tanto pensando en que se llevaba un gran jugador como que hacía lo correcto por alguien a quien había entrenado. No disponía de becas en aquel momento, así que Pippen quedó incluido en el «Pell Grant», un programa federal para chicos con necesidades, y actuó al principio como mánager del equipo. Pero pronto se fueron dos becarios de Dyer, y Pippen se benefició de una de sus becas.

Dyer lo recordaba pesando unos 63 kilos, pero Arch Jones, que era el ayudante de Dyer y después sería su sucesor, pensaba que eran incluso menos de 60. Sin embargo, a Dyer le pareció que allí había posibilidades. Tenía a un chaval decente de primer curso, que jugaba cada vez más hasta que al final del curso empezó a mejorar. Aquel chaval tenía una buena comprensión del juego, en parte porque había jugado de base en el instituto y había aprendido a visualizar la cancha entera. Además, estaba empezando a crecer: hasta un metro noventa en segundo, un metro noventa y ocho en tercero, y podía ser que superara los dos metros en el último año. En su segundo curso, se perdió la mitad de la temporada por un bajón en su rendimiento académico, que se llevó consigo su elegibilidad para la beca. Sin embargo, se estaban estableciendo los cimientos de un equipo muy bueno, pensaba Dyer, un equipo formado en gran medida en torno a Pippen. Había empezado a estar muy claro que era el mejor jugador que habían tenido en años. Su cuerpo ganó peso, se acercó a los noventa kilos, pero seguía siendo

muy rápido y veía muy bien la cancha. Dyer le hizo jugar en tres posiciones distintas: en las dos defensivas y de alero bajo. Eso le vino bien cuando se hizo profesional, porque si bien su tamaño lo colocaba de alero bajo, se había pasado tanto tiempo en la universidad manejando el balón que sus talentos eran inusualmente variados. Siguió creciendo en el último curso, y podría llegar, pensó Dyer, a jugar como profesional. Era difícil saber lo bueno que sería, teniendo en cuenta que los contrincantes eran Arkansas Tech, Ouachita State y Henderson State, pero había momentos en que parecía mejor que ningún otro en la liga, momentos en que hacía cosas que Dyer y Jones solo habían visto hacer a los profesionales.

Cuando Scottie Pippen llegó a la universidad, con diecisiete años, escribió en un trabajo para la clase de Educación Física que cuando creciera quería ser jugador de la NBA. Por aquel entonces, cuando era tan flacucho, parecía el sueño más improbable. Pero en tercero ya era evidente que era el mejor jugador del equipo y seguramente de la liga, y a sus entrenadores les parecía que su talento no tenía techo. Los entrenadores pensaban que sus cualidades atléticas le podían llevar al nivel NBA, pero no tenían modo de medirlo realmente. Los dos entrenadores le hablaron de su sueño, y le dijeron que les parecía viable si él seguía trabajando duro. Si hacían un ejercicio que a Pippen le resultaba más fácil que a los demás jugadores, y no se estaba esforzando, Jones le exigía más: «Te va a costar», solía decirle, y con eso lo que quería decir era: te va a costar llegar a la NBA. Esa era su cantinela: «Te va a costar».

Dyer y Jones empezaron una campaña en dos frentes para darle una oportunidad entre los profesionales. Dyer conocía a Bob Bass, que entonces trabajaba para San Antonio, y contactó con él a propósito de Pippen; además, escribió a los Dallas Mavericks. No obtuvo respuesta de ninguno. Al mismo tiempo, Jones, asombrado de su propia audacia como entrenador de poca monta, cogió un día el teléfono y llamó a Marty Blake, que era el jefe de cazatalentos de la NBA. «Marty, tú no me conoces a mí ni mi liga», empezó diciendo. «Pero aquí tengo un chaval que es un jugador bueno de verdad, y pienso que puede entrar en la NBA». La liga, la Arkansas Intercollegiate Conference (AIC), era pequeña, pero Blake, un cazatalentos con experiencia que en los años cincuenta había llegado a escudriñar hasta el quinto pino, la conocía bien. Jones describió las cualidades atléticas de Pippen, y mencionó sus brazos excepcionalmente largos, así como su capacidad de jugar en distintos puestos. Blake se lo tomó en serio y le dijo que le enviaría a un cazatalentos. Ese fue el inicio del proceso de descubrimiento, y con el tiempo una serie de cazatalentos pusieron rumbo hacia

allí.

Jerry Krause, por su parte, oyó hablar de Pippen por primera vez a Marty Blake, quien llamó a Krause para decirle que iba a disputarse un partido en Arkansas en el que jugaría Pippen, y que podría haber allí más cazatalentos, y que Krause debería prestar atención, pues Pippen parecía un atleta excepcional. Las dos cosas que mencionó fueron su rapidez y sus brazos inusualmente largos. Krause entonces mandó a Billy McKinney a que le echara un vistazo a Pippen, pero McKinney era nuevo como cazatalentos y no había visto muchos partidos de segunda división, así que no fue capaz de calibrar lo que veía. Al día siguiente, Krause le preguntó su parecer a McKinney, y McKinney le dijo que no sabía. ¿Qué es eso de que no sabes?, preguntó Krause. Bueno, es un buen atleta y es verdad que tiene los brazos muy largos, pero el nivel de juego es muy bajo, como un viernes por la noche en la YMCA.

(El papel jugado por McKinney en la selección de Pippen en el *draft* se convirtió al final en un tema delicado entre él y Krause. En cierto momento, después de que McKinney dejara los Bulls, a Krause le pareció que se quería arrogar todo el mérito, y los dos hombres, que en otro tiempo habían estado muy unidos, dejaron de hablarse. Más tarde retomaron la amistad, que volvió a romperse cuando McKinney, que entonces trabajaba para los Seattle SuperSonics, puso en su currículum que él había descubierto originalmente a Pippen, y Krause le pidió que lo quitara).

Llamaron al entrenador de Pippen y le pidieron cintas de grabación, que no ofrecieron información concluyente. Cuando Krause y McKinney fueron al torneo de Portsmouth, la primera de las exhibiciones de los jugadores que aspiraban a ser seleccionados, y Krause vio salir al terreno de juego a un jovencito flacucho, le dio un golpecito a McKinney en el hombro y le dijo. «Ese tiene que ser Pippen». ¿Cómo lo sabes?, preguntó McKinney. «Tiene los brazos más largos que he visto nunca», respondió. Krause recordaba aquel momento como uno de esos raros instantes en la vida de un cazatalentos en los que se está completamente seguro de que ha vislumbrado el resplandor de la futura grandeza. Pensó para sí: «Dios mío, esto es de verdad, distinto y muy especial». En el pasado había experimentado aquella sensación muy pocas veces: cuando siendo cazatalentos de béisbol había descubierto al jovencito Kirk Gibson, y cuando ya en el baloncesto había encontrado a Earl Monroe. Una de las cosas que pueden hacer los cazatalentos realmente buenos es coger a un jugador jovencito e imaginarse lo que puede llegar a ser, ver a alguien cuyo cuerpo todavía está creciendo y vislumbrar lo que podrá alcanzar con el proceso de

maduración y la intervención de entrenadores profesionales.

Estaba todo allí, pensó Krause: un cuerpo delgado pero potente, una gracia natural y una fluidez asombrosa. Pippen todavía no era un buen lanzador, pero tenía manos grandes con dedos excepcionalmente largos, y eso le ayudaría enormemente cuando trabajara en mejorar los lanzamientos, pues le permitiría controlar fácilmente el balón. Mirando a Pippen, Krause tenía la sensación de que era un jugador que, un poco como Michael Jordan, podía jugar en la NBA en tres puestos distintos: como alero bajo, como escolta y, si era necesario, como base. Tenía bastante habilidad atlética (rapidez, fuerza e instinto) para llegar a ser un buen defensor. Los Bulls estaban ya por delante de la mayoría de los equipos profesionales de baloncesto en haberse hecho con su propio programa de peso y fuerza, dirigido por Al Vermeil, el hermano del entrenador de fútbol Dick Vermeil.

Pippen jugó muy bien en Portsmouth, mostrando a todos los presentes su valor. «Entrenador», le dijo a Arch Jones al llegar a Conway. «Creo que lo hice realmente bien, quieren que vaya a la próxima prueba en Hawái».

Ahora bien, si había un problema con Pippen, en lo que a Krause se refería, era que el secreto ya era un secreto a voces. El valor de Pippen estaba empezando a subir rápidamente. De hecho, en la historia reciente de la NBA, pocos jugadores han mejorado tan rápidamente en el juego de postemporada para abrirse camino hasta el nivel superior de la primera ronda. Era la verdadera pesadilla del sabueso: su éxito inesperado lo había llevado hasta la primera ronda y, aún peor, parecía estar camino de convertirse en el billete de lotería que todos querían. En aquellos tiempos, en la era moderna del baloncesto, nadie de gran talento o gran talento potencial seguía siendo una promesa durante muchos años. En Hawái, el juego de Pippen resultó aún más impresionante, y su valor subió en consonancia.

Y aún quedaba por delante la Combine de Chicago, una oportunidad importante para los jugadores que intentaban entrar por sí mismos en los compases finales de la primera ronda y al principio de la segunda. Ni Jimmy Sexton ni Kyle Rote júnior, los nuevos agentes de Pippen, tenían mucho interés en que jugara en la Combine de Chicago. Notaban las ganas que le tenía Krause, así como otros directores generales (por supuesto, Krause hablaba de Pippen como una potencial superestrella), y si iba al Combine, era menos lo que podía ganar que lo que podía perder, en caso de que jugara sin tanta brillantez. Una voz admonitoria se sumó a la de ellos, la voz de Krause, que estaba nervioso por el creciente interés en torno a Pippen. Krause estaba dispuesto a pagarle unas vacaciones en Hawái durante la semana de la Combine de Chicago solo para

esconder a Pippen. El único que no estaba conforme con la idea era el propio Pippen, que estaba disfrutando de la competición y se emocionaba al ver, tras jugar en una competición tan limitada (a diferencia de los jugadores de los programas más grandes, él no había tomado nunca un avión para acudir a un partido), que no solo era tan bueno como muchos jugadores de gran reputación sino incluso mejor, y que podía ganarles. Tenía ganas de ir a Chicago y demostrar que lo suyo no había sido chiripa. Así que fue y jugó aún mejor de lo que había jugado en Hawái; es posible que fuera el mejor de todos los jugadores que había allí. (Don Dyer se acercó a la demostración de Chicago y se encontró con Bob Bass de San Antonio. Bass miró a Dyer y le dijo: «Bueno, tú quisiste hablarme de él, ¿verdad?»).

Jerry Krause se ponía cada vez más nervioso: había encontrado un diamante, pero cada vez estaba menos en bruto. Ahora quería que Sexton y Rote limitaran las demostraciones personales de Pippen para diferentes equipos. Aquello era un año después de que los Celtics hubieran elegido a Len Bias en el *draft* en segundo puesto, y justo después Bias muriera por una sobredosis, y por eso la mayoría de los equipos se tomaban muy en serio lo de fijarse muy bien en los jugadores que iban a contratar para saber quiénes eran. Krause rogó a Sexton y Rote que no llevaran a Pippen a lugares como Nueva Jersey y Cleveland, que tenían posiciones muy altas en el *draft* .

Pippen también estaba cada vez más incómodo con aquella parte del proceso, volando a distintas ciudades, reuniéndose con aquellos extraños y poderosos propietarios y directores generales, intentando responder a sus preguntas y tratando de ser el hombre que querían que fuera. Le pidió a Sexton que le acompañara en los viajes, cosa que resultaba poco común. Ya habían visitado Indiana y Phoenix, y les quedaban por delante Nueva Jersey y Cleveland, cuando llegó a Chicago para entrevistarse con Krause y Doug Collins. Collins era joven, apasionado y carismático, y le hizo una gran presentación a Pippen: ¡Lo veía jugando en el mismo equipo y en el mismo perímetro con Michael Jordan durante una década! Veía un futuro brillante para un equipo joven, con no solo uno, sino varios campeonatos por delante. No empleó la palabra «dinastía», pero esa era la visión. A Pippen le encantó la idea: le gustaba Chicago, le caía bien Collins, y la idea de jugar con Michael Jordan era muy seductora. Después le dijo a Sexton que quería dejar de viajar a más demostraciones y que ya no quería visitar más ciudades: si podía, quería jugar en Chicago.

En Chicago, Pippen se sometió a una intensa sesión de ejercicios con los entrenadores y al juicio de Al Vermeil. Krause se dio cuenta enseguida de que

Vermeil había visto en Pippen lo mismo que él. Desde el comienzo, Vermeil vio en él una fluidez excepcional. Eso significaba que tenía un cuerpo raramente eficiente, le dijo Vermeil a Krause: Es tan elástico que cuando corre no parece gastar tanta energía como otros jugadores, no tiene que empujar el suelo cuando corre. Cuanto más lo veían ejercitarse, más impresionados se quedaban. Una prueba que utilizaban los Bulls se llamaba ejercicio «de lado a lado». Los entrenadores colocaban pelotas de baloncesto en distintas posiciones formando más o menos un círculo, y el jugador tenía que encestar todas las pelotas que pudiera en treinta segundos. Era una prueba, entre otras cosas, de velocidad tanto hacia delante como lateral. Entre los Bulls, en las sesiones de pretemporada, se conocía como el «ejercicio asesino». Pippen batió el récord: encestó quince veces. En otro ejercicio, a Pippen se le pidió que saltara cuatro veces seguidas mientras un ordenador ayudaba a medir lo alto que saltaba y el tiempo que pasaba en el suelo entre saltos. Una vez más, su actuación fue excepcional. Por aquel entonces, pesaba más de noventa kilos y medía dos metros y un centímetro, y Vermeil estaba convencido de que podría aumentar otros diez kilos sin perder velocidad.

La cuestión que se planteaba entonces era si los Bulls, que elegían en octavo lugar, tendrían alguna posibilidad de elegirlo a él. Los de Sacramento estaban ahora interesados en él, según parecía, y elegían en sexto lugar. Pero Seattle no estaba interesado en Pippen; quería un pívot, y elegían en quinto y noveno lugar. En el último minuto, Krause hizo un intercambio, cogiéndole el quinto puesto a Seattle y dándoles, como compensación, una posibilidad en la segunda ronda de elección y un partido de exhibición en otoño, lo cual significaba que podían atraer a una gran multitud gracias a la presencia de Michael Jordan. En unas semanas, Scottie Pippen pasó de ser una elección a mitad de la ronda del *draft* a situarse el quinto en toda la nación.

Por su parte, Horace Grant gozaba de un éxito aún más inesperado que el de Scottie Pippen. Fue Johnny Bach, el valioso ayudante de entrenador, quien lo descubrió en primer lugar, más por casualidad que otra cosa. Todos los entrenadores tenían que analizar grabaciones, y se suponía que tenían que fijarse en ciertos jugadores universitarios. Bach estaba estudiando a un jugador llamado Joe Wolf, un jugador de dos metros once que jugaba en un buen equipo de Carolina y que podría ser el pívot que tanto ansiaban. A Johnny Bach no le gustó el juego de Wolf. Vio en él a un jugador universitario bueno aunque limitado, apoyado por un sistema de una fortaleza inusual. Seguramente sería un buen trabajador en la NBA. Lo que uno veía en la universidad podía ser todo lo que

había, pensaba Bach, aunque también podía ser menos de lo que había. Wolf no parecía muy rápido, y a Bach, que había entrenado en distintos niveles durante cuatro décadas, no le gustaba la manera en que corría por la cancha. «Lo miré y vi su manera de correr, con un desplazamiento pesado que le resultaba costoso al cuerpo, y me pareció ver problemas de espalda apareciendo en algún momento de su trayectoria profesional», dijo.

Sin embargo, mientras examinaba a Wolf en uno de sus partidos contra el equipo de Clemson, le intrigó el pívot de Clemson al que se enfrentaba: Horace Grant. Grant no era tan grande ni tan pesado como Wolf, pero era ágil y fuerte, y muy rápido. Corría por la cancha de un modo magnífico para alguien de su tamaño. Tenía instinto para el rebote, y era muy fuerte en ambos aros. No había tenido muy buenos entrenadores (a diferencia de Wolf), pero tenía muchas posibilidades, pensó Bach. Estaba todavía flacucho, y sin embargo tenía hombros muy anchos, lo que quería decir que su cuerpo iba a adquirir tamaño: no sería otro Brad Sellers. Bach pidió más grabaciones del equipo de Clemson, y cuantas más veía, más claro tenía que Grant era el jugador que andaba buscando. Los otros entrenadores vieron la grabación y estuvieron de acuerdo. La opinión fue pronto unánime. Dado que tenían a Jordan y estaban a punto de añadir a Pippen, los entrenadores pensaron que un pívot con la rapidez de Grant era una pieza mucho mejor para el equipo que estaban formando que Wolf. Cuando Horace Grant acudió a realizar una sesión de ejercicios, Al Vermeil se quedó muy impresionado. Por aquel entonces Grant pesaría noventa y siete o noventa y ocho kilos, pero Vermeil pensaba que era bastante probable, dada la anchura de sus hombros, que pudiera llegar a unos ciento cinco sin perder velocidad.

Aunque la actuación de Grant en algunos ejercicios no era tan deslumbrante como la de Pippen, en términos de atletismo era casi un fuera de serie para un hombre de su tamaño. Corría los veinte metros en 2,98 segundos, lo cual era muchísimo para un pívot. (Unos años más tarde, tras constantes ejercicios, no solo ganó en tamaño y fuerza, sino también en rapidez llegando a correr los veinte metros en 2,85 segundos). En conjunto, su rendimiento en la sesión fue magnífico: Grant era más rápido de lo que habían pensado, y también mejor lanzador.

Cuando llegó el día del *draft* , la persona que tenía más problemas para decidirse era alguien cuyo trabajo estaba tan en la cuerda floja como el de cualquier otro: Jerry Krause. En cierto momento parecía haberse decidido por Grant, pero luego, al final, estaba otra vez titubeando. Dean Smith presionaba por Joe Wolf, y Krause sabía que Michael Jordan también lo quería. Collins

pensaba que la sombra de Brad Sellers pesaba sobre Krause, porque Sellers había entrado como pívot y después había rendido a un nivel muy bajo y había sido una gran decepción. Krause había tenido que aguantar mucho por ello, especialmente por parte de Jordan. Ahora tenía allí a Grant, cuyo cuerpo aún no estaba acabado de formar. ¿Y si le salía como Sellers? No podían permitirse otra elección errónea con un pívot. Cuando se contaba con una superestrella como Michael Jordan, uno tenía pocas oportunidades buenas para rodearlo con los jugadores adecuados, y la propia grandeza de Jordan hacía que los otros bajaran un poco cada año en el *draft* .

Si hubo alguien que resultó crucial en la venta de Grant a Krause, ese fue seguramente Tex Winter, que estaba más próximo a Krause que ningún otro entrenador. Winter nunca se metía en ninguna de las disputas interminables, pírricas y partidistas que había en la dirección de los Bulls, y sus opiniones personificaban cierta pureza baloncestística. El día del *draft* , llegado el momento de la segunda de las dos oportunidades de elección de los Bulls, Krause parecía decantarse por Wolf. «Jerry», dijo Winter (seguramente era la única persona que podía decirle eso sin parecer desleal), «todo el personal prefiere a Grant. La opinión es unánime. ¿Cómo puedes seguir pensando en Wolf?». Krause se dejó convencer, y eligieron a Grant.

Michael Jordan se mostró receloso con todo el asunto del *draft* . Había dos jugadores de Carolina a los que hubiera preferido: a Wolf como pívot, y a Kenny Smith como base. (Smith fue elegido detrás de Pippen y tendría una excelente trayectoria profesional). En los Bulls, los demás estaban emocionados. Doug Collins le dijo a Jordan al día siguiente: «Michael, yo no soy alguien que se emocione fácilmente con los jóvenes que salen de la universidad, pero pienso que esos dos tipos podrían ser tela».

Jordan le dirigió una mirada muy fría a Collins, como diciendo: Bueno, sí, ya lo he oído. «Ya veremos», fue lo que dijo finalmente. Fue mucho más duro con Krause. Cuando Krause le dijo a Jordan que le iba a encantar jugar con Scottie Pippen, pudo percibir las dudas de su estrella. «Bueno», dijo Jordan, que evidentemente no estaba nada convencido, «también trajiste aquí a Brad Sellers».

Aunque ya contaban con las piezas del juego, la cosa iba para largo. Ambos jugadores eran jóvenes, productos inacabados. Ninguno de ellos estaba preparado para los rigores y la disciplina de la NBA; los dos eran chicos de campo en una gran ciudad, chicos jóvenes y repentinamente ricos que disfrutarían de todos los placeres de su nuevo mundo, los placeres de su dinero y

de su fama y de su liberación del sur provinciano. Por entonces, empezaron a salir mucho por ahí con un jugador llamado Sedale Threatt, que parecía tener una de esas constituciones asombrosas que permiten estar de fiesta toda la noche y presentarse fresco y entusiasta al entrenamiento de la mañana siguiente. Pippen y Grant, jóvenes e impresionables, no parecían contar con aquella bendición. Así que Krause se apresuró a traspasar a Threatt a Seattle, mandándolo lejos para proteger a sus jóvenes jugadores.

Los entrenadores sentían que contaban con la mayoría de las piezas para formar un equipo destinado a la gloria, pero también sabían que iba a ser un proceso difícil. Los Bulls estaban en la misma liga no solo del equipo de Boston, que estaba empezando a mostrar señales de decadencia, sino del de Detroit, que estaba ascendiendo, había realizado varias selecciones en el *draft* muy buenas, una detrás de otra, y parecía ejercer una especial influencia en las mentes de los Bulls.

El primer año de Pippen y Grant (1987-1988) fue el primer año real del nuevo orden. Por primera vez, casi todas las piezas parecían estar en su sitio, y el lastre de otros tiempos parecía haber sido arrojado con éxito. Doug Collins, en su segunda temporada, era un entrenador fascinante. También era joven (tenía treinta y seis años aquel verano), y su juventud estaba en equilibrio con la veteranía de sus ayudantes Tex Winter y Johnny Bach. Winter era un entrenador excepcional, un gran purista del que algunos pensaban que disfrutaba de los entrenamientos más que de los partidos porque en los entrenamientos se podía alcanzar una pureza de la que a menudo carecían los partidos, y porque sencillamente adoraba el placer de enseñar a jugadores jóvenes. Otros profesionales de la liga como Bucky Buckwalter, del Portland, estaban impresionados con lo que había hecho Krause apostando por un entrenador joven y entusiasta como Collins, cuya conexión con el juego era tan reciente y que conocía la presión bajo la que trabajaban los jugadores modernos, amortiguándolo con Winter y Bach. También fue aquella la temporada en la que entró Phil Jackson como entrenador ayudante.

Era una época emocionante. Charles Oakley resplandecía como alero. John Paxson estaba emergiendo como gran compañero de Jordan, el hombre que podía encestar un lanzamiento clave si a Jordan le hacían dos contra uno. Pero quedaba mucho camino por recorrer. Scottie Pippen podía haber sido el jugador más esforzado de Conway, Arkansas, pero para los estándares mucho más rigurosos que había impuesto Michael Jordan en el día a día, su ética de trabajo parecía laxa. Grant era mejor jugador en los entrenamientos, pero le iba a costar

lo suyo, pues desde el primer día competía con Charles Oakley por la posición de alero.

Jordan seguía siendo, de los pies a la cabeza, el jugador más duro del equipo, y nadie se metía con él. Una vez, durante la pretemporada de 1989, un principiante llamado Matt Brust intentó retar a Jordan. Brust era un tipo grande y duro del Saint John's, que mediría alrededor de metro noventa y cinco y pesaría unos cien kilos, un jugador muy físico. Había estado varios días dejando caer su peso por allí con la intención de impresionar, si no con su talento, al menos con su cuerpazo. En una jugada, Jordan botó hacia la canasta, y Brust le dio un fuerte golpe y lo derribó. Jordan se levantó sin decir palabra, sin siquiera mirar a Brust. Pero unas jugadas después, se fue directo hacia él. Tenía la pelota en la mano derecha, y Brust le entró por ese lado. En el último segundo, Michael se pasó la pelota a la mano izquierda y le dio a Brust un feroz golpe en la cabeza con el codo derecho, dejándolo inconsciente. Brust se quedó allí tendido unos minutos, dando su concentración de pretemporada por concluida.

Aunque a los Bulls les quedaba todavía mucho camino por delante, tenían ocasionales vislumbres del futuro que les esperaba. Uno de esos vislumbres fue la exhibición de pretemporada contra los Lakers. El año anterior, los Lakers habían destrozado a los Bulls en un partido de exhibición en Chapel Hill, pero en esta ocasión el resultado fue apretado. Y lo más interesante: Pippen hizo un buen trabajo defendiendo contra James Worthy.

Doug Collins trabajó febrilmente tanto con Pippen como con Grant. Les hizo trabajar duro cada día para mejorar su juego y asimilar la vida en la NBA, asimilar que para ganar en aquella liga era necesario un nivel de profesionalidad y de compromiso a los que hasta entonces ni siquiera se habían acercado. A veces parecía como si estuviera todo el tiempo con ellos, con su voz siempre intensa y aguda, presionándolos constantemente, haciéndoles trabajar más duro, haciéndoles mejorar, tanto dentro como fuera de la cancha. Tenían que aprender que si volaban en un avión regular y la azafata les mandaba abrocharse los cinturones de seguridad, tenían que abrochárselos en vez de ponerse a tontear con ella. Tenían que aprender a jugar cada día incluso con dolor, y esa no era una lección fácil. Una vez, la víspera de un partido importante, Grant andaba preocupado con un dolor de cabeza, y Michael Jordan le dijo (con un volumen lo suficientemente elevado para que lo oyeran los demás que se encontraban en el vestuario) que se tomara un excedrin. En otra ocasión, en un partido contra Denver, que por entonces era un equipo difícil, Pippen estaba sufriendo por su mano, que le dolía, y Collins le presionó para que jugara. Pippen no lo veía

claro. Bueno, ¿y si al final del partido no tienes que manejar el balón y lo único que tienes que hacer es defender contra Alex English?, le preguntó Collins. Al final Pippen no quiso jugar, pero Collins le dejó claro que pensaba que su excusa no era adecuada y que estaba decepcionando tanto al entrenador como al equipo.

El propio Collins provenía de un entorno pobre, y había tenido que trabajar muy duro para convertirse en estrella de la NBA. Lo que siempre lo había impulsado, tanto como su talento puro, era su pasión por el juego. En el estado de Illinois, había sido entrenado por un hombre que se llamaba Will Robinson, que sabía lo vulnerable que era su delgado y poco musculoso pupilo, y que le había obligado a adquirir un nivel de fuerza física que se correspondiera con su talento y que le permitiera entrar en la liga. Robinson hizo que Collins tomara clases de boxeo cada día antes del entrenamiento. Había un motivo para ello, le dijo. «Creo que vas a llegar a la NBA, y cuando lo hagas, te encontrarás a mucha gente que ambicionará lo que tú tienes. Muchos de ellos serán más grandes y más fuertes que tú. Así que irán a por ti, y lucharán contra ti. Y si tú no les plantas cara, te meterán la mano dentro del pecho y te arrancarán el corazón, y una vez tengan tu corazón, se quedarán también con tu tiro en suspensión».

Esa rudeza era lo que Collins trataba de transmitirles, y parecía conseguirlo. La mejora del equipo era evidente. Aquel año ganaron cincuenta partidos, pero era en los entrenamientos donde mejor se percibía la mejora del equipo. «El primer indicio del equipo que terminaríamos teniendo», dijo más tarde Collins, «lo vimos en los entrenamientos de esos dos primeros años». Eran fenomenales, Oakley yendo contra Grant, y Jordan contra Pippen. El primer combate era más como una guerra, porque seguramente solo habría un ganador, y el segundo más como un tutorial, pues Jordan tenía interés en el éxito de Pippen a diferencia de Oakley con el de Grant. Si Pippen mejoraba en aquellos ejercicios, entonces Jordan contaría con un compañero de alta calidad; mientras que, si Grant alcanzaba su potencial, Oakley perdería su puesto en los Bulls. Oakley era mayor y más fuerte, con una admirable ética de trabajo, y Grant era, evidentemente, más rápido y más atlético, con mejor lanzamiento. El punto fuerte de Oakley, sin embargo, era su disposición a machacar a cualquiera que tuviera por delante, ya fuera en los entrenamientos o en un partido. Después del cuarto día de entrenamiento de pretemporada en el primer año de Grant, Horace entró en la sala de pesas para mantener una larga conversación con Vermeil, y le pidió que diseñara para él un régimen completo para incrementar su peso y fuerza. Por los golpes que recibía en los entrenamientos, sabía que no podría estar a la altura de sus expectativas a menos que se desarrollara. «Sencillamente,

tengo que hacerme más fuerte», le dijo a Vermeil.

La relación Jordan-Pippen era bastante diferente, más de profesor-alumno. Jordan veía el talento en bruto de Pippen, y sabía que Pippen carecía de todas las ventajas de las que había disfrutado él gracias a la calidad del programa de Carolina. Se puso no solo a trabajar con Pippen en los ejercicios más elementales, sino a enseñarle la dureza que requería la NBA. (Había, sin embargo, un movimiento que Pippen podía hacer y Jordan no: si los dos estaban fuera de banda bajo la canasta, sujetando la pelota y saltaban a la cancha, Pippen, sin siquiera tocar el suelo, podía encestar con la mano izquierda, mientras que Jordan no. Johnny Bach pensaba que podía ser porque las manos de Pippen eran ligeramente más grandes).

Cuanto más veía Jordan que Pippen adquiría seriedad, más deseoso estaba de invertir sus esfuerzos en él. Costó llegar a ese punto, pues durante mucho tiempo Jordan no estuvo completamente seguro de la dureza de Pippen, ni de su corazón, ni de que su compromiso y el de Grant fueran absolutos. Eran compañeros de equipo, unidos por el talento, pero no realmente amigos, y la brecha social entre ellos todavía era muy grande. Jordan tenía una fe innata en sí mismo, en todos los campos de la vida, tanto dentro de la cancha como fuera de ella; Pippen era dubitativo en muchos aspectos, y en él seguía marcado el sello de la pobreza de su Arkansas natal.

Muy poco a poco, los dos se fueron dejando convencer: Jordan no estaba seguro de querer comprometerse por un jugador que todavía se mostraba inseguro, y Pippen fue aceptando paulatinamente a Jordan, si no como profesor, al menos sí, ciertamente, como modelo. Cada vez más a menudo, Collins los veía juntos después del entrenamiento, trabajando el tiro en suspensión, o bien Jordan trabajando con Pippen en los movimientos más elementales, como romper el dos contra uno, o cómo balancearse hacia cualquier lado cuando uno se veía presionado por la defensa en la línea de fondo. Años después, tras ver mejorar año tras año el juego de Pippen, incluso después de los años de los campeonatos, Collins comprendió que en algunos aspectos Michael Jordan, trabajando con un jugador que tenía un grado de ansia y de talento que nadie había apreciado completamente, se había clonado prácticamente a sí mismo. El jugador que, más tarde en su trayectoria profesional, salía de la cancha al lado de Jordan podría haber sido también un producto del programa de Dean Smith en la Universidad de Carolina.

Si algo hacía su trabajo más fácil aquellos dos primeros años, pensaba Collins, era la presencia en los entrenamientos de Jordan, el ejemplo cotidiano que daba

como el jugador del equipo que trabajaba más duro, y su negativa a consentir que sus compañeros realizaran los ejercicios sin esfuerzo. Eso era el sueño de cualquier entrenador, pues Jordan no solo daba ejemplo, sino que la voz que los jugadores escuchaban era, a menudo, la de Jordan y no la de Collins. Collins sabía que era un entrenador emotivo, y era consciente del peligro de excederse en el entrenamiento de los jugadores jóvenes, consciente de que, si no hacía más que corregirlos todo el día, perdería eventualmente su autoridad y los jugadores dejarían de prestarle atención. El hecho de que una parte tan importante del entrenamiento la llevara a cabo, casi inconscientemente, el mejor jugador del equipo le permitía concentrarse en uno o dos puntos principales en cada entrenamiento.

Después del entrenamiento diario, Collins trabajaba unos veinticuatro minutos en el tiro en suspensión de Jordan, y luego en el de Pippen. Entonces los bases se iban a un extremo de la cancha y competían uno contra uno. Era feroz, Jordan, Pippen y Paxson siempre uno contra otro, compitiendo entre ellos por dinero. A Jordan le encantaba. A Pippen le servía para abrir los ojos: nunca había conocido un mundo en el que la competición fuera tan dura, y algo de aquello se le empezaba a contagiar.

A Jordan le gustaba apostar en todo, y le encantaban los enfrentamientos uno contra uno con sus compañeros. Le gustaba apostar en partidas de HORSE. [6] A aquellas sesiones de lanzamientos Jordan las llamaba «el Club de tiro al pichón». Después del entrenamiento, se ponía las manos en la boca y zureaba, señal de que iban a aparecer sus pichones para enfrentarse a él y, casi seguro, perder su dinero. Normalmente eran pequeñas cantidades, cien dólares como mucho cuando se hacía cada día, pero añadía emoción a los entrenamientos.

Un día Jordan se había lastimado y no pudo ejercitarse, pero observó el entrenamiento desde las oficinas de los entrenadores, incluyendo las apuestas de uno contra uno después del entrenamiento. Aquel día Horace Grant, que era un lanzador sorprendentemente bueno, se los estaba llevando a todos de calle. Tenía su día: primero, vapuleó a los escoltas, y después se merendó a Pippen. Jordan permaneció allí sentado en la oficina, con una sonrisa de regocijo en la cara, viendo cómo Grant se inflaba de orgullo. Justo al final, cuando Grant venció a Pippen y estaba más inflado que un globo, Jordan se acercó a la cancha como de paseo y, con el aire más inocente posible, le preguntó a Grant si le apetecía jugar una partida de HORSE. Había estado esperando, como una cobra antes de lanzarse sobre un conejo. Propuso que el ganador se lo llevara todo y, por supuesto, Grant, que sabía que estaba en buena racha, aceptó la apuesta. Aunque

Jordan estaba lesionado, no tardó nada en dejarlo limpio.

Michael Jordan siempre quería, necesitaba, ganar a todo. Aquellos días, cuando aún viajaban en vuelos regulares, a veces se pasaban el tiempo de espera en las recreativas de los aeropuertos jugando al Comecocos. Durante un tiempo, Dave Corzine, que llevaba siempre un cartucho de monedas, estuvo considerado el campeón del Comecocos. Pero un día, sin embargo, Jordan se llevó una máquina de Comecocos a casa y practicó hasta que venció a Corzine.

En sus primeros años en el equipo de Chicago, Jordan se compró una mesa de *ping-pong* y la hizo poner en la sala de juegos de su apartamento. Al principio no jugaba bien al *ping-pong* , y se ponía furioso porque siempre perdía contra Howard White, embajador de Nike e íntimo amigo suyo. Charles Oakley también era bueno jugando al *ping-pong* , y a Jordan le enfermaba que ambos hombres pudieran vencerle en su propia mesa de juego. A White le divertía ver a Oakley y a Jordan, aquellos dos hombres inmensos, jugar al *ping-pong* en una sala tan pequeña con el techo tan bajo: la sala parecía llena de energía competitiva. Si alguien ganaba a Jordan, comprendió White, entonces tenía que volver a jugar una y otra vez hasta que por fin ganaba él.

Richard Dent, el guardalínea estrella de los Chicago Bears, se hizo amigo íntimo suyo, y por supuesto Jordan tenía que competir con él. A Dent le gustaba montar en bicicleta, y Jordan le oyó decir un día casualmente que acababa de hacer cincuenta kilómetros. Unas semanas después, cuando Jordan llegó a Hawái tras un viaje a Japón, se levantó tras dos horas de sueño, llamó a Howard White, y le dijo que quería ir a montar en bici. ¿Qué distancia quieres recorrer?, preguntó White. Cincuenta kilómetros, respondió Jordan. Dios mío, pensó White, va a competir conmigo y con Richard Dent.

El deporte que más lo frustraba era el tenis. Dados sus reflejos, velocidad y potencia, él debería haber sido un buen tenista, pero tal vez porque había empezado a jugar al tenis más tarde que la mayoría, ese deporte se le resistía. Aunque tenía las rodillas castigadas, Howard White le ganaba sistemáticamente y le hacía correr por toda la pista. El golf, no el tenis, se convertiría en el juego principal de Jordan.

Una vez, cuando los Bulls todavía viajaban en vuelos regulares, llegaron a Portland para un partido con los Trail Blazers. Como sucedía a veces, los porteadores del equipaje subieron al avión cuando aterrizó porque sabían que Jordan iba a bordo y querían verlo, estrecharle la mano y tal vez pedirle un autógrafo. En aquella ocasión en particular, Mark Pfeil, el entrenador, vio que Michael se metía la mano en el bolsillo, sacaba un billete de cincuenta dólares y

se lo daba a uno de los porteadores. «Michael», dijo Pfeil, «no tienes que hacer eso. De eso me encargo yo… Yo soy el que se ocupa de las propinas».

«Mark, ahora verás», dijo Jordan. Pfeil se fue con él hasta la cinta transportadora, y vio que el equipo se había reunido al comienzo, donde salían las maletas. Vio que Michael Jordan metía la mano en el bolsillo, sacaba un billete de cien dólares y lo ponía en la cinta transportadora. Enseguida los demás jugadores hicieron lo mismo, y cada uno dejó un billete de cien dólares en la cinta. Apostaban a ver qué maleta salía primero, y por supuesto fue la de Jordan. Jordan se llevó los 900 dólares de la apuesta, y le dijo a Pfeil con una enorme sonrisa en la cara: «No está mal como rendimiento para una inversión de cincuenta dólares».

No solo le gustaba ganar, sino que tenía que hacerlo por necesidad. Cuando Johnny Bach estaba a cargo del equipo B en el entrenamiento, Jordan le preguntaba a Bach qué iba a hacer contra él en defensa. Bach entonces mencionaba a alguno de los jugadores del banquillo y decía que aquel tipo no le iba a dejar ni tocar la pelota. Más tarde, cuando todo había terminado, Jordan sonreía a Bach y le decía: «No ha salido exactamente como esperabas, ¿eh, Johnny?».

La principal controversia que Jordan tuvo con Doug Collins aquellos dos primeros años fue en un entrenamiento del segundo año de Collins. Fue sobre la puntuación en un ejercicio colectivo. Se suponía que el juego tenía que llegar a siete, y en cierto momento Jordan dijo que la puntuación era 5-4 mientras que Collins decía que era 5-3. «¡Has contado mal!», exclamó Jordan, muy enfadado. La disputa llegó a ponerse fea, y todo el gimnasio se quedó de pronto en silencio, salvo por aquellos dos hombres, un entrenador enzarzado en una competición de gritos con su principal superestrella, un jugador que nunca discutía nada a sus entrenadores.

«¿Le habrías dicho eso a Dean Smith?», le preguntó Collins en cierto momento, y Jordan respondió que no. Le dio donde más le dolía, y nada podría haberlo puesto más furioso.

De repente, empezó a irse de la cancha. «Me voy», dijo.

«Michael, no hemos acabado todavía», dijo Collins.

«Me piro», dijo Jordan. Tim Hallam, el jefe de prensa, estaba allí y vio a Michael Jordan, el jugador que entrenaba más duro que nadie, coger su bolsa de deporte y salir del gimnasio con decisión.

«Michael, no puedes irte así como así», dijo Hallam.

«Vas a ver si puedo o no», respondió Jordan. Y se fue.

No se comentó nada al respecto, y al día siguiente Jordan volvió. En efecto, Collins decidió dejarlo pasar, que era seguramente lo mejor que podía hacer. Pero dos días después, estaba hablando con los periodistas después del entrenamiento, y uno de ellos le preguntó si había hablado ya con Jordan.

«No», respondió, «pero sé que Michael me adora». Y, mientras lo decía, vio que Jordan salía por la puerta de los vestuarios. «Michael», dijo, «¿me darías un beso para que vean todos lo mucho que me quieres?». Jordan se inclinó, le dio a Collins un leve beso, y asunto concluido.

Los Bulls se hallaban entonces a mitad de vuelo, haciendo la transición desde un equipo al que se zampaban otros mejores (un equipo con un gran jugador al que se le podía permitir hacer cuarenta o cincuenta puntos, y sin embargo vencerlo) a un equipo que ganaba más o menos la mitad de los partidos, y finalmente, en su primer año con Pippen y Grant, un equipo que ganaba cincuenta partidos, la referencia de los mejores equipos de la NBA. Era un equipo joven y con talento. Le seguía faltando un pívot, pero con Jordan, Pippen y Grant los aficionados al baloncesto vieron juntos a tres de los mejores jugadores del momento. Además, para hacer limpieza, Krause tenía unas cuantas posibilidades en el *draft* , y había una razón para pensar que los Bulls pronto conseguirían aún más jugadores buenos.

Pero mientras el equipo mejoraba, Krause daba señales de necesitar mayor reconocimiento. Hablaba cada vez más de la importancia de la franquicia. Las franquicias, no solo los jugadores y los entrenadores, eran las que ganaban los campeonatos, empezó a decir, y eso se convirtió en su lema. Para alguien que encabezaba un equipo deportivo en el que figuraba Michael Jordan, parecía un lema un tanto extraño (la franquicia era mucho más importante en béisbol y en fútbol que en baloncesto, donde el número de jugadores era tan pequeño y donde las universidades hacían las veces de liga no profesional). Esta idea le resultaba molesta a Jordan, y con el tiempo empezó a resultarle molesta también a David Falk. Entre otras cosas, Jerry Krause creía que él era tan importante como Michael Jordan para el éxito de los Bulls, y esa no era una creencia muy sabia. Había indicios de que aquella actitud, que rebajaba la importancia de los jugadores, se reflejaría en negociaciones futuras.

En 1988, David Falk, Jerry Reinsdorf y Jerry Krause empezaron a trabajar en el segundo contrato de Michael Jordan. Jordan podría ser el mejor jugador del equipo, y podría haber enriquecido inmensamente a la franquicia de los Bulls, pero las negociaciones eran irritantemente lentas, incluso a pesar de que Falk y Reinsdorf estaban en buenos términos. Como dos de los tres hombres en

aquellas negociaciones se llamaban Jerry, a Krause lo solían llamar Jake. Una y otra vez, Falk apuntaba que Jordan había conseguido para los Bulls un enorme aumento en los bonos de temporada y el incremento de los precios de todo: entradas, concesiones, aparcamiento… los buenos contratos de radio y televisión que disfrutaban ahora los Bulls. Los Bulls ganaban alrededor de 40 millones de dólares más al año gracias a Jordan, argumentaba Falk. Entonces, ¿por qué el propietario dudaba en darle los cuatro millones de dólares que pedían Jordan y Falk? (En aquel entonces, el mejor salario, en términos de duración y cantidad, se suponía que era el de Magic Johnson por diez años, un acuerdo de 25 millones de dólares con el que Jerry Buss había reemplazado el anterior contrato a largo plazo de un millón de dólares al año durante veinticinco años). «¡Mira lo que ha hecho por ti!», no paraba de decir Falk.

Entonces Krause le replicaba: «Mira, David, admito que Michael es un jugador de baloncesto muy bueno. Pero ¿qué importancia le das a la franquicia? ¿No tenemos nada que ver nosotros en el hecho de que este año tengamos seis mujeres más ocupándose de los bonos de temporada? ¿En que haya más gente trabajando en la oficina ahora mismo tomando pedidos? ¿No tiene ninguna importancia que Doug Collins esté despierto cada noche hasta las doce viendo grabaciones y trabajando en nuevas jugadas? ¿Y que en este preciso instante Billy McKinney viaje en avión a Alaska o a Hawái en busca de un nuevo talento?».

«Jake, ¿sabes cuánto mérito te concedo a ti en todo eso? Cero. Y ahora ¿de qué más quieres hablar?», dijo Falk.

Krause empezó a discutir, pero Reinsdorf le frenó: «Cállate», dijo. «Mira», dijo Reinsdorf, «admito que Jordan es el mayor vendedor de entradas de la historia del deporte, pero no voy a pagarle cuatro millones de dólares al año. Sencillamente, no voy a hacerlo».

Sin embargo, Reinsdorf ofreció tres millones, y al final llegaron a un acuerdo para un contrato a largo plazo, que por entonces era el mejor de la liga: ocho años por 26 millones, una media de 3,25 millones de dólares al año. Como le gustaba observar a Falk, eso significaba que su cliente ganaba un 30 por ciento más de sueldo que Magic Johnson. Pero, cuando llegó el momento del anuncio, Krause parecía querer salirse con la suya… Harían el anuncio y dirían que era un contrato por ocho años (la extensión del contrato mostraría que los Bulls lo habían hecho bien en las negociaciones, ligando a Jordan por un periodo largo) pero no revelarían la cantidad. ¿Podía la cantidad indicar que los Bulls habían acabado cediendo en las negociaciones? De nuevo Falk discutió con Krause y

Reinsdorf: era injusto, dijo, hacer el anuncio de que Jordan estaba contratado por lo que podía ser el resto de su carrera sin decir que era, a su vez, el jugador mejor pagado de la liga. Al final, Reinsdorf volvió a intervenir: «Jake, David tiene razón: elige A o B».

Falk pensaba que la rueda de prensa sería una ocasión histórica, que Reinsdorf diría que había firmado con el mejor jugador de la liga por lo que podría muy bien ser el resto de su carrera. Pero, en vez de eso, Krause se había levantado y había dicho que tenían algo que anunciar, que habían atado a uno de sus mejores jugadores, Michael Jordan, con un contrato de muy larga duración. Dios mío, pensó Falk, la están cagando, parece que estuvieran anunciando el contrato de un jugador del montón. Cuando Krause dijo si había preguntas, uno de los periodistas preguntó: Jerry, ¿por qué decidiste firmar con Michael por ocho años? Me parece que no estabas escuchando, repuso Krause. Yo no he dicho nada de ocho años. Tú no, dijo el periodista, pero el comunicado lo decía. Aquella rueda de prensa marcó el tono para el futuro: cuanto mejor lo hiciera el equipo, más difíciles serían las futuras negociaciones.

18

Detroit, década de 1980

El problema para los Bulls era que había otro equipo que se había formado justo un poco antes y que estaba retando la hegemonía de los tan cacareados Celtics de Bird, Parish y McHale. Eran los Detroit Pistons, liderados por Isiah Thomas, Bill Laimbeer y Adrian Dantley. Los Pistons eran un equipo muy duro y fuerte (en aquel momento los llamaban con el apodo «los Chicos Malos», lo que incomodaba a algunos de los ejecutivos de la NBA), y jugaban con un estilo extremadamente agresivo que parecía un desafío a la propia naturaleza del arbitraje del juego. «Detroit era nuestra cruz», dijo una vez Johnny Bach, el entrenador ayudante de los Bulls. Hasta que vencieran a los Pistons, los Bulls no podrían ni soñar con llegar a las finales.

Los Pistons se habían formado solo unos años antes que los Bulls, reunidos con gran habilidad por sus dos coarquitectos, Jack McCloskey, el director general, y su íntimo amigo Chuck Daly, el entrenador. Cuando los Bulls empezaron a elevar el nivel de su juego, vieron que los Pistons llevaban la delantera y estaban un poco más cohesionados, eran un poco más intensos, un poco más físicos, y estaban un poco más decididos y concentrados en su juego. Aunque en la temporada 1987-1988 los Bulls añadieron dos jugadores excepcionales a su débil núcleo, fue el año en que los Pistons habían reclutado a John Salley y Dennis Rodman para su fuerte núcleo. La sombra que se proyectaba sobre el Chicago Stadium cuando los Bulls empezaron a mejorar no era la de Larry Bird y los Celtics ni la de Magic Johnson y los Lakers, sino la de Isiah Thomas y los Pistons.

La ascensión de los Pistons empezó en 1981 cuando, eligiendo en segundo lugar, eligieron a Isiah Thomas, de Indiana. Era pequeño, registrado como de un metro ochenta y cinco (aunque quizá fuera aún un poco más bajo en realidad), tenía un inmenso talento, era inteligente y sin nada de miedo. Si hubiera medido

dos metros, dijo el relaciones públicas Matt Dobek, habría sido Michael Jordan. Dallas tenía el primer puesto para elegir en aquel *draft* , pero Thomas intentó deliberadamente alejar al director del Dallas durante una visita previa al *draft* , diciendo que no tenía interés en jugar allí; en sus inmortales palabras, a él no le iba «esa mierda de vaqueros». La jugada le salió bien, y la dirección de los Mavericks, sintiéndose despreciada, eligió a Mark Aguirre en vez de a él. Si Thomas no hubiera espantado a la dirección de Dallas, y si los Pistons hubieran elegido a Aguirre (un jugador con talento, pero no arrollador), los Pistons nunca hubieran llegado a la cima.

Thomas intentó que tampoco lo eligiera la dirección de Detroit, pero Jack McCloskey lo había calado demasiado bien. Thomas era el tipo de base en torno al cual se podía construir un equipo, pensaba McCloskey. «Pero yo no quiero jugar ahí», le había dicho a McCloskey en su primer encuentro. «Yo quiero jugar en el equipo de Chicago».

«Bueno, Isiah», le había respondido McCloskey, «eso no importa, porque te vamos a elegir nosotros, y jugarás aquí».

«Pero ¿a quién tienes para que le pase la pelota?», le había preguntado Thomas.

«Ya te encontraré alguien, Isiah», le prometió McCloskey.

Sabían bastante bien lo bueno que llegaría a ser, que se convertiría en ese jugador pequeño excepcional que, merced a su inteligencia, liderazgo en la cancha y habilidad de lanzamiento, podría controlar el tempo de casi cualquier partido. Era rápido, simpático y encantador, una joya extraída del corazón del barrio negro de Chicago, producto seleccionado de un vecindario y una familia en los que muchos caían en el mundo de las drogas y en los que las oportunidades de escapar y lograr cualquier clase de éxito parecían minúsculas. Tal vez a causa de la extrema dificultad del mundo que había dejado tras él, tenía una dureza física inigualable por ningún jugador de su tamaño. Y también estaba su inteligencia, que resultaba deslumbrante. «Es más listo que todos los demás juntos», le gustaba decir a Daly.

Lo que no conocían eran sus ganas de triunfar, su excepcional capacidad para el liderazgo, y finalmente el asombroso impacto de su fuerza de voluntad en aquellos que lo rodeaban.

En su primera rueda de prensa, habló de llevar a los Pistons al nivel competitivo de los Celtics y los Lakers, y mucha gente en la sala se rio de él sin ningún disimulo. En su primer día de entrenamiento en los Pistons, se fue contra Ronnie Lee, un jugador muy físico, famoso por su manera de castigar a las

estrellas atacantes. Lee lo bloqueó con su cuerpo desde el comienzo, y después lo volvió a hacer una y otra vez hasta que Thomas se volvió hacia él y le dijo: «Hazlo otra vez, y nos damos de hostias». Así acabó la cosa. Habría sido una gran pelea, pensó McCloskey, mirando desde las bandas.

Thomas contribuyó a crear la cultura de los Pistons, aunque se hubiese horrorizado cuando fue elegido por ellos en el *draft* . Procedía de uno de los programas de baloncesto más exigentes de América, el de la Universidad de Indiana, entrenado por uno de los entrenadores más estrictos, Bobby Knight, y estaba acostumbrado a la excelencia y la tradición y a enfrentarse a estándares increíblemente elevados; y a ser vapuleado verbalmente si no los alcanzaba. Los Pistons no tenían nada parecido: ni identidad, ni tradición, ni cultura, y aparentemente tampoco propósito. No quería que las cosas siguieran de aquel modo, y desde su primer año empezó a acudir a las finales de la NBA cada año para estudiar a los equipos que llegaban allí, para ver qué era lo que los diferenciaba, el secreto que los convertía en ganadores. Pero los secretos eran difíciles de descubrir. Magic Johnson era quizá su amigo más cercano en el juego profesional, y llegaba a los *playoffs* cada año, pero cuando Isiah lo visitó durante las finales, le espetó: «No te pienso decir qué es lo que te hace ganar a este nivel, tendrás que averiguarlo por ti mismo».

¿Cómo se conseguía llegar a los *playoffs* ? ¿Y cómo se conseguía ganar una vez allí? Habló no solo con gente del baloncesto, sino también con gente del mundo del fútbol, como Al Davis y Chuck Noll. Empezó por aprender que tenía que haber un propósito, un objetivo común en el que se empeñaran todos, un acuerdo tácito en que lo único que importaba era ganar. Los jugadores de los Celtics, que habían jugado en otras partes y que tenían fama de preocuparse solo por las estadísticas personales, cambiaban cuando llegaban a Boston y aceptaban la idea de equipo. También ellos se convertían en jugadores que sacrificaban sus estadísticas personales por el bien del equipo y hacían su papel, sin importar lo limitado que fuera. Los equipos ganadores, comprendió, siempre se veían a sí mismos como especiales, como compitiendo contra el resto del mundo. Si no tenían enemigos que intentaran llevarse lo que les correspondía a ellos, entonces se inventaban los enemigos para poder luchar por sus objetivos.

Para la primera temporada de Thomas, los Pistons eligieron en uno de esos traspasos de la NBA que nadie se tomaba muy en serio, a un pívot de Cleveland llamado Bill Laimbeer, que parecía apropiado para llegar a ser, como mucho, un jugador suplente de valor modesto. Nadie pensaba que fuera una gran adquisición, ni que Laimbeer fuera a ser una parte importante de los cimientos

de un equipo campeón. Había jugado en Notre Dame como universitario, y McCloskey lo había visto en las pruebas preolímpicas de 1980 y le había parecido una especie de chiste, lento y torpe, con poca intuición o talento para el juego. Entonces se marchó a Europa para refinar su juego. Cuando volvió a Estados Unidos, fue a Cleveland, donde estuvo jugando detrás de James Edwards (que luego se convertiría en su suplente). McCloskey, echando un vistazo a la liga, se sorprendió al ver el cambio. Laimbeer era capaz de lanzar, y aunque, en palabras de Chuck Daly, nunca se elevó más de cinco centímetros del suelo, se había convertido en un reboteador sorprendentemente experto a fuerza de saber cómo y dónde colocarse. Tenía sus límites como pívot, pero era mejor que lo que tenían. McCloskey y Daly estaban de acuerdo en que un pívot que podía anotar y rebotear, aunque fuera lento, era un hallazgo. En ocasiones podrían usar jugadores más rápidos para protegerlo en defensa. Así que Detroit se quedó con él.

Lo que McCloskey y Daly no tardaron en darse cuenta era que parecía tener poco amor al baloncesto en sí; de hecho, Daly nunca estuvo seguro de que le gustara el juego. En los entrenamientos era un jugador espantoso, y antes de los partidos, cuando lo grababan, se quejaba a menudo a Mike Abdenour, el entrenador, del grado de fatiga mental que sufría, como si no pudiera jugar un partido más. Cada día era la primera persona en abandonar el gimnasio después de los ejercicios, y casi nunca se quedaba por allí como hace la mayoría de los jugadores para practicar un poco más los lanzamientos. Pero también tenía un feroz espíritu competitivo, y si no le gustaba el deporte en sí, le gustaba competir en él. A veces parecía (según pensaba el ayudante del entrenador de los Pistons, Dick Harter) embarcado en su propio reto personal, el de demostrarse que no era un pívot más, grande, lento, blanco y prescindible, sino que podía jugar en la liga al más alto nivel. Quería borrar el estigma de haber jugado en un nivel inferior del mundo del baloncesto profesional. Elegir a Laimbeer fue el segundo de una serie de movimientos que en siete años convertiría a McCloskey en un arquitecto del baloncesto de primer orden, capaz de encontrar distintas piezas que por sí mismas parecían no solo de valor limitado sino especialmente dispares, pero que, estando todas juntas, sumaban algo infinitamente más grande.

Laimbeer no era una persona de trato fácil. Era un bravucón verbal fuera de la cancha y tenía algo de bravucón físico dentro de ella. Era deliberadamente rudo con los periodistas en los vestuarios de los Pistons, y cuando, antes de un partido, se acababa el tiempo asignado a los periodistas, hacía su propia cuenta atrás: «Cincuenta segundos y os vais… Treinta segundos y os vais… Os vais ya,

todos fuera». Jugaba sucio, y lo sabía; era la única manera en que podía, dadas sus limitaciones físicas, permanecer en la liga. A veces, después de un partido, se vanagloriaba de lo que había hecho: los golpes bajos que había propinado impunemente y cómo había hecho que perdiera su sangre fría algún jugador más dotado que él, como Parish o Abdul-Jabbar. «Se trata de un juego mental, no de un juego físico», decía. En la mayoría de los campos de juego, los aficionados del equipo opuesto lo despreciaban, y muchos jugadores contrincantes le mostraban su poco aprecio, creyendo que estaba deseando causarles lesiones que pudieran terminar con su carrera si eso servía a su propósito, y que lo haría como si tal cosa, por una maldad que parecía innata.

Tampoco se lo ponía fácil a sus propios compañeros y entrenadores. A menudo parecía un niño consentido. Se mostraba tozudamente maleducado con los entrenadores, incluso con Daly, que le estaba dando una gran oportunidad, y en el constante intercambio verbal entre entrenador y jugadores, no solo no apoyaba a Daly sino que a menudo se le enfrentaba abiertamente. Daly podía soportarlo: eso no era más que Laimbeer comportándose como Laimbeer. En cuanto a sus compañeros, era a menudo demasiado sincero y maleducado con ellos en los vestuarios, haciendo ostentación de sus ideas conservadoras. Si alguien mencionaba su falta de tacto con ellos, respondía: «No tengo intención de tener a ninguno de estos tipos como amigo cuando me vaya de aquí». Pero si a los entrenadores y a los compañeros del equipo les producía rechazo su falta de tacto y cortesía, lo aceptaban porque siempre jugaba duro, y era un jugador especialmente astuto en la cancha.

Laimbeer y Thomas compartían habitación durante su primera concentración de pretemporada, y Thomas pensaba que Laimbeer no podía ser más distinto a él: alto, blanco, clase media alta. Su padre era jefe de una empresa, y por eso se decía que Laimbeer era ese espécimen raro en la NBA que no gana tanto dinero como su padre. Era republicano y ateo, mientras que Thomas era negro, provenía del barrio negro, era demócrata y muy religioso. (Su verdadero nombre era Isiah Lord Thomas III). De algún modo, encontraron un terreno común. Lo que a Thomas le gustaba de Laimbeer era su pasión: estaba comprometido con sus ideas políticas y comprometido con la idea de ganar. Decidió que podían ser amigos, si tenían que compartir habitación, y que formarían la columna vertebral y crearían una cultura de victoria en los nuevos Pistons. Si algo daba su sinergia a los Pistons, comentó Dick Harter posteriormente, «era la fuerza de dos de los jugadores más inteligentes que haya tenido el deporte del baloncesto. Lo que teníamos no era solo dureza mental, porque eso de por sí solo no te lleva a

ningún sitio. Lo que teníamos era dureza mental y un cerebro excepcionalmente inteligente».

Una a una, se fueron añadiendo las otras piezas. El proceso a menudo le parecía a Thomas dolorosamente lento. Careciendo de compañeros de talento en sus primeros años allí, tenía la tendencia a hacer más lanzamientos de lo que querían sus entrenadores (en su segundo año lanzó más de 1 500 veces, casi 300 veces más que en las temporadas en que los Pistons ganaron el campeonato). Daly le presionaba para que pasara la pelota más, pero el problema para él, como lo sería después para Michael Jordan en Chicago, era que no confiaba en sus compañeros, y con razón. En dos ocasiones, Thomas se sintió tan frustrado por la derrota que quiso abandonar el partido. Una vez el entrenador, Mike Abdenour, llamó a Daly para decirle que debería hablar con Isiah, que Zeke estaba en su habitación tan deprimido que quería marcharse. «¿Qué vas a hacer si te vas?», le preguntó Daly a Thomas. «Volver a la universidad y sacarme el título en Criminología», respondió Thomas. «¿Necesitarás un máster?», preguntó Daly. Thomas no estaba seguro. «¿Cuánto te dará?», volvió a preguntar Daly. De nuevo, Thomas no estaba seguro. Pero sí sabía una cosa: «No soporto seguir perdiendo. No puedo soportar más partidos como este». Daly no insistió esa noche, simplemente le dijo a Isiah que se lo pensara y se tomara un par de días para aclararse las ideas, sabiendo que la misma fuerza que llevaba a Thomas a aquel punto de desesperación, la pasión por competir y ganar, lo retendría en el deporte, que su decepción y su angustia eran la otra cara de la moneda del amor por el juego y la necesidad de sobresalir.

La siguiente pieza importante que los Pistons añadieron fue Vinnie Johnson, un gran escolta puro con un cuerpo compacto procedente de Seattle. Había sido una elección relativamente alta en la primera ronda del *draft* , cuando salió de Baylor, pero como en aquel tiempo los SuperSonics tenían muy buenos bases, con Gus Williams, Dennis Johnson y Fred Brown, no había tenido tanto tiempo de juego como seguramente merecía. Además, los Seattle querían un alero llamado Greg Kelser. Así que llegó a los Pistons, y parecía compartir la misma pasión por la victoria de Thomas y Laimbeer. Eso supuso para los Pistons un rápido salto hacia la respetabilidad. Pasaron de veintiuna victorias a treinta y nueve. Entonces, por algún tiempo, permanecieron en esas cifras. A mediados de los ochenta, empezaron a hacer los cambios que consolidaron el equipo. El primero, y tal vez el más importante, fue la elección en el *draft* de Joe Dumars, que venía del McNeese State. Era alto, sabía lanzar, y también sabía defender. Si se buscaba a un base que acompañara a Thomas, Dumars era perfecto, un buen

jugador ofensivo y defensivo.

Ese año los Pistons también incorporaron otra pieza adicional, Rick Mahorn, lo cual les convirtió, de la noche a la mañana, en un equipo mucho más físico y concentrado. Mahorn era grande y fuerte, y aunque no tenía mucho talento, era un jugador muy querido por los entrenadores porque era muy buen compañero, listo, alegre y prudente fuera de la cancha, con un gran sentido del humor, y muy bueno con todo tipo de jugadores, especialmente jugadores jóvenes a los que intentaba explicar la complejidad de la vida en la NBA. Tener a Rick Mahorn en el equipo significaba que tenías un equipo más feliz y sano fuera de la cancha. En la cancha, era el que hacía respetar las reglas, y le tenían respeto. Teniendo allí a Mahorn para apoyarlo, Laimbeer (que ya era un reboteador de valía, pero con un cuerpo que no intimidaba a nadie) desplegó sus cualidades. Un año después, Detroit traspasó a Utah a Kelly Tripucka, un anotador cuya defensa suponía un problema, a cambio de Adrian Dantley, que jugaría seis veces en el *All-Star* antes de que se acabara su carrera. Dantley, relativamente bajo para jugar de alero, era fuerte, corpulento y decidido, uno de los grandes jugadores en el poste bajo del baloncesto. Si Dantley no era el complemento perfecto para un jugador tan rápido como Thomas, sin embargo les daba a los Pistons una potencia adicional en el aspecto ofensivo. Una y otra vez, tomaba la pelota y avanzaba hasta la canasta a base de músculo, algo que le granjeaba faltas inevitablemente. Bob Ryan, el periodista deportivo del *Boston Globe* , se refería genéricamente a un cierto tipo de juego orientado solo a anotar como «dantley»: era un juego en el que el jugador marcaba, por ejemplo, treinta puntos en siete canastas y dieciséis tiros libres. «El dantley más grande de todos los tiempos, que tendría que figurar en su lápida», dijo una vez Ryan, «fue 9-28-46, que son 9 canastas, 28 tiros libres, para un total de 46 puntos». McCloskey adoraba el juego de Dantley porque ponía al otro equipo en problemas de faltas muy pronto y permitía a sus compañeros montar la defensa incluso mientras él lanzaba tiros libres.

Al año siguiente, los Pistons sumaron las dos últimas piezas fundamentales para su asalto al campeonato. Aunque elegían hacia la mitad, el *draft* de 1986 resultó increíblemente rico. Eligieron a John Salley, un taponador alto y ágil, y a Dennis Rodman, al que le tenían muchísimas ganas. Aunque cogieron a Salley undécimo de la primera ronda y a Rodman al principio de la segunda, Rodman era el jugador deseado desesperadamente. Habían empezado a oír hablar de él a mitad de la temporada, como un joven atlético que apenas había jugado en el primer año de universidad y luego se había ido a la Southeastern Oklahoma

State. McCloskey lo había visto en un partido de postemporada y se había enamorado de él. Estaba sin pulir, pero tenía una valía atlética en bruto impresionante. Era un gran saltador con pies muy rápidos. Parecía un corredor olímpico de los cuatrocientos metros que se hubiera dejado caer por un gimnasio de baloncesto. Corría por la cancha sin esfuerzo. Y McCloskey vio en Rodman una pasión por sobresalir muy especial. «Eso es lo que me atrajo de él, lo mirabas y allí lo veías, casi le ardía en los ojos. No le habían hecho caso, y lo habían despreciado durante tanto tiempo, no solo en el mundo del baloncesto, sino también en el resto del mundo, que ahora, cuando por fin tenía una oportunidad contra jugadores que habían sido reclutados más alto, nada podría pararlo. Se estaba dando cuenta de que era mejor que ellos, y se le veía la pasión en la mirada».

De repente, los Pistons eran un equipo sólido. Tenían una rotación fuerte de ocho jugadores. El talento de los dos principiantes era evidente, como lo eran los emparejamientos que ahora tenía a su disposición un entrenador tan astuto como Daly. Ningún equipo era más fuerte en lo que Johnny Bach llamaba «el foso de los cocodrilos» (la zona alrededor de la canasta) que aquel Detroit que contaba con Laimbeer, Mahorn, Salley y Rodman. Los Pistons podían hacer ajustes para formar equipos distintos, presentándose en ciertas situaciones con jugadores que eran más hábiles ofensivamente, o en otras con estrellas defensivas. Pronto empezaron a dar, según dijo Matt Dobek, su relaciones públicas, más «palizas de cinco puntos» que ningún otro equipo en la historia. Una «paliza de cinco puntos», añadió Dobek, parecía una contradicción en los términos, salvo que, si los Pistons tenían una ventaja de cinco puntos cerca del final del juego, podían sacar a Salley, Rodman, Dumars, Thomas y Laimbeer a la cancha, y aunque Laimbeer fuera lento, jugaba bien en defensa, y los demás eran todos destacados defensores. De ese modo, podían cerrar el paso a los oponentes al final del partido.

Se convirtieron en el equipo contra el cual nadie quería jugar. Eran inmensamente físicos, y Laimbeer era visto por otros jugadores como el gran artista del golpe bajo de la liga, un jugador al que le gustaba vapulear a otros jugadores en su momento de mayor vulnerabilidad, y más que ninguna otra cosa, entrar en su cabeza y destrozarles los nervios. Su fuerza residía en su total inmunidad a la opinión pública, y parecía alimentarse de los abucheos que le dispensaban en los campos fuera de Detroit. El equipo se convirtió en los Chicos Malos, un apodo tomado de la frase de Al Pacino en la película *El precio del poder* : «Saluden al chico malo, porque no volverán a ver a otro malo como yo».

En la temporada de 1988-1989, Detroit ganó 29 100 dólares en multas (Portland fue el siguiente con solo 10 500 dólares). Solo Laimbeer, Rodman y Mahorn acumularon entre ellos 11 000 dólares, más que ningún otro equipo. Sus entrenamientos se volvieron más feroces, mejores y más amargamente disputados, pensaban algunos jugadores, que muchos partidos de la NBA. El primer día de entrenamiento de cada año, Daly decía a los jugadores que tendrían sus minutos basándose en lo duro que jugaran en el entrenamiento. Todos entrenaban duro. Nadie estaba eximido del código de dureza del equipo. Entrenaban duro, y entrenaban y jugaban con dolor. «Éramos», dijo Isiah Thomas tiempo después, «el último equipo de gladiadores».

Daly era el hombre ideal para entrenar a aquel equipo, un hombre de humor e inteligencia que había trabajado durante mucho tiempo en los campos más pequeños y pobres del baloncesto, empezando como entrenador en el Instituto Punxsutawney de Pensilvania durante ocho temporadas y ascendiendo siempre lentamente, a través de la jerarquía universitaria, sobre todo como ayudante. Si alguien había hecho alguna vez las cosas como es debido, ese era Daly. Nunca dejó que se le subieran a la cabeza ni su reciente éxito ni su creciente riqueza. Fuera el entrenador jefe o no, tuviera un salario millonario o no, tenía alma de luchador, y era alguien que hacía lo que hacía porque era lo único que quería hacer. Había conseguido el trabajo en Detroit, se decía, porque el equipo era tan malo que nadie más lo quería. Solo unos años antes, Bob Ryan había acudido a Daly el fin de semana del *All-Star* , en un momento en que Daly estaba buscando trabajo. Poco antes, después de ocuparse del equipo una parte de la temporada, lo habían echado de Cleveland, que entonces era una de las peores franquicias de la liga. Estaba sin empleo, y no era optimista con respecto a su futuro. Tenía cincuenta años, le dijo a Ryan, y los trabajos se los llevaban los chicos más jóvenes. «¿Quién va a contratar a alguien tan viejo como yo?». Le gustaba la nueva riqueza que conllevaba el éxito de su equipo, el dinero periférico ofrecido por las cadenas de televisión y las tiendas de moda, y se gastaba el dinero en ropa. «Papá rico», lo llamaban los jugadores.

Pero, junto con la pasión por ganar, Daly también había aprendido muy pronto otras lecciones más complicadas, y nunca olvidaba que el baloncesto no era la guerra, sino un juego, y no constituía más que una pequeña parte de la comedia humana. Tenía una visión maravillosamente escéptica de la naturaleza humana, que reflejaba sus raíces irlandesas, expresada en una frase de Yeats que dice que, en tiempos de gran alegría, los irlandeses se consuelan con la seguridad de que la tragedia aguarda a la vuelta de la esquina.

Eso fue lo que casi les sucedió a los Pistons en la temporada de 1986-1987, la primera en la que contaban con Salley, Rodman y Dantley. Los Celtics estaban empezando a bajar el nivel. Aunque ganaran cincuenta y nueve partidos al año, al final de la temporada, Detroit, que había ganado cincuenta y dos partidos, se fortalecía. Sus jugadores eran más jóvenes, y su rotación más intensa. Perdieron con los Celtics en una reñida serie de los *playoffs* de aquel año, pero estaba claro que los Pistons iban en ascenso. Estaban en el proceso de reemplazar a los Celtics como equipo al que había que vencer en el Este, irguiéndose entre los Bulls y su propio y particular destino. Un año después, los Pistons vencieron a los Celtics y llegaron a las finales, donde podrían haber ganado si Isiah Thomas no se hubiera lesionado gravemente el tobillo en el sexto partido.

Los Pistons representaban un serio obstáculo para un equipo como los Bulls, que estaba saliendo de su adolescencia, y en el cual el talento puro de los jóvenes jugadores aún no se había combinado con el requisito mental y la fuerza física necesarias para ser campeones. La singular fuerza de los Pistons, su dureza mental y su firme propósito, los convertían en el contrincante más difícil de todos para un equipo en ascenso. Los Pistons tenían una infalible habilidad para centrar el objetivo en la debilidad, física o psicológica, de sus contrincantes. Es más: la naturaleza salvajemente competitiva de Michael Jordan jugaba a favor del equipo de Detroit: Chuck Daly creó una defensa a la que llamó las «Reglas de Jordan», deliberadamente diseñada para hacer que el juego de Michael Jordan contra Detroit fuera lo más exigente posible a nivel físico, haciéndole trabajar duramente cada lanzamiento y dejándolo molido. Jordan, que era un guerrero, durante mucho tiempo mordió el anzuelo y aceptó el reto. Y de ese modo los Bulls llegaron cada vez más cerca del nivel de los Pistons, pero siempre se quedaban cortos.

Aun cuando los Pistons estaban en el umbral de adelantar a los Celtics, Chuck Daly observaba y tenía la sensación de que su equipo no tendría un reinado muy largo. Era un equipo impulsado tanto por la fuerza de la voluntad como por el talento puro. Las buenas adquisiciones, cuando habían contado con el privilegio de elegir enseguida, ya habían quedado atrás, y ahora los Bulls no solo tenían al mejor jugador de baloncesto, sino que Dale veía en Scottie Pippen a otra superestrella en ascenso. Los tiempos en que Jordan tenía que llevar toda la carga, aquellos partidos en que conseguía cuarenta o cincuenta puntos (Daly los llamaba «astropuntos» porque el número era tan alto que parecía astronómico) habían quedado prácticamente atrás. Poco a poco, se estaba formando a su alrededor un equipo con talento. Pippen era el heraldo del siguiente equipo

campeón, de eso Daly estaba seguro. Aún no había llegado el momento, pero pronto lo haría. Lo único que Pippen necesitaba era dureza mental, y eso, para alguien que jugaba contra Michael Jordan cada día en los entrenamientos, no tardaría en llegar.

19

Chicago, 1988-1990; Nueva York, 1967-1971

En 1988, estaba claro que para que Chicago consiguiera algo con los Pistons, necesitaban añadir un pívot. Los Pistons tenían a Laimbeer, y a James Edwards de apoyo, además de Mahorn, Salley y Rodman. Los Bulls tenían dos aleros altos muy buenos, pero estaban jugando sin pívot. Dave Corzine era un jugador que trabajaba muy duro, popular tanto entre la dirección como entre sus compañeros, pero sus límites estaban claros, y se había convertido en el blanco de los fans, que lo abucheaban para dar rienda suelta a su frustración ante la incapacidad de mejora del equipo. Cuando Jerry Krause analizaba en el *draft* la capacidad de los pívots, y al ver a su equipo alcanzando la meseta de las cincuenta victorias, pensaba que los Bulls tenían muy pocas probabilidades de conseguir el pívot que anhelaban. La promoción del año siguiente incluyó a Rik Smits, un jugador muy alto, con sus dos metros veintitrés, que tenía algunas cualidades pero estaba básicamente sin acabar, un jugador que obviamente sería un proyecto de futuro importante; a Ron Seikaly en Syracuse; y Will Perdue en Vanderbilt. Perdue era la opción más factible, pero le faltaba mucho para convertirse en el tipo de pívot que podía llevar a un equipo a ganar el campeonato.

Krause empezó a buscar pívots que ya jugaran en la liga, y el lugar más probable le pareció que era Nueva York, donde la llegada de Patrick Ewing había consolidado una formación de torres gemelas para los Knicks, constituida por Ewing y el pívot veterano Bill Cartwright. El equipo no había tenido un enorme éxito al emplearla: ni Ewing ni Cartwright parecían a gusto el uno con el otro, y por eso era posible que Cartwright estuviera disponible. El ascenso de Horace Grant le había proporcionado a Krause una ficha con la que jugar. Aunque

Charles Oakley hubiera emergido como el segundo mejor reboteador de la liga durante dos años consecutivos, hacia el final del primer año de Grant estaba claro que era el jugador más dotado en todos los aspectos y que tenían que encontrar más minutos para él. Eso significaba que Oakley estaba disponible para un traspaso. Krause estaba deseoso de traspasar a Oakley a cambio de los derechos del *draft* a Smits, pero aquello no terminó en nada. Así que empezó a concentrar sus esfuerzos en Cartwright, que había entrado en la liga a bombo y platillo, como una estrella, uno de esos jóvenes que atraen mucho la atención en una etapa prematura de su carrera: siendo jugador universitario ya había adornado la cubierta de *Sports Illustrated* . Sin embargo, no tenía un cuerpo de jugador de la NBA: era alto y delgado, estrecho de hombros, y carecía de la formidable definición muscular de jugadores como Ewing y Olajuwon. Lo que no mostraba su cuerpo era que se trataba de un jugador duro e inteligente, y que se había adaptado magníficamente a sus limitaciones dentro de la NBA, convirtiéndose, cosa bastante rara, en un especialista defensivo más que ofensivo. Era extraordinariamente astuto, estudiaba con detenimiento los movimientos de los buenos pívots a los que defendía, y era tenaz manteniendo posiciones defensivas. Resultó que nadie defendía a Patrick Ewing mejor que Bill Cartwright. Esto resultó ser una ventaja adicional para los Bulls.

Cartwright tenía problemas constantes con sus pies, y los Bulls los examinaron con mucho detenimiento. Años más tarde, Krause dijo que fue el traspaso más duro de su carrera. Oakley había sido su primer gran anotador en los Bulls, y había sido todo lo que podía anhelar un directivo del baloncesto, como hombre, como jugador y más: tenía un gran corazón, era entregado y no conocía el miedo. A causa del historial de lesiones de Cartwright, Krause actuó con muchísimo cuidado cuando los Bulls lo eligieron en el *draft* de ese año. En lugar de a Dan Majerle, al que a veces los medios llamaban Trueno Dan Majerle (un jugador que codiciaba y sobre el cual se había mostrado muy entusiasta dentro de la franquicia de los Bulls), seleccionó a Perdue para tener un pívot de refuerzo. De los pívots disponibles, Krause prefería a Seikaly, de Syracuse, que tenía un juego más ofensivo, pero Seikaly desapareció antes de que le tocara elegir al Chicago; y Smits fue elegido en segundo lugar, cosa nada sorprendente.

Debido al momento en que ocurrió el traspaso, los Bulls no se lo pudieron decir a Oakley de antemano. Él y Jordan, que era su mejor amigo en el equipo, estaban de camino a Las Vegas para ver pelear a Mike Tyson cuando oyeron las noticias en los medios. Los dos se enfurecieron. Jordan, según parecía, estaba aún más enfadado que Oakley. Oakley había sido el policía del equipo, el

hombre asignado para ir detrás de cualquiera que le sacudiera golpes bajos a Jordan. Ahora, de repente, su protector ya no estaba, y lo habían cambiado por Cartwright, un jugador al que Jordan, decididamente, no admiraba. «Johnny, ¿quién será el siguiente poli?», le preguntó Jordan a Bach poco después del traspaso. Era una buena pregunta.

«Horace Grant», sugirió Bach.

«Qué demonios, yo podría darle una paliza a Horace», dijo Jordan. «¿Cómo me va a defender él a mí?».

Jordan no respetaba a Cartwright ni como hombre ni como jugador. Lo llamaba «Factura Médica» a causa de sus lesiones pasadas. Pensaba que Cartwright tenía malas manos, así que a veces en los entrenamientos le arrojaba un pase que era innecesariamente fuerte para que Cartwright lo dejara caer y quedara demostrado que Jordan tenía razón. Con ningún otro jugador Michael Jordan resultaría estar tan equivocado como con Bill Cartwright, al mismo tiempo como hombre y como jugador, pero le costó casi dos años darse cuenta de ello y admitirlo. Cartwright les dio a los Bulls algo que ellos necesitaban como agua de mayo: un pívot de calidad. Su juego tenía limitaciones (de hecho, era verdad que no tenía buenas manos) y sus habilidades ofensivas habían disminuido con los años, a medida que se desgastaba su cuerpo, en especial las rodillas. Pero era un jugador tenaz e inteligente, y demostraría una valía considerable en defensa. Sin embargo, a pesar de su llegada, aquel no fue un buen año para los Bulls.

En algún momento de la temporada 1988-1989, su tercer año como entrenador principal, a Doug Collins el equipo empezó a írsele de las manos. Fue un año duro, porque habían ganado cincuenta partidos el año anterior, y ahora, con Cartwright, todos los indicios indicaban que estaban en la cúspide misma de la grandeza. Collins había sido seguramente el entrenador ideal para un equipo joven. Había presionado sin cesar a Grant y Pippen, y no había duda de que habían prosperado mucho bajo su mando. Nadie ponía en duda la inteligencia de Collins. Pero si había una cosa que Collins no era capaz de hacer (y eso era una debilidad considerable en una temporada tan larga y exigente como la de la NBA) era aflojar en la manera en que ejercía su papel. Alguno de sus ayudantes le advertía y le decía que intentara aflojar un poco, gestionar mejor la derrota, sobre todo en aquellas noches amargas en que un entrenador deja el campo seguro de que su equipo debería haber ganado. Si había una cualidad importante para un entrenador de la NBA, era la capacidad de aflojar, de aceptar la derrota ocasional en noches en que uno sabía que su equipo debería haber ganado.

Pero Collins no era capaz de aflojar. Era muy franco al respecto: «Yo soy el que soy, y entreno de la manera que soy», decía. Pero como era tan decidido y emotivo, un entrenador de una sola marcha, para la tercera temporada los jugadores empezaron a desconectar. Empezaron a quejarse de tener que jugar a sus órdenes, y decían que Collins era como una montaña rusa de emociones. Un día les echaba una bronca y al día siguiente los abrazaba, diciéndoles lo mucho que los quería. De algún modo, le faltaba el equilibrio emocional necesario para entrenar a un equipo de la NBA. Generalmente eran los jugadores los que se suponía que eran inestables y el entrenador, pertrechado en su firme y recia planicie emocional, el que los regulaba. Michael Jordan era siempre razonablemente cuidadoso en sus comentarios públicos, pues le habían enseñado a no poner en tela de juicio la figura de autoridad si era posible, y un entrenador, a diferencia de Krause, era una figura de autoridad para él, pero los que estaban a su alrededor se daban cuenta de sus dudas. «Un entrenador joven; muy emotivo», les decía a sus amigos.

Al mismo tiempo, la distancia entre Collins y Krause pasó de una pequeña grieta a un gran abismo. Cuando Collins había llegado al equipo, se había acordado que no solo Tex Winter sería su ayudante, sino que el triángulo ofensivo, el ataque patente de Winter, sería la forma de atacar del equipo. De hecho, había sido Winter, el más viejo y más íntimo amigo de Krause en el mundo de los entrenadores, el que había dado la aprobación final a Collins. Winter fue prácticamente el primer contratado por Krause. Allá en 1985, el día que anunciaron la contratación de Krause, Winter, que entonces tenía sesenta y tres años, estaba viendo ESPN, y señaló el televisor y le dijo a su mujer: «Ese hombre de ahí, Jerry Krause, me llamará antes de veinticuatro horas para ofrecerme trabajo». Y así fue.

El triple poste, o triángulo ofensivo, patentado por Winter, se servía de múltiples posiciones de poste desde las cuales los jugadores hacían una serie de cortes cambiando a otros puntos distintos, presumiblemente más ventajosos, desde los cuales atacar la canasta. Se suponía que mantenía una presión constante en la defensa, y los jugadores atacantes siempre estaban buscando un punto débil, un ángulo mejor, un tiro abierto o un desajuste defensivo. La esperanza era que eso no solo sirviera al talento ofensivo de Jordan, sino que permitiera a los demás jugadores de Chicago involucrarse un poco más en el ataque. Esa esperanza nació muerta.

Michael Jordan no era un enamorado del triángulo ofensivo, y la propia fe de Collins en él parecía marginal. Enseguida el triángulo ofensivo quedó desechado

en la práctica. En su lugar, los Bulls parecía que volvían a depender primariamente del talento en bruto de Jordan. Collins siempre estaba añadiendo jugadas. Cuando otro equipo hacía una jugada que funcionaba contra Chicago, los Bulls la añadían a su repertorio al día siguiente. «Una jugada cada día», era como llamaban los jugadores a su ataque.

En el tercer año, se veía a menudo una rara escena en los entrenamientos. Los entrenadores estaban todos juntos, salvo Tex Winter, que estaba solo y separado, sentado y tomando notas, como si lo hubiera mandado otro equipo para estudiar los entrenamientos de los Bulls. Su separación del resto de los entrenadores no era una buena señal. «Doug», dijo Winter una vez, «teniendo en cuenta lo listo que eres, a menudo me pregunto si sabes lo que estás haciendo».

Aún peor, la relación entre Collins y Krause se había envenenado. Empezaron enfrentándose sobre las posibilidades del *draft* y las decisiones en cuanto a la plantilla de jugadores. La discusión entre Collins y Krause sobre Brad Sellers y Johnny Dawkins fue especialmente brutal. Y a esa le siguieron otras fricciones. En 1988, las tensiones habían escalado hasta un punto peligroso. Collins, de talante discutidor e incapaz de contener su voluntad y emociones, se enfrentaba abiertamente a Krause. ¿Por qué salía siempre con los entrenadores? ¿Por qué iba siempre en los viajes? Porque soy el director general, le respondía Krause, y Collins le decía que no había necesidad de que el director general viajara con el equipo. Collins iba al entrenamiento, veía a Krause y le gritaba: «¿Por qué estás aquí? ¿Qué estás haciendo en la cancha?». Era una pelea sobre el territorio, sobre la plantilla, y se estaba convirtiendo en una batalla de egos cada vez más dura.

Phil Jackson sabía que la situación era peliaguda. Hasta entonces Jackson había logrado llevarse razonablemente bien con todo el mundo en el equipo. Él y Johnny Bach se caían bien, y Bach le había enseñado mucho sobre cómo hacer informes de jugadores. Jackson le tenía aprecio a Tex Winter y hasta parecía llevarse bien con Krause. Era consciente de las peculiaridades de Krause, de su falta de noción de los límites que había que respetar, pero le juzgaba inteligente (al fin y al cabo, había tenido la sensatez de contratarle a él), y se sentía cómodo con él. Él era, sin darse cuenta, el candidato a ser el siguiente primer entrenador. Casi diez años después, en 1997, cuando quedó claro que Krause estaba enamorado de un entrenador del Iowa State llamado Tim Floyd y lo quería para reemplazar a Jackson, alguien se lo mencionó. Jackson pensó por un momento, y después dijo con tristeza: «Recuerdo cuando estaba enamorado de mí».

Durante la temporada 1988-1989, las cosas empezaron a desintegrarse. Una

señal de ello llegó en el partido contra Milwaukee, justo antes de Navidad. Collins fue expulsado del partido muy pronto, y le entregó las riendas a Jackson, indicándole con claridad lo que quería que se hiciera y, por encima de todo, las jugadas que quería. Los Bulls estaban bastante atrás en el marcador cuando lo echaron, así que Jackson esencialmente descartó lo que quería Collins y, siendo un entrenador orientado a la defensa, metió presión, cosa que funcionó. En ataque, los dejó sueltos, permitiendo que el equipo encontrara su propio ritmo, y finalmente los Bulls volvieron a ganar cómodamente. Lo que hizo esa victoria especialmente dolorosa para Collins fue que Krause y su mujer, Thelma, habían invitado a June Jackson a sentarse con ellos aquella noche, y la cámara de televisión mostró una imagen de los tres que se transmitió en Chicago. («Un gran error político», dijo June Jackson años más tarde sobre su decisión de aceptar aquella invitación. Lo dijo después de que su marido y Krause se hicieran enemigos, y después de que se casara la hijastra de Krause, una boda a la que invitaron a Tim Floyd del Iowa State, a su mujer y a todos los entrenadores ayudantes del Chicago, pero no a los Jackson. Los Jackson se enteraron de la boda porque Sheri Cartwright, la mujer de Bill Cartwright, llamó a June para preguntarle qué iba a llevar a la recepción).

La presencia de June Jackson con los Krause inflamó a Collins. Le parecía una conspiración. Al día siguiente, Collins, lívido, acusó a Jackson de debilitarlo a él y su filosofía de entrenamiento. Además, dijo, Jackson actuaba a sus espaldas con Krause, y tramaba contra él (cosa que no era cierta). Lo que siguió fue una reunión muy larga y desagradable entre Collins, Krause y Jackson en la que salieron a relucir todos los agravios. Durante aquel encuentro la considerable amistad que había unido a Collins y Jackson quedó muy dañada.

Unas semanas más tarde, Jackson estaba ojeando a Miami Heat en Miami, y se perdió el partido a causa de su planificación del viaje. Al día siguiente recibió una llamada de Krause, que le dijo que no faltara a más partidos en lo que quedaba de temporada. Estaba claro que algo se estaba cociendo. La temporada no terminó bien. El equipo perdió ocho de sus últimos diez partidos. En vez de ganar en torno a los cincuenta y cinco partidos, como alguna gente en las altas instancias esperaba, los Bulls patinaron y ganaron solo cuarenta y siete. Al término de la temporada, echaron a Doug Collins y Phil Jackson lo relevó como primer entrenador.

Phil Jackson no se había visto a sí mismo como aspirante a primer entrenador. Más bien pensaba que Billy McKinney, protegido tanto de Winter como de Krause, estaba por delante de él, pero a McKinney le habían ofrecido un trabajo

en los Timberwolves de Minnesota para hacerse cargo de la plantilla de jugadores, y lo había aceptado, aunque sin contar con la bendición de Krause. Jackson tenía cuarenta y cuatro años cuando llegó al puesto. Una de las llamadas que hizo Jerry Reinsdorf antes de darle el trabajo a Jackson fue a Bill Bradley, que en ese momento era senador de los Estados Unidos, y al cual el propietario del equipo conocía por el partido Demócrata. ¿Jackson sería buen entrenador?, le preguntó Reinsdorf. Bradley le respondió que sí: «Jackson piensa a nivel colectivo, pero siempre ve individuos. No será un sargento instructor que intenta encorsetar a todo el mundo en el mismo molde. Aprecia de verdad la individualidad de cada uno, y la respeta». Jackson se había mostrado sumamente decente en sus años en Chicago, y ya nadie pensaba en él como un *hippie* . En la foto de los Bulls, en su primer año como entrenador ayudante, aparece completamente afeitado, como si hubiera ofrecido su vello facial en sacrificio a los prejuicios de los poderes del baloncesto. En la del segundo año, en lo que parece una especie de acuerdo cultural, ha brotado un importante bigote. Las fotos siguientes, tomadas año a año a lo largo de más de una década, muestran su pelo volviéndose gris a una velocidad alarmante, homenaje ya sea a sus genes o a la dura carga de entrenar cada año en cien partidos y llegar tan lejos en los *playoffs* de la NBA.

A causa de su comportamiento fuera de la cancha, sus primeros días como aprendiz de la contracultura, y su posterior fascinación con la gentileza defendida por el budismo, era fácil olvidar a veces hasta qué punto era un hombre decidido y motivado, con dos personalidades separadas, una alta intensidad en la cancha y una gran amabilidad fuera de ella. Incluso en la época de su encarnación contracultural, había sido, por supuesto, un feroz jugador de baloncesto: eso era en gran medida el resultado de un cierto tipo de infancia, pues los valores adquiridos entonces seguían siendo una parte crucial de su personalidad. La huella de aquel fondo fundamentalista era profunda en él. No en vano su madre había sido una luchadora que cuando tenía dos años le había afeado que, a su edad, su hermano mayor tenía ya un vocabulario de mil palabras. No iba a malgastar nada: se esforzaría al máximo para alcanzar su nivel más alto.

Con los años, Jackson se distanció mucho de las creencias religiosas de sus padres, aunque no llegó tan lejos como sus hermanos. Chuck Jackson se volvió completamente en contra del cristianismo, y Joe Jackson, psicólogo, llegó a estar más conectado aún con las religiones orientales que Phil. Al final, Phil Jackson terminó con una amalgama fascinante de creencias, una mezcla de cristianismo,

budismo zen y filosofía de los nativos americanos. Sus creencias fueron el resultado de unos treinta años de búsqueda, criba, intento de combinar creencia y ética, y de alcanzar un código de comportamiento humano cuyo sello distintivo era la tolerancia con los demás.

Filosóficamente, Jackson iba en busca de una ética personal que le diera un propósito y orientara sus acciones de forma clara, que le permitiera ser un humanista y no un materialista. Pero también quería disfrutar algunas de las ventajas que una sociedad cada vez más materialista distribuía entre los triunfadores, y con las cuales él se vio finalmente recompensado por el éxito que tuvo como entrenador. Eso le hizo recorrer un largo camino desde el mundo del don de lenguas, [7] el mundo de certezas religiosas de su madre, cuya frase favorita era: «Cristo es la única respuesta». Su madre nunca abandonó la esperanza, por supuesto, de que él regresara a la rectitud de la religión en que lo había criado. Hace varios años, cuando al escritor Garry Wills le pidieron que presentara a Jackson ante un público de Chicago, primero llamó a Elisabeth Jackson para hablar con ella de su hijo. Ella terminó la conversación diciendo: «Puede decirle a mi hijo que espero que se dé cuenta de que aún puede volver aquí para convertirse en pastor del Señor».

Eso no era probable. Jackson seguía sintiéndose muy incómodo con sus raíces religiosas, y una gran parte de su vida la dedicó a una búsqueda por seguir siendo más o menos cristiano y al mismo tiempo escapar de esa parte de la religión de su nacimiento que encontraba inaceptablemente dura. En la primavera de 1998, Jackson fue a ver la película *Camino al cielo* , un brillante film en el que Robert Duvall encarna a un pastor evangélico. Su esposa, June, que estaba sentada a su lado, notaba claramente la tensión de su cuerpo. A medida que avanzaba la película, Jackson se iba quedando cada vez más rígido en la butaca: el film, obviamente, le estaba llegando muy adentro. Las ocasiones en que volvió a la iglesia de sus padres (más que nada por su madre y para cumplir una promesa que le había hecho a su padre antes de que muriera), no le resultaron cómodas. Hace unos años, un pastor local de Bigfork, Montana, pidió a la congregación que volvieran a dedicarse a Cristo, y mencionó que había alguien muy famoso entre los asistentes, alguien que había recibido recientemente muchos premios y elogios en el mundo secular. «Pero esos premios y elogios no te conducirán al cielo de Dios», dijo el pastor, y después añadió: «Jesús te llama en voz baja: “Vuelve al hogar, pecador”».

Más tarde, Jackson dijo que el sermón le había preocupado menos que a June. «June», le dijo, «él solo hace su trabajo. Y su trabajo consiste en hacerme sentir

culpable».

Su infancia fue muy austera. En parte debido a la simplicidad y a lo despiadado de la propia tierra, y en parte a la inflexible naturaleza de la religión fundamentalista de sus padres. Bill Bradley, su compañero en los Knicks y un amigo de por vida, que era él mismo un hijo del buen y sólido Medio Oeste, recordaba haber visitado a Jackson en Dakota del Norte después de su primer año. Descubrió que Jackson venía del mismo tipo de entorno sencillo que él, solo que el entorno de Jackson parecía reflejar una separación con el resto del mundo aún más intensa, una soledad mucho mayor que la que había conocido Bradley. Conduciendo aquel día con Jackson por las altas llanuras de Dakota del Norte, Bradley tenía la impresión de contemplar un paisaje lunar y la sensación de que, aún más que en el Missouri rural, las personas allí parecían, de algún modo, apartadas las unas de las otras, de que las palabras eran más escasas y los silencios mayores. Al pasar por una serie de pueblos, a Bradley le pareció que podía imaginarse a Jackson creciendo allí, tal como se veía a sí mismo creciendo en Crystal City, Missouri: «Él es como yo, solo que aún más», pensó.

Los padres de Jackson, Charles y Elisabeth, eran los dos pentecostales, pastores de la Asamblea de Dios, parte del carismático movimiento que había arrasado el país en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial. Su padre era del este de Canadá, su madre del oeste de Estados Unidos, y se habían conocido en el Central Bible College de Winnipeg. En las iglesias en que sirvieron, su padre era el ministro matutino, y su madre la ministra vespertina. Sus sermones estaban llenos de azufre y fuego infernal, recordaba Jackson. En su casa no se veían películas, no se bailaba, no había alcohol ni tabaco ni televisión (cuando por fin hubo un canal de televisión en su zona) ni placeres terrenales. Se respiraba desdén por todas las demás religiones. Cuando Phil conoció a un chico nuevo en la escuela y fue a casa y habló de él, su padre le preguntó: «¿Es cristiano?». La respuesta, en aquella familia religiosamente tan estricta, podría haber sido: «No, es católico». El libro de la casa era la Biblia, la revista era el *Reader's Digest* . Los hijos tenían que ser buenos ciudadanos y no perder nunca los nervios. La ira, comentó una vez June, la esposa de Phil, era algo ajeno a él. Y la ira de otras personas le ponía siempre nervioso. «Eso le viene de la religión y de su familia», añadió. «En esa casa, la ira se consideraba un pecado muy grave».

Cuando en el colegio había un baile en grupo, Phil Jackson tenía que quedarse sentado al margen. Cuando sus compañeros del colegio iban al cine y los hermanos (Chuck, Joe y Phil) preguntaban a su padre si podían ir, Charles

Jackson les decía: «Nosotros no vamos al cine». Si los chicos preguntaban por qué, la respuesta era que ellos estaban en aquel mundo, pero no eran de aquel mundo. No hacemos cosas mundanales, solía decir. No hacemos lo que hace otra gente. Y entonces su padre usaba una frase de la Escritura: «Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial». Phil Jackson vio su primera película cuando estaba en el último año del instituto, y bailó por primera vez en la universidad, e hizo ambas cosas con bastante sentimiento de culpa.

En aquella familia las decisiones nunca se tomaban basándose en el placer, sino en la obligación. Cuando los chicos mayores eran adolescentes, hubo que tomar en la familia una seria decisión sobre la futura ciudad de residencia. Habían estado viviendo en Montana, que les encantaba, y había la posibilidad de elegir entre una plaza en una parte de Idaho que se decía que era bella y muy verde, muy parecida a Montana, y otra en Williston, Dakota del Norte, que se decía que era lúgubre y de clima mucho más duro. Todos los chicos querían Idaho. El reverendo Jackson, por supuesto, eligió Williston: «Ahí es donde el Señor quiere que vaya», dijo. Los hermanos (tres chicos y una hermanastra) eran hijos de predicadores, lo cual significaba que estaban bajo escrutinio constante de todos los adultos de la ciudad. Por encima de todo, no iban a apartarse de las palabras del Señor ni de las normas familiares, ni iban a avergonzar a sus padres haciendo la obra del demonio, cosa tan frecuente en los hijos de los pastores. Charles Jackson, duro e inflexible en sus creencias, era sin embargo un hombre amable, de gran bondad, muy amado por todos los que lo rodeaban. Era el supervisor ministerial de todo el estado, con unas setenta iglesias bajo su responsabilidad. En cierto modo, retiró el ministerio a su propio sobrino a causa de algunos errores que había cometido, pero el sobrino lo veneró hasta el día de su muerte por la bondad que había mostrado al hacerlo. Elisabeth Jackson, en contraste, era la luchadora que obligaba a sus hijos a sobresalir. Ella y sus cinco hermanos de ambos sexos crecieron rodeados de mucha pobreza en Montana, y Joe Jackson recordaba que hasta que tuvo dieciséis años, el retrete de la casa de sus abuelos maternos estaba separado de la casa, pese al frío casi insoportable que hacía. Todos sus hermanos se habían graduado con la mejor calificación de su clase, por lo que les había correspondido el honor de dar el discurso de despedida, y a ella le reconcomió la mayor parte de su vida el haberse perdido ese honor por dos décimas, y eso en parte porque siempre faltaba las seis primeras semanas de curso debido a la cosecha otoñal. Había una cualidad estoica en ella y en su vida: a la edad de dieciocho años había enseñado en Montana Oriental, en una escuela tan pobre que durante el invierno quemaban

boñigas en la estufa para entrar en calor. Podéis ser cualquier cosa que queráis, les decía todo el tiempo a sus hijos, y los hacía memorizar párrafos de libros y definiciones de palabras del diccionario. Cada semana tenían que memorizar algún versículo de la Escritura. En caso de que los chicos parecieran a punto de hacer el vago, les citaba alguna larga definición del diccionario que ella misma había memorizado treinta años antes. No habría holgazanes en la familia, y ella misma era cualquier cosa menos holgazana. Había que hacer las cosas bien. Había cuatro hombres en la casa, y cada uno llevaba una camisa blanca limpia cada día de la semana, lo que significaba que ella lavaba y planchaba unas veintiocho camisas cada semana, y sabía casi al minuto cuánto tiempo le llevaría hacerlo.

Si había una lección perdurable que Elisabeth Jackson quería impartir, según creía Chuck Jackson, aun cuando todos los demás aspectos de la crianza de sus hijos se echaran a perder cuando se aventuraran en el mundo, era la idea de que, por encima de todo, no podían malgastar nada que Dios les hubiera dado: tenían que sacar a sus capacidades el máximo partido posible.

La idea de que estábamos en deuda se percibía en cualquier parte de la casa. Elisabeth Jackson hizo un gran letrero y lo colocó en la habitación de Phil cuando era un niño pequeño: «San Juan, 3,16: Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna».

Ya de niño, Phil Jackson se sentía incómodo con la naturaleza evangélica y altamente emocional de su iglesia: la gente hablando lenguas desconocidas, arrojándose al suelo y rodando por él. Eran personas a las que por lo demás conocía como vecinos callados, sobrios, extremadamente contenidos, hasta que de pronto parecían poseídos por emociones salvajes e incontrolables. A los ojos de un niño, todo resultaba muy inquietante, y sentía rechazo.

Los tres chicos varones de los Jackson, de los cuales Phil era el más joven, se lanzaron con pasión al deporte. Chuck Jackson pensaba que lo hicieron porque era una de las pocas cosas que no les estaban vedadas, y porque les permitía cierto grado de normalidad: era la única ocasión de hacer cosas que hacían los otros chicos. Los deportes tenían la aprobación de sus padres, eran buenos y limpios, en contraste con, digamos, la demoniaca obra de Hollywood. Debido a que los otros dos chicos habían luchado antes alguna de aquellas batallas (como el derecho a jugar al fútbol la noche de los viernes), resultó más fácil para Phil, y le dieron permiso para jugar al fútbol como no se lo dieron a los mayores. Al menos, comentó Phil, los largos viajes para jugar en otros colegios suponían con

frecuencia que tenían que faltar a la iglesia.

De ese modo, involuntariamente, los chicos fueron apartados de la mayor parte de sus amigos cuando eran pequeños, porque no podían hacer lo que hacían los otros niños, así que carecían del marco de referencia de sus iguales. No podían hablar de las películas que habían visto, ni de los programas de la televisión, ni de la música que bailaban. «No podíamos desenvolvernos con nuestros compañeros de una manera cómoda», dijo Chuck Jackson. «La separación la hicieron por nosotros muy temprano, y no teníamos nada que decir en eso, así que éramos excepcionalmente objetivos y estábamos distanciados de un montón de cosas que la mayoría de los niños aceptan automáticamente y con las que conviven».

El rechazo de Phil Jackson a la religión de su infancia y su propia búsqueda permanente de algo más lo convirtió en un hombre de inusual tolerancia cuando se hizo mayor. Todos habían crecido en una casa (dijo su hermano Joe una vez) que era terriblemente moralista, y Phil se sentía a disgusto con la finalidad de mucha de esa moralidad. Llegó a sentirse fascinado con el comportamiento humano sin ser especialmente crítico con él. «Phil», dijo una vez su madre, una persona nada proclive a encontrar matices en su visión del mundo, «es como aceite lubricante con las personas». June Jackson estaba de acuerdo con eso: le parecía que su marido se llevaba bien con una gran variedad de personas, sabía escuchar y era capaz de ver a otras personas como eran en realidad, aceptarlas tal cual y, la mayor parte de las veces, apreciar su manera de ser. Increíblemente seguro se de sí mismo y agudamente interesado en los que lo rodeaban, con la evolución de su trayectoria profesional a lo largo de los años había llegado a ser tan psicólogo como entrenador.

Mucho de aquello le era innato, y mucho aprendido por Jackson de su entrenador en los Knicks de Nueva York, Red Holzman. Solo después, mirando atrás, se había dado cuenta Jackson de lo sabio que había sido Holzman como entrenador. Cuando Jackson llegó a Nueva York, por ejemplo, había una situación potencialmente explosiva en el equipo que incluía la lucha por el tiempo de juego entre Bill Bradley y Cazzie Russell. Bradley era blanco, Russell negro. Los dos habían sido estrellas universitarias de perfil alto, cuya reputación había alcanzado la fama gracias a un famoso partido de la NCAA entre sus equipos universitarios. Y a ninguno le había resultado fácil el paso a la NBA: Bradley era demasiado lento para jugar de base, y el juego de Russell resultaba en cierto modo incompleto (era un lanzador potente pero irregular, no pasaba la pelota especialmente bien) y era un defensor inconsistente.

Cada uno tenía sus partidarios, por supuesto, personas que veían solo las fortalezas del jugador y no sus debilidades. Bradley, que estaba en la Ivy League masculina, tenía una influencia desproporcionada en la vida pública de la ciudad, que por fin contaba con uno de los suyos jugando en el Madison Square Garden. Y Russell la tenía entre algunos partidarios con voz (incluidas ciertas personas que hablaban alto y claro en los medios de comunicación) que le daban bombo y se juntaban con él y le decían todo el tiempo que él era el Elegido. Lo que los fans de Russell representaban era una especie de precedente de lo que un día se llamaría el séquito, personas cuya principal relación con el juego es a través de un jugador, cuyo ego inflan todo el tiempo, y a cuyos compañeros denigran constantemente. Los miembros del séquito con el tiempo empezaron a pensar que ellos eran los que jugaban. Se trataba de una controversia potencialmente incendiaria, porque en Nueva York había un creciente optimismo y entusiasmo con aquel equipo, dado que ambos jugadores eran cabezas de cartel, proclamados a bombo y platillo, y porque uno era blanco y el otro era negro. Holzman nunca se decantaba por un lado, nunca decía nada públicamente, cosa ya bastante extraordinaria en sí misma. Actuaba como si el problema no existiera. Dejaba que los jugadores lo arreglaran en la cancha y en los vestuarios. Era como si lo que para alguna gente era una lucha importante de personalidades, no existiera en absoluto.

«Creo que Red sabía desde el comienzo que Bill, con su excepcional inteligencia, era un líder natural. Y, lo que era aún más interesante, sabía que Bill estaba ya liderando el equipo y haciéndolo desde una posición deficitaria, que es cuando se lidera pero uno mismo aún no ha encontrado su propia posición. Pero también sabía que él aportaba tanta inteligencia a la cancha y tanta habilidad al juego que el equipo era mejor teniéndolo a él», dijo Jackson años después. «Red quería que todo el mundo viera lo que veía él respecto a Bill y Cazzie: primero sus compañeros de equipo, y con el tiempo los fans».

En segundo año, Bradley se había puesto de alero bajo, y su capacidad para proporcionar mejores lanzamientos a sus compañeros de equipo moviéndose sin balón había ayudado al equipo a cambiar. Claramente, el equipo se ensamblaba y jugaba mejor cuando él estaba en la cancha. Russell, en cambio, no había perfeccionado su juego, que seguía pareciendo unidimensional. Seguía siendo un jugador de valía, y a veces, cuando el equipo necesitaba anotar, Holzman recurría a él. Poco a poco los minutos de Russell fueron en declive y los de Bradley en aumento, y el problema simplemente se evaporó, al quedarle cada vez más claro a todo el mundo que una gran parte de la cohesión única del

equipo provenía del incesante movimiento de Bradley. Dentro del vestuario, los jugadores, sobre todo los jugadores negros, también se dieron cuenta. Russell era a menudo hablador y dado al palique en el vestuario; Bradley, por contra, era callado y extremadamente reservado, con miedo a que le adjudicaran el papel de gran esperanza blanca. Pero eran los jugadores negros, sobre todo Walt Bellamy, los que pinchaban a Russell cuando usaba palabras demasiado largas; Bells se sentaba en el vestuario, medio desnudo, e imitando el acento de un catedrático de Oxford le preguntaba: «Dígame, señor Russell, como notorio experto en el idioma inglés, ¿cree que podría explicar a las incultivadas mentes de este equipo el significado de ese larguísimo palabro que acaba de emplear…?».

Holzman trataba con destreza el ego de Russell, sin enfrentarse nunca a él completamente. Veía lo que quería ver e ignoraba lo que quería ignorar, confiado en que tenía jugadores maduros, a ambos lados de la raya racial, que solucionarían el problema por él. La única ocasión en que se echó encima de Russell fue cuando este rompió las normas del equipo. Una de esas normas era que iban a todas partes como equipo. Había un montón de partidos en Filadelfia aquellos días. Cazzie Russell tenía un Cadillac nuevo, y en una ocasión fue con él a Filadelfia. Justo antes del partido, Red le preguntó cuánto costaba el peaje de Nueva York a Filadelfia, y Cazzie respondió que ocho dólares. Y entonces le dijo Red: «Bien. ¿Qué te parece si restas los ocho dólares de los cien que te acabo de poner de multa por venir aquí en tu coche en vez de hacerlo con el equipo? Así la multa serán solo 92 dólares en vez de los cien». Eso era un suave recordatorio de que había reglas, y de que se aplicaban a todos por igual.

Jackson afrontó un problema de química parecido cuando se quedó al cargo del equipo de Chicago. Aquel puesto era, por supuesto, la oportunidad de su vida, por muy difícil que fuera, en algunos aspectos, la situación que heredaba. Iba a entrenar al mejor jugador de la liga, además de a un grupo de jugadores cuyo talento era evidente, y que estaba llegando a la mayoría de edad en el aspecto profesional, pero que eran, por la propia naturaleza de una superestrella, mucho más inciertos en la cancha. Cómo ensamblar todas aquellas piezas, cómo ajustar las distintas químicas de aquel equipo, sería un gran reto. Era entonces el sexto año de Jordan, y su actitud en muchos sentidos se había endurecido. Se había acostumbrado a la carencia de sistema ofensivo, y desconfiaba de casi todo el mundo en el equipo, excepto de Paxson. El problema de Jackson era averiguar cuánto debía compartirse la pelota, cuál tenía que ser la proporción de lanzamientos de Jordan (o, para ser claros, cuánto debía bajar esa proporción). Si Michael Jordan era una especie de genio, entonces el reto último de su

entrenador era mezclar ese genio con las dotes de los meros mortales.

El equipo que heredaba Jackson se encontraba en un cruce de caminos. Si Collins lo había, tal vez, agotado emocionalmente, también había llevado a Pippen y Grant a un nivel de juego mucho más elevado. Años después, era evidente que, gracias a la pasión y la energía de Collins, Jackson había recogido un equipo que se hallaba en el umbral mismo de la grandeza. Si Pippen y Grant no eran figuras de primer nivel, estaban muy cerca de serlo.

Más que ninguna otra cosa, Jackson tenía la impresión de que el equipo necesitaba un sistema de ataque. No pensaba en sí mismo como un entrenador de ataque especialmente dotado, pero quería contar con un sistema de ataque de algún tipo. El ataque de Chicago, cuando él llegó, dependía demasiado del talento singular de Jordan: esencialmente consistía en la idea de «darle la pelota a Michael y todos los demás quitarse de en medio». Emplear algún tipo de sistema era especialmente importante para los demás jugadores, que necesitaban no solo saber cuál era su papel, sino sentirse lo suficientemente implicados en el ataque para que trabajaran duro y cumplieran en defensa. Jackson era muy consciente de lo duro que era incluso para los buenos jugadores coexistir con alguien tan supremamente valioso y tan exigente psicológicamente como Jordan. Como dijo una vez Dave Corzine, Jordan era tan bueno que si los Bulls ganaban era gracias a él, pero si perdían era siempre culpa de los demás, no de él.

Seguía siendo un serio problema cómo veía Jordan a sus compañeros, especialmente si se le pedía que compartiera la pelota. Veía el lado positivo de Grant, pero no pensaba en él como un jugador inteligente, ni un jugador que hiciera grandes lanzamientos al final del partido. Pippen era harina de otro costal: estaba mejorando todo el tiempo, su capacidad atlética estaba empezando a rivalizar con la de Jordan en algunos aspectos, sobre todo en la defensa, y tenía un sentido del juego sorprendentemente bueno. Todavía no era tan buen lanzador, aunque estaba mejorando. Pero Jordan seguía sin ver claro cuán duro sería y lo bien que jugaría en los momentos críticos de los grandes partidos. Sus dudas eran considerables, y Pippen mismo era muy consciente de ello. El único jugador con el que Michael se sentía cómodo y en el que confiaba era Paxson, cosa sorprendente, porque era especialmente duro jugar en la otra posición de base junto a él. Paxson no solo era un lanzador puro muy fiable, sino que conocía las limitaciones de su juego; sabía lo que tenía que hacer y, aún más importante, sabía lo que no tenía que hacer cuando Jordan estaba en la cancha.

A Jackson le gustaba el triángulo ofensivo de Tex Winter. Habían entrenado juntos una temporada en la liga estival, y Jackson se había convertido en su

firme partidario. Pensaba que el movimiento constante y los papeles claramente asignados que exigían a los jugadores cortar de un punto a otro convenía a la naturaleza de los recursos que ahora tenía. También pensaba que convertiría a Michael Jordan en una amenaza ofensiva más completa, (porque lo usaría de poste y ningún base de la liga, debido a la fuerza y capacidad de salto de Jordan, representaría una amenaza en el poste), y eso serviría para conservar su energía y alargar su trayectoria profesional. No era un ataque fácil de aprender, y al cabo de los años, mientras que algunos jugadores lo incorporaban con naturalidad, seguía resultando desconcertante para otros, que nunca lograban asimilar la naturaleza del movimiento, que debía ser al mismo tiempo ordenado y sin embargo voluntario. El problema sería convencer a Jordan, y ese proceso llevaría una gran parte de las dos siguientes temporadas. A Jackson (que venía de los Knicks, equipo que había carecido de fuerza física y de tamaño pero que había vencido sistemáticamente a otros equipos más físicos a causa de su movimiento y de su inteligencia colectiva) le parecía que les vendría de perlas a los jugadores de los que disponía.

Llegados a aquel punto, Jackson hacía equilibrios entre las poderosas personalidades de Tex Winter y Michael Jordan, y entre sus filosofías del baloncesto, que eran muy distintas. Tex Winter tenía sesenta y ocho años y vivía su quinta década como entrenador: había comenzado en el equipo de la Kansas State University como ayudante a jornada completa en 1947 por 3 000 dólares al año. Era un hombre seductor, completamente directo, que en todo momento estaba dispuesto a expresar su opinión, un hombre que siempre iba de frente. Era producto de unos Estados Unidos inmensamente más pobres. Un hombre que se había hecho adulto en el peor momento de la Gran Depresión y que había conocido un país en que los salarios eran diminutos, y en el cual era muy difícil penetrar en la clase media para el vasto segmento de la población que no había nacido en ella. Podría haber sido el abuelo de algunos de aquellos jugadores, y su conservadurismo, tanto económico como social, estaba en marcado contraste con los valores de casi todos los que lo rodeaban. No malgastaba el dinero. Si se comía con Tex en un restaurante, la cuenta raramente superaba los ocho o nueve dólares. Si a alguno de los otros entrenadores la comida que servían los Bulls a la prensa antes de los partidos le parecía casi incomestible, a Tex Winter, hijo de la Depresión, le encantaba, y era un fijo de aquella mesa que precedía a los partidos.

Había sido elegido por Krause al comienzo como una especie de presencia venerable y guía espiritual, pero no era el hombre de Krause, no era el hombre

de nadie más que de sí mismo, y no le doraba la píldora a nadie. Eso era lo que le atraía a tanta gente de Tex: era directo y sincero, y no entraba en juegos políticos. No le interesaba la cultura del baloncesto moderno, ni el ruido, ni la fanfarria, ni la fama: pensaba que todo eso era una distracción. Era, a su modo, un absolutista. Si por la naturaleza de su personalidad y su carácter abierto era un gran favorito de los periodistas locales, también era una presencia poderosa dentro de la franquicia, un hombre con una visión clara de lo que quería en cada partido. Su visión y la de Michael Jordan eran diametralmente opuestas. En algunos aspectos, ambos tenían razón y ambos estaban equivocados. Inevitablemente, había una línea trazada bastante rotundamente entre Jordan, con su superioridad atlética y su capacidad para cambiar la marcha de un juego por sí solo, y a continuación hacerse cargo de todo por sí mismo, y Winter, que era alguien ligado, a ojos de Jordan, a una concepción del baloncesto que había emergido cuando los jugadores no tenían su talento especial, un sistema, creía, que había sido creado para compensar la falta de talento de una generación distinta de jugadores en una era lejana, antediluviana. La fuerza de los argumentos de Jordan no debía infravalorarse: nadie sabía leer una defensa mejor que él, y nadie podía anotar tan rápido. Y todo lo hacía por instinto. Jugar en un sistema podía costarle ese instinto. Winter, por supuesto, odiaba la idea de un ataque que dependía casi exclusivamente del talento de una superestrella. «Pienso que Michael es un gran gran jugador», le gustaba decir a Winter, «pero no soy un idólatra».

Los dos hombres tenían su propio debate permanente sobre lo que era el buen baloncesto. «La palabra “team” («equipo») no contiene ninguna “I” («yo»)», solía decirle Winter.

«Pero sí la palabra “win” («victoria»)», le respondía Jordan.

En el fondo, Jordan creía que el baloncesto había cambiado, que el puro talento, el tamaño y la velocidad de la nueva especie de jugadores convertían el viejo sistema con secuencias de movimientos estratégicamente planeados en algo obsoleto, y que el baloncesto se había convertido en un juego de jugador, que favorecía a los que creaban sus propias posibilidades de tiro. Y eso no había nadie en la liga que lo hiciera mejor que él. Así que Michael Jordan se enfrentó al intento de Jackson de reintroducir el ataque en triángulo. Jordan no había mostrado ningún entusiasmo cuando Collins había hecho el primer intento, y aún parecía menos dispuesto esta vez. Tenía miedo de que pudiera limitar su juego sin ofrecer nada a cambio. «El ataque de la igualdad de oportunidades», lo llamó, y no lo decía para ensalzarlo. Jackson intentó explicárselo de manera

diferente. La pelota era como un foco de luz en el teatro, y era importante compartir ese foco con los compañeros de equipo. Con lo que Jackson contaba para impulsarse era con la enorme ambición de Jordan. Y lo que este ambicionaba no era tanto conseguir premios individuales como ganar el campeonato. Lo que le enfatizó a Jordan una y otra vez era que habían llegado todo lo lejos que podían llegar en los *playoffs* haciéndolo al modo de Jordan: cuanto más allá llegaban en los *playoffs* , más probable era que encontraran jugadores defensivos formidables que finalmente limitaran lo que podía hacer un gran jugador. Podría no ser mala idea, sugirió incluso, si Jordan no ganaba el título de máximo anotador, como había sucedido en los dos últimos años.

Y así empezó ese año una lucha entre Phil Jackson y su superestrella, los dos tercos como mulas. Jordan seguía sin confiar en sus compañeros de equipo, y cuando expresaba sus dudas sobre ellos, Jackson decía que sí, que lo que Jordan decía sobre algunos de ellos era verdad, que no estaban todavía al nivel de él, y probablemente no lo estarían nunca. Era posible que nunca tuviera mejores compañeros de equipo. Pero desde luego no iban a mejorar ni a contribuir mucho más al espectáculo si el espectáculo era exclusivamente cosa de Jordan. Tenía que empezar a compartir la pelota, y tenía que correr riesgos. Si no lo hacía, otra temporada más terminaría como lo habían hecho las anteriores cuando alcanzaban un nivel más alto en los *playoffs* . Los mejores equipos defensivos que aparecían en la última ronda de los *playoffs* encontrarían el modo de pararle los pies. El talento individual, no importaba lo excepcional que fuera, solo podía llevarlos hasta un cierto punto.

La primera temporada de Jackson, la de 1989-1990, había sido para todos una experiencia de la que habían aprendido mucho. Había sido una temporada de búsqueda (con un éxito solo parcial) de la fortaleza mental requerida que diferencia a los campeones de los otros equipos. El ataque en triángulo no era un sistema fácil de aprender para muchos jugadores. «Es como intentar aprender bailes de cancha», dijo Will Perdue, el pívot reserva, que tenía un juego de piernas imperfecto.

Esa temporada, Jordan jugaba a veces dentro del sistema de ataque, y a veces se salía de él, y se frustraba, ya fuera porque ya no se trataba del juego puro y reactivo en que era maestro, o porque cuando había confiado en el sistema de ataque y había cedido la pelota a sus compañeros, lo decepcionaban. A veces, animado por Johnny Bach, el entrenador ayudante, Jordan simplemente se apoderaba del juego. Bach, un viejo marino, decía: «Michael, yo no soy tu entrenador, solo soy un ayudante, pero lo que el Almirante Halsey ordenaría en

un momento como este es: “¡Ataca, ataca, ataca!”». Por supuesto, a Jordan eso le encantaba. Entonces, jugando con sus propias reglas, podía encestar tres o cuatro veces al final de un partido y conseguir la victoria. Después de eso, se burlaba de Winter: «Tex, quiero pedirte que me perdones por salirme del sistema al final».

Con todo, paso a paso se había producido una cierta mejora, cierta sensación de que aquello se estaba convirtiendo en un equipo. En un equipo que utilizaba el ataque en triángulo. En la segunda mitad de la temporada, los Bulls iban 24-3. Lo que Jackson estaba haciendo era llegar astutamente a un acuerdo intermedio entre lo que quería Tex Winter y lo que quería Michael Jordan, un acuerdo saludable porque una gran parte de la fuerza del triángulo era la amenaza que representaba Jordan al actuar por sí mismo. Johnny Bach estaba entre Winter y Jordan. Adoraba la brillantez individual de Jordan y pensaba, como este, que había ocasiones en que uno tenía que dejarse llevar por los instintos. Esa temporada, Winter se quedó impresionado por los esfuerzos que hacía Jordan. Para alguien de un talento tan increíble resultaba duro disciplinarse, ir contra los instintos e intentar seguir un sistema ajeno y aparentemente limitador. Winter pensaba que Jordan se merecía un notable ese año; y, lo más importante, Jordan estaba intentando ser un buen compañero. Cuanto más pasaba el balón a sus compañeros, más parecían responder ellos, y más parecía el equipo convertirse en otro equipo distinto. Aún no había sucedido, pero estaba empezando a suceder. En los *playoffs* , vencieron a Milwaukee 3-1 en la primera ronda, y en la segunda ganaron cuatro de cinco a Philadelphia.

Eso significaba otra final de conferencia contra los Pistons, la tercera consecutiva. La primera vez, en 1988, solo ganaron un partido. El año siguiente ganaron dos. Aquel año, esperaban estar listos. Los Pistons ganaron el primer partido, sin embargo, y a mitad del segundo partido, con los Bulls quince puntos por debajo, Jordan echó a sus compañeros una bronca por su falta de dureza. Aunque perdieron también aquel partido, en la segunda mitad cerraron ligeramente la brecha y después ganaron los dos partidos siguientes en Chicago. Jackson creía que su equipo tenía el talento y le faltaba solo la confianza y la experiencia para vencer a aquel nivel. También creía que los Bulls eran especialmente vulnerables a los Pistons a causa del espíritu de guerrero solitario de Jordan, porque Chuck Daly había puesto el cebo perfecto, con su defensa «Reglas Jordan», para alguien tan competitivo como Michael. En efecto, lo que Daly había preparado para Jordan era el reto supremo: Nos tienes que vencer tú mismo, y nos tienes que vencer físicamente. Jordan tendía a responder al reto de la manera más predecible, penetrando directo en la defensa, jugando de manera

asombrosa contra los Pistons, pero jugando de acuerdo con el guion que le había escrito Chuck Daly. Jackson quería que su equipo y su estrella jugaran un juego más inteligente, que sacaran todo el partido posible al hecho de ser más rápidos que los Pistons, que burlaran la fuerza de la defensa de Detroit (de sus pívots, solo Rodman era realmente tan rápido como los mejores jugadores del Chicago) y luego utilizaran su velocidad para pasar la pelota y anotar buenos tantos.

Hubo cierta adaptación a esta idea, y los Bulls ganaron el tercero y el cuarto partido. En el quinto partido, en el Auburn Hills , los Pistons volvieron a vapulear a los Bulls, pero los Bulls, jugando de nuevo en Chicago, ganaron cómodamente el partido número seis. Eso implicaba un séptimo partido de nuevo en un Detroit residencial, un lugar donde los Bulls nunca habían ganado un partido de *playoffs* . Eso era un desastre. Paxson tenía el tobillo mal. Y aún peor era la condición en que se hallaba Scottie Pippen. Un año antes, había salido de la cancha en el sexto partido tras recibir un codazo en un lado de la cabeza por parte de Bill Laimbeer, tan violento que sufrió una conmoción en el primer minuto de juego. Esta vez, justo antes del mayor partido de la vida de todos ellos, Pippen sufrió una migraña. Con el juego a punto de empezar, apenas era capaz de ver. Tomó una aspirina, pero esta solo pareció empeorarle el dolor de cabeza. Le dijo a Mark Pfeil, el preparador físico, que tenía serios problemas con la visión. «¿Puedes jugar?», le preguntó Pfeil.

Pippen estaba a punto de decir que no, pero Jordan respondió por él: «Por supuesto que sí, hostias, claro que puede jugar». Pfeil le puso a Pippen una bolsa con hielo en la cabeza, y Pippen intentó jugar, pero en todo momento estaba como fuera del partido. Encestó uno de diez. Más tarde dijo que apenas distinguía la diferencia entre los uniformes de sus compañeros y los de los Pistons. El partido acabó en una paliza de diecinueve puntos. La derrota fue un golpe aplastante para los Bulls, y en especial para Michael Jordan.

Después del partido, Jordan estaba casi inconsolable. Al atravesar el aparcamiento de camino al autobús, Jack McCloskey lo vio. McCloskey estaba de pie cerca de la entrada y se excusó ante su mujer diciéndole que tenía que ir a intentar ayudar a aquel joven excepcional. «Señor McCloskey», le preguntó Jordan, «¿cree que vamos a superar alguna vez a los Pistons? ¿Ganaremos algún día?».

«Michael», respondió McCloskey, «tu tiempo se acerca, y llegará muy pronto».

Jordan subió al autobús y se sentó en la parte de atrás, solo con su padre, en el abismo de su propia oscuridad. Fue seguramente el momento más bajo de toda

su trayectoria profesional. Aquel día lloró en la parte de atrás del autobús. Los Bulls habían fracasado por tercera vez contra su némesis. De nuevo, dudó de sus compañeros de equipo, en especial de Pippen. Jordan no estaba interesado en la causa de la migraña de Pippen, en su autenticidad, en si había sido provocada por el nerviosismo o por otra cosa. Para él, lo que importaba era que Pippen había vuelto a fallar en el momento crítico, y la cuestión sobre él (su dureza mental, no su talento) quedaba sin resolver.

Aquella decepción parecía ocultar el hecho de que los Bulls estaban en ascenso, de que habían ganado cincuenta y cinco partidos en la temporada regular y de que en las finales de conferencia se acercaban más cada año, pasando de una victoria el primer año, a dos, y ahora a tres. La diferencia entre los Bulls y los Pistons era pequeña, y estaba claro que los jugadores más jóvenes de los Bulls tenían más talento y eran más completos que los de los Pistons. Michael Jordan, que andaba por los veintiocho, estaba llegando a sus años álgidos, en los que su asombrosa capacidad física se combinaba con un conocimiento más astuto del juego profesional. Pippen y Grant también estaban en ascenso. Los Pistons, por contra, ya habían dejado atrás su mejor momento, aunque pocos se daban cuenta, tal vez solo los entrenadores y uno o dos de sus jugadores.

20

Chicago, 1990-1991

Ganar en la NBA muy a menudo depende de cualidades más psicológicas que físicas. Los entrenadores veteranos y los jugadores saben que el margen de diferencia viene principalmente de una mayor dureza mental. Los jugadores de calidad en los grandes equipos saben ganar, saben terminar un partido, saben apartar la mente de la hostilidad con que la multitud los recibe en la cancha del rival. Se habla de la habilidad que tienen los grandes equipos para doblegar la voluntad de otros equipos menores. Si estas frases le suenan al mundo exterior a tópicos, dentro de la liga han alcanzado la categoría de evangelio. En una temporada tan larga como la de la NBA, donde los partidos van seguidos uno tras otro, donde la fatiga mental es a menudo mayor que la fatiga física, lo que diferencia a los grandes jugadores es la capacidad, en los tristes días de febrero, en una cancha hostil, cuando a uno le duele el cuerpo, de cuán importante es un partido contra un equipo menor y salir bien preparado. La grandeza en la NBA no solo requiere mucha destreza, sino que exige la capacidad de salir a jugar duro una noche tras otra, y la capacidad de inspirar a los compañeros para que hagan lo mismo. Eso era lo que distinguía a jugadores como Bird, Johnson y Thomas, no solo su voluntad de hierro, sino el efecto que provocaban en sus compañeros de equipo. En 1990, los Bulls y los Pistons parecían bastante igualados; de hecho, en términos de puro talento, los Bulls parecían más bien superiores. Pero hasta entonces los Pistons superaban a los Bulls porque lograban el dominio dentro de la cabeza de los jugadores del equipo de Chicago.

Lo último que quería un equipo campeón era dar la más leve sensación de vulnerabilidad a un contrincante, especialmente a un equipo que pensaba que su suerte iba en ascenso. Y por eso los asuntos de dureza mental eran fundamentales: ¿Era uno lo bastante fuerte mentalmente como para dejar al descubierto la debilidad de un equipo rival y convencer a ese equipo de su propia

debilidad antes de que ese equipo dejara al descubierto la propia? ¿Quién llevaba y quién se dejaba llevar en aquel baile? Si tu magia funcionaba a menudo, como había funcionado la del equipo de Detroit en sus encuentros cara a cara con Chicago, se creaba entre los jugadores una sensación de invencibilidad, y entre tus oponentes una sensación de derrota. Pero mostrar un atisbo de vulnerabilidad, aunque fuera momentánea, en especial ante un equipo que iba en ascenso, era como dejar sangre en el agua cuando uno está rodeado de tiburones.

Los Pistons se habían encontrado en la misma situación contra los Celtics los años en que el trío Bird-McHale-Parish estaba en la cúspide. La apurada derrota de los Pistons a manos de los Celtics en las finales de conferencia de 1987 fue lo que realmente terminó con el dominio psicológico que los Celtics tuvieron un tiempo sobre ellos. Del mismo modo, las cenizas de la derrota de Chicago contenían las semillas del futuro triunfo. Si algunos de los jugadores de Chicago dejaron la final de conferencia de 1990 amargamente decepcionados, convencidos de que el embrujo del equipo de Detroit había vuelto a funcionar, los entrenadores no eran tan pesimistas. No solo los Bulls habían vuelto a estrechar la diferencia con el equipo de Detroit, sino que lo habían hecho mucho mejor contra ellos que ningún campeón de la Conferencia Oeste lo hubiera hecho en la final. Los Lakers fueron barridos en cuatro partidos por los Pistons, y los Trail Blazers ganaron un partido y después perdieron tres seguidos en casa. Lo que eso quería decir era que, en aquel momento, la auténtica final de la NBA era la de la Conferencia Este, y que los Bulls eran un equipo mucho más duro cualquiera de la Oeste.

Aquello era prometedor. Si los Bulls podían ganar a los Pistons, el campeonato sería suyo, y podría, debido a su juventud, seguir siendo suyo por algún tiempo. Phil Jackson y sus ayudantes pensaban que los Bulls se estaban acercando al objetivo, y que lo hacían muy deprisa. Solo era cuestión de ver cómo se daba aquel último pasito. Lo que los Bulls tenían que aprender era a dejar de derrotarse por sí solos. Para ello, tenían que creer en sí mismos. Tendrían que hacerse más duros, física y mentalmente, y tendrían que evitar que los Pistons marcaran el tono y el ritmo del partido. Necesitaban aprender a ganar en el Palace, el nuevo y bonito estadio de Auburn Hills que había abierto en otoño de 1988 y donde los Pistons jugaban sus encuentros en casa. Los Bulls habían ganado solo un partido allí desde su inauguración.

El primer paso era formarse físicamente. Nadie pensaba que los Pistons tuvieran más talento que los Bulls, ni que fueran más listos. Pero eran más duros, eso estaba claro. La primera señal de que los jugadores sabían eso tan bien como

los entrenadores llegó el día después de la última derrota en Auburn Hills. El partido había sido un domingo, y ese lunes los entrenadores se reunieron en las oficinas del Multi-plex, que era donde entrenaban por entonces, para analizar la temporada. Al salir de la reunión, miraron al otro lado de la cancha y vieron a Grant y Pippen haciendo pesas. Estaba claro que ya había empezado la temporada 1990-1991. No hacía falta ser un genio para saber que, si cada jugador del Chicago se desarrollaba físicamente, era probable que saliera a la cancha con mayor confianza para luchar contra un equipo cuyos jugadores se las daban de matones. De pronto, ese verano, todos los Bulls estaban haciendo ejercicio. Nadie se lo exigió, sencillamente se pusieron a ello. El cuarto fin de semana de julio, uno de los entrenadores se dejó caer por el centro de entrenamiento, y vio a casi todo el equipo ejercitándose, haciendo pesas. Estaba claro que el efecto depresivo de la última derrota frente al equipo de Detroit se había esfumado. Lo que quedaba allí era la sensación de lo cerca que habían quedado, y con eso la idea de una posible victoria en el campeonato. Los jugadores, obviamente, se morían de ganas de que comenzara la siguiente temporada.

Michael Jordan había empezado a hacer ejercicio seriamente el año anterior. Después de la derrota de 1990 ante los Pistons, les comentó a los periodistas que estaba harto de recibir el castigo físico que repartían los Pistons, y mencionó su decisión de desarrollar su cuerpo. Un joven preparador físico de Chicago, llamado Tim Grover, había leído el artículo. Grover había jugado al baloncesto en la Universidad de Illinois-Chicago, y aunque solo medía un metro setenta y cinco, era un baloncestista completamente desarrollado y un apasionado de la forma física. Sus padres trabajaban los dos en el Northwestern Memorial Hospital (su madre era enfermera, su padre dirigía uno de los laboratorios), y esperaban que fuera a una facultad de Medicina después de su graduación. Pero él se había enamorado del mundo del deporte, y decidió convertirse en preparador físico, que estaba empezando a ser un campo boyante, dada la creciente obsesión estadounidense con la forma física. Grover realizó cursos de fisiología, dentro de un programa de máster, con el propósito de convertirse en fisioterapeuta deportivo. Cuando le llegó el momento de hacer el trabajo final de máster, su tema elegido fue la creación de un programa de fortalecimiento para jugadores de baloncesto: cómo hacerlos más fuertes y más inmunes a las lesiones sin convertirlos en una montaña de músculos y sin ralentizarlos.

Como parte de sus estudios, había trabajado con programas de instituto de la zona. En uno de los institutos, consiguió permiso del entrenador para crear un

programa de entrenamiento modesto en el que pudiera experimentar con conceptos relativamente elementales de la forma física. En otro instituto, no puso en marcha ningún programa, sino que se limitó a monitorizar el progreso del equipo. La diferencia entre los dos programas fue impresionante. En el instituto en el que usó sus ideas, el número de lesiones descendió espectacularmente, y los jugadores jugaron muy bien el final de los partidos; en el otro instituto, el número de lesiones fue mayor, y el equipo jugó deficientemente al final de los partidos. Se trataba, de eso estaba seguro, de una valiosa, si bien primaria, confirmación de muchas de sus ideas.

Recibió su título en 1986, y tres años después estaba trabajando como entrenador en un gimnasio local cuando leyó sobre el dilema de Michael. Se dio cuenta de que podía serle de mucha utilidad. Lo que Jordan quería era ayuda en el área en que Tim Grover había estado pensando durante seis o siete años. Era una perspectiva muy tentadora, la posibilidad de emplear sus habilidades y su pasión para la mejora física en el mejor jugador, un jugador que era capaz de hacer todas las cosas que a Grover le hubiera encantado hacer de haber tenido el tamaño y el talento de Jordan. Grover llamó al doctor John Hefferon, que era el médico de los Bulls y estaba asociado al hospital en que trabajaban sus padres, y además era un poco amigo de la familia. Hefferon empezó a reírse de inmediato. «¿Por qué te ríes?», le preguntó Grover. «Porque Michael y yo llevamos meses hablando de esto», dijo, «y tu nombre ha salido varias veces. Justo acabo de decirle que vosotros dos deberíais conoceros».

Grover conoció primero a Mark Pfeil, el preparador físico. Le explicó su filosofía, cómo trabajaría en desarrollar la parte superior del cuerpo sin sacrificar la velocidad ni la elasticidad de la parte inferior, haciendo de ese modo a Jordan más fuerte pero no más lento. Además, según le dijo, se concentraría en fortalecer las zonas donde los jugadores de baloncesto eran tradicionalmente vulnerables a las lesiones. Pfeil, que conocía los puntos débiles propensos a lesiones provocadas por las exigentes temporadas del baloncesto profesional, se quedó impresionado. Al final de su entrevista le dijo: «Me parece interesante lo que dices, y sé que también se lo parece a John Hefferon. Creo que deberías conocer a Michael».

Después del entrenamiento de aquel día, Grover conoció a Jordan, y lo único que Jordan dijo fue: «Eres más joven que yo… Nunca había trabajado con nadie que fuera más joven que yo».

Grover le dijo a Jordan que no le podía convertir en un jugador mejor, pero que podía hacerle más fuerte, y lo que era igual de importante, podía casi seguro

alargar su trayectoria profesional. Eso no era un incentivo pequeño, ya que Jordan era consciente de que los jugadores como Julius Erving habían empezado a entrenar con pesas solo muy al final de su carrera. Sin embargo, Grover estaba sugiriendo que cuanto antes empezara, mejor. Eso parecía sensato. Grover también le dijo que pensaba que había una manera correcta y otra incorrecta de hacerlo, y que, en vez de intentar hacer mucho demasiado pronto, deberían intentar hacerlo durante varios años, añadiendo un poco de peso y fuerza cada año, y de ese modo la nueva fuerza se iría incorporando poco a poco al cuerpo, y no sobrecargándolo de una vez. Jordan había entrado en la liga con unos 84 kilos, y cuando conoció a Grover estaba cerca de los 88. Los dos hablaron de cuál podía ser el peso ideal para él, y Jordan pensaba que serían 98 kilos, que resultó una estimación muy acertada. Grover estimaba que le llevaría seguramente unos tres o cuatro años alcanzar el peso óptimo. Un poco más de dos kilos al año era seguramente el incremento ideal, porque de ese modo el cuerpo podía adaptarse, añadir músculo y mantener sin embargo el nivel de destreza. «Si intentamos desarrollarte más rápido, tu juego sufrirá y perderás algunas facultades», le dijo.

Grover también advirtió a Jordan de que, si aceptaba el programa, los primeros meses serían, si no dolorosos, sí algo desconcertantes, porque el nuevo programa empeoraría su lanzamiento. El baloncesto, le dijo, era un deporte basado en la memoria muscular, y el programa iba a interferir en esa memoria. «Perderás sincronización, y te fallará el tiro en suspensión, y te cabrearás… Tendrás que confiar en mí cuando te diga que terminarás recuperándolos». Al oír aquello Michael Jordan se rio, muy seguro de que su lanzamiento, que siempre había sido tan certero, no lo abandonaría solo porque estuviera haciendo ejercicio. Dijo que probaría el régimen de Grover durante treinta días, y le dio a Grover diez días para conseguir el equipamiento que necesitara para empezar. Grover le preguntó cuál era su presupuesto para equipamiento, y Jordan le dijo que lo que necesitara. Después, Grover pensó que había varios motivos para que Jordan quisiera trabajar con él en vez de con Al Vermeil: Jordan quería total privacidad, y quería a alguien absolutamente comprometido con él y leal solo a él, no a la dirección de los Bulls, lo cual le hacía recelar un poco de Vermeil, quien, independientemente de sus virtudes, trabajaba para Krause.

Empezaron con el programa. La advertencia de Grover resultó profética. Durante un tiempo, el juego de Jordan pareció desintegrarse: su tiro en suspensión desapareció y también su lanzamiento. Pero eso solo sirvió para dar más credibilidad a Grover: lo que había predicho, se estaba cumpliendo.

Jordan y Grover trabajaron no solo desarrollando la parte superior del cuerpo sino también fortaleciendo las partes más vulnerables de un jugador de baloncesto: los tobillos, las muñecas, los hombros, las rodillas y las caderas. Ese era el trabajo realmente monótono, pensaba Grover, y la mayoría de los jugadores de baloncesto de primer nivel lo despreciaban porque no ofrecía una recompensa evidente. No hacía el cuerpo más esbelto, ni daba un aspecto más potente. Lo que daba era una mejor inmunidad parcial a ciertas lesiones incapacitantes. Lo que más impresionaba a Grover era que Jordan era un alumno tan aplicado que ardía de ganas de cumplir también con el trabajo tedioso. Estaba, por ejemplo, el problema de los tirones en las ingles. A causa de la manera en que los jugadores de baloncesto mueven los pies en defensa, un movimiento lateral constante, son especialmente susceptibles a los tirones en las ingles, y para Jordan eso había sido en el pasado un problema agobiante. Grover hizo algunas pruebas, y descubrió que los músculos en el interior de las piernas de Jordan eran mucho más fuertes que los músculos del exterior. Ese desequilibrio seguramente causaba algunos de esos tirones. Trabajaron en una serie de ejercicios diseñados para equilibrar los músculos y así reducir el número de tirones.

No todo el mundo pensaba que el programa de fortalecimiento de la musculatura y de peso fuera una buena idea. Howard White, el amigo íntimo de Jordan, pensaba que era un error. «Tú eres un pura sangre», le advirtió, «así que ¿por qué quieres cagarla? Podrías perder parte de tu velocidad».

Pero Jordan se mostró firme: «Howard, tú no eres el único al que zurran. Esos tíos me dan de lo lindo. Tengo que hacerme más fuerte».

Era un buen alumno que trabajaba con un buen preparador físico. Lo más evidente de Jordan, pensaba Grover, era que estaba deseando pagar el precio de lo que ambicionaba. No solo era un gran jugador en los entrenamientos, sino que normalmente era fiel a los ejercicios. No hacía trampas. Al principio, programaron los ejercicios después del entrenamiento, pero Jordan se implicaba hasta tal punto en el entrenamiento que estaba después demasiado cansado para hacerlos adecuadamente, así que trasladaron la sesión a las mañanas. Al final, se conoció a aquellas sesiones como el Club del Desayuno. Hacia finales de la década de los noventa, Ron Harper y Scottie Pippen ejercitaban con Jordan en el gimnasio de su casa cada mañana cuando el equipo estaba en Chicago, y después tomaban un desayuno preparado por un cocinero de acuerdo con las indicaciones de Grover. Grover alternaba las sesiones: un día la parte superior del cuerpo, al siguiente la parte inferior. Según habían acordado, no hablaría con los medios

porque Michael Jordan no quería que nadie supiera lo que estaba haciendo. Él iniciaba modas, y sabía que otros jugadores lo imitaban, ya fuera en su corte de pelo o en la longitud de los pantalones, y no veía ninguna ventaja en coger algo que ahora veía como una clara ventaja y anunciarlo a bombo y platillo para beneficio de los jugadores a los que quería destrozar.

Las ventajas a largo plazo del entrenamiento de Grover no se conocieron hasta mucho después, después de que Jordan dejara el baloncesto, jugara al béisbol, volviera al baloncesto y prolongara su vida profesional en un excepcional nivel de excelencia bien entrado en sus treinta y tantos, una edad a la que la mayor parte de los jugadores de baloncesto, salvo los pívots, que pueden alargarlo un poco porque no necesitan poner tanto esfuerzo, se encuentran en considerable decadencia. En las siete temporadas completas que Jordan jugó teniendo a Grover como preparador físico, solo faltó a seis partidos. En las tres temporadas completas que jugó tras su regreso, procedente del béisbol, no faltó a un solo partido.

Las señales inmediatas del éxito del programa de Grover eran evidentes. Jordan era más grande y más potente, y sus hombros y brazos así lo reflejaban. «Me estás costando un montón de dinero», le decía a Grover todos los años. Grover hacía como que se ponía serio y le preguntaba por qué. «Porque no paro de tirar ropa; la que tenía ya no me vale». Hacia el final del primer año, estaba claro que su cuerpo era mucho más fuerte. Uno de los primeros indicios fue que Jordan culminaba con mucha más fuerza sus entradas a canasta. En el pasado, cuando botaba hacia canasta, si recibía un golpe a menudo interrumpía la jugada porque el jugador que lo golpeaba era demasiado grande. Ahora él podía botar hacia canasta, recibir un golpe, sobreponerse a él, y reunir la fuerza necesaria para terminar la jugada encestando.

Ahora, cuando jugaba contra equipos que deliberadamente lo habían intimidado en el pasado, él era la mayor parte de las veces el que daba, y los bases defensores los que recibían. Era un cambio memorable de papeles. Y no era solo Jordan el que se hacía más grande y más fuerte. Grant y Pippen también habían ejercitado duro, y también se estaban volviendo más fuertes y comprometidos. Durante la final de la Conferencia Este de 1990, cuando los Bulls iban dos partidos por debajo, Jordan los veía a los dos jugueteando por ahí en los entrenamientos, pasándoselo bien. Y se ponía furioso, porque le parecía que no se tomaban la cosa en serio. Eso ya no era así. Pippen se hizo adulto en la temporada de 1990-1991. La temporada anterior había jugado en el *All-Star* por primera vez, y ahora la fuerza engendraba la victoria, la victoria engendraba la

confianza, y la confianza engendraba más victoria. En la NBA, esas cosas pasaban por sí solas. Pippen tenía su gran año, con una media de dieciocho tantos, siete rebotes y seis asistencias por partido mientras se convertía en un brillante defensor.

Viendo al Chicago de aquel año, Chuck Daly sabía que el tiempo iba en contra de su propio equipo, que los Bulls seguramente los habían alcanzado, más que nada por la mejora de Pippen. La madurez de Pippen era una doble bendición, pues a medida que destacaba como un gran jugador por pleno derecho, iba afectando a Jordan, convirtiéndolo en un jugador de equipo. Se iban sintiendo más cómodos con el ataque de Tex Winter, que les permitía a los dos mover la pelota y botar a canasta de manera fulminante. Sería muy difícil para los Pistons envolver a Jordan en una red tal como lo hacían antes. Y el equipo de Daly ya no estaba en ascenso. Habían perdido una pieza fundamental cuando Minnesota se llevó a Rick Mahorn un año antes. Sin él, no resultaban tan duros ni intimidaban tanto. Varias veces oyeron quejarse a Laimbeer aquella temporada de que las ganas ya no estaban allí, de que aquello que en el pasado lo impulsaba ya había desaparecido.

Lo sorprendente de aquella temporada era lo rápido que había cambiado todo. Los Bulls estaban jugando bien antes de la pausa del *All-Star* , ganando fuera dos de cada tres partidos. Ganaron en Sacramento, después fueron a Detroit a jugar contra los Pistons en Auburn Hills en el último partido antes de la pausa del *All-Star* . Habían perdido allí doce de sus anteriores trece partidos. Si había una ocasión ideal para ganar, pensaba Jackson, era aquella. Su equipo iba 31-14, todas las piezas estaban allí, y lo maravilloso era que Isiah Thomas no jugaría debido a una lesión de muñeca. Los Pistons eran muy conscientes de la importancia del partido. Antes de que se celebrara, Chuck Daly les había hablado de la importancia que tenía dado que podría decidir la ventaja de jugar en casa en los *playoffs* . John Salley, de los Pistons, uno de los jugadores más clarividentes en la liga, les dijo sin rodeos a los periodistas de Chicago: «Tienen el mismo síndrome que teníamos nosotros contra Boston: la íntima sensación de que cada vez que íbamos allí, perdíamos. Pero un día nos dimos cuenta de que no eran más que personas normales, como los demás. Así es como se debe sentir Chicago cuando vienen a Detroit y juegan contra nosotros».

Aun así, fue un partido muy duro. Bill Cartwright fue expulsado en el tercer cuarto: había habido un pequeño encontronazo con Laimbeer, y este se había desplomado al instante. El árbitro pitó falta de Cartwright, este protestó y salió expulsado inmediatamente. En el último cuarto, la naturaleza física del juego

aumentó. Durante un tiempo muerto, los entrenadores de Chicago se temían que Horace Grant estuviera decayendo bajo el asalto de Detroit: había comenzado a volverse hacia los árbitros cuando los Pistons lo golpeaban, mirándolos como si les pidiera ayuda. Jimmy Cleamons pensaba que aquella era una señal segura de derrota. Como los otros entrenadores, Cleamons sabía muy bien cómo lo verían los árbitros: como un llorica. En ese nivel, jugando en campo enemigo contra los que defendían el campeonato, Cleamons sabía que había que demostrarles a los árbitros que eras lo bastante duro para ser campeón tú también. Si querías la corona, tenías que jugar duro y no mirar a los árbitros, porque no te la iban a regalar. Cuanto más les pidieras que pitaran, menos caso te harían. El mundo no es justo: los campeones no piden que piten falta, los campeones consiguen que la piten. Durante el siguiente tiempo muerto, Cleamons le dijo a Grant: «¡Limítate a jugar! ¡No te andes quejando!».

Cuando quedaban unos cuatro minutos de partido, los Pistons iban cinco puntos por delante, lo cual, dada la naturaleza de su defensa, era una ventaja considerable, y más jugando en casa. En el pasado, los Pistons casi siempre cerraban los partidos mejor que los Bulls, y habían llegado a aquel momento en que con mucha frecuencia los Bulls se doblegaban. Pero Pippen hizo un tiro en suspensión, y después Jordan anotó a partir de un rebote ofensivo de Grant. El caso es que en los últimos dos minutos los Bulls sacaron las faltas. En las bandas, Chuck Daly chillaba a los árbitros, rogando que, si no tenía razón, al menos estaban jugando en casa, y tenían derecho a sacar las faltas. Los Bulls ganaron 95-93. Johnny Bach, que siempre había hablado del equipo de Detroit como la cruz del de Chicago, estaba exultante después del partido. La cruz había caído por fin, dijo. Nos hemos quitado ese muerto de encima, dijo Jackson en una entrevista después del partido. Ya se tratara de una cruz o de un muerto, el caso es que ya se lo habían quitado de encima.

Con ese triunfo, los Bulls iniciaron una racha victoriosa. Después del *All-Star* , ganaron nueve partidos seguidos, perdieron uno contra Indiana, y después ganaron otros nueve. Cuando terminaron esas rachas, iban 50-15, una marca increíble. La temporada previa, los Pistons habían ganado cincuenta y nueve partidos, pero aquel año cayeron a cincuenta; por contra, los Bulls habían ganado cincuenta y cinco partidos el año anterior, pero aquella temporada ganarían sesenta y uno, el récord del equipo. Aquello era una mejora de quince partidos. Las curvas orbitales se habían cruzado por fin.

En los *playoffs* , los Bulls siguieron su racha: barrieron a los Knicks 3-0 en la primera ronda y en la segunda ronda sacaron cuatro de cinco frente a los 76ers.

Habían conseguido lo que más querían, una ronda de desempate contra los Pistons, pero con la ventaja de empezar jugando en casa.

Los Pistons que habían llegado a Chicago para la final de la Conferencia Este de 1991 seguían ladrando, pero habían perdido parte de su fuerza al morder. Eso valía también respecto a su influencia con los árbitros. Phil Jackson había mandado a la oficina de la liga una cinta cuidadosamente editada de los golpes bajos que los Pistons habían propinado a los Bulls en el pasado, y no había duda de que provocaría una reacción positiva: la liga no estaba encantada con la imagen de los Chicos Malos, ni con lo que implicaba el hecho de que la fuerza bruta se convirtiera en algo más importante que la habilidad en un juego cuyo fundamento y gancho comercial era la destreza de sus jugadores. Así que los Pistons seguían provocando, pero ya no intimidaban, y menos sin Mahorn. De hecho, los Bulls entraron muy fuerte en los primeros lanzamientos, como con el codazo al pecho que le soltó Jordan a Joe Dumars a modo de bienvenida en el primer partido. En aquel partido, fue Jordan quien se peleó a gritos contra Rodman, esperando, creían sus entrenadores, dar mayor confianza a sus compañeros. En cierto momento, Jordan, defendido por John Salley, sostenía la pelota, amenazando con botar hacia canasta. Salley, cuyo apodo era Araña, le gritó: «¡No te acercarás a la telaraña!». Entonces Jordan avanzó, cambió su dirección en el último segundo, y lanzó la pelota a canasta. «¡Chúpate esa, cabrón!», le gritó a Salley. Y entonces Salley se dio cuenta de que la antigua magia de los Pistons había desaparecido. En el último cuarto, los Pistons estaban cansados, y los Bulls ganaron.

En el segundo partido, los Bulls parecían dominar aún más. Jackson hizo que Pippen subiera la pelota: era suave manejando el balón, tan rápido como cualquier base más pequeño, y si los Pistons lo retaban, se arriesgaban a tener problemas de emparejamiento en la parte alta de la cancha. Los Pistons parecían incapaces de aplicar presión a los Bulls, que ahora sacaban las faltas e iban a la línea de tiros libres mucho más que Detroit. Chicago ganó el segundo partido con comodidad. Pero los Bulls todavía tenían que ganar en Auburn Hills en los *playoffs* . En el tercer partido, los Bulls sacaron mucha ventaja en varios momentos (dieciséis puntos en cierto momento del tercer cuarto), pero los Pistons acortaron la distancia a ocho en el último cuarto. Detroit hizo su último esfuerzo, acercándose hasta los cinco puntos de distancia cuando quedaban 2 minutos y 30 segundos. Durante la siguiente posesión de los Bulls, los Pistons robaron la pelota. Vinnie Johnson botó hacia canasta. Jordan lo persiguió, acercándose rápidamente. Johnson miró por encima del hombro, sintiendo cómo

se aproximaba Michael, y en el último segundo se ralentizó para dejar que Jordan lo adelantara. De algún modo Jordan anticipó el movimiento e hizo un bello ajuste, obligando a Johnson a lanzar un tiro débil y desequilibrado, que Jordan reboteó. El repunte de los Pistons hizo aguas; los Bulls ganaron. Estaban tres partidos a cero.

A los Pistons les quedaba poco para el cuarto partido. Laimbeer le propinó un golpe bajo a Paxson cuando este botaba hacia canasta, y Paxson enseguida le respondió, hizo tres tiros libres, y luego tres tiros en suspensión seguidos. En el segundo cuarto, Rodman le propinó un golpe con mala idea a Pippen en un ataque, empujándolo tan fuerte fuera de banda que podría haber sufrido una lesión de las que acaban con la trayectoria profesional de un jugador. Sufrió un tajo en la barbilla que necesitó seis puntos para cerrarse. Como escribió después Sam Smith, Rodman (que en su subsiguiente encarnación como provocador en los medios emergería como travesti y frecuentador de bares gais) siguió gritando a los árbitros: «Pues vaya, pienso volver a hacerlo. No queremos maricones aquí, y él es un maricón… Aquí no queremos esa mierda porculera». Pippen siguió jugando. Como señal de su nueva dureza, los Bulls se pusieron a hablar del mismo modo.

Los Bulls ganaron con comodidad. Habían barrido a los Pistons: los demonios habían sido exorcizados. Siguiendo a Isiah Thomas, los Pistons salieron de la cancha en los últimos segundos sin estrecharles la mano a los Bulls. Por lo visto había habido discusión al respecto. Había sido idea de Isiah, y la mayoría de los otros jugadores se mostraron de acuerdo. Originalmente, Isiah iba a coger el micrófono para dar las gracias a los aficionados de Detroit por su lealtad, pero Daly, horrorizado, le había rogado que no lo hiciera y había logrado quitárselo de la cabeza, diciéndole que si lo hacían nunca se olvidarían de su comportamiento. Así que lo que ocurrió fue una especie de acuerdo intermedio: salieron de la cancha sin usar el micrófono para dirigirse al público, pero también sin mostrar el tradicional respeto a los ganadores. Más que ninguna otra cosa, aquella escena es lo que muchos aficionados fuera de Detroit recordarían de los Chicos Malos.

21

Chicago; Los Ángeles, 1991

Tras derrotar al equipo de Detroit en las finales del Este, los Bulls compitieron con los Los Angeles Lakers en su primera oportunidad de ganar el campeonato.

Era la novena participación de los Lakers en la final en la época de Magic Johnson, que había dado comienzo en 1980, once años antes. Ni Kareem Abdul-Jabbar ni Michael Cooper estaban ya en el equipo, y sin duda alguna aquellos años debían de ser el ocaso de la carrera de Johnson, pero él seguía siendo un jugador magnífico dentro de un equipo potente. Si había alguna flaqueza en su juego en la cancha, todavía estaba por explotar por parte de los equipos contrarios. Johnson todavía tenía un elenco estelar, que incluía a James Worthy, Sam Perkins, A. C. Green, Mychal Thompson, Byron Scott y Vlade Divac. Aquel año, entrenados por Mike Dunleavy, los Lakers ganaron cincuenta y ocho partidos. Parte de la antigua brillantez y complejidad de los primeros años de Johnson había desaparecido, y los Lakers empleaban ahora un ataque más deliberado, diseñado principalmente para conservar la energía, pero seguía siendo un equipo formidable, y sus jugadores estaban acostumbrados a todo el bombo mediático y el jaleo que acompañaba las finales de la NBA, a diferencia de los Bulls, salvo, por supuesto, Michael Jordan, que se las veía con ese tipo de presión mediática cada día de su vida. Aquel enfrentamiento representaba exactamente lo que siempre habían deseado los ejecutivos de la NBA y la NBC: los jóvenes y tiernos aventureros de Chicago contra los expertos profesionales de Los Ángeles; y la superestrella establecida contra la superestrella ascendente, a la que gran parte del país quería ver en las finales.

En cierto sentido, era una batalla de dos grandes sonrisas. Magic Johnson tenía una sonrisa esplendorosa, que parecía una parte más permanente de su semblante que la de Michael Jordan. La sonrisa de Jordan era más controlada, como correspondía a su carácter. Tal vez fuera más intensa, pero la exhibía con

moderación, solo en ocasiones especiales como la ceremonia de entrega del premio de un campeonato, y las sesiones de fotos de sus diversos patrocinadores comerciales. Ese racionamiento selectivo hacía aquella sonrisa más efectiva ante el público: el rostro feroz del guerrero desaparecía de repente, reemplazado al final del partido por una sonrisa que reflejaba el luminoso placer de la victoria. La sonrisa de Johnson era mucho más que su firma en la cancha; él parecía sacar una constante alegría del puro placer de jugar, y al verla era fácil olvidar lo intenso y exigente que era, lo duramente que presionaba a sus compañeros de equipo, cayéndoles encima en cuanto sentía algún desliz o descuido en su juego. «Olvídate de la sonrisa de Magic», decía su compañero de muchos años, Mychal Thompson. «Él no es así. Él es como Ali, y Ali también sonreía mucho. Pero lo que ambos querían no era ni más ni menos que destrozarte».

La final de los Lakers contra los Bulls daba a la gente del baloncesto una oportunidad de comparar a dos superestrellas muy distintas. Johnson era un líder natural en la cancha, y jugaba en la posición adecuada para ello, como base. Según la inteligente valoración de Mark Heisler, de *Los Angeles Times* , que había cubierto a ambos hombres durante mucho tiempo, Jordan no era, en cambio, un líder natural, sino un ejecutor natural. Su juego no evolucionaba naturalmente del hecho de compartir la pelota y hacer mejores a otros jugadores. Uno de los pocos hombres que los conocía muy bien a ambos era James Worthy, que en una ocasión dijo que, en todo caso, Johnson era más intenso que Jordan: «Michael es más intenso para consigo mismo, Magic es intenso para todo el mundo».

Las anécdotas de Jordan presionando a sus compañeros de equipo eran bien conocidas, en gran parte porque había trabajado mucho tiempo en circunstancias difíciles, con jugadores inferiores. No se tenía tanto la sensación de Johnson como alguien que presionara y castigara a sus compañeros de equipo, porque desde el comienzo había tenido la suerte de estar rodeado de grandes jugadores. El equipo de los Lakers en el que había entrado era como un automóvil muy bueno y muy bien fabricado al que solo le faltara una cosa: el sistema de arranque. Él era ese sistema. Ganar era para él una cosa muy seria: ganaba en el instituto; llevó a su equipo, el Michigan State, a conquistar el campeonato de la NCAA cuando tenía diecinueve años; y llevó a las finales a los Lakers, que no se habían visto en aquella situación desde 1973, durante su primer año en el equipo, ganando como novato en un momento de su vida en que, en muchos lugares de Estados Unidos, aún no tenía permitido beber alcohol.

No era un gran jugador en el uno contra uno, ni era un gran lanzador puro, y su

habilidad para saltar era bastante limitada. Pero era un apasionado de la victoria, al que le gustaba el juego en sí mismo, y su instinto en la cancha (eso de saber cuándo y dónde pasarle el balón a un compañero) prácticamente no tenía rival. Tenía una gran visión periférica, manejaba el balón de manera soberbia con sus enormes manos, y su altura, dos metros seis centímetros, no tenía precedentes en un base, lo cual significaba no solo que el defensor no podía bloquearle la visión, sino que podía causar continuos problemas en los emparejamientos. Su sentido de la cancha, su capacidad para realizar el pase adecuado en el momento adecuado a medida que se desarrollaba la jugada, era especial. Los entrenadores y los cazatalentos que en los partidos no hacían nada más que fijarse en Johnson, intentando averiguar dónde tendría su punto débil, a menudo se marchaban negando con la cabeza, creyendo que no tenía ninguno.

Como jugador de baloncesto, Magic Johnson era el prototipo de la personalidad alfa, un líder nato cuyas maneras en la cancha eran la prolongación natural de su personalidad fuera de ella. Conociéndolo, era difícil imaginar un terreno en el que, de ponerse a ello, no hubiera dominado. Hizo de los Lakers su equipo casi desde el comienzo. «Nos pareció muy bueno cuando lo elegimos en el *draft* », dijo Jerry West años después, «y pensamos que distribuiría la pelota muy bien a sus compañeros. Pero no nos podíamos imaginar que se apoderaría del equipo y ejercería su liderazgo tan rápidamente, que lo haría a mitad de su primera temporada».

Sus apodos reflejaban distintos aspectos de su personalidad. Para los aficionados en general y para la mayoría de los periodistas deportivos, él era Magic, apodo que reflejaba la magia y embrujo de su juego. Era su apodo para aquellos que no lo conocían bien, los de fuera que querían sentirse como de dentro. Para aquellos que lo conocían mejor, la élite, él era Earvin (su nombre de pila), y así era como le gustaba que lo llamaran. Sus compañeros y aquellos que estaban muy cercanos a él, los pocos elegidos, lo llamaban Buck (ciervo), un apodo que le había puesto su compañero de equipo Norm Nixon cuando llegó a Los Ángeles debido a su energía, impulso y hambre de victoria.

Con el tiempo, mientras el equipo cristalizaba y después de que Pat Riley se convirtiera en su entrenador, los Lakers se convirtieron en un equipo muy duro. Riley tenía una determinación inagotable. Era un joven de orígenes obreros que siempre había sido consciente de sus limitaciones físicas como jugador. Riley sabía que aquella era su gran oportunidad de alcanzar el éxito. Un día, con su carrera deportiva terminada, se encontraba sin trabajo, absolutamente inseguro de su futuro, cuando tuvo la suerte de encontrar un puesto marginal como

presentador ayudante de Chick Hearn, el comentarista de los Lakers, un hombre que ni quería ni necesitaba ningún ayudante. La responsabilidad principal del ayudante era decir «tienes razón, Chick» varias veces en cada partido, como comentó Mark Heisler. Luego Riley consiguió un trabajo como entrenador ayudante de los Lakers, y cuando despidieron a Paul Westhead, aquel se convirtió en su equipo, porque Jerry West no quería participar en el entrenamiento. Riley se quedó pasmado ante aquella serie de acontecimientos, pero en cuanto ganaron el primer título con él de entrenador, ya no dejó que aquella oportunidad se le escapara: estaba dispuesto a luchar por lo que merecía la pena.

El propio Riley fue siempre consciente de a quién debía la mayor parte de aquello. Un día, estaba con un grupo de amigos no relacionados con el baloncesto, y les preguntó si podían mencionar dos palabras que le distinguieran del resto del mundo. Ellos lo intentaron: ¿Sinceridad? ¿Lealtad? ¿Fortaleza? ¿Sencillez? ¿Preparación? No acertaron ni una. Al final él les dio la respuesta: «Magic Johnson».

Riley y Johnson ejercían una fuerte presión en el equipo: si Riley era el general, como señaló una vez James Worthy, Magic Johnson era el sargento instructor. El sargento instructor, añadió Worthy, sabía que su trabajo consistía en quitarle toda la presión que pudiera al general. Los entrenamientos de los Lakers eran un asunto serio. Todo estaba programado, y no se perdía nada de tiempo. El encargado de que todos cumplieran era Johnson. Era el primer jugador que llegaba cada día al entrenamiento, para aclararse primero la cabeza, sentado allí al lado de su taquilla, pensando en lo que necesitaba hacer él, y después comprobando a los demás jugadores. No quería que hubiera mucho ruido en los vestuarios, especialmente antes de los partidos. No quería que nada rompiera su concentración. No quería música (si alguien la quería, que se pusiera auriculares). La lección estaba clara: aquello era un lugar de trabajo, no un club social. Si alguien llegaba tarde al entrenamiento, era Johnson quien le decía: «Vamos a ver. ¿Está todo bien? ¿No ha pasado nada? ¿No ha muerto nadie de tu familia? ¿No has tenido un accidente con el coche viniendo hacia aquí? ¡Gracias a Dios!». El mensaje estaba claro. Era muy duro con A. C. Green porque Green no tenía buenas manos y no podía efectuar ciertos pases, y era muy duro con Vlade Divac, que llegó de Yugoslavia un poco blando para el estilo de juego americano. Cuando se dirigía a Divac, dijo un compañero de equipo, lo hacía como cuando uno le habla a un perro, un perro al que no se le tiene especial cariño. Si los Lakers perdían dos partidos seguidos, Johnson se ponía de un

humor horrible, peor incluso que Riley.

Los Lakers que emergieron en esa década fueron un gran equipo. En sus mejores momentos, solo los Celtics (en sus mejores momentos también) los igualaban. A causa de su velocidad, a causa de su capacidad para jugar un juego sutil, y a causa de que jugaba en Los Ángeles (que no era considerada una ciudad dura al modo en que se consideraba a Chicago o Detroit), se tendía a considerarlo un equipo blando. Nada podía estar más lejos de la verdad. Pat Riley no entrenaba equipos blandos, y Magic Johnson no jugaba en ellos. Los Lakers eran muy duros. Aunque Dunleavy reemplazó a Riley, los Lakers siguieron siendo un equipo muy duro. Y eran el equipo con el que Chicago se las tendría que ver en su primer campeonato. Cómo lo harían de bien contra los Bulls, esa era una fascinante pregunta.

A causa del brillante ataque de Jordan, pocos percibían que la verdadera seña de identidad del equipo era su defensa. «No sabes la suerte que tienes», le dijo a Phil Jackson un año después Don Nelson, entonces entrenador del Golden State. «Creo que sí lo sé, pero ¿a qué te refieres?», le preguntó Jackson. «A que tus dos mejores atacantes son tus dos mejores defensores», respondió Nelson. Eso era cierto, y era algo muy infrecuente. Phil Jackson no se hacía ilusiones sobre su capacidad para entrenar el ataque, pero sabía que era muy bueno entrenando la defensa. Cuando Jackson llegó al equipo en el otoño de 1989, apretó a todos sus jugadores en la concentración de pretemporada para que asimilaran la defensa en presión. Aquel primer *stage* de preparación fue brutal. Todos estaban en gran forma física y presionarían duro en el extremo defensivo, creando oportunidades en el extremo ofensivo. Ciertamente, tenían talento para ello.

Michael Jordan era un jugador defensivo muy bueno. Algunos, como Mike Dunleavy, lo consideraban el mejor defensor en su posición de todos los tiempos. Eso era parte de la singular plenitud de su juego. El mérito correspondía a Dean Smith, que sintiendo la brillantez ofensiva de Jordan y su incomparable capacidad natural, le había hecho trabajar también su defensa. Gracias a ello, se desarrolló el más excepcional de los jugadores, una brillante estrella atacante a la que también le apasionaba el crudo trabajo, agotador y a menudo olvidado, que se ejerce al otro extremo de la cancha. Muy al comienzo de su trayectoria profesional Jordan mencionó casualmente a los periodistas que anhelaba que, tanto como MVP, un día lo nombraran jugador defensivo del año. Jan Hubbard, entonces en *The Dallas Morning News* , escribió que eso era imposible, que costaba demasiada energía jugar aquel tipo de ataque y una cantidad de energía equivalente ser una estrella defensiva, y que nadie podía

tener la energía suficiente para hacer ambas cosas. Pero entonces, en la temporada 1987-1988, Jordan fue nombrado al mismo tiempo MVP y jugador defensivo del año. Hubbard escribió que se había equivocado, pero Michael, que siempre quería tener la última palabra, no le permitió a Hubbard olvidar lo que había escrito, olvidar que él había, aunque fuera momentáneamente, infravalorado a Michael Jordan, algo que iba más allá de ser un pequeño error, y se acercaba peligrosamente a la categoría de delito.

Scottie Pippen emergió esa temporada como un jugador defensivo quizás aún mejor que Jordan, o al menos más versátil. Con aquellos brazos tan infrecuentemente largos, con una envergadura que superaba la de Jordan, era capaz de jugar en la pista defensiva con el juego de piernas de un base y el alcance de un pívot. Durante aquellos años, nada le ayudaba más que jugar todos los días contra Jordan en el entrenamiento. La ecuación era simple: si Pippen podía defender contra Jordan, podría hacerlo contra cualquiera en la liga. Los dos, más Horace Grant, que tal vez fuera el alero alto más rápido del baloncesto, otorgaban a los Bulls una defensa formidable. «Los dóberman», los llamaba Johnny Bach a los tres, por lo jóvenes, rápidos y feroces que eran en defensa. Además, aunque Cartwright hubiera perdido gran parte de su juego ofensivo, era un diestro jugador defensivo posicional; era difícil para el pívot de cualquier otro equipo dominar contra Cartwright. No importaba el ritmo al que se jugara, eran un equipo muy difícil de vencer: tenían muy buena defensa, y por eso podían ganar partidos de baja puntuación, pero también eran explosivos y buenos jugando en toda la cancha, de forma que también podían ganar si la puntuación superaba con creces los cien puntos.

Mientras los dos equipos se preparaban para el encuentro, muy pocas personas sabían lo buenos que eran los Bulls. Sabían lo bueno que era Jordan, pero eso era harina de otro costal. Sí, habían barrido aquel año a los Pistons, pero solo las personas que jugaban contra los Pistons sabían lo duros que eran y lo mucho que se necesitaba para vencerlos. Por contra, la gente sabía lo buenos que eran los Lakers, o pensaban que lo sabían, porque llevaban mucho tiempo en el oficio.

Los dos primeros partidos se jugaron en Chicago. En el primero, los Bulls parecían un poco inseguros y sorprendentemente lentos en sus rotaciones defensivas. Sam Perkins anotó tres puntos al final, dando a los Lakers una victoria por dos puntos. Phil Jackson tenía la sensación de que el equipo había jugado por debajo de su nivel, de que había sufrido miedos de primerizo; confiaba en que había algunos ajustes defensivos que podrían dificultar el juego ofensivo de los Lakers. No estaba descontento. Un partido se les había ido de las

manos, pero la mayor parte de lo que veía le gustaba, y estaba seguro de que podían remontar. En el segundo partido, una temprana segunda falta a Jordan hizo que Jackson se decidiera. Pondría a Pippen a defender contra Magic, algo en lo que ya había pensado antes. Fue una idea maravillosa: Pippen era casi tan alto como Johnson pero mucho más rápido en aquella época de sus respectivas trayectorias profesionales, y Johnson no estaba acostumbrado a aquel emparejamiento. La defensa de Pippen a Johnson daba la impresión de haber desincronizado el ataque de los Lakers. Los Lakers también estaban tocados por la ausencia de James Worthy, que sufría un severo esguince de tobillo: manejaba la pelota mejor que Byron Scott, el escolta, y por eso rompía la presión mejor que él. Sin Worthy en la cancha, la presión aplicada a Johnson era más difícil de manejar. Dándose cuenta de eso, los Bulls incrementaron la presión defensiva.

Al mismo tiempo, los Bulls estaban encontrando su propio ritmo: en el tercer cuarto consiguieron diecisiete canastas de veinte para hacerse con el partido. Cuando el encuentro terminó, Jordan había encestado quince de dieciocho, Paxson ocho de ocho. Una de las quince canastas de Jordan fue de antología: botando hacia canasta con la pelota en la mano derecha, vio a Sam Perkins, su antiguo compañero de equipo de Carolina, yendo hacia él. En mitad de la escapada, se detuvo un momento, y entonces cambió la pelota a la mano izquierda y lanzó. Nadie más en el mundo del baloncesto podría haber hecho semejante tiro. Fue parte de una paliza por 107-86, y acabó con la idea de que los Bulls eran demasiado jóvenes e inexpertos para jugar contra los Lakers. En Chicago habían ganado un partido y perdido el otro. Ahora, cuando iban a Los Ángeles, Phil Jackson dijo que allí quería ganar dos de tres. «¿Y no te parece mejor ganar los tres?», le preguntó Jordan.

En el tercer partido, en Los Ángeles, Jordan hizo un tiro en suspensión a cuatro metros treinta sobre Byron Scott cuando quedaban 3,4 segundos para empatar el partido y forzar la prórroga. Los Bulls, más jóvenes y frescos, salieron a ganar, pero Jordan se había lesionado el dedo gordo del pie al caer tras el tiro del empate. El dolor fue inmediato (al principio pensó que se lo había roto) y afectaba a su capacidad de arrancar y pararse. Chip Schaefer, que era el preparador físico de los Bulls desde 1990, intentó hacerle una zapatilla especial, diseñada para dar a su pulgar una protección extra, pero cuando Jordan la probó se dio cuenta de que no le permitía hacer sus cortes normales. Justo antes del inicio del cuarto partido, se volvió hacia Schaefer y le dijo: «Prefiero el dolor». Llevaría su zapatilla habitual, y aguantaría el dolor. Lo hizo, anotando treinta y seis puntos en ese cuarto partido, la tercera victoria consecutiva de Chicago. En

la segunda mitad del partido, Magic Johnson les gritó a sus compañeros que jugaran más duro. Sam Perkins encestó solo uno de quince lanzamientos. No fue solo una paliza aplastante, 97-82, sino una paliza debida a una gran defensa. Los Bulls sencillamente cerraron el ataque de los Lakers, manteniéndolos, en su casa, en la puntuación más baja desde la introducción del reloj de posesión. Que el viejo orden estaba cambiando empezaba a quedarles claro a los Lakers. Después del tercer partido, Johnson había dicho que sería una serie larga: «Nada está decidido». Pero tras el cuarto, se le vio claramente perturbado: «Una patada en el culo al viejo estilo», dijo. «Nunca me imaginé que fuera a suceder». Lo que al principio parecía inconcebible, una victoria en los tres partidos jugados en Los Ángeles, de pronto resultaba posible.

Y los Bulls barrieron en el Forum de Los Ángeles en el quinto partido. Esta vez, sin embargo, la cosa estuvo reñida. Cuando quedaban unos seis minutos, los Lakers llevaban un punto de ventaja. Los entrenadores de Chicago se daban cuenta de que Jordan se estaba zafando del ataque del equipo e intentaba ir por libre. Eso era lo último que ellos querían, en especial porque Magic Johnson tendía a jugar en defensa zonal, dejando a Paxson libre de marca para poder esperar en la zona de defensa y parar potenciales entradas a canasta de Jordan o Pippen. Durante toda la serie, Jackson había forzado a Jordan a estar pendiente de Paxson: «Michael, ¿quién está desmarcado?», le preguntó Jackson cerca del final del quinto partido. No hubo respuesta. «Michael, ¿quién está desmarcado?», volvió a preguntar. Siguió sin haber respuesta. Y se lo preguntó por tercera vez.

«Pax», respondió finalmente Jordan.

«Entonces pásale la puta pelota», le dijo Jackson. Para los jugadores, ese fue un momento crítico en la evolución del equipo, si no en aquel partido o en aquella serie, sí de cara al futuro. (Años más tarde, cuando la división entre Jackson y Krause era absoluta, Jerry Reinsdorf lo recordó como uno de los momentos más felices de Krause. «Jerry no paraba de decir que era uno de los grandes momentos de Phil, que ningún otro entrenador podría haber forzado a Michael a hacer eso»). Los Bulls ganaron por 108-101.

Habían ganado cuatro partidos seguidos, barriendo a Los Angeles en Los Ángeles, como habían barrido a Detroit en Detroit: habían hecho 8-1 en las dos series, y habían ganado los cinco partidos que habían jugado fuera. Gran parte del mérito, descubrió la gente, estaba en la defensa: dejaron a los Lakers, que año tras año habían anotado unos 110 puntos por partido en las finales, en 90 puntos por partido de media. La antorcha había pasado realmente de bando.

Después del partido, después de ganar su primer campeonato desde que entraran en la liga siete años antes, Michael Jordan se echó a llorar. Los periodistas le preguntaron a Magic Johnson si él se había emocionado tanto cuando ganó su primer título. «No», respondió, «yo era muy joven, y no tenía ni idea de lo que costaba ganar el título de la NBA. Ahora comprendo muy bien lo que siente Michael en estos momentos, porque yo lo sentí más tarde en mi trayectoria, cuando tuve que poner mucho más esfuerzo y sudor para ganarlo».

22

Chicago, 1997-1998

Lentamente, empezando por diciembre de 1997, Scottie Pippen empezó a mejorar tanto física como psicológicamente. Ron Harper lo había cuidado como amigo y compañero. Phil Jackson había permanecido en contacto, con todo el cuidado posible, sin dar la impresión de que lo amenazaba ni de que se ponía de parte de la dirección, subrayando los peligros de la estrategia implementada por Pippen, y señalando que la verdadera víctima no sería Jerry Krause ni Jerry Reinsdorf, sino el propio Pippen y, por supuesto, sus compañeros. A finales de diciembre, Pippen cambió de opinión y decidió volver. Pero su pie había sanado muy despacio. La operación fue un éxito, pero cuando Scottie empezó a ejercitarse por sí mismo, los entrenadores y preparadores físicos de los Bulls se quedaron atónitos de ver cuánto se le habían atrofiado las piernas durante su ausencia de cuatro meses, hasta el punto de que había perdido dos tercios de su salto vertical. La recuperación sería más dura de lo que se esperaba, y pasaron semanas desde que su pie estuvo técnicamente curado hasta que se encontró listo para jugar.

Pippen se había perdido treinta y cinco partidos, solo un poquito menos de la mitad de la temporada, que constaba de ochenta y dos. Sus compañeros de equipo se habían defendido sorprendentemente bien en su ausencia: iban 24-11, y desde su punto más bajo, poco después de la explosión colérica de Pippen en Seattle, habían hecho un parcial de 16-4. Pero aquellos partidos habían resultado agotadores, sobre todo para Michael Jordan, que tenía que jugar una noche tras otra contra dos y contra tres defensas, y que se encontraba teniendo que cargar con la mayor parte del trabajo de Pippen en el ataque y en la defensa. Cualquier esperanza de que Jordan pudiera aguantar aquel ritmo en aquella temporada había desaparecido. Iba a ser una temporada que exigiría la mayor cantidad de minutos de todos los principiantes, y cuando Michael Jordan se acercaba a su

trigésimo quinto cumpleaños, estaba jugando treinta y nueve minutos por partido: treinta y nueve duros minutos.

Pippen regresó en un partido jugado en casa el 10 de enero contra Golden State. Con él en la cancha, los Bulls eran un equipo distinto. En el pasado, Chicago había sido un equipo sin un base puro; eso se había hecho a propósito, para que Jordan no tuviera que manejar la pelota demasiado mientras la acercaba a canasta, pero también para asegurarse de que tocaba la pelota lo bastante a menudo en zona de ataque. En el pasado, gran parte del manejo de la pelota recaía en Pippen, con los demás jugadores compartiendo también la responsabilidad. Pero sin Pippen, los Bulls a menudo parecían torpes y tiesos. Con él de nuevo en la cancha, eso cambiaba. Si había pocos atletas en la NBA tan artísticos como Jordan, había también pocos a los que resultara más hermoso contemplar noche tras noche que a Scottie Pippen. Hasta sus más leves movimientos estaban impregnados de elegancia y fluidez. Su gracia, su facilidad para dirigir, su manejo del tiempo casi perfecto posesión tras posesión, obviamente afectaba a sus compañeros de equipo. Ahora, con Pippen manejando otra vez la pelota, el ataque de los Bulls parecía completamente distinto, fluido y cómodo. Con Pippen en la cancha, los jugadores sabían en todo momento dónde tenían que estar, como si sus movimientos estuvieran ordenados de antemano por un habilidoso relojero.

Los Bulls inmediatamente sumaron una racha de 10-2 en el resto de enero y a comienzos de febrero. La vieja confianza, arrogancia de hecho, había vuelto. A comienzos de febrero, los Bulls llegaron a Los Ángeles para disputar un partido contra los jóvenes y talentosos Lakers. Los Lakers, con Shaquille O’Neal, Kobe Bryant, Nick Van Exel, Robert Horry y Eddie Jones, eran seguramente el equipo de más valía física de la liga, y rezumaban una sensación de potencia bruta. Que esa potencia y atletismo pudieran destilarse en el momento adecuado en un equipo ganador, mentalmente duro, eso ya era harina de otro costal. A los periodistas deportivos les recordaban a otros equipos del pasado cuya fuerza física era un valor inmenso durante la monotonía de la temporada regular pero que, cuando se las veían con las defensas mucho más duras de los *playoffs* , a menudo se deshacían frente a equipos que tenían menos talento pero más disciplina. Los Bulls llegaron a Los Ángeles en aquellos días intensos de la temporada, con un ritmo de victorias que hubiera envidiado cualquier entrenador. A pesar de la larga ausencia de Pippen, llevaban una racha de 33-13 y se disputaban su división con un equipo que se hacía más y más grande: los Pacers de Indiana, entrenados por Larry Bird.

El partido contra los Lakers se promocionaba como una competición contra el equipo al que los Bulls podrían encontrar en las finales. La primera mitad estuvo igualada, y al descanso los Lakers mantenían una ventaja de cuatro puntos, 57-53. Entonces, en el tercer cuarto, Los Angeles despuntaron y anotaron los primeros quince puntos, abriendo el juego y finalmente sobrepasando a Chicago por 34-10 en ese cuarto. «Aquello fue coser y cantar, como un entrenamiento en el gimnasio», dijo Jackson después. Más tarde, los Lakers hablaron de la potencia de las piernas jóvenes, mientras los Bulls se lamían las heridas. Toni Kuko č jugó nueve minutos, anotó dos puntos, y se quejó de una lesión que Jackson describió como «enfermedad misteriosa»: resultó ser una lesión menor de espalda. Jackson estaba furioso con la pobre actuación en defensa, pero más tarde pensó que el equipo se había relajado desde el momento en que llegó a Los Ángeles, porque había habido demasiada fiesta la noche anterior. Decidió no darle demasiada importancia a la derrota.

Llegados a aquel punto, Phil Jackson sentía una cierta frustración con respecto a Toni Kuko č, el valioso y enigmático croata. Ya en su quinto año, Kuko č todavía tenía que jugar al nivel que los entrenadores y cazatalentos esperaban de él, y del que sabían que era capaz. Kuko č, que había sido el mejor jugador de Europa antes de llegar a Chicago, era el jugador más prometedor. Tenía un talento inmenso, y era un hombre de talante defensivo que medía dos metros y once centímetros, alcanzaba una distancia excepcional en el tiro en suspensión y tenía una gran visión de la cancha. Podía lanzar y pasar la pelota con belleza. En Europa, su apodo había sido «el Camarero» por la habilidad con que servía la pelota a sus compañeros de equipo. Había ocasiones, cuando estaba en la cancha con Jordan, Pippen, Rodman y Harper, en que los Bulls eran sencillamente asombrosos; salían a la cancha y el pase de pelota era tan bueno que parecía no tocar el suelo. Había otras ocasiones en que Kuko č se quedaba en el perímetro, fingía un tiro en suspensión, y después botaba hacia canasta, con sus largos brazos extendidos, y realizaba un tiro de cuchara con la mano izquierda que era imposible defender. En esas ocasiones, parecía como si pudiera anotar veinte puntos en una noche simplemente botando hacia la canasta. Pero tales momentos tendían a ser la excepción. Lo que le faltaba a su juego eran dos cosas: primero, esa dureza que exigía la NBA; y, segundo, regularidad en el esfuerzo. Se centraba y se descentraba; en sus noches buenas parecía una estrella del *All-Star* , y después, a la noche siguiente, se eclipsaba.

El propio Kuko č era un joven agradable, casi cariñoso, si bien ligeramente vulnerable, con tendencia a enfurruñarse cuando las cosas no iban bien. América

a menudo le resultaba dura, y los entrenadores notaban que jugaba mejor en casa en Chicago que fuera. A menudo les daba la impresión a sus entrenadores americanos de que en Yugoslavia lo habían educado menos para ser un jugador de baloncesto que un príncipe. Una vez, cuando Chip Schaefer le explicaba por qué se enfadaban con él los entrenadores, él lo comparó con los padres que azotan a los niños cuando son pequeños. Kuko č parecía desconcertado. Llamaron a un intérprete para aclarárselo, pero resultó que el problema no era el idioma sino la idea… A Kuko č nunca le habían dado unos azotes de niño. Y tampoco nunca ningún entrenador le había echado una bronca. Desde que era pequeño, siempre había sido tan dotado y tan alto que sus distintos entrenadores se felicitaban a sí mismos por la buena suerte de contar con él en su equipo, y no se habían molestado en hacer de él un jugador más completo ni más duro. Lo que hacía en ataque les parecía más que suficiente, y, en una liga en la que los jugadores eran mucho menos atléticos que en la NBA, no jugaba más despacio en defensa que en ataque, como a menudo le pasaba en América, y su altura era suficiente para defender y rebotear adecuadamente.

Llegó a Estados Unidos con inmensas dotes, pero a los ojos de sus entrenadores prácticamente sin preparación. Sus fundamentos, para un jugador de habilidades tan asombrosas, eran sorprendentemente pobres, especialmente en defensa. Era un especialista en lo que los entrenadores llamaban «la defensa del torero»: intentar robar la pelota con las manos en vez de mover los pies y el cuerpo. En la NBA, ese era un medio seguro de obtener faltas. Tampoco cerraba el rebote correctamente. No tenía ni idea de cómo controlar los nervios, ni siquiera de cómo tenía que comer antes de un partido. Chip Schaefer comió con él una vez antes de un partido, y se quedó pasmado al ver que Kuko č se zampaba un menú de siete platos que incluían ensalada, pasta y carne. «Un menú de cuatro mil calorías fijo», comentó después Schaefer, casi con admiración. Como muchos jugadores europeos, estaba acostumbrado a beber vino en la comida antes del partido, aunque lo diluía un poco con agua. A su llegada a Estados Unidos, su grasa corporal estaba en torno al 20 por ciento, demasiada para la NBA. Al final, en los Bulls se la redujeron en torno al 15 por ciento, cosa que a Kuko č le vino muy bien. Al principio, conscientes de que no era físicamente lo bastante fuerte, los Bulls intentaron desarrollar su cuerpo. Hizo pesas. Pero, mientras que eso no lo hacía claramente más fuerte, sí que lo hacía claramente más lento. Así que finalmente lo aceptaron como era, aunque sí intentaron mejorar su forma física y hacerle comer de manera más prudente.

Debido a su altura, podía producir estragos en defensa contra hombres mucho

más bajos que él. Pero eso también tenía su lado negativo. A menudo causaba a los Bulls serios problemas de emparejamiento. En muchas situaciones era un lastre defensivo, y a Jackson no le gustaba ponerlo al inicio. Era un jugador blando en una liga muy física. Odiaba tener que defender a un jugador atacante que entraba a canasta. Cuando los Bulls revisaban grabaciones de partidos en las sesiones del Berto Center, los demás jugadores a menudo se reían y le tomaban el pelo a Kuko č cuando la grabación lo mostraba haciéndose a un lado cuando un jugador rival entraba a canasta, o cuando mostraba jugadores a punto de rebotear, y allí estaba Kuko č bajo el aro, haciendo gestos de miedo y dolor. Pippen y Jordan fueron muy duros con él en la sala de visionado, igual que lo fue Jackson. Era difícil encontrar la manera adecuada de utilizarlo, encontrar las situaciones en que él sería una ventaja y no una carga. El año anterior, su rendimiento saliendo del banquillo le había granjeado el codiciado premio del sexto jugador, algo que la mayor parte de los jugadores de la liga habrían apreciado, comprendiendo que en aquella liga estar en el equipo inicial era menos importante que acabar el partido en la cancha. Pero Kuko č era testarudo, y odiaba salir del banquillo. A él le parecía que eso significaba que no era lo bastante bueno para estar en el equipo inicial de un gran equipo americano. Así que se opuso al uso que hacía Jackson de él, quejándose abierta y amargamente cuando no formaba parte del equipo inicial.

De todos los jugadores de valía con los que Jackson trató en Chicago, Kuko č era el que le resultaba más elusivo. Había momentos en que Kuko č mostraba un talento deslumbrante, y momentos en que parecía completamente desincronizado de sus compañeros, lanzando cuando debería pasar la pelota, pasándola cuando debería lanzarla, y reteniendo la pelota de un modo que hacía que los reboteadores infringieran la regla de los tres segundos. En una secuencia memorable en un partido de los *playoffs* contra Miami, lo defendía Chris Gatling, que acababa de hacerse un esguince en el tobillo. Miami Heat no había podido pedir tiempo muerto, lo que significaba que Kuko č estaba siendo defendido por un defensor muy vulnerable que daba saltitos a la pata coja. Kuko č tenía la pelota en el perímetro. Los otros Bulls hicieron un aclarado para asegurarse de que no le hicieran dos contra uno cuando entrara a canasta. Entonces, en lugar de botar hacia canasta, Kuko č hizo un lanzamiento largo de tres puntos, y falló. «Toni», le dijo Jackson más tarde, «por eso Croacia no ha ganado nunca ninguna guerra».

Con los años, Kuko č se convirtió en uno de los dos chivos expiatorios principales de Jackson, el jugador con el que repetidamente detenía las

grabaciones para hacer críticas. El otro era Luc Longley, un gran pívot que parecía tener problemas constantes con su juego de pies. Pero Kuko č resultó ser un proyecto más irritante que Longley, porque cuando Longley era pillado en una grabación, en alguna chapuza, reconocía su error y juraba enmendarse. Kuko č, por contra, casi siempre tenía alguna excusa, o aseguraba que eso no había pasado, que no había visto lo que acababan de ver todos. En el equipo se le veía como a un llorón. Jackson lo estuvo atacando a lo largo de toda la temporada: «Si no lo hago yo, Toni», le dijo Jackson, «lo harán tus compañeros. Así que mejor que te ataque yo». Cuando Jackson lo sustituía durante un partido, él a menudo se ponía a murmurar en croata, una señal clara de que se estaba quejando y seguramente maldiciendo a los entrenadores.

Aunque nadie estaba seguro, claro. La relación de Jackson con Kuko č se complicaba por el hecho de que Kuko č era la última gran adquisición que había hecho Krause en el *draft* . Así pues, Krause sentía un especial apego por él y, según les parecía a los entrenadores, no quería ver las debilidades de Kuko č. Nada le gusta más a un cazatalentos que descubrir un gran jugador en la segunda o la tercera ronda, una elección que en el futuro llevará el nombre del cazatalentos, y que dirá tanto sobre el cazatalentos como sobre el propio jugador.

Veinte años antes, en la edad de hielo de la NBA, antes de la llegada de la ESPN y la mecanización de todo el proceso de descubrimiento de talentos, aquel tipo de gran hallazgo era relativamente frecuente, y muchos cazatalentos se ganaban su reputación encontrando jugadores sobresalientes en pequeñas universidades en el culo del mundo, y eligiéndolos en la segunda o tercera ronda. En la nueva época, sin embargo, semejantes hallazgos eran cada vez más raros. Así pues, tener un jugador de alta calidad conseguido en la segunda ronda era un gran triunfo para Krause.

Había sido Leon Douglas, un antiguo jugador de la NBA, el que había hecho que Krause se fijara en Kuko č: «Es un chico asombroso», le dijo Douglas. «Juega como si hubiera vivido toda su vida en el barrio negro. Lo hace perfecto». ¿Para qué quiero yo un yugoslavo blanco del barrio negro?, preguntó Krause. «Es que tiene algo especial», dijo Douglas. ¿En qué posición juega?, preguntó Krause. «De base», respondió Douglas. «Bueno, ¿para qué quiero yo un base, ratón de gimnasio, blanco, yugoslavo y del barrio negro?», le preguntó Krause. «Jerry: mide dos metros once». Eso despertó el interés de Krause, y empezó a fijarse en él, y con el tiempo intentó contratarlo.

Krause nunca se había mostrado tan apasionado en su persecución de un jugador como con Kuko č. Fue el más sigiloso de los sabuesos. Bucky

Buckwalter, de Portland, a quien también le gustaba bucear las oscuras callejuelas del baloncesto, también tenía sobre la mesa informes sobre Kuko č. Kuko č jugaba un torneo en Roma, y Buckwalter vio a Krause en las gradas, cosa que no le sorprendió, ya que su gusto en la búsqueda de jugadores era bastante similar. Entonces volvió a mirar, y Krause ya no estaba. Krause se había ido de las gradas para que no lo viera, comprendió Buckwalter. Eso le encantó a Buckwalter, que era bastante excéntrico en el mundo del baloncesto, y después del partido encontró por fin a Krause y decidió tomarle un poco el pelo: «Jerry», dijo Buckwalter, «no estarás viendo a Kuko č, ¿verdad? Porque si hay algo de lo que estoy seguro es de que no es tu tipo de jugador. No es lo bastante atlético, ni mucho menos».

Krause enseguida se mostró de acuerdo. Kuko č era un jugador demasiado blando. «Para nosotros sería un lastre defensivo», dijo Krause. «Además, no tengo sitio para él». Y Buckwalter le dio la razón, pensando: Como tú quieras, Jerry, pero los dos sabemos que tú y yo andamos tras el mismo hombre por la misma razón, porque tiene gran talento, es probable que sea una ganga, y además, ¿desde cuándo no tienes sitio para un base que mide dos metros once y que sabe manejar la pelota, lanzar y pasar?

Los Bulls eligieron a Kuko č en el *draft* de 1990, en segundo lugar de la segunda ronda. Solo tenía veintiún años. Si podían firmar con él, sería casi un regalo. Pero era una gran estrella en Europa, y allí estaba muy bien pagado. Su familia vivía en una Yugoslavia destrozada por la guerra civil, y su novia (que luego sería su mujer) no tenía deseos de ir a Estados Unidos. Krause lo cortejó sin descanso. Le hizo visitas y regalos y le habló apasionadamente de cómo sería jugar con y contra los mejores. Pero durante mucho tiempo, parecía una transacción difícil. Las ofertas incluyeron cifras superiores a las que se pagaban a miembros de los Bulls como Pippen, cosa que se añadió a las tensiones que ya había en Chicago. Para algunos jugadores, el ardiente cortejo de Krause a Kuko č parecía hallarse en rotundo contraste con el modo en que la dirección los trataba a ellos. Su jefe mostraba interés por un jugador extranjero que nunca había probado que fuera capaz de jugar en la NBA, mientras que los trataba a ellos, los campeones de la NBA, con gran frialdad. Cuanto más perseguía Krause a Kuko č y más problemas de contrato surgían con sus otros jugadores, mayor era el resentimiento contra Kuko č. Cuando Krause le pidió a Michael Jordan, como parte del proceso de reclutamiento, que llamara a Kuko č e intentara que viniera a América, Jordan respondió fríamente que no hablaba yugoslavo. La sensación de que Kuko č no estaba a la altura de los Bulls fue

evidente en las Olimpiadas del 92, cuando el Dream Team jugó contra Croacia. Pippen y Jordan parecían jugar contra Kuko č como si hubiera una *vendetta* entre ellos, y el partido se acercó peligrosamente a la humillación. Al final era como si hubieran estado jugando no contra Kuko č, sino contra Krause.

Finalmente, asumiendo un gran coste personal, Kuko č rescindió un contrato muy bueno en Europa y se fue a Estados Unidos, llegando justo a tiempo de oír la noticia de la retirada de Michael Jordan. Lloró al oírlo. Pero no había duda de que Krause sentía un compromiso especial con Kuko č, y eso le granjeaba un estatus inusual en el equipo. De todos los jugadores de los Bulls, el jugador, aparte de Michael Jordan, a quien Jerry Krause era más reacio a traspasar era Toni Kuko č.

Tras la marcha de Horace Grant, el retorno de Michael, y la victoria de Orlando frente a Chicago en las finales de la Conferencia Este, era evidente que el equipo necesitaba desesperadamente un pívot que pudiera al mismo tiempo rebotear y anotar. Aquel año, el equipo de Nueva Jersey estaba deseando cambiar a Kuko č por Derrick Coleman. Coleman era un jugador de inmenso talento con un contrato muy bueno que había llegado a ser una especie de símbolo del mundo del baloncesto para la generación X: un suculento contrato garantizado, un gran talento, un cuerpo grande, pero un compromiso titubeante con los objetivos del equipo. Estaba en el camino de ganarse una reputación más por desafiar a sus entrenadores que por su destreza en la cancha. Cuando le dijeron que tenía que ajustarse a unas normas de vestuario para los viajes del equipo, enseguida se sentó y firmó un cuantioso cheque que cubría las multas para toda la temporada. Medía dos metros ocho centímetros, pesaba ciento nueve kilos, y era capaz, cuando quería, de defender, rebotear y anotar. En las ocasiones en que de verdad se ponía a jugar, por raras que fueran, era un jugador asombroso, una amenaza ofensiva mucho mayor que Grant. Jackson estaba seguro de que podría manejar a Coleman, seguro de que parte del problema era que Coleman era el mejor jugador de un equipo muy débil, y que cambiaría al jugar en un equipo de campeonato bajo la exigente mirada de Michael Jordan. Nadie, de eso estaba seguro, quería realmente ser como Coleman cuando la alternativa era ser un ganador. Nadie, no importaba lo que les contara a los medios, quería ganar todo aquel dinero para quedar etiquetado como perdedor perpetuo. Jackson quería el traspaso desesperadamente. Debido al gran salario de Coleman, siete millones de dólares al año, había algunos problemas con el tope salarial de Chicago, pero Jackson pensó que podían solucionarse si Krause realmente estaba por la labor. Cuando Krause dijo que no, Jackson pensó que

nunca traspasaría a Kuko č.

La melancolía de Kuko č empeoró durante la temporada 1997-1998. Cuando llegó a Chicago, a menudo salía a cenar con alguno de los otros jugadores, ya fuera Longley, Wennington, Kerr o Buechler, pero aquella temporada salía con ellos cada vez menos, e incluso entonces era solo porque ellos hacían un esfuerzo por sacarlo de su tristeza. A menudo parecía como si estuviera con ellos, pero no del todo sino en otro lugar. Se convirtió en el menos agradable de los compañeros de cena, y al cabo de un tiempo los demás dejaron de invitarlo. Pero eso no arregló las cosas, y él parecía hundirse cada vez más en su tristeza. Así que, les gustara o no, empezaron a esforzarse por llegar a él, temiendo que estuviera a las puertas de una especie de crisis.

Kuko č dejó claro a sus compañeros que pensaba que merecía más respeto de su entrenador. Pero Jackson lo reprendía cada vez más. Algunos que conocían a ambos hombres se preguntaban si el problema no estaría más allá de Kuko č, si no sería que el jugador se había convertido en una extensión de Krause a los ojos de Jackson, y que su inquina con Krause afectaba a la manera en que manejaba a un jugador valioso. Como entrenador, Jackson era conocido como alguien sensible a los jugadores y excepcionalmente dotado para tratar con su fragilidad psicológica. Pero si había un área en la que era un hombre duro, era con los jugadores que no ponían toda la carne en el asador, y a sus ojos Kuko č estaba jugando muy por debajo de su potencial. Ciertamente, Krause veía a Kuko č no como a un jugador que había decepcionado hasta entonces, sino como a alguien que estaba pasando apuros para encontrar su sitio, porque en vez de ser la primera opción de ataque, era ahora la tercera. Claramente, Krause veía a Kuko č como la pieza central del equipo post-Jordan, y Jackson no estaba muy interesado en una época lejana en la que él mismo no tomaría parte.

Cualquiera que fuera la razón, Jackson necesitaba que Kuko č se sobrepusiera aquella temporada, y hasta el momento no lo había logrado. A principios de febrero, la lengua de Jackson se volvió más afilada. Al final, la noche antes de que jugaran contra los Lakers, Frank Hamblen, uno de los ayudantes de entrenador, le dijo que tenía que cambiar, que había sido tan duro con Kuko č las últimas semanas que el jugador no podía soportarlo más y se arriesgaban a perderlo completamente. Jackson le escuchó y de hecho cambió. Pero al día siguiente le dijo a un amigo, con cierta irritación: «¿Riesgo de perder a Toni? He vivido con ese riesgo cada uno de los cinco años que ha pasado aquí».

23

Chicago; Portland, 1992

Poco a poco, después del primer campeonato, la gente comenzó a darse cuenta de lo buenos que eran los Bulls, y en especial se dieron cuenta ellos mismos. El campeonato, tan difícil de conseguir, no era algo que pudieran ceder a la ligera. En la temporada de 1991-1992, ganaron sesenta y siete partidos. Grant hizo su mejor temporada hasta el momento, promediando catorce puntos y casi diez rebotes por partido, y Pippen jugó en el *All-Star* por primera vez desde el inicio. Sus estadísticas mostraban la plenitud de su juego: veintiún puntos, siete asistencias y casi ocho rebotes por partido. Aquel era, según pensaba Phil Jackson, uno de los mejores equipos de baloncesto de la era moderna: profundo, completo, versátil y seguro de sí mismo. Jóvenes jugadores como B. J. Armstrong se estaban haciendo mayores de edad, y Grant, Pippen y Jordan estaban en la cúspide de su carrera.

Además, el liderazgo de la NBA estaba en transición. Los Celtics, los Lakers y los Pistons estaban patinando. De la siguiente generación de campeones potenciales, los Bulls parecían ser los mejor posicionados. Eso no quería decir que el camino al campeonato fuera fácil. En 1992 y 1993, seguramente el emparejamiento más duro de los *playoffs* era contra los Knicks de Nueva York. Los Knicks habían reemplazado al equipo de Detroit como los nuevos Chicos Malos de la liga. Eran grandes, y si no tenían mucho talento (carecían de algo semejante a Isiah Thomas y Joe Dumars), eran sin embargo muy duros y muy físicos. Su única posible ventaja contra un equipo con tanto talento como los Bulls era el puro músculo. Como los Pistons, nadie quería jugar contra ellos, y como los Pistons, si se mostraba un asomo de debilidad, lo veían y lo aprovechaban para dar una paliza al contrincante. No solo tenían a Ewing y Oakley, unos jugadores físicos formidables, sino que en 1992 tenían rotando a los aleros bajos Xavier McDaniel y Anthony Mason, que jugaban los dos como

aleros altos. Estaban entrenados por Pat Riley, y había una tensión subyacente entre él y Jackson, especialmente porque Jackson había hecho comentarios muy críticos sobre el juego físico del equipo de Nueva York.

Aquellos Knicks golpeaban a sus contrincantes sin descanso, y a menudo sus contrincantes se arrugaban bajo su dureza. En el séptimo partido de las semifinales de conferencia de 1992, McDaniel, que tenía un cuerpo mucho más poderoso que el de Pippen, se había propuesto aporrear a Pippen y reírse de él durante todo el partido. Al final, en un momento crucial, terció Jordan y se puso cara a cara con McDaniel, y ahí terminó el acoso. («Es como cuando estás en el cole, y el matón se mete con tu hermano pequeño, y tienes que defenderlo», dijo después). Un fotógrafo plasmó el momento: Jordan, mucho más pequeño, y sin asomo de miedo, frente a McDaniel, y a continuación, cuando Ewing, que era mucho más grande, se unió a la refriega, se puso frente a Ewing también y no retrocedió ni un centímetro. Fue un momento, creían los Bulls, que les ayudó a cambiar las tornas psicológicamente. Después, en una pared de su despacho, Jackson colgó una fotografía ampliada de aquel momento. El séptimo partido se convirtió en una paliza del equipo de Chicago.

En las finales de 1992, los Bulls se enfrentaron a los Trail Blazers de Portland, un equipo de atletas muy dotados que tendía a venirse abajo a veces, y que no jugaba tan bien a media pista como en el resto de la cancha. La serie Portland-Chicago tenía un grado de atracción añadida, porque enfrentaba a Jordan contra Clyde Drexler. Había quien hasta creía que Drexler, viniendo de la mejor temporada de su vida, segundo detrás de Jordan en el premio MVP, pertenecía a la misma categoría que Jordan. Según aquella teoría, Drexler podría ser tan bueno como Jordan, tal vez incluso mejor, pero como jugaba en el equipo de Portland, no había conseguido tanta relevancia pública. Los partidarios de Drexler señalaban que era sin duda mejor reboteador, que podría ser mejor pasando la pelota, y que era mejor triplista. Aquel año, por ejemplo, había conseguido tres veces más lanzamientos de tres puntos que Jordan, y su porcentaje de precisión era significativamente más alto.

El hecho de que el foco cada vez más potente de los medios de comunicación no llegara hasta Portland no le preocupaba lo más mínimo a Drexler, e incluso con todo el bombo sobre «Glide jugando contra Airman», que era como los apodaban los medios, empezó a crecer, manteniéndose curiosamente al margen. En contraste con Jordan, que parecía alimentarse de los focos y usarlos como herramienta motivadora, Drexler nunca buscaba la atención. Más bien parecía incómodo frente a los medios, como si fuera consciente de que eran un arma de

doble filo, algo que proporcionaba dinero y una fama superficial, pero que una vez conectado ya no era tan fácil de desconectar. Drexler llegó a decir cosas increíbles y extraordinarias, casi antiamericanas, como: «Si fuera por mí, preferiría no atraer la atención».

Jordan, el más apasionado de los competidores, dijo todas las cosas correctas antes de la serie Portland-Chicago: que no se trataba de él contra Drexler, que se trataba de equipos. Nadie manejaba con más habilidad que él aquella parte del juego mediático. Tenía mucho cuidado de no decir nada que pudiera motivar a Drexler. Pero, por supuesto, para él el enfrentamiento era intensamente personal. Era el desafío perfecto para un hombre que siempre quería y necesitaba desafíos. Usaba todas las comparaciones que hacían entre ellos, a todos aquellos herejes que pensaban que Drexler era tan bueno como él, para motivarse. Su intención era nada menos que destruir, no ya al equipo de Portland, sino también a Drexler: después de todo, allí había alguien de quien la gente decía que era su igual, o incluso mejor que él. Aún peor, allí había alguien cuya presencia en el equipo de Portland en 1984 había hecho que la dirección de Portland rechazara elegir en el *draft* a Michael Jordan. Eso significaba que Jordan había sido tercero en el país en vez de segundo. Alguien tenía que pagar por ello. Para un joven como Michael Jordan era la situación perfecta, sobre todo porque no se le pasaba por la cabeza, ni por un segundo, que Drexler fuera un jugador tan completo como él.

Los aficionados del baloncesto pensaban que Jordan tenía dos ventajas sobre Drexler que serían críticas en la serie: primera, que era mucho mejor defensor; segunda, que era uno de los mejores lanzadores en suspensión de la liga. Había sido un lanzador en suspensión razonablemente bueno en la universidad, pero nadie había trabajado nunca para mejorar su lanzamiento tan duro como Michael Jordan, incluso después de ser una superestrella. Hacia 1992, su octavo año en la liga, era uno de los dos o tres mejores lanzadores en suspensión de la liga; es más, a diferencia de muchos lanzadores en suspensión con talento, trabajó duro en mejorar su lanzamiento en situaciones difíciles, como los partidos de *playoffs* , cuando ambos equipos juegan duro en la defensa a media pista. Lanzaba excepcionalmente bien cuando le defendían de cerca.

Drexler, por contra, no era tan buen lanzador en suspensión, aunque le gustaba creer que sí, y cuando los amigos y otros que pertenecían al equipo sin ser jugadores le presionaban a trabajar el lanzamiento, mencionaba su porcentaje de lanzamiento total (en torno al 50 por ciento) como prueba de que lanzaba bien. Ese era un dato engañoso, sin embargo, un dato elevado por el hecho de que

muchas de las tiros que anotaba provenían de entradas a canasta. Nunca se convirtió en el temido lanzador en suspensión que era Jordan, y en la liga en general se le consideraba más un fallatiros que un lanzador de exterior consistente. Y lo que es más: una cosa era lanzar bien en la temporada regular, y otra muy distinta hacerlo en un duro partido de los *playoffs* , cuando era defendido por uno de los mejores jugadores defensivos de la liga, o sea, Michael Jordan.

Por lo demás, Jordan no se preocupó por todos los periodistas que decían que Drexler era mejor triplista que él. Eso le proporcionaba precisamente lo que él más quería: un reto adicional. La mañana del primer partido, salió muy tranquilamente y estuvo trabajando en sus triples. Si alguien le preguntaba, dijo después, lo único que tenía que decir era que estaba pasando el rato, jugando al HORSE con sus amigos.

Más tarde, Danny Ainge, que aquel año era el compañero de Drexler en Portland, dijo que había una cierta crueldad en lo que sucedió en la cancha en aquella serie. Drexler decidió darle a Jordan el lanzamiento de salida en el comienzo, y Jordan hizo seis lanzamientos de tres puntos seguidos. Anotó treinta y cinco puntos en la primera mitad como parte de la paliza que propinaron los de Chicago. «Mis lanzamientos de tres puntos eran como tiros libres», dijo después. Los Bulls ganaron el partido por treinta y tres puntos de diferencia. En cierto momento, en una escena que se hizo famosa de tantas veces que se retransmitió, Jordan encestó una de tres puntos y, cuando volvía corriendo, miró a la banda, donde Magic Johnson estaba retransmitiendo el partido. Miró a Johnson a los ojos y entonces elevó las manos y los ojos con una expresión que parecía decir: «Yo tampoco lo comprendo, pero ¿a que mola?».

Y los daños no se hicieron solo en ataque. Cuando los Trail Blazers tenían el balón, pensaba Ainge, era como si Jordan tuviera una terrible *vendetta* personal contra Drexler. Si la cosa no era personal, desde luego lo parecía. Jordan apenas dejaba que Drexler tocara la pelota en ataque. Ainge sentía que era como si Jordan se hubiera tomado todos aquellos artículos de periódico y programas de televisión sobre Drexler como un insulto personal, ni más ni menos. Aquello era como ver un asesino en la cancha, pensó, «un asesino que viene a matarte y a arrancarte el corazón del pecho».

Phil Jackson era consciente de la necesidad de Jordan de dominar a Drexler, y más tarde pensó que, en todo caso, había perjudicado a los Bulls, que había sido un momento excepcional en que la concentración del equipo parecía estar demasiado enfocada en un solo jugador más que en el objetivo fundamental de

ganar. Así, en un partido posterior, en el momento en que Drexler fue expulsado por faltas cuando quedaban cuatro minutos para la conclusión del encuentro, y los Bulls iban nueve puntos por delante, el equipo de Chicago pareció relajarse. Pero Ainge, un jugador potencialmente mejor en la media cancha, entró, tensó la soga, anotó nueve puntos en la prórroga y Portland ganó. Sin embargo, los Bulls ganaron la serie con relativa facilidad a seis partidos. Entre aficionados serios, la cuestión de si Clyde Drexler estaba a la altura de Michael Jordan raramente volvió a plantearse.

24

La Jolla; Montecarlo; Barcelona, 1992

En cierto sentido, fueron las Olimpiadas de 1992 las que elevaron a otro nivel la fama de Michael Jordan, con toda la atención del planeta centrada en el equipo americano, conocido como el Dream Team , dado que por primera vez jugaban con profesionales. Jordan no había tenido muchas ganas de ir a Barcelona. Estaba cansado debido a dos largas temporadas que parecían juntarse una con la otra. Ni siquiera tenía completamente libres los veranos, aunque fueran breves, pues cada vez más los consagraba a sus responsabilidades empresariales. Jugar en las Olimpiadas le costaría un tiempo precioso en que su cuerpo debería descansar, retirarse de algunas de las presiones que lo rodeaban, y recuperarse. Desde luego, Jerry Krause no quería que fueran ni él ni Scottie Pippen. A los Bulls no les aportaría nada tener a sus mejores jugadores destrozados por culpa de una temporada demasiado larga. Además, las Olimpiadas aumentaban el riesgo de lesión. Phil Jackson tenía una postura ambivalente. No veía ventajas para Jordan, que ya había jugado en un equipo olímpico ocho años antes, pero pensaba que podría ser importante para Pippen, una oportunidad de conseguir el reconocimiento que se le debía desde hacía tiempo por jugar a la sombra de Jordan. Irían los dos, por supuesto, porque no se trataba realmente de baloncesto, sino de exhibir a la NBA y por encima de todo de agradar a los patrocinadores, que querían usar aquella plataforma especial para maximizar la visibilidad de los que ahora eran los atletas más famosos del mundo. No se trataba de vencer a Angola ni a Croacia ni a España, se trataba de hacer una exhibición del baloncesto como forma artística, y eso no se podía hacer sin el gran divo de la liga.

Jordan estaba en el equipo, pero no quería ser el líder. Cuando llegó a Portland para el Torneo de las Américas, el proceso de selección preolímpico del hemisferio occidental, Brian McIntyre, el jefe de prensa de la NBA, le dijo que

le había elegido para formar parte de su equipo en la liga de fantasía. «Eso es un error», le respondió Jordan. «He venido aquí a descansar. Ha sido una temporada muy larga. Mientras esté aquí me voy a estar tocando las narices». Y pareció confirmarlo con una actuación relativamente relajada en el primer partido. Al día siguiente, McIntyre lo vio y dijo que, basándose en la propia confesión de Jordan, lo había traspasado. «¿Y por quién me ha cambiado?», preguntó Jordan. Por Karl Malone, dijo McIntyre. «La ha cagado», dijo Jordan. «Muy típico de Michael», comentó McIntyre. «El caso es que se tomó mi traspaso como un reto, yo lo había menospreciado, y por eso la noche siguiente salió y anotó unos cuarenta puntos contra no sé qué pobre equipo latinoamericano».

Había algo especial, pensaban los jugadores, en que los llamaran Dream Team, un equipo con los mejores jugadores del mundo. Desde el primer momento, se jugó con energía. En uno de los primeros entrenamientos, en La Jolla (California), Michael Jordan jugó contra su más reciente némesis, Clyde Drexler. Solo unas semanas antes los dos habían competido en las finales de la NBA de 1992. Como la mayoría de los jugadores de la NBA en una situación semejante, Jordan no dejó pasar la ocasión de meterse con él mientras avanzaba con la pelota: «¿No has tenido suficiente hace poco, con la patada que te di en el culo…? ¿No hay nada que te suene en esta situación…? ¿Crees que puedes pararme los pies esta vez, Clyde…? Estate atento a los lanzamientos de tres, Clyde». Al final, algunos de los compañeros del Dream Team, uno de ellos Charles Barkley, sugirió que Jordan dejara de meterse con Drexler porque ahora todos eran compañeros y no había necesidad de reabrir heridas que todavía estaban por cerrar. Jordan hizo caso, pero los entrenadores notaron que cada vez que Jordan tenía que defender contra Drexler en los partidos de entrenamiento, elevaba el nivel defensivo más que nadie. Si el valioso equipo de Portland se enfrentaba a los Bulls en futuras finales, Jordan no quería que Drexler pensara por un momento que lo que había ocurrido en junio era pura chiripa. Para Mike Krzyzewski, uno de los entrenadores del Dream Team, Jordan ya estaba pensando en las finales del año siguiente.

El propio Jordan confirmó la intuición de Krzyzewski a su regreso de Barcelona. Michael les contó alegremente a los entrenadores de los Bulls que un día Clyde Drexler se había presentado en el entrenamiento con dos zapatillas del pie izquierdo. No queriendo admitir la equivocación y tomar prestada una zapatilla de un compañero, ni volver a buscar la correspondiente, salió a jugar con una zapatilla del pie contrario. Para Michael Jordan, que siempre buscaba debilidades psicológicas en sus adversarios, esa era una clara señal de la

inseguridad de Drexler. La archivó cuidadosamente, para tenerla a su disposición y usarla cuando fuera necesario.

Durante las semanas que manejaron el Dream Team, los entrenadores americanos se asombraban día tras día del compañerismo de los jugadores; pese a toda la chulería y agresividad verbal, sentían un evidente orgullo de formar parte del mejor grupo de jugadores de baloncesto que se hubiera reunido nunca. Ese orgullo se debía a algo más que el éxito individual, pensaban los entrenadores. Se debía a lo que habían hecho como grupo, no solo por sí mismos ni por sus equipos siquiera, sino por la liga y por el baloncesto en su conjunto. Pues aquella era la generación, la generación Larry-Magic-Michael, que había llevado a la NBA desde una especie de pantano atlético, casi invendible a la televisión y a los patrocinadores, al cenit de su popularidad y opulencia.

Aun así, se respiraba nerviosismo. Aquellos eran los mejores jugadores del mundo, y estaban deseando demostrar algo, si no a los gigantes de Angola y Alemania, sí unos a otros, y a sus compatriotas de la NBA que habían quedado atrás. Los mejores tenían que demostrar que eran los mejores, aun cuando no hubiera realmente nadie de valía contra quien demostrarlo. Al comienzo del programa preolímpico, antes de salir hacia Europa, los entrenadores concertaron un partido informal contra un equipo de estrellas universitarias, la mayoría de las cuales se esperaba que entraran en la NBA al año siguiente. Era un equipo cargado de talento, aunque fuera talento joven e inmaduro, un equipo que incluía a Chris Webber de Michigan, a Jamal Mashburn de Kentucky, a Penny Hardaway de Memphis State, a Rodney Rogers de Wake Forest y a Allan Houston, un brillante lanzador puro de Tennessee. Estaban entrenados por Roy Williams, que entonces era el entrenador del equipo de Kansas, y por George Raveling. Aquel día en particular, los profesionales mostraron un juego mediocre, y los universitarios estaban cargados de entusiasmo y jugaron bien. Ganaron el partido informal por 58-52, con Houston acertando siete lanzamientos de tres puntos. Eso ya era suficiente, pero los universitarios, más audaces que prudentes, y tristemente ignorantes del orgullo que caracteriza a los niveles superiores del mundo en que estaban a punto de entrar, empezaron a celebrarlo. Empezaron a dar saltos y a meterse con ellos, un pecado mortal dado el lugar que ocupaban en la jerarquía. Verlos dando saltos y provocando con estupideces a sus superiores como si fueran sus iguales, Roy Williams comprendió que estaban cometiendo un grave error.

Después, ese mismo día, Williams jugó al golf con Jordan, Chuck Daly, Charles Barkley y John Stockton, y se disculpó por el comportamiento

impetuoso de sus jóvenes jugadores. «No me puedo creer que nuestros chicos se pusieran todos chulos con vosotros», le dijo a Jordan, al que había entrenado en la universidad, y con quien siempre había tenido una relación bastante estrecha. «No te preocupes por eso, Entrenador», le respondió Michael. «Mañana será nuestro turno». El siguiente día de partido informal, justo cuando el árbitro estaba a punto de arrojar la pelota para el salto inicial, Michael Jordan señaló con el dedo a Houston y dijo: «Hoy no vas a meter siete triples». Cubrió a Houston como si fuera a ahogarlo, y avanzada la primera mitad del partido, cuando era el momento de que tomara un descanso y lo sustituyera Drexler, Jordan señaló a Houston y le dijo a Drexler: «Asegúrate de no soltarlo». Lo que ocurrió fue una masacre. Al final del partido de veinte minutos, el Dream Team ganó por treinta y ocho puntos. Daly quería jugar un poco más, así que decidieron añadir diez minutos más al reloj. Los profesionales entonces sumaron otros dieciocho puntos a su ventaja, y ganaron por cincuenta y seis puntos de diferencia.

Aquello marcó el tono. Ningún equipo, ni siquiera uno compuesto por los mejores jugadores jóvenes de Estados Unidos, iba a vencer a aquel equipo cuando estaba a lo que estaba. Eso lo sabía todo el mundo. La poderosa Angola cayó por 116-48 en las primeras rondas. En la ronda medallística, los americanos vencieron a Lituania por cincuenta y un puntos, y en el partido por la medalla de oro, Croacia perdió por treinta y dos puntos. En la medida en que hubo una verdadera competición, esta no se disputó entre los americanos y los otros equipos, sino entre Nike y Reebok. Nike tenía los jugadores (Jordan, Barkley, Pippen y otros) pero Reebok era la empresa de equipamiento deportivo oficial de las Olimpiadas. Los olímpicos, incluso los hombres de Nike, se suponía que tenían que llevar el logo de Reebok. En aquella época de guerra de zapatillas, eso era como pedirles a los jugadores americanos de unos años antes que se pusieran uniformes de la Unión Soviética. Los jugadores de Nike se mostraron firmes: no jugarían para una potencia extranjera y hostil como Reebok. Barkley, siempre con sus frases, dijo que tenía «dos millones de razones para no llevar Reebok». Si él tenía dos millones, Jordan por entonces tenía veinte millones, y él, la gran estrella del espectáculo, tomó la postura más dura de todos contra Reebok, más dura incluso que la de Phil Knight, que se sentía incómodo con la escalada de preguntas en los medios sobre la cuestión de poner la avaricia por delante del patriotismo. «Supongo que Phil no se da cuenta de lo leal que soy», dijo Jordan en cierto punto, y después preguntó a Howard White: «¿Va a apoyarme Phil en esto?». Por supuesto, se llegó a un acuerdo: llevarían Reebok,

pero podrían tapar el logo, cosa que hicieron, Jordan enfundándose una bandera de Estados Unidos sobre los hombros.

Había una cierta jerarquía dentro del equipo. Larry Bird y Magic Johnson eran los capitanes, los jugadores reinantes de la era anterior. Aunque sus equipos y sus habilidades empezaban a decaer, seguían siendo los respetados campeones, reconocidos por sus compañeros no solo por su grandeza sino por el rol pionero en llevar la liga a una nueva dimensión de riqueza y popularidad. En aquella jerarquía, Jordan era ahora el jugador dominante, con dos campeonatos ya en su haber, obviamente por entonces el mejor jugador individual. Chuck Daly le preguntó a Jordan si quería ser capitán también, porque en la práctica aquel era su equipo. Pero él, conscientemente, se remitió a Bird y Johnson: «No», respondió, «mejor que sean capitanes los dos veteranos».

Hasta cierto punto, la jerarquía, y el derecho a vacilar, quedaban determinados por los anillos de campeonato: por quién los tenía y por cuántos tenía. Aquellos que los tenían podían hablar; los que no los tenían, se suponía que debían escuchar. Los anillos, en aquel nivel, eran los marcaban la diferencia. Bird, Johnson y Jordan nunca dejaban pasar la oportunidad de hacer sufrir a Patrick Ewing y Charles Barkley porque, aunque fueran competidores feroces, no tenían anillos todavía. Pero los que tenían anillos también se faltaban los unos a los otros. Una noche, Jordan, Bird y Johnson se pusieron a ello en la sala de estar, en Barcelona. «¿Sabes?», le dijo Jordan a Bird, «cuando voy al Madison Square Garden, me gusta levantar la vista y ver todos esos estandartes de campeón de la NBA colgando del techo». Se quedó callado. ¿Era aquello un homenaje a la grandeza de Bird y los Celtics? «Y entonces siento la tristeza de saber que ya no habrá ninguno más.

Bird, que tenía tres anillos frente a los dos de Jordan, contraatacó: «Michael, ya hablaremos de estandartes cuando tengas tu tercer anillo». «No sé, Larry», respondió Jordan, «tú eras un jugador tan bueno. Y ahora te quedas ahí, al final del banquillo, agitando la toalla, como si fueras otro M. L. Carr».

Entonces Jordan volvió su atención a Magic Johnson, que se había retirado durante el verano de 1991 después de dar positivo en la prueba de VIH pero había vuelto para jugar en las Olimpiadas. «¿Sabes…?», dijo Jordan, «ya no es un reto ir a Los Ángeles. Los partidos allí son un tostón. De hecho, a partir de ahora me voy a llevar conmigo a los niños, porque si no es tan aburrido». Entonces le sonrió a Johnson. «Pero por respeto a ti, si regresas y vuelves a jugar, solo me llevaré a uno de mis niños».

Johnson regresó esa noche y empezó a hablar de jugar un uno contra uno con

Jordan, cosa que no era la mejor idea del mundo porque, si bien Magic Johnson podía hacer cosas sobresalientes con una pelota de baloncesto, nadie pensaba en él como un gran lanzador puro ni como un gran jugador en el uno contra uno.

Larry Bird terció: «¿Estás loco?», le preguntó a Johnson. «Jordan es seguramente el mejor jugador en el uno contra uno del país, ¿y te crees que le vas a ganar? ¡Despierta!». Se convirtió en la triste misión de Bird, que había sufrido toda la semana de la espalda y que no anotó ni un punto en lo que resultaría ser su último partido, tratar de explicarle a Johnson que su época ya había pasado, que trece años después de que entraran en la liga y la cambiaran, ya era el momento de marcharse.

Aquella clase de competitividad provocadora, de machitos, llegó a su culmen durante un partido de entrenamiento, ahora legendario, en Montecarlo. El pequeño grupo de personas que lo vio pensó que lo que había presenciado aquel día era el mejor partido de baloncesto jamás jugado, entre los mejores jugadores de todos los tiempos, jugando al límite. Fue una pena que tuviera lugar a puerta cerrada. Que, de todos los sitios posibles, se disputara en Montecarlo, no precisamente un bastión del baloncesto, fue una broma. No se llevó a cabo una anotación oficial, y hasta hubo discusión sobre el resultado final, pero no había ninguna duda sobre qué equipo había ganado, y aún menos sobre quién había sido el mejor jugador de la cancha.

Aquellos eran los mejores jugadores del mundo dándolo todo unos contra otros, y no, como solían hacer en el *All-Star* , jugando flojos en defensa para que se pudieran exhibir las habilidades ofensivas de todos los jugadores y nadie resultara lesionado. En su lugar, aquel partido se jugó con la intensidad correspondiente al séptimo partido de las finales de la NBA. Más tarde se conocería como el equipo de Michael contra el equipo de Magic.

Lo último que deseaba Chuck Daly era una lesión al mejor jugador de otro entrenador bajo su responsabilidad. Pero otros entrenadores, y evidentemente Lenny Wilkens, el rival de Daly durante mucho tiempo, y ahora uno de sus ayudantes, pensaban que los jugadores necesitaban un poco de ejercicio intenso. Los propios jugadores también tenían ganas de un entrenamiento fuerte, especialmente Magic Johnson. Allí, como con los Lakers, Johnson no era un mero jugador, sino más bien un entrenador, un jugador a quien los entrenadores escuchaban y al que consultaban. Un poco aprensivo sobre dar rienda suelta a tanto poder, ego y talento en un partido informal dentro del equipo, Daly accedió a regañadientes a un entrenamiento de órdago. Mike Krzyzewski, temeroso de las emociones que podían desatarse, se ofreció para guiar los ejercicios

matutinos, esperando librarse de arbitrar. Era la jugada más inteligente que había hecho en toda la semana, pensó: salirse de la línea de fuego verbal.

Los jugadores parecían encantados de soltarse después de tantos entrenamientos controlados y suaves. El equipo de Johnson se desmarcó y sacó ventaja enseguida, que debía de ser de 14-2, aunque algunos aseguraban que la puntuación era en realidad de 14-0. Era como un partido de patio de recreo, solo que al más alto nivel. El equipo de Johnson incluía a Chris Mullin, Charles Barkley, David Robinson y Clyde Drexler. El equipo de Jordan incluía a Patrick Ewing, Karl Malone y Scottie Pippen.

Más tarde, como no había puntuaciones exactas y el número de testigos presenciales era limitado, algunos pensaron que había sido Magic Johnson quien había empezado a meterse con los adversarios para elevar el nivel de juego. Pero otros que estaban allí, como Josh Rosenfeld, relaciones públicas de los Lakers, creía que Johnson era demasiado listo para eso, demasiado consciente de cómo reaccionaría Jordan. Rosenfeld insistía en que había sido Charles Barkley, un perro ladrador, el que había empezado a faltarse con los otros, en un momento en que el equipo de Johnson volvía a su campo después de anotar. Johnson le dio a Barkley un pequeño golpe con el antebrazo para pararlo, diciéndole: «Alto, no eres tú el que tiene que defenderlo». Fue un terrible error, como les dijo después Johnson a algunos de los periodistas a los que se había permitido ver el final del entrenamiento, porque había despertado a Jordan.

El juego se volvió crudo y físico, muy territorial y muy de egos. Michael Jordan más que ningún otro marcó el tono. Simplemente se apoderó del juego, entrando a canasta cada vez que tenía la pelota, reboteando, metiéndose en las líneas de pase para robar, acosando a Johnson en la defensa, gritándole a todo el mundo, tanto a los adversarios como a sus compañeros, esforzándose al máximo. Hubo un momento en que anotó doce puntos seguidos, aunque algunos testigos aseguraban que en realidad eran dieciséis. Cuando pitaban contra su equipo, Johnson gritaba: «¿Qué es esto, el Chicago Stadium? ¿También vais a pitar todas las faltas aquí?».

«Te diré lo que es», le respondió Jordan también gritando. «Los años noventa, no los ochenta».

El juego de ambas partes fue frenético. Después de verlos toda la semana, a Krzyzewski le parecía que jugaban con un nivel de ferocidad inaudito en la historia del baloncesto, pero hasta él se quedó impresionado con la intensidad de aquel partido. Era, pensó, como estar en una casa y oír un terrible huracán en la calle, y después abrir la puerta y ver que la tormenta era incluso más fuerte de lo

que parecía desde dentro. Viéndolos desde la banda, Daly se sintió inmediatamente sobrecogido por la calidad e intensidad del juego, y no le hizo ninguna gracia. La cosa estaba fuera de control, pensó, y se temía que fuera a suceder algo terrible: alguna gran estrella estaba a punto de lesionarse gravemente.

El equipo de Jordan sobrepasó al equipo de Johnson y finalmente sacó una ventaja de diez puntos. Cuando solo quedaban unos minutos de partido, Jordan estaba en la línea, a punto de lanzar dos tiros libres, cuando Krzyzewski, inocentemente, gritó desde la banda, a la manera de tantos entrenadores que quieren animar a sus jugadores: «¡Queda mucho, queda mucho tiempo!». Jordan botó con fuerza y respondió: ¡Y una mierda, no queda nada de tiempo! ¡Se ha acabado!». Y entonces anotó los dos tiros. El partido terminó con su equipo ganando 36-30. Daly tenía muchas ganas de darlo por terminado. Los jugadores querían seguir, pero él ya tenía suficiente. Su equipo estaba listo. Incluso demasiado.

Después del partido, Jan Hubbard fue uno de los pocos periodistas que fueron a la cancha a hablar con los jugadores. Jordan parecía encontrarse en una especie de subidón competitivo, pensó Hubbard. Recientemente había pasado de beber Coca-Cola a tomar Gatorade, y ya había hecho un anuncio en el que distintas personas soñaban con ser como él. Y allí estaba en la banda diciendo como los del anuncio: «A veces sueño», decía con la botella de Gatorade en la mano, disfrutando el momento, sabiendo que había dominado el juego entre los mejores jugadores del mundo. Mientras Jordan bailaba, Magic Johnson estaba sentado a casi treinta metros de distancia, diciendo a algunos periodistas: «La cagamos. Lo pusimos furioso. Nuestro fallo fue hablar demasiado. Se supone que a estas alturas tendríamos que haber aprendido».

Jan Hubbard se fue a hablar con Jordan: «Siempre tienes que ganar, ¿verdad?», le dijo.

Michael sonrió con aquella sonrisa radiante, maravillosa, y respondió: «Trato de convertirlo en una costumbre».

25

Chicago; Phoenix, 1992-1993

En el otoño de 1992, la experiencia del Dream Team había y no había acabado. Algunos de los periodistas que cubrían la información de la NBA dividían ahora su historia en dos fases: la pre-Dream Team y la post-Dream Team. David Stern había querido dotar de legitimidad comercial a sus grandes jugadores y a su deporte, y había conseguido equipararlo a otros deportes profesionales estadounidenses. Tal vez incluso se había excedido, pues no todo lo obtenido resultaba ventajoso. Sus deportistas eran ahora los más famosos del mundo y, en un lugar como Barcelona, mucho más conocidos de lo que lo hubieran sido una docena de grandes jugadores de béisbol o fútbol americano. Eran las grandes estrellas de un deporte cada vez más internacionalizado y protagonizaban un sinfín de impactantes anuncios publicitarios. Además, por su altura y, en muchos casos, el color de su piel, a menudo se los reconocía de inmediato. En Barcelona, los jugadores de baloncesto estadounidenses constituían una atracción de tal magnitud que no habían podido alojarse en la Villa Olímpica, ya que no solo recibían el acoso de turistas y admiradores en cuanto se dejaban ver, sino también el de los otros atletas. La situación era cuestionable como representación del ideal olímpico, pero reflejaba la realidad en el nuevo epicentro de la aldea global. Como resultado, los jugadores apenas fueron capaces de moverse por Barcelona. (Incluso John Stockton, con una imagen tan poco ajustada al estereotipo de una estrella de la NBA, vio limitados sus desplazamientos).

El éxito afectaba a todo. En ocasiones, la NBA parecía que hubiera crecido demasiado en un periodo excesivamente corto. Su economía había cambiado de forma tan radical que estaba hipertrofiada por arriba, pero por abajo carecía de unos cimientos sólidos. Aquel era un deporte fantástico si se trataba de producir cinco o seis buenos equipos (incluso a veces grandes equipos) para los *playoffs* ,

pero estaba construido sobre pilotes, apuntalado de forma más precaria que los otros dos deportes estadounidenses de primera línea. A causa de su continua expansión durante los treinta años anteriores, ya no había tantos buenos equipos, ni tampoco demasiados equipos que contaran con al menos tres jugadores muy buenos. Seguía habiendo franquicias de debilidad perenne, y otros equipos parecían estancados en la mediocridad. Eso suponía una importante limitación en muchos de los partidos de la temporada regular. Más bien parecía que la competición tuviera tres niveles, con unos pocos buenos equipos en la parte de arriba, un grupo más numeroso de conjuntos mediocres en la zona media y un puñado de auténticos desdichados en la parte baja. En demasiadas canchas, los equipos ofrecían más ruido que nueces.

Cuando el bombo publicitario empezó a sobrepasar la realidad, en todas y cada una de las ciudades se hizo manifiesto el creciente poder de los encargados del *marketing* de cada franquicia: en cada cancha, el ruido (no el ruido real del público entusiasta y buen conocedor de su deporte, sino el ruido artificial amplificado electrónicamente para que pareciera real y hacer que la gente se sintiera parte de algo más grande) resonaba a un volumen cada vez más ensordecedor, como si se pretendiera convencer a los aficionados de que, aunque el partido no fuera bueno, al menos podían sentir que habían vivido algo similar a un concierto de rock. Estaban en un acontecimiento electrizante: eso era lo que importaba.

Un visitante que acudiera al United Center con la esperanza de ver un gran partido de baloncesto entre Chicago y Houston obtenía mucho más que eso, o quizá mucho menos. Era como si los arquitectos del deporte moderno no terminaran de creer que sus nuevos aficionados, a diferencia de los que iban al viejo Chicago Stadium, fueran a entretenerse lo suficiente con el partido. No solo la música retumbaba a un volumen cada vez mayor, sino que en la pantalla del Jumbotron o en la cancha se sucedían toda clase de juegos estúpidos mientras los jugadores esperaban en el vestuario. En la cancha podía haber carreras de minibicicletas entre niños de dos o tres años, acróbatas lanzando camisetas a la gente, o aficionados con los ojos vendados a los que hacían dar vueltas para que cogieran un buen mareo y luego invitaban a encestar para ganar un premio. En los tiempos muertos, unas jóvenes bailarinas ligeras de ropa irrumpían en la cancha para ofrecer una actuación pretendidamente sensual. El Jumbotron emitía concursos de canto entre aficionados que no sabían cantar, u otras competiciones igualmente apasionantes que no faltaban ni una sola noche, como una persecución digital entre un dónut, un bagel y un trozo de tarta de

queso. El Jumbotron era el símbolo del creciente nivel de narcisismo de la sociedad. Bob Ryan, periodista del *Globe* , consternado por el hecho de que muchos aficionados se hubieran ido de un partido entre Boston y Atlanta sin esperar siquiera a que empezara la prórroga, escribió que a gran parte del público actual le preocupaba más verse en el Jumbotron que ver el partido. Lo más alucinante, apuntaba, era que aquel sinfín de triviales promociones publicitarias no se produjera solo en los partidos de la temporada regular entre dos equipos de capa caída, sino también durante las series finales.

Algunos observadores perspicaces de los Bulls creían que habían salido perdiendo con el traslado del viejo Chicago Stadium al United Center. No se trataba solo de que Michael Jordan y otros jugadores aborrecieran la iluminación del United Center, sino que en buena parte se había esfumado la ventaja del factor campo. El Chicago Stadium era un escenario temible en los partidos importantes, más que intimidatorio tanto para los árbitros como para los jugadores visitantes, un lugar en el que, en palabras de Dick Motta, había tal estruendo que si alargabas la mano podías incluso tocarlo. El público del United Center era bastante más acomodado económicamente (a la fuerza, dado el precio de las entradas) y bastante más correcto, con menos instinto para sentir el tempo del partido. Los Bulls seguían ganando, pero gran parte del ruido era artificial. En el antiguo estadio nunca habían necesitado simular el ruido de la gente.

Esa nueva fama de estrellas del rock, junto con unos salarios descomunales, contribuyó en gran medida a la separación que se produjo entre los jugadores y los periodistas deportivos, e hizo que los jugadores empezaran a creer que no debían rendir cuentas a nadie. Solo una década antes, la mayoría de los equipos viajaban en vuelos comerciales, y los pocos periodistas deportivos que cubrían la información correspondiente viajaban con ellos, aunque lo hicieran en clase turista. Jugadores y periodistas se hospedaban en el mismo hotel y a menudo comían juntos en las cafeterías. El autobús que cubría el trayecto del aeropuerto al hotel y del hotel a la cancha transportaba tanto a los jugadores como a los periodistas. En circunstancias ideales, existía un respeto mutuo y los jugadores sabían qué periodistas hacían un trabajo serio. Ahora todo eso había cambiado. Los jugadores viajaban en vuelos chárter, lo cual tenía su lógica en muchos aspectos, porque resultaba más descansado para ellos, les ahorraba tiempo y podían comer mejor tras los partidos. Y los periodistas tampoco eran ya bienvenidos en los autobuses que transportaban a los jugadores a la cancha. Se había cortado una importante conexión. Ahora, un batallón de expeditivos periodistas radiofónicos llevaba la voz cantante en las sesiones de prensa. En

todos los aspectos posibles, el acceso a los jugadores era cada vez más limitado.

En la moderna NBA, mantener el éxito había sido siempre más difícil que conseguirlo. El hecho de ganar ocasionaba toda una serie de inconvenientes y generaba más expectación si cabe. Cuantas más victorias, mayor era la presión para mantener el éxito. Presión no solo proveniente del resto de equipos que anhelaban lo que tú tenías y te acometían con creciente determinación, sino también de las fuerzas que se desencadenaban entre los propios compañeros a causa de ese mismo éxito. Al contrario de lo que podría imaginarse, el éxito en los deportes contemporáneos no genera más armonía. Casi siempre engendra una mayor necesidad de reconocimiento individual. Todo el mundo quiere una porción más grande de gloria. Los egos que antes se habían suprimido (al menos parcialmente) emergen a la superficie. Pat Riley lo llamó muy atinadamente «la enfermedad del más».

Los factores que causaban la enfermedad siempre habían estado presentes, pero a lo largo de los años setenta habían sido relativamente fáciles de controlar; no existían agentes libres, de modo que los jugadores estaban a merced de los propietarios y la negociación del contrato era asunto exclusivo de los directivos. Los cambios radicales que se produjeron en las leyes laborales del deporte restaron estabilidad a los equipos: ahora los jugadores podían elegir dónde querían jugar y disponían de mayor margen de maniobra para conseguir sus demandas salariales. Entraron en escena los agentes, cuyo poder creció hasta sobrepasar al de los entrenadores y equipararse al de los propietarios. La relación de un jugador con los directivos de su equipo tenía ahora su importancia, al igual que la relación de los jugadores entre sí. El reparto de la gloria se volvió un asunto cada vez más delicado. Perpetuar una dinastía se hizo más y más difícil: cada vez era más raro que cinco o seis jugadores muy buenos llegaran casi al mismo tiempo al equipo y permanecieran juntos durante la mayor parte de sus carreras. Al echar la vista atrás, lo que más sorprende en equipos campeones como los Celtics o los Lakers es la cantidad de jugadores esenciales que desarrollaron allí toda su carrera. Las dificultades de repetir como campeones eran si cabe mayores para los Bulls, debido a la grandeza sin par de Michael Jordan. Cualquier otro jugador estaba condenado a vivir a su sombra, y no había muchos buenos jugadores dispuestos a que alguien proyectara su sombra sobre ellos, por mínima que fuera.

Michael Jordan, impulsado por su talento, su belleza, sus anillos de campeón y un creciente número de anuncios publicitarios, hacía mucho que había trascendido la fama de un mero deportista y llevaba camino de convertirse en el

estadounidense más famoso del mundo, un icono de fama nacional e internacional casi sin parangón. Su único rival en el mundo era la princesa Diana de Inglaterra. La fama de Jordan, como la de Diana, se había convertido en un monstruo, un ente orgánico y viviente que parecía alimentarse de sí mismo y hacerse cada vez más grande. Cuanto mayor era su éxito, más expectación despertaba; cuanto mayores eran los desafíos que abordaba, más se esforzaba por brillar; cuanto más brillaba, más grande se hacía el monstruo. Ya no estaba compitiendo contra su hermano Larry o contra Leroy Smith en el patio trasero, ni contra Patrick Ewing en la universidad, ni contra Magic Johnson o Isiah Thomas en la liga profesional. Ahora competía contra el adversario más mortífero imaginable: él mismo. Cuanto más conseguía un año, más se esperaba que consiguiera el siguiente.

El monstruo (la infinidad de peticiones para promocionar productos, para posar en portadas de revistas, para exceder la realidad, para ser un héroe) creció exponencialmente a finales de los ochenta y a principios de los noventa del siglo XX . Solo una persona con la cabeza tan bien amueblada como Jordan, con una habilidad especial para concentrarse en lo que realmente merecía la pena, podría haber manejado tan bien esa creciente presión. En aquel momento, todas las personas que conocía parecían desear un pedazo de su persona, unas por razones inofensivas y otras para sacar provecho. Cada llamada de teléfono era para pedirle que hiciera algo, por lo común algo que no le apetecía demasiado hacer, por más que le reportara un millón de dólares. El monstruo podía haber aplastado y devorado con facilidad a un joven menos inteligente o con menos fortaleza interior.

De manera por completo sorprendente, Jordan nunca cedió ante ese monstruo. Sí que cambió su personalidad, claro, primero haciendo que se volviera más receloso y luego, con el paso del tiempo, más escéptico, incluso en ocasiones más brusco en su trato con el mundo exterior. Estudiaba cuidadosamente a las personas que tenía cerca y las juzgaba desde muchos planos diferentes, sobre todo para determinar en qué medida querían algo de él. Uno de los grandes aciertos de Phil Jackson, que da fe de su perspicacia al tratar con Jordan, fue que nunca le pidió nada, ni autógrafos ni camisetas firmadas ni que se dejara ver en ningún acto de recaudación de fondos para el instituto de sus hijos. Lo único que le pidió es que rindiera en la cancha y que compartiera un poco el balón. Uno de los muchos dones de Jordan era el de comprender que en el centro de toda aquella locura se hallaba lo único auténtico, el baloncesto, que era real, mientras que casi todo lo demás era artificial. Eso reflejaba una sabiduría y una fortaleza

interior poco comunes. Muchos otros deportistas, pese a haber conseguido mucho menos y haber recibido muchos menos halagos, se creían enseguida el cuento de quiénes eran y que lo inauténtico era lo auténtico, es decir, que ellos eran tan importantes como afirmaban las imágenes más transitorias que existen, las de ese espejo que constituyen hoy los medios de comunicación. Jordan era demasiado listo y equilibrado emocionalmente para caer en eso. Más bien ocurrió lo contrario: cuando las responsabilidades externas crecieron, encontró un auténtico refugio principalmente en el deporte. Libertad y baloncesto llegaron a ser una misma cosa: en los entrenamientos y en los partidos se encontraba la verdadera diversión de la vida. En ellos podía, al menos durante un rato, apartar todo lo demás y hacer lo que sentía.

Si a él todo aquello le resultaba duro, también lo era para sus compañeros de equipo, que debían afrontar una extraña tesitura: estaban a la vez iluminados por el foco de atención dedicado a Jordan y condenados a quedar siempre en la zona de sombra, nunca en el centro de ese foco. Sí, es verdad que el rayo láser de los medios de comunicación los tocaba, pero ellos nunca eran el centro, y en esas pinceladas de luz que recibían había una buena dosis de insinceridad. Debían ser conscientes de algo muy duro y aceptarlo: el hecho de que no importaba lo buenos que fueran ni lo bien que jugaran, porque la mayor parte del mundo que ahora les prestaba atención no tenía demasiado interés en ellos, excepto quizá como mero conducto para llegar a él.

Algunos jugadores lo sobrellevaban razonablemente bien. Comprendían de manera instintiva la falsedad de la fama moderna, por más que en ocasiones esta resultara seductora. John Paxson, que era el más maduro y afable de los deportistas, tuvo un breve contacto con la fama y de inmediato decidió que no le gustaba en absoluto. No solo le hacía sentir incómodo y perturbaba la vida sencilla que a él le gustaba llevar, sino que descubrió horrorizado que estaba cambiando para favorecerla, y no para mejor. Se dio cuenta de que estaba tratando de convertirse en la persona que el foco mediático quería que fuera, siempre agradable y encantador en público, siempre excepcionalmente simpático y atento con los extraños que se le acercaban en los restaurantes. El problema era que a veces se comportaba mejor con esos extraños que con su propia familia, con la que estaba más irritable debido a la presión ejercida sobre su vida y a que se creía más importante de lo que realmente era.

El jugador de los Bulls que con mayor habilidad manejó la contradicción provocada por aquel éxito tan insólito fue Scottie Pippen, «el vicepresidente», como lo llamó una vez Gary Payton, de los SuperSonics, «no el presidente».

Según otro jugador del equipo, era como si Pippen se encontrara más cómodo en el papel de compañero talentoso que en el de una estrella en toda regla. Pippen se mostró alguna vez irritado por lo difícil que resultaba jugar con Michael Jordan, por la naturaleza exigente de su personalidad y por el agobio que le ocasionaba el hecho de haber perdido su privacidad, al menos hasta el punto de hacerle la vida más difícil. En aquellos primeros años, Pippen sabía perfectamente, incluso tras ganar el campeonato, que una parte de Jordan todavía no lo había aceptado del todo, ni a él ni a su juego, y que permanecía a la espera, juzgándolo, preguntándose aún si era auténtico. Pero Pippen tenía un sexto sentido para reconocer sus propios límites, lo que sabía hacer y lo que no. Si Jordan lo hacía todo tan bien como jugar al baloncesto (tratar con el enjambre de medios de comunicación o manejar la ingente cantidad de responsabilidades ajenas a su deporte), Pippen no tenía el más mínimo talento para todo aquello. Esa carencia en sus habilidades, aunque no era tan notoria en la cancha, resultaba enorme fuera de ella. Jordan tenía una elegancia innata para los medios y parecía haber nacido para que la cámara lo enfocara constantemente. Era algo que le gustaba y, aunque acabó siendo excesivo, también lo echó de menos cuando desapareció.

Por el contrario, Pippen tenía muy poco instinto natural para desenvolverse entre el creciente número de productores de imágenes que seguían los destinos de los Bulls. Cuando los medios de comunicación entraban en tropel en el vestuario de los Bulls, lo que buscaban era la parte de Scottie Pippen que él menos deseaba revelar; lo que sucedía allí era un calvario para todos los implicados. Pippen se adaptó bien al triple poste; nadie compartía la pelota con sus compañeros mejor que él. Si fallabas unos cuantos lanzamientos, Jordan solía dejar de darte balones, mientras que Pippen trabajaba aún más para pasarte la pelota. Jackson estaba convencido de que aquello era consecuencia de haber sido el hijo menor en una familia muy pobre y numerosa: compartirlo todo era algo natural para él.

Pippen ya había acabado quemado con los medios de comunicación con anterioridad. El tránsito a la madurez no le había sido nada fácil en Chicago, y gran parte de su etapa de crecimiento había transcurrido bajo la atención de los medios. A diferencia de Jordan, que había llegado a Chicago tras prepararse en un programa muy perfeccionado, pues en él se dedicaba mucho tiempo y energía para que los graduados supieran desenvolverse en el mundo que los esperaba, Pippen había llegado a la ciudad siendo un niño pobre de un entorno rural que había seguido un modesto programa deportivo. Durante sus primeros años en los

Bulls, llevaba gafas de cristales transparentes, según parece para tener un aspecto más serio.

Había llegado sin estar hecho del todo, sin pulir, pero siendo también rico y famoso, la combinación más peligrosa que pueda imaginarse, y Chicago estaba lleno de tentaciones. Él, como ocurriera antes con muchos otros jugadores de la NBA, sucumbió a muchas de esas tentaciones. Según uno de los directivos del equipo, tanto él como su íntimo amigo Horace Grant, que había llegado durante la misma temporada procedente de un entorno similar, se habían comportado como niños que hubieran soltado en la tienda de caramelos más grande del mundo. Y el criterio de Pippen en sus relaciones con las mujeres tampoco era siempre impecable. En cierto momento, hubo de enfrentarse a las demandas simultáneas de paternidad de dos mujeres diferentes. En otra ocasión, la policía de la ciudad lo detuvo por posesión ilegal de armas a causa de una pistola que llevaba en el coche. Pero, a medida que fue madurando y sintiéndose mejor consigo mismo, empezó a disfrutar cada vez más jugando al baloncesto. Pocos jugadores de la NBA parecían disfrutar tanto del juego. Cuando la cámara de televisión enfocaba un primer plano del banquillo justo después de que Pippen hubiera salido de la cancha, casi siempre se le veía riendo y bromeando con sus compañeros, disfrutando especialmente con esa faceta de su vida. Una vez alguien le pidió a Phil Jackson que definiera a Pippen con una frase breve y Jackson contestó de inmediato: «La alegría del baloncesto». Pero cuando llegaba el momento de las obligaciones ajenas al juego, de tratar con los medios de comunicación, parecía que le hubieran puesto una máscara. Por más que respondiera, lo que de verdad decía su respuesta era: «Por favor, no me preguntéis más». De forma deliberada, sus respuestas cerraban puertas en lugar de abrirlas. Con el paso del tiempo, la máscara empezó a funcionar: los medios solo le prestaban una atención mínima y enseguida buscaban a otros jugadores.

Pippen no parecía envidiar a Jordan su posición de privilegio. En los inicios de su trayectoria juntos, era consciente de que Jordan estaba aplazando su aprobación con respecto a él y que, en cierto modo, lo estaba sometiendo a juicio, pero tampoco eso parecía incomodarle. A diferencia de su íntimo amigo Horace Grant, a quien le molestaba el estatus especial de Jordan y la falta de entusiasmo que este mostraba por su juego, Pippen no solo aceptó que Jordan estaba un escalón por encima de él, sino que era importante seguir trabajando juntos, aprendiendo y mejorando. Según Chip Schaefer, que los veía todos los días, si durante los primeros años Michael fue en ocasiones duro con Scottie en los entrenamientos, este último fue lo bastante inteligente como para darse

cuenta de que podía beneficiarse de lo que Jordan hacía y aprender de él, tanto en la cancha como fuera de ella.

En el Dream Team, Pippen alcanzó por fin el estatus de superestrella. Al lado de otros jugadores de la NBA que llegaban anunciados a bombo y platillo, Pippen jugó al más alto nivel, un nivel incluso superior al de casi todo el equipo, pese a que la mayoría de sus miembros habían llegado allí con mejor reputación que la suya. En opinión de Chuck Daly, solo estuvo por debajo de Jordan y al mismo nivel que Charles Barkley, quien también hizo unos Juegos Olímpicos fantásticos. El juego de Pippen sorprendió a casi todo el mundo, incluidos Jordan y Daly. «Nunca sabes de verdad lo bueno que es un jugador hasta que eres su entrenador», dijo Daly después, «pero Pippen fue la gran sorpresa en Barcelona, por la confianza con la que jugó y porque su juego fue completísimo, tanto en ataque como en defensa. La verdad es que nadie se lo esperaba».

El juego de Pippen sorprendió incluso a Jordan. Nada más llegar, Jordan había hablado con los entrenadores sobre los diferentes jugadores del equipo, y resultaba obvio que todavía no estaba seguro del nivel que demostraría su compañero de los Bulls. Pero una vez volvió a Chicago, habló de los Juegos con Jackson. Lo mejor de todo, le dijo a su entrenador, había sido que la grandeza de Pippen se había exhibido en toda su plenitud. «Scottie llegó siendo un jugador más y ninguno de los otros sabía lo bueno que era; pero él fue jugando y al terminar la semana estaba claro que era el escolta número uno allí, por encima de Clyde, de Magic y de Stockton. Fue fantástico que la gente pudiera verlo en aquel escenario y comprobar lo bueno que era».

Si Pippen era quien mejor llevaba lo de jugar a la sombra de Jordan, quien parecía tener más problemas con esa situación era Horace Grant. A veces daba la impresión de que hervía de resentimiento, ya que, según su percepción, Jordan gozaba de un estatus especial en la entidad. Por qué a él le resultaba más difícil lidiar con eso que a otros nadie lo sabía con seguridad. Sin duda, en parte se debía al tipo de papel que desempeñaba en el juego. Su cometido, por ser el jugador ágil y grande del equipo, consistía en encargarse de la labor más oscura, jugar fuerte en defensa contra rivales más grandes y trabajar en el rebote. Y ese trabajo de peón, pensaba Grant, se le pagaba jugando muy pocas veces para él.

Para algunos entrenadores, Grant tenía problemas porque, en el mundo del espectáculo del baloncesto, no era un alumno tan aventajado como Pippen, de modo que ambicionaba lo que nunca sería suyo y lo que nadie en su sano juicio desearía: la fama de Jordan. Tampoco entendía que el estatus especial de Jordan en la entidad no era obra de Phil Jackson, sino de los dioses; por tanto, no podía

ser controlado por nadie, y menos aún por el propio Jordan. Algunos miembros de la entidad empezaron a percibir que Grant era víctima de una especie de virus: creía que, de algún modo perverso, Jordan estaba frenando su carrera y que sus logros personales estaban quedando oscurecidos por la fama de Jordan.

Además, había otra historia anterior entre Grant y Jordan, de la época en que Jordan dudaba de que Grant fuera una correcta elección en el *draft* . Y, más adelante, Jordan dejó bien claro que no le parecía que Grant fuera tan brillante. Fuera esa la razón o no, lo cierto es que en Grant había un resentimiento latente contra Jordan. Tras ganar el anillo de 1991, cuando el equipo fue invitado a la Casa Blanca para ser recibidos por el presidente Bush, Michael Jordan salió a cenar con Grant y le mencionó que tenía planeado no acudir al acontecimiento e irse a jugar al golf. En ese momento, Grant no dijo nada, pero cuando la ausencia de Jordan se hizo pública, aprovechó la ocasión para criticarlo. Jordan reaccionó con una furia tranquila. En su opinión, si Grant tenía algo que decir, debería haberlo hecho durante la cena de aquella noche o bien no decir nada después.

Un claro aviso de que Horace Grant estaba más que insatisfecho y que acabaría dejando el equipo sucedió el primer día de entrenamiento del otoño de 1992. Un ejercicio habitual en la pretemporada de Jackson era una rutina de preparación física que él llamaba «carrera india». Los jugadores corrían en fila india y, cada vez que Jackson hacía sonar el silbato, quien estuviera al final de la fila debía esprintar hasta ponerse a la cabeza. Era un ejercicio agónico: trotar y esprintar, trotar y esprintar. Dado que Jordan y Pippen estaban aún recuperándose de los entrenamientos y los partidos extra de los Juegos Olímpicos, Jackson los eximió de realizar la carrera. A mitad del ejercicio, Grant explotó y se marchó de allí echando humo: simplemente, era incapaz de aceptar que los otros dos mosqueteros hubieran estado en el Dream Team y que él tuviera que hacer aquel ejercicio. Jackson fue al vestuario para calmarlo. No era un buen indicio.

La insatisfacción de Grant no era más que parte de un malestar mayor que amenazaba a los Bulls y que se debía a su creciente éxito. Ya existían tensiones desde finales de los ochenta, como parte de la inevitable resaca que conlleva el camino hasta el título de campeón. Pero cuando los Bulls se hicieron más famosos, y debido a la rapidez con que aumentó su éxito, el foco mediático que acompañaba a Jordan empezó a centrarse en la clase de tensiones y divisiones normales en cualquier equipo, aunque en cualquier otro equipo nadie excepto los mismos jugadores les prestaría demasiada atención.

Más adelante, cuando algunas de las divisiones en el seno de los Bulls se

convirtieron en abismos (cada vez más aireados por los medios de comunicación), un periodista le preguntó a Phil Jackson cómo y cuándo había empezado todo. La respuesta fue inverosímil. Dijo que todo había empezado con un libro. Tras el anillo de 1991, Sam Smith, el cronista deportivo del *Chicago Tribune* , escribió un libro sobre aquella temporada victoriosa llamado *The Jordan Rules* («Las reglas de Jordan») el cual se publicó durante el otoño de la temporada 1991-1992. Smith era un periodista astuto y muy trabajador que había seguido a los Bulls durante tres años, y su conocimiento de las facciones y las disputas dentro del equipo, como ya podía preverse, era enciclopédico. El libro, una delicia para los adictos al baloncesto, contaba muchas interioridades y, aunque manifestaba admiración por la grandeza de Jordan, también representaba el primer intento de desmitificarlo. Según parecía, Jordan no era siempre perfecto. Tenía defectos. Se mostraba duro con sus compañeros de equipo y era demasiado consciente de su imagen de marca. Se trataba del retrato, con todas sus imperfecciones, de alguien en quien muy poca gente habría querido ver antes ninguna imperfección. Mostraba su lado más prosaico, en ocasiones petulante, y lo difícil que podía llegar a ser con algunos de sus compañeros.

En cierto modo, lo que retrataba Smith no era tan exclusivo de los Bulls. Los cronistas deportivos son a menudo testigos de los celos mezquinos y los conflictos de ego que surgen durante cualquier temporada larga y difícil. No hay muchos grandes jugadores que sean amigos del alma de otros grandes jugadores de su mismo equipo. Los celos abundan. Hay jugadores a los que les molesta la cercanía de un compañero con el dueño del equipo, como a Kareem Abdul-Jabbar le molestaba la amistad entre Magic Johnson y Jerry Buss. En muchos equipos, las rivalidades comienzan por algo que una esposa le ha dicho a la mujer de un compañero. Es probable que pudiera hacerse un libro similar con cualquier otro equipo, pero pocas veces vale la pena escribir sobre esos celos e incidentes mezquinos. Lo que, en este caso, lo hacía especial era que en ese equipo estaba Michael Jordan. En buena parte debido a la fama de Jordan y al hambre de información sobre él, el libro se convirtió en un *best-seller* . El hecho tenía algo de paradójico: Smith no hacía sino amplificar los sentimientos de quienes criticaban el estatus especial de Jordan, pero en gran parte su libro fue un *best-seller* precisamente por ese estatus especial. Resulta evidente que Horace Grant fue una de las principales fuentes de Smith, como lo fueron también (según se cree) Phil Jackson y Jerry Reinsdorf. El libro hacía patentes unas rivalidades y divisiones que siempre habían existido, pero que la gente había evitado difundir antes. Ahora esas tensiones y facciones eran por completo del

dominio público.

A Michael Jordan no le hizo mucha gracia el libro, aunque sabía que él era casi invulnerable a las críticas: su fama era tal que le proporcionaba una gran inmunidad frente a los ataques de la prensa escrita, sobre todo porque su equipo seguía ganando. Hacía mucho que Jordan había ascendido a otro mundo donde los únicos medios de comunicación que contaban eran las cadenas de televisión, un ámbito en el que muchos reporteros, ansiosos de lograr el acceso a su persona, ya no eran solo periodistas, sino embajadores de sus cadenas que se presentaban ante él. Lo que a Jordan le importaba era la imagen, y su imagen relucía; los hechos tenían menos importancia, porque el único hecho real que preocupaba a la gente era que él y su equipo seguían ganando y que seguía siendo un tipo atractivo.

En cambio, el libro resultó devastador para Jerry Krause, puesto que describía con considerable detalle las tensiones entre Krause y los jugadores, especialmente con Jordan y Pippen, y el modo en que los jugadores lo picaban y se burlaban de él. Incluso antes de que saliera el libro, Krause ya estaba padeciendo cierto menoscabo en su reputación: por más que sus contribuciones a la creación de los Bulls hubieran sido considerables, él era invisible para la cámara de televisión que efectuaba los barridos de la línea lateral durante los partidos. Las cámaras de televisión no solían hacer mucho caso a un director general y preferían centrarse en los jugadores y los entrenadores. Eso significaba que Phil Jackson, que trabajaba para Krause, que había llegado al equipo gracias a Krause y que le debía su trabajo a Krause, se estaba haciendo más famoso que Krause y se le estaba atribuyendo más mérito en el éxito del equipo que a Krause.

Eso ya era lo bastante duro. Pero ahora, además, salía este libro que parecía denigrar a Krause ante la opinión pública y que lo retrataba como a un hombre al que sus jugadores despreciaban y menospreciaban. Ante cualquier disputa entre Michael Jordan y Jerry Krause, el público lo tenía fácil para elegir bando: Krause siempre era el malo de la película. El director general aborrecía el libro y llegó a obsesionarse con él. Quizá otros, al ver publicado algo tan difícil de digerir sobre ellos, habrían puesto distancia o habrían fingido que no había ocurrido o incluso habrían insinuado que les había divertido. Pero Krause no. El libro parecía estar carcomiéndolo. Iba quejándose a todo el personal de la entidad de lo que Smith había escrito. Llegó a subrayar casi doscientos párrafos que, según él, decían mentiras. (La mayoría de las veces, eran opiniones de otros con las que no estaba de acuerdo). A sus empleados les citaba pasajes poco

halagadores referidos a él y les pedía que confirmasen que no eran verdad. Krause, cuyo modo de vestir en los inicios de su carrera no había sido un modelo de pulcritud o de buen gusto, agarró a un miembro del equipo de Jackson y le gritó: «Sam Smith me llama desaseado. ¿Tú me has visto alguna vez desaseado?». Una vez atrapó a Jackson en la habitación de su hotel y empezó a repasar aquellas presuntas mentiras una por una, un proceso angustioso y degradante, hasta que Jackson le dijo que lo que estaba haciendo era indecoroso y que todo aquello no eran más que nimiedades. «Jerry, tienes que dejarlo correr», le dijo finalmente Jackson. Pero parecía como si Krause, de manera inconsciente, estuviera resuelto a hacer el libro más importante de lo que era.

El libro de Sam Smith no solo acentuó la brecha entre Krause y los medios de comunicación, sino que también empezó a alejarlo de Jackson y de algunos de los entrenadores. Krause estaba convencido de que una de las fuentes principales del libro había sido el entrenador ayudante Johnny Bach, de modo que comenzó a presionar a Jackson para que se deshiciera de él. Hacía ya tiempo que le desagradaba Bach, quien solía caer bien a la gente hasta un extremo que Krause ni siquiera podría soñar. Bach era un entrenador de talento y una figura importante en el éxito de los Bulls, pero lo que resulta más significativo es que, a diferencia de Krause, Bach era un hombre de mundo, encantador y extremadamente atractivo, además de ser un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Era un entusiasta de la historia militar y un hombre muy leído. A ello había que sumar que tenía una relación cercana con los jugadores. Se llevaba excepcionalmente bien con Horace Grant, quien fue padrino en la segunda boda de Bach.

También se llevaba bien con los profesionales de los medios de comunicación. Caía bien a los periodistas deportivos y estos lo respetaban, en buena parte porque era listo, honrado y tenía gran facilidad para citar frases atinadas y subidas de tono. Krause, siempre reservado, detestaba esa cercanía de Bach con los periodistas y estaba seguro de que gozaba de tanta popularidad porque estaba revelando secretos de estado. «Johnny», solía decir, «a los entrenadores ayudantes hay que verlos, pero no oírlos». Incluso antes de la publicación del libro de Smith, Krause ya criticaba a Bach debido a esa cercanía con los periodistas. Así que, cuando salió el libro, Krause, que necesitaba un villano, se convenció de que los fragmentos negativos eran cosa de Bach. Pero no lo eran. Lo que los jugadores y otros integrantes de la entidad sentían por Krause no era exactamente un secreto, y resultaba inevitable que a un periodista avispado y diligente como Smith le acabaran llegando historias en ese sentido. El libro no

era tanto obra de Bach como, tristemente, del propio Krause, y también de Reinsdorf, por tener como director de la entidad a alguien con tanta tendencia a crear conflictos constantemente. En todo caso, su publicación dio comienzo al proceso que acabaría con Bach despedido de su puesto de entrenador.

En ese momento, Krause estaba más herido que nunca, más necesitado de publicidad, pero sobre todo, según la opinión de algunos miembros de la entidad, estaba incluso más celoso de Jackson. Parecía creer que todo el alboroto dentro del equipo era culpa de Jackson y que este había suspendido una especie de examen de lealtad, porque había permitido que los jugadores albergaran sentimientos negativos respecto a él. Jackson todavía no estaba en guerra con Krause, pero sí creía que Krause ponía las cosas difíciles al salirse de su parcela y meterse donde ni se le necesitaba ni se le quería. Krause, por su parte, parecía creer que, si surgían tensiones entre él y los jugadores, Jackson tenía el deber de defenderlo. Las fallas dentro de la entidad iban haciéndose más profundas: los exámenes de lealtad (aunque pudieran ser inconscientes) habían comenzado.

La lealtad era una cualidad de importancia mayúscula para Krause, sobre todo por el duro camino que había recorrido hasta alcanzar la cima. Por más que, de joven, apenas hubiera hablado del desprecio con que lo había tratado casi toda la gente del mundillo, todos aquellos otros ojeadores, sin duda había oído las burlas y había sentido como una punzada el hecho de no haber sido invitado a tantas y tantas cenas durante sus desplazamientos. Sus verdaderos sentimientos (a causa de aquellas heridas que había sufrido en silencio) se revelaban en la lealtad inquebrantable que demostraba a los pocos que se habían portado bien con él en aquellos primeros días, hombres que lo habían aceptado por su pasión por el baloncesto y su ética profesional, y que no lo rechazaban por su aspecto. Aquellos hombres, gente como Tex Winter, Big House Gaines, John McLeod y (cuando Krause era ojeador de béisbol) el antiguo parador en corto de Detroit Johnny Lipon, iban a poder contar con su apoyo cuando quisieran (Winter había obtenido un trabajo fijo y el hijo de Gaines trabajaba para Krause como ojeador). El mismo Krause manifestaba una lealtad ciega hacia Reinsdorf, al que consideraba el mejor propietario de equipo deportivo, un juicio que, por más que se reconocieran la inteligencia y fortaleza de Reinsdorf, no compartía mucha gente en el mundo del deporte.

Krause no estaba demasiado dotado para percibir cuán complejo podía ser ese sentimiento de lealtad en las personas de talento. Desde luego, si contrataba a alguien, esa persona tenía la obligación de permanecer leal a él, pero no le debía su vida ni su honor ni su íntima creencia en una verdad determinada. Tampoco

entendía que, en la política de los Chicago Bulls, cada vez más embrollada y dividida en facciones, la lealtad a él pudiera chocar habitualmente con la lealtad a otros integrantes de la entidad, y más en concreto con la lealtad a los propios jugadores. Ni tampoco aceptaba la idea de que su omnipresencia provocara una gran cantidad de incidentes innecesarios. Así pues, de modo casi deliberado, solía poner exámenes de lealtad que ninguna persona con talento y amor propio aprobaría jamás. Otros ya le habían fallado en el pasado; ahora era el turno de Phil Jackson.

Las tensiones en el seno de la entidad rara vez llegaban a la cancha. Con todo, la temporada 1992-1993 resultó dura. A los entrenadores y preparadores les parecía que el equipo estaba cansado, tanto mental como físicamente. Al comenzar la temporada, Cartwright y Paxson todavía se estaban recuperando de sus operaciones, y Pippen y Jordan sufrían persistentes lesiones que no acaban de quitarse de encima, además de estar agotados tras los Juegos Olímpicos. Aquel año, el número de victorias del equipo descendió de sesenta y siete a cincuenta y siete. A veces, la fatiga causada por el apretado calendario y por tener siempre que defender el título parecía pasarles factura. En alguna ocasión, el nivel de quejas previas al entrenamiento se disparaba hasta alcanzar nuevas cotas. Cierta vez, durante una larga y pesada serie de partidos en cancha contraria, mientras algunos jugadores se estaban preparando para salir al entrenamiento, Jordan vio que rezongaban más de lo habitual. Así que se volvió hacia ellos y les dijo: «Vamos, millonarios». Era un escueto recordatorio de que su situación no era la peor posible y de que algo debían dar a cambio de sus abultados salarios. Pese a todo, los Bulls seguían siendo un equipo duro y con confianza en sí mismo, un grupo que jugaba bien los partidos importantes, que jugaba muy bien fuera de casa y que sabía qué debía hacer para rematar los partidos. En realidad, Michael Jordan se había convertido en el mejor jugador de final de partido en la historia de la liga. Quería tener la pelota en los últimos minutos, y no importaba qué defensa le hicieran ni qué equipo tuviera enfrente: no había otro jugador mejor a la hora de buscarse una posición de tiro.

En las finales de 1993, los Bulls jugaban contra Phoenix sin la ventaja de cancha, debido a su menor número de victorias durante la temporada regular. Las series proporcionaban la ocasión de ver a Jordan jugar contra su amigo Charles Barkley, que aquel año había sido nombrado MVP de la liga. Phoenix había ganado sesenta y dos partidos durante la temporada regular, cinco más que los Bulls. Antes de empezar las series, sabiendo lo fuerte que era Phoenix en su nuevo estadio, Jackson empezó a hablar de lo importante que sería ganar allí uno

de los dos partidos. «No ganaremos uno», le dijo Jordan a su entrenador; «iremos allí y ganaremos los dos».

Viajaron, pues, a Phoenix e hicieron justamente eso. Si Jordan necesitaba una motivación extra, pensaban sus compañeros de equipo y Jackson, la tenía en ese MVP concedido a Barkley. En los partidos segundo, tercero y cuarto, Jordan anotó respectivamente 42, 44 y 55 puntos. Aun así, Phoenix, que empezó perdiendo 0-2, asestó un duro golpe a los Bulls al ganar dos de los tres partidos en Chicago. Los Bulls tenían que volver a Phoenix y ganar allí si querían retener el título.

Al embarcar en el avión del equipo, casi todos se mostraban algo deprimidos. «Aquello se parecía mucho a una morgue», recordó después el comentarista de los Bulls Johnny Kerr. «Habían tenido la oportunidad de liquidar la serie en casa y la habían dejado escapar. No se reconocían en aquel equipo que había perdido dos de los tres partidos en casa. No era propio de ellos». Entonces, Jordan apareció en el avión con gafas oscuras, un llamativo sombrero, una camiseta deportiva aún más llamativa y fumándose un puro. «Hola, campeones del mundo», dijo. «Vamos a Phoenix a machacarlos». Con esas palabras cambió el estado de ánimo en el avión, y en el sexto partido John Paxson anotó un lanzamiento sobre la bocina con el que los Bulls ganaron el partido y el título en cancha contraria. Ya tenían el llamado *three-peat* , sus tres anillos consecutivos.

Para Jordan, uno de los alicientes especiales de jugar contra Phoenix era la oportunidad de enfrentarse a Dan Majerle, apodado «el Trueno». No era por nada que hubiera hecho Majerle, sino, de nuevo, por Krause. Jerry Krause era un incondicional de Majerle y había querido elegirlo en el *draft* cuando el jugador había llegado a la liga, aunque finalmente se había contenido y optado por Will Perdue solo porque le preocupaban los pies de Bill Cartwright. Pero, para Jordan, Krause había hablado demasiado a menudo y con demasiado entusiasmo de Majerle, de lo gran jugador y lo completo que era, defensiva y ofensivamente. Krause llegó a compararlo con Jerry Sloan, uno de sus jugadores favoritos de siempre. Según sus compañeros, Jordan siempre ponía una marcha más cuando Dan Trueno Majerle estaba en la cancha. En opinión de Lionel Hollins, en aquella época entrenador ayudante en Phoenix y un hombre que apenas sabía nada de las tensiones existentes entre Krause y Jordan, durante aquellas series era como si Michael Jordan tuviera algún tipo de disputa personal con Dan Majerle. Cada vez que recibía la pelota, parecía irse todo decidido hacia Marjerle, como si quisiera demostrar que no era capaz de defenderlo. Según Hollins, era como una venganza que iba más allá del partido.

Al terminar el sexto partido de las finales, cuando el lanzamiento de Paxson atravesó la red, Michael Jordan corrió hacia la canasta para hacerse con la pelota. La levantó por encima de la cabeza y sus compañeros creyeron que iba a decir algo referido a un viaje que tenían previsto a Disneylandia. En cambio, gritó: «¡Dan Trueno Majerle: que te den!».

26

Chicago, 1993

El tercer anillo, ganado justo un año después del escaparate que supuso el Dream Team para Jordan, incrementó la fama del jugador e hizo más grande si cabe su leyenda. Llegó a estimarse que las ganancias anuales de Jordan, de unos 20 millones de dólares en la temporada anterior al Dream Team, pasaron a ser de 30 millones en la temporada siguiente. Nadie familiarizado con el deporte había sido testigo de un fenómeno parecido al potencial comercial de Michael Jordan. Y así fue como, poco a poco, las cosas empezaron a torcerse. Lo que sucedió es que, en cierto modo, Jordan había tenido demasiado éxito y cada vez era más prisionero de su fama. La presión era demasiado grande, el escrutinio público excesivo y las vías para relajarse y liberarse de la fama, demasiado escasas.

Todo empezó con las historias del juego y las apuestas. A Jordan siempre le había gustado apostar en toda clase de competiciones. Ya en la universidad, había hecho apuestas sobre las rutinas de entrenamiento y las partidas de HORSE. Se trataba de apuestas pequeñas (veinticinco centavos por tiro libre) y no autorizadas oficialmente. Un día, durante el entrenamiento, Jordan le mencionó de pasada a Dean Smith que ahora Ron Williams le debía otra Coca-Cola, y Smith le preguntó a Williams de qué estaba hablando. Ah, pues que apostamos Coca-Colas en los ejercicios, respondió Williams. También apostó sobre el resultado de una partida de videoconsola portátil con David Falk y, cuando le llegó el turno de jugar a Falk, Jordan empezó a hablarle de temas serios de negocios para impedir deliberadamente que Falk se concentrara.

Siempre necesitaba ganar. Apostó con sus compañeros de los Bulls en el HORSE y en la infinidad de juegos de cartas que jugaban en los aviones. Jordan tenía una habilidad poco usual para las matemáticas, de modo que no tardó en convertirse en un jugador de cartas muy bueno. Bien pronto, los entrenadores de los Bulls empezaron a advertir a los jugadores más jóvenes que no jugaran a las

cartas con él, porque era demasiado bueno, pero de poco sirvió.

Si había un rasgo distintivo en sus actividades ajenas al baloncesto, era la furia con la que se entregaba a ellas, la necesidad que tenía de jugar otra partida de cartas o un recorrido de golf hasta que conseguía ganar. En parte, aquello no era más que puro instinto competitivo, pero también se debía a la necesidad de aliviar la creciente presión en su vida, pues era examinado con microscopio, cada vez más, primero por el mundo del deporte, después por toda la nación y, con el paso del tiempo, por la mayor parte del mundo. De ese modo, fue convirtiéndose en prisionero de su habitación de hotel. No podía salir sin que se armase algún tumulto a su alrededor, por lo que ahora sus amigos iban a verlo a él. Su habitación de hotel se convirtió en su centro de operaciones. Su padre solía estar allí, también algunos de sus viejos amigos de Carolina del Norte y, siempre, sus guardaespaldas, y todos juntos jugaban interminables partidas de cartas. «Lo más raro de Michael», dijo su amigo íntimo, el siempre alegre y entusiasta Charles Barkley, «es que, siempre que estamos juntos, estamos en una habitación de hotel, porque él nunca sale».

El golf fue haciéndose cada vez más importante para Jordan. Era su principal modo de evadirse del resto de las tediosas responsabilidades fuera de la cancha, la única actividad, aparte de los entrenamientos y los partidos, en la que podía hallar cierto grado de libertad y relajarse. En un mundo en el que cada vez más gente quería algo de él, peligraba hasta su misma libertad y cordura. Lo curioso es que todo aquello, la fama y los compromisos publicitarios que empezaban a robarle privacidad, tenía que soportarlo un hombre joven que necesitaba libertad física en un grado poco usual. Sus amigos, que conservaba del instituto y la universidad, siempre habían sido conscientes de su extraordinario nivel de energía, de aquella excepcional maquinaria metabólica que le permitía trabajar y jugar con el doble de intensidad, además de dormir la mitad que el resto de la gente. El primer indicio de aquel metabolismo, una especie de frenesí de energía, se había manifestado cuando todavía estaba en la universidad. Carolina había planificado algunos partidos de pretemporada en Europa y, por una carambola de la programación, los Tar Heels debían jugar partidos consecutivos la misma noche contra dos equipos europeos duros y veteranos. El primer encuentro se fue a la prórroga, y durante un tiempo muerto Michael le dijo a Roy Williams: «Entrenador, esto ha durado demasiado; voy a acabar con ello ya». Así que tomó las riendas del partido y consiguió la victoria para su equipo. Luego, tras una breve pausa de media hora en la que engulló dos barritas de caramelo, también dominó el segundo partido. Para algunos de sus compañeros, aquella fue la

primera demostración de su extraordinario nivel de energía. Después, siguió haciéndose patente en su primer año en la NBA, cuando superó el rendimiento esperable en cualquier novato y, en lugar de ir decayendo hacia mitad de temporada, fue creciendo en la parte más dura del calendario. Pero ahora, confinado y sometido constantemente a una creciente presión de responsabilidades ajenas al baloncesto que, por lo general, se le hacían más duras que los partidos, necesitaba el refugio del campo de golf más que nunca, y en cuanto tenía ocasión de ir, parecía explotar allí con extraordinarias descargas de energía física. «¿Por qué juega al golf?», preguntó una vez Magic Johnson de forma retórica. «Para evadirse del mundo… ¿Por qué juega treinta y seis hoyos o cuarenta y dos? […] Michael es capaz de jugar desde las siete hasta que se ponga el sol durante el verano. No sale nunca del campo de golf; se queda allí todo el día y toda la noche. ¿Por qué? Porque cuando está allí, nadie lo molesta. Se está divirtiendo. El mundo exterior queda excluido».

A medida que aumentó su riqueza, sus apuestas de golf fueron creciendo hasta llegar a ser temerarias. Al principio, apostaba cien dólares por hoyo, a veces cien dólares por *putt* . Después, las apuestas llegaron a mil dólares por hoyo. Los partidos fueron ganando en intensidad. «Tío, jugar con Michael es como estar en la Tercera Guerra Mundial», dijo Gene Ellison, que jugaba al golf con Jordan de forma habitual. «Te deja hecho polvo. Te vuelve loco. Pero no hay nada malo en ello. Solo se está divirtiendo».

Con el paso de los años, Jordan se convirtió en una especie de pardillo para los astutos embaucadores del golf en busca de carne fresca. El gran público se enteró de la enloquecida intensidad de sus partidos solo porque, tras la temporada de 1991, jugó con algunos compañeros de dudosa reputación en Hilton Head (Carolina del Sur), donde Jordan tenía una casa, y uno de los integrantes del grupo fue después arrestado por asuntos de drogas y por fraude fiscal, y otro fue asesinado. Parte de lo ocurrido salió a la luz en los tribunales, por lo que la obsesión de Jordan por el golf está documentada con bastante detalle.

Una de las personas con las que solía jugar, James (Slim) Bouler, ya era una figura algo turbia cuando entablaron contacto. Bouler arrastraba una condena anterior por venta de cocaína, así como dos violaciones de libertad condicional por posesión de armas semiautomáticas. Además de todo lo anterior, resultó que también se dedicaba a estafar con fuertes apuestas de golf: jugaba al golf con una víctima preestablecida a instancias de grandes apostadores y, a cambio de embaucarla, se llevaba una sustanciosa tajada de las ganancias. Bouler era dueño

de una tienda para golfistas y de un campo de prácticas de golf en Monroe, Carolina del Norte. Cierto día de 1986, alguien se presentó en la zona de prácticas de Bouler para decirle que Michael Jordan estaba jugando en un campo cercano. La noticia no tenía nada de especial para Bouler, acostumbrado a estar cerca de celebridades en los diferentes torneos de golf. Pero, entonces, aquella persona dijo que Jordan estaba apostando billetes de cien dólares en varios hoyos, y Bouler olió el tipo de jugada que mejor se le daba. Así que fue a buscar sus palos de golf.

Cuando Bill Brubaker, reportero del *Washington Post* , entrevistó a Bouler en 1993 en una prisión federal de Texas, le preguntó si se describiría a sí mismo como un estafador de golf. Bouler pareció sentirse bastante orgulloso con tal descripción: «Si quieres darle ese nombre, no voy a enfadarme. Solo te diré una cosa: si vienes a jugar, mejor que traigas reservas, porque no vas a ningún pícnic». Según Bouler, durante los cinco años que él y Jordan jugaron y apostaron juntos, a menudo llevaba encima 30 000 dólares en efectivo. Tras la temporada del anillo de 1991, durante cinco días, Jordan y algunos de sus amigos jugaron una especie de maratón ininterrumpida de cartas y golf (golf durante todo el día, cartas por la noche hasta primera hora de la mañana) en la casa de Jordan en Hilton Head. Algunos de ellos quedaban a las siete de la mañana para desayunar y a las ocho ya estaban en el campo de golf. Llegaban a jugar veintisiete hoyos por día. Solían apostar cien dólares por hoyo, pero podían alcanzar los quinientos o los mil dólares por hoyo. Los grandes apostadores, gente con mucho dinero, jugaban en el llamado *Big Group* , mientras que los de recursos más limitados jugaban en otro grupo en el que las apuestas eran mucho más pequeñas. Al terminar aquella juerga de cinco días, Jordan debía 57 000 dólares a Bouler y 108 000 a Eddie Dow, un agente local de fianzas cuyo trabajo consistía en guardar el dinero a Bouler. Cuando por fin Jordan envió su cheque a Bouler, los federales se lo incautaron, aduciendo que Bouler trataba de evitar el pago de los impuestos correspondientes. Unos meses después, en febrero de 1992, Dow fue asesinado en su casa durante un robo aparentemente sin relación con las apuestas. Ciento ocho mil dólares del dinero de Michael Jordan, repartidos en dos cheques, fueron encontrados en su maletín.

A la NBA le incomodó en grado sumo que su figura más representativa apareciera mezclada en un desagradable escándalo de juego, de modo que, con cierta desgana y lentitud, comenzó a comprobar lo que había sucedido. Jordan recibió una amonestación menor, aunque la investigación dio la impresión de ser mínima. De algún modo, Jordan consiguió no hablar de otros problemas de

juego, pero, un año después, un hombre llamado Richard Esquinas, adicto al juego según su propia descripción, autopublicó un libro en el que afirmaba que había ganado 1 250 000 dólares a Jordan durante una juerga de golf que duró diez días, y que habían negociado saldar la deuda con 300 000 dólares. Jordan admitió que debía 300 000 dólares a Esquinas.

Ninguna de estas apuestas tenía relación alguna con los partidos de baloncesto. A diferencia de Pete Rose, que hacía apuestas teóricas, Jordan apostaba sobre todo basándose en su propia destreza como golfista. A los familiarizados con la intensidad de Jordan, ya les sonaba aquella historia: la imperiosa necesidad de ganar; la necesidad, cuando perdía, de seguir jugando y de aumentar las apuestas… Todo formaba parte del mismo impulso depredador que le había llevado a cosechar tantos triunfos en el baloncesto. «Michael no tiene ningún problema con el juego», explicó su padre, James Jordan, a los periodistas en aquella época; «tiene un problema con la competitividad». Según David Falk, a causa de esa competitividad, Jordan era la víctima ideal para una estafa relacionada con el golf. Tenía un *drive* fortísimo, siempre se veía capaz de ganar y, casi con toda seguridad, se creía mejor golfista de lo que era. Pasado el tiempo, Jordan le dijo a Bob Green del *Chicago Tribune* : «¿Si jugaba con matones con mala reputación? Pues sí. ¿No debería jugar más con matones? No, no debería jugar con matones».

Las cosas alcanzaron un punto crítico durante los *playoffs* de 1993, mientras los Bulls se enfrentaban a los Knicks en Nueva York. Jordan se arriesgó a ir a Atlantic City una noche para jugar, y cuando se supo, los medios poco menos que lo crucificaron. El hecho también puso de relieve la doble personalidad de una red televisiva cuyo objetivo era tanto informar como entretener. En el descanso de uno de los partidos de los *playoffs* , Bob Costas, el respetado comentarista de la NBC, le empezó a preguntar a David Stern acerca de aquella historia. Se trataba de algo muy serio, una tesitura en la que una poderosa y adinerada cadena de televisión se veía atrapada entre dos papeles contradictorios, uno como instrumento periodístico y otro como proveedor de entretenimiento. Y resultaba doblemente importante, porque la liga y la cadena de televisión se jugaban mucho con la imagen pública de Michael Jordan, sobre todo en una época en la que tantos jugadores se estaban comportando como rufianes. Dick Ebersol le había pedido antes a Costas que se asegurara de mencionar también todo lo que aquel año había sido positivo para la liga: el éxito del Dream Team y los altos índices de audiencia de las finales previas. Llegados a cierto punto de la entrevista, Costas creyó que ya se habían

mencionado los aspectos positivos, pero por lo visto no les había dedicado ni el tiempo ni el entusiasmo necesarios para contentar a Ebersol, quien pensaba que había ido directo a por Stern. En el camión de producción de la NBC, se oyó de inmediato la voz de Ebersol en el micrófono privado de producción reorientando a Costas durante la entrevista. Costas no hizo caso. Hubo más avisos. Costas siguió adelante. Hacia el final de la entrevista, en el camión se oían los gritos de Ebersol a Costas, quien, impertérrito, continuaba haciendo las preguntas que cualquier buen periodista haría. Stern no pareció tomárselo muy a pecho y, con el tiempo, el escándalo se apagó.

Fue una mala época para Jordan, y no tardaría en empeorar. Aquella cobertura mediática por el escándalo de las apuestas lo ofendió. En el pasado, los medios se habían mostrado casi siempre devotos a su figura, aunque resultaran un poco demasiado invasivos. Ahora, Jordan los veía como a sus enemigos. Desde luego, no era el primero en experimentar aquella metamorfosis típica de la supercelebridad contemporánea, y que consistía en dejar de considerarse un joven afortunado, el beneficiario de diferentes fuerzas que se habían conjurado para hacerle rico y famoso más allá de cualquier expectativa previa, para pasar a verse como víctima de esa misma maquinaria. El hecho de que ambos resultados, la inmensa riqueza y la simultánea pérdida de privacidad, fueran producidos por las mismas fuerzas (las dos caras de una misma moneda) parecía haber quedado en el olvido por la creciente presión a la que se veía sometido. (Tras aquel suceso, Jordan le contó a Bob Greene, un escritor con quien hablaba periódicamente, que los Juegos Olímpicos de Barcelona le habían parecido detestables a causa de su excesiva comercialización. «Fueron una larga llamada comercial y nosotros éramos los vendedores», dijo, un comentario realizado sin ironía por el vendedor mejor bonificado del mundo).

Su talento y atractivo, que tan bien le habían funcionado hasta entonces, se estaban convirtiendo en un lastre. Debía enfrentarse cada vez más al terrible escrutinio que conlleva la fama superlativa y a la consiguiente pérdida de privacidad, una situación en la que los errores no estaban permitidos. Sus más ínfimos defectos se magnificaban ahora ante el resto del mundo. En la América contemporánea, como parte de la misma eclosión de las comunicaciones (la llegada de la televisión por cable) que tan provechosa le había resultado a la NBA, se había incrementado enormemente no solo la cobertura de los deportes, sino también el sensacionalismo de las noticias. Varios programas televisivos sensacionalistas, centrados en las celebridades, formaban parte de la dieta diaria de noticias del país, unos programas cuyo objetivo era informar de los triunfos

de los famosos y, aún con mayor empeño, de sus fracasos. Esta maquinaria sensacionalista constituía una novedad poderosa y depredadora, y debía alimentarse cada día. Si la cobertura deportiva en Estados Unidos dio un salto cuantitativo con la llegada del cable, otro tanto sucedió con la cobertura amarillista de las celebridades: primero los tabloides hinchaban la figura de alguien y, más adelante, trataban de destruirlo o al menos de menoscabar su reputación. También Michael Jordan iba a verse afectado por esa práctica.

Los nuevos medios de comunicación anhelaban conseguir cualquier noticia sobre él, tuviera o no que ver con el baloncesto. Historias que en otra época los reporteros asignados al equipo (hombres que aceptaban los viejos pactos sobre lo que era y no era relevante) hubieran considerado tabú, ahora se juzgaban legítimas. Jordan empezaba a pagar el precio de ser la mayor estrella mediática de Estados Unidos: no había lugar donde esconderse.

Al principio, mientras su estrella ascendía, Jordan había visto con buenos ojos a los medios de comunicación, pues parecían ser la llave para abrir todo lo bueno que llegaba a su vida. Pero luego las promociones publicitarias lo llevaron a lo más alto y se hizo muy rico y famoso. Eso cambió la relación entre las partes. Él se hallaba en la cima del mundo comercial y profesional, y deseaba mantener su posición. Ya no necesitaba tanto a los medios. Los consideraba un instrumento que no solo había dejado de serle útil, sino que ahora estaba tratando de hacerlo caer de la posición que tan trabajosamente había conquistado. Al mismo tiempo, los propios medios cambiaron y crecieron. Lo que habían sido unos cuantos reporteros a los que conocía personalmente, gente en la que por lo general confiaba y que se dedicaba a informar de sus actividades baloncestísticas, se había transformado en una aglomeración gigantesca de extraños a los que no les importaba para nada el baloncesto y que solo deseaban escudriñar más y más en su vida privada. Jordan se volvió cada vez más receloso. La dinámica había cambiado: él deseaba conservar lo que tenía, y los medios, según le parecía ahora, estaban allí para apartarlo de lo que con todo derecho se había ganado. Muchos presidentes y estrellas de cine habían experimentado el mismo proceso antes que él, pero su alejamiento, su tono en ocasiones hostil y su falta de tiempo para los medios sorprendieron a algunos de sus viejos amigos del mundo del periodismo. Los periodistas percibían como si, pese a su inmenso éxito, Jordan empezara a considerarse víctima del mismo sistema que había contribuido a crearlo.

Todo aquello llegó a su punto crítico en agosto de 1993, cuando su padre, James Jordan, fue asesinado. James Jordan había ido en coche a Wilmington, al

funeral de un amigo, y estaba volviendo a casa cuando se sintió cansado cerca de Lumberton y estacionó en el arcén de la autopista para descansar. Era algo que solía hacer, una especie de regresión a los tiempos en que los negros tenían problemas para alojarse en moteles de calidad. Entonces, dos matones de aquella zona se toparon con él, lo asesinaron y robaron el coche.

Fue un golpe devastador para Michael Jordan. Siempre había estado inusualmente unido a su padre. Cuando Michael triunfó a lo grande en Chicago, James Jordan se retiró de su trabajo en la planta de General Electric, montó una tienda en Chicago y se convirtió en un miembro fundamental del séquito de Michael. En los años que siguieron, James Jordan llegó a ser compañero y amigo íntimo de su hijo, un padre que por un extraño proceso se había convertido en un hermano muy querido, capaz de compartir muchos de los placeres de la nueva vida de su hijo.

Era un hombre cariñoso, de fácil trato y humilde, una persona que enseguida hacía amigos. Hijo de un aparcero, se había criado en tiempos muy duros. De joven, con todo en su contra por ser un negro del entorno rural sureño, había trabajado duro para ganarse todo lo que tenía. Por ello, por la dureza de sus orígenes, había desarrollado un gran sentido de la ironía que le protegía de muchas que habrían molestado a hombres con mayores privilegios. Como muchos negros del sur de su generación, hacía mucho que había aprendido a reírse en los tiempos difíciles y a disfrutar de los buenos tiempos las pocas veces que estos se presentaban. Ahora, al final de su vida y para su sorpresa, los tiempos eran en su mayoría buenos.

En el ambiente lleno de presión que se vivía en el más alto nivel de la NBA, James Jordan constituía una presencia afectuosa y simpática que agradaba a casi todo el mundo: al personal de vigilancia del Chicago Stadium, a los reporteros, a los otros jugadores y a los entrenadores. Casi todos lo llamaban Pops. Era enormemente afable, y disfrutaba de aquel inesperado paseo por la fama y la riqueza que le había llegado en la parte final de su vida. Su presencia aliviaba la presión de su hijo. Michael no solo quedó destrozado por su muerte, sino también por tener que ver cómo, debido a su propia fama, la muerte y el funeral de su padre (por lo general, el más privado de los acontecimientos) se convertían en actos semipúblicos, y también por el hecho de que algunos medios, de manera demencial, conectaran el suceso con sus propios problemas de juego.

En aquel momento, su muerte pareció ser la gota que colmaba el vaso. Ya había soportado una creciente presión durante tres años. Pero por entonces había empezado a vivir en un mundo irrespirable, donde la presión era tanta que no se

le permitía ningún error. El escrutinio sobre su vida había adquirido un carácter brutal y despiadado. Debía enfrentarse cada día a las expectativas de otras personas. Algunos de los que seguían al equipo aquel año se dieron cuenta de que había algo diferente en él. La temporada había sido más dura, en buena parte por las numerosas lesiones, pero también porque, el hecho de ser los campeones hacía que todo el mundo te atacara; y a eso había que añadir las tensiones sutiles y no tan sutiles entre Jordan y Grant, que desde el principio habían creado un incómodo silencio en el vestuario. Los entrenadores notaban que Jordan no era tan feliz aquel año.

En la cancha, se mostraba tan concentrado como siempre (el juego seguía siendo una actividad en la que hallaba libertad y desahogo), pero en los entrenamientos se le veía más desconectado y menos alegre. El entusiasmo que solía transmitir cuando se ejercitaba con sus compañeros, un factor importante en el éxito de los Bulls, había desaparecido. Era como si todo se hubiera vuelto un trabajo. Resultaba evidente que parte del gusto que hallaba en ello se había esfumado. Hasta cierto punto, esto se debía a la exigencia derivada de su fama siempre en ascenso, a esa necesidad de rendir al máximo que ahora todo el equipo sentía cada vez que pisaba la cancha; pero también influía la resaca de sus historias de apuestas. Con los amigos íntimos, hablaba cada vez más de dejar el baloncesto. A finales de la temporada de 1993, se produjo un indicio significativo de que podría dejarlo cuando Dean Smith fue desde Chapel Hill para ver a los Bulls jugando en su cancha. Smith siempre le había dicho a Jordan que iría a ver uno de sus partidos cuando llegara a profesional, pero hasta entonces no lo había hecho. Era como si ambos supieran que aquella podría ser la última oportunidad de Smith para hacerlo.

Magic Johnson intuía lo que le estaba ocurriendo a su colega. Johnson lo observaba ahora desde una perspectiva diferente, como comentarista, pero percibía que algo no estaba en su sitio. Tras retirarse, Magic había empezado a entrar en el círculo de amistades más próximas a Jordan, en su mayoría hombres con raíces en Carolina que se juntaban en su casa y jugaban al golf o a las cartas con él. Johnson llevaba un tiempo avisando a sus colegas de la NBC de que Jordan iba a retirarse. A Jordan le encantaba jugar al baloncesto, decía Johnson, pero se sentía cada vez más exhausto por todos los aspectos que conllevaba fama, los mismos aspectos fundamentales para ganar la enorme cantidad de dinero que le reportaba la promoción de marcas comerciales. En opinión de Johnson, no se trataba solo de las historias de apuestas, sino del vacío de celebridades que se estaba produciendo a su alrededor: tanto Johnson como Bird

estaban despareciendo de la escena, y los potenciales recambios, jóvenes como Grant Hill o Shaquille O'Neal, todavía no habían alcanzado el estatus de superestrellas. El peso de ser el jugador insignia del baloncesto recaía únicamente en Jordan.

Michael tenía por entonces tres anillos, y le resultaba difícil encontrar los retos que tan importantes eran para él. Habían derrotado a Detroit. Habían conseguido el mítico *three-peat* , los tres títulos consecutivos. Ya nadie se refería a él como a un gran jugador individual que no era capaz de elevar el nivel de sus compañeros y que, por tanto, nunca ganaría un anillo. Jordan siempre hablaba de retos (en una memorable rueda de prensa celebrada tras un partido, el periodista Mitchell Kruegel se dio cuenta de que había utilizado la palabra «reto» una docena de veces en cuarenta y cinco minutos), pero por el momento el reto parecía estar en otro lugar. En la temporada del tercer anillo, empezó a decir cada vez más que le gustaría probar con el béisbol. Cuando era niño, había sido su deporte favorito durante un tiempo, y su padre creía que era el deporte que mejor se le daba, un factor nada despreciable a finales del verano de 1993, tras el asesinato de James Jordan. En Chapel Hill, hubo un momento en que había querido dedicarse a los dos deportes, pero Dean Smith se había negado en redondo. Se quedó en un sueño siempre latente.

Hubo algunas señales de que algo estaba ocurriendo. A periodistas a los que apenas conocía, les mencionaba cada vez más lo de dedicarse al béisbol. En un reportaje de portada que le dedicó *Sports Illustrated* en enero de 1992, Jordan aprovechó para explayarse sobre su deseo de jugar al béisbol en las grandes ligas, y habló de su reciente sueño de batear contra algunos de los más temibles *power pitchers* del béisbol. (También había mencionado que podría dedicarse profesionalmente al fútbol americano, otro reto más, y lo había hablado con el ala defensiva Richard Dent, amigo suyo. Jugaría de receptor abierto, pero no iría a por los pases que fueran por el centro, apuntó).

Incluso durante la celebración de la victoria sobre Phoenix en 1993, en el vestuario Michael le dijo a su preparador, Tim Grover, que empezara a prepararle un plan de entrenamiento de béisbol. A Phil Jackson no le sorprendió demasiado, pues ya había notado que para Jordan el baloncesto se estaba convirtiendo, si no en un calvario, sí en un trabajo rutinario, y que ya no tenía ese entusiasmo infantil tan necesario para empujarlo durante una temporada tan exigente.

Jerry Reinsdorf, el primero al que Jordan informó de su intención de irse, le había pedido al jugador que se reuniera con Phil Jackson antes de tomar una

decisión definitiva. Al principio, Michael era reacio a hablar con él, pues temía que Jackson, siempre sutil, lo convenciera para quedarse. Finalmente, Jordan, con mucha prevención, fue a ver a su entrenador. Lo cierto es que Phil Jackson no quería cargar con la responsabilidad de convencer a un jugador de que no fuera a donde su corazón lo llevara. Se limitó a mencionar que había millones de personas a las que él hacía disfrutar enormemente con su talento, y ahí lo dejó. En su interior, Jackson pensó que probablemente Michael Jordan echaría de menos una actividad que tan bien se le daba y que en algún momento volvería a ella. La forma en que abordó el asunto con Jordan aquel día hizo que su relación alcanzara otro nivel; era como si Jackson hubiera pasado una prueba de fuego: había demostrado que estaba dispuesto a hacer lo que era bueno para Jordan, no para Jackson.

De modo que Jordan se retiró. En la conferencia de prensa en que anunciaba su retirada, se mostró sorprendentemente maleducado; llamó a la prensa «chicos» en veintiuna ocasiones. No eran los medios de comunicación, dijo, los que lo empujaban a irse, pero sí dejó caer que aquella era la primera vez que tenía a tanta gente a su alrededor sin que hubiera ningún escándalo de por medio. Había otras cosas que quería hacer con su tiempo, dijo; amigos y familiares a los que había descuidado en su búsqueda de la excelencia y con los que ahora deseaba pasar más horas. «Así que, chicos, ya podéis ir a otro lado a buscaros historias; a ver si con un poco de suerte no me cruzo con demasiados de vosotros en el futuro», dijo. Para los reporteros que lo habían seguido con regularidad durante casi una década en la liga, aquel talante hostil de su conferencia de despedida les resultó fuera de tono. En realidad, los periodistas que lo habían seguido le habían pasado por alto muchas cosas, en parte porque les caía bien y en parte porque tenía un gran atractivo, pero sobre todo porque era un ganador.

27

Birmingham; Chicago, 1994-1995

El béisbol resultó ser muy duro. Nadie puede saber, dado su excepcional talento y su singular determinación, lo bueno que Jordan podría haber sido si hubiera jugado en el equipo de Carolina del Norte y hubiese optado por hacerse profesional, bien renunciando al baloncesto o tratando de simultanear ambos deportes, como hicieron Deion Sanders y Bo Jackson. Pero en el momento en que cambió de deporte, en 1994, había estado alejado de él durante treinta años decisivos, desde su último año de secundaria en Laney High. Además, su altura resultaba una desventaja en el béisbol, porque ofrecía a los lanzadores una amplia zona de *strike* que no podía compensar. Sus reflejos, tan bien adaptados al más ligero movimiento de los rivales en el baloncesto, tan desarrollados en ese deporte que podía tomar decisiones sin pensar siquiera, ahora debían reestructurarse, y hacerlo en un punto bastante tardío de su carrera. La tarea iba a resultar muy difícil. Había algo más que admirable en lo que intentaba hacer: un jugador en la cumbre de su deporte, un hombre de orgullo incomparable, podría decirse que el mejor de todos los tiempos, que optaba por dejar su deporte y estaba dispuesto a empezar en los escalones más bajos de otro deporte muy exigente y a enfrentarse a la posibilidad de fracasar. Iba a ser algo ya de por sí bastante duro, pero, dada su fama, además iba a tener que hacerlo por completo de forma pública, arriesgarse a fracasar ante la mirada escrutadora de los medios de comunicación. Pocas personas, habiéndose ganado el éxito con su duro trabajo, se arriesgarían a hacer el ridículo por un proyecto tan expuesto a la luz pública, por mucho que amen lo que tratan de conseguir. Una cosa es fracasar en privado, y otra bien distinta hacerlo en público. Una portada del *Sports Illustrated* , donde además del titular DÉJALO, MICHAEL , se decía que era una vergüenza para el béisbol, lo enfadó enormemente. No perdonó a la revista ni a su personal, y durante mucho tiempo se negó a cooperar con sus redactores. En

opinión del periodista del *Washington Post* Tom Boswell, uno de los mejores redactores de deportes del país, lo que estaba haciendo era un modo de pasar el duelo por su querido padre. El béisbol los había unido cuando Michael era joven y jugaba en las ligas juveniles. Su padre pensaba que era el deporte que mejor se le daba y, por eso, ahora él estaba intentándolo con el béisbol, como si quisiera volver a tiempos pasados y hallar consuelo. Curiosamente, Phil Jackson estaba de acuerdo con Boswell.

Jordan jugó para los Birmingham Barons, un equipo de la categoría doble A cuyo dueño era Jerry Reinsdorf. Era un buen compañero de equipo. La mayoría de los otros jugadores eran por lo menos diez años más jóvenes y mucho más pobres. (Además de su salario mensual de 850 dólares como jugador de béisbol y 16 dólares por comida diaria, se estima que en 1993 Jordan estaba ingresando 30 millones de dólares en publicidad y otros 4 millones de su salario con los Bulls, que Reinsdorf seguía pagándole). Una de las cosas que hizo fue alquilar un autobús de lujo y arrendarlo a los Barons para que realizaran sus desplazamientos, un autobús mucho mejor que los que usaban la mayoría de los equipos de las ligas menores, que debían echarse a la carretera para hacer viajes de hasta doce horas en los largos y calurosos días y noches del verano. Disfrutaba de la compañía de Rogelio Núñez, un receptor, y lo ayudaba a mejorar su inglés: decía algunas palabras en inglés y, si Núñez era capaz de deletrearlas, Jordan le pagaba cien dólares. Nadie trabajaba más que él para mejorar su juego. Llegaba el primero cada día para entrenar con sus instructores de bateo, y también era el último en marcharse. Ningún alumno había escuchado nunca con tanta avidez las palabras de un preparador de bateo como hacía él cuando escuchaba las de Walter Hriniak.

Pero la cosa no prosperó. Eso fue lo más sorprendente. Era un atleta tan colosal en el baloncesto, tan rápido, tan fuerte, tan intenso, que siempre se las había arreglado para superar cualquier obstáculo que se le pusiera en el camino. No parecía que pudiera fracasar en nada en lo que se implicara de verdad. En cierto modo, toda la gente del resto de los deportes también esperaba que triunfara. Había comenzado razonablemente bien, bateando en torno a.300 en las primeras semanas, pero luego los lanzadores empezaron a lanzarle bolas curvas y *sliders* , y su promedio de bateo cayó. Le resultaba difícil adaptarse a las bolas que quebraban, y su velocidad de bateo, para alguien tan fuerte y flexible, era extrañamente decepcionante. Pese a su talla y su complexión musculosa, era incapaz de traducir su fuerza en poderío beisbolístico. ¿Sería porque batear una bola era mucho más difícil que cualquier otra acción de cualquier otro deporte,

como había sugerido Ted Williams años antes? La respuesta parecía ser afirmativa. En 436 turnos al bate, Jordan solo consiguió 3 *home runs* y 50 carreras impulsadas. Durante un tiempo, rondó la línea Mendoza, la legendaria línea que marca el fracaso en el béisbol, al promediar un bateo por debajo de .200. Esa cifra ya era bastante mala, pero bajar más para un hombre tan orgulloso hubiera sido extremadamente doloroso. Hacia el final de la temporada, cuando llevaba un promedio de .201, el mánager del equipo, Terry Francona, le propuso que no jugara un partido, pero Jordan jugó, dio un batazo bueno y se mantuvo por encima de la línea.

Uno de los problemas, según los ojeadores, era que nada en su cuerpo resultaba adecuado. El mejor cuerpo para el baloncesto era un cuerpo malo en el béisbol. De forma deliberada, el plan de entrenamiento de Jordan le había dejado las piernas lo más delgadas posible, y los jugadores de béisbol obtienen mucha fuerza de los muslos y las piernas. Además, los jugadores de béisbol eran en líneas generales más fornidos, con más volumen en la parte inferior del cuerpo y en el pecho que los jugadores de baloncesto. De ahí sacaban la fuerza extra. Los ojeadores pensaban que Jordan estaba construido más como un caballo de carreras. Una de las cosas que Jordan aprendió de su fracaso en el béisbol fue a respetar la capacidad atlética de aquellos jugadores más bajitos y regordetes que no parecían deportistas, al menos comparados con los prototipos físicos de la NBA. Aquellos tipos medían entre uno setenta y uno ochenta y tenían un porcentaje de grasa del veinte por ciento, no del cuatro o del cinco por ciento. Pero eran capaces de ver cosas que él no veía y de hacer cosas que él no podía hacer, y tenían una capacidad para dirigir la bola al batear de la que él carecía.

Jim Riswold, de Wieden y Kennedy, trabajó con Jordan en el rodaje de su primer anuncio de béisbol durante el otoño de 1994. A Riswold le impresionó que, aunque el experimento del béisbol no le estuviera yendo demasiado bien, Jordan parecía infinitamente más relajado, una persona mucho más en paz consigo misma. Era como si al jugar al béisbol se hubiera liberado de toda la presión y las expectativas que conllevaba ser la figura central del baloncesto, alguien que cada noche se suponía que iba a hacer algo espectacular y a conducir a su equipo a la enésima victoria. Aquí Jordan era un aprendiz y se esperaba poco de él, de modo que podía aprender y disfrutar, pese a la frustración que le causaba no estar rindiendo al nivel esperado.

En su primer anuncio publicitario de béisbol, lo acompañaba Spike Lee en el papel de Mars Blackmon, el secretario y narrador multideportivo de Jordan. En aquel anuncio, aparecía un plantel de leyendas o casi leyendas del béisbol que

juzgaban las acciones de Jordan. Hay un plano de Jordan al bate efectuando el *swing* y fallando. «No es Stan Musial», dice Mars. Se cambia el plano y aparece el propio Musial con Mars: «Pero lo intenta», dice Musial. Luego otro plano de Jordan atrapando una bola elevada. «Dilo, no es Willie Mays», dice Mars. Cambia el plano a Willie Mays: «Pero lo intenta, tío», dice Mays. «No es Ken Griffey Jr.», dice Mars. Plano de Ken Griffey Jr.: «Pero lo intenta». Luego se ve cómo la bola pasa entre las piernas de Jordan. «No es Bill Buckner», dice Mars. Plano de Buckner: «Pero lo intenta».

Phil Jackson siempre había pensado que el amor de Jordan por el baloncesto era especial, que había en él una pureza inhabitual en todos los sentidos. Jackson nunca creyó que Jordan estuviera dejando el baloncesto para siempre, sino que simplemente estaba agotado. Cuando Jordan lo llamó después de que Scottie Pippen se hubiera negado a regresar a la pista en el partido contra los Knicks, eso no hizo sino convencer al entrenador de que Jordan seguía siendo un Bull. Más que cualquier otra cosa, aquella era la llamada de un compañero de equipo.

El integrante de los Bulls que mantuvo un contacto más estrecho con Jordan durante sus casi dos años sabáticos en el béisbol fue B. J. Armstrong. Habían sido amigos cuando jugaban juntos, aunque no íntimos. A medida que su carrera profesional avanzaba, Jordan había ido reduciendo cada vez más el contacto con sus compañeros. Los viejos tiempos, cuando era normal que quedase con Charles Barkley, hacía mucho que habían terminado. A causa de su fama descomunal, la brecha entre la órbita de su vida y la del resto de los jugadores se agrandaba cada año, y cualquier tipo de camaradería relajada se hacía más y más difícil. Existían otros factores que contribuían a esa brecha: el baloncesto era algo que él amaba, pero también un trabajo, y a medida que maduraba, sentía un deseo creciente de separar su vida laboral de su vida personal. Además, había otra razón: al aumentar el asalto mediático a su persona y a su privacidad, lo que sus compañeros no supieran de él se convertía en un punto a su favor, porque todos los días se topaban con un tropel de periodistas, y esos periodistas podían fingir que iban a escribir sobre ellos, pero lo cierto es que siempre estaban dispuestos a escribir sobre Jordan. Así que prefería juntarse con sus viejos amigos de Carolina del Norte, porque no iban a cruzarse con ningún reportero y porque, si un periodista contactaba con ellos, lo avisaban enseguida y le pedían permiso antes de hablar, y también porque no estaban celosos de él.

En cualquier caso, en las casi dos temporadas que estuvo alejado de las canchas, sí que mantuvo un contacto permanente con Armstrong, el joven jugador de aspecto aniñado procedente de Iowa al que, en cierto momento, se le

había hecho tan difícil jugar con Jordan que había ido a una biblioteca a consultar libros sobre genios. En retrospectiva, no resulta tan sorprendente que Jordan eligiera a Armstrong: era inteligente, analítico y muy independiente en lo que respectaba a los otros jugadores y a los entrenadores. Armstrong pensaba que Jordan había dejado el baloncesto porque había perdido la inocencia, esa singular cualidad típica de los niños que también poseen los grandes atletas y que les permite practicar su deporte hasta bien avanzada su carrera, mucho después de que el dinero haya dejado de importar, y mucho después también de que hayan sido galardonados con más que suficientes títulos y premios. Armstrong, aunque no rindiera a un nivel tan alto como el de Jordan, sabía cuán importante era esa inocencia para triunfar en un escenario tan difícil como la NBA, y en su propia carrera hubo diferentes momentos en que estuvo a punto de perder esa cualidad. Pero cuando su pesimismo se disparaba, conducía hasta algún parque y observaba a los grupos de jóvenes jugando incluso hasta después de oscurecer, y entonces podía visualizar al joven B. J. Armstrong, cuando también jugaba hasta el anochecer y soñaba con llegar a la NBA. Así se recordaba a sí mismo lo afortunado que había sido por haber vivido su sueño. Eso siempre lo ayudaba a mantener un equilibrio en sus prioridades. Estaba seguro de que, durante la temporada de 1993, el aumento de las presiones y las expectativas había contribuido a que Michael dejara de disfrutar con el baloncesto.

En el otoño de 1993, cuando en una reunión privada en el Berto Center Michael Jordan reveló a sus compañeros de equipo que se iba, Armstrong le dijo: «Tío, ahora tienes las dos cosas que más miedo dan: todo el dinero del mundo y todo el tiempo del mundo». Pero Armstrong siempre sospechó que el béisbol era una manera temporal de orientarse para alguien que había perdido momentáneamente el norte en su brújula interior. De ahí que no se sorprendiera cuando empezó a recibir llamadas de Jordan. Lo llamaba a horas intempestivas, a menudo por la mañana, muy temprano, en la época en que se levantaba antes que nadie para realizar entrenamientos extra con el bate, y también bien entrada la noche, tras volver a casa en autobús después de los partidos. Incluso cuando Armstrong le pidió a la operadora del hotel que no lo molestaran, Jordan se las arreglaba para que pasaran la llamada. Cuando Armstrong le preguntó cómo lo conseguía, Jordan se rio y contestó: «Vamos, hombre». Lo cual quería decir: «Soy Michael Jordan. ¿De verdad crees que una operadora telefónica me va a impedir comunicarme contigo?».

Armstrong nunca le preguntó a Jordan cómo le iba en el béisbol, pero al

principio percibía en su voz la euforia por haberse liberado del peso de ser Michael Jordan. Hablaban solo de lo divertido que era estar con chicos jóvenes llenos de entusiasmo y deseosos de llegar a las grandes ligas, todavía metidos de lleno en la búsqueda de sus sueños. No había grandes egos, contaba Jordan, solo sueños y esperanzas. En los juegos de cartas, como mucho ganabas unos pocos dólares. Estar con chicos lo suficientemente jóvenes como para soñar con una carrera como la suya, pero en el béisbol, era para él una fuente de regeneración. Armstrong no tenía dudas de que la experiencia del béisbol estaba haciendo que Jordan recuperara de nuevo su inocencia y se reafirmara en sus verdaderas prioridades, de igual modo que ver ocasionalmente a los chicos en los parques, jugando al baloncesto por la noche, le permitía a Armstrong recuperar la suya y redescubrir la persona que había sido de joven.

Eso fue lo primero que percibió Armstrong en Jordan. Lo segundo, atenuado al principio pero subiendo luego en intensidad, fue que Michael quería hablar de baloncesto, que le pusieran al día, sobre todo en lo referente a los jóvenes que llegaban a la liga. Latrell Sprewell empezaba a revelarse como un jugador que debía tenerse en cuenta, y Jordan deseaba informarse sobre él. Armstrong le dijo que era un atleta fantástico, muy muy fuerte. Se había llegado a escribir que Sprewell sería el próximo Jordan. A Armstrong no le sorprendió que unas semanas más tarde Jordan estuviera casualmente por la zona de San Francisco, donde casualmente jugaba Sprewell, porque Michael casualmente había ido a visitar a Rod Higgins, un amigo que casualmente era entrenador ayudante allí, y Jordan casualmente se pasó por el entrenamiento de los Golden State y casualmente entrenó con los Warriors. Tomándole el pulso a la situación, pensó Armstrong: muy típico del Michael Jordan que él conocía y admiraba y que todos los demás temían. También quería informarse sobre Penny Hardaway, que empezaba a labrarse su reputación. ¿Y qué tal es Jason Kidd? Quería informarse sobre todos los jóvenes jugadores de los Bulls y cómo los estaba llevando Jackson.

Armstrong tuvo buen cuidado de no preguntarle nunca a Michael sobre sus planes (de forma tácita, el asunto se consideraba terreno vedado), pero estaba seguro de que Michael iba a volver, de que su corazón de nuevo estaba con el baloncesto y de que el periodo de alejamiento le había servido de cura.

El hecho de que Jordan se preparara para volver tampoco es que fuera una completa sorpresa para Phil Jackson. Durante el invierno de la temporada 1994-1995, mientras el béisbol parecía encaminarse a una huelga y los propietarios se planteaban utilizar jugadores de categorías inferiores no incluidos inicialmente

en la plantilla (*nonroster players*) para sus equipos de la Major League (es decir, esquiroles para romper la huelga), Jackson pensó que quizá tendría noticias de Jordan. A comienzos de febrero, Michael se había acercado a verlo y habían hablado de la posibilidad de que hubiera una huelga en el béisbol. Jackson le dijo: «Bueno, si hay huelga, tendrás que pensar lo que quieres hacer. Tampoco te queda tanto tiempo de carrera en el baloncesto. Podrías volver para la última parte de la temporada y jugar veinticinco partidos».

«Son demasiados», respondió Jordan. «¿Qué tal veinte?». Al oír aquello, Jackson supo que Jordan estaba pensando de forma similar a la suya y que, si los propietarios del béisbol jugaban mal aquella mano, como parecía probable, quizás bien pronto su jugador estaría de vuelta. Al final, los jefes de los White Sox intentaron obligar a Jordan y a otros jugadores de las ligas menores a que sustituyeran a los huelguistas, y Michael se largó del béisbol más que encolerizado por lo que consideró como una traición a un acuerdo privado.

Una mañana de marzo de 1995, Armstrong recibió una llamada telefónica en torno a las seis de la mañana. Era Jordan, que quería que B. J. se reuniera con él en el Berto Center. Armstrong no deseaba que su amigo regresara y fracasara, así que primero le preguntó si estaba seguro de que esto era lo que quería y, después, si estaba seguro de que todavía podía conseguirlo. Jordan contestó que durante las últimas semanas había estado trabajando. Cuando Armstrong llegó al Berto Center a primera hora de la mañana, Michael estaba entrenando solo, practicando el rebote y lanzando. En un instante, a sugerencia de Jordan, ya estaban jugando un uno contra uno: B. J., algo más bajo que Jordan, con ropa deportiva y zapatillas, y Jordan con ropa de calle y zapatos. Al principio, Armstrong se dejó llevar por el placer del juego. Era de baja intensidad y relajado; él encestaba y Michael encestaba, pero de pronto aquello era como cuando jugabas contra él en los viejos tiempos, matar o ser matado, ambos quejándose todo el rato de que el otro le había hecho falta. «¿Estás seguro de que quieres hacer esto?», le preguntó Armstrong mirando a un Jordan vestido con zapatos. «Esto es genial; tú sigue», respondió. Al final, con la ropa de calle empapada de sudor, Jordan ganó 10-7. «Aún no eres capaz de defenderme», le dijo a Armstrong, «y eso que llevaba zapatos». Al día siguiente, Jordan llamó a Nike y pidió un montón de zapatillas, y al otro día anunció de manera escueta: «He vuelto». Armstrong no se sorprendió. Más adelante le contó a Bob Green que él siempre había creído que Jordan volvería al baloncesto. ¿Por qué?, le preguntó Greene. «Somos quienes somos», respondió.

Antes de que Jordan regresara, hubo una llamada previa que efectuaron él y

David Falk: telefonearon a Dick Ebersol, el jefe de la división deportiva de la NBC. Los dos estuvieron al teléfono, pero quien habló fue Falk. Jordan estaba considerando muy seriamente volver al baloncesto, anunció Falk. ¿Qué pensaba Ebersol al respecto? Ebersol, que llevaba un tiempo oyendo rumores en ese sentido y sabía muy bien cómo influía la presencia de Jordan en los índices de audiencia, pensaba simplemente que era una gran idea, y así lo dijo. Entonces llegó la segunda pregunta: «¿Cuánto crees que vale para la NBC tener a Michael de vuelta?», preguntó Falk.

Valía muchísimo, claro. Ebersol recuerda haber soltado una risita nerviosa al oír la pregunta. De pronto, se hallaban en territorio inexplorado. «¿Es que queréis saber cuánto estamos dispuestos a pagar para que Michael vuelva?», preguntó. En ese momento, a Ebersol le pareció oír risas al otro lado de la línea. Entonces, Ebersol explicó que el contrato previo con la NBC, que se suponía que expiraba en 1994, se había prorrogado en 1993, cuando Jordan todavía estaba jugando, y esa prórroga era más que generosa. «Se hizo pensando que todavía estarías en la liga y seguirías jugando. Así que estamos entusiasmados con la idea de que vuelvas, pero nos parece que ya hemos pagado por ello», dijo. Falk y Jordan abandonaron la idea de inmediato y Ebersol pensó que eso hablaba en su favor. Él estaría encantado, añadió Ebersol, de llegar a un acuerdo para que Jordan colaborara con la NBC como comentarista en vivo, por ejemplo, para los Juegos Olímpicos de 1996. Podrían pagarle unos 750 000 dólares al año.

A Michael Jordan no le interesaba en absoluto. «¿Yo, sentado a media cancha durante un partido de voleibol, con un montón de gente arremolinándose detrás y tratando de acercarse a mí? Lo que más odio en este mundo es justamente eso, la falta de privacidad», dijo. «Así que la respuesta es no, gracias». Pero tampoco puede decirse que no tuviera su interés aquella llamada, reflexionaría Ebersol más adelante; en realidad, fue una llamada muy original, basada en el conocimiento de que Jordan no tenía valor solo para los Bulls ni solo para la liga, sino que también lo tenía para la cadena de televisión.

Jordan regresó a mitad de marzo y con él la locura mediática alcanzó una nueva dimensión. Su vuelta fue un acontecimiento de importancia nacional. El primer partido se celebró el 19 de marzo, una derrota con dos prórrogas ante Indiana Pacers en la que solo anotó siete de sus veintiocho tiros de campo. El partido, que se jugó un domingo, había sido programado previamente por la NBC para retransmitirlo solo para la mitad del país, pero cuando no hubo duda de que Jordan volvería a jugar, se amplió la cobertura a toda la nación, y solo quedaron fuera unos pocos mercados televisivos locales. Entre los partidos de la

temporada regular retransmitidos por la NBC, aquel fue el de mayor índice de audiencia en cinco años. Tras el partido, cuando unos pocos reporteros consiguieron por fin abordar al entrenador de los Pacers, Larry Brown, en el vestuario de Indiana, este les dijo: «Muchachos, me habéis alegrado el día. Los Beatles y Elvis han vuelto, y vosotros venís a hablar conmigo».

Jordan incluso se mostró dispuesto a bromear acerca de su frustrada intentona beisbolística. Jim Riswold bosquejó un anuncio en el que Jordan, de vuelta en el baloncesto, está practicando sus lanzamientos de tiro libre. Algo aturdido, como si se hubiera despertado de una pesadilla, sacude la cabeza. Ha tenido un sueño, dice, en el que se retiraba, jugaba al béisbol en la Doble A, se convertía en un *outfielder* flojo al bate y con un brazo por debajo de la media, viajaba de una ciudad pequeña a otra en autobús y ganaba dieciséis dólares diarios para la comida. Jordan le preguntó a Riswold: «¿Por qué quieres referirte a mí como un *outfielder* de la doble A flojo al bate?».

«Michael», respondió Riswold, «¿cómo llamarías a alguien que batea .200 en la Doble A?». Hubo una pausa.

«Bah, a la mierda; lo haré», dijo.

Riswold rodó al mismo tiempo un anuncio incluso mejor en el que mostraba a Jordan llevando una vida de jornalero bastante lúgubre como jugador de béisbol de las ligas menores. Aparece comiendo en el mostrador de una pequeña ciudad con una cuchara grasienta durante un alto en el camino. El anuncio transmite su soledad y frustración. Una amigable camarera negra de mediana edad ha estado sirviéndole y observándolo. Cuando se levanta para irse, Jordan se mete la mano en el bolsillo y pone una exigua propina sobre el mostrador, quizá un dólar en monedas. «¿Sabes, cariño?», dice ella entonces en tono amable. «En la NBA no hay bolas curvas». Él se detiene, le lanza una larga y penetrante mirada y luego se lleva la mitad de la propina. A Riswold le encantaba, y a Jordan le parecía bien, pero los responsables de Nike optaron por rechazarlo.

Jordan estuvo alejado del baloncesto durante veintiún meses. No estaba en forma para jugar a su deporte, que requería una preparación física muy diferente a la del béisbol. El equipo al que volvió también era muy diferente. Bill Cartwright, castigado por las lesiones en las rodillas, ya no estaba. Horace Grant, enzarzado en una agria disputa salarial con la directiva, se había ido para ser la estrella de Orlando en la posición de ala-pívot. Había llegado Toni Kuko č, pero su adaptación a la NBA estaba siendo lenta y difícil. Algunos de los jugadores nuevos nunca habían jugado con Jordan; estaban impresionados y les costaba amoldarse a su presencia. Aun así, los Bulls, cuyo balance de victorias y derrotas

era de 34-31 antes de su vuelta, cosecharon 13 victorias y 4 derrotas a su regreso. En un memorable partido contra los Knicks, volvió a ser el de antes y anotó cincuenta y cinco puntos. En los *playoffs* , ganaron tres de cuatro partidos contra Charlotte, pero luego perdieron contra Orlando en una serie en la que la falta de forma de Jordan constituyó un factor crucial. En el primer partido, perdió ocho veces la pelota, y sus errores acabaron por dar la victoria a Orlando. Fue una vergüenza para él. Pero lo más importante, con vistas al futuro, era que los Bulls no habían conseguido dar la talla ante Horace Grant.

Tras el último partido contra los Magic, Jordan se quedó más de una hora hablando con los periodistas. Se mostró abierto y sincero y aceptó su responsabilidad personal por la derrota. Su preparación no había estado al nivel necesario para el partido, dijo, y a algunos de sus nuevos compañeros les había resultado difícil adaptarse a él. Asumió la culpa, y quienes lo conocían se dieron cuenta de que no podría esperar al comienzo de la siguiente temporada para recuperar su más alto nivel.

El verano que siguió a su vuelta, se fue a Hollywood para rodar una película bobalicona en la que actuaba junto a Bugs Bunny y otros personajes de dibujos animados. Pero, con la humillación de los *playoffs* todavía fresca, no dejó de exprimirse al máximo para alcanzar el mejor estado de forma de su carrera. Como parte del acuerdo de rodaje, la Warner Bros. le construyó una cancha de baloncesto para que aprovechara las horas muertas. Allí se acercaron todo tipo de jugadores, profesionales y universitarios, para jugar pachangas. Quizá esos jugadores habían ido solo para jugar, divertirse un rato y no perder demasiada forma física; pero Jordan, ayudado por Tim Grover, había seguido antes un entrenamiento especialmente exigente diseñado para su vuelta al baloncesto, con el objetivo de compensar su edad y el tiempo pasado lejos de las canchas. Solo entonces, y tras finalizar sus compromisos cinematográficos, empezó a jugar partidos a cancha completa con los otros.

Los viejos amigos se dieron cuenta de que también estaba trabajando con especial intensidad un tiro que, si bien hasta entonces había sido menos importante en su repertorio, ahora se estaba convirtiendo en marca de la casa. Se trataba del tiro en suspensión: cogía la bola, amagaba un movimiento hacia la canasta y, en el último segundo, se elevaba al tiempo que se hacía ligeramente hacia atrás para alejarse del defensa. Dada su capacidad de salto y la amenaza de una posible entrada a canasta, aquel lanzamiento era virtualmente indefendible. También era una muy inteligente concesión a los cambios que su cuerpo había sufrido con el tiempo y al hecho de que comenzaba una nueva etapa de su

carrera. Ahora era más viejo y sabio, y lo que su cuerpo no pudiera ejecutar en el sentido puramente físico podía compensarlo con su conocimiento del juego y de los rivales. No había que desperdiciar ningún recurso. Dejó que estrellas más jóvenes, como Gary Payton de los SuperSonics, hablaran de lo que iban a hacer con él, pero Jordan mantuvo la boca cerrada y utilizó aquellas palabras para motivarse. Luego, de forma inevitable, salió a la cancha y los dominó. Una nueva cualidad, casi glacial, había aparecido en su juego. Parecía que su forma de jugar hubiera experimentado un proceso de destilación cada vez más refinado, de modo que lo que entraba por uno de los extremos era de menor magnitud que en el pasado, pero lo que se desperdiciaba era todavía menos.

Nada más terminar el *playoff* que perdieron contra los Magic, alguien le preguntó (puesto que los de Orlando, con O'Neal, Grant y Hardaway, parecían tan avasalladores) si una nueva generación había tomado el relevo en la NBA. Él no lo creía así. «Estamos a un reboteador y a un ala-pívot de distancia», dijo.

28

Chicago; Seattle; Salt Lake City, 1995-1997

Mientras los Bulls se preparaban para la nueva temporada, la posición de ala-pívot era su debilidad más palmaria, lo que resultaba de especial importancia en un equipo que carecía de un pívot dominador (Will Perdue, Luc Longley y Bill Wennington se repartían esa tarea). Cuando Horace Grant salió de los Bulls como agente libre al final de la temporada 1993-1994, Chicago se convirtió en un equipo mucho más flojo y vulnerable.

La marcha de Grant fue amarga, aunque no sorprendente. Nunca se compró una casa en Chicago, y parecía aborrecer a Krause. Su alienación, en todos los ámbitos, no había hecho sino crecer con los años; estaba irritado con Jackson porque no preparaba suficientes jugadas para él, y parecía envidiar a Jordan y al final también a Pippen, que por un tiempo había sido su mejor amigo, no solo en el equipo, sino en su vida. A Grant, más que a cualquier otro jugador de los Bulls, se le hacía muy difícil aceptar que cualquier jugador que compartiera equipo con Michael Jordan estaba condenado a la oscuridad. Parecía tener muchos problemas para reconocer la regla más básica de la existencia: la vida es injusta. Al final de la temporada 1993-1994, cuando su contrato de cuatro años llegaba a su fin, parecía temer que una lesión pudiera afectar sus posibilidades de firmar con otro equipo, y cuando durante esa temporada causó baja en varios partidos, los entrenadores y directivos lo achacaron a un equivalente baloncestístico de la gripe azul. Sus compañeros estaban enfadados con él. El preparador Chip Schaefer le preguntó un día a Pippen: «¿Qué le pasa a tu chico?». A lo que Pippen respondió con sequedad: «No es mi chico. Es mi compañero de equipo».

Las verdaderas circunstancias de la marcha de Grant acabaron por levantar una

agria controversia. Pero los hechos básicos resultan indiscutibles. A diferencia de Pippen, Grant había firmado cuatro años antes un contrato relativamente corto que finalizaba en 1994. Había pedido un contrato más largo, pero los Bulls se habían mostrado recelosos. Con el tiempo, cuando sus excepcionales cualidades empezaron a resultar patentes y se convirtió en una pieza vital para un equipo campeón (y en una posición, además, donde es difícil encontrar jugadores completos), su salario comparativamente bajo se convirtió en un factor muy ventajoso para los Bulls, mientras que la brevedad de su contrato se convirtió en una ventaja para Grant. Pronto iba a llegarle el turno de cobrar una buena nómina. No había cumplido aún los treinta y un años, estaba en el apogeo de su carrera y era uno de los pocos ala-pívots de máximo nivel de la liga, además de buen defensor, buen reboteador y un jugador capaz de cumplir en cualquier posición. Durante la temporada de 1994, sin Jordan en el equipo, había incrementado ligeramente su anotación hasta los quince puntos por partido. Aquel año fue elegido por primera vez para el equipo *All-Star* . Dado que estaba cumpliendo su segundo contrato, era un agente libre sin restricciones, lo que significaba que, si se iba a otro equipo, Chicago no recibiría nada por él.

No era aquella una perspectiva que los siempre astutos directivos de los Bulls fueran a favorecer. La habilidad de Reinsdorf y Krause para imponerse en todas las negociaciones siempre había supuesto un plus: todos sus jugadores de primer nivel habían sido fichados por salarios comparativamente bajos. Pero quienes pensaban que había cierta cortedad de miras en cómo negociaban los Bulls bien podían poner el caso de Grant como ejemplo. El sello característico de los Bulls en sus negociaciones era la dureza, la necesidad de ganar, lo cual podía estar bien en los negocios normales, pero no tanto en el mundo de los talentos, donde si ganabas lo hacías a expensas de tus recursos principales. Había quien pensaba que eso tenía un lado negativo, porque a largo plazo era casi inevitable que provocara insatisfacción en los mejores jugadores. Los directivos de los Bulls, opinaban los discrepantes (muchos de los cuales trabajaban para la entidad), se pasaban de listos y de duros.

A medida que se acercaba la finalización del contrato de Grant, se iba viendo con meridiana claridad que, con la inminente perspectiva de convertirse en agente libre sin restricciones, Horace Grant tenía la sartén por el mango. Había esperado sus cuatro años y había jugado a un alto nivel, y ahora le llegaba su momento. La dirección de los Bulls se dio cuenta de que Grant se les iba a escapar de las manos. Tras el partido del *All-Star* , Jimmy Sexton, el agente de Grant (y de Pippen), mantuvo una breve reunión con Krause y le pidió que

dejara a Grant en paz y que no intentara negociar con él, porque iban a sondear el mercado de agentes libres.

Entonces, cierto día de finales de abril de 1994, justo cuando los *playoffs* estaban a punto de empezar, ocurrió algo sorprendente. Jerry Reinsdorf, un hombre que solía tener el menor contacto posible con sus jugadores y cuya fuerza parecía provenir sobre todo de su falta de implicación emocional con ellos, visitó por sorpresa el Berto Center. Nada podría haber resultado más insólito. El Berto Center estaba lejos del despacho que Reinsdorf tenía en el centro de la ciudad, a unos cincuenta minutos en coche. Dado que Reinsdorf era una figura muy distante, no despertaba ni de lejos la animosidad que muchos jugadores sí sentían hacia Krause.

De lo ocurrido a continuación, existen dos versiones. Según Jimmy Sexton, Reinsdorf buscó casi de inmediato a Grant, que estaba entrenándose en la sala de pesas. Allí le sugirió que trabajaran en su contrato, ellos dos solos. «¿Por qué no dejamos a Jerry y a Jimmy fuera de esto», habría dicho Reinsdorf, «y vemos si somos capaces de liquidar este asunto nosotros dos?». Entonces, ambos acordaron tantear el asunto en una futura reunión. Pero Sexton, molesto con esa estrategia, telefoneó inmediatamente a Reinsdorf, quien le explicó que no se trataba de hacerle una oferta a Grant, sino solo de hablar con él y averiguar si deseaba seguir siendo un Bull. Ese tipo de negociaciones podía ser el sueño de un propietario, pero la peor pesadilla de un agente: la profesión de Reinsdorf y su punto más fuerte era la capacidad de negociación, y Grant era conocido (incluso entre sus compañeros) por su simplicidad innata, por ser un hombre honesto y nada alambicado. Según la opinión general, a Grant le gustaba agradar a las personas que tenía alrededor y odiaba decir que no. De modo que, en una situación como aquella, era un blanco perfecto para que se aprovecharan de él. A Sexton no le hacía ninguna gracia la idea de una reunión entre ellos dos, pero pensaba que a un jugador no podías ordenarle que no hablara con el propietario del equipo.

De acuerdo con la versión de Reinsdorf, fue Grant quien deseaba mantener aquella reunión bis a bis y quien dijo que solo podrían sacarla adelante si Sexton y Krause se quedaban al margen. Dos días después, ambos se reunieron. Según Sexton, Reinsdorf sugirió que anotaran un rango de cifras que consideraran justo como futuro salario para Horace. Grant escribió 22,5 millones de dólares por 5 años, y Reinsdorf escribió 20 millones para el mismo periodo. Luego Reinsdorf hizo algunos malabarismos con aquellas cifras y añadió varios incentivos, y presuntamente, Grant aceptó. Reinsdorf lo cuenta así en su versión: «Los ojos de

Horace se iluminaron como nunca antes. Se acercó, me estrechó la mano y dijo: “No quiero pasarme todo el verano sin saber lo que va a pasar. No es probable que obtenga esta cifra en otro lugar. Tenemos un trato”». Entonces Reinsdorf sugirió que firmaran o que pusieran sus iniciales en el acuerdo. En ese momento, Grant dijo que quería tener el visto bueno de Sexton y ahí fue donde la cosa se torció. Reinsdorf no quería que llamara a Sexton, así que la reunión se dio por terminada. En cualquier caso, Grant no firmó nada ni puso sus iniciales en ningún sitio.

La reunión había durado unos veinte minutos. Cuando terminó, Grant, muy alterado, llamó a Sexton y le contó lo que había ocurrido. De acuerdo con Sexton, la primera pregunta que le hizo a su jugador fue: «Horace, ¿has firmado algo?». Grant contestó que no, y añadió que tampoco tenían ningún acuerdo verbal. Entonces Grant le envió por fax a Sexton el borrador que había utilizado Reinsdorf; al final del documento figuraba la firma del propietario, pero había un espacio en blanco donde debería estar la firma de Grant. Acto seguido, Sexton telefoneó a Reinsdorf y se produjo una acalorada discusión entre ambos.

En la versión de Reinsdorf, había sido Grant quien lo había buscado y quien deseaba el acuerdo. Para el propietario, el perjudicado había sido él; los otros habían abusado de su confianza después de haberles hecho una generosa oferta y de que Grant y él se hubieran estrechado la mano para cerrar el trato. Más adelante, dio una conferencia de prensa en la que acusó a Grant de incumplir su palabra. Para los que conocían de primera mano la manera de actuar de los Bulls, pensar que Grant se hubiera aprovechado de Reinsdorf o lo hubiera manipulado les parecía algo más que improbable; pero no cabía duda de que Reinsdorf, quien pocas veces se alteraba por cuestiones contractuales, rezumaba mucha amargura por lo sucedido. A Reinsdorf le gustaba considerarse un hombre que cerraba acuerdos con un apretón de manos y, a su modo de ver, aquel apretón de manos había sido violado.

A partir de entonces, Grant insistió en que en sus futuros acuerdos con otros equipos quería reunirse con el propietario correspondiente. Si bien Orlando tenía poco margen aquel año para cumplir con el tope salarial, a Grant le gustaba el dueño de los Magic, Rich DeVos, y confiaba en él, de modo que firmó con Orlando. Al final, el contrato se hizo por cinco años y cincuenta millones de dólares.

Así, en el verano de 1995, mientras los Bulls se preparaban para jugar toda la temporada de nuevo con Michael Jordan, el flagrante agujero en su cinco inicial seguía estando en la posición de ala-pívot. Hubo otros cambios (por ejemplo, B.

J. Armstrong se había ido en el *draft* de expansión), pero su punto vulnerable estaba en ataque. La posición de ala-pívot era especialmente difícil de cubrir, porque exigía fuerza, altura y agilidad. Las últimas elecciones de los Bulls en el *draft* , con las que intentaban conseguir otro hombre grande, no habían salido bien. Tanto Stacey King como Scott Williams habían mostrado destellos de talento, pero habían terminado por decepcionar. King, una de sus elecciones preferentes en la primera ronda del *draft* , fue intercambiado por Luc Longley, y Williams se marchó como agente libre a Filadelfia. Estaba claro que Corie Blount, elegido como ala-pívot, tampoco era la respuesta, ni tampoco iba a serlo Dickey Simpkins, su más reciente opción en el *draft* .

Había, sin embargo, un ala-pívot disponible. Más que disponible. Era tan talentoso como difícil de manejar. Su nombre era Dennis Rodman, un antiguo «chico malo» de Detroit. En el pasado había sido la bestia negra de los Bulls, pero en ese momento tan solo se le consideraba un liquidador de entrenadores y, muy posiblemente, también un liquidador de equipos. Aun así, se trataba de un jugador de baloncesto de gran talento, un reboteador fantástico, quizás el mejor de todos, y un experto defensor. Su precio no sería muy alto. Tras la debacle de los *playoffs* de 1995, cuando Rodman parecía más interesado en su relación con la cantante Madonna que en sus compañeros, no cabía duda de que lo que pudiera hacer San Antonio aquel año lo tendría que hacer sin Rodman. En un entrenamiento de pretemporada de los Bulls, Rick Telander, columnista del *Chicago Sun-Times* y redactor del *Sports Illustrated* , se encontró con Krause y le preguntó si tenía intención de hacerse con un ala-pívot. Krause le preguntó a su vez si tenía a alguien en mente. Solo por hacer el tonto, según escribió Telander después, le sugirió a Rodman. «Krause me miró como si hubiera propuesto al carnicero de Milwaukee para jefe de cocina». Krause respondió: «No, no, ni pensarlo. No nos va ese tipo de persona».

Era un tipo de persona que, en aquel momento, tampoco le iba bien a muchos otros equipos. Mike Dunleavy, por entonces director general y entrenador de los Milwaukee Bucks, lo quería para el suyo. Dunleavy estaba bien situado para hacerse con sus servicios, pues tenía bastante margen con el tope salarial y necesitaba con urgencia un reboteador. El razonamiento de Dunleavy era bien sencillo: por muy loco que estuviera Rodman, era un jugador de talento y jugaba duro. «Recuperó el concepto de trabajo sucio y lo convirtió en una forma de arte», dijo de él Scott Hastings, que había tenido que lidiar a menudo contra Rodman en la cancha. Asimismo, se rumoreaba que la principal razón por la que Rodman había provocado tantos problemas en San Antonio era porque varios

propietarios le habían prometido un gran contrato, pero después el equipo había cambiado de manos y los nuevos dueños no habían cumplido aquel compromiso verbal. Con un jugador tan irritable como Rodman, que necesitaba poco para sentirse explotado ante cualquier clase de autoridad, aquel había sido un error fatal. San Antonio parecía interesado en negociar con los Bucks. Dunleavy tomó un avión para reunirse con Rodman. Sabedor de la capacidad autodestructiva del jugador, Dunleavy le ofreció un interesante contrato atiborrado de incentivos: le pagaría a Rodman 1 000 dólares por cada punto, 1 000 dólares por cada rebote y 1 000 dólares por cada minuto que jugara. Tomando como referencia sus mejores años, eso sumaría unos 5 millones de dólares al año. Era un buen trato para alguien que en ese momento estaba cobrando unos 2 millones. A Rodman pareció gustarle. «Eso podría aceptarlo», dijo. Pero mientras Dunleavy estaba allí sonó el teléfono. Era Jerry Krause. Los Chicago Bulls también estaban interesados.

Si Rodman iba a Chicago, lo haría cargado con un nutrido historial de problemas. En San Antonio, solía faltar a los entrenamientos o llegar muy tarde o aparecer luciendo un montón de joyas. La opinión general era que su primer entrenador allí, John Lucas, le había dejado pasar muchas cosas y había sido demasiado permisivo con él. Eso le había costado su puesto. Respecto a su segundo entrenador, Bob Hill, se consideraba que había sujetado las riendas con demasiada fuerza. Durante el segundo año de Rodman, era como si el jugador quisiera batir un récord de multas en el equipo. En los *playoffs* de 1995, cuando los Spurs parecían tener una verdadera oportunidad de llegar a las finales, no solo se alejó de sus compañeros, dejándose ver por la ciudad en una limusina acompañado por Madonna, sino que cometió faltas técnicas en momentos críticos que salieron muy caras al equipo, e incluso se ganó una suspensión para el crucial quinto partido. Estuvo peleándose durante todo el año, no solo con los directivos, sino también con sus compañeros de equipo, sobre todo con David Robinson, cuya intachable vida de buen cristiano parecía fastidiarle especialmente.

Pese a todo, si había un equipo bien situado para tratar con Dennis Rodman, ese era el de los Bulls. Había tres ingredientes clave que iban a ayudar en las negociaciones. Uno era que los Bulls estaban seguros de que lucharían por el título, y Rodman podía ser muchas cosas, pero desde luego le encantaba destacar. El segundo era que Michael Jordan, más que ningún otro jugador de la liga, empujaba a sus compañeros a jugar mejor, y ningún jugador, ni siquiera Dennis Rodman, por más que en público o con los medios hiciera gala de

pasotismo, querría decepcionar a Michael Jordan ni ser objeto de su desprecio. El tercer factor era que, a Phil Jackson, de carácter sutil y flexible, siempre le intrigaban las personas que se salían de la norma, y tenía mucha mano para no trazar líneas que pudieran provocar discrepancias con algún jugador. Por tanto, era probablemente uno de los entrenadores más idóneos de la liga para tratar con Rodman. Krause le preguntó a Jackson qué le parecería fichar a Rodman, y Jackson contestó con astucia que no se trataba de una decisión del entrenador, sino de una decisión del equipo, porque por muy bien que lo hiciera siempre iban a surgir problemas, de modo que los líderes del equipo tendrían que intervenir.

Así pues, los jugadores participarían en la decisión. Jackson habló con Jordan y con Pippen y a ambos les pareció bien la idea, a Jordan quizá más que a Pippen. (En realidad, Jordan dijo más tarde que la segunda serie de títulos no habría llegado si hubieran seguido jugando con Grant, porque Grant era un problema en los partidos importantes). En lo que respectaba a Jordan, el pasado era el pasado, y tanto él como Pippen sabían que Rodman jugaba duro, entrenaba duro y aportaba exactamente el tipo de cualidades que ellos necesitaban con urgencia: rebote y defensa contra ala-pívots de talento, como Karl Malone.

Jackson llamó a Chuck Daly, el entrenador de Rodman en Detroit, a quien Rodman siempre había sido leal. Daly le dijo que, bueno, sí, Rodman era egoísta, pero de una manera poco usual; egoísta cuando se trataba de rebotear. Solía hacer alguna trampilla en su posición defensiva para coger rebotes, pero trabajaba duro y se le podía entrenar. Para sorpresa de Daly, Rodman, ávido de afecto, agradecido ante cualquier gesto de amabilidad, ante cualquier trato ecuánime por parte de una figura de autoridad, había llegado a considerarlo una especie de padre, y al marcharse Daly de Detroit el jugador había quedado destrozado. (Mucho después, Dennis Rodman le regaló a su antiguo entrenador, que entonces dirigía al equipo de Nueva Jersey, un retrato de sí mismo de tamaño natural). Daly entendió desde el principio cuáles eran las cualidades y la pasión de Rodman, y le dijo que si trabajaba duro en su defensa y en los rebotes (todo eso que nadie quiere hacer, según palabras de Daly) podría permanecer durante mucho tiempo en la liga y ganarse muy bien la vida.

Pero en la época en que Rodman tenía tantos problemas en San Antonio, él y Daly se encontraron por casualidad en Gibsons, un restaurante de carnes de Chicago, y Rodman parecía desconsolado. Resultaba evidente que no era feliz con los Spurs. No llevaba nada bien que allí lo señalaran como el chico malo, y sus disputas contractuales lo tenían amargado. «Entrenador», le dijo Rodman,

«no sé qué hacer. Tengo un nuevo agente. He sido el mejor jugador defensivo del año y el mejor jugador defensivo en el *All-Star* . Estoy siempre entre los máximos reboteadores de la liga. He hecho todo lo que me habían pedido que hiciera, pero nadie sabe quién soy… y me siguen pagando solo dos millones al año. Te dicen que quieren que juegues así, que te sacrifiques por el bien del equipo, que hagas todo el trabajo sucio, pero te pagan como si eso no tuviera importancia». Hizo una breve pausa y añadió: «Tengo que reinventarme».

Daly estaba seguro de que aquella frustración fue la que hizo emerger un nuevo Rodman, alguien consciente del valor que tenía su capacidad para escandalizar, ya fuera con sus tatuajes, los tintes del pelo o las sensuales insinuaciones de que tal vez probara un estilo de vida gay. Sin duda, había aprendido de Madonna, una de las grandes mitólogas de sí misma en la cultura contemporánea, alguien que ha sabido refinar su capacidad de provocación hasta elevarla a una forma de arte. «Él estudiaba y ella era su maestra», dijo cierta vez Mike Dunleavy. «Era como una asignatura: Madonna para principiantes». Así nació el Rodman que apareció vestido de novia en la presentación de un libro. En opinión de Daly, él siempre había poseído una buena dosis de genuina excentricidad, así que ¿por qué no aumentarla con una porción de excentricidad artificial para beneficio de una cultura, también cada vez más artificial y sedienta de celebridades, que parecía deleitarse en la celebración de la falsa excentricidad? Después de todo, era algo que funcionaba en la música: a menudo, cuanto más provocador era un grupo de rock, más éxito conseguía. El deporte y el espectáculo se estaban fusionando. ¿Por qué no llevar esa misma conducta provocadora al baloncesto?

Tras aquella fachada atrevida y provocadora, había alguien casi infantil y tremendamente tímido, no solo con los desconocidos y con las personas provenientes de mundos donde casi todos eran blancos, como el de los directivos o la gente de los negocios y de los medios de comunicación, sino también con sus propios compañeros de equipo. John Salley, una de las personas más cercanas a él dentro del baloncesto, lo había conocido cuando a ambos los habían invitado a Hawái, donde debían jugar un torneo de exhibición para universitarios de último año. Les había tocado compartir habitación, de modo que, un hermoso y soleado día, Salley entró por primera vez en el cuarto y se encontró a su nuevo compañero arrebujado bajo las mantas, con el aire acondicionado al máximo y dibujos animados a todo volumen en la televisión. Según parece, estaba resfriado. Salley, una de las personas más alegres y habladoras del baloncesto NBA, intentó hablar con él. Solo obtuvo un

monosílabo por respuesta. Lo intentó con otro tema de conversación. De nuevo la respuesta fue monosilábica. Probó con un tercer tema y solo consiguió otra breve contestación, de modo que al final decidió dejarlo estar. Más adelante, Salley pensó que ese día había visto al verdadero Dennis Rodman: tímido, incómodo con la gente, muy tenso, y el menos hablador de los hombres.

En ocasiones, algunos de sus viejos amigos de la época de Detroit, personas que conocían al auténtico Rodman (si es que había un Rodman auténtico), le lanzaban puyas al verlo cubierto de tatuajes y con el pelo coloreado. «Pero bueno, Dennis», le decía uno de sus antiguos compañeros, «¿qué es eso que llevas en el pelo?».

«Ya, ya sé», respondía. «Solo estoy tratando de que me paguen».

Cuando se encontraba con Maureen Malone, la esposa de Brendan Malone, uno de sus entrenadores en Detroit, ella le decía: «Eh, Dennis, ya veo que estás tomando el pelo a mucha gente últimamente».

Él, como un niño cogido en una travesura, sonreía y les decía a sus amigos: «¿Veis? Ella no se deja engañar».

A veces parecía que estuviera viviendo su infancia y su edad adulta al mismo tiempo, como si tratara de compensar los años infelices y solitarios de su pasado. Se comunicaba bien con los niños y bastante mal con los adultos; parecía llevarse mejor con los hijos de sus entrenadores que con la mayoría de sus compañeros de equipo. Durante su época de Detroit, se encariñó con la hija pequeña de Brendan Malone; ella solía darle una bandana antes del partido y él se la ponía al acabar. Era como si ambos tuvieran un vínculo afectivo y no necesitaran hablarse. Cuando Rodman alcanzó el estrellato en los Pistons, se compró una casa enorme en una zona residencial. Apenas se preocupó de amueblarla, pero sí tenía una buena cantidad de juegos electrónicos. Un gran número de adolescentes blancos de la zona parecían estar siempre allí. Eran los compañeros perfectos para jugar al *pinball* y al Comecocos.

Rodman voló a Chicago para reunirse con Krause y Jackson en la casa del primero. Cuando Jackson llegó, se encontró a Rodman despatarrado en el sofá, con gafas oscuras y el sombrero puesto. Jackson se acercó a él con la mano extendida y le dijo en tono muy amable: «Levanta, Dennis. Tienes que levantarte para estrecharme la mano». Rodman se levantó y estrechó la mano de Jackson. «Ahora, Dennis, por favor, ¿podrías quitarte las gafas de sol para que pueda verte?». Él se quitó las gafas. Pasara lo que pasara, Jackson no iba a dejar que se escondiera. La reunión fue bien, al igual que había sucedido con el encuentro privado entre Rodman y Krause. De modo que, sí, los Bulls, un equipo que se

enorgullecía de que sus jugadores fueran todos buena gente, iban ahora a tragarse un poquito de su orgullo y a negociar con él. Will Perdue, muy trabajador, de cualidades limitadas y conducta menos provocadora, fue a San Antonio a cambio de Dennis Rodman, un grandísimo talento, muy excéntrico, un jugador que podía demostrar todos sus dones o ser una bomba de relojería, o quizá ambas cosas. Teniendo en cuenta la historia de los Bulls, ¿podrían haber hecho un fichaje que resultara más sorprendente que aquel? Esa pregunta se la hicieron a Scottie Pippen. Sí, respondió: Bill Laimbeer.

Quizá ningún otro jugador ponía tan de manifiesto la enorme brecha existente entre el mundo de oropel de la NBA, con su celebración de los deportistas negros y sus multimillonarios contratos, y el mundo hostil y despiadado del que procedían tantos de sus mejores jugadores. Rodman nació en Dallas. Su padre, que estaba en las Fuerzas Aéreas, abandonó pronto a su esposa, a Dennis y a las dos hermanas de Dennis, y se fue a vivir libre de preocupaciones. Más adelante, presumiría ante los periodistas de que tenía diecisiete hijos, a ninguno de los cuales, por lo visto, se había molestado en criar. De niño, Rodman era extremadamente tímido, bajito y vulnerable, y a menudo los otros niños se metían con él. Sus dos hermanas, que alcanzaron una buena estatura, fueron consideradas unas excelentes jugadoras de baloncesto y ganaron sendas becas para la universidad. El crecimiento de Rodman llegó de forma muy tardía. En el instituto, no consiguió entrar en el equipo de baloncesto. Sus perspectivas eran bastante lúgubres, pues no parecía que pudiera llevar una vida que no fuera marginal.

Era un joven estadounidense negro sin ninguna habilidad aparente y sin futuro, una de esas personas que siempre son invisibles en los Estados Unidos de nuestro tiempo. Sus perspectivas de futuro parecían escasas; lo máximo a lo que podría aspirar sería a trabajar en alguna cadena de comida rápida o de aparcacoches. A los dieciocho años, trabajaba como guarda de noche en el aeropuerto Fort Worth de Dallas, pero fue arrestado por entrar a robar en una de las tiendas de regalos, de la que se llevó dieciséis relojes valorados en 470 dólares. No parecía que le esperara un futuro brillante.

Luego, de repente, creció unos veintiocho centímetros en un año y el mundo cambió. Empezaron a interesarse por él, lo que le permitió jugar en una universidad local de primer ciclo. Pasado un tiempo, un cazatalentos de la Southeastern Oklahoma State lo vio y supo que era un diamante en bruto, un jugador de primera división universitaria que, por algún motivo, le había pasado inadvertido a la red de cazatalentos del país. En la Southeastern Oklahoma,

jugando para los Savages, en un nivel similar al de Scottie Pippen en su día, se reveló como un gran jugador y fue durante tres años una superestrella de las universidades menores. Allí destacó como un reboteador fantástico, pero los ojeadores se mostraban cautelosos: sus estadísticas eran muy buenas, sí, pero contra rivales de escasa entidad. Varios equipos, entre ellos los Pistons, estaban interesados en él, hasta el punto de que lo habrían elegido en primera ronda del *draft* de 1986; pero Rodman jugó mal en las pruebas previas de Hawái y Chicago a causa de unos ataques de asma. Los Pistons eran los únicos que sabían que había estado enfermo, y acabaron eligiéndolo en los primeros turnos de la segunda ronda.

Rodman se convirtió en un jugador de verdadero talento. Nunca parecía cansarse; podía correr y rebotear durante todo el día y, una vez acabado el partido, a menudo volvía a la sala de entrenamiento y hacía una hora de bicicleta estática. En la época en que Isiah Thomas ejercía de guardián de la tradición de los Pistons y se metía con aquellos que no se esforzaban lo suficiente, Rodman también solía meterse con Thomas si le parecía que estaba aflojando un poco. Estudió a Bill Laimbeer, un jugador grande que reboteaba bien a pesar de que apenas saltaba. De ese modo, Rodman, cuyas cualidades atléticas eran mucho mejores, pronto se convirtió en un experto reboteador. Era un jugador inteligente y con unos reflejos increíbles. A menudo, al rebotear daba la impresión de anticiparse unas décimas de segundo cruciales al resto de jugadores que tenía alrededor. Estudiaba una y otra vez los vídeos; observaba la trayectoria de la pelota en los lanzamientos de diferentes jugadores para colocarse mejor y aprendió a compensar su falta de altura (su ficha decía que medía 2,03, pero parecía más bajo que Pippen, cuya altura oficial era de 2 metros) jugando él solo al voleibol, dándole toques a la pelota una y otra vez hasta que podía hacerse con ella con claridad. Durante los cuatro años anteriores, había promediado diecisiete rebotes por partido.

Era un atleta excepcional, y un gran jugador de baloncesto. Al mirar aquel cuerpo delgado y poderoso que nunca parecía cansarse, uno podía imaginarse que pertenecía a un corredor de 400 u 800 metros de nivel olímpico. «De talla mundial», así se habían referido a él los preparadores de los Pistons durante algún tiempo, porque pensaban que si hubiera corrido los 400 metros habría sido un atleta de talla mundial. Pero su juego también tenía ciertas limitaciones. En los comienzos de su carrera no había sido un mal lanzador, pero con los años casi había dejado de tirar, en buena medida porque pensaba que no lanzaba bien los tiros libres, así que no quería recibir una falta durante un lanzamiento y luego

quedar abochornado ante la gente en momentos cruciales.

Rodman era una pieza perfecta para los Bulls, siempre que estuviera centrado. El equipo ya disponía de dos de los mejores jugadores defensivos de la liga, y con Rodman serían tres. La posición en la que seguían siendo vulnerables era la de pívot, pero la rapidez de Rodman podía compensar la falta de agilidad de Longley. Gracias a esa velocidad, los Bulls podían ahora atacar a los rivales de dos modos diferentes: si les apetecía, podían correr por la cancha en velocísimas ráfagas, o bien, en deferencia a la mayor edad de sus mejores jugadores, podían realizar una feroz defensa de media cancha y desgastar al equipo contrario. Para la gente del baloncesto, el fichaje de Rodman significaba que los Bulls estaban a las puertas de convertirse en un gran equipo. Bill Walton, por entonces analista de la NBA, dijo apenas comenzada la temporada que los Bulls de 1996 podían llegar a ser uno de los mejores equipos en la historia de la NBA. Hubie Brown, antiguo entrenador y analista de la TNT, dijo que los Bulls se habían convertido en el mejor equipo defensivo en la historia de la NBA.

Aquella temporada fue como un sueño. «No tendrás ningún problema conmigo», le dijo Rodman a Phil Jackson en su primera reunión. Y añadió: «Y conseguirás un título de la NBA». Todo vino junto. Michael Jordan, humillado por su actuación en las series de 1995 ante Orlando, regresó no solo en fantástica forma, sino con sed de venganza. Para algunos de los preparadores y otras personas del entorno de los Bulls, desde que había vuelto al baloncesto resultaba más fácil jugar con él. Hasta su fracaso en el béisbol, había tenido una trayectoria en continuo ascenso durante quince años. En el béisbol, por primera vez desde que quedara fuera del equipo de baloncesto del instituto, se había topado con un límite, había descubierto que no era capaz de dominar algo que le importaba, por mucho que lo intentase. Eso lo había cambiado, según creían algunos, y se había vuelto más tolerante. En el pasado, había sido duro con sus compañeros, porque pensaba que no estaban esforzándose como correspondía ni dándolo todo. A algunos de ellos, aquel juicio siempre les había parecido de una gran crueldad. Su talento natural era tan grande que no se daba cuenta de lo fácil que el juego resultaba para él. Muy pocos jugadores poseían de manera innata sus cualidades físicas, y entre los que sí que las poseían, muy muy pocos tenían además la asombrosa visión y las reacciones cinéticas que catapultaron a Jordan a la cima y que, como dijo una vez alguien que lo conocía bien, hacían que el juego pareciera discurrir a cámara lenta para él. Ahora, tras su regreso y con un grupo nuevo de compañeros, parecía ser menos crítico. Solo les pedía que entrenaran duro y jugaran con intensidad. Seguía sin poder soportar la falta de

esfuerzo.

El resto del equipo parecía encajar a la perfección con él. Pippen estaba entusiasmado por tenerlo de vuelta y verse relevado en el papel, siempre disonante en él y desde luego no deseado, de líder y portavoz del equipo. Si el paso de Jordan por el béisbol lo había hecho más tolerante con las frustraciones que sufrían los jugadores menos dotados, durante el mismo periodo Pippen había aprendido lo duro que resultaba ser Jordan y manejar las interminables responsabilidades ajenas a la cancha, una carga inherente al hecho de ser la estrella de los Bulls. Ron Harper, en su día también un gran anotador con Cleveland y los Clippers, había llegado el año anterior y su rendimiento había sido especialmente decepcionante. No estaba en buena forma y, en el aspecto ofensivo, lo tenía difícil con un equipo desanimado que todavía acusaba la marcha primero de Jordan y luego de Grant. Pero aquella temporada Harper regresó en plena forma y, consciente de que la vuelta de Jordan modificaba su papel (ya no debía ser, como durante la mayor parte de su carrera, el principal alero tirador), se reinventó en esa fase tardía como defensor, y un defensor muy bueno, por cierto. Así pues, además de Rodman, los Bulls contaban con otros tres aleros de talento, jugadores grandes y buenos defensores con los que contrarrestar a sus rivales. Iban a machacar al resto de equipos con una defensa colosal.

Las ganas de afrontar la nueva temporada quedaron patentes desde el primer día de entrenamiento. Ese día, la mayoría de los Bulls estaban en mejor forma que casi todos los jugadores al finalizar la pretemporada. Rodman fue acogido con cautela por sus compañeros. Su reputación en San Antonio lo precedía. Durante el primer día de entrenamiento, Jackson convocó una reunión de equipo. «Dennis», le dijo, «me importa una mierda lo que hagas fuera de la cancha, pero aquí tenemos unas pocas normas, y son importantes». Y entonces resumió esa corta lista de normas, que en esencia consistían en ser puntual en los entrenamientos y los partidos y jugar siempre con intensidad. *Sports Illustrated* estaba preparando una portada con Rodman para la pretemporada, pero la incógnita era qué jugador posaría con él. Al final, Rodman posó junto a Jordan. El pie de foto decía: «Aire y espacio». Durante aquellas primeras semanas, los jugadores intentaron alguna vez charlar con Rodman, pero este pocas veces respondía o reducía la conversación al mínimo. Era el más silencioso y reservado de los compañeros de equipo. La mayor parte del tiempo estaba separado de los otros, solo en la sala de visionado, con los auriculares puestos y viendo un vídeo, feliz de poder recluirse en su propio mundo. Pero también

demostró que resultaba fácil jugar con él en la cancha. Era un jugador muy inteligente, capaz de aprender rápidamente cómo ejecutar un ataque complicado, y casi siempre jugaba fuerte. Rápido, atlético y sin obligación de anotar, parecía ser la pieza perfecta que le faltaba al equipo.

De pronto, los Bulls, tan vulnerables la temporada anterior, no parecían tener apenas debilidades. Los jugadores llegados tras la marcha de Jordan al béisbol fueron poco a poco ajustando su juego al de Michael. Había algunas nuevas piezas de singular importancia: el pívot era Luc Longley, talentoso pero torpe, mejor por su visión de juego que por su juego de pies y todavía aprendiendo a sacar el máximo partido a su enorme cuerpo; Steve Kerr, sustituto de Paxson como tirador puro, siempre preparado para lanzar de tres si a Jordan le hacían un dos contra uno; Bill Wennington, el pívot reserva por excelencia, pero con buena mano para los lanzamientos; y, por supuesto, Toni Kuko č, entusiasmado por la vuelta de Jordan, aunque todavía esforzándose por encontrar su lugar en el juego de la NBA.

Los Bulls ganaron veintitrés de sus primeros veinticinco partidos. Perdieron su primer encuentro con Orlando, fuera de casa, y Jordan anotó entonces menos puntos que Penny Hardaway, proclamado por muchos como uno de sus herederos. Pero cuando Orlando fue a Chicago para el partido de vuelta, Jordan le deparó a Hardaway la mejor de las bienvenidas al taponar su primer tiro, y luego le superó por 36-26 en anotación. Estaba claro que la ceremonia de sucesión iba a tener que demorarse un poco más. En ese partido, Rodman cogió diecinueve rebotes. La confianza de los Bulls crecía partido a partido. En un largo periodo entre diciembre y enero, se situaron en 31-2. Según dijo Bill Wennington más tarde, los jugadores creían que lo único que tenían que hacer era salir a la cancha cada noche y jugar su partido, y de ese modo ganarían. No importaba demasiado lo que el otro equipo pudiera hacer, siempre que los Bulls desarrollaran su juego y estuvieran al nivel de sus propias expectativas.

En la pausa del *All-Star* , arrojaban un saldo victorioso de 42-5, de modo que llevaban camino de acabar la temporada con setenta victorias. La gente empezó a especular sobre si era el mejor equipo de siempre y a compararlos con equipos del pasado. Bill Bradley los vio jugar y señaló los desafíos tan formidables que debían afrontar sus rivales para contrarrestarlos. Si jugaran contra los antiguos equipos campeones de los Knicks, apuntó Bradley, a él le tocaría emparejarse con Scottie Pippen, que era más alto, más fuerte, más rápido y muchísimo más versátil, un deportista enormemente superior. «Lo único que se me ocurriría», dijo, «sería gritar: “¡Socorro!”».

Cuando los Bulls derrotaron a los Lakers por quince puntos en Los Ángeles, Magic Johnson, de vuelta por un breve periodo tras haber dejado de jugar a causa de su enfermedad, dijo que nunca había visto a un equipo mejor. «Son tan buenos como nuestros equipos campeones. Son mejores que los Bulls que conquistaron tres títulos. Dan miedo, tío». En ese momento, esa parecía ser la opinión mayoritaria. Rodman estaba reboteando mejor que nunca, y a mitad de temporada *Sports Illustrated* volvió a dedicarle una portada en la que se leía la pregunta: «¿El mejor reboteador de la historia?».

La locura mediática que rodeaba al equipo iba creciendo de manera increíble. A la obsesión desatada por la vuelta de Michael, ya de por sí una auténtica chifladura, se había sumado la obsesión por Rodman, y poco a poco, la obsesión por las setenta victorias. La locura por Michael era, desde luego, algo que se daba por supuesto, y formaba el eje central de la gran multitud de medios de comunicación que parecían estar fascinados por el más nimio de los acontecimientos. Al constatar esa fascinación provocada por cada movimiento y cada palabra de Jordan, Tim Hallam, el agente de prensa de los Bulls, empezó a referirse al equipo como «Jesús y los apóstoles». Imitando el estilo de los informativos locales, Hallam dijo a los reporteros: «Jesús toma una ligera comida prepartido en la intimidad de su habitación de hotel. Más detalles a las once».

La fiebre Rodman se disparó durante aquella temporada, como si los medios necesitaran sangre fresca después de tanto tiempo obsesionados con Jordan, o como si la bondad innata de Michael empezara a aburrir. A los aficionados a los deportes les solían gustar las disputas del tipo el bien contra el mal, héroes contra villanos. Había sido el caso del joven Cassius Clay contra Sonny Liston, y también el de diversos equipos de baloncesto contra los Detroit Pistons. Pero tener a Jordan y a Rodman en el mismo equipo era algo nuevo; podías apoyar a los Bulls y estar a la vez con el bien y con el mal, pues había un príncipe de las tinieblas jugando al lado de un príncipe de la luz. De repente, parecía como si todo el país estuviera fascinado con aquel joven de carácter difícil, tímido y taciturno, en gran parte porque se teñía el pelo, se cubría el cuerpo de tatuajes y había batido el récord NBA de *piercings* . Aquella fascinación por Rodman reveló la peor cara de los medios de comunicación modernos, una nueva e irresistible atracción, incluso un ansia, por lo aberrante; se habían lanzado con entusiasmo a jugar aquel juego con un provocador, por más que ni el propio provocador acabara de entenderlo. Pero, si una gran parte de los medios no tenía el más mínimo interés por la autenticidad de sus nuevos héroes culturales, eso a

Rodman le iba de perlas. El jugador escribió un libro (un libro malo) que vendió unos 500 000 ejemplares en tapa dura. Para la portada posó desnudo montado en una motocicleta, y durante la gira de promoción se presentó vestido de novia. Consciente de la ambigüedad del personaje que estaba creando, empezó a frecuentar bares gais. Un periódico local llevaba el registro diario del color con que se tintaba, partido por partido, así como de sus cifras totales de la temporada clasificadas por color de pelo. Expulsado de manera periódica por los árbitros, Rodman empezó a quitarse la camiseta y a arrojarla a la grada. Las prendas no tardaron en convertirse en piezas de gran valor codiciadas por los coleccionistas, y entonces comenzaron a aparecer aficionados con letreros en los que suplicaban a Rodman que les lanzara la camiseta.

Rodman fue invitado a los principales programas nocturnos de entrevistas, programas en los que, por supuesto, ni él tenía nada que decir ni los entrevistadores solían tener nada que preguntarle. Mientras millones de estadounidenses insomnes miraban ávidamente la televisión en sus habitaciones, él se sentaba despatarrado en el asiento, sin quitarse las gafas de sol, y farfullaba respuestas monosilábicas. Después de una de aquellas actuaciones, el general Colin Powell, divertido, le preguntó a David Stern: «¿Tú crees que el aficionado medio de la NBA sabe que cuando Dennis Rodman vuelve a casa por la noche lo que de verdad hace es sentarse a solas en la oscuridad de su habitación y escuchar a Vivaldi?». Cuando el culto al jugador se hizo todavía mayor, por las noches, una vez acabado el partido, Rodman solía ir a ciertos restaurantes siempre rodeado de amigos y admiradores. Allí se sentaba en silencio y apenas decía nada mientras los otros se disputaban su atención. De hecho, lo que estaba haciendo era dejar que la gente que tenía alrededor actuara por él. Sus compromisos comerciales fueron en aumento. Si al unirse a los Bulls estaba casi arruinado, ahora se estaba convirtiendo en un joven acaudalado.

A sus compañeros de equipo les divertía todo aquello. Era una gran jugada, según pensaban ellos: Rodman no jugaba para el mundo, sino que había embaucado al mundo para que jugara por él. En general, caía bien a los otros jugadores: aunque distante, era buen compañero, tenía una rapidez increíble cerca del tablero y una gran determinación. Lo cierto era que nadie sabía de verdad a quién tenían allí, porque nadie lo conocía demasiado. Luc Longley, con quien se llevaba bien, había cenado con él unas cuantas veces y la experiencia le había gustado. Contó a los otros que Rodman era bastante callado y agradable. Eso era suficiente para todos.

Por supuesto, nadie quería decepcionar a Jordan. Ese era uno de los principales

factores de influencia con que contaba Phil Jackson para mantener a Rodman centrado. Más que las palabras de cualquier entrenador, era el gesto adusto y desafiante de Jordan el que empujaba al equipo y obligaba a todos a rendir al máximo. Algo que impresionaba de Jordan, y así lo estaban descubriendo sus nuevos compañeros, era que jugaba cada encuentro como si fuera un partido de los *playoffs* . No se tomaba noches de descanso. Aquella temporada solo hubo una ocasión en que Jordan pareció jugar con menor intensidad de la acostumbrada. Fue a comienzos de temporada, en el sexto partido de una larga serie de desplazamientos por el Oeste. Los Bulls llevaban un saldo de 11-2 cuando llegaron a Vancouver para jugar contra los Grizzlies, uno de los nuevos equipos incorporados ese año a la NBA. Aquella noche, Jordan parecía estar tomándoselo con calma; al inicio del último cuarto, solo había anotado diez puntos, y los Bulls perdían por dos. Entonces, Darrick Martin, el joven jugador que lo defendía, cometió un error fatal en el que muy a menudo incurren los novatos de la liga, ansiosos por causar buena impresión. Martin empezó a faltarle al respeto a Jordan. «No estás tan enchufado hoy», fanfarroneó; «puedo pararte cuando quiera».

Casi de inmediato, el entrenador de los Grizzlies sacó a Martin del partido, pero ya era demasiado tarde. Martin había despertado al león. Con Vancouver por delante 79-73 y a 5 minutos y 37 segundos para el final, Jordan entró en racha. Penetró hasta el aro y anotó con un mate. Luego metió un tiro en suspensión. Después, una bandeja más un tiro libre. A continuación, un lanzamiento en suspensión y otro tiro libre. Esa serie se interrumpió cuando Kuko č anotó de tres. Pero en las siguientes tres posesiones encestó un tiro en suspensión en carrera, otra bandeja tras una penetración y, después de haber robado él mismo el balón, otro mate. Eso dejó el marcador en 91-83 para los Bulls. Jordan encestó nueve de doce en tiros de campo y anotó diecinueve puntos en el último cuarto. Darrick Martin no volvió a entrar en el partido. Los Bulls ganaron 94-88.

Sin embargo, pese a todo el éxito que estaban cosechando, no siempre resultaba fácil mantener centrado a Rodman. No todas sus disensiones eran falsas; en ellas también había algo de auténtica paranoia. Dennis tenía un truco: sus golpes de efecto eran en parte resultado de una lograda interpretación y en parte de una ira genuina arraigada en su interior, y nadie, ni siquiera sus entrenadores ni los árbitros, sabía distinguir una cosa de la otra. Tampoco podría asegurarse que el propio Rodman supiera cuándo estaba cruzando la línea entre la provocación ficticia y la ira auténtica. Cada noche podía ejercer su derecho a

forcejear con los contrarios y agarrarlos bordeando el límite, y podía cometer innumerables faltas que quedaban sin sanción, pero cuando los árbitros le pitaban personal por empujar o agarrar, entonces se enfurecía porque la tenían tomada con él. «Me están jodiendo tantas veces que necesito un cinturón de castidad», dijo una vez. Según el entrenador ayudante Jim Cleamons, lo que salvaba a Rodman y hacía que su conducta quedara casi siempre dentro de los límites era el contraste entre Chicago y San Antonio. En Chicago, los entrenadores y los compañeros solían aburrirse con sus numeritos, mientras que en San Antonio casi todos lo criticaban con dureza, lo que no hacía sino estimular todavía más su estrambótica conducta.

La tarea de mantener a Rodman en sintonía recaía casi por completo en Jackson. Su relación era extraordinariamente compleja; había en ella mucha admiración y afecto, pero también un inteligente tira y afloja psicológico. Rodman sondeaba el terreno causando pequeños problemas para ver en qué medida se salía con la suya, y Jackson, en el papel de un padre severo a medias y siempre flexible, le dejaba claro a su jugador que había un límite, aunque eso no impedía que siguiera queriéndolo. A menudo, se trataba solo de pequeñas provocaciones, como entrar en la cancha con los cordones desatados. Lo normal era que todos aparecieran en la cancha con las zapatillas bien atadas, pero Rodman forzaba la situación y lo hacía ya dentro de la pista. Nadie debía llevar joyas durante los entrenamientos, pero a veces Rodman intentaba colar alguna pulsera, y entonces Jackson, con una gran sonrisa (no olvidemos que aquello era un juego y que Jackson tenía que frenar a Rodman minimizando al máximo el asunto), le decía: «Dennis, ¿no dirías que es una joya eso que llevas?». Si Rodman cogía una rabieta más o menos moderada en la cancha, Jackson se mantenía tranquilo e incluso sonreía y les decía a sus ayudantes (pero no a los jugadores): «Me recuerda a mí».

Ese juego de doble personalidad le permitía a Rodman mostrar una cierta rebeldía, seguir siendo un poco el «chico malo» merecedor de las retribuciones por publicidad que le estaban pagando, ya que su imagen así lo exigía, pero sin que todo ello supusiera una amenaza para la ética del equipo. Jugador y entrenador eran muy diestros en aquel juego. A June Jackson le gustaba contar que lo que ayudaba a su marido a manejar a Rodman era que ellos ya habían educado a varios adolescentes, así que cuando se producía una crisis sabían más o menos hasta dónde podían forzar la situación. Según ella, antes de malgastar energías en una discusión, había que asegurarse de que la cuestión fuera importante. (Su marido no estaba del todo de acuerdo, pues dos años después

diría: «¿Acaso Dennis es igual que mis hijos? De ningún modo, porque mis hijos son muy educados»).

La buena conducta de Rodman no duró toda la temporada. A mediados de marzo, frustrado durante un partido en Nueva Jersey, le dio un cabezazo a un árbitro. Luego se despachó a gusto lanzando una diatriba contra los dirigentes de la liga, comisionado incluido. La NBA lo sancionó con una multa de 20 000 dólares y seis partidos de suspensión, lo que suponía una pérdida económica adicional de 183 000 dólares. Alguien le preguntó a David Stern sobre los comentarios de Rodman, dado que Stern siempre repetía que la NBA era una familia. ¿De verdad Dennis Rodman pertenecía a esa familia? Y, si así era, ¿qué clase de familia era aquella? Stern manejó la situación con habilidad. Sí, respondió, Rodman era de la familia. «Algunas familias tienen un tío Moe y otras tienen un primo Dennis. Nosotros tenemos al primo Dennis. Ya se sabe que a muchos jugadores y entrenadores les gusta ese tipo de mentalidad de nosotros contra ellos. Es una técnica de motivación de probada eficacia y Rodman tal vez la haya convertido en una nueva forma de arte».

El peligro de recibir tantas alabanzas consistía en creértelas, en creerte el mito de tu propia grandeza, porque de hecho habías ganado setenta y dos partidos en la temporada regular y habías batido el récord de sesenta y nueve victorias de los Lakers de la 1971-1972. Al terminar la temporada, Ron Harper se inventó el eslogan *Seventy-two and ten don't mean a thing / without the ring* («Setenta y dos victorias y diez derrotas no significan nada sin el anillo»). [8]

Para Jordan, los *playoffs* constituían solo una cuenta atrás: se necesitaban quince victorias para ganar el título; tres en la primera ronda y cuatro en cada una de las siguientes tres rondas. En su calendario no había nada más. Tras cada victoria en los *playoffs* , entraba en el vestuario y decía: «Doce». Lo que significaba que les quedaban doce victorias, o nueve, o, ya al final, cuatro, tres, dos y una. Esas eran las únicas cifras que de verdad importaban.

En los *playoffs* , superaron a Miami por un contundente tres a cero y luego ganaron cuatro de cinco partidos a Nueva York. Eso dejaba el cuadro como más deseaban los Bulls, con un nuevo duelo contra Orlando en las finales de la Conferencia y la oportunidad de resarcirse de la derrota de la temporada anterior. La serie acabó casi antes de empezar. El año anterior, el jugador dominador había sido Horace Grant, quien, frente a un equipo que prácticamente jugaba sin ala-pívot, podía emparejarse con Pippen o con cualquier otro. Esta vez, contra Rodman, Grant poco menos que desapareció. Es cierto que al final del primer partido se lesionó al chocar con su propio compañero Shaquille O'Neal, pero

hasta ese momento no tenía ni puntos ni recuperaciones ni tapones ni asistencias, y tan solo había cogido un rebote. Rodman terminó el partido con trece puntos y veintiún rebotes. Los Bulls barrieron a los Magic por 4-0. «Tienen el talento para ser campeones», dijo Rodman sobre Orlando antes de empezar la serie, «pero no saben qué hace falta para ser campeones». Así hablaba una generación de la NBA sobre sus presuntos herederos.

En las finales se enfrentaron a los SuperSonics, un equipo que había ganado sesenta y cuatro partidos en la temporada regular y que poseía una considerable capacidad física, pero al que se achacaba falta de cohesión en su juego de media cancha. Los Bulls ganaron los dos primeros partidos en casa y luego, en su visita a Seattle, aumentaron la intensidad como solían hacer en los partidos importantes en cancha ajena. En el descanso del tercer partido, iban 62-38 a favor de Chicago. El marcador final fue de 108-86. Los Bulls tenían, como dijo después George Karl, «ojos asesinos». Pero con 3-0 a su favor, el equipo empezó a relajarse. Seattle los barrió de la pista en el cuarto partido, y en el quinto volvió a ganarles. Así pues, los Bulls regresaban a Chicago con 3-2 a su favor. Eso les devolvió la concentración. El sexto partido fue más parecido al inicio de la serie. Chicago jugó mucho más fuerte en defensa y con mucha mayor concentración en ataque. Ganaron con relativa facilidad por 87-75.

George Karl, admirado, dijo tras el partido que los Bulls te hacían pensar en otra época por su inigualable fortaleza mental. No te regalaban nada, dijo. Sabían el momento exacto en el que debían aumentar la presión defensiva, y buscaban tus debilidades con una crueldad implacable. Su empuje, según Karl, provenía no solo de su talento, sino también de esa fuerza mental y del corazón que le ponían al juego. Karl tenía razón, y había percibido algo importante en la evolución de Michael Jordan y de los Bulls. Al principio, lo que atraía y admiraba a los aficionados era el talento de Jordan, la gracilidad con que efectuaba sus proezas. En sus primeros años, cuando estaba lastrado por la menor calidad de sus compañeros de equipo, la brillantez individual de Jordan hacía que los Bulls siguieran ofreciendo uno de los mejores espectáculos del deporte. Aquella fue una época de grandes distinciones individuales, pero, en igual medida, de frustración por la incapacidad para ganar. Después, rodeado de compañeros de más calidad, Jordan pasó a una segunda fase; aprendió a ganar. Se convirtió en un campeón, o, como dijo Bryan Burwell, un periodista que lo siguió durante aquellos años, pasó de ser un gentil perdedor a convertirse en un ganador duro, resuelto e implacable. En aquella época, su talento, el hecho de que fuera capaz de hacer cosas que nadie más podía hacer en una cancha de

baloncesto, así como el talento de sus compañeros Pippen y Grant, seguía siendo lo más patente en el equipo. Cuando regresó de su año sabático en el béisbol, comenzó la tercera fase de su carrera. En las siguientes tres temporadas, de la 1995-1996 a la 1997-1998, fue otro jugador diferente, con más años, más centrado, incluso más duro.

En esa etapa, los profesionales del baloncesto vieron en Jordan algo que había quedado parcialmente oculto en fases anteriores de su carrera: una pasión obsesiva no solo por jugar mejor que nadie, sino también por dominar. Era el hombre invencible, y su concentración no desfallecía jamás. Para los aficionados que lo habían visto crecer desde el partido por el título frente a Georgetown en 1982, lo que se percibía ahora no era solo el talento (aunque seguía teniendo un talento majestuoso y podía dominar como antes un partido *All-Star*), sino la fuerza de voluntad. «El deportista al que más me recuerdas es Jake LaMotta», le dijo un día Jerry Reinsdorf en alusión al gran peso medio de otra época, un boxeador valiente y correoso, «porque la única manera de pararte es matándote». «¿Y quién es Jake LaMotta?», preguntó Jordan.

Nadie se mostraba más riguroso que él a la hora de analizar su rendimiento. Sabía perfectamente que siempre era posible fallar, y también que los medios siempre estaban al acecho para escribir que ya no era el Jordan de antes. En esa época, en muchas de sus entrevistas pospartido, solía haber una idea subyacente, como si pensara: «Ya sé, muchachos, que creéis que estoy decayendo, pero yo sé que todavía hago bien mi trabajo». En cualquier caso, era un hombre infinitamente orgulloso y sabía muy bien que muchos deportistas, por amar su deporte quizá más de lo que deberían, habían seguido en activo demasiado tiempo, con sus cualidades ya mermadas. Había sufrido viendo a Larry Bird al final de su carrera, pasando un calvario con la espalda; un gran jugador que se veía superado por otros inferiores. Jordan y Johnny Bach solían hablar de ello. Bach le habló de los grandes deportistas de su época que habían alargado demasiado su carrera: Joe DiMaggio en su última temporada, cuando sufría dolores en el pie y ya no podía batear bien; Joe Louis, al que boxeadores peores habían empezado a derrotar; y Willie Mays, cuando se había caído en el campo exterior. Cuando Bach hablaba de todo aquello, sabía que Jordan lo estaba escuchando con mucha atención. «Johnny», le dijo Jordan, «tienes que decírmelo si alguna vez ves que estoy perdiendo facultades. Si percibes algún signo de declive que los otros no ven, tienes que decírmelo».

Su actitud, como siempre, era contagiosa para sus compañeros. La única excepción era Rodman, quien por lo general jugaba con una intensidad similar a

la de Jordan, pero que en ocasiones se descentraba por completo. A veces, enredado en jueguecitos psicológicos con los rivales, el propio Rodman acababa siendo víctima de ellos y cruzaba la delgada línea que separa el control de la furia desatada. Pero, aparte de eso, los Bulls se miraban en Jordan. Eran profesionales consumados que entendían no solo el partido, sino también el conjunto de la liga, lo cual significaba que eran conscientes de las agotadoras presiones subterráneas que se manifestaban durante la temporada: poseían inteligencia y talento y, sobre todo, estaban centrados en lo importante. Sabían exactamente lo que se esperaba de ellos cada noche cuando salían a la cancha, y casi siempre eran capaces de hacerlo.

La temporada 1996-1997 no fue demasiado diferente a la anterior. Consiguieron tres victorias menos: sesenta y nueve. Pero, en esencia, no disminuyó ni el talento ni la concentración. No había indicios de lo que otros entrenadores y jugadores deseaban ver: alguna señal de que este equipo, por fin, estaba acusando la edad. La mayor pérdida de concentración provino de Rodman, y era algo típicamente «rodmánico». En un partido de mitad de temporada, voló a por una pelota perdida, se cayó y, en el suelo, entre los cámaras medio desparramados y ante los ojos de lo que resultó ser el mundo entero, no se le ocurrió más que darle una patada en la entrepierna a uno de los fotógrafos, una acción estúpida y gratuita contra alguien que le no había hecho nada, salvo amplificar las hazañas de Rodman durante años, y que al jugador le costó una suspensión de once partidos. Mientras estuvo fuera, sus compañeros se conjuraron para llenar el vacío que había dejado y ganaron diez de once partidos. Pero Rodman también se perdió trece partidos al final de la temporada por un esguince del ligamento lateral interno de la rodilla, y de esos partidos los Bulls perdieron cuatro. Con Rodman en la alineación, los Bulls eran sin duda un gran equipo sin debilidades perceptibles; su saldo de victorias y derrotas era de 48-7, y llevaban camino de batir su propio récord del año anterior, si así se les antojaba. Sin Rodman, su registro fue de 21 victorias por 6 derrotas, y se mostraron como un buen equipo que debía realizar un trabajo extra en defensa, además de evidenciar cierta vulnerabilidad ante equipos con jugadores grandes, fuertes y rápidos. Las estadísticas contaban por sí mismas parte de la historia: con Rodman en la alineación, los Bulls promediaban casi diecisiete rebotes ofensivos y un total de cuarenta y siete rebotes por partido; sin él, unos trece rebotes ofensivos y un total de cuarenta y dos.

Las finales de 1997 fueron un poco más difíciles, porque Pippen, lesionado de gravedad en el pie durante el último partido de los *playoffs* ante Miami, todavía

estaba muy por debajo de su nivel. Rodman, además, todavía estaba recuperándose de su lesión en la rodilla y aún no había encontrado su juego. Pero, al final de la temporada, Krause fichó a Brian Williams y se produjo un cambio vital: el jugador aportó la altura y velocidad que tan urgentemente necesitaban los Bulls y el equipo acabó derrotando a Utah en las finales de 1997. Al final, la bajada en sus cifras con respecto a la temporada anterior fue mínima: en 1996, los Bulls habían terminado los *playoffs* con un balance de 15-3 derrotas; en 1997, pese a las lesiones, su registro fue de 15-4.

Si hubo un partido que marcó la transformación de Michael Jordan en esa parte final de su carrera, un momento en el que los aficionados pudieron entender hasta qué punto era excepcional (mucho más allá del mero talento), fue el quinto partido de las finales de 1997. Aquel día, un Jordan muy seriamente enfermo no solo jugó, sino que dominó el partido. Parecía que apenas podía tenerse en pie y, mucho menos, correr de un lado a otro de la pista. Sin embargo, anotó treinta y ocho puntos, quince de ellos en el último cuarto.

Jordan sabía muy bien que se acercaba el fin de su trayectoria profesional. Ya no era un chico jugando a un juego de chicos; era un hombre hecho y derecho, amable y muchas veces millonario; una persona experimentada en el deporte, con los medios de comunicación y en los negocios; y un negociador duro y astuto en esos tres campos. Cuando Jim Riswold, de Wieden y Kennedy, le sugirió participar en un anuncio junto con Tiger Woods en el que ambos aparecerían de niños, conduciendo karts y jugando al minigolf, Jordan no dio su autorización. Entendía la idea, supo de inmediato que era muy buena y que el anuncio podía ser fantástico, y le tenía aprecio a Tiger; sabedor de la presión mediática a la que Woods era sometido, se había convertido en una especie de consejero para él. Pero Jordan ya no era el de antes. Ya no era un niño, sino una persona muy seria y profesional en todos los ámbitos de la vida; por algo Nike lo mostraba en el papel de director ejecutivo en los anuncios que hizo durante su última temporada.

Jordan era muy buen compañero de equipo. Si de joven había mostrado cierta crueldad, un empeño por machacar a determinados compañeros durante los entrenamientos, eso ahora había desaparecido. Por ejemplo, en opinión de los entrenadores, Jud Buechler habría sido el típico jugador con el que Michael se habría cebado en otro tiempo, pero ahora era diferente: no solo veía las debilidades de Buechler, sino también sus puntos fuertes, y se daba cuenta de que era muy buen compañero y valioso para el equipo. En el otoño de 1995, durante la pretemporada, se había producido una violenta pelea a puñetazos entre

Michael y Steve Kerr, bastante más bajito que él. Nadie sabía con seguridad el motivo, pero parecía obvio que se debía a una combinación de factores: la frustración de Jordan por su pobre rendimiento de la primavera anterior, algunas diferencias acerca del papel de Kerr como representante sindical del equipo y la sensación de que Kerr no había disimulado su desagrado por no recibir el pase de Jordan cuando él estaba libre de marca. En cualquier caso, Kerr, un jugador muy duro y decidido, no se había achantado, algo muy importante para Jordan. Le había devuelto cada codazo malintencionado y cada puñetazo, y aquella misma noche Jordan le había telefoneado para disculparse, algo que el antiguo Jordan no hubiera hecho con tanta rapidez. A partir de entonces, desaparecieron los problemas entre ambos.

Aun así, pese a llevarse mejor con sus compañeros, se mostraba más distante que nunca con ellos. Todos eran hombres de negocios con un mismo domicilio laboral: trabajaban juntos y, por la noche, una vez terminado el trabajo, cada uno se iba por su lado. Sus compañeros lo entendían, eran conscientes de que soportaba presiones y exigencias tan diversas que le resultaba imposible compartir demasiado con ellos. Sabían que en algunos aspectos no podía mostrarse como era por miedo a que cualquier confidencia, por pequeña que fuera, acabara en algún periódico o alguna revista.

Jordan tenía muy presente que en todo aquello, en el gran circo que rodeaba su vida, lo único auténtico era su amor por el baloncesto. Por lo general, a medida que se acercaban los *playoffs* , lo último que deseaba era tener que hacer un anuncio, pero un año Nike le propuso un *spot* , precisamente, sobre el amor al baloncesto.

Jim Riswold había escrito y reescrito el texto hasta conseguir lo que buscaba. El primer borrador decía más o menos lo siguiente: «Puedes encontrar mi cara en cualquier sitio, pero solo hay un lugar en el que encontrarás mi alma: en una cancha de baloncesto». A Riswold le gustaba, pero siguió trabajando en ello hasta que una noche garabateó estas palabras en una servilleta de cóctel: «¿Qué pasaría si mi nombre no estuviera en anuncios luminosos? ¿Si mi cara no estuviera en la televisión cada pocos segundos? ¿Si no hubiera una multitud al doblar cada esquina? ¿Puedes imaginártelo?». Pausa. «Yo sí». Iba a rodarse en un gimnasio a oscuras con Jordan, solo, lanzando tiros libres. A Jordan le encantaba. Le dijo a Riswold que así era exactamente como se sentía, no solo en lo que respectaba al baloncesto, sino todavía más en lo referente a la celebridad que estaba fagocitando su vida. Hubiera o no *playoffs* , le dijo a Riswold que lo pusiera en marcha.

Jordan vivía con relativa tranquilidad en las afueras de Chicago. Su vida privada seguía siendo muy privada, lo que ya era un logro en sí mismo, dada la intensidad del escrutinio público del que era objeto y la aparente creencia, por parte de los medios estadounidenses, de que ya nada era privado. Se había casado con la atractiva Juanita Vanoy, una antigua modelo y secretaria, en Las Vegas en el año 1989, diez meses después de que naciera el primer hijo de ambos, Jeffrey. Después llegarían dos niños más: Marcus y Jasmine. En la zona en que vivía, mantenía al máximo su discreción. A Ahmad Rashad, el comentarista de la NBC que llegó a ser un buen amigo suyo, le encargaron cierta vez que preparara un especial sobre lo que Michael hacía en sus días libres. «Os sorprendería», les dijo, «lo normal que es todo. Hace lo mismo que hacen otros muchos hombres con su familia en los días libres. Lleva a los niños a la escuela y se encarga de un montón de recados aburridos». La diferencia consistía, según Rashad, en que sus vecinos solían entender el agobio que conllevaba su celebridad. Para entonces ya estaban acostumbrados a verlo, a sus idas y venidas, y le dejaban tener la privacidad que él deseaba. Solo cuando se aventuraba a ir a otras áreas de Chicago o a otras ciudades, donde no se le esperaba, empezaba a desatarse la locura y a congregarse una multitud que no respetaba ningún límite.

Para sus muchos momentos de vida social o para algunos negocios, eran los demás los que solían ir a verlo, porque resultaba mucho más difícil que él saliera de su área. Uno de los que realizaban a menudo ese desplazamiento era Buzz Peterson, su viejo amigo y compañero de habitación durante el primer año en el campo de entrenamiento de Dean Smith. Habían mantenido mucho el contacto durante todos aquellos años, incluso sus familias habían llegado a hacerse muy amigas, y de vez en cuando se iban juntos de vacaciones a Hawái. La carrera de Buzz Peterson se había visto lastrada por las lesiones y nunca había llegado a explotar como jugador. Fue elegido en séptima ronda del *draft* por los Cleveland Cavaliers y luego jugó en Europa durante un breve periodo, hasta que se dio cuenta de que su futuro estaba en ser entrenador, no jugador. Por un tiempo, se dejó llevar allá donde le llevara su conexión con Carolina, y así fue como trabajó para Eddie Flogler, uno de los antiguos ayudantes de Dean Smith, en Vanderbilt. A mediados de los noventa, Peterson estaba entrenando en la universidad Appalachian State, en Boone, Carolina del Norte, y le iba muy bien.

Una primavera, Michael Jordan invitó a Peterson a Chicago para que lo acompañara durante los *playoffs* . Se sentían muy a gusto el uno con el otro, y la enorme diferencia en el desarrollo de sus respectivas carreras no había alterado

en lo más mínimo el afecto mutuo que se profesaban. Aquello era una muestra del más puro Michael Jordan, un reflejo de su intenso sentido de la lealtad y la amistad. Peterson y él habían sido amigos durante casi quince años, y nada, ni la extraordinaria riqueza, fama y éxito de Michael, se había interpuesto entre ellos, de modo que podían retomar su amistad exactamente donde la habían dejado, aunque hubiera pasado un año. Si entre ellos surgía algún conflicto, la causa siempre era la vestimenta. Michael daba mucha importancia a la ropa y quería vestir con estilo incluso en el campo de golf, mientras que Buzz era perfectamente feliz con su ropa de batalla, así que a menudo discutían antes de salir, pues Michael trataba de que Peterson se pusiera alguna de sus elegantes prendas.

Un día, en un campo de golf tipo *links* , en el *tee* de salida, Jordan le dijo a Peterson: «Quiero darte las gracias por algo». «¿Por qué?», le preguntó Peterson. «Tú hiciste que fuera un jugador de baloncesto muy bueno». «¿Cómo?», preguntó un Peterson perplejo. «Bueno, tú eras el chico de oro del baloncesto en Carolina del Norte y yo no. Ibas a ser el novato estrella, y todo el mundo en casa decía que tú ibas a entrar en el equipo inicial y yo no. Todos me habían dicho que yo nunca jugaría, porque estaba por detrás de ti y nunca saldría del banquillo. Así que cada día que íbamos a entrenar en Carolina del Norte, yo me decía: “Tienes que ser mejor que Buzz. Tienes que mejorar. Tienes que hacer todos los ejercicios del entrenamiento mejor que él. Tienes que tirar mejor. Tienes que trabajar en tu defensa”. Cada vez que hacíamos un ejercicio, yo me decía que tenía que hacerlo mejor que tú». Aquella confesión dejó a Buzz Peterson estupefacto y sin saber muy bien cómo responder. Al final dijo: «¿Por qué no me lo dijiste entonces y así hubiera podido competir también contra ti?». Pero después pensó que, si bien para el nivel de exigencia de Michael él se había mostrado autocomplaciente, también había sido feliz de ser él mismo, feliz por estar en Chapel Hill, sin pensar que tenía que ser mejor de lo que era. Le faltaba, concluyó, un poco de rabia para alcanzar el más alto nivel.

Jordan era ajeno por completo a la política, por lo que se sentía incómodo con un nuevo componente en la vida de las celebridades del país: la exigencia de posicionarse en todo tipo de temas políticos y sociales, estuvieran o no cualificados para ello. Solía rechazar casi todas las ofertas publicitarias que no fueran comerciales, a no ser que se tratara de algo esporádico y especial, como instar a los jóvenes a que siguieran estudiando. En buena parte, su cautela ante la propaganda política se debía al temor de contaminar su valor como portavoz comercial. Cuando Harvey Gantt, líder pionero en la lucha por los derechos

civiles de los negros, se presentó para un escaño en el Senado de Carolina del Norte contra Jesse Helms, la pesadilla de los negros de Carolina (y de muchos otros), la decisión parecía ser fácil para alguien que era negro y seguía gozando de inmensa popularidad en el estado. Pero Jordan se negó a tomar partido y manifestó que los republicanos también compraban zapatillas deportivas.

El hecho despertó cierto resentimiento en muchos activistas negros, pues les pareció que, a diferencia de otros prominentes deportistas negros del pasado, como Muhammad Ali o Arthur Ashe, Jordan no había hecho lo suficiente por la comunidad negra. Aquello parecía una suerte de examen, y no demasiado justo. Después de todo, a los grandes deportistas blancos no se les exigía pasar una prueba similar, instándolos a opinar sobre temas sociales de ámbito general. Nunca se había dado por supuesto que el reverenciado Joe DiMaggio hubiera de manifestarse acerca de los derechos civiles. Pero para los negros siempre era un poco diferente: Arthur Ashe dijo una vez que ser negro en Estados Unidos era como tener un segundo trabajo a tiempo completo.

En todo caso, quizá Michael Jordan era distinto. Era el representante de una generación diferente de jóvenes negros estadounidenses para los que muchas puertas cerradas en el pasado, no solo en el ámbito educativo, sino también en el comercial y el social, estaban ahora abiertas, y a su manera él había ayudado como el que más a que se abrieran algunas de ellas. En la medida en que era capaz de hacer una declaración sobre la situación de los negros, lo había hecho no tanto con sus palabras como con sus actos, con el modo en que jugaba los grandes partidos bajo una presión implacable, con la manera de comportarse dentro y fuera de la cancha ante el escrutinio mediático más invasivo de la historia moderna, y finalmente, lo había hecho también convirtiéndose en un inteligentísimo hombre de negocios. En su caso, era como si las cosas no necesitaran decirse, porque ya se habían hecho.

La otra razón por la que no hablaba demasiado de política era sin duda porque no era muy bueno en ese ámbito. Algunas personas tenían un instinto natural para la política y las reivindicaciones les salían del alma, pero otras no. A menudo, quienes poseían ese instinto se habían criado en familias en las que al menos un progenitor estaba de un modo u otro metido en política; Jordan se había criado en una familia con rígidos códigos internos, pero eran códigos de la clase media que atañían a cómo comportarse, a cómo hacer bien las cosas y llegar a ser bueno en los estudios y los negocios, no a expresar reivindicaciones políticas o sociales. Lo que se enseñaba en la familia Jordan era más bien lo contrario. A sus hermanos y a él les habían enseñado que tendrían mayores

posibilidades si trabajaban con ahínco, en lugar de insistirles en los prejuicios históricos que tanto daño habían causado a la gente en el pasado; a Jordan le habían enseñado que era importante y natural tener amigos en ambos lados de la línea racial y eso es lo que él siempre había hecho. Cuando un periodista le mencionó a Deloris Jordan, su madre, lo extraordinario que había sido el ascenso de Michael para un joven deportista negro y que se hubiera convertido en la figura comercial más conocida y mejor pagada del mundo, su inmediata reacción fue decir que se hacía una montaña del asunto entre blancos y negros y que ese era uno de los males del país. Todos debían recordar, añadió, que la gente era justa por naturaleza.

La soltura y confianza que Jordan mostraba con los periodistas en los relajados intercambios previos y posteriores al partido (hablando de temas que dominaba y siempre lanzando el último dardo entre hombres que se ganaban la vida con las palabras) y la facilidad con que se manejaba con directores y cámaras en los cientos de anuncios que había rodado lo abandonaban cuando el tema era la política. No era un asunto que conociera o que le preocupara demasiado, ni tampoco tenía el instinto necesario. Se encontraba incómodo en ese ámbito. Además, como señaló uno de sus amigos, sus ideas políticas podían no coincidir con las de la gente que lo instaba a hablar de los temas más variados. Podía ser mucho más conservador de lo que esperaban. Su buen amigo Charles Barkley le anunció una vez a su abuela que iba a presentarse a gobernador por los republicanos y ella reaccionó con espanto: «Hijo, los únicos que votan por los republicanos son los millonarios», le dijo. «Abuela», le explicó Barkley, «yo soy millonario».

Nada revelaba mejor el proceso de maduración experimentado por Jordan durante los últimos tres años que su cambio de actitud con Scottie Pippen. Durante gran parte de su etapa anterior, Jordan se había mostrado muy reservado en lo referente a Pippen, y a veces, en privado, muy negativo. Sus dudas con respecto al partido de la migraña de 1990 resultaban obvias; incluso después de que los Bulls ganaran tres títulos, a veces los otros tenían la extraña sensación de que mantenía la distancia con Pippen. En aquellos años, lo que le molestaba de Scottie, según sus compañeros, era su falta de regularidad. Jugaba algunos partidos fantásticos. Podía, por ejemplo, conseguir un triple doble, presentar cifras dobles en puntos, asistencias y rebotes; pero luego, en el siguiente partido, estaba prácticamente desaparecido. En la NBA, la verdadera grandeza se medía sobre todo por la regularidad. El ataque Bird-Parish-McHale parecía capaz de anotar sus sesenta o sesenta y cinco puntos todas las noches.

Pero desde su vuelta del béisbol, Jordan se mostraba mucho más generoso con Pippen, quien a su vez había madurado mucho más. «Scottie es el mejor jugador de este equipo», dijo durante las primeras semanas posteriores a su regreso. Parecía apreciar más la labor de Pippen y hablaba de él como si en la cancha fueran hermanos. La diferencia, en opinión de B. J. Armstrong, radicaba en que cuando Jordan era más joven no había nada que no fuera capaz de hacer en la cancha. Podía anotar cincuenta puntos si quería, conducir el balón de un extremo al otro de la pista y efectuar cualquier tipo de lanzamiento, y hacer todo eso durante todo el partido. Necesitaba compañeros de nivel para ganar, pero no necesitaba compañeros de nivel para ser Michael Jordan. Ahora, sin embargo, con más años y la necesidad de ahorrar energías y marcar el ritmo adecuado de partido, se daba cuenta de que para ser Michael Jordan necesitaba a Scottie Pippen. Por vez primera, existía codependencia. Necesitaba a Pippen para subir la bola a campo contrario y pasársela donde él quisiera, para controlar el tempo del partido y que se ajustase de forma aceptable a su ritmo y para añadir otro factor de intimidación cerca del aro contrario y en defensa. Según Armstrong, en la época en que lograron la segunda serie de títulos, ambos se conocían tan bien que siempre sabían lo que el otro quería o necesitaba hacer en la pista, como si fueran gemelos que tuvieran una conexión cerebral.

Uno de los motivos por los que Jordan seguía criticando con dureza a Jerry Krause era por su modo de tratar a otros integrantes de los Bulls, piezas importantes dentro del equipo, pero vulnerables por su margen contractual. Era su manera de ser buen compañero. En opinión de Jordan, en aquellos asuntos Krause no solo mostraba una dureza y mezquindad innecesarias, sino que su trato era humillante. Ese sentimiento había nacido durante las negociaciones de Krause con John Paxson, cuando este último ya había demostrado ser una pieza valiosa dentro de un equipo campeón. Para los estándares NBA, a Paxson se le estaba pagando muy por debajo de lo que debería cobrar el base titular de un equipo campeón, pues ganaba unos 500 000 dólares anuales, y Jordan pensaba que Krause estaba siendo demasiado duro en sus negociaciones, como si Paxson no valiera nada para otros equipos de la liga. Un año, consternado por el trato que se daba a Paxson, Jordan le pidió a David Falk que representara al base, y pasado un tiempo, Falk consiguió una muy buena oferta de San Antonio (casi el triple de lo que Paxson estaba ganando en Chicago), todo ello con el objetivo de que los Bulls siguieran siendo competitivos. Con el tiempo, esas negociaciones acabarían por enconar los sentimientos de ambas partes.

29

Chicago, 1998

A mitad de la temporada 1997-1998, con Scottie Pippen ya reincorporado, los Bulls volvían a ser el equipo a batir. La larga ausencia de Pippen había aumentado más de lo deseable la exigencia sobre Jordan durante la primera parte de la temporada. La parte positiva era que Pippen llegaba descansado.

El equipo se estaba mostrando algo más irregular que en el pasado. La intensidad en la concentración y la fortaleza mental resultaban ahora más importantes que el talento, así que, cuanto más importante era el partido, mejor jugaban. Por esa misma razón, también manifestaban una tendencia a perder la concentración en partidos menos importantes. Tex Winter, el perpetuo pesimista del equipo, estaba siempre preocupado, convencido de que las cosas no marchaban bien. Muy pesimista también durante la mayor parte de aquella temporada, era muy aficionado a lanzar predicciones apocalípticas. A los jugadores les gustaba llamarlo «el entrenador No». Durante la pretemporada era habitual que se enfrentaran a Philadelphia, un grupo joven que trataba de definir su personalidad y con varios nuevos talentos cuya integración en el equipo todavía estaba por ver. Philadelphia jugó bien aquella noche y Winter salió de allí preocupado por lo buenos que iban a ser los 76ers. «Tex», le dijo Jackson, «aquí no importa solo el talento, sino la fuerza mental y la actitud colectiva. Tendrán suerte si ganan treinta partidos». (De hecho, ganaron treinta y uno y quedaron últimos de su división). «¿Cuántos partidos crees que podemos ganar sin Scottie?», le preguntó Winter. «Sesenta, si Scottie vuelve a mitad de temporada», respondió Jackson.

Jackson creía que, si las cosas iban bien, los Bulls podrían ganar fácilmente cincuenta y cinco partidos y tener incluso una remota posibilidad de llegar a los sesenta. El empujón que supuso la vuelta de Pippen, la nueva cohesión ofensiva propiciada por su presencia en la cancha, les aportó una fluidez de la que habían

carecido hasta entonces, y eso hizo que los rivales no pudieran concentrarse en Jordan del mismo modo que antes. Poco a poco, el número de victorias fue creciendo y los jugadores ganaron en confianza. Sin embargo, Dennis Rodman parecía estar perdiendo la concentración en la misma medida en que el equipo dependía menos de él. Durante un partido de finales de enero, en Nueva Jersey, Rodman había llegado tarde al calentamiento previo al encuentro y Jackson lo había enviado a casa.

Cuanto más conocía a Rodman, más seguro estaba Jackson de que su jugador sufría el llamado trastorno por déficit de atención (TDA), una afección casi con toda seguridad genética que causaba una fuerte limitación en la capacidad para concentrarse, además de toda clase de frustraciones y el desarrollo de otros trastornos sociales. Todos los síntomas de Rodman (se aburría enseguida, de inmediato reaccionaba de forma negativa ante la mínima muestra de autoridad, instintivamente ponía su carrera en peligro una y otra vez de forma innecesaria y gratuita, tenía episodios de hiperactividad) eran clásicas manifestaciones del TDA. También lo era el hecho de que, al darse cuenta de que jugaba bien al baloncesto (la única cosa en la que era bueno), hubiera trabajado con tanta intensidad para perfeccionar su juego. Era algo típico en quienes sufrían TDA: frustrados en otros empeños, se mostraban incansables cuando encontraban su vocación. En opinión de Jackson, incluso el amor de Rodman por Las Vegas (solía ir allí en cuanto tenía ocasión) era un indicio de que sufría TDA, ya que, para alguien que se aburría con tanta facilidad, Las Vegas, con su ruido incesante y su acción artificial, era como una especie de cielo para él. Cada año, durante los *playoffs* , mientras los Bulls atraían cada vez más la atención del país, Jackson recibía cartas de profesores de Educación especial de toda la nación que trabajaban principalmente con niños con TDA. Habían notado que sus estudiantes compartían muchos de los síntomas de Rodman y que este era una especie de icono para ellos, de modo que podían demostrarles a sus estudiantes que alguien con su mismo problema podía tener una profesión útil.

Pese a todo, Rodman, aunque realmente no quisiera, se iba convirtiendo cada vez más en una fuerza disonante, y de vez en cuando Jackson hablaba con el resto del equipo acerca de cómo podrían entenderlo. Lo que restaba de temporada sería difícil, dijo. Parecía evidente que Rodman no estaba cuando ellos lo necesitaban imperiosamente. Y no solo lo necesitaban, les recordó Jackson, sino que también les caía bien. Casi todas las tribus indias tienen a alguien como Rodman, dijo, y se suelen referir a él como el miembro de la tribu que camina hacia atrás (*Heyokah* en la lengua siux), el inconformista de la tribu,

alguien que siempre va a contracorriente. El hecho de que el resto de los jugadores no se molestasen casi nunca por la conducta de Rodman, ni tampoco porque Jackson le perdonase bastantes cosas, decía mucho de su madurez y profesionalismo, al igual que la habilidad y honestidad con las que Jackson había hecho resurgir a un jugador difícil en un equipo fuerte y experimentado. Entre el resto de los jugadores y los entrenadores existía consenso: todos habían sacrificado muchas cosas para tener esta última oportunidad de ganar el título; necesitaban a Rodman para ganar y Dennis les gustaba a pesar de todo. En su opinión, ningún otro entrenador de la liga podría haber obtenido tanto de él durante tanto tiempo. Pero el crédito se estaba acabando: «No sé cómo lo aguantas», le dijo Tex Winter a Jackson a finales de la temporada. «Yo nunca podría tratar con un jugador así. No tendría paciencia». Para Jackson, lo paradójico de aquellas palabras era que, aunque no había estadounidense culturalmente más diferente a Rodman que Winter (el último gran carca producto de la Gran Depresión), nadie trabajaba mejor ni con más afecto con Rodman día tras día para mejorar aspectos de su juego, a menudo hasta mucho después de acabar el entrenamiento. A Rodman parecía que le caía muy bien Winter y viceversa.

A pesar de que la concentración de Rodman disminuía, los Bulls mantuvieron la unidad durante el resto del año. Hacia finales de la temporada, en un movimiento que sorprendió a todos los jugadores del equipo y a muchos otros profesionales del baloncesto, los Bulls traspasaron a Jason Caffey a Golden State, obteniendo muy poco a cambio. Caffey medía 2,03 y pesaba 113 kilos, era el ala-pívot reserva, poseía un físico impresionante y era buen reboteador, si bien estaba limitado en otros aspectos y tenía problemas con el triángulo ofensivo. A cambio de Caffey, los Bulls obtuvieron a un jugador llamado David Vaughan, al que pronto dejarían marchar, y más adelante a un jugador llamado Dickey Simpkins, del que ya se habían deshecho en el pasado. Sobre el papel, aquel intercambio parecía inexplicable, sobre todo para un equipo que aspiraba al título. Pese a sus limitaciones, Caffey era un jugador de gran presencia física, y los Bulls necesitaban desesperadamente su fuerza y habilidad atlética en determinados emparejamientos. A Krause no le gustaba Caffey por varias razones, en especial porque estaba a punto de convertirse en agente libre y lo representaba Jimmy Sexton. Lo que molestó a algunos de los jugadores fue que Jackson hubiera aceptado desprenderse de Caffey. Más tarde, Jackson dijo que fue un medio de poner más responsabilidad sobre los hombros de Rodman, porque, mientras Caffey estuviera allí, Dennis contaba con un sustituto

competente para los rebotes, y eso le permitía ser un poco más irresponsable. En otra ocasión, también dijo que había estado de acuerdo con el traspaso de Caffey porque creía que obtendrían a un jugador valioso. Eso, en su opinión, no había ocurrido. En todo caso, el traspaso agudizó las tensiones existentes entre Krause y Jackson.

En cierto momento de la temporada, los Bulls parecían un equipo parcheado con pegamento y cinta adhesiva. Si tenía que ser o no un equipo tan viejo era una cuestión interesante. A causa de la agencia libre, en aquellos días los equipos de baloncesto se formaban de modo diferente. El *draft* tenía menos importancia, y la posibilidad de fichar agentes libres de talento dependía cada vez más de la propia habilidad para reclutarlos; era un poco como atraer a las estrellas de secundaria a un gran programa universitario. Obviamente, los Bulls tenían una gran ventaja potencial a la hora de fichar, porque podían utilizar a Jordan, Pippen y Jackson como reclamo para seducir a los agentes libres adecuados y llevárselos a Chicago (casi todo el mundo quería jugar con Jordan). Pero optar por esa vía era difícil para Krause. Había hablado abiertamente de sus planes para construir el equipo post-Jordan, así que hacer que este tuviera un papel principal en el ensamblaje del nuevo equipo contaminaría el proceso. La única vez que Krause le había pedido ayuda a Jordan había sido para fichar a Kuko č, y Jordan no había querido saber nada del asunto.

Los Bulls no solían brillar en ataque, pero en muchos momentos apretaban tanto las tuercas que mataban a sus rivales en defensa. Su número de victorias no hacía sino aumentar. A principios de febrero, Michael Jordan fue a Nueva York para jugar el partido del *All-Star* . Aunque tenía gripe, y pese a que se hablaba mucho de una prometedora joven estrella del Oeste, Kobe Bryant, Jordan dejó su sello y fue nombrado mejor jugador del partido.

La corriente de fondo provocada por las rencillas con los directivos del equipo no había desaparecido, pero nunca afectó al rendimiento en la cancha. Más bien al contrario: Jackson, siempre astuto, utilizó esa tensión para reforzar la cohesión del equipo alimentando una actitud de «nosotros contra ellos». Es decir, los Bulls no solo iban a pelear contra los Lakers, los Pacers, los Knicks, los Jazz o los SuperSonics, sino que también iban a luchar contra sus propios directivos. En gran parte, esa actitud ya estaba implícita en el nombre con que Jackson había bautizado aquella temporada, «el último baile», cuya principal idea subyacente era que ellos, por más que fueran los defensores del título, se habían quedado huérfanos en aquella misión. Jackson y los jugadores, desde Jordan hasta el último de ellos, pensaban que, si desde las más altas instancias habían mantenido

el grupo para un último asalto al título, lo habían hecho solo con la mayor de las reticencias, como si no quisieran que la responsabilidad de romper el equipo recayera sobre ellos.

Desde luego, los aficionados creían que aquella temporada sería el final de algo que jamás volverían a ver. Espoleada por la creencia general de que podría ser la última temporada de Michael y que, por tanto, en muchas canchas su presencia tal vez no se repitiera, la locura por Jordan alcanzó nuevas cotas. Tenía al menos dos equipos de rodaje de documentales siguiéndole constantemente, uno de ellos de la NBA. Allá donde fueran los Bulls, era casi seguro que se agotaban las entradas. Cuando jugaron en Atlanta, se vendieron 62 046 localidades, algunas sin visión completa. En Filadelfia, un periódico local publicó una sección especial de cincuenta y dos páginas sobre Jordan. Cuando fue a Nueva York para jugar el que podía ser su último partido en el Madison Square Garden, Jordan calzaba un antiguo par de Air Jordan, algo que muchos periodistas consideraron como una forma exquisita (y no poco comercial) de decir que aquella era su última aparición allí. Tras el partido, cientos de periodistas atestaban una reconvertida sala de prensa, entre ellos varios curtidos y reputados cronistas deportivos de Nueva York que no solo aparecieron acompañados de sus hijos, sino que los sostenían en brazos para que, en un futuro remoto, pudieran decir que habían visto a Michael Jordan.

En cada ciudad a la que iban a jugar como visitantes, mucha gente reservaba habitaciones en el hotel del equipo solo para poder decir que habían estado en el mismo hotel que los Chicago Bulls. Además, miles de entendidos del baloncesto se congregaban fuera del hotel a la hora en que los Bulls debían salir hacia la cancha, para verlos recorrer el escaso trecho que separaba la puerta del hotel de la del autobús que los esperaba.

En todas partes, por supuesto, había fotógrafos. No solo los treinta o cuarenta contratados por los diversos medios de comunicación para captar a Michael elevándose hacia la canasta y a punto de hacer un mate, sino los millares de fotógrafos aficionados que, equipados tan solo con su Instamatic u otras pequeñas cámaras, lo fotografiaban caminando hacia el autobús o saliendo de él o, si tenían esa suerte, cuando salía a la cancha. En cada ciudad, estos aficionados ocupaban sus asientos y disparaban cuando Michael entraba en la cancha, justo antes del salto inicial, de modo que en ese instante el enorme pabellón parecía un gigantesco árbol de Navidad. Su objetivo era preservar aquel momento especial como recuerdo para el futuro: Jordan solo era un puntito en la imagen captada a gran distancia por la pequeña cámara, pero aun así la foto,

como los millones que se toman de la Torre Eiffel o la Estatua de la Libertad, daba fe de que, efectivamente, un día ellos habían estado allí y habían visto jugar a Michael.

El enjambre de periodistas, estadounidenses y extranjeros, apiñados alrededor de la taquilla de Jordan se hizo cada vez mayor; las preguntas, cada vez más peregrinas. Jonathan Eiger, un joven redactor de una revista que estaba preparando un artículo sobre la prensa, se encontró detrás de un reportero francés y echó un vistazo disimulado a sus preguntas. Eran estas: «1. ¿Qué es lo más importante? 2. ¿Tienes algún héroe? 3. ¿Cómo es ser Michael Jordan? 4. ¿Qué personaje histórico admiras más? 5. ¿Crees en Dios?».

Al inicio de la temporada, los números de los Bulls eran de 8 -7, pero en el resto de la temporada su balance fue de 54-13, por encima del 80 por ciento de los partidos ganados. Su total de 62-20 los llevó a empatar con Utah en el mejor registro de la liga. Al día siguiente de acabar la temporada regular, Jackson entró en una reunión de los entrenadores con una gran sonrisa en la cara. «No sé vosotros», dijo a sus asistentes, «pero yo tengo en mi contrato una cláusula que estipula una prima de 50 000 dólares si obtenemos el mejor balance victorias-derrotas». El año anterior, durante las acaloradas negociaciones por el contrato de Jackson, la directiva había aducido que los seis millones de dólares que le pagaban a Jackson por entrenar al equipo ya debían ser suficiente incentivo y que, por tanto, las cláusulas para primas no eran necesarias. Jackson y Todd Musburger se habían mostrado de acuerdo, pero al redactar el contrato, por error, esas cláusulas no se habían quitado. Jackson estaba encantado con su buena suerte: aquel error valía más que todo lo que había ganado en varios de sus años en la CBA. A Reinsdorf no le hacía tanta gracia; esgrimió el argumento de que los Bulls no tenían el mejor balance de la liga por haber perdido el factor cancha frente a los Jazz, de modo que la cláusula no podía aplicarse. Al final, acordaron que la prima sería de 25 000 dólares.

Mientras el equipo se preparaba para los *playoffs* , Jackson convocó a los jugadores, entrenadores y preparadores a una reunión especial del equipo. Jackson tenía la arraigada creencia de que, aunque el título constituyera una recompensa indudable, lo más gratificante era el propio camino recorrido, la amistad y la conexión humana que todos habían compartido en los días buenos y en los malos durante los años anteriores. Dado que probablemente aquella era la última vez que estuvieran todos juntos, pidió a cada uno de los presentes que, a modo de cierre de aquella temporada difícil pero exitosa, escribieran algo, unas palabras, quizás un poema, sobre el tiempo pasado juntos y sobre lo que la

temporada había significado para ellos. Cincuenta palabras o menos. Era algo que había aprendido de su esposa, June, quien trabajaba en una residencia para enfermos terminales y a veces realizaba un ejercicio similar con los mayores que se estaban muriendo. Después, el equipo quemaría todos los mensajes en una lata de café.

En opinión del preparador Chip Schaefer, aquello era muy típico de Phil Jackson. En primer lugar, a muy pocos entrenadores se les ocurriría algo así, y de los pocos a los que se les ocurriría, serían aún menos los que se atreverían a hacerlo, porque podría parecer poco varonil. Es más, incluso si tuvieran el valor de hacerlo, Schaefer se preguntaba si algún otro entrenador sería capaz de convencer a unos jóvenes millonarios, curtidos y escépticos, para que lo hicieran. Lo cierto es que el momento fue de una emoción increíble. Todos participaron. Algunos de los jugadores habían escrito su texto y otros, simplemente, se levantaron y dijeron unas palabras sin papel. Varios de ellos hablaron de cómo los años en Chicago habían cambiado sus vidas, de los hijos nacidos allí, del placer de jugar junto a grandes compañeros como Jordan y Pippen, de la emoción de formar parte de un equipo campeón. Quizá el orador más emotivo fue Ron Harper, que habló de lo que suponía desempeñar el limitado y poco glamuroso papel de especialista en defensa después de haber sido la figura central en otros equipos. Resultaba mucho más gratificante, dijo, ser una pieza más en el engranaje de un equipo campeón que ser la superestrella de un equipo débil.

Lo sorprendente fue que resultara todo tan íntimo. Hombres como aquellos, deportistas profesionales, no estaban acostumbrados a abrirse emocionalmente. Parte del código no escrito del vestuario dictaba que un hombre no debía mostrar ciertas emociones. La ira estaba bien, contra los árbitros, los rivales, los entrenadores o incluso alguna vez contra los compañeros; pero no otras emociones más complejas que pudieran ser consideradas como un signo de debilidad. Incluso Michael Jordan se levantó y habló. Había escrito un pequeño poema, lo que sorprendió a algunos de sus compañeros, porque Jordan solía mostrarse hermético, siempre dentro de su caparazón; sí que le gustaba saber cuáles eran las emociones, los sentimientos y las debilidades de los otros jugadores, pero no quería que nadie descubriera los suyos. Su poema, sin embargo, era bonito y delicado: ¿es este el final?, preguntaba en él, y si lo es, ¿qué nos deparará el futuro? El hecho de que participara fue de gran importancia para los otros.

Los Bulls se enfrentaron a los New Jersey Nets en la primera ronda de los

playoffs . Durante mucho tiempo, los Nets habían sido uno de los equipos más catastróficos de la liga, pero ahora contaban con un buen grupo de jóvenes talentos: Jayson Williams, que se había revelado como uno de los mejores reboteadores de la liga; Keith Van Horn, un ilusionante novato con una explosiva entrada a canasta y un tiro exterior excepcional; Kerry Kittles, un joven jugador que despertaba gran admiración; y Kendall Gill, que ya hacía tiempo que era uno de los mejores escoltas de la liga. El base, Sam Cassell, poseía talento, pero también podía ser un problema, ya que tenía tendencia a jugar sobre todo para sí mismo. Los Nets eran jóvenes, ambiciosos e iban en dirección ascendente; su juego resultaba mucho más divertido que el de sus vecinos del otro lado del río, los Knicks, que practicaban un juego físico diseñado sobre todo para desgastar (o doblegar) a sus rivales. Con un poco de suerte, si ningún jugador buscaba convertirse en agente libre, los Nets se convertirían en pocos años en uno de los mejores equipos de la liga.

Si los Bulls estaban o no preparados para las primeras rondas de los *playoffs* era una incógnita. Habían ganado sesenta y dos partidos, pero no habían impresionado como en anteriores temporadas; algunos equipos rivales empezaban a notar que los Bulls se hacían viejos y que a veces parecían jugar bien solo a ráfagas, no durante todo el partido. «Un año más viejos, pero no un año mejores», dijo al respecto el entrenador de Seattle George Karl. Antes del inicio de los *playoffs* , una columna de Bernie Lincicome para el *Chicago Tribune* rezaba: «El maratón de los Bulls probablemente se acabe por pies cansados». Los Bulls, escribía Lincicome, «deben afrontar que su tiempo ha pasado», y más adelante los describía como «muertos botando la pelota». En el primer partido, Chicago mostró una actitud casi despreocupada, como si no se tomaran en serio a los Nets, hasta que ya fue demasiado tarde. Aunque Williams jugó con un pulgar roto y la mano escayolada, y Van Horn se perdió la mayor parte del partido a causa de la gripe e incluso, al dejar la cancha, tuvieron que enchufarle un gotero en el vestuario, los Nets superaron en rebotes a los Bulls por 53-39 y jugaron con más entusiasmo. Chicago debería haber abierto brecha en el marcador en el tercer cuarto, pero los visitantes siguieron en el partido. Los Nets se mantuvieron cerca y podrían haber ganado en el tiempo reglamentario si Kittles hubiera metido un lanzamiento desde más de cuatro metros. Pero falló y el partido se fue a la prórroga con el marcador en 89-89. Los Bulls siguieron jugando mal en el tiempo extra. Pasados más de cuatro minutos, cuando el marcador señalaba un empate a 91, Kittles se dispuso a subir la pelota a campo contrario. Cuando llegó a la línea de medio campo, quedaban cuarenta y cinco

segundos de partido. Jordan, que lo defendía, lo forzó a ir hacia la izquierda para obligarlo a usar su mano menos buena. Al desplazarse hacia ese lado, Jordan se le anticipó, le robó el balón y cruzó la pista dispuesto a hacer un mate, mientras Kendall Gill volaba tras él. Con Jordan ya en el aire, Gill le hizo falta por detrás, pero Michael consiguió anotar. El tiro libre dio a los Bulls una ventaja de tres puntos. En la siguiente jugada, Gill entró en la zona y se elevó para anotar con un mate, pero Pippen, en una gran jugada defensiva, le puso un tapón. Los Bulls habían ganado, pero no es que su victoria fuera muy alentadora. Jordan no había jugado demasiado bien. Solo había anotado once de veintisiete tiros de campo, aunque había estado veintitrés veces en la línea de tiros libres, casi tantas como todo el equipo de los Nets, y desde allí había encestado diecisiete de sus lanzamientos.

Si el primer partido había sido una llamada de atención, los Bulls no parecieron haberla oído. En el segundo partido, jugaron mejor durante el primer tramo, y a cuatro minutos para el final del tercer cuarto llevaban una ventaja de veinte puntos. Entonces empezaron a sestear, a jugar de forma muy irregular en ataque y a fallar tiros libres. Al término del tercer cuarto, la ventaja había bajado a once puntos, y al comienzo del último cuarto su margen se redujo hasta siete puntos. A continuación, Toni Kuko č y Chris Gatling intercambiaron canastas, y después Steve Kerr acabó con la racha de los Nets al encestar de tres. De nuevo terminaron ganando, pero apenas demostraron autoridad. Estaban dos partidos arriba, pero parecían jugar aletargados y sin instinto asesino. En el tercer partido, ya en Nueva Jersey, por fin jugaron como campeones. Fue una clase magistral, tanto en ataque como en defensa. Todo lo que hacían parecía ser lo más conveniente. Jordan anotó quince de veintidós tiros de campo y acabó con treinta y ocho puntos. Los Nets jóvenes, bulliciosos y alegres no aparecieron por ningún lado. Ahora, el número mágico era el doce.

Los siguientes rivales fueron los Charlotte Hornets. Eran un equipo y una franquicia con muchos problemas. Solo unos pocos años antes, Charlotte había iniciado su andadura siendo un auténtico modelo de franquicia en expansión: nueva y moderna, con un estadio nuevo y moderno y con sede en una ciudad nueva y moderna de la soleada franja sur del país. Allí, dueños, directivos, jugadores y aficionados lo iban a hacer todo bien. Los Hornets atinaron en los primeros *drafts* , ficharon a jóvenes jugadores de talento y supieron atraer a una buena parroquia de aficionados. Luego, en el otoño de 1993, a Larry Johnson, una de esas nuevas y desconcertantes estrellas que a veces llegan a ser jugadores muy buenos y a veces no, se le ofreció un contrato inexplicablemente lucrativo y

largo, uno de los primeros que se salió del tipo de nóminas habitual en la NBA: doce años por 84 millones de dólares. Eso ocurrió casi al mismo tiempo que el jugador empezara a tener problemas en la espalda, lo cual hizo que su capacidad reboteadora descendiera en picado. Su conducta fuera de la cancha comenzó también a ir cuesta abajo: en el Campeonato Mundial de Toronto de 1994, fue uno de los jugadores del segundo Dream Team que se mostraron más insultantes y desagradables, y con su conducta se las arregló para ofender a todo el mundo: a los entrenadores, a los medios de comunicación y a los jugadores rivales. Johnson no parecía llevarse muy bien con su compañero de equipo en Charlotte, Alonzo Mourning, el joven y talentoso pívot del equipo; de modo que, tras formalizarse el nuevo contrato de Johnson, Mourning, cuyo agente era David Falk, no tardó en dejar Charlotte para irse a Miami. La estancia de Johnson en Charlotte era cada vez menos feliz, y al final acabó siendo traspasado a los Knicks a cambio de Anthony Mason, uno de los jugadores más físicos de la liga, un joven que a su modo siempre parecía estar insatisfecho por una razón u otra.

Mason tenía cuerpo de jugador de fútbol americano (con sus 2,03 de altura y 113 kilos, parecía un ala cerrada) y practicaba un juego de mucho contacto. Podía ser un sólido defensor, sobre todo contra hombres más grandes, a los que era capaz de sacar de sus posiciones favoritas, y tenía un nada desdeñable tiro en suspensión desde tres metros. Sin embargo, al igual que otros muchos jugadores de la NBA, no era consciente de sus limitaciones. Dado que manejaba la pelota razonablemente bien para un hombre grande, le gustaba botarla. Uno de los grandes errores de Don Nelson como entrenador, en su breve etapa en Nueva York, fue decirle a Mason que era un ala-pívot, un hombre grande capaz de manejar el balón. Mason no tenía demasiado instinto para dirigir dentro de la cancha o entender cómo debía fluir el equipo, de modo que solía retener la pelota demasiado, botándola interminablemente mientras los agradecidos defensas estaban encantados de poder colocarse para pararlo a él y a sus compañeros. De ahí que el jugador se pasara la mayor parte del año peleando con Dave Cowens, el entrenador de Charlotte, un hombre con un perfil más propio de épocas anteriores, menos complicadas y sin tantos egos.

Los Bulls ya se habían enfrentado a Mason en los *playoffs* , cuando el jugador estaba con los Knicks, pero en esta serie parecía hecho a medida para Rodman, pues Dennis era mucho más rápido de pies y más ágil de cuerpo y de mente. Si a algunos equipos les resultaba muy difícil marcar a Mason, en este *playoff* era casi seguro que su par de los Bulls lo iba a superar sin que, aparentemente, Mason entendiera por qué.

En el primer partido, los Bulls arrancaron despacio. Así, al final del primer cuarto, Charlotte mandaba en el marcador por 23-15. Pero entonces Jordan empezó a tomar el mando y Chicago endosó un parcial de 16-0 a los Hornets. Después de haber encestado doce de sus primeros veintitrés lanzamientos, los Hornets atravesaron un largo periodo de sequía anotadora durante el segundo y el tercer cuarto, en los que solo encestaron cuatro de sus veintitrés tiros de campo. Chicago, sin demostrar una maquinaria perfectamente engrasada, jugó razonablemente bien en ataque, y el marcaje de Pippen a Glen Rice, el brillante escolta de los Hornets, hizo que este solo anotara nueve de veinticinco lanzamientos. Los Bulls ganaron con facilidad por 83-70. El trabajo en defensa había sido de nuevo la clave.

Charlotte resurgió brevemente en el segundo partido. Los Bulls, que parecían estar seguros de tener tomada la medida a los Hornets, pecaron de exceso de confianza y jugaron muy mal. Tal vez Chicago confiaba demasiado en su capacidad defensiva, como si siempre pudiera frenar a sus rivales con solo proponérselo. Esta vez, pese a jugar de nuevo con poca fluidez y sin garra en ataque, consiguieron llegar al último cuarto con ventaja de ocho puntos, tras dejar a Charlotte con solo cuarenta y nueve puntos en los tres primeros cuartos. Pero entonces aparecieron los bases de Charlotte: B. J. Armstrong, el antiguo Bull al que habían dejado marchar en un *draft* de expansión, anotó ocho puntos en el último cuarto, y Dell Curry anotó trece. Charlotte ganó un partido que había sido penoso y antiestético. Iba a ser su punto más álgido. Como consecuencia de aquella victoria, Chicago perdió el factor cancha de la serie, pero a partir de entonces la defensa de los Bulls estuvo a la altura y los siguientes partidos no hubo color. Charlotte, que había promediado noventa y seis puntos por partido en la temporada regular, se quedó en un promedio de ochenta y dos durante la serie. Mason, intimidante contra la mayoría de los equipos, dio una impresión de lentitud y torpeza contra Rodman, que le superó en rebotes con un promedio de diecisiete frente a los siete de su rival; y Rice, uno de los máximos anotadores de la liga con veintidós puntos de promedio durante la temporada regular, se quedó en un promedio de veinte puntos por partido: en la NBA, llegado el momento de los *playoffs* , era fundamental que los grandes jugadores rindieran por encima de su nivel habitual durante la temporada.

30

Chicago; Indianápolis, 1998

El equipo de Indiana que se enfrentó a Chicago en las finales de Conferencia estaba lleno de sorpresas. La primera era su entrenador: Larry Bird. A muchos les sorprendió que Bird quisiera entrenar y, más aún, que resultara ser un muy buen entrenador, el entrenador NBA del año en su primera temporada. Aquello iba contra una de las creencias más arraigadas en cualquier deporte: que las superestrellas pocas veces eran buenos entrenadores o directivos. En primer lugar, porque el juego había sido algo fácil para ellos; en segundo lugar, porque sabían bien poco de las frustraciones que soportaban los jugadores normales; y, por último, porque al haber llegado ya a la cima se esforzaban menos por destacar como entrenadores que otros hombres de trayectoria más limitada y que, por eso mismo, necesitaban demostrar lo que no habían demostrado como jugadores.

Por otro lado, mucha gente tenía la idea de que Bird no era demasiado listo, una imagen que el propio Bird ayudaba a perpetuar más que ningún otro. Durante mucho tiempo, Bird (en realidad listo como él solo, divertido a más no poder y dotado de un ingenio inusualmente incisivo) había escondido su inteligencia lo mejor posible delante de los medios de comunicación y del resto del mundo, y fingía ser tan solo un tímido paleto de French Lick. Con toda deliberación, no dejó que demasiados cronistas deportivos llegaran a conocerlo bien, y en los casos en que se abrió más, los periodistas en cuestión debían demostrarle su amor por el baloncesto durante un largo periodo, a modo de rito iniciático. Uno de los pocos que sí lo conocieron bien fue Bob Ryan, del *Boston Globe* , cuya labor parecía consistir algunas veces en interpretar lo que Bird hacía y decía ante el resto del mundillo del baloncesto. Ryan describió cierta vez a Bird como una persona voluntariamente inculta, una etiqueta que levantó mucho revuelo en los más políticamente correctos cuando la usó por primera

vez. En realidad, era una descripción de lo más atinada, porque Larry Bird solo quería saber aquello que necesitaba saber, y nada más. Se encontraba mucho más cómodo dejando que el mundo pensara que era tonto que teniendo que afrontar el cúmulo de obligaciones que, inevitablemente, contraería si la gente pensaba que era listo. Sin embargo, quienes habían jugado con él o contra él sabían que era muy inteligente e incluso calculador. Durante los últimos años, Bird había dejado claro que le interesaba ser entrenador si se daban las circunstancias adecuadas.

Indiana era su casa, de modo que, cuando en 1997 los Pacers empezaron a buscar entrenador, el jefe de la entidad, Donnie Walsh, se reunió con Bird. Hablaron más o menos durante una hora y media, y Walsh quedó sorprendido de la preparación de Bird y de que deseara tanto el puesto. Bird le detalló a Walsh lo que haría punto por punto: el entrenamiento de pretemporada sería muy duro; sus jugadores estarían en muy buena forma al empezar la temporada; tendría dos ayudantes en los que delegaría muchas tareas (¿para qué pagarles si no?); prepararía al equipo muy bien, pero en el banquillo no iba a ser de esos entrenadores que protestan y despotrican a gritos; no tendría demasiadas normas, aunque sería muy duro con determinadas infracciones, como la falta de puntualidad, porque era la clave de la disciplina. Walsh se quedó impresionado y le dio el puesto; Bird tenía sin duda muchas ganas de entrenar, estaba al tanto de los puntos fuertes y débiles de cada integrante del equipo, sabía cuál era la base de la autoridad y conocía el juego mejor que casi cualquier otra persona. Aunque los jugadores de la NBA en activo no tenían un sentido histórico de la liga demasiado acusado, las mágicas hazañas de Bird eran lo bastante recientes como para existir en lo que, entre los jóvenes, podría considerarse un banco de memoria baloncestística, por lo que habría un remanente de legitimidad y autoridad procedente de sus días como jugador. Además, Bird no podía ser más honrado y sencillo. Walsh ya lo sabía, pero en aquel momento se le hizo más patente que nunca. Bird no iba a andar jugando con la gente. No le gustaba tratar con los medios de comunicación, pero los periodistas inteligentes que demostraran amar el baloncesto obtendrían respuestas también inteligentes. No habría engaños ni sesgos. Sus jugadores nunca tendrían dudas de cuál era su posición ni de lo que esperaba de ellos. Desde el principio, Bird se mostró muy duro con la falta de puntualidad. La primera infracción se multaba con mil dólares, la segunda serían 2 500 dólares y la tercera supondría la suspensión del jugador. Quizás el sindicato de jugadores pudiera impugnar esta última parte, pero nunca se llegó a esa situación. Cierta vez, durante la pretemporada, cuando

casi todos los jugadores ya estaban en el avión y se procedía a subir la escalerilla, Travis Best y Dale Davis aparecieron corriendo por la pista del aeropuerto. «¿Quieres que se baje la escalerilla para que entren?», preguntó alguien a Bird. «No», respondió. «Vámonos». Fue una lección que todo el mundo entendió. Unos días más tarde, Reggie Miller, el escolta estrella del equipo, le preguntó a Bob Ryan: «¿El entrenador estuvo en el ejército?». No, respondió Ryan, recordando que, en los viejos tiempos, cuando los Celtics jugaban en San Antonio, siempre había muchos aficionados que venían de las cercanas bases militares y vestían de uniforme, y que al mirar a la grada y ver tanto uniforme, Bird siempre hacía un numerito. «Pero le gusta mucho lo militar y la autoridad».

Bird, cumpliendo a rajatabla su palabra, entrenó de acuerdo con su personalidad. La disciplina del equipo mejoró de manera significativa. Cuando los Pacers comenzaron la temporada, estaban en muy buena forma. Otros equipos contaban con un gran número de entrenadores ayudantes (los Bulls, por ejemplo, tenían cuatro), pero Bird solo tenía dos. Walsh le ofreció contratar a un tercero. «¿Para qué quiero yo un tercer entrenador?», respondió. «Ahora mismo no tengo ni suficiente trabajo para mí». Siguió siendo un durísimo competidor. Antes de un partido contra Cleveland, cuyo entrenador era Mike Fratello, se negó a conceder una entrevista prepartido a Hubie Brown. De inmediato se avisó a Walsh para ver si podía arreglar el asunto. «¿No te gusta Hubie?», le preguntó. «Me gusta mucho», contestó, «pero es muy amigo de Mike Fratello y le contará todo lo que yo diga». Muy típico de Bird, pensó Walsh: no daría nunca una entrevista que no fuera sincera, y no quería ayudar a un equipo rival.

El equipo fue convirtiéndose cada vez más en una extensión de su personalidad, algo sobre todo patente en un aspecto: aquel año competía con mucha mayor fiereza que en el pasado. Sin embargo, ni mucho menos era un equipo perfecto, pues tenía claras debilidades. Rik Smits era un lanzador alto y muy bueno, pero no demasiado atlético. En cambio, los dos ala-pívots, Antonio Davis y Dale Davis, que sí tenían buenas cualidades físicas, no parecían demasiado dotados ni como jugadores ni como anotadores. El base Mark Jackson dirigía el ataque exactamente como quería Bird, pero era un punto o dos demasiado lento para ser un base NBA. Reggie Miller podía estar al mismo nivel de Jordan en la faceta de tirador en suspensión puro, e incluso tenía más tiro de larga distancia, pero no era tan bueno fabricándose el lanzamiento como lo era Jordan, y como defensor ni se le acercaba.

Lo que Bird y sus ayudantes hicieron de manera muy hábil fue tapar las

diferentes debilidades del equipo partido a partido; se trataba de jugar en función de cada rival, maximizando los puntos fuertes del equipo y minimizando los puntos débiles. El equipo tenía un banquillo sorprendentemente efectivo, y Bird parecía estar sacando partido a jugadores que hasta entonces habían demostrado bien poco en la NBA. El ejemplo más claro era Jalen Rose, cuya carrera como profesional había sido hasta el momento una gran decepción, hasta el punto de que ya casi parecía el perfecto candidato para una selección de los peores jugadores NBA. Rose había formado parte de los Fab Five de Michigan, un equipo que llegaría a ser más conocido por lo que sus jugadores no habían conseguido que por lo que sí habían logrado, por los talentos desperdiciados en lugar de aprovechados. Se trataba de un equipo que desagradaba a muchos aficionados y entrenadores por la arrogancia que mostraban en la cancha, y en aquel momento la opinión general era que Rose, para bien o para mal (a menudo para mal), era el verdadero líder del conjunto. Rose era un escolta grande, de 2,03 de estatura y muy fuerte físicamente, pero su primera experiencia como profesional en Denver, donde lo habían elegido en primera ronda del *draft* , había resultado bastante decepcionante, por lo que quedó proscrito para la mayor parte de los equipos de la liga: demasiado ego y muy poca fortaleza mental. La temporada anterior, Larry Brown, el entonces entrenador de los Pacers, apenas había disimulado su desprecio por Rose. Pero Bird siempre había visto su lado positivo, y el jugador estaba empezando a florecer. Cuando jugaba de una manera que a Bird no le gustaba, simplemente lo sacaba de la cancha. Su presencia aportaba mucho a la rotación del equipo en defensa. Los Pacers llevaban en ese momento cincuenta y ocho victorias, eran más jóvenes y tenían mejor banquillo que los Bulls.

Chicago ganó el primer partido gracias a su juego y a pesar de su juego. Su ataque fue sencillamente terrible, pero estuvieron brillantes en defensa. En la primera parte, parecían incapaces de lanzar; encestaron cuatro de veintidós lanzamientos en el primer cuarto y acabaron con un 22 por ciento de efectividad en el tiro. La sequía se prolongó en el segundo cuarto, pero poco a poco los Bulls fueron ajustando su defensa. A pesar de no estar finos con los lanzamientos, se las arreglaron para no descolgarse en el marcador. A 1:40 para el final de la primera parte, Mark Jackson encestó para poner a los Pacers con una ventaja de 40-31. Entonces los Bulls consiguieron un breve parcial favorable y se llegó al descanso con un apretado 40-37. En lugar de ir perdiendo por doce o quince puntos, como podía haber sucedido perfectamente, solo estaban tres puntos por debajo, y eso que Jordan no había encestado más que uno de nueve, y Pippen y

Kuko č, uno de ocho. Es decir, sus tres principales anotadores llevaban un 12 por ciento de efectividad en la primera parte, y aun sí, estaban muy cerca en el marcador.

En la segunda parte, Chicago continuó el parcial favorable hasta que hubo anotado un total de dieciséis puntos sin respuesta del rival, algo que de nuevo fue posible gracias a su defensa. Los Bulls mandaban por 47-40 y sostuvieron el ritmo hasta hacerse con la victoria por 85-79. Habían ganado con solo un 35 por ciento de efectividad. Fue la típica noche en la que consiguieron ganar un partido que la mayoría de los equipos habrían perdido. La clave fue Pippen, aunque nadie que consultara el cuadro de estadísticas lo habría adivinado. En tiros de campo, solo había conseguido uno de nueve, pero había dominado por completo a Mark Jackson y había frustrado el ataque de Indiana. Los Pacers tenían que comenzar la jugada de ataque desde mucho más atrás de donde pretendían y con menos segundos en el crono. Eso significaba que los Bulls tenían tiempo de sobra para posicionarse en defensa, de modo que el *all-star* Chris Mullin, un lanzador puro algo lento y no demasiado atlético, no estaba recibiendo el balón donde y cuando quería. Anotó tan solo dos puntos en veintiséis minutos. Los Pacers habían llegado al partido con la reputación de ejecutar extremadamente bien el ataque, y su promedio de pérdidas de balón por partido era entonces el cuarto más bajo de la liga. Pero en este primer partido habían perdido veintisiete balones. Durante la temporada, Jackson había conseguido una admirable ratio de 4:1 en asistencias y balones perdidos, pero contra Pippen, un jugador más grande, más fuerte y mucho más rápido, consiguió seis asistencias y sufrió siete pérdidas de balón. «Scottie es increíble», dijo Steve Kerr tras el partido. «Anota cuatro puntos y es el absoluto dominador del partido. Por eso es uno de los mejores jugadores de la historia: no necesita anotar un solo punto para hacer que ganemos el partido». Mullin, por su parte, se limitó a negar con la cabeza. «[La defensa de Chicago] nos ha jodido bien», dijo. «A veces parecía que estuvieran defendiendo con siete u ocho jugadores».

El segundo partido en Chicago fue más de lo mismo, solo que esta vez los Bulls jugaron mejor en ataque. Una vez más, Pippen se pegó a Jackson y desbarató el ataque de los Pacers. El emparejamiento parecía casi injusto; Jackson sufrió de nuevo siete pérdidas de balón. Los Bulls sumaron quince robos de balón por dos de los Pacers en un partido que acabaron ganando con facilidad. En la conferencia de prensa posterior al partido, Bird movió ficha para tratar de contener la hemorragia: al referirse a la defensa de Pippen, lanzó a propósito un dardo envenenado dedicado especialmente a los árbitros y a la liga.

Dijo que le gustaría ver a Scottie Pippen defendiendo a Michael Jordan de un extremo al otro de la pista y comprobar cuántas faltas le pitaban los árbitros. Unos minutos más tarde, mientras Jordan celebraba su propia conferencia de prensa, le contaron lo que había dicho Bird. Mostrando su más amplia y cálida sonrisa, la misma que reservaba cada vez más para sus anuncios, dijo: «¿Que Larry ha dicho qué? Vaya, ahora sí que está hablando como un entrenador».

La serie se desplazó a Indianápolis, donde, desde el salto inicial, el dedo acusador de Bird contra Pippen pareció haber dado resultado. Los árbitros le pitaron enseguida dos faltas, al menos una de ellas bastante dudosa, y Pippen hubo de tomar un poco de distancia en defensa. Eso permitió que los Pacers ejecutaran mejor su ataque. Bird empezó a cambiar la rotación y a recurrir más al banquillo. Así, jugadores como Jalen Rose, el rapidísimo base Travis Best y Derrick McKey tuvieron más minutos. Bird era un conservador de primer orden, es decir, su instinto le hacía confiar en los jugadores que le habían llevado tan lejos, pero se había dado cuenta de que Jackson y Mullin estaban limitados frente a unos rivales más rápidos. Durante todo el año, los Bulls habían tenido dificultades frente a bases pequeños y rápidos. Esa había sido su única vulnerabilidad significativa en defensa, porque, aunque Steve Kerr era un hábil defensor, no era especialmente rápido o fuerte físicamente, y Best era mucho más rápido que él. Rose, grande y fuerte, entraba de refresco en los momentos en que Jordan manifestaba un poco más de cansancio. Es más, Jordan no había jugado demasiadas veces contra él, de modo que no estaba del todo seguro de cómo hacerle frente.

En el tercer cuarto, los Bulls habían logrado una trabajada ventaja de ocho puntos. No era demasiada y había costado mucho conseguirla. Entonces, a 1:53 del final de ese cuarto, se descuidaron. Quizá fue cansancio, quizá arrogancia, o tal vez ocurrió porque su defensa les había funcionado tan bien durante la serie que estaban seguros de poder activarla cuando quisieran. Empezaron a jugar la pelota sin criterio y a realizar tiros en suspensión en lugar de entrar a canasta. Cometieron faltas en defensa que no solo dieron a Indiana la posibilidad de sumar puntos fáciles, sino que permitieron que sus jugadores más lentos tuvieran tiempo de colocarse en defensa. De pronto, al empezar el último cuarto, el marcador estaba igualado. El total de pérdidas de balón de los Pacers fue de trece, frente a las catorce de los Bulls, y su banquillo aventajó en anotación al de Chicago por 40-25. Los Pacers ganaron 107-105.

La partida de ajedrez había, pues, empezado. Los puntos fuertes de Bird eran su banquillo y la mayor juventud de sus jugadores. Su plan consistía en cansar a

Jordan rotando a los jugadores que lo defendían y jugándole con el máximo contacto posible, pero sobre todo había que poner en pista a hombres de refresco en esos momentos cruciales en que los Bulls, percibiendo la fatiga de los rivales, solían sacar a relucir su instinto asesino para finiquitar el partido. Tras el tercer encuentro, Phil Jackson habló al equipo en privado para explicar por qué el partido se les había escapado al final del segundo y del tercer cuarto, que era cuando por lo general remataban a sus oponentes. El plan de Jackson era cubrir su falta de banquillo lo mejor posible, para lo cual habría que dar respiro a Pippen y a Jordan en cuanto se pudiera, atacar de un modo que permitiese a los titulares ahorrar energías y tratar de explotar la fortaleza mental del equipo en los partidos importantes. Desde la mitad del tercer partido en adelante, podría decirse que los Pacers jugaron mejor que los Bulls: ganaron tres de los cinco partidos restantes y a punto estuvieron de ganar también el séptimo en Chicago. («Pero nunca ganaron en Chicago», dijo Jackson, «y ese era el verdadero examen»). Bird empleó con astucia las rotaciones y su ventaja en el banquillo, y cuanto más avanzaban los partidos, los emparejamientos en principio tan ventajosos para Chicago parecían favorecer cada vez más a Indiana.

Los Bulls parecían acusar el cansancio a medida que las series progresaban, algo patente en sus estadísticas de robo de balón. En el primer partido, consiguieron diecinueve robos, entre ellos cuatro de Pippen y cinco de Jordan; en el segundo, lograron quince; en el tercero, ocho; y en el cuarto, solo tres.

En el cuarto partido, las alternativas en el marcador fueron constantes, hasta que Jordan encestó cerca del final y situó a Chicago por delante 94-91. Pero entonces Best anotó y puso el marcador en 94-93. A 4,7 segundos del final, Pippen tuvo la ocasión de liquidar el partido, pero falló dos tiros libres. Tras el segundo tiro fallado, en la pelea por el balón, este acabó saliendo de la cancha. Uno de los árbitros pitó salto entre dos, pero el otro lo desautorizó y le dio la posesión a Indiana con 2,9 segundos para el final. Los Pacers pusieron el balón en juego desde media cancha. Reggie Miller se desembarazó de Ron Harper gracias a una pantalla y en su carrera le dio a Michael Jordan, que había cogido su marca, un fuerte empujón. Entonces Miller encestó de tres puntos y puso arriba a los Pacers a siete décimas de segundo para el final. Jordan aún tuvo tiempo de realizar un lanzamiento que se salió del aro: Indiana se había llevado la victoria. Phil Jackson, en un intento por contrarrestar el juego psicológico de Bird con los árbitros, dijo que los Bulls habían sido víctimas de las maniobras arbitrales y comparó el partido con la infame final de las Olimpiadas de 1972, cuando unos árbitros caseros propiciaron que Rusia tuviera varias oportunidades

extra para ganar. Pese a todo, tampoco podía culparse a los árbitros de los fallos de Pippen en la línea de tiros libres (en total, anotó dos de siete) ni de que los Bulls parecieran tener las piernas viejas.

El quinto partido, de nuevo en Chicago, fue una auténtica paliza, como si Indiana hubiera decidido no presentarse. Mediado el primer cuarto, los Bulls consiguieron un parcial de 19-6, y acabaron ese periodo con 29-16 a su favor. La ventaja aumentó incluso más en el segundo cuarto, y a cuatro minutos del final el marcador señalaba un 49-24 para los Bulls. Al llegar al medio tiempo, ganaban por 57-32, y al final se llevaron la victoria por 106-87.

Indiana se recompuso de inmediato en el sexto partido. Saltaba más que nunca a la vista que Chicago estaba librando una batalla por su supervivencia. Los Pacers, con una defensa diseñada por su entrenador ayudante Dick Harter, estaban machacando a Jordan físicamente tanto como podían, defendiéndolo como en su día habían hecho los Pistons, haciéndole sudar cada punto y tratando de agotarlo físicamente. Cerca del final, cada vez era más habitual ver a Michael Jordan con el cuerpo doblado por la cintura y las manos descansando en los pantalones, un signo inequívoco de cansancio. Antonio Davis y Dale Davis estaban jugando muy bien, cuando menos en su labor de neutralizar a Rodman, y Phil Jackson empezaba a preguntarse si no habría cometido un error fatal al aceptar el traspaso de Jason Caffey. En el sexto partido, el banquillo de los Pacers volvió a ser clave para que se hicieran con la victoria. Los reservas anotaron veinticinco puntos, ocho de ellos de Rose y seis de Best, frente a los ocho puntos conseguidos por todo el banquillo de los Bulls. Chicago se mantuvo cerca en el marcador, pero al final no fue capaz de frenar a Best, y acabó perdiendo por 92-89.

Así pues, habría un séptimo partido, y parecía claro que, como dijo después Phil Jackson, aquella era la serie más dura que los Bulls habían afrontado en todos los años que habían terminado como campeones. «Una ocasión para los históricos», [9] titulaba en primera página el *Chicago Tribune* antes del partido. Y el subtítulo decía: «¿Están los veteranos de los Bulls demasiado agotados para sobrevivir?». Los Bulls tenían suerte de contar con el factor cancha. Estaban claramente exhaustos, mientras que a los Pacers no parecía inquietarles demasiado tener que jugar en Chicago contra los vigentes campeones. Un aspecto positivo para los Bulls durante la serie había sido el juego de Toni Kuko č. Phil Jackson lo había incluido en el cinco inicial en cuatro de los cinco partidos, prefiriendo que Rodman saliera desde el banquillo, y en líneas generales Kuko č estaba respondiendo. No solo es que estuviera tirando bien,

porque eso siempre era capaz de hacerlo, sino que parecía más en sintonía con sus compañeros y estaba jugando con más valentía y fuerza. En esta serie ya no parecía solo un joven talentoso que vestía el mismo uniforme que los otros, sino un auténtico compañero, un hombre con una voluntad cortada por el mismo patrón que su uniforme. Su defensa había mejorado. No era muy bueno defendiendo hombre a hombre, pero su sentido de la anticipación sí era notable, y eso hacía que jugara bien en la defensa de equipo.

Al principio del partido, los Pacers se adelantaron por 20-8, pero la salida de Rodman desde el banquillo le dio impulso a Chicago y, en el descanso, los Bulls ganaban por dos puntos. En el vestuario, Jordan lanzó una diatriba a sus compañeros por no jugar con suficiente intensidad. En el tercer cuarto, Kuko č jugó a lo grande y metió tres triples. Pero Indiana no se rendía, y al final del último cuarto daba la impresión de que a los Bulls se les estaba escapando el partido. Jordan parecía exhausto y eso afectaba a sus lanzamientos (solo anotó nueve de veinticinco tiros de campo y solo diez de quince tiros libres). No obstante, se negaba a darse por vencido, porque estaban jugando en la que era su casa, y una derrota significaría perder una merecida oportunidad de disputar de nuevo las finales. Quizá la fatiga estuviera afectando a su tiro en suspensión, pero no a sus penetraciones, de modo que empezó a entrar al aro una vez tras otra. En los corrillos con sus compañeros, les gritaba: «¡No vamos a perder este partido!». Al observar a su estrella, Phil Jackson detectó todos los síntomas de la fatiga, pero también vio a un gran jugador para el que perder no era una opción. Chuck Daly, que como entrenador se había enfrentado a Jordan durante años y que lo había tenido a sus órdenes en el Dream Team, lo apodó cierta vez «el hombre biónico» por partidos como aquel, encuentros en los que se mostraba más y más fuerte cuando los otros jugadores, muchos de ellos más jóvenes, se estaban derrumbando. «Abridlo», había advertido Daly «y no encontraréis músculos ni tendones, sino cables y electrones y circuitos».

Jackson sabía muy bien lo que Dick Harter estaba haciendo: plantear una defensa que castigara a Michael cada vez que entraba a canasta, no solo para pararlo, sino para agotarlo y que no tuviera piernas en el último cuarto; pero también veía que Jordan estaba dispuesto a aguantar aquel castigo para ganar. Era un precio pequeño. El talento había pasado a un segundo plano; ahora lo que de verdad importaba era el corazón. Más adelante, Jackson editó el vídeo de los últimos seis minutos del partido para usarlo en la serie contra Utah, porque sabía que iban a enfrentarse a problemas de fatiga similares y quería que el equipo viera la fuerza de voluntad de Jordan en plena acción.

En cuatro ocasiones durante los últimos siete minutos y veintiocho segundos, un exhausto Jordan cogió la pelota y penetró entre un auténtico embotellamiento de defensores para tratar de sacar faltas. Cada vez que penetraba en la zona, obtenía la falta, y en los correspondientes tiros libres consiguió cinco de siete puntos posibles. Estaba haciendo uno de sus grandes partidos, quizá no por estética, pero sí por espíritu de lucha. Después de que los Bulls se las arreglaran para resistir y ganar por cinco puntos, 88-83, Jordan estaba feliz como un niño. Atravesó corriendo la pista, más que eufórico, casi desatado, como un escolar al salir del último día de clase. Se mostró igualmente contento en el vuelo a Salt Lake City para jugar contra Utah. No solo estaban otra vez en las finales, sino que se habían salvado por los pelos: habían derrotado a los Pacers en una serie en la que los de Indiana, por méritos propios, llevaban camino de ganar. No había sido suerte (los Bulls se lo habían trabajado a pulso), pero Jordan, más que ningún otro, sabía lo cerca que habían estado de perder y lo agotado que había llegado al final. Estaba entusiasmado por volver a las finales y enfrentarse otra vez a Utah. Tras jugar contra los Pacers, ansiaba tener delante a un equipo con bases más bajos, pero no más rápidos que él, y en el caso de John Stockton y Jeff Hornacek, tampoco más jóvenes.

31

Chicago; Salt Lake City, junio de 1998

Michael Jordan había deseado durante toda la temporada que su rival en las finales fuera Utah, en buena parte porque, tras las finales del año anterior, muchos habían dicho que si los Jazz hubieran contado con el factor cancha habrían ganado. Estaba ansioso por demostrar que se equivocaban y que, aunque Karl Malone era un gran jugador al que admiraba mucho, existía una gran diferencia entre sus respectivas cualidades. Los entrenadores de Chicago, felices por perder de vista a Travis Best, Jalen Rose y los dos Davis, también estaban contentos de que el rival fuera Utah. Pensaban que el factor cancha no significaba demasiado para los jugadores de los Bulls; con su fantástica capacidad para jugar concentrados, respondían excepcionalmente bien en la cancha de equipos muy buenos. Además, a los entrenadores también les gustaban los potenciales emparejamientos con los jugadores rivales.

Con todo, Utah era un equipo muy bueno e inteligente, un grupo cohesionado de jugadores veteranos con un nivel ofensivo que nada tenía que envidiar a los mejores de la liga. A diferencia de otros equipos de mayor talento, Utah casi nunca perdía por sus propios errores. Resultaba sorprendente las pocas faltas de concentración que tenían durante un partido. El mayor responsable en la formación de los Utah Jazz, así como de mantener la franquicia a flote en los malos tiempos hasta convertirla en un equipo de gran calidad, era Frank Layden, su director general. En las dos décadas que gobernó a los Jazz, quizá sus dos mejores decisiones las tomó en dos años sucesivos, 1984 y 1985, al elegir en el *draft* a John Stockton y Karl Malone. Layden había visto a Stockton en la Universidad Gonzaga y no le había impresionado demasiado, pero aquel año Utah tenía una posición bastante tardía para elegir en el *draft* , la número dieciséis, así que decidieron que no había otra opción mejor y lo eligieron. «Al fin y al cabo», rememoraría después Layden, «era irlandés, católico y su padre

tenía un bar. Y yo me dije: perfecto; yo soy irlandés, católico y mi padre tiene un bar. Y luego pasa el tiempo y resulta que parezco un genio». Un año después, los Jazz eligieron a Karl Malone en la decimotercera posición del *draft* . «Justo antes del *draft* nos fuimos a un sitio tranquilo en Ogden para decidir a quién elegiríamos», recuerda Layden, «y mi hijo Scott me dice: "Voy a enseñarte imágenes de un superhombre"; y resulta que es Karl Malone, jugando para Louisiana Tech contra Oklahoma, y se ve a los jugadores de Oklahoma volando en todas direcciones. Un tío que parecía una brigada de demolición, así que me gustó mucho, pero pensé que no teníamos ninguna oportunidad de hacernos con él porque escogíamos muy atrás en el *draft* . Pero llega el día del *draft* y nadie lo está eligiendo. Entonces le pregunto a Scott: ¿qué pasa aquí? ¿Tiene alguna enfermedad incurable y no nos hemos enterado? ¿Has comprobado su historial médico? Pero la única razón era la mentalidad gregaria. Un ojeador le dice a otro que es un tío intratable y pronto todo el mundo piensa que es intratable. Fueron muchos los que perdieron su trabajo por haber dejado pasar a Karl Malone. No es intratable, es el jugador más trabajador que yo haya visto nunca».

En las finales de Conferencia, Utah se había enfrentado a los temibles Lakers, un equipo mucho más fuerte físicamente que había barrido a Seattle, pero ante los Jazz parecían un atolondrado grupo de superestrellas del baloncesto callejero. «Jugar contra ellos es como si unos tíos con proyección se enfrentaran a un equipo hecho y derecho», dijo el base de los Lakers, Nick Van Exel, al acabar la serie. «Los jugadores con proyección siempre quieren hacer cosas impresionantes, botar el balón por la espalda, jugadas espectaculares y mates, mientras que ellos son unos tíos que hacen bloqueos y continuación y otras cosas sencillas. No se obsesionan con el arbitraje, no se critican entre ellos, no se quejan. Siempre juegan unidos como equipo y concentrados. No creo que les preocupe el talento. No se apartan de lo que saben hacer. Saltan a la pista con un plan de juego, nada espectacular, pero lo siguen, y lo hacen muy bien».

Sin embargo, al jugar contra los Bulls no se estaban enfrentando a unos tíos con proyección. Lo cierto era que los Bulls poseían tanta fortaleza mental que podían destapar algunas vulnerabilidades inherentes a los propios puntos fuertes de los Jazz. La edad, que tanta importancia había tenido contra Indiana, no parecía que fuera a tenerla en esta serie. Los tres mejores jugadores de Utah tenían prácticamente la misma edad que los veteranos de los Bulls. Stockton tenía treinta y seis años, Malone estaba a punto de cumplir treinta y cinco, y ya estaba haciendo anuncios de tratamiento anticalvicie, y Hornacek tenía treinta y cinco años.

No era una casualidad que los dos equipos finalistas tuvieran dos de los quintetos iniciales más viejos de la liga. Cada uno a su modo, los cinco jugadores más importantes de las finales (Jordan, Pippen, Rodman, Malone y Stockton) habían explotado tarde, al menos en el aspecto mental. A pesar de sus diferentes historias, los cinco habían maximizado sus aptitudes y habían mejorado de forma espectacular después de entrar en la liga. Eso era algo que cada vez se veía menos. Lo que había permitido que aquellos dos equipos alcanzaran la final había sido la ética de trabajo que compartían sus mejores jugadores.

En realidad, muchas de las jóvenes estrellas de la liga no habían florecido como se esperaba, y cada vez resultaban menos atrayentes para el gran público por su actitud petulante. Era un hecho de lo más preocupante para la liga. En la NBA, a pesar de que sus jugadores más viejos estaban como mucho en mitad de la treintena, existía una perceptible brecha generacional. La generación de los mayores, hombres como Jordan, Malone y Barkley (este último no exactamente un modelo de buena conducta en la primera parte de su carrera, aunque siempre todo corazón), había hablado en público sobre la despreocupación de los jóvenes jugadores, que desde el principio de sus carreras disfrutaban de los beneficios ganados por sus predecesores. Malone se había enfurecido al comienzo del entrenamiento de pretemporada cuando dos jóvenes jugadores de los Jazz, después de firmar sustanciosos contratos, se habían presentado fuera de forma, y se había referido públicamente a Greg Ostertag, el altísimo pívot, como un culo gordo.

Por otro lado, aquel debería haber sido el año en el que Juwan Howard y Chris Webber, ambos con un inmenso talento, hubieran tirado del carro de los Washington Wizards, pero los dos habían bajado de nivel. En defensa jugaban según les convenía, y su conducta fuera de la pista era motivo de preocupación. Hacia el final de la temporada, Webber, uno de los jóvenes más dotados de la liga, fue vendido por los frustrados directivos a Sacramento, el tercer equipo de su ya insatisfactoria carrera profesional (aunque lucrativa: su primer contrato había sido de 75 millones de dólares por quince años y bien pronto se le había mejorado), de solo cinco años de duración hasta ese momento. (Webber, por supuesto, de inmediato amenazó con no ir a Sacramento y quiso forzar su traspaso a los Lakers). La liga estaba tan preocupada por la incapacidad de sus jóvenes jugadores para cumplir las expectativas que presionó considerablemente a la NBC para que en el partido del *All-Star* destacara a tres de sus más atractivos jóvenes jugadores: Keith Van Horn, Kobe Bryant y Tim Duncan;

como si quisiera demostrar que no todos eran unos gamberros.

Los veteranos pensaban que los más jóvenes simplemente no entendían de qué iba el asunto. Michael Jordan, Magic Johnson y Larry Bird eran jugadores cuya fama y cualidades trascendían hasta tal punto los límites de su deporte que habían llegado a ser como estrellas del rock, pero nunca habían olvidado que las cosas buenas les habían llegado por lo bien y lo intensamente que habían trabajado en su deporte. No siempre podía decirse lo mismo de la siguiente generación: algunos de sus integrantes parecían no entender la diferencia entre ser una estrella del rock y un jugador de baloncesto y creían que eran ambas cosas. Shaquille O'Neal, un talento formidable al que se publicitaba como posible heredero de Michael Jordan, había llegado a la liga con toda la parafernalia de la industria del espectáculo, a pesar de que todavía no estaba del todo hecho como jugador. Podía cantar y lo hacía; podía actuar en películas y lo hacía; podía vender productos y lo hacía; y a lo mejor también le daba por jugar al baloncesto. Su agente y él cerraron un jugoso contrato con Reebok para promocionar zapatillas (se presentó en una reunión con Nike llevando una chaqueta Reebok, lo que no entusiasmó demasiado a Phil Knight), un contrato con la marca de refrescos Pepsi, un acuerdo para una película y, por supuesto, otro contrato como cantante de rap. Ya era un joven muy rico antes de haber jugado su primer partido.

No todos opinaban que O'Neal tuviera un juego completo. Tras varios años de carrera, cuando la gente empezó a decir que aún tenía que ganar un título, él contestó que no era un comentario justo, puesto que había ganado en todas partes, excepto en la universidad y la liga profesional. No parecía estar muy puesto en la historia de la liga, de modo que, cuando con motivo del quincuagésimo aniversario de la NBA, se preparó un importante acontecimiento, fue el único jugador vivo que no se presentó. Cierta vez que se entrenó con Lenny Wilkens, el mítico entrenador de Atlanta que pronto sería el único integrante del *Hall of Fame* como jugador y como entrenador, O'Neal le dijo a un amigo: «Ese viejo es bastante bueno. ¿Ha sido jugador?». Cuando Rick Majerus, el entrenador de la Universidad de Utah legendario por su capacidad para entrenar a jugadores altos, había tratado de enseñarle algo relacionado con el juego de pies, O'Neal se había largado diciendo que aquello era para niños. En la temporada 1997-1998, su juego había empezado por fin a mejorar y, ocasionalmente, había en él destellos de grandeza, pero su equipo fue barrido por Utah. Algunos importantes analistas del juego opinaban que, teniendo en cuenta su altura, fuerza y rapidez, O'Neal no era más que una sombra del reboteador

que debería ser. Aún más significativo, quizá, fue que no resultara tan bueno para vender como se suponía que era, de modo que al finalizar aquella temporada Reebok anunció que daba por terminado el acuerdo que tenía con O'Neal para promocionar sus zapatillas. Para muchos adictos al baloncesto, fue la mejor noticia de la temporada.

Resultaba injusto señalar a O'Neal como modelo de su generación, pero desde luego los nuevos jugadores eran diferentes. Había ejemplos de sobra de que se había ganado excesivo dinero y fama demasiado pronto y de que el sistema de valores que los veteranos habían aprendido de sus mayores (de entrenadores, de compañeros o de ambos) no se estaba transmitiendo a la siguiente generación. A diferencia de la mayoría de los integrantes del primer Dream Team, cuyas carreras en algunos casos se remontaban a una época más difícil de la historia de la liga, ninguno de los jóvenes recordaba los días en que la competición pasaba por una situación difícil y estaba lejos de ser tan boyante. Entrenar a un equipo de jóvenes se parecía más a tratar con doce empresas que con doce jugadores, dijo cierta vez Chuck Daly. La prosperidad de la liga, así como el derecho de los jugadores a llevarse una buena tajada, era un hecho que se daba por supuesto. A menudo, la pregunta parecía ser no cuánto iban a esforzarse los jugadores, sino cuánto dinero se les debía pagar. Los veteranos hablaban sin tapujos de su arrogancia.

Una falsa percepción de los propios derechos había arraigado hasta niveles nunca vistos. Durante el Mundial de 1994 celebrado en Canadá, Dick Ebersol, el jefe de la sección deportiva de la NBC, envió a cada jugador del equipo estadounidense (un equipo que se había deshonrado a sí mismo públicamente con su burda conducta en la cancha) un televisor Sony como regalo de cortesía, lo que no era poca cosa. No recibió ni una sola palabra de agradecimiento de ningún jugador, una reacción que contrastaba fuertemente con el tono habitual en sus tratos personales con Michael Jordan y con otros jugadores como él. Los editores de la revista *Playboy* , que cada año llevaban a los mejores jugadores *amateurs* a Chicago en un viaje de pretemporada con todos los gastos pagados, estaban pensando en renunciar a la idea. Al iniciarse aquellos viajes, en otra época, lo habían pasado muy bien y habían disfrutado mucho como anfitriones de unos jóvenes brillantes, optimistas y llenos de entusiasmo. Pero ahora los jugadores llegaban después de haber sido cortejados durante toda su vida; no querían saber nada del programa que les habían preparado (ir a un musical, a la Casa del Blues y a efectuar un recorrido en barco) y, en cambio, exigían que una limusina los llevara en su propia odisea nocturna por Chicago. Desde el mismo

instante de su llegada, su actitud parecía resumirse en una pregunta: «¿Qué vais a hacer por nosotros?».

La mayor parte de los nuevos jugadores habían sido mimados desde el instituto; habían ido a prestigiosos programas de entrenamiento y habían recibido las atenciones de las empresas de zapatillas, de los reclutadores de las universidades y, con el tiempo, de los agentes. Tal como señaló Bob Ryan, la mayoría de ellos, a diferencia de muchos jugadores de épocas anteriores, nunca habían tenido un trabajo que no fuera el baloncesto y, por tanto, no sabían lo afortunados que eran. Por haber sido tan consentidos desde sus comienzos, tener un contrato ya garantizado y recibir la adulación de sus agentes hicieran lo que hicieran, nunca había sido tan difícil entrenar a unos jugadores o comunicarse con ellos. Siempre habían manejado la situación a su antojo, primero con sus entrenadores del instituto o de la universidad y, después, con sus equipos profesionales. Cada vez pasaban menos tiempo en la universidad antes de llegar a la liga, de manera que no solo estaban, en todos los sentidos, menos enriquecidos por dicha experiencia que sus predecesores, sino que su juego era bastante menos completo.

Las normas de la NBA establecían un límite salarial para los novatos, lo que hacía que los jóvenes jugadores entraran cada vez antes en la liga, elegidos en el *draft* por los equipos más débiles. Utilizaban su primer contrato como sustituto de facto de la universidad, y estaban preparados para irse con el mejor postor en cuanto finalizara su compromiso. De hecho, hacia el final de su segundo año, muchos de ellos ya estaban presionando para que los traspasaran, haciendo saber a la directiva que ellos no iban a quedarse allí para así forzar el asunto. Pese a todo, los Bulls y los Jazz eran de los menos afectados por esos cambios, ya que habían preferido seguir confiando en los jugadores de la vieja guardia que aún resistían. No resultaba, pues, sorprendente que ambos hubieran alcanzado las finales.

Algunos de los emparejamientos entre los jugadores de los Bulls y los Jazz eran bastante favorables a Chicago. Rodman, por sus pies extraordinariamente rápidos y su gran resistencia física, solía jugar bien contra Malone, mientras que Jordan, Pippen y Harper podían causar muchos problemas a los bases y escoltas de Utah. Pero la clave para derrotar a los Jazz estaba en saber neutralizar su mayor virtud: su modo de ejecutar el ataque.

Ningún equipo de la liga se desenvolvía en la faceta ofensiva con la disciplina de Utah, sobre todo en las jugadas entre dos de sus hombres: Stockton y Malone. Esa era el arma con la que hacían pedazos a equipos inferiores, como los

inmaduros Lakers. El sistema, sin embargo, tenía la desventaja de ser predecible. Contra un equipo de grandes defensores, jugadores muy pacientes, excepcionales en la anticipación y capaces de obligar al contrario a cambiar su modo de atacar, los Jazz podían tener muchos problemas, porque no estaba claro que pudieran ofrecer una alternativa ofensiva. Lo que cada noche, durante la temporada regular, les funcionaba contra rivales normales podía no hacerlo en una serie prolongada contra grandes jugadores defensivos. El precio de su metódico sistema era tal vez una cierta laguna en el aspecto puramente creativo, en la capacidad para ir por libre en aquellos momentos en que su disciplinado ataque se veía frenado.

Esa circunstancia se reflejaba en la propia diferencia entre Jordan y Malone. Ambos eran grandes jugadores e increíblemente trabajadores, y ambos habían mejorado mucho después de llegar a la liga. Antes de comenzar aquella temporada, los novatos de Denver habían ido a Salt Lake City para jugar contra los novatos de Utah. Un día, Bill Hanzlik, el entrenador de Denver, reunió a sus jugadores a las siete de la mañana y los metió en una furgoneta sin decirles cuál era el propósito de aquel madrugón. Los llevó a un lujoso gimnasio de la ciudad y allí, empapado de sudor y entregado a un entrenamiento brutal, estaba el jugador más valioso de la NBA: Karl Malone. «Señores», dijo Hanzlik, «la NBA es esto».

Tanto Jordan como Malone eran admirables, jugadores de la vieja escuela con capacidad para echarse sobre las espaldas a sus respectivos equipos noche tras noche. Pero había una diferencia crucial entre ellos: la capacidad muchísimo mayor de Jordan para fabricarse una posición de tiro y, por tanto, asumir la responsabilidad al final de los partidos importantes, cuando la presión defensiva era máxima por ambas partes. Malone se había convertido en un gran jugador NBA. Cada año había mejorado no solo como tirador, sino también en su capacidad para pasar el balón cuando lo sometían a un dos contra uno, pero dependía mucho de compañeros como Stockton para crear situaciones que le permitieran anotar. Era un hombre grande y fuerte, pero no explosivo. Así pues, cuando los Bulls entorpecían a Stockton, también dejaban limitado o aislado a Malone. Jordan y los entrenadores de los Bulls pensaban que, hasta cierto punto, podían limitar a Karl Malone en el último cuarto de los partidos muy equilibrados, mientras que Utah nunca podría limitar a Jordan en un grado similar.

El punto de vista de Chicago con respecto a Malone difería del de mucha otra gente de la liga. Malone, opinaban los técnicos de Chicago, no había llegado a la

liga siendo un gran anotador o tirador. Pero había trabajado tanto que, con el tiempo, se había convertido en uno de los principales anotadores entre los hombres altos de la liga, con un promedio de algo menos de treinta puntos por partido durante los últimos años. Aun así, pensaban los técnicos, en el fondo no tenía alma ni mentalidad de tirador. Al final de los encuentros importantes, sospechaban, cuando te estás jugando el partido, ese sería un factor relevante. En esos momentos, Malone no se mostraba tan dispuesto a seguir tirando como otros jugadores que se consideraban a sí mismos tiradores, a saber, tipos como Bird, Jordan o Reggie Miller.

Asimismo, los entrenadores de los Bulls creían que Utah era vulnerable, porque Stockton estaba bajando un poco el ritmo, si no un punto por debajo, casi casi. Si eso lo limitaba a él, otro tanto sucedería con Malone. Al final de la serie, cuando los Bulls empezaban a imponer su superioridad y Malone estaba recibiendo fuertes críticas de los medios de comunicación, algunos analistas de la NBA manifestaron que se estaba señalando al jugador equivocado y que quien había bajado su nivel habitual era Stockton, no Malone. El único recurso que los entrenadores de Chicago no querían utilizar, en la medida de lo posible, era el de doblar el marcaje sobre Malone. Tenían intención de dejarle anotar sus puntos, treinta y cinco o cuarenta si era necesario. Aunque estuviera tirando bien, si la responsabilidad de los lanzamientos de Utah recaía principalmente en él, al mismo tiempo estaría sacando a sus compañeros de su juego habitual. En opinión de los entrenadores, Utah resultaba más peligroso cuando Malone tenía la mano caliente y los equipos rivales optaban por someterlo a un doble marcaje, porque entonces hacía participar al resto de jugadores.

Dado que los Bulls habían sufrido tanto contra Indiana y que los jugadores de los Jazz estaban descansados, estos últimos eran los favoritos al inicio de la serie. Para Jordan, ese era el papel ideal: «No somos los favoritos, pero seguimos siendo los campeones», dijo. Jackson consideraba que Utah constituía un oponente inquietante y que lo que habían hecho con los Lakers era increíble, pero también pensaba que los de Los Ángeles habían sido la víctima perfecta para ellos, por ser especialmente vulnerables al juego de control y disciplina de Utah.

En el desplazamiento a Salt Lake City, Jackson esperaba robarles el primer partido; los Jazz habían pasado diez días parados y podían estar oxidados. Pero los Bulls, agotados de la serie contra Indiana y quizá con problemas por la altitud, parecían bastante lentos y algo cansados, siempre un paso por detrás en la rotación defensiva. Tal vez se debiera al aire. Tim Grover, Jordan y el resto de

los integrantes del Club del Desayuno habían trabajado durante un tiempo para aumentar sus reservas de oxígeno y estar preparados para el cambio de altitud de Salt Lake City. Según Grover, había sido como tratar de preparar a un atleta de ochocientos metros para que corriera el mil quinientos en la más dura competición. Demasiado a menudo, Stockton los superaba por el centro. Aun así, los Bulls salvaron una diferencia de ocho puntos en el último cuarto y consiguieron forzar una prórroga que, sin embargo, acabarían perdiendo.

En el segundo partido, la estrategia de los Bulls empezó a funcionar. El plan de batalla consistía en mantenerse cerca en el marcador, jugar duro en defensa, conservar energías durante el partido, permitir que Malone tuviera sus opciones de tiro y dejar que Jordan asumiera la responsabilidad al final del partido. Malone acabó anotando cinco de dieciséis tiros para un total de dieciséis puntos. En toda la segunda parte no encestó ni una sola canasta. Jordan, en cambio, encestó catorce de treinta y tres lanzamientos y, lo que es más importante, anotó nueve de diez tiros libres. En el cómo y el cuándo de esos tiros libres estaba la historia de ese partido. Al entrar en el último cuarto, llevaba veinte puntos y solo cuatro tiros libres, pero entonces empezó a penetrar al aro. Encestó cuatro canastas en el último cuarto, y en los tiros libres, no menos importantes, metió cinco de seis. Los Bulls se llevaron el segundo partido fuera de casa, con lo que los Jazz perdían la ventaja de cancha por la que tanto habían trabajado durante toda la temporada. Para colmo de males, ahora la serie parecía discurrir como deseaban los entrenadores de Chicago, con los bases y escoltas de los Bulls obstaculizando la libertad de movimientos de Stockton y provocando que Malone quedara aislado, sin participar en la habitual fluidez del ataque de los Jazz y obligado a tirar de media distancia más de la cuenta, lo que limitaba su capacidad para ir a la línea de tiros libres y le impedía dominar el tempo del partido.

El tercer partido, de vuelta en Chicago, fue una pesadilla para Utah. Por primera vez desde la serie contra Indiana, los Bulls parecieron estar descansados de verdad. En defensa jugaron un partido casi perfecto: robaron el balón, cortaron las líneas de pase y sus rotaciones defensivas fueron tan rápidas que Utah parecía lanzar siempre a la desesperada y en el último segundo. Era como si, en cada posesión de los Jazz, supieran exactamente lo que Utah iba a hacer. Stockton, uno de los jugadores más resistentes y hábiles de la liga, parecía estar acusando la edad aquella noche. En ocasiones, los Bulls utilizaban a Pippen, más grande y rápido, como ayuda para ralentizar a Stockton y llevarlo hacia una esquina, y luego Scottie volvía a la defensa normal y se ocupaba de algún otro

jugador menos bueno, de modo que podía funcionar como comodín, integrado en lo que se acercaba peligrosamente a una defensa ilegal. Los Jazz no podían contrarrestarlo, lo que hizo que en Chicago algunos recordaran lo que Stockton había dicho tras las finales del año anterior: que Utah no había sido capaz de encontrar una respuesta para el juego de Pippen y, sobre todo, para su versatilidad en defensa. Los Jazz estaban decididos a que Malone se metiera de nuevo en los partidos (llevaba solo catorce de cuarenta y un lanzamientos en los primeros dos encuentros), y así lo hicieron. Malone encestó sus seis primeros lanzamientos. Pero el resto de los jugadores de Utah solo consiguieron uno de dieciséis tiros de campo durante el primer cuarto. El marcador señalaba 17-14 a favor de Chicago al término del primer cuarto, 49-31 en el descanso y 72-45 al final del tercer cuarto. El tanteo final fue de 96-54, la mayor diferencia en la historia de las finales. Los cincuenta y cuatro puntos de Utah constituyeron el total más bajo de cualquier partido de la NBA desde la introducción del reloj de 24 segundos. «¿De verdad es este el resultado?», preguntó Jerry Sloan, el entrenador de Utah, en la conferencia de prensa pospartido mientras sujetaba la hoja de estadísticas. «Pensaba que era 1-96. Desde luego, ha parecido como si fuera 1-96». Bob Costas, el locutor de la NBA, dijo después: «A los Jazz solo les ha faltado ponerse una venda y pedir un cigarrillo». **10**

El cuarto partido resultó más igualado, pero al final fue más de lo mismo. Los Bulls controlaron el ritmo del partido, y los Jazz se vieron obligados a responder. Una vez más, Chicago se las arregló para que Malone no asumiera el peso del partido (acabó con veintiún puntos), y el marcador final, 86-82, reflejó que la victoria se había conseguido sobre todo gracias a la defensa. El jugador que más entorpeció el ataque de Utah fue Pippen, hasta el punto de que Sam Smith, periodista del *Chicago Tribune* , se atrevió a sugerir después lo que en Chicago constituía casi un sacrilegio: que quizá Pippen debería ser esta vez el MVP de la serie. Había anotado veintiocho puntos, había conseguido nueve rebotes y cinco asistencias y había jugado un partido maravilloso en defensa. Era en buena parte responsable de que un equipo inteligente, duro y con confianza se hubiera convertido en vulnerable, inseguro de lo que quería hacer y cada vez menos seguro también de lo que podía hacer. Las palabras de Smith ejemplificaban lo que pensaban otros periodistas de Chicago: que con una ventaja de 3-1, todavía un partido por jugar en Chicago y los Jazz jugando como aturdidos, la serie estaba de hecho finiquitada. «Ahora que los Jazz han sido reducidos a la categoría de irrelevantes», escribió Skip Bayless en el *Tribune* , «el escenario de la noche del viernes está preparado para un partido mucho más interesante que el

de Utah contra Chicago. El encuentro que hay que ver es el de Michael contra Scottie por el MVP de las finales». Y en la crónica del cuarto partido, el *Tribune* titulaba: «Poned a enfriar el champán».

Pero los Jazz regresaron en el quinto partido. Malone, contenido durante tanto tiempo y víctima de numerosas críticas, hizo un gran partido; anotó diecisiete de veintisiete tiros de campo y acabó con un total de treinta y nueve puntos, mientras que Chicago pareció no encontrar su juego y su habitual concentración. Jordan solo encestó nueve de veintiséis lanzamientos, y Pippen, un horrendo dos de dieciséis. La sensación era que las tornas podían estar volviéndose. Jackson diría más tarde que, en su opinión, el bombo publicitario antes del partido había sido excesivo, que se había hablado demasiado de ganar en casa, de champán y de cómo frenar los desórdenes públicos si ganaban, y de si este era o no era el último partido de Jordan con el uniforme de los Bulls. Ahora Jackson estaba seguro de saber por qué ningún equipo había ganado tres partidos seguidos en casa durante los *playoffs* . En parte se debía al hecho de que los equipos de tan alto nivel eran listos y no dejaban de hacer ajustes, partido a partido; pero otra razón era la presión ejercida por el enorme despliegue publicitario. Si, por lo general, los jugadores tardaban unos treinta minutos desde sus hogares de las afueras hasta el United Center, ahora a la mayoría de ellos les había costado dos horas llegar. En caso de que hubiera una próxima vez, aunque Jackson dijo que no la habría, se alojarían en un hotel del centro o irían al estadio en helicóptero. Estaban sucediendo demasiadas cosas que no tenían nada que ver con el baloncesto. Después del quinto partido, Jackson le dijo a Jordan: «Michael, necesitaremos un partido más. Tendremos que ganar fuera de casa. Creo que es mejor así». Jordan estuvo de acuerdo.

Si bien Chicago solo necesitaba una victoria, Salt Lake City surgía amenazante como un lugar especialmente difícil en el que jugar. A Phil Jackson le gustaba decir que los aficionados de Utah le recordaban a los de Puerto Rico por su intensidad. En su opinión, ningún otro público de la NBA demostraba esa capacidad para doblegar la voluntad de los árbitros (aunque algunos creían que la combinación de la hinchada de Chicago y de Michael Jordan resultaba igual de formidable). De pronto, la serie había adquirido un cariz inquietante para los Bulls. El sexto partido tenía gran importancia, porque si Chicago perdía se vería obligado a jugar un séptimo partido en Utah contra unos Jazz que, para entonces, habrían percibido el olor de la sangre. Una perspectiva nada agradable, porque el Delta Center siempre era el Delta Center.

Los mismos periodistas que solo un día o dos antes habían dado por muertos a

los Jazz, ahora percibían un posible cambio de tendencia. Era un recordatorio de cuán frágil resultaba la victoria en *playoffs* de tan alto nivel y de que, muy a menudo, la diferencia entre ganar y perder dependía de apenas unos puntos. Un partido que los aficionados consideraban luego una grandiosa victoria podía depender de un solo detalle del juego, como en el segundo partido, cuando Steve Kerr le había robado un rebote crucial a Karl Malone. Una paliza como la del tercer partido era una rareza. Demostraba, una vez más, lo relevante que era la pauta del arbitraje, cuánto margen, por ejemplo, se daba a un jugador como Pippen a la hora de marcar a su par. Y subrayaba de nuevo el factor Michael, la importancia que tenía un jugador como Michael Jordan. Un equipo muy bueno que no tuviera un jugador con la fuerza mental y la resistencia de Michael podía fácilmente desmoronarse en su vuelta a Salt Lake City. Pero Jordan era diferente: parecía que lo hubieran fabricado en algún centro de experimentación genética exclusivamente para aquella tarea. Rebosaba confianza, y eso era contagioso.

En los tiros de calentamiento previos al partido, faltaban dos jugadores de Chicago: Ron Harper, que no había dormido en toda la noche por una fuerte indisposición estomacal causada por algo que había comido, y Scottie Pippen, que apenas era capaz de andar. Pippen se había lastimado seriamente la espalda en el tercer partido tras aguantar varias cargas; siete, según los entrenadores, entre ellas dos muy fuertes de Malone, con sus 115 kilos. Tenía mucho dolor y estaba muy limitado en sus movimientos. A lo largo del sábado, le habían puesto varias inyecciones de cortisona para que llegara al sexto partido, pero no habían servido de mucho. Pippen no habría jugado ningún otro partido que no tuviera la importancia de este. Antes del encuentro, mientras Pippen estaba tumbado en la camilla de masaje y Chip Schaefer lo atendía, Jackson, procurando que Pippen oyera su conversación para que supiera lo mucho que significaba, se volvió a Jordan y le preguntó: «¿Crees que puedes llegar hasta los cuarenta y ocho puntos?». «Si es lo que necesitas, puedo», respondió Jordan. Pippen le puso todas las ganas; salió en el cinco inicial, enseguida entró a canasta dispuesto a hacer un mate y lo hizo, pero de inmediato sintió dolor y quedó limitado en su juego. Podía jugar, sí, pero parecía un paciente de un geriátrico al que hubieran dejado participar en un partido de jóvenes. Tras siete minutos en la cancha, se marchó al vestuario y permaneció allí durante el resto de la primera parte. Así pues, los Bulls debían afrontar un reto enorme: derrotar a Utah en su casa con un Pippen apenas capaz de jugar.

En esta fase tan avanzada de la carrera de Michael Jordan, había ciertas personas que se consideraban a sí mismas «jordanólogos», analistas no solo de

su juego, sino también de su persona, hasta el punto de creer que eran capaces de pensar como él, es decir, que podían captar su inmensa intuición para atinar con el ritmo y la textura de cada partido, su percepción de lo que el equipo necesitaba en un momento dado y del papel que él debería desempeñar en ello. Sin embargo, en esa noche era como si Jordan hubiera vuelto a ser el joven Michael de los primeros años, el jugador que había aupado a unos Bulls que habían tocado fondo, el que había ido al Boston Garden doce años antes y había deslumbrado al mundo del baloncesto con una heroica actuación en la que había anotado sesenta y tres puntos. Ese fue el Michael Jordan que prácticamente les dijo a sus compañeros que se subieran al carro, porque él iba a encargarse de todo. Pippen estaba casi inutilizado para el baloncesto. Rodman no era un anotador. Kuko č estaba jugando bien los últimos partidos, pero siempre era una incógnita. A Harper se le asignaban sobre todo tareas defensivas, pues no estaba acostumbrado a llevar el peso en ataque y, además, estaba algo flojo por su indisposición estomacal. Longley estaba teniendo una actuación espantosa, y esa noche solo jugó catorce minutos, no anotó ningún punto y se cargó con cuatro personales. Kerr era un jugador sólido, pero Utah podría sujetarlo mejor con Pippen fuera del partido.

Así que, desde el principio, estaba claro que sería Jordan quien tiraría del equipo. Durante casi toda la primera mitad, Michael hubo de dosificarse en defensa. Tanto es así que, en cierto momento, Tex Winter le dijo a Jackson: «Michael está aplicando la ley del mínimo esfuerzo en defensa», a lo que Jackson replicó: «Bueno, Tex, necesita darse un respiro». A decir verdad, Utah debería haber sido capaz de machacar a los Bulls e irse en el marcador, pero eso nunca ocurrió. El equipo de los Bulls que inició el segundo cuarto estaba formado por Kuko č, Bill Wennington, Scott Burrell, Kerr y Jud Buechler, un quinteto dudoso para hacerse con el título. Sin embargo, Chicago se mantuvo cerca en el marcador. Incluso con los suplentes en la cancha, se mostró muy fuerte en defensa y no dejó que los Jazz rompieran el partido, nunca les permitió conseguir un parcial de doce o catorce puntos a su favor que luego, dada las limitaciones de Chicago en ataque, tal vez les habría sido imposible remontar. En el apartado ofensivo, Michael Jordan llevaba todo el peso. Estaba dosificando sus energías tanto como podía, defendiendo con menor intensidad y reboteando menos de lo normal. Aun así, al descanso llevaba veintitrés puntos, con nueve de diecinueve en tiros de campo (tres de seis en triples) y dos de tres desde la línea de tiros libres. En el descanso, Utah ganaba 42-37. Malone llevaba once puntos.

Después Jordan diría que se había mantenido confiado durante el partido,

porque Utah no se había ido en el marcador cuando había tenido ocasión de hacerlo. En un enfrentamiento de esas características, dijo, con dos, tres o cuatro puntos de diferencia, nunca dejas de estar en el partido. El punto más fuerte de Michael Jordan, pensó B. J. Armstrong al ver aquel encuentro, era que sabía leer como nadie los partidos, su tempo y su atmósfera emocional. Había muchos jugadores y entrenadores que, tras ver el vídeo de un partido, podían reconocer el momento exacto en que se les había ido de las manos, pero Jordan era capaz de reconocerlo mientras estaba ocurriendo. Según Armstrong, era como si estuviera a un tiempo jugando y sentado analizando el partido, por completo distanciado de él. Se trataba de un don que no solo le permitía controlar con mano maestra a su equipo y darle un empujón en el momento necesario, sino también liquidar a los rivales en aquellos instantes en que los veía más vulnerables.

Al observar a Jordan durante la segunda parte contra Utah, Armstrong tuvo la sensación de que Michael sabía que los Jazz habían fallado: podían haber aprovechado las obvias debilidades de Chicago para finiquitar el partido, pero no lo habían hecho. Según Armstrong, si lo hubiesen hecho, Jordan habría ahorrado energías y se habría preparado para el séptimo partido. En cambio, los Jazz se lo estaban poniendo poco menos que en bandeja, y si le ofrecían un regalo así, desde luego él iba a tratar de cogerlo. Utah, pensó Armstrong, estaba cayendo en el juego de Jordan.

En la segunda parte, Pippen, todavía limitado en extremo, regresó y jugó diecinueve minutos, más como una artimaña defensiva que otra cosa. Sin embargo, cuando empezó el último cuarto, la ventaja de Utah era poco importante, 66-61, y la escasa cantidad de puntos constituía un signo favorable a los Bulls; significaba que habían marcado el tempo del partido y habían conseguido mantenerse a tiro de piedra. En el último cuarto, poco a poco, los Bulls comenzaron a aparecer de nuevo, hasta que a cinco minutos del final el marcador señalaba un empate a setenta y siete. Jordan estaba claramente cansado, pero también lo estaban los demás. Tex Winter se alarmó cuando Jordan falló cuatro tiros en suspensión consecutivos. «Fíjate, no puede elevarse al lanzar», le dijo a Jackson. «No tiene piernas».

Dos minutos más tarde, durante un tiempo muerto, Jackson le dijo a Jordan lo que este ya sabía: entra a canasta. «Ya lo sé», convino Jordan. «Voy a empezar a penetrar al aro; se han quedado sin pívot, así que el camino está despejado».

Una vez más, había llegado el momento de Michael Jordan. Un tiro en suspensión de Malone desde seis metros, tras un pase de Stockton, puso el

marcador en 83-79 para Utah, pero entonces, a 2:07 para el final, Jordan entró a canasta, recibió una personal de Bryon Russell y anotó los correspondientes dos tiros libres, lo que dejó el marcador en 83-81. Hubo ataques fallidos en una y otra canasta y, cuando Jordan volvió a entrar al aro, de nuevo recibió una falta, esta vez de Stockton. Convirtió los dos tiros libres y el partido quedó empatado 83-83 a 59,2 segundos para el final. En el último tiempo muerto, Jackson y Jordan hablaron de qué tipo de lanzamiento podría intentar, y Jackson le recordó que tenía las piernas cansadas y eso afectaba a su tiro en suspensión. «Ahora he recobrado el aliento», respondió. «Si vas a intentar el tiro en suspensión», le dijo Jackson, «tienes que marcar el movimiento completo, y no lo estás haciendo».

Utah subió la bola a campo contrario e inició con lentitud el ataque. Stockton pasó el balón a Malone y Chicago puso a dos hombres con él. Malone lanzó entonces un bonito pase al otro lado de la pista, donde ya esperaba Stockton. Ron Harper se apresuró a taparlo, pero llegó unas décimas de segundo tarde y Stockton clavó un tiro en suspensión desde más allá de la línea de tres puntos, lo que dejó el marcador en 86-83 para Utah. El reloj marcaba 41,9 segundos para el final. Los aficionados de Utah empezaron a respirar un poco mejor. En el anterior tiempo muerto, como Jordan ya no disponía de su tiro en suspensión, Tex Winter había diseñado una variación de una jugada básica de los Bulls llamada *Whatthefuck* («Qué coño»), una antigua jugada de los New York Knicks durante la etapa de Jackson como jugador. Chicago debía hacer un aclarado en un lado de la pista para que Jordan se quedara solo frente a Bryon Russell. Los Bulls sacaron de banda y Jordan recibió el balón cerca de la línea de campo atrás; avanzó a ritmo casi pausado por el lado derecho, lanzó el ataque como solía hacerlo y entonces, ya sin posibilidad de que Utah le realizara un dos contra uno, dejó una bola alta y suave que se coló por el aro. Fue una canasta difícil tras una penetración del más alto nivel. El marcador señalaba 86-85 para Utah y quedaban treinta y siete segundos.

Utah tenía, pues, otra valiosa posesión, una oportunidad de encestar o de recurrir a Malone para sacar faltas personales. Stockton cruzó la línea intermedia casi en actitud relajada, dejó correr el reloj mientras esperaba el momento adecuado y, por fin, pasó el balón a Malone cuando quedaban unos once segundos en el reloj de veinticuatro segundos. Antes incluso de que Malone se hiciera con la bola, Jordan estaba completamente seguro de lo que Utah iba a hacer, de adónde iba a ir la pelota y de lo que Malone iba a hacer con ella. Se deslizó por detrás y le robó el balón. Lo más fascinante de aquel robo fue el control de Jordan en un momento de tan alta tensión: al acercarse y efectuar su

acción por detrás de Malone, tuvo la disciplina de tirar el cuerpo hacia la derecha y conseguir así el ángulo idóneo para no cometer falta cuando lanzara el manotazo al balón. «Karl ni me vio venir», dijo Jordan más adelante. Cuando robó el balón, quedaban 18,9 segundos en el reloj. Michael tenía el récord de la NBA de robos de balón, pero este quizá fuera el más importante de su carrera.

Jordan no solicitó tiempo muerto, porque los Bulls casi nunca lo hacían en ocasiones similares; sus entrenadores estaban casi tanto en la cancha como en el banquillo, y Michael no quería que Utah contara con ninguna ayuda a la hora de plantear la defensa. El público, recordaría después Jordan, enmudeció tras el robo de balón. Aquel era su momento, el momento que había deseado y para el que estaba preparado. Según Jordan, ese instante resumía todo aquel rollo del budismo zen (en sus propias palabras) que Jackson trataba de inculcarles: cómo concentrarse y estar preparado para el momento crítico de un partido, de modo que cuando este llegara uno supiera exactamente lo que quería hacer y cómo hacerlo, como si ya lo hubiera vivido. Cuando ese tipo de situaciones críticas se presentaban, se suponía que los Bulls debían controlarlas, usar el momento a su favor, no sucumbir al pánico y dejar que el momento los usara a ellos. El ejemplo que a Jackson le gustaba poner era el de un gato que esperaba pacientemente a un ratón, aguardando su momento, hasta que por fin el ratón, inconsciente de todo, aparecía cuando el gato ya estaba perfectamente preparado.

La jugada que siguió, según contó Jordan, pareció desarrollarse muy lentamente, casi como si ya estuviera escrita. Vio cómo se desarrollaba todo con absoluta claridad, el modo en que se organizaba la defensa de Utah y lo que hacían sus compañeros, y supo exactamente lo que iba a hacer. «Nunca dudé de mí mismo», dijo más tarde; «nunca tuve dudas en todo el partido».

Utah decidió que no podía permitirse un dos contra uno sobre Jordan. Steve Kerr, en la cancha en sustitución de Harper, se hallaba a su derecha, en posición de alero y dispuesto a matar a Utah si Stockton realizaba una ayuda en el marcaje a Jordan. A Kuko č debían vigilarlo por la izquierda. Rodman, situado más allá de la línea de tiros libres, efectuó un buen corte hacia el aro, y de pronto, Bryon Russell era el hombre más solo del mundo, allí aislado, uno contra uno frente a Michael Jeffrey Jordan. Jordan dejó correr el reloj desde los quince hasta los ocho segundos. Entonces, cuando Russell se acercó rápidamente a la bola, Michael empezó a desplazarse hacia la derecha y amagó una entrada a canasta. Russell mordió el anzuelo, esperando esa entrada, y Jordan de pronto frenó, al tiempo que le daba a Russell un toquecito en el culo con la mano izquierda, solo para asegurarse de que la finta funcionaría, pero ni por asomo el

fuerte empujón que Reggie Miller le había dado a él en la serie contra Indiana. Russell ya estaba despatarrándose hacia su izquierda en el momento en que Jordan se paró, se levantó y lanzó. Consiguió una buena posición y un tiro cómodo, según explicó él mismo más tarde, y su elevación fue perfecta, al igual que la ejecución. Por lo general, diría después, se echaba un poquito atrás al tirar en suspensión, porque así se separaba un poco más del defensor, pero esta vez no lo hizo porque sus anteriores tiros se habían quedado cortos, y tampoco lo necesitaba, porque Russell, en el suelo tras comerse la finta, aún estaba tratando de rehacerse desesperadamente.

La revista *ESPN* publicó una estupenda imagen del momento tomada por el fotógrafo Fernando Medina. Es en color, ocupa dos páginas enteras y muestra a Russell intentando recuperar la posición y a Jordan en el punto más alto de su salto, con la bola ya en el aire y el reloj que marca 6,6 segundos para el final del partido. Lo más llamativo de la fotografía es la imagen de muchos de los aficionados de Utah. Aunque el balón todavía no ha llegado al aro, para ellos parece que se hubiera acabado el partido. Saben que va a entrar. Llevan la angustia, la certeza de la derrota, pintada en la cara, como si una flecha ya les hubiera perforado la piel y estuviera llegando al corazón. En algunos casos tienen las manos extendidas, como si quisieran parar a Jordan e impedir que su lanzamiento entrara. Varios aficionados ya se han llevado las manos a la cara, como en un momento de aflicción. Hay una excepción: a la derecha, vestido con la camiseta de Chicago, se ve a un joven que levanta los brazos en señal de victoria.

La pelota entró limpia. Utah aún dispuso de otra oportunidad, pero Stockton falló el último lanzamiento y los Bulls ganaron 87-86. Jordan había aupado al equipo una vez más. Había anotado cuarenta y cinco puntos, dieciséis de ellos en el último cuarto, frente a los solo seis de Malone, y los últimos ocho puntos del equipo también habían sido suyos. Cansado o no cansado, en la segunda parte consiguió veintidós puntos, pero la clave fue que diez de ellos llegaron desde la línea de tiros libres, un reflejo de su voluntad de entrar a canasta a medida que su tiro en suspensión iba decayendo. Un gran jugador había escrito un último gran capítulo para su carrera.

Las estadísticas no resultaban del todo significativas en los partidos muy importantes, pero en este caso, los guarismos de los últimos cuartos de Jordan y Malone son excepcionalmente reveladores y demuestran que la previsión de los entrenadores de Chicago resultó profética, tanto por la manera en que se desarrollaron esos últimos cuartos de la serie como por el jugador que fue capaz

de crear sus propias oportunidades con el partido en el aire. Solo hubo un partido, el primero, cuando Jordan todavía estaba visiblemente cansado por la serie contra Indiana, en el que Malone superó a Jordan en anotación por 8-5. El tercer partido fue un auténtico repaso, y ninguno de los dos jugó en el último cuarto. En el quinto partido, en el que Utah ganó y Malone ofreció su mejor actuación, ambos anotaron ocho puntos. Pero en tres partidos muy igualados, dos de ellos en Salt Lake City, Jordan rindió mucho mejor. En el segundo partido (13-1), en el cuarto (11-2) y en el sexto (16-6), Michael se echó el equipo sobre las espaldas. En esos tres partidos decisivos, pese a la fatiga, promedió trece puntos en el último cuarto, por los tres de Malone.

Alguien le preguntó después a Jerry Sloan sobre Jordan. Sloan dijo que sería recordado «como el jugador más grande de la historia del baloncesto».

Dick Ebersol vio los minutos finales del sexto partido en la unidad móvil de la NBC. Al inicio del encuentro, se había sentado en la grada junto a su amigo David Stern, pero se había puesto tan nervioso que al final se había ido a la camioneta de control para estar más en contacto con los suyos. A Ebersol le caía muy bien Michael Jordan, y era muy consciente de que a él y a su cadena les beneficiaba no solo la grandeza de Jordan como deportista, sino también su carisma. Un Michael Jordan en las finales reportaba a la NBC unos ocho o nueve millones de telespectadores. Hasta el momento, Ebersol estaba encantado con los índices de audiencia, que llegarían a alcanzar la cifra de 18,7, la más alta de la historia por casi dos puntos, lo que se traducía en 29,4 millones de estadounidenses viendo su cadena, unos cuatro millones más que en las anteriores series finales. Pero, como buen periodista televisivo, en aquel momento Ebersol no estaba de parte de Michael Jordan, sino a favor de un séptimo partido, lo que equivalía a desear, aunque fuera involuntariamente, una victoria de Utah. Un séptimo partido le proporcionaría a la NBC y a su empresa asociada, la General Electric, otros 10 o 12 millones de dólares en ingresos por publicidad. Durante aquellos años, las hazañas de Michael Jordan habían generado sustanciosos beneficios para la NBC, pero el instinto asesino del jugador era tal que ninguna de las finales había llegado al séptimo partido.

Cuando John Stockton metió el triple que daba a Utah una ventaja de tres puntos a 41,9 segundos del final, Ebersol no cabía en sí de contento. Al final tendría su séptimo partido. Ya estaba contando el dinero, como admitió más adelante. «Bueno, muchachos», dijo al personal del camión de producción al tiempo que dejaba de mirar las pantallas, «el miércoles estaremos otra vez aquí,

y nuestros socios (los mandatarios de General Electric) van a ponerse muy contentos con los 10 o 12 millones extra que nos vamos a llevar». Pero cuando volvió a mirar el partido, Jordan ya estaba encarando a un Bryon Russell al que nadie ayudaba, y a Ebersol le pareció que el pasillo hasta el aro estaba más despejado de lo que debería. Jordan iba a encestar, y de un modo difuso Ebersol sabía que, aunque tras la canasta Utah siguiera un punto arriba y solo quedaran treinta y siete segundos, ya no había nada que hacer. Jordan iba a quitarle otra vez su séptimo partido. No estaba del todo seguro de cómo lo haría, pero cuando Jordan le robó el balón a Malone y metió el último tiro en suspensión, no se sorprendió.

Harvest Leroy Smith, el mismo que entró en el equipo de Laney High cuando Michael se quedó fuera y que tanto compartió con él en los inicios de su carrera, estaba viendo el partido en su casa de Torrance, California. Ese mismo día, Smith, un joven alegre como nadie, había hablado con un periodista, y en cierto momento había dicho riéndose: «Bueno, cuando veas a Michael le dices que no se preocupe por Utah, porque no hay nadie en ese equipo capaz de pararlo». En realidad, añadió Smith, solo había existido un hombre capaz de frenar a Jordan. ¿Quién había sido? «Estás hablando con él ahora», dijo Smith riéndose con ganas, «pero eso ocurrió hace unos veinte años».

Smith estaba seguro de que Chicago iba a ganar, estuviera o no Pippen en plena forma. Unos diez días antes, había debatido el asunto con un amigo de Las Vegas que opinaba que aquel sería el año de Utah. Nunca va a ser el año de Utah, le dijo Smith; no lo será mientras Michael Jordan siga jugando. Chicago podría manejar a Malone, pero ningún jugador de Utah podría con Jordan, al menos en el último cuarto. Al ver cómo se iba desarrollando el partido, a Smith le recordó su tercer año en Wilmington, cuando se enfrentaron a sus archienemigos de New Hanover High en un torneo de Navidad. «Nos llevaban mucha ventaja, pero entonces, en la segunda parte Michael desató toda su furia. Se hizo el amo del partido. Él no iba a perder de ninguna de las maneras, por lo menos en una ocasión tan importante». Y así, nada sorprendido por lo que estaba pasando ante sus ojos, Smith vio cómo Jordan subía la bola para realizar el último lanzamiento frente a Bryon Russell. «Esta vez se va hacia la derecha y luego frena hacia la izquierda para tirar. Hace un año, fue al contrario; se fue a la izquierda y volvió hacia la derecha para lanzar. Es imposible que ese Russell pueda ganarle».

Tim Grover estaba allí, en Utah, viendo cómo su valioso pupilo desafiaba de

nuevo los pronósticos, consciente de que la serie contra Indiana le había resultado especialmente agotadora y que en el sexto partido contra los Pacers la fatiga le había hecho pagar un alto precio. Al final del partido, apenas había tenido fuerza en las piernas para ejecutar su tiro en suspensión, y eso casi siempre acababa en un fallo. En este sexto partido, por hallarse Pippen incapacitado para realizar su habitual aportación, Jordan se había cansado mucho más de lo normal, pero Grover pensó que se había dosificado de modo muy inteligente. Sí, era cierto que durante un pasaje del segundo cuarto la fatiga había resultado patente y que por unos instantes se había movido con descoordinación, pero después había hecho algunos ajustes y había jugado bien en el tercero y en el último cuarto, pese a que su tiro en suspensión se había desinflado un poco. Así que no se percibía ese agotamiento extremo que sí había resultado visible en los partidos contra los Pacers.

Grover conocía mejor que la mayoría las señales que delataban el cansancio de Jordan. Sin embargo, mientras el partido se acercaba poco a poco hacia su fin, pensó que Michael parecía en buena forma. La entrada terminada en bandeja ante Russell en la penúltima canasta le había parecido impresionante, digna del mejor Jordan, escogiendo el lugar más adecuado y penetrando pese a estar bien marcado. Utah seguía por delante, pero, por alguna extraña razón, Grover tenía confianza. Se dio cuenta de que Michael había hecho aquello tan a menudo que los jugadores presentes en la cancha (sobre todo los del equipo contrario) debían dar por sentado que lo iba a hacer de nuevo.

Grover había observado a Jordan subir el balón tras su robo crucial a Malone, sabedor de que dejaría pasar los segundos justos, de modo que Chicago tuviera tiempo no solo para un lanzamiento, sino también para coger el rebote y volver a lanzar. Antes de que Jordan ejecutara su último tiro, Grover estaba seguro de que iba a entrar, porque su elevación había sido perfecta y había terminado el movimiento de manera irreprochable. Aquel fue un momento de regocijo para Grover: el agotador entrenamiento seguido durante todo el año había permitido que Michael impusiera su ley en un partido decisivo, cuando el sentido común decía que las piernas deberían estar fallándole. Lo que el Grover maestro había aprendido del Jordan alumno había sido la lección más trascendental de todas: el precio de la grandeza. Solo gracias a una técnica practicada sin desmayo, a una energía cuidadosamente almacenada y a una inusual tenacidad en los hábitos de entrenamiento, podían aquellos lanzamientos de último segundo entrar en el aro. De todo lo que existía en el mundo, lo que menos tenía que ver con aquel lanzamiento era la suerte.

Buzz Peterson, buen amigo de Jordan y compañero de habitación en la universidad, vio el sexto partido con su mujer, en su casa de Boone, en Carolina del Norte. Cuando el partido llegaba a su fin, con Pippen tan limitado y Utah ganando, su mujer, Jan, le dijo: «Van a perder». Pero Buzz, que había jugado con Michael en incontables partidos oficiales y en muchos más de entrenamiento, sabía muy bien que Jordan poseía una confianza colosal en sí mismo. Vivía para momentos como aquel: con su equipo perdiendo, él predeciría la victoria a sus compañeros y luego asumiría la responsabilidad durante la última fase del partido.

«No estés tan segura», le dijo a su esposa. «Michael va a tener ahora una buena oportunidad». Justo entonces, Jordan ejecutó la penetración acabada en bandeja y dejó a los Bulls a solo un punto. La jugada clave, Peterson estaba convencido, iba a llegar en la siguiente secuencia defensiva, cuando Utah manejara la bola ya en campo contrario. Estaba seguro de saber lo que Jordan pensaba en esos momentos: Michael sabría que buscarían a Malone para que este tratara de anotar o de sacar al menos dos tiros libres. En el pasado, Peterson había visto a su amigo muchas veces en ese mismo papel, el de defensa escoba, animado por Dean Smith. Estaba seguro de que Jordan iría a por Malone. Vio cómo le robaba el balón y entonces, mientras Michael cruzaba a campo contrario con la pelota, no tuvo dudas de que ahí se había acabado el partido: que el siguiente tiro iba a entrar era tan seguro como pueda ser en el mundo de los deportes.

Roy Williams, el entrenador de Kansas que había elegido a Michael cuando todavía estaba en el instituto de Laney, se hallaba en su propio campus de entrenamiento para jugadores de instituto en Kansas, y estaba viendo el partido en el vestuario de los entrenadores. No había casi nadie que comprendiera mejor la indómita voluntad de Michael por jugar al máximo nivel y vencer. Tras su temporada de novato con los Bulls, en la que fue nombrado novato del año, volvió a Chapel Hill y buscó a Williams, el entrenador del que más cerca se sentía en lo personal. Quería, según dijo, hablar en privado con él, así que los dos salieron del atestado despacho de Williams y se sentaron en las gradas descubiertas. «¿Qué tengo que hacer para mejorar mi juego?», le preguntó. Williams contestó: «Bueno, Michael, te acaban de nombrar novato del año. ¿Qué más quieres?». «No, venga; sé que vas a ser sincero conmigo. Dime qué puedo hacer para mejorar». Así que Williams le dijo que trabajara el tiro en suspensión. Si conseguía mejorarlo, sería imbatible, porque no podrían darle nada de

espacio. Y eso hizo, durante ese verano y en los años que siguieron. Williams sabía que todo en Michael era resultado de la planificación y el trabajo duro. Era un gran jugador y poseía la mejor ética de trabajo que había visto en su vida; por eso siempre sobresalía más que cualquier otro en partidos como aquel. Nunca era una casualidad. De modo que cuando, en el último minuto, Williams lo vio penetrar y encestar la primera de sus dos canastas letales, no se sorprendió en lo más mínimo. Luego, cuando los Jazz cruzaron la cancha en busca de su último gran lanzamiento, conociendo a Michael, Williams presintió lo que iba a hacer en defensa. Podía verlo antes incluso de que ocurriera. Ya estaba gritándoles «Mirad, mirad» a los amigos sentados junto a él cuando Michael se acercó a Malone y le robó el balón. Después, mientras Jordan subía la bola a campo contrario, Williams recuerda haber advertido que, como algún defensor de Utah no corriera de inmediato a hacer el dos contra uno, aquello se había acabado. Había que forzar el último lanzamiento del rival, pensó, no permitir que alguien de la categoría de Michael se la jugara en un uno contra uno. Pero nadie acudió a hacer la ayuda. Lo que Roy Williams más recordaba de aquel último lanzamiento era la exquisita calidad de la ejecución y lo mucho que Jordan había alargado el gesto de tiro, incluso después de haber soltado el balón. Era algo que los entrenadores siempre enseñaban a sus jugadores, porque favorecía la concentración. Observando a Michael terminar el movimiento con el brazo estirado, mientras parecía estar suspendido en el aire, Williams pensó que aquella era su forma de empujar mentalmente el balón para que entrara. Y, de pronto, todo había acabado. Tres de sus jugadores de Kansas estaban con él, y Williams, el hombre que dieciocho años antes les había dicho a sus amigos que acababa de ver al mejor jugador de metro noventa y pico de todos los institutos del país, se volvió hacia ellos y les dijo que aquella había sido la más grandiosa actuación de baloncesto que había visto en su vida. «Y me temo que también es la última», añadió.

El día del último partido, Chuck Daly jugó al golf en Isleworth, un conocido club de Orlando. Allí se encontró con un hombre llamado John Mitchell, que en el pasado había jugado bastante al golf con Michael Jordan. Hablaron durante unos minutos del partido. Mitchell le dijo a Daly que le daba mala espina. «Creo que Chicago tiene problemas allí», dijo. «Diría que las señales no son favorables. Es muy difícil ganar en esa cancha». Daly le respondió: «De eso nada. Llegaran igualados al final y, cuando queden unos veinte segundos, Michael se hará con la bola y la subirá a campo contrario con un ojo puesto en el

marcador. Entonces, a pocos segundos para el final, buscará el tiro en suspensión y encestará. Los Bulls ganarán y la leyenda pervivirá. Porque así es él y esa es su forma de hacer las cosas».

Al día siguiente, después de que Jordan hubiera interpretado casi a la perfección el guion previsto por Daly, este recibió una llamada de Mitchell: «Tú te has equivocado de trabajo», le dijo. «Deberías ser vidente».

Frank Layden, principal arquitecto de Utah Jazz, creía que aquel sería el año de su equipo, sobre todo tras haber aniquilado a Los Angeles Lakers. Pensaba que los Jazz eran mejor equipo ese año y que Michael Jordan, aunque fuera sin discusión el mejor jugador de la liga, había bajado un poquito el nivel. No mucho, pero sí lo suficiente para abrir una puerta a los Jazz. Sin embargo, a mediados del tercer cuarto del último partido, empezó a inquietarse, porque Utah no había rematado a Chicago. Layden no deseaba empezar un último cuarto contra Michael Jordan con el marcador apretado. Miró la parte final del último cuarto con la sensación de que le iba a dar algo. Primero, la entrada a canasta de Jordan. Después, el robo de balón a Malone por detrás. Layden ya había quedado admirado cuando Michael se había abierto y dejado a su par, Jeff Hornacek, porque si no recordaba mal era la primera vez que lo hacía en todo el partido. Un rápido pase de Malone a Hornacek y los Jazz habrían ganado, pero no hubo tiempo para eso: la recepción del balón y el robo parecieron formar parte del mismo movimiento. Mientras Jordan subía el balón para intentar su último tiro, antes de que soltara la bola, Layden ya sabía que iba a entrar, porque Jordan no fallaba ese tipo de lanzamientos y porque su gesto había sido absolutamente perfecto. Cuando la bola entró, no era fácil que Layden encontrara el modo de consolarse, pero recuerda que pensó: «Nos ha derrotado el más grandioso deportista que yo haya visto en mi vida, en cualquier deporte».

Dean Smith, retirado de sus labores como entrenador en Chapel Hill a finales de la temporada de 1997, no tenía demasiada afición por los partidos de los profesionales, pero, si podía, veía alguno en el que participara alguno de sus chicos como jugador o como entrenador, y había visto la serie contra Indiana con gran admiración. Su opinión era que el séptimo partido de aquella serie había sido uno de los mejores que Michael había jugado nunca. Le había impresionado que un joven tan agotado todavía pudiera mostrar tanta capacidad de liderazgo en un partido crucial, especialmente en defensa. En el sexto partido contra Utah, después de que Jordan anotara en penetración, Smith no tuvo dudas de que Jordan trataría de conseguir una acción decisiva en defensa. «Sabía que

intentaría robar el balón por detrás», dijo más tarde. Así que el robo a Malone no le sorprendió. Pero sí lo hizo que mientras Jordan subía el balón Utah no lo marcara con dos o tres hombres, que lo defendiera solo con un jugador inferior y favoreciera así la victoria de Chicago. Él sabía mejor que nadie que Michael vivía para momentos como aquel.

Ese verano, Smith y Jordan se vieron, y lo primero que Smith le dijo a su pupilo estrella fue: «Michael, todavía estás mejorando». Quería decir que cada año demostraba mayor conocimiento del juego y que no parecía que físicamente hubiera perdido facultades.

En el verano de 1998, se preparó un folleto para el campus de baloncesto de fantasía de Michael Jordan, que se celebraba en Las Vegas. En la parte izquierda de una doble página, se veía la fotografía de un Jordan joven y esbelto encestando la canasta decisiva frente a Georgetown en 1982. El pie de foto decía: «Algunas cosas». A la derecha, había una imagen de Michael dieciséis años después, maduro y más musculado, mientras ejecutaba su decisivo lanzamiento contra Utah. Y debajo se leía: «Nunca cambian».

Unos treinta minutos después de que Michael Jordan lograra la canasta ganadora, Phil Rosenthal, columnista del *Chicago Sun-Times* , se encontró a Jerry Krause en la cancha. Rosenthal se llevaba mejor con Krause que la mayoría de los periodistas y siempre le intrigaba su figura, la complejidad de aquel hombre que deseaba hacer cosas buenas, pero que siempre acababa por ofender a alguien. En medio del alboroto por la celebración de la victoria, entre la gente de Chicago que corría por la cancha del Delta Center, lo que Krause dijo en aquel momento no recibió en un principio demasiada atención; pero, cuando los medios reprodujeron una y otra vez las declaraciones, la gente empezó a fijarse más en ellas y terminaron por convertirse en un motivo (pequeño quizá) de pertinaz resentimiento entre algunas personas cercanas al equipo. «Jerry [Reinsdorf] y yo lo hemos conseguido [el anillo] seis veces», dijo Krause. Aquello era muy típico de Krause, pensó Rosenthal: Krause siempre le había parecido un personaje que merecía más reconocimiento del que obtenía, pero que quería más reconocimiento del que merecía.

32

Chicago, junio de 1998

Cuando los Bulls regresaron a Chicago, una enorme cantidad de gente se congregó en Grant Park para festejar el sexto título, y por la noche se celebró una cena en el restaurante de Michael Jordan, solo con los jugadores, los entrenadores y sus esposas. Todo el mundo estaba allí, o casi. Por algún motivo, Dennis Rodman no había acudido, pero eso no constituía ninguna sorpresa para nadie; cada tribu debía tener su indio que camina hacia atrás. Fue una velada alegre y ruidosa, porque habían conseguido algo muy grande, pero seguramente también porque marcaba el final de un ciclo y muchos de ellos estarían en otro lugar al año siguiente. En cierto momento, los hombres y las mujeres se separaron, y la fiesta de los hombres se volvió más emotiva y ruidosa.

Hubo brindis llenos de emoción. Jackson brindó por Ron Harper y habló de lo mucho que había aportado al equipo, de cómo había pasado de ser una gran estrella ofensiva a un especialista en defensa y del modo en que había peleado para volver a la titularidad, a pesar de quedar relegado en la rotación cuando Jordan había regresado del béisbol. Harper, uno de los pocos que tenía contrato para el siguiente año, dijo que todo eso nunca le había supuesto un problema, porque tenía un contrato de cinco millones de dólares y eso no era un mal apoyo. «Sí», dijo Scott Burrell, «puedes apoyarte en esa pata de palo tuya». En ese instante, Steve Kerr brindó a la salud del agente de Harper, un tipo asombroso capaz de sacarle al jefe de Chicago tanto dinero por un jugador con una sola pierna.

El último brindis fue el de Scottie Pippen. Era casi seguro que no iba a quedarse, así que todos presintieron que sería el último brindis del último baile. Se levantó y brindó por Jordan. «Nada de esto podría haber ocurrido sin ti», dijo. Fue un bonito momento; un gran jugador brindando a la salud de otro todavía más grande en lo que seguramente sería el fin de una racha excepcional. Los

otros se pusieron en pie y brindaron. El instante pareció simbolizar no solo la extraordinaria naturaleza de lo que habían conseguido durante los últimos ocho años, sino también el hecho de que para los miembros de un equipo irrepetible aquel era el final del trayecto.

Epílogo

Durante los catorce años que Michael Jordan jugó en la NBA, y si exceptuamos a unos pocos jugadores, nadie se benefició más que David Falk de la creciente opulencia de la liga y del trasvase de poder de los propietarios a los jugadores. Falk, un representante deportivo relativamente poco importante al comienzo de esa época, ya era en 1998 no solo el agente de jugadores de baloncesto más rico de la historia, sino una de las dos o tres personas más influyentes en ese deporte, un hombre cuyo poder llegó a compararse con el del propio David Stern. Si los cambios legales, económicos y tecnológicos habían sido buenos para los jugadores, podría decirse que lo habían sido incluso más para los agentes. Cuando empezó a ser conocido como representante, ya había roto dos veces con los que eran sus socios: primero, incluso antes de formar parte del equipo de Jordan, él y Donald Dell se habían separado de Frank Craighill y Lee Fentress, y luego, Falk acabó separándose también de Dell en lo que se consideró un divorcio profesional bastante encarnizado. En 1998, vendió su empresa a una más grande especializada en proporcionar entretenimiento en vivo en estadios de todo el país. El precio de venta se estimó en unos 100 millones de dólares y, como parte del acuerdo, Falk siguió gestionando su parte de la empresa. Un comunicado de prensa en que se anunciaba la venta especificaba que la antigua empresa de Falk, FAME (Falk Associates Management Enterprises), había «representado a seis jugadores elegidos en primera ronda del *draft* NBA, algo sin precedentes, además de negociado más de 400 millones de dólares en contratos para sus clientes y cuatro de los cinco contratos más sustanciosos en la historia de los deportes de equipo».

Nadie dudaba de la capacidad y la inteligencia de David Falk, pero si algo molestaba a aquellos que se preocupaban por la liga y el baloncesto en su sentido más amplio, era que no tenían claro que Falk tuviera en mente un futuro mejor para todos, y estaban convencidos de que el bien común y la buena salud del baloncesto seguían siendo una cuestión por resolver. Según algunos, existía el riesgo de que el valor de los contratos de determinados jugadores explotara la vulnerabilidad de diversas franquicias y amenazara la futura estabilidad de la

liga. Falk parecía disfrutar de su poder tanto como de su riqueza, de su don para no contestar llamadas y hacer que los demás, sobre todo los propietarios, se sintieran vulnerables ante él. «Ten cuidado con David, especialmente si empieza a decirte cuánto te respeta», advirtió cierta vez un propietario. «Porque entonces es cuando vas a perder la cartera o a tu jugador franquicia; es su manera de decirte que tiene más poder que tú».

Durante el verano de 1998, mientras la liga y el sindicato de jugadores se preparaban para una gran batalla acerca de las normas contractuales, y los propietarios, a su vez, se preparaban para el cierre patronal, varios de los clientes de Falk, entre ellos Patrick Ewing, Dikembe Mutombo y Alonzo Mourning, se habían erigido (no exactamente por casualidad) en líderes del sindicato. No es que eso significara que la batalla era de Falk contra los propietarios, porque también había otros agentes que se mostraban igual de activos en favor de los jugadores; pero las cuestiones centrales, sobre todo la del tope salarial blando o duro, parecían atañer más a las libertades contractuales de la élite de la liga que a la capacidad para obtener ingresos de la mayoría de los jugadores. Algunos buenos conocedores de la NBA veían el cierre patronal como una lucha entre Stern y Falk. Ciertamente, cuando David Falk habló a los reporteros aquel otoño, dio a entender que Michael Jordan podría estar dispuesto a volver para jugar una temporada más… si David Stern no bloqueaba el camino. En cualquier caso, a medida que el cierre patronal se prolongaba, se fue haciendo más obvio que Falk era una figura crucial en el bando de los sindicatos y que los puntos conflictivos parecían incumbir más a sus selectos clientes que a la mayoría de los jugadores. En una columna inusualmente cáustica, Mike Lupica, el influyente columnista del *New York Daily News* , escribía: «Tal vez haya en el deporte farsantes peores que David Stern, pero hoy en día resulta difícil encontrar uno». Y en aquellas negociaciones Falk era, en palabras de Lupica, «un Rasputín que entra en juego desde el banquillo», de las pocas personas que te haría escribir a favor del propietario de un equipo.

En cuanto a David Stern, a finales del verano de 1998, mientras las tensiones laborales se disparaban y aumentaba la posibilidad de un cierre patronal, parecía estar bastante más triste e incluso melancólico, según algunos de sus amigos; como si lamentara la pérdida de algo que había sido vital en el pasado, la conexión humana con los jugadores de la liga, que él consideraba como una sociedad especial compartida con ellos. Se dejó barba y juró que no se afeitaría hasta que se alcanzara un nuevo acuerdo laboral. Al mismo tiempo, como

comerciante de primera que era, abrió una gigantesca tienda de la NBA en la Quinta Avenida de Nueva York, un establecimiento atiborrado de todo tipo de prendas y baratijas en las que cupiera el logo de la NBA. Y en proyecto está la próxima apertura de restaurantes NBA en un gran número de ciudades.

Stern era perfectamente consciente de que sus críticos de siempre, gente que detestaba el modo en que había evolucionado el juego en los últimos años (con el Dream Team conquistando a los inferiores mortales en la competición olímpica, los jugosos acuerdos de patrocinio con las empresas, los importantes contratos televisivos, los suntuosos nuevos estadios con palcos de lujo y el estrépito de rigor, la creciente separación entre jugadores y medios de comunicación), pensaban que le estaba saliendo el tiro por la culata. Creían que la liga, de cuya imagen Stern era el principal artífice, se había volcado demasiado en la faceta comercial con el objetivo de equipararse a otros deportes. Pero lo peor era que el proceso de creación de ese éxito tan deslumbrante había contribuido a generar la nueva actitud de muchos jugadores jóvenes, que ahora creían estar más allá de las tradicionales normas de responsabilidad, económica y socialmente fuera del alcance y el control de la sociedad, convencidos de que el espectacular (y poco previsible) crecimiento de los ochenta y los noventa no era una anodina carambola tecnológica y social, sino tan solo lo que en justicia les correspondía. Durante la década anterior, a medida que sus salarios habían ido creciendo más y más, también lo había hecho su alejamiento de la realidad.

En ocasiones, Stern bromeaba en privado con los amigos diciendo que podrían arrestarlo por utilizar medios engañosos, por haber minimizado durante tanto tiempo los defectos y haber maximizado el arte de los jugadores y del baloncesto, y sobre todo por restar importancia a la percepción de que los deportistas de hoy eran… en fin, avariciosos. Le gustaba hablar con nostalgia de sus inicios como ejecutivo de la liga, cuando trabajaba con una generación anterior de líderes sindicales y jugadores, hombres que tenían un sentido asociativo y que compartían objetivos. Todos estaban aprendiendo a golpes que la cooperación resultaba mucho más difícil en tiempos de abundancia que en los de escasez. Lo que ahora le molestaba, según contó a algunos de sus socios, era que jugadores y agentes tuvieran tan poca memoria; nadie parecía recordar que, hasta hacía bien poco, la liga no podía conseguir que los *playoffs* se emitieran en horario de máxima audiencia.

Su tristeza se tornaba aún más intensa por el hecho de que él nunca hubiera sido del agrado de los propietarios, como tan a menudo ocurría en los deportes de primer nivel. Le encantaban los jugadores y el baloncesto y demostraba su

compromiso con ambos. Además, tenía amplitud de miras a la hora de abordar la buena salud de su deporte, una salud que, en su opinión, empezaba y terminaba con el respeto del público y su inversión afectiva en los jugadores. En palabras de Bob Ryan: «Durante aquel periodo crucial, cuando la NBA estaba empezando a tener éxito y los convenios acordados entre la liga y el sindicato constituían un ingrediente esencial para ello, no me habría sido difícil imaginar a David Stern comandando el sindicato y a Larry Fleisher [el líder del sindicato] en el papel de comisionado, porque no había diferencias sustanciales en su amor por el deporte ni en el tipo de futuro que ambos deseaban para él».

Eso, desde luego, había dejado de ser así. Todo había cambiado como consecuencia de tanta prosperidad. Durante los últimos años, los ingresos y los salarios se habían disparado de manera increíble y, con ello, se había roto en pedazos cualquier tipo de cooperación. En 1978, cuando Stern había llegado a la liga como ejecutivo de rango relativamente bajo, el total de los salarios de los jugadores ascendía a 40 millones de dólares. Solo veinte años después, Michael Jordan casi ganaba esa cifra en un año, la nómina de su equipo era más o menos el doble y el total para la liga rondaba los 1 000 millones anuales. Eso significaba que los salarios actuales habían subido aproximadamente un 2 500 por ciento durante ese periodo de veinte años. Pero la nueva generación de jugadores, representados por una nueva generación de agentes, tenía poco interés por las batallitas de lo que parecía el siglo pasado acerca de lo lejos que todos habían llegado en tan poco tiempo. No era poca paradoja que el agente que había conseguido sacar adelante el contrato de Kevin Garnett (el principal argumento para que los propietarios se unieran y acordaran el cierre patronal) fuera Eric Fleisher, el hijo del difunto Larry Fleisher, primer dirigente del sindicato y también agente, un hombre en su día despreciado por los dueños de los equipos, pero al que ahora la nueva generación de propietarios y ejecutivos de la liga consideraba un modelo perfecto de decoro y justicia.

Las negociaciones entre los directivos de la liga y los propietarios, por un lado, y los jugadores, por el otro, avanzaron con lentitud durante el otoño de 1998. Se trataba de una disputa laboral más que atípica: una de las partes la componían un gran número de multimillonarios, y la otra, incontables millonarios. Tony Kornheiser, del *Washington Post* , dijo que era una huelga entre millonarios altos y millonarios bajos. Y Sam Smith, del *Chicago Tribune* , escribió que ver aquella huelga era como ver un choque entre dos limusinas. «Un tío se baja del asiento trasero de una de las limusinas quejándose de que, por culpa del choque, se le ha derramado su copa de Château Lafite Rothschild. Y sale el tío de la otra

limusina y resulta que se siente vejado porque se le ha rayado el Rolex». En 1998, el salario medio de un jugador era de 2,5 millones de dólares. El mismo David Stern ganaba 7 millones de dólares anuales, un punto de conflicto para muchos de los jugadores y agentes. Y Patrick Ewing, líder del sindicato, estaba ganando 18,5 millones de dólares ese año, como parte de un bonito contrato de cuatro años, un punto de conflicto con los propietarios. La controversia no era tanto sobre cuánto dinero se estaba ganando en ese momento, sino sobre si en el futuro los salarios se mantendrían abiertos. ¿Tendrían los equipos un techo salarial a la hora de fichar a sus mejores jugadores? ¿Podría delinearse una fórmula que retribuyera con justicia a los jugadores muy valiosos después de cierto periodo de servicio y que, al mismo tiempo, no amenazara la estabilidad y el equilibrio de la liga? ¿Afectaban los puntos conflictivos al 80 por ciento de los jugadores o solo a un puñado de jugadores de élite susceptibles de cobrar salarios enormes?

Lo cierto era que, con los salarios ya tan altos y subiendo todavía más, los jugadores aparecían como los inevitables perdedores en este duelo. Habían perdido algo crucial con respecto a sus primeras luchas con los dueños de los equipos: el apoyo de la opinión pública. Al fin y al cabo, no había muchos jóvenes estadounidenses entusiastas del deporte que hubieran estado alguna vez de parte de los propietarios o los tuvieran como ídolos, y muy pocos habían deseado en su adolescencia llegar a ser dueños de una franquicia deportiva. Así que los propietarios no iban a perder una popularidad que no tenían. Pero los jugadores sí la perdieron. Desconectados de la realidad que los rodeaba, desconocidos incluso para los mejores cronistas deportivos que informaban sobre ellos, alentados por agentes que tenían un interés estipulado sobre su éxito y también miedo a hablarles con franqueza… No, resultaba muy poco probable que aquellos jugadores pudieran disfrutar del tipo de licencia que sí se concedía a superestrellas como Michael Jordan. La suya no era una causa que despertara demasiadas simpatías, ni siquiera entre los que solían tomar partido por los sindicatos en las disputas salariales.

Los propietarios querían imponer límites significativos a la llamada excepción Larry Bird, para así mantenerla dentro de los márgenes del techo salarial. Según decían, no tenían intención de volver al pasado ni de rebajar la escala salarial, ni siquiera de acabar con la posibilidad de que los jugadores pudieran disponer de una considerable libertad de movimientos. Lo que trataban de hacer, en el periodo que siguió al contrato de Kevin Garnett, era limitar aquella creciente locura, no solo por parte de los jugadores, sino también por su parte. Si se

aceptaba su oferta, significaría que la nómina total de la liga subiría hasta los 1 200 millones de dólares en cuatro años, más o menos un incremento de un 5 por ciento anual. Según el antiguo acuerdo de distribución de los ingresos, los jugadores debían obtener un 52 por ciento de los ingresos brutos, pero el incremento anual de los salarios había sido tan exorbitante (del 15 o del 16 por ciento cada año) que ahora la liga aseguraba que esa cifra había alcanzado el 57 por ciento, y aún seguía subiendo. Como dijo Kevin McHale al terminar las negociaciones del salario de Kevin Garnett: «Tenemos una gallina que ha estado poniendo huevos de oro y la estamos exprimiendo demasiado».

Muchos jugadores no entendían en absoluto que a Michael Jordan, cuya genialidad había sido decisiva en el cambio económico del baloncesto, solo se le hubiera empezado a pagar un gran salario cuando su carrera ya estaba bien avanzada. Ese punto de vista podía quedar ejemplificado con el caso de Jerry Stackhouse, aunque había muchos otros como él. Stackhouse había salido de Carolina tras pasar solo dos años en el programa de Dean Smith, y en un principio, parecía tener potencial para convertirse en uno de los más grandes. Era un alero con mucha capacidad de penetración, y muy difícil de parar debido a su fuerza y velocidad. Había llegado a la liga con un bonito contrato de zapatillas debajo del brazo y con todos los aditamentos típicos de los nuevos deportistas-celebridades. Pero todavía no estaba hecho como jugador, y no mejoró demasiado en sus tres primeras temporadas como profesional. En parte se debió a que su tiro exterior seguía siendo cuestionable, así que los defensas podían dejarlo suelto para ayudar a cubrir la zona y reducir así su capacidad de penetración. Además, su cuadrilla, es decir, su grupo de incondicionales, no se llevaba bien con la cuadrilla de Allen Iverson, y al cabo de un tiempo, en su tercera temporada, fue vendido a Detroit. Pero lo significativo es que también se le oyó decir que pretendía conseguir un gran contrato de al menos unos 10 millones de dólares al año. Si Michael Jordan valía 30 millones, dijo, su calidad era como mínimo un tercio de la de Michael. Quién va a saber ahora si eso era verdad o no.

¿Qué estaba ocurriendo? Pues, probablemente, que tras haber vivido un periodo de formidable crecimiento en el que todas las partes se habían beneficiado más allá de cualquier expectativa, una época en la que la liga había disfrutado de un incremento en su popularidad y un desarrollo global sin parangón en la historia deportiva (en gran medida por los enormes cambios tecnológicos), y en la que un gran jugador se había convertido en el escaparate de todo un deporte, ahora los dueños, los comisionados, los jugadores y los

agentes estaban tratando de definir cuál sería la realidad post-Jordan, la realidad en un mundo que no tenía realidad, porque (al final, en todos los sentidos) funcionaba a base de fantasía.

No hubo empresa que enriqueciera más a Jordan ni que se beneficiara más de su carrera que Nike. En 1998, Jordan llevaba ganados con Nike unos 130 millones de dólares. Teniendo en cuenta su paréntesis en el béisbol, su promedio de ganancias había sido de unos 10 millones de dólares anuales, y eso solo de una empresa. Jordan, a su vez, no solo hizo ganar miles de millones de dólares a Nike, sino que contribuyó a que venciera en sus épicas batallas a vida o muerte contra Reebok, en el punto álgido de las guerras libradas entre las dos grandes marcas mundiales de zapatillas. Nike había empezado a quedarse rezagada cuando fichó al jugador, pero la línea Jordan cambió la ecuación de manera radical. En su primer año, las Air Jordan generaron unos ingresos brutos sin precedentes, 130 millones de dólares, y marcaron el regreso de la moda Nike. En 1986, debido a importantes errores de cálculo de Nike en los años previos, la cuota de Reebok en el mercado nacional fue mucho mayor que la de Nike, un 31,3 por ciento frente al 20,7 por ciento de Nike. Cuatro años después, sobre todo por la presencia de Jordan, Nike se puso de nuevo en cabeza y no dejó ya de aumentar su ventaja. Reebok había sido de las primeras empresas en darse cuenta de que la presencia de Michael, dentro y fuera de la cancha, era algo especial y difícil de igualar. La marca había apostado fuerte por Shaquille O’Neal, pero la cosa no había funcionado. Shaq acabó despidiéndose de su contrato de 15 millones de dólares por cinco años, y en 1998 se convirtió en una figura relativamente nueva dentro del deporte estadounidense: un agente libre en el mundo de las zapatillas deportivas. Había quedado bien claro que no cualquier deportista, independientemente de su encanto o habilidad, podía sustituir a Jordan, ya fuera en la cancha o en la pantalla.

Por supuesto, no todo el crecimiento de Nike era atribuible a la presencia de Jordan, pero lo cierto era que en 1984 la empresa había tenido unos ingresos de 919 millones de dólares y un beneficio neto de unos 40 millones de dólares, mientras que a finales de 1997 sus ingresos superaban los 9 000 millones de dólares y el beneficio neto rondaba los 800 millones, lo que evidenciaba unos índices de crecimiento anual asombrosos.

Michael Jordan nunca llegó a intimar demasiado con Phil Knight, el más iconoclasta e impredecible de los presidentes empresariales estadounidenses. Estaba claro que Knight era un visionario, pero en la faceta social solía

mostrarse torpe y no era, ni mucho menos, un tipo de persona con la que Jordan se sintiera a gusto. En todos aquellos años, la charla entre ambos había dado muy poco de sí. En cierto momento, Jordan estuvo a punto de dejar Nike para convertirse en socio de pleno derecho de una nueva marca de zapatillas cuyos artífices serían Rob Strasser y Peter Moore, antiguos colaboradores de Nike con los que Michael tenía mucha más sintonía. La subsiguiente reunión entre Jordan y Knight tuvo mucho de duelo y no resultó agradable: según uno de los participantes en el encuentro, Jordan hizo esperar a Knight durante varias horas y se presentó de mal humor y con actitud hostil. Estaba claro que los renegados de Nike lo habían aleccionado para que presentara batalla; es probable que le hubieran explicado cuán pequeña era su parte del enorme pastel que él había contribuido a crear. Pero, al final, el riesgo se antojó excesivo, sobre todo para alguien cuya carrera podía terminarse en cualquier momento a causa de una lesión; y la perspectiva de un Phil Knight enfurecido, con todo su poder (no precisamente insignificante) volcado en impedir que la nueva empresa de Jordan tuviera acceso a las mayores tiendas de zapatillas del mundo, no resultaba muy apetecible ni para Jordan ni para Falk. En cualquier caso, en las negociaciones sí se acordó que Michael se llevaría una parte mayor de los beneficios, de modo que, a principios de los noventa, sin hacer ruido y sin que la opinión pública se escandalizara demasiado, su acuerdo con Nike le estaba reportando a Jordan unos 20 millones de dólares anuales.

Nike no tardó en darse cuenta de que su éxito con Jordan no era fácilmente trasladable a otros deportistas. Desde luego, la campaña con Charles Barkley tenía encanto, ingenio e inteligencia, sobre todo porque el propio Barkley, pese a sus clamorosos desatinos, era encantador, ingenioso e inteligente. (Danny Ainge, uno de sus antiguos compañeros, dijo una vez que se había topado con muchos jugadores que básicamente eran malos que iban de buenos, pero que Charles era el único buen tío que había conocido que fingía ser malo). Sin embargo, hubo unas cuantas campañas que naufragaron, sobre todo una con un jugador de béisbol y fútbol americano, un tal Deion Sanders, que pretendía venderlo como una especie de héroe cultural equiparable a Jordan. Sanders era, indiscutiblemente, un gran deportista, pero resultaba dudoso que tuviera algo de icono cultural, incluso que tuviera un especial atractivo para muchos de sus conciudadanos. Lo que en principio se consideró carisma, resultó ser tan solo un exacto reflejo de la esencia aberrante que en gran parte subyacía a la celebridad contemporánea, pues parecía provenir, fundamentalmente, de su gusto por darse autobombo con los desmadrados y egocéntricos bailecitos que solía ejecutar en

la zona de anotación, como si cada uno de sus *touchdowns* fuera el primero.

Parte del problema de Nike en sus relaciones públicas de mayor alcance, en los anuncios protagonizados por Sanders o por otros deportistas, radicaba en que dichos anuncios solían reflejar una parte importante de la cultura de la empresa, la del inconformista o el advenedizo dispuesto a luchar contra el resto del mundo. Al fin y al cabo, Knight había creado la empresa en su casa, usando una gofrera para fabricar unas zapatillas diseñadas por su antiguo entrenador de atletismo, y en sus comienzos había ido por las competiciones atléticas vendiendo las zapatillas desde el coche. Y esa era la imagen que seguía teniendo de sí mismo; un tipo modesto enfrentándose a los peces gordos. A los tipos de Nike les gustaba verse a sí mismos como «forajidos con ética», tal como dijo una vez un asesor que trabajó para la empresa. Así que nadie de Nike pareció molestarse cuando Deion Sanders vació un cubo de agua helada sobre un desprevenido (y completamente vestido) Tim McCarver, un locutor de béisbol que se había atrevido a cuestionar la lealtad deportiva de Sanders porque este seguía simultaneando fútbol y béisbol durante los *playoffs* de béisbol (según parece, animado por Nike, que le pagaba los helicópteros que lo llevaban a los partidos). En opinión de la marca, Sanders no era más que un tío de Nike haciendo algo al estilo Nike.

Hacia el final de los años noventa, sin embargo, Nike ya no podía definirse como el tipo modesto que se enfrentaba a los peces gordos, porque la marca era un pez muy gordo cuya presencia y logo parecían estar por todas partes; no solo era una multinacional gigantesca, sino que se asemejaba más a un enorme pulpo con tentáculos que llegaban a cada rincón del mundo del deporte. Su símbolo, conocido como *swoosh* , era un elemento omnipresente, y su poder (por ejemplo, las enormes sumas que pagaba a los entrenadores de las universidades para ser la suministradora de los uniformes y las zapatillas) generaba gran preocupación entre las voces más tradicionales del mundo del deporte. De forma inevitable, dada su gran visibilidad como marca y, en particular, la de sus atletas, acabó convirtiéndose en el blanco perfecto para los críticos preocupados por las prácticas laborales de las multinacionales estadounidenses en los países del tercer mundo. Acusaciones de salarios intolerablemente bajos, de condiciones de trabajo poco seguras y de explotación infantil se vertieron contra Nike en general y contra Jordan en particular, por ser la imagen de la marca. Las fábricas de Nike en Vietnam, donde se decía que los sueldos eran de menos de dos dólares por hora, recibieron las críticas más fuertes.

Aquel furor pareció desconcertar a un Jordan que, como otros famosos

pillados en la cacería contra la ropa de marca, nunca había pensado que los fáciles ingresos que obtenía con la publicidad tuvieran aquel lado negativo, ni que él se convertiría en blanco de los manifestantes por presunta explotación infantil en un país lejano. No tardaron en aparecer dibujos que se burlaban de Jordan y Nike en la tira cómica «Doonesbury». En la primavera de 1998, empezó a hablarse de que Jordan podría visitar las fábricas de Vietnam durante el verano junto con algún medio de comunicación cuidadosamente elegido. El viaje generaría un gran material televisivo y daría una imagen favorable de la marca. A comienzos del otoño, el viaje se pospuso, aparentemente de manera indefinida.

Si hubo alguien que se sorprendiera más que Jordan con aquel escándalo, ese fue el propio Knight. El magnate sentía una antigua fascinación por Asia. Hacía mucho tiempo que se había dado cuenta de la creciente importancia de la región, no solo como mercado, sino, lo que era aún más importante, como rival de la tradicional hegemonía económica de Occidente. Se veía a sí mismo como pionero y visionario en un nuevo orden mundial en el que la importancia de la Europa occidental declinaba y la de Asia y los países de la cuenca del Pacífico crecía, como alguien que había visto el futuro antes que nadie, o al menos mucho antes que la mayoría de los otros dirigentes empresariales estadounidenses. Knight no reaccionó bien ante unas acusaciones según las cuales él no era tanto un visionario del futuro como un explotador del presente. Sus primeras respuestas a esas acusaciones fueron sorprendentemente insensibles, sobre todo por la rotundidad con que defendía que Nike era buena para esos países. Pasado un tiempo, cometió el error de conceder una entrevista a Michael Moore, el irreverente cineasta. Quizá Knight pensó que a ambos los hermanaba el inconformismo, que eran almas gemelas que deseaban lo mismo. El segmento filmado para una película llamada *The Big One* fue un desastre para Knight y para Nike. Entre otras cosas, mostraba a Moore invitando a Knight a abrir una fábrica en Flint, Michigan, uno de los antiguos enclaves industriales más golpeados por la depresión económica, en lugar de abrir otra fábrica en algún pueblo de Asia. En mayo de 1998, por fin consciente de que gran parte del mundo no compartía su punto de vista sobre su empresa y sus prácticas económicas, Knight anunció cambios significativos en la producción de ultramar de Nike. Sus fábricas asiáticas cumplirían las medidas sanitarias y de seguridad vigentes en Estados Unidos, y la edad mínima de los nuevos trabajadores sería de dieciocho años en lugar de dieciséis. No mencionó ningún aumento en los sueldos de los trabajadores, otro probable punto de conflicto en el futuro.

Cuando Michael Jordan encestó su decisivo tiro en suspensión contra Utah en junio, mucha gente de su entorno, como Roy Williams, creyó que aquel era el último acto de una brillante carrera. Se suponía que se bajaba el telón de su extraordinaria trayectoria con los Chicago Bulls, a pesar de que en algunos aspectos continuaba jugando tan bien como siempre, y a pesar también de que su gusto por el juego no había disminuido en absoluto. Jordan seguía demostrando la misma ambición. Aun así, Phil Jackson se iba; es más, no veía el momento de despejar su escritorio del Berto Center. Jordan había jurado que no jugaría para ningún otro entrenador, aunque había algún indicio de que podría saltarse esa promesa. Pero más importante aún era que Scottie Pippen, la pieza de mayor relevancia en aquel dominó, seguramente no iba a quedarse. Furioso contra la franquicia de los Bulls y, según todos los indicios, ansioso por irse a cualquier otra parte, Pippen parecía estar ya con un pie fuera del equipo, lo que dejaría a Jordan en situación anormalmente vulnerable ante los asaltos de los futuros rivales. La temporada de 1997-1998 había sido muy dura, y estaba más que claro que los Bulls iban desgastándose como equipo. Pero una temporada completa sin Pippen como su *alter ego* , incluso con la habilidad de los Bulls para fichar a otros agentes libres, podría hacer que Jordan pareciera una estrella envejecida y solo capaz de rendir hasta cierto punto en la cancha.

Lo que ocurrió fue que el cierre patronal lo trastocó todo. De pronto, no solo se había limitado cualquier movimiento de jugadores, sino que estos ni siquiera podían hablar con la directiva. A principios de diciembre de 1998, nadie sabía cuándo podría empezar la temporada, ni tan solo si habría temporada. La situación de Pippen quedó congelada, ante la rabia del jugador por aquel mundo tan injusto en el que, cuando por fin tenía ocasión de ganar un sueldo de órdago, surgía otro obstáculo para impedírselo. Por otro lado, la posibilidad de jugar una temporada corta, según algunas personas del entorno de Jordan, podría modificar la actitud de Michael y hacer que estuviera más dispuesto a volver. Se argumentaba que Jordan y un equipo hecho de remiendos podían llegar a los *playoffs* . Una vez allí, con su fuerza de voluntad sería capaz de dominar una vez más.

Por más que en diciembre no se supiera aún si Jordan volvería a jugar, desde luego sí había datos de sobra para tratar de establecer su magnitud dentro de la historia del deporte estadounidense. No era un hombre histórico en el sentido típico, ni una de esas figuras (como Jack Johnson, Paul Robeson, Jackie Robinson, Muhammad Ali o Arthur Ashe) cuyas complicadas vidas y arduas luchas contra las barreras raciales y los prejuicios largo tiempo arraigados

revelaban muchas cosas no solo del deporte, sino también de la historia racial del país. No había sido «el primero», como sí lo fueron Robinson, Ashe y Johnson; ni había planteado ningún desafío político de gran calado o incluso desgarrador al *establishment* blanco, como hicieron Robeson y Ali. Jordan había entrado cuando le correspondía en la escena educativa, atlética y comercial de Estados Unidos, y apenas nada se le había negado a causa de su raza. Si su carrera reflejó algo que excediera al ámbito deportivo en términos de historia racial, fue la disposición de la América corporativa a entender, aunque fuera a regañadientes, que un atleta negro, atractivo y de facultades asombrosas podía ser persuasivo como vendedor de una amplia variedad de productos bastante prosaicos. No es que Jordan al principio no se encontrara con prejuicios en ese ámbito. En sus comienzos como anunciante de marcas comerciales, David Falk había conseguido meterlo en algunas grandes compañías estadounidenses, y cierta vez, el representante de una multinacional había sugerido que Jordan podía ser perfecto para promocionar Beanie Weanies, un producto de alubias con salchichas popular entre los negros pobres del sur, una oferta equiparable en términos comerciales a la que le hicieron los Harlem Globetrotters a un Jordan recién salido de Carolina tras ser nombrado jugador universitario del año. Falk y Jordan habían declinado la oferta con educación, y luego, en aquel primer año, para sorpresa de todos, la línea Air Jordan había roto todos los récords existentes para cualquier producto comercial. Eso bastó para abrir brecha: Michael había trascendido las barreras raciales en el mundo de la publicidad. Con el tiempo, también batió récords en ese ámbito, porque era casi seguro que ningún anunciante estadounidense del color que fuera había conseguido entrar en tantos hogares, en el país o fuera de él, ni vender tantos productos con éxito. En el verano de 1998, la revista *Fortune* llevó a cabo un detallado análisis de Jordan como figura del capitalismo moderno y estimó que había contribuido a generar 10 000 millones de dólares en ingresos para el baloncesto, para las cadenas televisivas y para sus diversos socios comerciales.

Jordan no era una figura del panteón de deportistas al estilo de personajes históricos como Ali, Robinson y Johnson, hombres cuyas penalidades en el ámbito racial habían sido tan emocionantes como sus gestas deportivas. Aun así, lo que Jordan dejaba en el recuerdo del aficionado medio tampoco era exactamente una colección de extraordinarias imágenes como deportista, sino más bien la impresión de haber visto un cometa humano que repetía milagrosamente sus actuaciones estelares, un cometa cuyo resplandor teníamos el privilegio de ver una noche y otra y otra más; un jugador con un carisma como

no se había visto jamás en el baloncesto: brillante, grácil y, por supuesto, temible. Poseía en el más alto grado todas las cualidades de la grandeza. Además, parecía que algún genetista hubiera inyectado en su ADN una solución mágica de supercompetitividad, de modo que llegó a representar, más que ningún otro deportista de los tiempos recientes, al hombre invencible, alguien que no conocía la palabra «derrota».

En ocasiones, parecía ser en igual medida explorador y deportista; explorador en el sentido de sobrepasar los límites previos de lo humanamente posible y, a fuerza de excelencia física y de una voluntad inigualable, llevarlos mucho más lejos. Un regalo así, para los millones de personas que lo vieron durante años, no era poca cosa.

Conclusión

De pronto, un buen día, Michael ya no estaba. La huelga había terminado y los jugadores volvieron para jugar una temporada a la fuerza abreviada. No solo Michael Jordan se había ido, sino que los Bulls eran un equipo del todo diferente. Llegaba el momento de dar paso a un nuevo campeón y de que los jóvenes de talento se repartieran una atención que, durante los últimos años, habían acaparado por completo Jordan y sus compañeros.

Michael Jordan no solo se había retirado, sino que desapareció casi totalmente. Aparte de algunas fugaces apariciones en varios campos de golf del país, se le vio muy pocas veces. Parecía estar disfrutando con su vida, ahora que por fin había recuperado cierto control sobre ella. Dejó casi por completo de aparecer en los medios de comunicación, y rechazó jugosas ofertas televisivas de varios magazines informativos. Realizó visitas esporádicas a varios colegios de los barrios marginales; una de ellas, en Washington D. C., no causó muy buena impresión: fue un visto y no visto en el que apenas tuvo tiempo de conocer a los profesores, y menos aún a los alumnos, que hubieron de conformarse con una fotocopia de su autógrafo. Continuó siendo un icono comercial y, pese a su retiro, se llevaron a cabo grandes campañas publicitarias con su imagen, entre ellas una para una compañía telefónica en la que aparecía con un grupo de personajes de dibujos animados y que consiguió lo inimaginable: los anuncios lograron que Michael Jordan pareciera poco atractivo e incómodo. Alguno de los que hizo para Gatorade, donde se le veía compitiendo en diferentes deportes contra la estrella futbolística Mia Hamm, tenía gracia y poder de atracción, pero su estilo y textura visual se parecían tanto a los de Nike que es probable que acabaran vendiendo tantas zapatillas como bebidas isotónicas.

Los Bulls ya no eran los Bulls. Scottie Pippen se había ido con un gran contrato a Houston. Allí, jugando al lado de Charles Barkley y Hakeem Olajuwon, vivió una temporada difícil: Pippen, quizá el mejor y más versátil de los jugadores en las transiciones, parecía no encontrar su sitio en el planteamiento estructurado y lento, más de media pista, de Houston. Se sentía muy frustrado, por lo que llegó a preguntarse por qué Houston se había

molestado en ficharlo si no iba a explotar sus puntos fuertes. A Dennis Rodman, volátil, egocéntrico y con más problemas que nunca con el alcohol, no se le renovó el contrato con Chicago. En cierto momento trascendió que durante el verano se había casado con una actriz llamada Carmen Electra, y por lo visto se había divorciado esa misma semana. Su sufrido agente, Dwight Manley, cansado de hacerle de niñera durante tantos años de difíciles confrontaciones, dimitió o fue despedido, según quien cuente la historia, lo que dejó a Rodman en una situación más vulnerable que nunca ante el mundo exterior. Tuvo una fugaz estancia con los Lakers (según se dijo, en contra de la siempre sabia opinión de Jerry West, que pensaba que la irresponsable conducta de Rodman sería perturbadora para un equipo tan joven y centrado). Allí jugó unos pocos partidos, se perdió otros tantos y pronto se retiró para, supuestamente, dedicarse a su carrera de actor. Con la marcha de Jordan, Pippen y Rodman, el resto de los equipos se cebaron con los Bulls, que acabaron con uno de los peores registros de la liga. Entraron en el sorteo para el *draft* y ganaron, lo cual les dio derecho a elegir en primer lugar.

Phil Jackson, cansado sin duda de su trabajo en Chicago, se tomó la temporada libre y se dedicó a dar conferencias y a leer, mientras esperaba las muchas y sustanciosas ofertas que le llegaban de las franquicias con problemas. Jackson deseaba trabajar con los Lakers, porque creía que, a sus jugadores, en especial a Shaquille O’Neal, les favorecería el triángulo ofensivo. Aunque los dueños de los New Jersey Nets, que tenían contratado a un talentoso grupo de jóvenes jugadores, fueron tras él con insistencia, Jackson demoró su decisión pensando en el puesto de Los Ángeles. No había nada seguro; a los Lakers no les gustaban los entrenadores que cobraban una fortuna, ni tampoco buscar el talento entre quienes no eran de los suyos. Pero cuando, tras otra decepcionante ronda de *playoffs* , quedó claro que el equipo no había mejorado en absoluto y que los jugadores, a pesar de su gran calidad, no funcionaban bien juntos (y que las tensiones entre O’Neal y el infinitamente talentoso aunque inacabado Kobe Bryant todavía debían solucionarse), Los Angeles hicieron la llamada. Jerry Bush, el dueño de los Lakers, consciente de que sus jugadores necesitaban algún tipo de orden o de fuerza cohesiva, le hizo a Jackson la oferta que este deseaba: unos cinco años por 30 millones de dólares. Obtener lo que deseas siempre entraña un peligro en la vida, pero al igual que con Chicago, parecía que de nuevo Jackson tenía el don de la oportunidad. Como mínimo, el momento de su llegada era el adecuado para que sus jóvenes superestrellas, dado su alto nivel de frustración, estuvieran dispuestas a escucharlo.

La vida en la NBA continuó sin Michael Jordan, tal vez de manera algo más prosaica, con la atención un poco más centrada en el baloncesto y no tan volcada en la celebridad como en los últimos años. La liga sufrió una inevitable bajada en los índices de audiencia, algo normal tras la marcha de una superestrella tan electrizante como Jordan. A causa de la huelga, muchos de los jugadores se presentaron en los entrenamientos de pretemporada bastante bajos de forma, pese a que esta vez tenían menos tiempo para estar listos cuando empezara la competición, y precisamente uno de los casos más flagrantes fue el del líder sindical Patrick Ewing. La temporada era tan corta que debían jugarse demasiados partidos en muy poco tiempo, y muchos de ellos resultaron tan poco estéticos como era de esperar. Aun así, la temporada constituía una perfecta oportunidad para que los incondicionales admiraran el talento de algunos de los jugadores más jóvenes de la liga. Vince Carter, un antiguo jugador de Carolina del Norte con una capacidad física parecida a la de Jordan (por supuesto, un jugador cuyas magníficas condiciones atléticas también habían anulado los entrenadores de Chapel Hill), causó verdadera sensación y se convirtió en el novato del año, además de protagonizar muchos vídeos de momentos estelares.

Pronto se vio con toda claridad que el mejor jugador de la liga era el joven Tim Duncan, el ala-pívot de San Antonio, que jugaba su segunda temporada. No había duda de que era el jugador joven con más talento desde la llegada de Michael Jordan a la liga, y también el más completo; bien llevado por sus entrenadores, equilibrado emocionalmente y con una refinada percepción del juego y del tempo de cada partido. Podía desarrollar un juego sorprendentemente fuerte cerca del aro y, sin embargo, lanzar tiros muy suaves. Su juego no presentaba debilidades, y cometía pocos errores. Parecía ser el primer hombre grande desde Bill Walton que nada más aterrizar en la liga ya jugaba como si fuera un entrenador en la cancha. Verlo jugar con tanta fluidez e inteligencia y observar su extraordinario juego de pies (excepcional para cualquier jugador y no digamos para alguien de 2,13) constituía un enorme placer para los aficionados ya cansados de la creciente importancia del juego físico en la liga. Cuando Duncan se enfrentaba a O’Neal, la diferencia entre el nivel de ambos (a pesar de que O’Neal era más grande, más fuerte y tal vez más rápido) era sorprendente.

En el vacío creado tras la marcha de Jordan, los equipos tenían la gran oportunidad de sustituir a los Bulls como campeones. Aun así, los dos conjuntos *a priori* favoritos (basándose en su rendimiento de 1998), los Indiana Pacers y los Utah Jazz, no consiguieron cumplir las expectativas. Los Pacers no

mejoraron demasiado el equipo que había metido a los Bulls el miedo en el cuerpo durante las finales de Conferencia de 1998. En esa serie, se habían mostrado como un equipo joven y con un estupendo banquillo, pero contra los sorprendentemente atléticos y jóvenes Knicks de 1999, en las finales de la Conferencia Este, dieron la impresión de haber envejecido de la noche a la mañana. En el Oeste, ocurrió algo similar con los Jazz: seguían siendo un equipo muy bueno, y nadie ejecutaba el ataque con tanta disciplina e inteligencia; pero también eran más viejos y tal vez contaban con menos recambio que algunos rivales. En los *playoffs* , perdieron contra un Portland de gran condición física y con muy buenos reservas.

Al final, no fue una sorpresa que San Antonio ganara el anillo. Contaba con el mejor jugador de la liga, Tim Duncan, y con dos de los mejores hombres grandes, el mismo Duncan y David Robinson. Este último, a menudo criticado en el pasado, adaptó diestramente su juego para acomodarse a la mayor habilidad de Duncan, asumió gran parte del trabajo más duro y menos glamuroso cerca del aro y liberó a Duncan para que hiciera lo que mejor sabía hacer: erigirse en una amenaza ofensiva de mucho mayor alcance. Al igual que los Bulls, cada integrante de los Spurs parecía saber lo que se esperaba de él; todos jugaban sin exceder sus propios límites y rendían de manera ejemplar en defensa. Uno de los beneficiarios de su victoriosa trayectoria fue Steve Kerr, el brillante tirador exterior de los Bulls, quien había aterrizado en San Antonio como resultado del desmantelamiento de Chicago. Si bien es cierto que Kerr no desempeñó un papel de gran importancia en San Antonio, solo un año antes parecía el miembro de los Bulls con menos probabilidades de ganar cuatro anillos consecutivos.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a los reporteros especializados con los que trabajé el pasado año. En Chicago, gracias sobre todo a los periodistas Terry Armour, Lacy Banks, John Jackson, Kent McDill y Skip Myslenski, así como a Sam Smith, Ron Rapoport y Rick Telander por su amistad y ayuda. Mark Heisler, de *Los Angeles Times* , y los *all-star* de *The Boston Globe* , Bob Ryan, Dan Shaughnessy y Peter May, fueron unos compañeros solícitos y maravillosos, al igual que Mike Wilbon, del *Washington Post* . Steve Jones, un colega asombroso, divertido y perspicaz, ha sido mi amigo desde que escribí mi primer libro sobre baloncesto, y durante la pasada temporada tuvimos la oportunidad de enriquecer nuestra amistad. Entre las personas con las que he trabajado, me gustaría hacer especial mención de Bob Ryan. Hemos sido amigos durante casi veinte años, una amistad que comenzó cuando yo, un devoto lector suyo, escribí mi primer libro de baloncesto y Bob contactó conmigo para ayudarme y acogerme en su universo. Es para mí un colega inestimable y muy querido. No solo es una fuente excelente, instantánea y precisa sobre baloncesto («Eso fue en el sexto partido de las finales. El reloj marcaba un minuto cincuenta para el final. Bird recibió el saque. Se había lesionado uno de los dedos de la mano izquierda en la posesión anterior, por lo que los Lakers trataron de presionarlo para que fuera hacia su izquierda. Pero él sabía que iban a hacer eso…»), sino que también es un extraordinario conocedor de su ética: su pasión por el juego, por lo que se debe o no se debe hacer en baloncesto, no tiene igual. Aquellos que seguimos su estela nos beneficiamos de esa pasión.

En 1956, mientras cubría las Olimpíadas de Melbourne, Red Smith escribió que allí estaban bien representadas las dos grandes potencias de la posguerra, Japón y *Sports Illustrated* , y así es sin duda como percibe ESPN cualquiera que informe sobre deportes hoy en día. Sus periodistas parecen omnipresentes, muchos de ellos son muy muy buenos y, a pesar de que trabajan para la televisión, continúan saliendo a la calle para hacer de reporteros. Bryan Burwell y David Aldridge fueron de gran ayuda. Cualquiera que esté cubriendo la NBA en esta era agradece especialmente el duro trabajo de *Sports Illustrated* y de sus

redactores, sobre todo el de Jack McCallum, Frank Deford, Rick Reilly, Curry Kirkpatrick, Phil Taylor y Alexander Wolff. Deford, debo añadir, eleva a tal altura la calidad profesional (literaria e intelectualmente) que su trabajo siempre emerge como la piedra de toque a la que los demás aspiramos.

Aquellos que ya han recorrido el camino antes siempre hacen más fácil el trabajo de los que vamos detrás, y en este caso, mi trabajo fue más sencillo gracias a *The Jordan Rules* y *Second Coming* , de Sam Smith; *Michael Jordan* , de Mitchell Kruger; *The Year of the Bull* , de Rick Telander; *Transition Game* , de Melissa Isaacson; *Hang Time* y *Rebound* , de Bob Greene; y *Blood on the Horns* , de Roland Lazenby. Asimismo, Lazenby ha publicado otros libros de gran ayuda para cualquier adicto al baloncesto: *And Now Your Chicago Bulls* ; *The Lakers* ; y *The NBA Finals, A Fifty-Year Celebration* .

Prestaron también un valioso servicio los dos libros de Phil Jackson, *Maverick* (junto con el siempre perspicaz Charley Rosen) y *Canastas sagradas* . Otros dos libros me ayudaron con la parte que aborda la época de Carolina: *The Dean's List* , de Art Chansky, y *A March to Madness* , de John Feinstein. El libro *The Unauthorized Biography of Dennis Rodman* , de Dan Bickley (además del superventas del propio Rodman *Bad as I Wanna Be*) me echó una mano con este joven tan poco convencional. Dos libros sobre Nike, uno de Donald Katz, *Just Do It* , y el otro de J. B. Strasser y Laurie Becklund, *Swoosh* , resultaron útiles para las páginas que dedico a Nike.

Para la parte sobre los Celtics, fueron una ayuda inestimable *The Last Banner* , de Peter May; *Ever Green* , de Dan Shaughnessy; y *Drive* , el libro escrito por Bob Ryan junto con Larry Bird. *Bad Boys!* , la obra conjunta de Isiah Thomas y Matt Dobek, fue útil para la sección de los Pistons; *Show Time* , de Pat Riley, y *The Lives of Pat Riley* , de Mark Heisler, resultaron impagables a la hora de entender los años de los Lakers, al igual que la autobiografía de Magic Johnson, *Mi vida* , y el libro de Spike Lee *Best Seat in the House* , que me ayudó a abordar su figura.

Por último, los tres volúmenes de la obra de Arthur Ashe *A Hard Road to Glory: A History of the African-American Athlete* siguen siendo una referencia de valor incalculable para cualquiera que escriba sobre la raza y el deporte en Estados Unidos.

Estoy en deuda con mucha gente. Dentro de los Bulls, debo mencionar a Tim Hallam, Tom Smithburg y Darryl Arata, que se portaron de forma maravillosa y demostraron ser muy buenos en su trabajo. Teniendo en cuenta las divisiones en el seno de la entidad, todos ellos estaban pisando terreno minado. En mi opinión,

se cuentan entre las personas más profesionales con las que he trabajado en toda mi vida. Nunca he tratado con un responsable de prensa mejor que Tim Hallam. En la oficina de David Stern, quiero expresar mi agradecimiento a Linda Tosi, Marie Sailler, Carolyn Blitz, Russ Granik, Zelda Spoelstra y Erin O'Brien; en la oficina de David Falk, a Mary Ellen Nunes; y en la de Jimmy Sexton, a Amy Wilson. Todos ellos me hicieron las cosas más fáciles. Grace Gallo, de la oficina de John Walsh en ESPN, me ayudó repetidas veces, al igual que lo hizo Chris LaPlaca. El director de información deportiva de Chapel Hill, Steve Kirschner, resultó de mucha ayuda, y también Mike Cragg, de Duke.

En cuanto a mi entorno más cercano, mi amiga Elizabeth Arlen me ayudó desde el inicio ocupándose de un gran volumen de material de investigación, como también lo hizo Nick Dolin. Con el libro más avanzado, Brian Farnham prestó un inapreciable servicio contrastando la información factual. Bill Vourvoulias, del *New Yorker* , con su labor de comprobación de los hechos me salvó de cometer algún error de bulto. Mi amigo Bruce Schnitzer se aseguró de que no me perdiera el séptimo partido de las finales de la Conferencia Este, a pesar de la fiesta celebrada con motivo de la graduación de mi hija en los estudios preuniversitarios. El reverendo Jack Smith resultó de gran ayuda en la comprobación de todas las referencias teológicas y las citas bíblicas. A lo largo de los años, Graydon Carter ha demostrado el máximo apoyo y sensibilidad en su labor de editor de revista, y ha sido un verdadero amigo para un gran número de redactores. Soy afortunado de tenerlo como amigo y como colega. Philip Roome, a pesar de un año atiborrado de plazos apremiantes y de la publicación de otro de mis libros justo a mitad de temporada, consiguió que llegara a la meta en el tiempo previsto.

De Random House, gracias al joven y brillante Scott Moyers por corregir este complicado libro con entusiasmo y gracia, pese a que el apremiante plazo de entrega ejercía la presión más intensa que yo pueda recordar; y agradezco también la ayuda que me ofrendaron Wanda Chappell, Kate Niedzwiecki, Tom Perry y Liz Fogarty, así como Amy Edelman, Andy Carpenter y Sybil Pincus. Mi abogado Marty Garbus y su compinche Bob Solomon, junto con la colaboradora de su despacho Fredda Tourin, me ayudaron con las gestiones cada vez más difíciles del mundo profesional, y Carolyn Parqueth realizó un maravilloso trabajo mecanografiando las notas de mis entrevistas, lo que me facilitó la vida enormemente.

Nota del autor

La idea de este libro partió de mi amigo Doug Stumpf, que en el pasado fue mi editor en Morrow y después en Random House, y que ahora lo es en *Vanity Fair* . Al principio, la idea no acababa de convencerme por diversas razones: ya había escrito un libro sobre baloncesto; me preocupaba abordar una figura sobre la que ya se había escrito tanto; no me apetecía demasiado meterme en un mundo en el que ya había muchos otros periodistas trabajando (los escritores de libros, en mi opinión, trabajan mejor cuando lo hacen en solitario, apartados de la multitud mediática); y todavía me preocupaba más entrar en un mundo de celebridad tan superlativa, porque seguramente el acceso a él estaría sujeto a un férreo control. Pero al final decidí aceptar, más que nada para abordar también cómo el mundo del baloncesto había cambiado en los dieciocho años transcurridos desde que escribí un libro sobre la NBA llamado *The Breaks of the Game* .

Se trataba de un mundo que en otro tiempo me había gustado mucho. Cuando escribí *The Breaks of the Game* , durante la temporada 1979-1980, los jugadores todavía viajaban en vuelos comerciales, y los pocos periodistas que cubrían la NBA viajaban en el mismo avión, e incluso se desplazaban con ellos en el autobús que hacía el trayecto de ida y vuelta entre el aeropuerto y el hotel. Durante la larga temporada, los periodistas y los jugadores tenían oportunidad de conocerse en las cafeterías de los hoteles, lo cual ayudaba a derribar muchas barreras de otro modo difíciles de superar. Me gustaba cómo era el mundo del baloncesto en aquellos días y muchos de los profesionales que en él trabajaban. Tenía la impresión de que allí había un nivel excepcional de humanidad e inteligencia, y muchos de los mejores entrenadores y ayudantes me recordaban a la gente que había conocido cuando escribía sobre política, en otra era anterior a la televisión, cuando informar sobre política resultaba mucho más divertido. Aquel libro había propiciado amistades perdurables o, al menos, conexiones con varias de las personas sobre las que escribía: Jack Ramsay, Bucky Buckwalter, Kermit Washington, Bill Walton, Lionel Hollins, Maurice Lucas, Steve Jones y Mychal Thompson.

Aquel mundo, pese al poco tiempo transcurrido, ya casi no existe. La

separación que han provocado los sustanciosos contratos blindados y los vuelos chárter es prácticamente total (si eres periodista, ni te molestes en intentar viajar con los jugadores). No hay duda de que los jugadores ya no tienen ninguna necesidad de hablar con los reporteros; para ellos, el trato con los medios se reduce a aparecer en un breve vídeo de la ESPN haciendo un mate. Sus agentes, sin demasiado poder hace dieciocho años y, por ello, siempre deseosos de hablar con los periodistas, son actualmente mucho menos accesibles; ahora se mueven en una era de agencia libre casi total, y en muchas ocasiones tienen incluso más poder que los propietarios.

También los medios han cambiado. Hace veinte años, solo había una cantidad relativamente pequeña de periodistas, y todos ellos tenían un gusto genuino por el baloncesto, escribían sobre baloncesto y sabían establecer una justa separación entre la vida privada de la gente y sus actividades públicas. En los medios de comunicación actuales, sobre todo cuando se ocupan de un equipo tan famoso como los Bulls, los pocos cronistas deportivos que aún respetan esos códigos pasados de moda (y de los que hoy se suele prescindir) son superados ampliamente en número por aquellos que van y vienen a su antojo, gente que trabaja para los nuevos medios que se alimentan de celebridades, en especial para los programas por cable pertenecientes a canales de noticias que emiten durante las veinticuatro horas del día. Los jugadores no suelen llegar a conocer a esos periodistas, y de un modo no exento de astucia, han terminado por creer que esa gente existe (como a menudo ocurre en el mundo de las celebridades actuales) solo para iluminar su ascenso cuando empieza a producirse, pero sobre todo también para lanzarse sobre ellos como carroñeros cuando cometen un desliz o les llega el inevitable declive. Por supuesto, los jugadores no hacen distinciones entre este tipo de periodismo y el que practican los cronistas más serios. Y no se trata de una situación exclusiva del baloncesto, ni siquiera del mundo de los deportes, pero desde luego no contribuye a hacer más agradable el trabajo en lugares muy concurridos, como ocurre en la NBA. El resultado es una NBA donde en apariencia existe un mayor acceso a sus protagonistas, pero en realidad ese acceso es mucho menor, o peor aún, lo que es mucho menor es el nivel de humanidad. Cuando yo me acercaba con toda confianza al vestuario antes y después de la cuarentena de partidos que solía ver, no consideraba lo que allí se hablaba como entrevistas, porque a mí no me lo parecían. En realidad, era capaz de pasar toda una temporada sin hacer una sola pregunta en el vestuario. Quizá sea algo inaudito en el periodismo.

En definitiva, opté por seguir adelante con el libro para escribir también sobre

los cambios en el mundo del deporte y abordar por qué se habían producido. No solo me interesaba Michael Jordan (la obvia cuestión periodística de qué factores hacían de él un deportista tan grandioso), sino que me parecía igualmente importante el fenómeno Jordan. La pregunta a la que intentaba encontrar respuesta era sencilla: en la década de 1940, cuando yo era un muchacho todavía en edad de crecer, las figuras emblemáticas del deporte estadounidense eran todas jugadores blancos de béisbol (Williams, DiMaggio, Musial o Feller), y la NBA ni siquiera existía. ¿Cómo era posible, pues, que en el transcurso de mi vida el deportista más famoso del mundo hubiera pasado a ser un joven negro que jugaba al baloncesto profesional, alguien que se había graduado en un colegio sureño en el que ni siquiera habría podido entrar cuando yo era un joven corresponsal en el extranjero?

No era la primera vez que yo abordaba la figura de Jordan. En enero de 1992, *Sports Illustrated* le había dedicado una portada como deportista del año, y la revista me había pedido que escribiera uno de los artículos sobre él. Yo acepté de inmediato. Después de todo, lo había visto durante aquellos años con creciente placer y admiración. El encuentro con Jordan me deparó un rato muy agradable. Fueron varias horas junto a un joven brillante, elocuente, interesante e interesado por las cosas, una persona que se encontraba muy a gusto en su piel. Lo que me quedó de él fue su elegancia personal, la inmensidad de su zona de confort y su gran inteligencia en asuntos ajenos al baloncesto. También pensé que manejaba la fama y el escrutinio mediático (de una intensidad que yo no había visto nunca) con gracia excepcional, tratando con particular cortesía a quienes tenía alrededor. Cuando el artículo se publicó, David Falk, su agente, me llamó para decirme que Michael estaba pensando en escribir un libro, que se había sentido muy a gusto conmigo y que le interesaba saber si yo podría ser un potencial colaborador. Contesté que Jordan debería esperar un tiempo respetable antes de ponerse a escribir un libro, que sería mejor hacerlo bastante después de acabada su carrera, que hasta el momento yo no había colaborado con nadie en un libro, a pesar de haber recibido provechosas ofertas, y que, por tanto, no había que contar demasiado con mi colaboración. Pero no cerré la puerta del todo; dije que no tenía ni idea de lo que pensaría diez años después.

A finales del verano de 1997, cuando por fin me decidí a escribir este libro, llamé a David Falk. De inmediato percibí su resistencia, y luego la de Michael Jordan. Michael, me dijo, estaba absolutamente sobrecargado de obligaciones y, además, ya se estaba escribiendo demasiado sobre él. Eso, desde luego, podía entenderlo. Estaba claro, pues, que la colaboración sería mínima. Al final, Falk y

yo llegamos a un acuerdo: Michael no se vería conmigo a lo largo de la temporada, pero cuando esta acabara nos veríamos y entonces tendría una buena oportunidad para hacerle preguntas. Me dio la impresión de que estábamos hablando de unas dos o tres sesiones de más o menos dos horas cada una. A mí me bastaba. En realidad, para mí fue más relevante que, mientras yo estaba escribiendo el libro, Michael no tratara de impedirme contactar con personas cercanas a él y que le consultaban para saber si podían hablar conmigo. De hecho, disfruté de un acceso excepcional a personas menos habituales de su entorno cercano y que me fueron de gran ayuda, como Roy Williams, Harvest Leroy Smith, Buzz Peterson, Tim Grover, Howard White, Fred Whitfield y Dean Smith. Ese tipo de acceso constituye el alimento esencial en el trabajo de cualquier reportero.

Cuando terminó la temporada, cada vez se me fue haciendo más evidente que Michael iba a incumplir nuestro acuerdo. Por alguna razón, no me sorprendió. Por qué no quiso verme es algo que me intriga: tal vez sufría una especie de fatiga de combate y estaba tan exhausto por la insólita exigencia de la temporada que no le quedaba nada, ni para los medios ni para los anunciantes. Quizá se trataba de su competitividad de siempre, que le hacía guardarse el mejor material para su propio libro. Algo en ese sentido insinuó Falk, lo que desde luego encajaría bastante con el personaje: Michael compite en todo y durante todo el tiempo. ¿Quién sabe? Así que hice lo que siempre han hecho los reporteros de verdad: trabajar con más ahínco. Aunque en ese momento, a mediados de junio, la temporada ya había acabado y, por lo visto, mi entrevista también, me propuse hacer una entrevista extra cada día durante los siguientes tres meses, incluso aunque estuviera escribiendo, para así dar solidez al libro. Al final, si bien me hubiera gustado poder hacer esas dos largas entrevistas prometidas a medias, agradezco que Michael Jordan me permitiera tan libre acceso a su mundo profesional, y como escritor le estoy especialmente agradecido por el último capítulo que escribió para este libro y que no fue otro que su sexto partido en Utah.

Una última cosa: el mundo del baloncesto es muy diferente cuando escribo este libro, a finales de los noventa. Hay más dinero y más crispación. Los intereses que intervienen son muchísimo mayores, como también lo son las presiones, y el aspecto humano del día a día (de manera predecible) es ahora menor. Las recompensas han aumentado para todos, y eso incluye a los entrenadores: ahora los trajes son mejores, los cortes de pelo son mejores y el grado de mixtificación en este negocio y en muchos otros ha aumentado de

forma espectacular. Si existe, para un escritor como yo, una parte en todo este panorama tan cambiante que pueda servir de redención, es sin duda la de los frikis de este deporte, los entrenadores ayudantes, los ojeadores, los preparadores y los periodistas que aman el baloncesto y que consagran a él su vida porque no conciben que pueda ser de otra manera. Casi tanto como jugar o mirar los partidos, aman hablar sobre ellos. Y aunque la oportunidad de ver jugar a Michael Jordan noche tras noche a un nivel tan admirable me hizo disfrutar en no poca medida, en última instancia fueron los ratos pasados con los chalados por el baloncesto, saliendo a cenar con ellos y hablando del juego hasta bien entrada la noche, lo que convirtió este último año en una experiencia auténticamente placentera para mí.

Lista de entrevistas

Esta es una lista parcial de las personas entrevistadas. Algunas otras que entrevisté no deseaban que sus nombres vieran la luz, porque continuaban haciendo negocios con algunos de los protagonistas de este libro y preferían mantenerse en el anonimato.

Mike Abdenour, Danny Ainge, Stan Albeck, Mitch Albom, David Aldridge, Cliff Alexander, Terry Armour, B. J. Armstrong, John Bach, Lacy Banks, Dave Blackwell, Tom Boswell, Bill Bradley, Dean Buchan, Bucky Buckwalter, Bryan Burwell, P. J. Carlesimo, Rick Carlisle, Jimmy Cleamons, Gary Cole, Ron Coley, Doug Collins, Dave Corzine, Bob Costas, Billy Cunningham, Chuck Daly, Frank Deford, Matt Dobek, Matt Doherty, Mike Dunleavy, Don Dyer, Dick Ebersol, David Falk, Lee Fentress, Bob Ferry, Bill Fitch, Chris Ford, Barry Frank, Mike Fratello, Peter Gammons, Howard Garfinkel, Bob Geoghan, Tim Grover, Steve Hale, Tim Hallam, David Hart, Dick Harter, Tinker Hatfeld, Dr. John Hefferon, Mark Heisler, Dick Holbrooke, Lionel Hollins, Red Holzman, Jan Hubbard, Rod Hundley, Ben Jackson, Chuck Jackson, Joe Jackson, John Jackson, June Jackson, Phil Jackson, Rodney Johnson, Arch Jones, Steve Jones, David Kahn, George Karl, Tom Kearns, Steve Kelley, Johnny (Red) Kerr, Steve Kerr, Bob Knight, Phil Knight, Tom Knight, Dave Konchalski, Jon Kovler, Jerry Krause, Arthur Kretchmer, Dave Krider, Mike Krzyzewski, Mitch Kupchak, Frank Layden, Roland Lazenby, Spike Lee, Dr. Michael Lewis, Bob Ley, Luc Longley, Kevin Loughery, Maurice Lucas, Mike Lupica, Brendan Malone, Kent McDill, Jack McCloskey, Kevin McHale, Brian McIntyre, Ray Melchiore, Fred Mitchell, Doug Moe, Mike Monroe, David Moore, Peter Moore, Lester Munson, Todd Musburger, Skip Myslenski, Billy Packer, John Paxson, Paul Pederson, Buzz Peterson, Mark Pfeil, Pat O'Brien, Dan O'Neal, Jack Ramsay, Ron Rapoport, Ahmad Rashad, Bill Rasmussen, Jerry Reinsdorf, Pat Riley, Jim Riswold, Doc Rivers, Jimmy Rodgers, Charley Rosen, Josh Rosenfeld, Phil Rosenthal, Bob Ryan, John Sally, Chip Schaefer, Bill Schmidt, John Seigenthaler, Jimmy Sexton, Dan Shaughnessy, Randy Shepherd, Gene Shue, Joe Silverberg, Howard Slusher, Harvest Leroy Smith, Tom Smithburg, Zelda Spoelstra, David Stern,

Dick Stockton, Rick Telander, Mike Thibault, Isiah Thomas, Rod Thorn, Sonny Vaccaro, Mark Vancil, Peter Vecsey, Al Vermeil, Ailene Voisin, Donnie Walsh, John Walsh, Bill Walton, Kermit Washington, Donald Wayne, Tom Weinberg, Rick Welts, Bill Wennington, Jerry West, Howard White, Fred Whitfield, Michael Wilbon, Lenny Wilkens, Pat Williams, Roy Williams, Tex Winter, James Worthy.

Sobre el autor

David Halberstam es autor de dieciséis libros, entre ellos *The Best and the Brightest* , *The Powers That Be* , *The Reckoning* , *The Breaks of the Game* , *Summer of ’49* , *October 1964* y *The Amateurs* . Ha sido galardonado con los mayores premios periodísticos, incluido el Premio Pulitzer, y es miembro de la Sociedad de Historiadores Americanos (SAH).

Esta primera edición de *Air* ,

de David Halberstam, se terminó de imprimir
en *Romanyà Valls* de España en septiembre de 2020.
Para la composición del texto se ha utilizado
la tipografía Celeste diseñada por Chris Burke en 1994
para la fundición FontFont.

Duomo ediciones es una empresa comprometida con el medio ambiente.
El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques
gestionados sostenibleme nte.

PEFC
PEFC/18-31-226

1 Para menores de 1,93 m. (*N. del T.*).

2 Sindicato de jugadores de baloncesto (*N. del T.*).

3 Conferencia de la Costa Atlántica (*N. del T.*).

4 Liga Nacional de Fútbol Americano (*N. del T.*).

5 McSucio y McGuarro (*N. del T.*).

6 Modalidad en la que el segundo jugador tiene que replicar cada lanzamiento del primero, y si no lo hace, se apunta una letra de la palabra HORSE hasta completarla (*N. del T.*).

7 El pentecostalismo cree en el don de lenguas o glosolalia, la capacidad de hablar lenguas desconocidas, facultad milagrosa concedida por el Espíritu Santo (*N. del T.*).

8 La frase «*Seventy-two and ten don't mean a thing / without the ring* » reformula el título del famoso tema de Duke Ellington *It Don't Mean a Thing (If It Ain't Got That Swing)* (*N. del T.)* .

9 El titular original, «*One for the Aged* », emplea un juego de palabras con la expresión *One for the ages* («Una ocasión para la historia») en el que *aged* («anciano») hace referencia a la edad de los Bulls (*N. del T.*).

10 Alusión a las que solían ser las últimas acciones de los condenados a muerte antes de ser ejecutados (*N. del T.*).